Jorge Newton

MISIONES

Oro Verde y Tierra Colorada

El Gráfico Impresores
San Luis 3149
Buenos Aires

OBRAS DEL AUTOR

ANDANZAS POR EL CARIBE, impresiones de viaje. (Cuba, 1930. Agotada).

DOS CRUCES, novela social. (México, 1931. Agotada).

GENESIS DE UNA REVOLUCION, sociología. (México, 1932. Agotada).

EN MARCHA, novela social. Ed. Claridad. 1935.

AVANZADA, novela social. Ed. Claridad. 1936.

LA ANDANZA GRIS, novela social. Ed. Claridad. 1936.

EL PRINCIPE DE LOS GAUCHOS, (biografía de Francisco Antonio Candioti, primer gobernador de Santa Fe). Ed. Colmegna, Santa Fe. 1941.

LA TIERRA VIRGEN, novela social. Ed. Claridad. 1943.

URQUIZA, biografía del vencedor de la Tiranía. Ed. Claridad. 1945.

LA NACION ARGENTINA, biografía de un pueblo. Ed. Remanso. 1947.

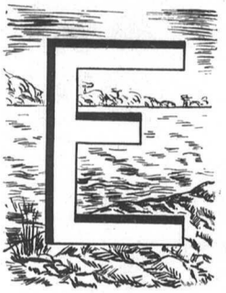
EL GENERAL TLACOTALPA, novela de la revolución mexicana. (Primer premio en el certamen organizado por el Instituto Cultural Argentino Mexicano). Sin editar.

TEATRO

RUMBOS, 2 actos de teatro social, estrenada por el Teatro Obrero de La Habana, Cuba. 1930. (Sin editar).

SANGRE, dos actos de teatro social, estrenada por el Conjunto Teatro Libre de la ciudad de México. 1932. (Sin editar).

CLASE MEDIA, tres actos de teatro social. (Estrenada en el Teatro Municipal de la ciudad de Buenos Aires, el 23 de setiembre de 1949, y editada por la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Buenos Aires).



VIAJE A MISIONES

EL viaje que dió origen a este libro, puede considerarse dividido en tres grandes etapas: la etapa imaginaria, en virtud de la cual tratamos de anticiparnos a lo que después veríamos con nuestros ojos; la etapa real, que comprendió un viaje de dos meses a través del territorio nacional de Misiones; y la etapa retrospectiva, en cuyo devenir analizamos lo ya conocido, al reconstruirlo utilizando el instrumental de la palabra, supremo don del hombre. La primera de esas etapas, la etapa meramente imaginativa, estuvo muy lejos de aproximarnos a la sorprendente realidad que nos esperaba. Habíamos imaginado muchas maravillas: inmensas selvas; claros valles con verdes prados; serranías que iban sucediéndose sin fin; caprichosos caminos de tierra colorada... Pero habíamos imaginado poco, porque para aproximarnos a lo que allí nos esperaba, habría sido necesario imaginar un paraíso. Las selvas eran más inmensas y lujuriosas que todo lo imaginado; los prados más verdes; los valles más claros; más irregular la topografía del terreno; más penetrante el color de la arcillosa tierra colorada.

Durante todo el viaje la realidad se encargó de superar cuanto habíamos imaginado, porque todo era allí maravillosa y sorprendentemente extraño: las gigantescas ruinas de una civilización que floreció hace centenares de años; los grandes y caudalosos ríos con sus crecientes extraordinarias; el incontenible y turbulento germinar de la maleza, entre los árboles centenarios; las majestuosas cataratas, que tienden luminosas cortinas de niebla sobre las rocas que las rodean; los ruidos y los perfumes de la selva; los arroyos, que avanzan en medio de caprichosos saltos y grandes caídas de agua; las rojas picadas abiertas a golpe de hacha, en el corazón de la flora milenaria; las progresistas colonias agrícolas, que inte-

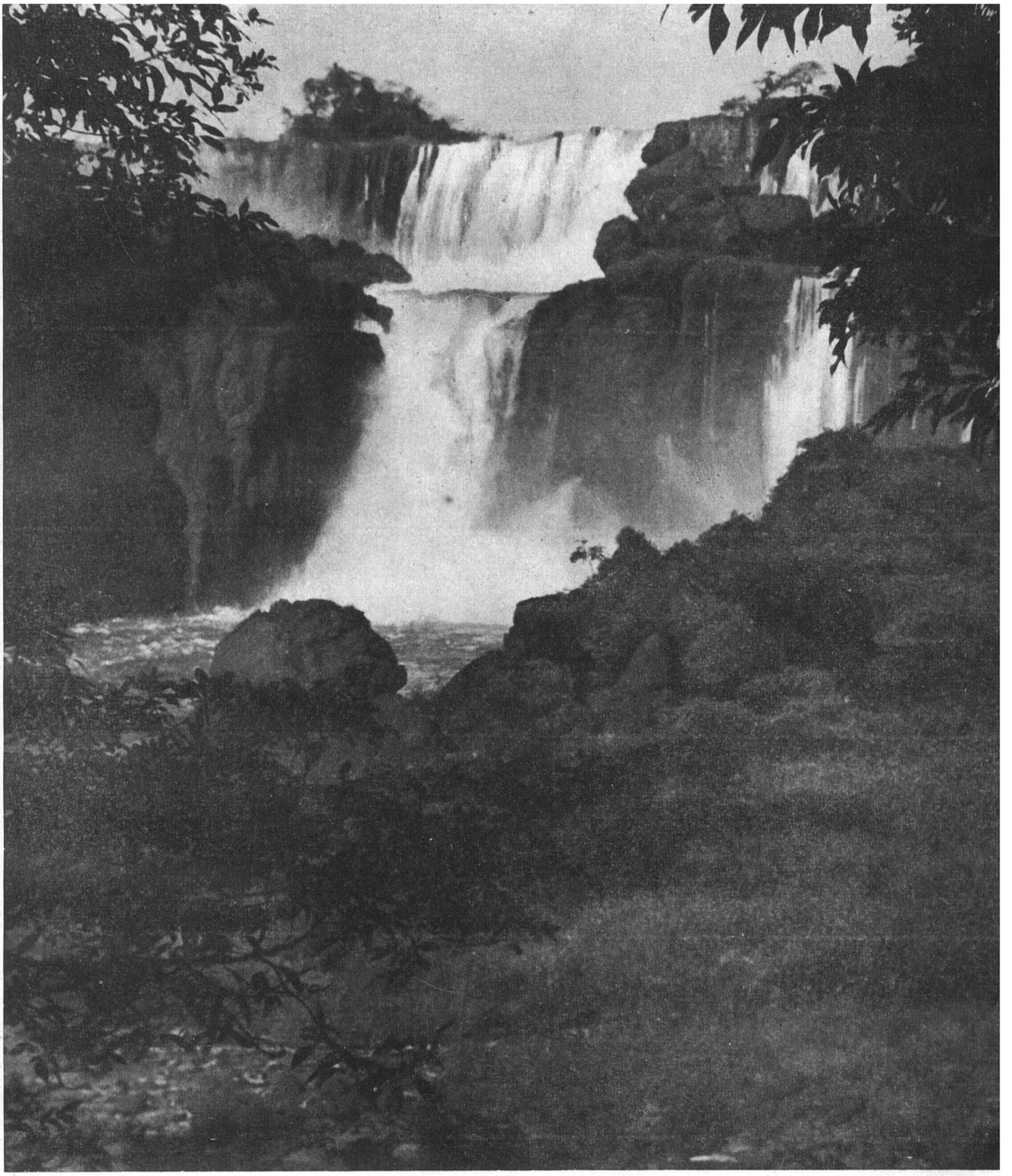
Reconfortó nuestro ánimo el encontrarnos en medio de una población que trabajaba libre y dignamente, garantizada en sus derechos.

Había allí inmensos ríos, que surcaban múltiples embarcaciones en las cuales era transportada la riqueza del territorio.

gran hombres procedentes de treinta países distintos, que ya están radicados para siempre en el nuestro; la increíble sucesión de puertos, en el Alto Paraná y en el Alto Uruguay; las torrenciales lluvias del subtrópico; los días luminosos, durante los cuales no existe el asomo de la más leve nube en el cielo diáfano; las noches tibias, iluminadas por grandes estrellas, que parecen brotar del alto y compacto follaje; los angostos valles; los torneados lomos de las cuchillas; los rojos vericuetos que se deslizan por el lomo de las agrestes y boscosas sierras...

Mas no fué sólo el paisaje lo que llamó nuestra atención. No estuvimos siempre pendientes del "oro verde" de la vegetación, ni del penetrante color de la arcillosa tierra colorada. Observamos también a las gentes que viven en esos lugares, maravillándonos del resultado que obtienen con sus esfuerzos, mediante la aplicación del sistema cooperativo. Y acrecentó la fe que siempre tuvimos en los superiores destinos de nuestra nacionalidad, al encontrar, en medio de tanta y tan increíble maravilla de la naturaleza, las maravillas creadas por el esfuerzo del hombre: enormes plantaciones de tung, de yerba mate, de caña de azúcar, de tabaco, de té, de mandioca, de árboles frutales, de plantas aromáticas, y de todo aquello que pueda ser producido por la mejor tierra de cualquier país del mundo.

Doquier había sido doblegada la fiereza de la selva virgen, empezaban a levantarse viviendas y se formaban pueblos. Y doquier se levantaban viviendas y se formaban pueblos, las gentes aparecían en los campos, trabajando de sol a sol, las mu-

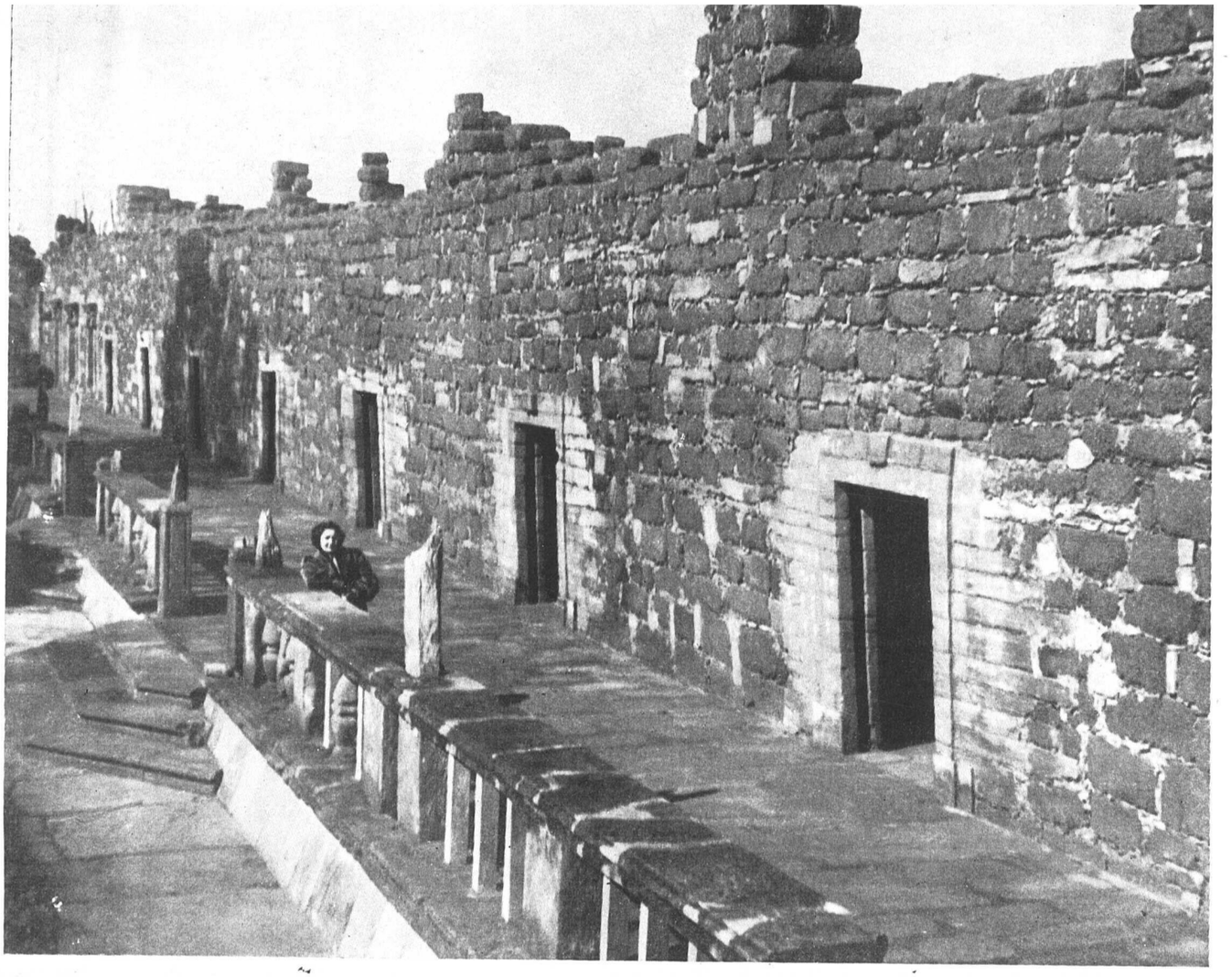


Encontramos a nuestro paso majestuosas cataratas, que tendían transparentes cortinas de niebla sobre las rocas que las rodeaban.

jeres unidas a los hombres y los niños colaborando con ambos al volver de la escuela.

El viaje transcurría, así, en medio de un ininterrumpido deslumbramiento, que hacía aún más agradable el convencimiento de que todo aquello era nuestro, completamente nuestro, inclusive las gentes llegadas desde todos los rincones del mundo, porque las veíamos firmes y seguras sobre el suelo generoso, como si hubiesen echado raíces en la arcillosa tierra colorada.

Salían continuamente a nuestro paso, en medio de la vegetación exuberante, los prodigios creados por el hombre: las más grandes fábricas de madera terciada que se



Las gigantescas ruinas de una civilización que floreció hace s'glos, se encargaban de superar cuanto habiamos imaginado antes.

conocen en Sud América; gigantescos aserraderos; establecimientos dedicados a la elaboración de derivados de la mandioca; secaderos de tabaco; molinos de yerba mate; modernas fábricas de tung, construídas por las cooperativas mediante el aporte económico de los colonos, en su casi totalidad copropietarios de los establecimientos fabriles que industrializan sus cosechas.

Al cruzar ese pródigo territorio, dentro del cual, hasta hace algunos años, los capitalistas trataron al "mensú" como a bestia de carga, se ensanchó nuestro pecho de alegría al comprobar que el "mensú" no existía ya, y que en lugar de él había millares de pequeños productores, organizados en cooperativas, y obreros nucleados en fuertes y bien organizados gremios, que trabajaban digna y libremente, al saberse respetados y respaldados para la práctica de esa dignidad social, que es y debe ser siempre irrenunciable.

La segunda etapa del viaje fué maravillosa, para nosotros, por eso; porque encontramos allí a un pueblo socialmente redimido, mediante la acción justicialista de un presidente argentino, que es el arquetipo nacional y social de nuestro tiempo.

La tercera etapa del viaje, esa singular etapa retrospectiva que se realiza con el pensamiento y el recuerdo, estuvo destinada a escribir este libro, con el cual aspiramos a mostrar, agregando a las descripciones una colección de notas gráficas que tomamos, personalmente, cuál es la realidad del territorio nacional de Misiones.

Al término de esta breve introducción, el autor y su esposa —colaboradora infatigable en este esfuerzo—, desean hacer presente su reconocimiento a todas aquellas personas que, en una u otra forma, les brindaron su estímulo y contribuyeron a hacer aún más grato este viaje inolvidable.

MISIONES, el territorio nacional que sirvió de escenario a nuestro viaje, se encuentra situado en el nordeste argentino, y ocupa una de las regiones más hermosas y promisoras del país.

Por su extensión, Misiones es el más pequeño de los territorios nacionales, pero supera a todos los demás por la densidad de su población. Sus 244.123 habitantes, distribuídos en 29.801 kilómetros cuadrados de tierra, le dan una densidad de 8,19 habitantes por kilómetro cuadrado, con lo cual sobrepasa, no sólo a los demás territorios nacionales, sino también a diez de las catorce provincias argentinas.

La topografía del terreno es irregular, y lo propio ocurre con la disposición del subsuelo, ocupado por compactas ligazones de rocas metamorfoseadas, de origen ígneo, cubiertas por gruesas capas de tierra vegetal, en la que abundan los extractos rojos y amarillos, así como mezclas de hierro y sílice.

La casi totalidad del territorio misionero está cubierto por cuchillas y serranías, tanto en el extremo sur, que corresponde a la Zona de Campo, como en el centro y norte, que es donde se encuentran las Zonas de Bosques. El nivel de las elevaciones varía entre los cincuenta y los quinientos metros sobre el nivel del mar, pero hacia el nordeste se encuentra un macizo que mide poco más de ochocientos metros.

El sistema orográfico de Misiones está formado por tres cadenas de cerros casi ligados entre sí y apoyados en varios contrafuertes, de los cuales se desprenden diversos ramales.

La topografía de Misiones es irregular, y todo su territorio se encuentra cubierto por colonias, levantadas en los claros de la selva.

La Sierra del Imán, la más meridional de las tres, está cubierta por muchas colonias y pueblos, de fundación relativamente reciente, ocurriendo lo propio con las regiones que abarcan los contrafuertes de dicha sierra, al extenderse para dar forma a los macizos de San José, Mártires y Santa Ana.

Al nordeste de la Sierra del Imán, corriendo siempre en esta dirección, se encuentra la Sierra de Misiones, conocida también con el nombre de Sierra Grande. Entre ambas serranías no existe más separación que la establecida por una pequeña y muchas veces confusa abra.

La Sierra de Misiones se caracteriza por la caprichosa y compacta sucesión de pequeños cerros que le dan forma, mediante un prolongado eslabonamiento de ásperas laderas. Esta zona, la más boscosa y despoblada del territorio, es, al propio tiempo, la que tiene más irregular conformación topográfica.

La Sierra de Misiones termina en el nordeste del territorio, al ser cruzada por la Sierra de la Victoria, que corre de sudoeste a nordeste, y de la cual se desprenden dos grandes ramales: uno que se pierde en las inmediaciones del río Iguazú y otro que termina en la Sierra Morena, región cuyos bosques contienen enormes cantidades de maderas preciosas.

Las dos cadenas de cerros nombradas en primer término, al cruzar el territorio de Misiones casi por el centro, de sudoeste a nordeste, son las que determinan el curso de sus ríos y arroyos interiores —numerosos, profundos y de considerable caudal—, los cuales, después de nacer en las laderas meridionales o septentrionales de dichas sierras, van a desembocar en el Alto Paraná o en el Alto Uruguay, de acuerdo con la ubicación de sus respectivas vertientes.

En razón de los pronunciados declives del terreno, todos los ríos y arroyos interiores tienen lechos profundos y rocosos, que permitirían la navegación de no existir muchas caídas de agua y saltos. De los tres ríos que le sirven de límite: el Paraná, el Uruguay y el Iguazú, sólo el primero de ellos es navegable en toda su extensión.

Situada en una magnífica región subtropical, con tierras aptas para los más diversos cultivos y con abundantes corrientes de agua que la fertilizan, no debe sorprender que Misiones ofrezca el aspecto de un maravilloso jardín, de un inconmensurable parque, que permanece cubierto de exuberante y verde vegetación durante todo el año.

Este rico y próspero territorio, actualmente habitado en su casi totalidad por personas de raza blanca, estaba ocupado por tribus guaraníes al producirse la llegada de los españoles, y en él sólo eran explotados algunos aspectos de la agricultura, y pequeñas industrias, especialmente la industria del tejido.

La conquista de Misiones, iniciada en forma inhumana, mediante la implantación del sistema de las Encomiendas, cambió fundamentalmente ese aspecto primario, hacia el año 1609, al hacerse cargo de la conquista y del gobierno de ese territorio los Misioneros de la Compañía de Jesús.

En el mes de marzo de 1609, una Real Cédula, comunicada a Hernandarias de

Saavedra, gobernador de la provincia del Paraguay, dispuso que el Tesoro costease todos los gastos de los Misioneros de la Compañía de Jesús, a quienes se encomendaba la conversión de los infieles que habitaban en el Paraná y en la antigua provincia de Guaira.

Pocos meses después, los jesuítas estaban ya en Misiones, estableciéndose en pequeñas construcciones, que luego convertirían en las Reducciones de Loreto y San Ignacio Miní.

Avanzando lenta pero también infatigablemente en su obra, los Misioneros llegaron hasta la costa del Uruguay, hacia el año 1619, y poco después, sobre el total de 33 Reducciones fundadas por ellos, 11 pertenecían al actual territorio de Misiones.

La conquista espiritual de los aborígenes fué realizada en forma paralela con la capacitación de los mismos para las nuevas ocupaciones que habrían de tener. Se les permitió conservar su idioma, y para que aprendieran a leer, los jesuítas tradujeron obras al guaraní, imprimiéndolas posteriormente en las dos primeras imprentas que funcionaron en las localidades de Loreto y Santa María la Mayor.

El gobierno de las Reducciones jesuíticas tuvo su sede en Candelaria, donde residía un jefe superior, directamente designado por el general de la compañía.

Esta fotografía corresponde al sitio en que el Ejército Expedicionario del General Manuel Belgrano cruzó el Paraná rumbo al Paraguay.

En las Reducciones la máxima autoridad estaba representada por el Corregidor, al propio tiempo jefe nato del Cabildo, institución ésta de la cual formaban parte los nativos, desempeñando, inclusive, los cargos de alcaldes, regidores, etcétera.

El trabajo era obligatorio, y aunque la conversión de los indígenas fué llevada piadosamente, se impuso una rígida disciplina en todas las Reducciones, trazadas con un mismo patrón, teniendo en su centro a la iglesia.

Los jesuítas construyeron grandes pueblos, de los cuales aún existen gigantescas ruinas; introdujeron animales en pie, para fortalecer la ganadería en Misiones, y dieron gran impulso al trabajo de la tierra, con extensos cultivos de maíz, mandioca, hortalizas, caña de azúcar, yerba mate, tabaco, y especialmente algodón, a cuyo cultivo tenían la obligación de dedicar todos algunas horas del día, inclusive el propio Corregidor.

Tampoco descuidaron las industrias, para cuyo incremento montaron grandes fábricas y talleres, instalando centenares de tejedurías.

Una vez organizada la producción, se dedicaron a exportar sus productos, muchas veces en embarcaciones construídas en sus propios astilleros. Estas exportaciones eran muy variadas, abundando entre ellas la yerba, el tabaco y los tejidos.

Para repeler los ataques de los mamelucos, que hacían incursiones para entregarse al robo y al saqueo, organizaron militarmente a los guaraníes, conocidos por su extraordinaria bravura, y en algunas ocasiones, como ocurrió al verse amenazada la Colonia del Sacramento, estuvieron en condiciones de poner en pie de guerra tres mil hombres, que equiparon con armas propias.

Esta etapa de prosperidad y de trabajo sólo alcanzó hasta el año 1767, fecha en la cual el gobierno de España, por razones que no es del caso analizar en esta obra, dispuso que los jesuítas fueran expulsados del territorio de América y confiscados todos sus bienes.

Las consecuencias que derivaron de tal medida fueron funestas para Misiones, donde se encontraban entonces las Reducciones más famosas, ricas y progresistas del mundo.

Los jesuítas entregaron todos sus bienes, y se retiraron pacíficamente, sin oponer la menor resistencia a la orden de expulsión dictada por el rey de España, y todo pareció resuelto con esto. Empero, la primera dificultad que debieron enfrentar las nuevas autoridades fué la de encontrar sacerdotes reemplazantes para los sesenta padres jesuítas expulsados, ya que no sólo se trataba de elegir clérigos capacitados sino que también debían conocer el idioma guaraní, único idioma que se hablaba en esos lugares.

Cuando esa primera dificultad fué perentoria y malamente resuelta, hubo necesidad de organizar el gobierno civil del territorio, vasto en relación con la cantidad de habitantes y las malas comunicaciones. Al principio se nombró un gobernador general, que tenía su sede en Candelaria. Luego fué necesario dividir las zonas, y nombrar otro gobernador para las Reducciones que se encontraban en el territorio que actualmente corresponde a la provincia de Corrientes.

Los Cabildos continuaron funcionando, como en los tiempos pasados, pero se resintieron pronto, por la deserción de los aborígenes más capacitados. Lo propio ocurrió posteriormente, al procederse a dividir el territorio en departamentos y a nombrar delegados para los mismos.

El síntoma más evidente de la anarquía que empezaba a reinar en las Reducciones surge de la comparación de la cantidad de habitantes que había en ellas en el año 1776 (cien mil aborígenes antes de que fueran expulsados los jesuítas) y la correspondientes al año 1796 (sólo sesenta mil habitantes, veinte años más tarde).

El relajamiento de la disciplina, el choque de ambiciones entre autoridades eclesiásticas, civiles y militares, la reimplantación disimulada del sistema de Encomiendas, y otros abusos, fomentaron sin cesar las deserciones de los nativos, que volvieron al monte. Mientras tanto, las frecuentes incursiones de los portugueses pusieron en peligro a los pueblos, sin que las nuevas autoridades estuvieran jamás en condiciones de enfrentarlos.

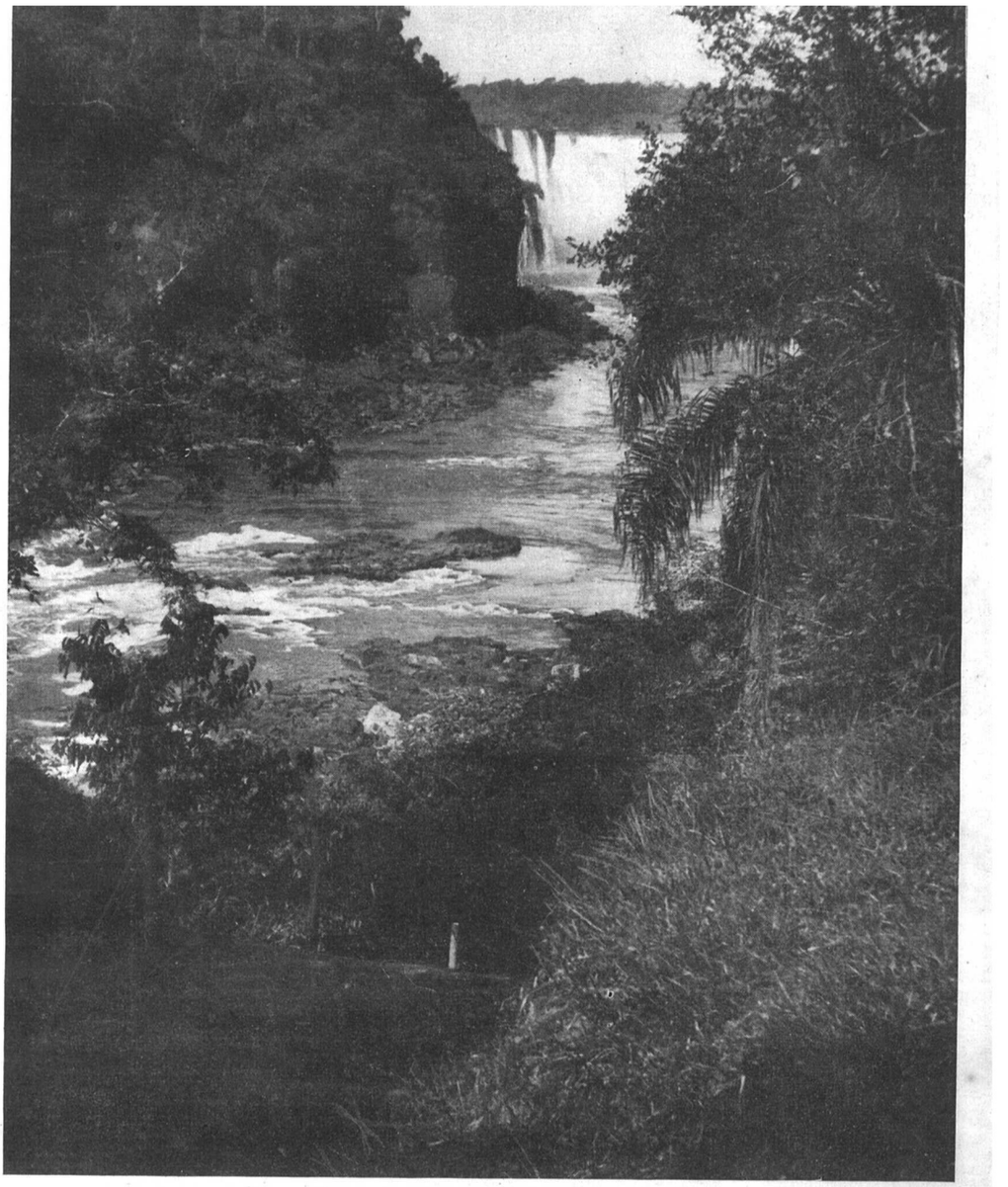
Fué así como se inició el período decadente de las Reducciones misioneras: mermó la producción agrícola; la riqueza ganadera sufrió serios quebrantos; quedaron paralizados los establecimientos fabriles, y hasta el intercambio comercial, que durante la

época de los jesuítas fuese llevado a un magnífico estado de perfeccionamiento, rodó en medio del desorden que caracterizaba la nueva etapa de vida de ese territorio.

Al producirse la Revolución de Mayo, Misiones formaba parte de la provincia del Paraguay, comprendida, a su vez, dentro del territorio que dicha revolución reivindicaba para las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Desde el momento mismo en que el gobierno del Paraguay negó su sometimiento a la Junta de Mayo, Misiones se declaró independiente de aquél e hizo causa común con el gobierno de Buenos Aires.

En diciembre de 1810, cuando la expedición al mando del general Belgrano llegó a Candelaria, cuatrocientos soldados misioneros, a las órdenes del comandante Rocamora, estaban listos para cruzar el Paraná a fin de enfrentar a los paraguayos. Si no pudieron cumplir con ese deber irrenunciable, ello se debió a que el general Belgrano, alentado por el buen resultado de una escaramuza, cruzó el Paraná en plena noche, antes de la fecha fijada, sin esperar la llegada de los refuerzos misioneros. Terminada la Campaña del Paraguay, cuyo análisis no corresponde en esta breve reseña histórica, el general Belgrano, durante su segunda permanencia en Candelaria, redactó, de puño y letra, la primera Constitución de Misiones, que fué, al propio tiempo, la primera Constitución de un Estado Argentino, y que la convirtió en provincia.



Los ríos y arroyos de Misiones corren sobre profundos lechos de piedras, y ofrecen maravillosos paisajes, con múltiples y grandes cascadas.

La autonomía de Misiones tuvo precaria duración, ya que en el año 1814, por disposición del Director Supremo, Gervasio de Posadas, fué anexada a la provincia de Corrientes, registrándose poco tiempo después varias invasiones portuguesas que destruyeron todas las poblaciones.

En el año 1824, el Tratado del Cuadrilátero, en su artículo 15, dejó constancia de que "*el territorio de Misiones queda libre para formar su gobierno y para reclamar la protección de cualquier provincia contratante*".

Tres años después, en 1827, un tratado de alianza firmado por los gobiernos de Entre Ríos y Corrientes, autorizó a esta provincia para ocupar Misiones, acción a la cual se opuso el gobierno de Buenos Aires. Pese a ello, en 1828, Corrientes iniciaba, prácticamente, la ocupación de Misiones, para anexársela después, de acuerdo con la Ley sancionada en 1832.

El esfuerzo del hombre abrió caminos por entre la selva milenaria, para que circulase por ellos la riqueza de ese territorio prodigioso.

A lo largo de todas esas alternativas y dificultades, Misiones siguió empobreciendo sin cesar, con sus poblaciones en ruinas, sus industrias destruídas, sus campos abandonados y su comercio en decadencia.

Al llegar a su término el Período de la Organización Nacional, con la federalización de la ciudad de Buenos Aires, los habitantes de Misiones pidieron que también terminase la anexión del territorio a la provincia de Corrientes, y que se les devolviera la autonomía, que en los comienzos de la Revolución de Mayo le reconociera la Primera Junta, por medio de uno de sus miembros el general Belgrano.

La reclamación del pueblo misionero sólo prosperó parcialmente, pues si bien se puso término a la anexión de ese territorio a Corrientes, no se le reconoció la autonomía que reclamaba.

Convertida en territorio nacional, la antigua provincia de Misiones, cuna indiscutible de la civilización latinoamericana, las nuevas autoridades encontraron un conjunto de poblaciones en ruinas, con escasa población, sin caminos ni médicos.

Los primeros años del siglo veinte se caracterizaron por la aparición del "mensú" en los nuevos yerbales de Misiones, y por la despiadada explotación que los capitalistas hicieron de ese paria, que prácticamente fué convertido en esclavo de los grandes latifundistas de esa región.

Felizmente, al término de la Primera Guerra Mundial, poderosas corrientes inmigratorias, llegadas primero a la costa del Alto Paraná, y luego al sur del territorio, iniciaron la colonización del territorio.

Desde entonces, hasta que se produjo la Revolución Justicialista, el progreso de Misiones se debió casi pura y exclusivamente a los esfuerzos privados de los colonos, quienes iniciaron la organización de cooperativas, para hacer frente a los poderosos consorcios capitalistas que allí imperaban.

Cuando los representantes del nuevo Gobierno Justicialista entraron en funciones, la situación del territorio era lamentable en muchos aspectos. Les esperaba, por lo tanto, una tarea ímproba, cuyos resultados tendríamos oportunidad de apreciar a lo largo del viaje que entonces iniciábamos.

DESDE la federalización de los territorios nacionales, registrada en el año 1881, las normas establecidas para el gobierno de los mismos habían adolecido de graves defectos. Ante todo, la autoridad de los gobernadores era muy limitada, y la descentralización de funciones motivaba frecuentes interferencias y obligaba a la multiplicación de trámites burocráticos.

Antes de iniciar nuestro viaje a Misiones, habíamos estudiado detenidamente este aspecto de la vida del territorio, tan fundamental para su desarrollo. Creíamos —y continuamos creyéndolo— que para explicar cómo es una región, también hay que decir, al propio tiempo, por qué es así tal región, análisis a cuyo término sólo puede llegarse si se sabe en qué forma estuvo gobernada la misma. De ahí que dediquemos estas páginas previas a la descripción del viaje, al gobierno del territorio.

Cuando llegamos a Misiones, el Poder Ejecutivo Nacional, por intermedio del Ministerio del Interior, se disponía a reglamentar y también a ampliar las facultades de los gobernadores de los territorios nacionales, como lo hizo con fecha 4 de agosto de 1950.

Se trataba, sin duda alguna, de una acertada medida, porque, como ya dijimos, los gobernadores de los territorios, pese a su enorme responsabilidad, carecieron durante años de verdadera autoridad, al extremo de que, para tomar resoluciones de importancia muy relativa, tenían que solicitar la autorización del ministerio correspondiente.

Esta falta de unidad en el gobierno perturbó durante muchas décadas las tareas administrativas en los territorios, donde cada ministerio tenía un representante o delegado, que procedía sin ningún nexo ni dependencia con y del gobernador del territorio.

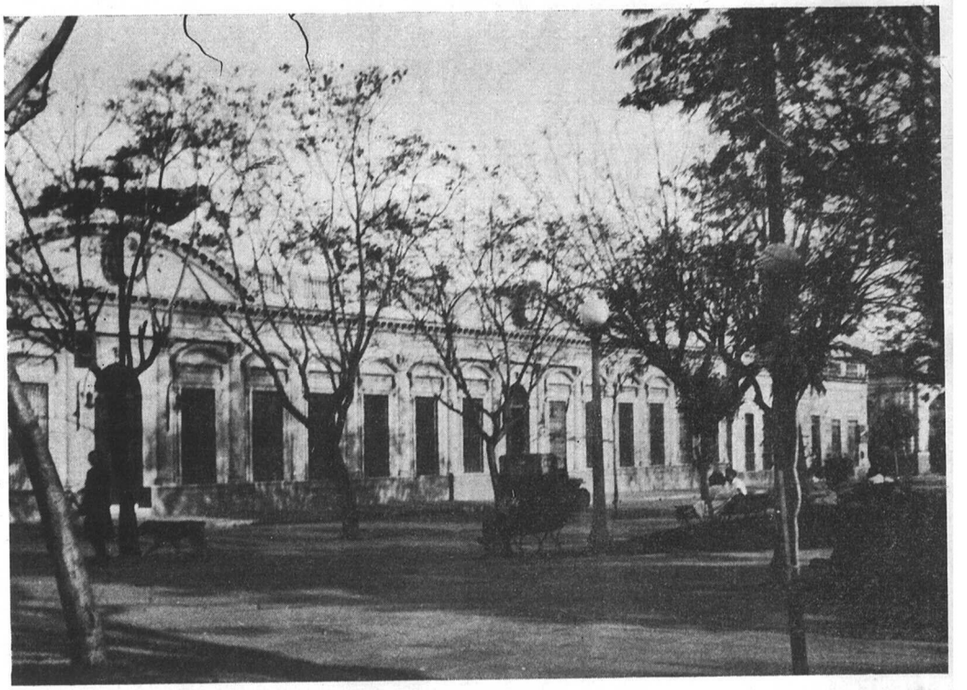
Esta anomalía fué parcialmente subsanada mediante la sanción de la Ley 1.532, reglamentaria del gobierno de los territorios nacionales, en virtud de la cual quedó claramente establecido que *los gobernadores de los territorios nacionales son la autoridad superior de los mismos, con superintendencia sobre todos los organismos nacionales que funcionen dentro de la jurisdicción que les corresponde.*

Posteriormente, como ya hemos dicho, el 4 de agosto de 1950, un decreto del Poder Ejecutivo Nacional amplió esas facultades de los gobernantes territoriales, los cuales, además de la administración del territorio de su mando, tienen, dentro de él, *las atribuciones que en toda la República corresponden al Poder Ejecutivo Nacional.*

Este plan de acción tendiente a dar mayor autonomía al gobierno territorial, quedará temporalmente completado cuando sea aprobada la ley, ya radicada en el H. Senado de la Nación, en virtud de la cual los habitantes de esos territorios elegirán a sus gobernantes, mediante el voto directo.

Cuando nosotros estuvimos en Misiones, el gobernador cumplía su cometido secundado por un secretario general

La Casa de Gobierno era un magnífico edificio, construído en el año 1883, y estaba situado frente a la plaza 9 de Julio.



y un subsecretario de la gobernación. El jefe de policía tenía autoridad sobre la zona sur, y el resto del territorio quedaba a cargo del jefe de la Agrupación Misiones, de la Gendarmería Nacional.

No había allí, entonces, autoridades administrativas que tuvieran a su cargo el gobierno jurisdiccional de los once departamentos en que se encontraba dividido el territorio, y que llevaban los siguientes nombres: Apóstoles, Cainguas, Candelaria, Capital, Concepción, Frontera, Guaraní, Iguazú, Sin Ignacio, San Javier y San Pedro.

En esos momentos Misiones contaba con diez municipalidades, instaladas en las localidades de Posadas, Apóstoles, Bonpland, Candelaria, Concepción de la Sierra, Corpus, Oberá, San Ignacio, San Javier, San José y Santa Ana. Posteriormente, en el mes de octubre de 1950, fué creada la municipalidad de Eldorado. Como puede observarse, había algunos departamentos, tales como los de Guaraní, Frontera, etc., donde no existía una sola municipalidad. Para el gobierno de las restantes poblaciones, funcionaban cuarenta y tres Comisiones de Fomento, algunas de ellas en poblaciones de verdadera importancia, como Leandro N. Alem, Cerro Azul, Bella Vista y Puerto Rico.

En la organización realizada por el gobierno nacional, para poner en práctica los lineamientos trazados en el Plan Quinquenal, correspondieron a Misiones las Zonas Económicas 56, 57 y 58. La Zona 56 tiene como población eje a Oberá, una de las más nuevas y progresistas del territorio; la Zona 57, a la de Eldorado, y la Zona 58, a Monteagudo.

El gobernador del territorio, con quien recorrimos esas zonas durante nuestro segundo viaje a Misiones, nos habló frecuentemente de su deseo y de su propósito de reemplazar a las Comisiones de Fomento de algunos pueblos de importancia con verdaderos gobiernos municipales, como ocurrió con Eldorado. Nos expuso también sus planes y sus puntos de vista sobre los problemas allí planteados, y nos entregó una síntesis de las obras que viene realizando, todo lo cual tendremos oportunidad de comentar a lo largo de este trabajo.

Por nuestra parte, queremos prevenir al lector que al juzgar lo que acontece en Misiones, debe tener en cuenta que, no obstante haber sido ese territorio la cuna de la civilización sudamericana, en la época de los jesuítas, empezó a despoblarse rápidamente después de la expulsión de aquéllos, para quedar convertido en una zona casi desértica, hacia el año 1881, que fué cuando se creó el territonio nacional de ese nombre. Decimos lo anterior, porque vamos a penetrar a un escenario donde todo lo que ha surgido del esfuerzo del hombre, es reciente. La Capital del territorio fué fundada hace menos de setenta años. Eldorado, la población más floreciente del Alto Paraná, empezó a formarse, en el corazón de la selva, a partir de 1920. Oberá es de fundación aún más reciente, y lo propio puede decirse de muchas otras colonias y pueblos florecientes, como Puerto Rico, Monte Carlo, Leandro N. Alem, etc.

En un territorio cuyas principales poblaciones y colonias son tan nuevas, no puede ni debe sorprender que haya sido necesario improvisar, ni que en los actuales momentos se enfrenten serios problemas de reorganización, dentro de los cuales quedan comprendidas todas las ramas de la actividad misionera.

LA CIUDAD DE POSADAS

A distancia que media entre la ciudad de Buenos Aires y la de Posadas, capital del territorio nacional de Misiones, varía de acuerdo con el medio de transporte que se utilice para recorrerla. En avión, esa distancia no alcanza a mil kilómetros, y el viaje, con varias escalas intermedias, dura aproximadamente cuatro horas. Vía fluvial, siguiendo el curso del Paraná, hay mil quinientos kilómetros, y el viaje dura tres o cuatro días, con sus correspondientes noches, según se remonten o se descienda las aguas de aquel río. En automóvil, la distancia es poco mayor que mil doscientos kilómetros, e idéntica extensión hay viajando en tren, para lo cual se requieren 36 horas.

Nosotros realizamos el primer viaje a Misiones en ferrocarril, llegando a la ciudad de Posadas en las primeras horas de un día primaveral, aunque estábamos a mediados de junio.

Las personas que nos esperaban, al escucharnos manifestar satisfacción por la agradable temperatura allí reinante, en momentos en que el frío era intenso en Buenos Aires, nos respondieron que en Misiones casi no había invierno.

—Todo lo más —manifestó una de esas personas—, tenemos un par de semanas frías, sin que por eso baje la temperatura hasta cero grados.

De la estación marchamos directamente al hotel, donde dejamos nuestro equipaje, y luego pedimos que se nos llevase a conocer la "Bajada del Mensú", una pintoresca calle situada en las inmediaciones del puerto.

Otro de nuestros acompañantes respondió entonces que ya no existía la "Bajada del Mensú", porque a esa calle se le había puesto el nombre de "Bajada Vieja".

—Además —agregó—, el "mensú" pertenece a la historia. Aquellos dolorosos tiempos de Misiones pasaron para siempre, felizmente. Ahora, nuestra gente vive y trabaja dignamente. Cuando recorran el territorio tendrán oportunidad de comprobarlo.

Aun admitiendo que aquella "bajada" hubiese cambiado de nombre, y que el "mensú" perteneciera al pasado, insistimos en visitar ese lugar, antes que cualquier otro. Habíamos leído algunas descripciones de él, conocíamos diversas versiones sobre lo que ocurrió allí en una época socialmente bochornosa, y deseábamos visitarlo.

Volvimos a ocupar el automóvil que el gobierno del territorio había puesto a nuestra disposición y nos dirigimos hacia el puerto.

Pronto nos encontramos en una angosta y empinada calle, que nacía en la orilla del río y que terminaba en una gran plaza abierta, donde había un mercado.

Lo primero que llamó nues-

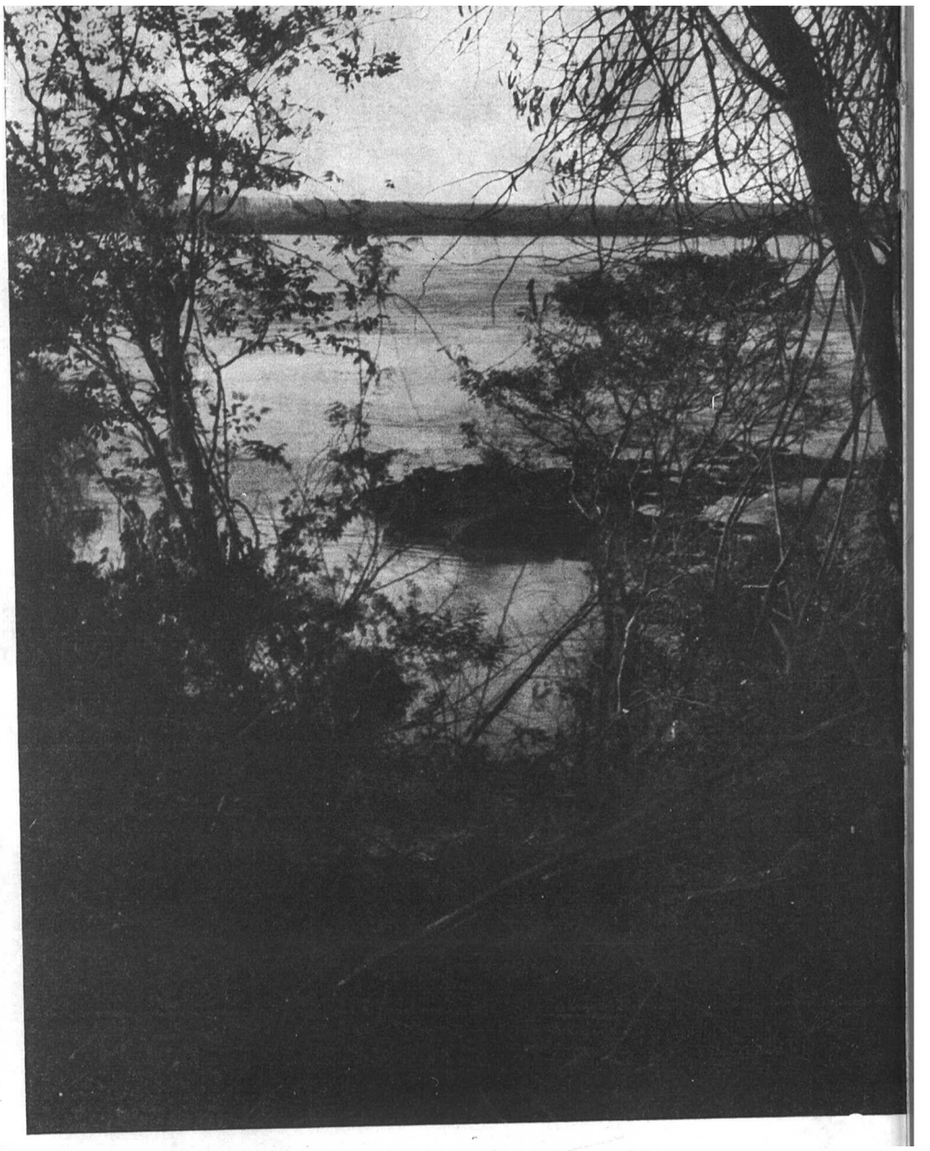
Típicas viviendas, que antes habían servido de sede a las "bailantas", estaban ocupadas entonces por familias trabajadoras y talleres.

tra atención fué la limpieza de la calle y el pintoresco aspecto de las viviendas tendidas a lado y lado, todas ellas ocupadas por familias de trabajadores, pequeños talleres y casas de comercio.

Las cosas habían cambiado mucho allí, porque años antes esa calle servía de escenario a los pocos días de vida licenciosa que precedían a la continuada esclavitud del "mensú".

¡El "mensú"! ¿Quién y cómo fué, en realidad, este singular personaje del nordeste argentino?

Para tratar de ubicarlo hay que tener en cuenta, ante todo, que la imaginación popular, inspirada en lo mucho que se escribiera sobre ese paria de los yerbales misioneros, pudo crear leyendas, a cuyo influjo quedase deformada la realidad de los hechos. Mas tampoco debe olvidarse que muchas veces, como pudo ocurrir en este caso, la realidad humana suele sobrepasar, en angustias, a todas las leyendas.



Las selvosas marañas de ambas márgenes del Paraná habían sido testigos mudos de la esclavitud a que se sometiera a los trabajadores.

Uno de nuestros acompañantes, al acotar las informaciones que iba proporcionándonos, dijo que nunca se llegó a establecer claramente si el "mensú" había sido esclavo de los propietarios de yerbales, en el territorio de Misiones. En respuesta a ese comentario, dijimos, a nuestra vez, que si se entiende por esclavo "a un hombre propiedad de otro hombre, propietario que puede hacer con aquél lo que le plazca, inclusive venderlo o matarlo, sin que haya ley alguna que se lo impida", el "mensú" no había sido esclavo. En cambio, si se entiende por esclavo —como nosotros lo entendemos— al hombre que es contratado con engaño, porque jamás le darán lo que le ofrecen; al que sus propios contratantes, explotándole las más bajas pasiones y por medio de malas artes, le roban el dinero anticipado a cuenta de trabajo; al que es intencional y dolosamente embriagado, para llevarlo al fondo de la selva, donde se le mantiene prisionero, sin que la autoridad lo garantice ni la ley lo ampare; a quien corre el riesgo de ser encarcelado al menor intento de reclamar sus derechos; al que es objeto de castigos corporales y a quien se mata por la espalda cuando trata de volver a la civilización en busca de libertad, en este caso decimos que sí puede asegurarse que el "mensú" fué esclavo.

Hay quienes creen que el "mensú" —obrero foráneo contratado en diversos lugares para trabajar en la cosecha de yerba mate de Misiones— surgió como una necesidad creada por la falta de brazos, que se registraba en ese territorio.

Esto es verdad, en parte. Pero no es menos cierto que los propietarios de yerbales, en combinación con sus administradores, contratistas, capataces, etcétera, montaron

una tenebrosa organización, que tuvo por móvil coartar la libertad de los obreros contratados, impedirles, por medios violentos, la salida del territorio y asegurarse abundante mano de obra por bajos salarios.

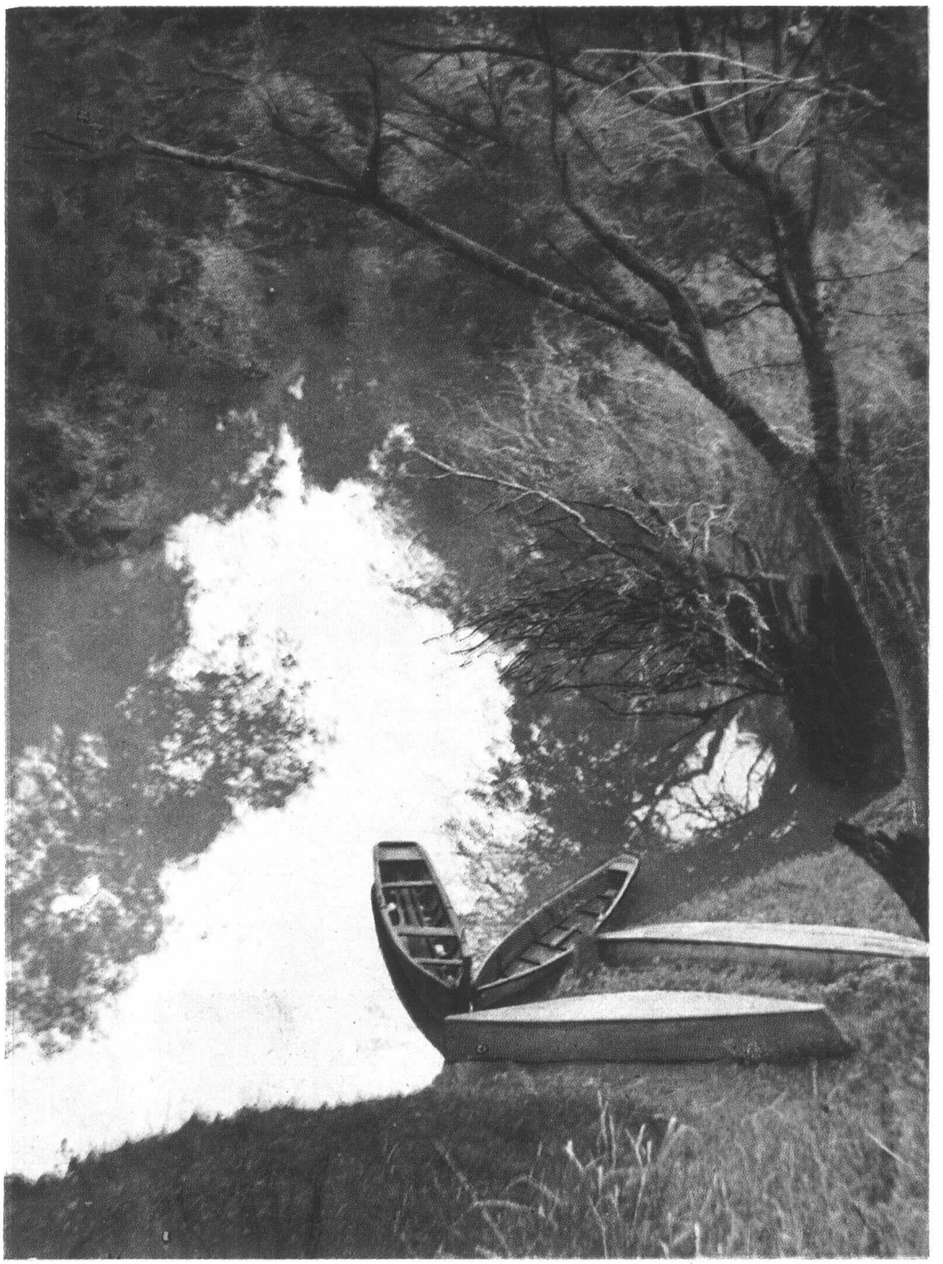
El "mensú" empezó a llegar a Misiones hacia el año 1905. En esa época resurgía ya la industria yerbatera, después de haber permanecido abandonada desde la expulsión de los jesuítas, y estaban en plena producción grandes plantaciones de yerba mate cultivada. La escasa población del territorio —menos de la tercera parte de la que tuviera al promediar la Conquista—, planteaba el grave problema de la falta de brazos, razón por la cual los yerbateros tomaron la resolución de confiar la contratación de braceros, fuera del territorio, a los "enganchadores", singulares personajes —un poco caballeros de industria y otro poco negreros—, que estaban autorizados para efectuar anticipos a los peones contratados, y que percibían una determinada suma de dinero para cada contrato.

En principio, el procedimiento no parecía condenable, tanto, que desde el punto de vista teórico, llegó a creérsele, además de moralmente correcto, auspicioso para la economía del territorio, terriblemente maltrecha en los anteriores años. Otra cosa ocurrió, empero, cuando fué necesario pasar de la teoría a la práctica, porque los "enganchadores", tan pronto como tuvieron en sus manos los dineros que habrían de anticipar a los jornaleros contratados, se dieron a la tarea de constituir una organización tenebrosa, sin que los capitalistas se opusieran a ello, para quedarse con todos los beneficios resultantes de cada contrato.

Los "enganchadores" iniciaron sus tareas destacando "enviados especiales" a las poblaciones fronterizas del Paraguay y del Brasil; luego los hicieron llegar hasta Corrientes, y posteriormente les permitieron avanzar aún más hacia el sur. Empero, los lugares favoritos de esos "enviados especiales" fueron siempre las poblaciones fronterizas, donde el nivel económico y cultural de los trabajadores era más bajo.

Tan pronto como llegaban a esas poblaciones, los "enviados especiales" se dirigían a los despachos de bebidas, donde invitaban a beber a los peones, mientras les hablaban de las grandes sumas de dinero que podrían ganar en Misiones, de las muchas diversiones allí existentes y de las hermosas mujeres que acababan de llegar de Buenos Aires. Por fin, cuando los candidatos a celebrar esos contratos estaban ebrios y un tanto ilusionados, los representantes de los "enganchadores" les ofrecían anticiparles dinero, a cuenta de futuros trabajos —en ocasiones hasta mil pesos a cada hombre—, a condición de que se trasladasen a Misiones. Si el candidato aceptaba la propuesta, ambos convenían en que la entrega del dinero sería hecha efectiva en la embarcación, en el mo-

La Bajada del Mensú era una empinada calle, situada frente al rio Paraná, que tenía a lado y lado pintorescas y limpias viviendas.



A orilla de los ríos y arroyos, había siempre pequeñas embarcaciones, listas para llevar al "mensú" hacia las exuberantes selvas.

mento de desembarcar en las inmediaciones de Posadas.

Debe reconocerse, en honor a la verdad, que tanto los emisarios de los "enganchadores" como éstos cumplieron siempre la palabra empeñada, y que los peones contratados recibieron sus anticipos, en dinero, al desembarcar en el lugar previamente señalado.

Claro está que después empezaba lo que ni siquiera habían podido imaginarse esos desventurados, porque los "enganchadores", contando con la complacencia de los capitalistas, la complicidad de las autoridades y la colaboración de los tratantes de blancas que les llevaban mujeres desde diversos lugares, habían organizado allí, en esa empinada calle que durante muchos años llevó el nombre de "Bajada del Mensú", una singular zona de tolerancia, de la cual eran propietarios, y donde había casas públicas, salones de baile y despachos de bebidas, ocupados por mujeres de vida alegre, tahures, alcahuetes y, en general, toda clase de gente de la peor laya.

Los "mensús" eran desembarcados, precisamente, frente a esa empinada arteria, donde a cada paso había una "bailanta", especie de casa pública, con mujeres, música, sala de juego y despacho de bebidas.

Como no podía menos que ocurrir, aquellos hombres, después de transitar un rato calle arriba y calle abajo, chistados y provocados por las mujeres y azuzados por los alcahuetes, entraban por fin a una "bailanta", donde las mismas mujeres —que vivían allí secuestradas por quienes las habían llevado desde otros lugares—, los conducían a las mesas de juego, o les daban de beber hasta embriagarlos, mientras les prodigaban sus caricias.

Rara vez se necesitaba más de una noche para que el "mensú" dilapidara el dinero recibido en anticipo. Luego, al despertar, atentos siempre los "enganchadores" a la vigilancia de la embrutecida víctima, la llevaban hacia una canoa, y en ella la conducían a la selva, donde tendría que vivir en un rancho, en una carpa o bajo las tupidas copas de los árboles, cortando yerba mate y talando monte, mientras la deuda contraída se mantenía intacta, porque al bajo monto de los jornales se sumaba el elevado precio de los artículos de primera necesidad, que le vendían los propios patrones.

PARA que la obra de recuperación social iniciada en nuestro país, también en el territorio de Misiones, desde luego, quede definitivamente cimentada, no bastará con que se garanticen los derechos de los trabajadores. Resultará indispensable la capacitación de los hijos de éstos, al igual que los de todos los otros habitantes de la Nación, para que las nuevas generaciones completen el esfuerzo iniciado por la presente.

Si la liberación del peón misionero de la esclavitud que soportaba en los yerbales, fué el signo de una nueva era social, la acción constructiva que desarrolla actualmente el gobierno nacional en pro trucción pública, es también el síntoma más evidente de su seria preocupación por los futuros destinos de la actual infancia.

Lógico es, por consiguiente, que nos ocupemos del problema educacional con prioridad a otros, diciendo, ante todo, que cuando el Gobierno Justicialista inició su período, de los 303 edificios escolares existentes en Misiones, 91 estaban en malas condiciones y 60 eran prácticamente inhabitables.

Como dato ilustrativo conviene recordar que desde la expulsión de los jesuítas, en 1776, hasta 1881, en que fué federalizado, el territorio careció de escuelas, pues las pocas que allí funcionaban eran particulares, y a ellas concurría un limitadísimo número de alumnos.

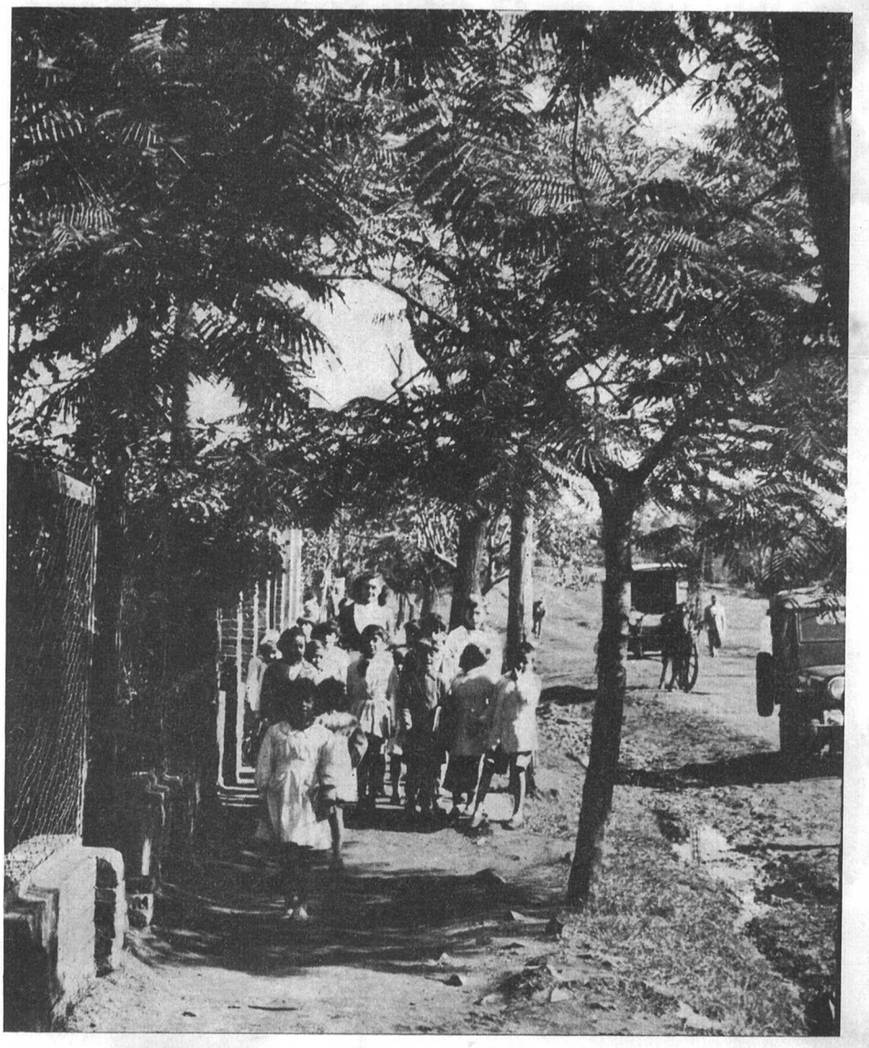
A fines del siglo pasado, y durante los primeros diez años del actual, los gobiernos hicieron construir edificios para las escuelas primarias en diversas poblaciones. Pero como dichos edificios, de madera, nunca fueron reparados, al iniciarse la Era Justicialista se encontraban en condiciones verdaderamente lamentables.

Cuando nosotros llegamos a Misiones, el gobierno había tomado serias medidas para dotar al estudiantado y al profesorado del territorio de locales adecuados, a cuyo efecto se estaban construyendo, o habían quedado terminados, más de cuarenta edificios para escuelas primarias, aparte de otros quince, cuya construcción estaba a punto de iniciarse.

Durante nuestro viajes, fuimos encontrando esos edificios, amplios, modernos, y construídos de acuerdo con las más modernas exigencias pedagógicas. Algunos estaban en la propia localidad de Posadas, y otros en grandes centros poblados, como Oberá y Eldorado; pero también los había en pequeñas poblaciones y aun en las picadas abiertas en el corazón de la selva.

En plena Sierra de Misiones, en la Colonia Guaraní, nos detuvimos breves instantes frente al edificio de la escuela Nº 28, cuya construcción estaba siendo terminada. Cerca del Alto Uruguay, en el pequeño pueblo de Pesiguero, también nos detuvimos frente a la escuela Nº 177, que iba a

La constante dedicación y la competencia de los maestros de Misiones, era la mejor garantía para los niños y jóvenes del territorio.



ser inaugurada pocos días más tarde.

Recorriendo la Sierra del Imán, encontramos también modernos edificios escolares en construcción, en Cerro Azul y en otros lugares. Las picadas no quedaron al margen de ese progreso, y bien podrá ver, quien viaje por ellas, que en nada desmerecen, ante los edificios de las grandes poblaciones, los levantados en la zona central de la Picada San Martín, en la Picada Esperanza o en la Picada López. Inclusive en lugares de población escasa, como puerto San Isidro, que se encuentra sobre la margen del Alto Uruguay, se están construyendo escuelas amplias.

Claro está que la construcción de edificios escolares sólo ha sido un paso en el camino a recorrer para la solución del problema educacional de Misiones, donde hay escasez de maestros, especialmente en las escuelas cuyos locales no han sido reemplazados y en aquellas que se encuentran muy alejadas de los centros urbanos.

De este detalle, en cierto modo negativo, del problema educacional de Misiones, no puede culparse, en manera alguna a los maestros del territorio, quienes realizan una tarea ejemplar, y a los cuales encontramos muchas veces radicados en plena selva cumpliendo con su apostolado.

El índice progresivo de la concurrencia de alumnos a las escuelas de Misiones, habla elocuentemente del esfuerzo realizado por los maestros del territorio, pues mientras en el año 1883 sólo concurrían a las escuelas 200 alumnos, en el año 1910 esa cifra alcanza a 5.000, y al finalizar el año lectivo de 1949, pasaba de los 49.000.

La tarea de los maestros misioneros ha sido ardua, no sólo porque hasta hace poco tiempo carecieron de edificios adecuados para impartir la enseñanza, viéndose muchas veces privados de viviendas ellos mismos, sino que también debieron vencer grandes dificultades idiomáticas, ya que en Misiones hay inmigrantes que pertenecen a más de treinta nacionalidades, con hijos a quienes les han enseñado el idioma de sus países de origen.

A ese respecto hubo un factor negativo, que ya ha sido neutralizado. Se trataba de escuelas particulares, atendidas por directores y maestros extranjeros, que enseñaban en sus idiomas.

Como el lector podrá advertir, mediante una breve consulta al mapa de Misiones que aparece en esta misma página, y en el cual figura la ubicación de las escuelas con que cuenta el territorio, éstas abundan en la zona sur, que es la más poblada, y escasean en el nordeste, precisamente en virtud de que se trata de una región de población escasa. La costa del Alto Uruguay, donde aún hay grandes extensiones de selvas vírgenes, cuenta con un número limitado de establecimientos educacionales. En cambio, la costa del Alto Paraná, frente a la cual hay muchas y muy progresistas colonias, tiene escuelas en toda su extensión, desde la ciudad de Posadas hasta las Cataratas del Iguazú.

Diversos factores han contribuído a dificultar la acción civilizadora de los maestros y las escuelas. En primer lugar, la distancia. Porque Misiones tiene más colonias que pueblos, y las gentes no viven allí agrupadas en poblaciones, sino diseminadas en el campo, de donde resulta que muchos alumnos tienen que recorrer varios kilómetros,

para llager a la escuela, procedentes de las chacras, quintas o granjas en que viven, y dentro de las cuales trabajan muchas veces a la par de los padres. También suelen perturbar el normal desarrollo de los cursos lectivos, las torrenciales lluvias del invierno.

Frente a estos factores adversos, la enseñanza primaria tiene a su favor el deseo de aprender que caracteriza a los habitantes de Misiones, la dedicación con que los maestros se entregan a sus tareas y el firme apoyo que reciben del gobierno.

En algunos lugares, como ocurrió cuando visitamos la escuela que se encuentra en la población de El Soberbio, dos maestros, contando con la colaboración del director, impartían enseñanza a más de ciento treinta alumnos, que cursaban de primero a cuarto grado, con el agravante de que la mitad de esos alumnos, hijos de extranjeros recientemente radicados en el país, no sabían hablar nuestro propio idioma.

Al finalizar el año 1950, la enseñanza primaria y secundaria presentaba el siguiente cuadro, en el territorio de Misiones:

ESCUELAS PRIMARIAS

Nº de escuelas en funcionamiento	320
Nº de alumnos inscriptos	42.680
Nº de directores y subdirectores	315
Nº de maestros	1.434
Nº de profesores especiales	54

Como podrá observarse, para un total de 42.680 alumnos concurrentes a las escuelas primarias del territorio, sólo se contaba con un personal directivo, docente y especializado que alcanzaba a 1.803 personas.

Respecto de la enseñanza secundaria en la ciudad de Posadas, el cuadro general, correspondiente al año 1950, era el siguiente:

ESCUELA NORMAL MIXTA DE MAESTROS

Curso Normal

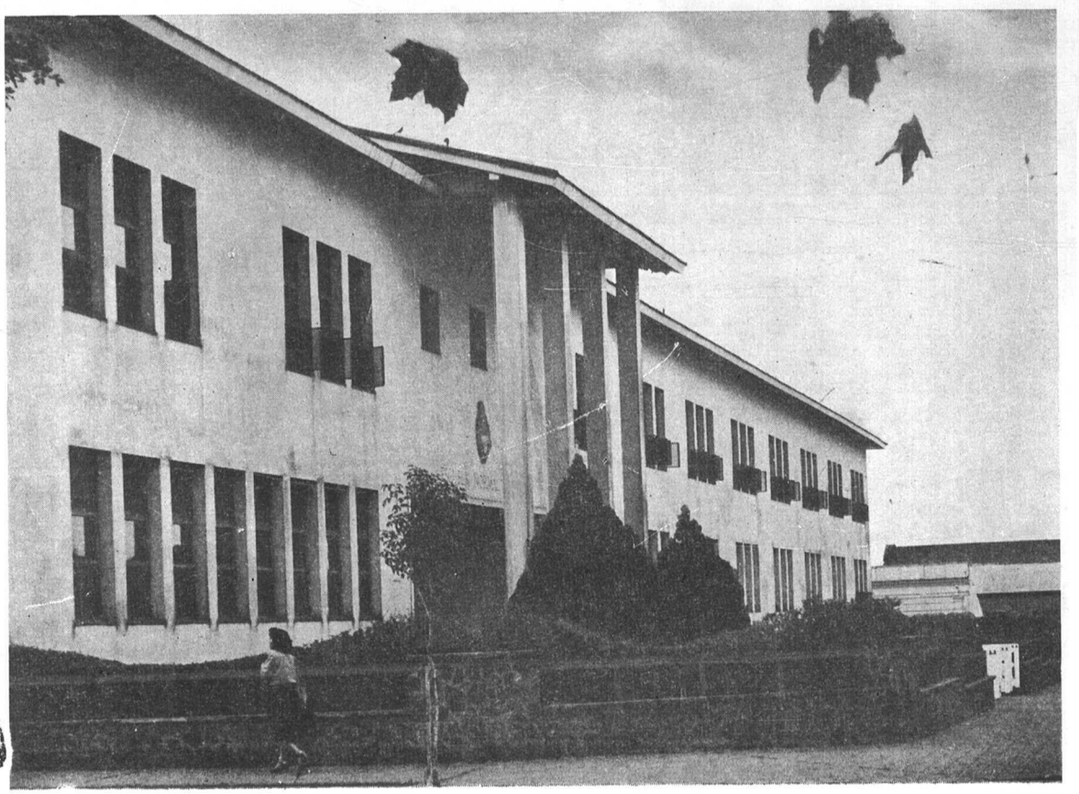
Alumnos inscriptos, 574; profesores, 72.

Departamento de Aplicación

Alumnos inscriptos, 242; maestros, 11.

Conviene hacer notar que en el Departamento de Aplicación de la Escuela Normal Mixta de Posadas funciona, adjunta, una escuela primaria.

Existe también allí un Jardín de Infantes, al cual concurrieron en el último curso lectivo 33 alum-

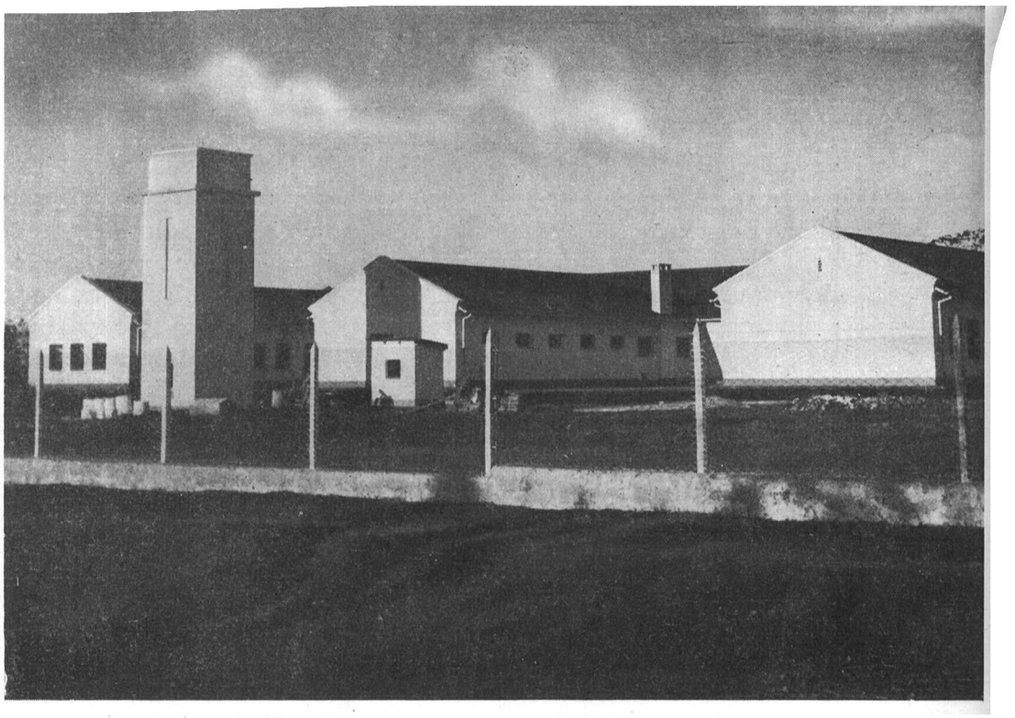


La Escuela Normal de Posadas, que contaba con más de quinientos setenta alumnos, había sido dotada de un moderno edificio.

nos, a cargo de una sola maestra.

El Colegio Nacional de Posadas cuenta con 254 alumnos y 40 profesores para la enseñanza de las diversas materias que contiene el programa.

El Colegio de Santa María tiene en total 534 alumnos, distribuídos entre el Departamento de Aplicación, Incorporado Normal y Curso Profesional. El total de profesores alcanza a 33.



Grandes y modernos edificios, destinados al funcionamiento de escuelas primarias, se encontraban en todo el territorio de Misiones.

El Colegio Roque González tiene 325 alumnos, parte en el Incorporado Nacional y parte en el Departamento de Aplicación. El total de profesores llega a 12.

La Universidad Comercial cuenta con 330 alumnos, 195 de los cuales concurren a los Cursos Comerciales y los demás al Incorporado Nacional.

A la Escuela Industrial de la Nación concurren en total 235 alumnos, cuya educación y capacitación está a cargo de 30 profesores. Funciona además en la ciudad de Posadas una Universidad Popular, cuyo número de inscriptos va en constante aumento, registrándose entre los concurrentes muchos empleados y obreros.

En los últimos años han sido creadas, en diversas poblaciones del interior del territorio, tales como Concepción de la Sierra, Leandro N. Alem y Oberá, Misiones Monotécnicas, que ejercen singular influencia en la orientación profesional y técnica de la juventud de esos lugares.

En la población de Oberá hay también un Colegio Nacional, y una Escuela de Comercio en Eldorado. En la localidad de Puerto Rico funciona un Incorporado Nacional.

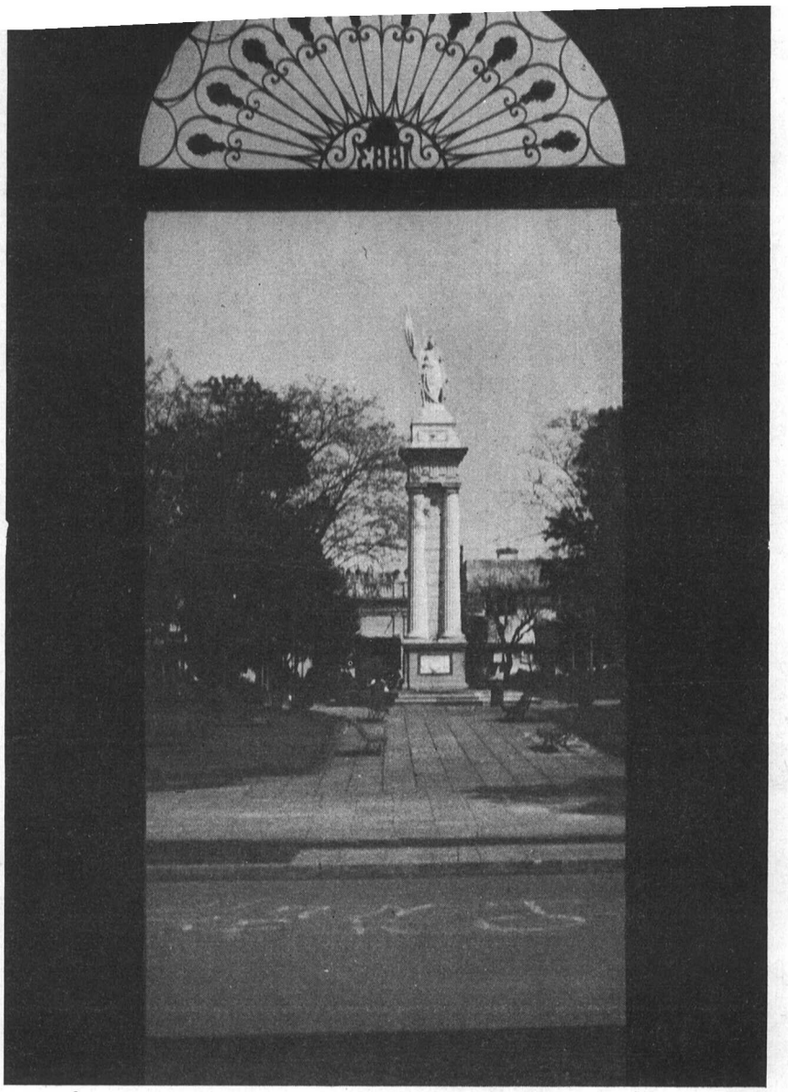
Durante el primer día de nuestra permanencia en la ciudad de Posadas, tuvimos ocasión de visitar una pequeña escuela de barrio, donde cambiamos impresiones con el director y los maestros.

En la opinión de ellos, la situación educacional de Misiones ha mejorado mucho en los últimos años, especialmente en lo que se refiere a la argentinización de la enseñanza, problema de vastas proyecciones, que poco y nada se había contemplado hasta el año 1943.

Nos hicieron notar, con buen criterio, que un enorme porcentaje de los niños que concurren a las escuelas primarias son hijos de extranjeros, y que, en general, hablan el idioma de los padres, en sus hogares. Así, las escuelas particulares, que existieron hasta 1943, donde los maestros dictaban sus clases en idioma extranjero, constituían un verdadero atentado contra las leyes vigentes en el país, y contra el sentimiento argentinista que debe orientar la acción escolar. Nos aseguraron, por fin, y nosotros tuvimos oportunidad de comprobarlo a lo largo del viaje, que todas esas escuelas particulares donde se enseñaba en idiomas extranjeros han desaparecido del territorio de Misiones, o están a cargo de maestros argentinos, que dictan sus clases en nuestro idioma.

EN Misiones hay un factor que nadie debe olvidar cuando se disponga a recorrer el territorio. Ese factor es la inestabilidad del tiempo, especialmente durante el invierno, que fué, precisamente, la época en que nosotros iniciamos el primer viaje. Si el tiempo se mantiene caluroso, como acontecía entonces, y sopla viento norte, la lluvia es segura. Si sopla viento del sur y refresca, se puede tener la seguridad de que no lloverá en varios días, y de que los caminos se encontrarán en magníficas condiciones, aun en los más lejanos lugares de la selva, pues si bien es cierto que allí la frondosidad de los árboles suele impedir que los rayos del sol sequen los caminos, el viento se encarga de hacerlo en el transcurso de pocas horas. Claro está que se puede viajar —nosotros lo hicimos—, bajo torrenciales aguaceros, sin correr el riesgo de quedarse en el camino; pero esta forma de viajar es poco grata, ya que la tierra colorada, dura como el cemento cuando está seca, parece jabón cuando se empapa.

El día de nuestra llegada a Posadas no llovía, pero la temperatura era elevada y soplaba viento norte. Por momentos aparecía un sol radiante y en seguida el cielo era cubierto por densos nubarrones, que nuevamente desaparecían poco más tarde.



La estatua de la Libertad, que se encuentra en el centro de la plaza 9 de Julio, vista desde el interior de la Casa de Gobierno.

Visto el estado del tiempo, el jefe del Distrito 15 de Vialidad Nacional, que sería nuestro acompañante en la primera etapa del viaje, nos aconsejó permanecer en Posadas, hasta que se registrase "un cambio de viento".

Así lo hicimos, y mientras esperábamos que soplase "una sudestada" nos dimos a la tarea de recorrer la ciudad, edificada sobre una alta y pintoresca barranca, junto a un pronunciado recodo del río Paraná.

Si los jesuítas estuvieron en los terrenos que ocupa la ciudad de Posadas, debió ser sólo de paso, pues no existe allí el menor vestigio de la presencia de aquéllos. Los orígenes de la población, por otra parte, nunca fueron bien aclarados, en lo que a fechas se refiere. Presumiblemente, las primeras viviendas debieron ser construídas, a mediados del siglo diecinueve, por gentes seminómades que, procedentes del Brasil, encontraron allí adecuado sitio para hacer alto, antes de cruzar el Paraná rumbo al puerto de Encarnación, que se encuentra en la margen opuesta de dicho río. En ese tiempo empezó a conocérsela con el nombre de Itapuá, denominación que también correspondía a la actual población paraguaya de Encarnación. Años más tarde, al producirse la Guerra de la Triple Alianza, los paraguayos ocuparon militarmente la margen izquierda del Paraná, levantando un sólido muro defensivo en el mismo sitio en que actualmente se encuentra la ciudad de Posadas. A raíz de este hecho, la pequeña Itapuá fué conocida, desde entonces, con el nombre de "Trinchera de los Paraguayos".

Poco tiempo después, cuando las tropas argentinas acamparon en ese lugar, para preparar las acciones que habrían de llegar a su término con la expulsión de los invasores, el capellán del Batallón 24 hizo construir una pequeña capilla, para sus oficios religiosos, y como era muy devoto del Patriarca San José, se la dedicó, dando motivo para que las gentes cambiaran el nombre de la población, llamándola "Trinchera de San José", en lugar de "Trinchera de los Paraguayos". El nombre que actualmente lleva la ciudad le fué dado por el gobierno correntino, al producirse la federalización de los territorios nacionales, en homenaje al ex Director Supremo Gervasio Posadas, quien, en el año 1814, anexó el territorio de Misiones al de Corrientes.

En la actualidad, Posadas tiene más de cuarenta mil habitantes, y es, como puede comprenderse por lo ya dicho, una población moderna, cuya edificación es en su casi totalidad de un solo piso, excepción hecha de los hermosos y pintorescos chalets que vienen construyéndose desde hace pocos años. Las calles están bien arboladas, y en su periferia descienden hacia la costa del Paraná, o se internan, caprichosamente ondulantes, hacia los campos de laboreo que forman el éjido.

La ciudad parece penetrar en el río Paraná, para formar una especie de península, al describir aquél una curva, en virtud de la cual la encierra por dos de sus costados. Los otros dos laterales del perímetro urbano están delimitados por otras tantas avenidas, que partiendo de un ángulo común, se alejan hasta encontrar la costa del río.

La amplitud de las calles y avenidas, hermosamente arboladas, permite que pase inadvertido el hecho de que Posadas sólo tenga dos plazas, que llevan los nombres de San Martín y 9 de Julio. Hay allí, además, al término de la Avenida Costanera, un hermoso parque, que lleva el nombre de "República del Paraguay".

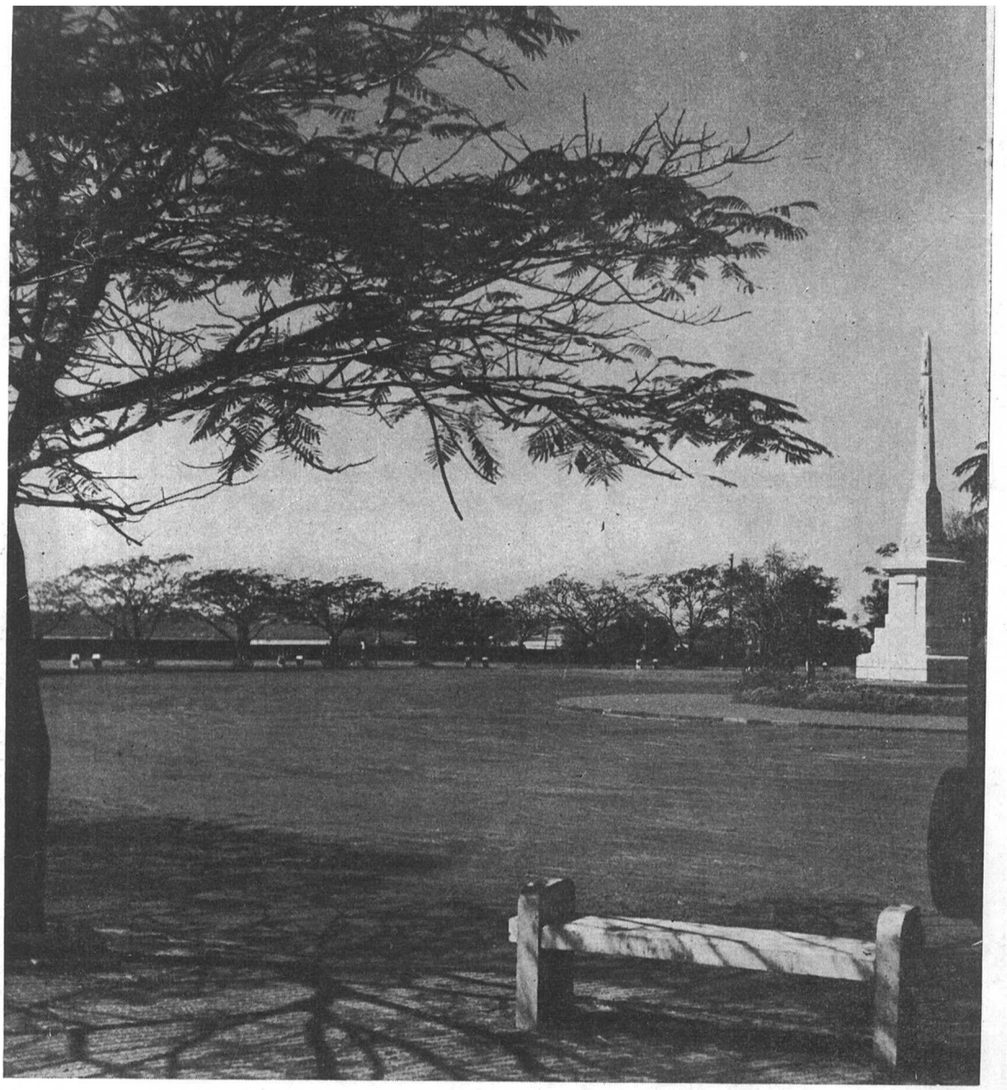
En las afueras de la ciudad, siguiendo el camino de jurisdicción municipal que va a entroncar con la Ruta 12, nos detuvimos a ver los trabajos que se realizaban en el futuro Parque San Martín, donde estaban haciendo grandes plantaciones de diversas especies de árboles, mientras procedían al trazado de un velódromo, una pileta de natación, una represa para dar forma a un lago, y algunas otras obras.

Vista parcial de la parte alta de la ciudad de Posadas, tomada desde el puerto del mismo nombre, en un costado del moderno muelle.

Frente a ese futuro parque encontramos uno de los lugares más pintorescos de Posadas, el Parque "Adán", que tiene una extensión de más de cien hectáreas, casi todas ellas arboladas. En esos momentos el gobierno del territorio estaba iniciando los trámites para la expropiación de dichas tierras, en las cuales ha de construirse el parque Presidente Perón.

Todas las calles de la zona comercial

de la ciudad están pavimentadas y lo propio ocurre con las que conducen al puerto y a las rutas que se dirigen hacia el interior del territorio. No obstante, quedan aún dentro del radio urbano algunas calles y avenidas en las cuales sólo han sido realizadas obras básicas. A este respecto fuimos informados de que el gobernador del territorio, después de gestionar un adelanto de fondos destinados a ampliar la pavimentación de Posadas, ha ordenado que se preparen los pliegos de condiciones para la licitación correspondiente.



Vista del parque República del Paraguay, en la ciudad de Posadas. En primer término, un "chivato", árbol típico de la región.

El aspecto de las gentes que encontrábamos a nuestro paso denotaba que los misioneros son fuertes y sanos. La indumentaria, un tanto condicionada al clima subtropical, era similar a la de los habitantes de las otras regiones del país. Esas gentes, en general, son blancas, y la mayor parte de los individuos mestizos que encontramos en las calles, eran pequeños comerciantes llegados del Paraguay, o trabajadores que, procedentes de aquel país, estaban allí de paso, a la espera de los vehículos que habrían de conducirlos al interior, para dedicarse a la corta de yerba mate.

Las principales diversiones del pueblo estaban representadas por paseos junto al río, la pesca, los deportes, el cine y algún circo que llega de tanto en tanto. Por las tardes, especialmente los sábados y domingos, todas las clases sociales de la población se congregaban en la plaza 9 de Julio, a escuchar las retretas, unas veces a cargo de la Banda Municipal, y otras a cargo de la Banda del Regimiento que tiene su guarnición en Posadas. Estas retretas son muy típicas, pues la gente no se concreta a pasear por la plaza, como pudimos apreciarlo el día de nuestra llegada. En esa oportunidad, tan pronto como empezó a caer la tarde, fuimos a la plaza 9 de Julio, que estaba completamente cubierta por mesas y sillas, en torno a las cuales se había congregado el vecindario.

Era realmente grato ver aquella gran tertulia al aire libre, de la cual participaban personas que se conocían desde la infancia.

Comentando la buena impresión que aquello producía en nuestro ánimo, una de las personas que nos acompañaban dijo que ésa era una costumbre muy misionera, y muy necesaria dada la temperatura de esos lugares.

—A nosotros —agregó— nos gusta vivir en la calle. Si alguna vez viene a Misiones en verano, podrá ver que no sólo nos congregamos al aire libre en las plazas para beber

cerveza o refrescos, sino que también sacamos las mesas y las sillas a la calle, y que muchas veces cenamos allí, a la espera de que la brisa que se levanta del río cuando llega la noche ponga un poco de fresco en el pesado ambiente.

Nosotros no dejábamos de admirar el verdor de las plantas y los pastos, que allí es permanente, aun en pleno invierno. Nos deleitábamos viendo que las personas mayores paseaban vistiendo ropas ligeras —cuando en Buenos Aires la temperatura estaba bajo cero grados—, mientras los chicos retozaban sobre el césped, que ya empezaba a humedecer el rocío de la naciente noche.

Hubo un momento en el cual nos sentimos ausentes de todo lo que había sido siempre nuestra vida normal. Parecía, en verdad, que nos hubiésemos ausentado hasta de nosotros mismos. No sabríamos decir cómo ni por qué se producía todo aquello. Quizá fuese debido a la influencia de la exuberante vegetación subtropical; a la cálida brisa de esa rara noche de primavera en pleno invierno; a las lisas paredes de las casas bajas, enrojecidas por su permanente contacto con la penetrante tierra colorada; a la pronunciación un tanto exótica de las gentes que pasaban a nuestro lado; a todo aquello que, en cierto modo, nos resultaba tan nuevo, tan raro, tan extraño, y que no obstante era tan nuestro.

Estatua del Libertador General don José de San Martín, que se levanta en el centro de la plaza del mismo nombre, en Posadas.

Cuando terminó la retreta fuimos invitados a conocer el Club Social de Posadas, el más antiguo del territorio de Misiones, ya que fué fundado en el año 1897.

Aunque la finalidad básica de ese club consiste en brindar a sus asociados un lugar de reunión y esparcimiento, para lo cual cuenta con un hermoso y confortable edificio, es también un centro que ejerce singular influencia sobre la vida cultural de aquellos lugares, ya que allí se efectúan las exposiciones plásticas, los conciertos y las conferencias de mayor jerarquía.

Fué precisamente en el Club Social donde tuvimos ocasión de cambiar impresiones, que habrían de servirnos de base para ubicar a la sociabilidad posadeña, en relación con sus inquietudes culturales, sus costumbres y sus medios favoritos de esparcimiento.

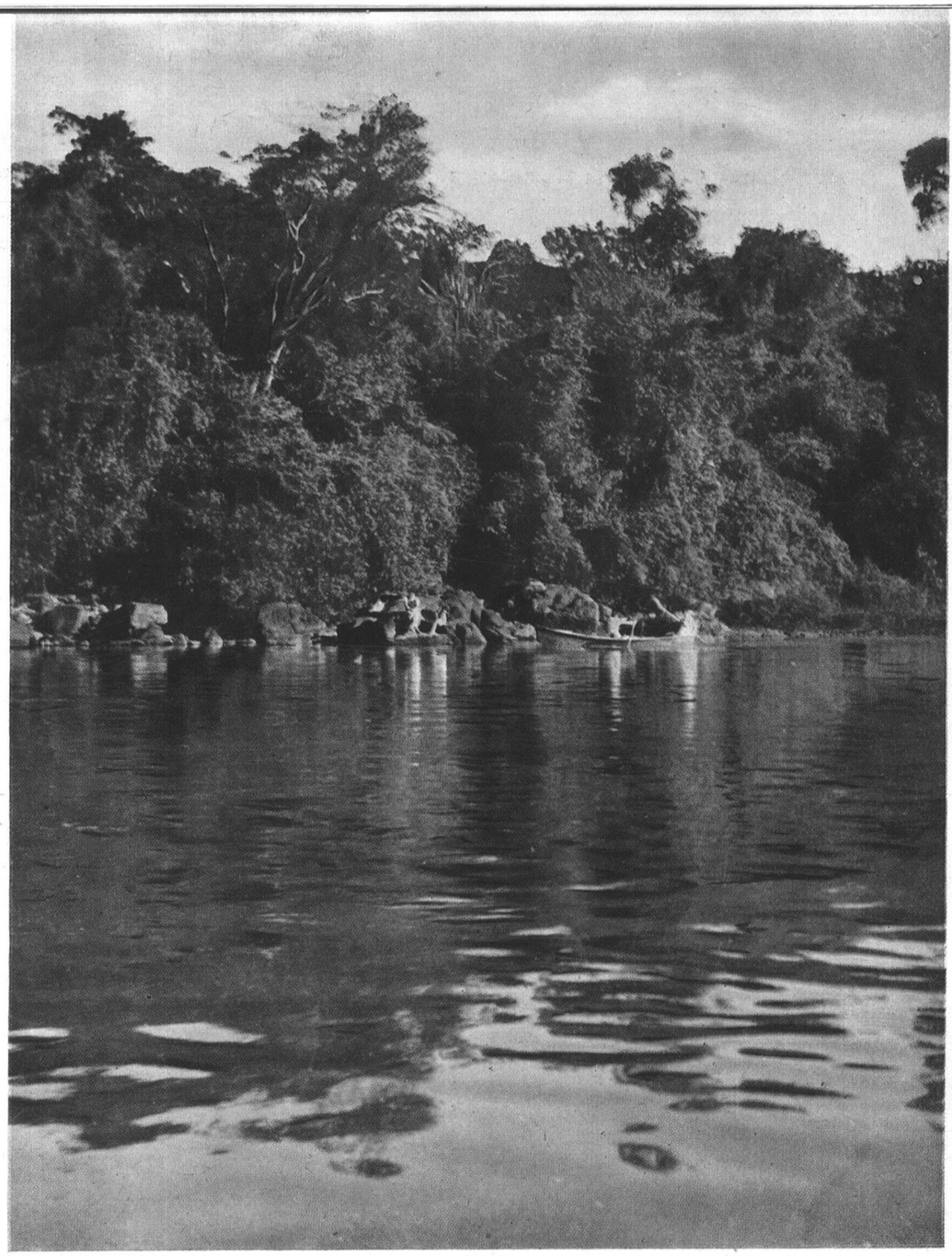
Además del Club Social, la capital de Misiones cuenta con otras entidades prestigiosas, tales como el Rowing Club, el Itapuá Tennis Club, el Aero Club de Posadas y el Club de Pesca Pirá-Puitá. Tiene, igualmente, diversos clubes deportivos, dentro de todos los cuales se fomentan las inquiettudes culturales juntamente con la práctica de los deportes.

Los paseos al aire libre y el deporte de la pesca cuentan allí con muchos cultores,

no ocurriendo lo propio con la caza. En materia de espectáculos, debe destacarse el lamentable hecho de que sólo muy de lejos en lejos lleguen compañías teatrales, aunque el público ha dado muestras de su inclinación por esta manifestación artística, colmando las salas cada vez que las compañías de teatro experimental que allí existen han montado alguna obra.

Las inquietudes culturales son orientadas por la Comisión Municipal de Cultura, habiendo sido creada últimamente, por el gobernador del territorio, la Subsecretaría de Cultura. Funciona también una Junta de Estudios Históricos, integrada por intelectuales de reconocida jerarquía.

Llevamos dicho ya que las poblaciones de ese territorio son de fundación relativamente reciente, y que aquellas que existieron en tiempos de los jesuítas debieron ser reconstruídas, a partir de principios del siglo actual, sobre las ruinas que de ellas restaban.



En las inmediaciones de Posadas, el Paraná ofrece paisajes maravillosos, al reflejarse en sus aguas la vegetación exuberante.

Conviene insistir en este hecho, porque como la cultura tiene uno de sus principales puntales en la tradición, desde el momento en que ésta casi no existe en Misiones, aquélla tiene que ser, además de nueva, imprecisa.

Si juzgamos la cultura misionera a través de las diversas etapas vividas por ese territorio, llegaremos pronto a la conclusión de que aparece fatalmente dislocada, sin el menor nexo que pueda darle continuidad.

No debe sorprender, así, nuestra afirmación de que sólo encontramos allí las inquietudes culturales propias de toda sociabilidad en gestación, y en modo alguno manifestaciones culturales con perfiles propios.

Indudablemente, la tradición cultural del territorio debió arrancar de la época de los jesuítas, cuando la arquitectura quiso adquirir allí formas peculiares, al igual que la escultura e inclusive la pintura, la literatura y la música.

Empero, como las formas superiores de la cultura que se manifestaron en Misiones durante la época de los jesuítas, fueron arrasadas al producirse la expulsión de

ellos, cuando el territorio inició una nueva etapa de vida, al llegar a él grandes corrientes inmigratorias que lo repoblaron a partir del año 1920, Misiones daba comienzo, no sólo a una nueva, sino también a una distinta etapa, durante la cual sus habitantes no mirarían para nada hacia el pasado. Esta nueva etapa fué en cierto modo mercantilista, pues el hombre que iba a conquistar la tierra, atento a las necesidades económicas que presionaran su psicología en Europa, nada produjo en el orden cultural, en cuanto éste se relaciona con la música, la escultura, la pintura, la arquitectura, el teatro, la poesía, la filosofía y la sociología. A lo largo de esa época sólo quiso adquirir formas propias, sin que en momento alguno pudiese lograrlo totalmente, la novela, que luego se prolongó en el relato y en el cuento.

Tres productores —tres creadores al propio tiempo— definieron a Misiones dentro del terreno literario de ese tiempo: Horacio Quiroga —sin duda alguna el más extraordinario de ellos—, Germán de Laferrere y Alfredo Varela.

Respecto de Horacio Quiroga, el primer cuentista del país durante largos años, sería ocioso repetir noticias harto conocidas. El fué, sencillamente, el narrador de Misiones, el pintor literario —valga la paradoja—, de una tierra suya por adopción.

No puede decirse lo propio de Germán de Laferrere —Germán Dras en el mundo literario—, porque su nombradía rara vez rebasó los límites de Misiones, dentro de cuyo territorio, mientras escribía obras de profunda significación regional, como "Alto Paraná", se dedicaba a los más diversos menesteres, para ganarse el diario sustento y para dar rienda suelta a su increíble afán de salvar distancias, siempre en busca de horizontes extraños.

Tampoco el nombre de Alfredo Varela rebasó con amplitud los límites del terruño, aunque algunas de sus obras —especialmente por su honda raigambre social—, merecieran ser leídas, como exponentes del drama vivido por el hombre de esas latitudes, en los verdes yerbales.

Las calles de la capital del territorio son amplias, en su gran mayoría pavimentadas, y tienen árboles de las más diversas clases.

Las artes plásticas tampoco ofrecen perfiles definidos, en Misiones, pero es en ellas donde se viene desarrollando una acción más efectiva, a partir del año 1937, fecha en la cual fué iniciada una serie de exposiciones.

Nos pareció que, en el momento actual, Misiones sufre cierto desconcierto, en lo relativo a las formas de su cultura, fenómeno que no debe alarmar, pues es el que corresponde al panorama general de la cultura argentina, posiblemente en virtud de que el país ha iniciado una nueva época.

MISIONES, como toda región de clima subtropical y vegetación exuberante, con zonas en las cuales suelen escasear el calcio, la sal y el yodo, y con otras donde abunda excesivamente el hierro, ofrece un panorama bastante complejo, desde el punto de vista sanitario y asistencial. Agréguese a ello que la casi totalidad del territorio está rodeada por las regiones más pobres y quizá más atrasadas del Paraguay y el Brasil, cuyos pobladores, ya subalimentados, ya afectados por enfermedades endémicas o contagiosas, han penetrado subrepticiamente a Misiones, durante largos años, y se tendrá una idea aproximada de la tesonera acción que ha debido desarrollarse, para combatir esos males, mediante la prestación de adecuados servicios médico-asistenciales.

Nuestra primera preocupación, al iniciar el estudio del estado sanitario de Misiones, fué dejar establecida la cantidad de médicos con que cuenta el territorio, en relación con el número de habitantes del mismo. Las cifras oficiales que obtuvimos no resultaron alentadoras, pues había allí 104 médicos para 244.123 habitantes, es decir, un médico por cada 2.347 habitantes, aproximadamente.

Al conocer esas cifras, no pudimos menos que recordar la conversación mantenida con un médico joven, de los últimamente egresados de la Facultad de Medicina, poco antes de salir de Buenos Aires, rumbo a Misiones. Lo recordamos, porque durante toda la conversación, el flamante profesional, perteneciente a una familia económicamente modesta, no había hecho más que lamentarse "del menguado horizonte" que tienen los médicos nuevos, de lo difícil que resulta "ubicarse" y de lo mucho que cuesta encontrar los "primeros clientes". Relacionamos los dos hechos —un médico cada 2.347 habitantes en Misiones; más de mil médicos sin clientela en Buenos Aires—, y no pudimos menos que lamentar la falta de humanidad de esos médicos, que por pensar sólo en su comodidad, se mantienen lejos de los lugares donde se les necesita.

Desgraciadamente, la realidad era ésa. Y no sólo ésa, porque había otros hechos que contribuían a hacerla más grave, pues, siendo aún menor la cantidad de médicos que hay en las zonas paraguaya y brasileña que limita con Misiones, desde ambos países se produce un permanente tránsito de enfermos, que llegan a Misiones en busca de médicos.

Y algo más aún, porque los 104 médicos con que cuenta Misiones están radicados en las principales poblaciones, lo cual equivale a decir que la población rural carece totalmente de ellos.

Tómese el lector la molestia de consultar el mapa inserto en la página 22, donde constan las divisiones departamentales de Misiones, y podrá comprobar cuán vasta es la zona de ese territorio donde no hay médicos, ya que no es posible encontrar uno solo de ellos en los dilatados departamentos de Frontera y Guaraní, que ocupan todo el límite este

En el leprosario, que estaba situado en las afueras de la ciudad, el gobierno había construído nuevos edificios y campos de deportes.

de Misiones. Más de cuarenta médicos están radicados en la ciudad de Posadas, y otros treinta entre las poblaciones de Oberá y Eldorado. En el departamento San Javier hay sólo dos médicos, y en el de San Pedro otros dos, ambos en la zona del río Paraná, lo cual equivale a decir que toda la zona alta de ese departamento, que queda comprendida en la Sierra de Misiones, carece de médicos.

Esta Sala de Primeros Auxilios estaba en el filo de la Sierra de Misiones, sobre la Ruta 14 y en las inmediaciones del pueblo de 2 de Mayo.

Durante nuestros viajes por Misiones pudimos comprobar que la cantidad de camas normalmente habilitadas alcanzaba a 260, y que las mismas estaban distribuídas entre los hospitales de Posadas, Iguazú, Santo Pipó, Puerto Bemberg, Gobernador Roca, San Ignacio, Apóstoles, Concepción de la Sierra y Oberá. Según estos cálculos Misiones dispondría de una cama para cada mil habitantes, cantidad realmente exigua.

Establecido el número de médicos y de camas para la internación de enfermos, en relación con la cantidad de habitantes, nos pareció conveniente trazar una síntesis de los problemas sanitarios del territorio, y llegamos a la conclusión de que, sumariamente, podrían concretarse los siguientes aspectos fundamentales: Alimentación y vivienda; anquilostomiasis; medicina infantil; enfermedades diversas.

Dejando al margen de esta parte de nuestro trabajo los aspectos relativos a alimentación, vivienda y anquilostomiasis, de los cuales nos ocupamos por separado, vamos a analizar los problemas médico-asistenciales de Misiones, de acuerdo con el siguiente plan general:

1º Aumento de la cantidad de médicos, con relación al número de habitantes con que cuenta el territorio, y radicación de los mismos en aquellas poblaciones y zonas que carecen de ellos.

2º Servicios hospitalarios.

3º Maternidad.

4º Medicina infantil.

5º Medicina preventiva y curativa.

6º Sanidad de fronteras.

Para resolver el problema que plantea la carencia de médicos en la zona este de los departamentos de Cainguas e Iguazú y en todo el territorio de los departamentos de Frontera y Guaraní, el ministerio de Salud Pública ha creado cuatro plazas de médicos, que deberán radicarse en las poblaciones de El Soberbio, San Pedro, San Antonio y Barracón. Se proyecta, además, el nombramiento de otros dos médicos regionales, con asiento en las localidades de Campo Grande y Monteagudo. Estos profesionales, que serán secundados por dieciocho enfermeros —plazas de reciente creación— y que cuentan con los hospitales y salas de primeros auxilios programados, cubrirán las exigencias sanitarias de una vasta zona de Misiones.

Los servicios hospitalarios han sido mejorados mediante la construcción del moderno hospital de Puerto Iguazú, al que pronto ha de agregarse el de la población de San Pedro, ubicada en el corazón de la Sierra de Misiones. De la cadena de Salas

de Primeros Auxilios programada, se encuentran ya en funcionamiento algunas, siendo la más avanzada de ellas, hacia el interior del territorio, la ubicada en 2 de Mayo. Son también de reciente construcción los Centros Sanitarios que funcionan en las localidades de Santa Ana, Bompland, Cerro Azul, Cerro Corá, San José y San Antonio. En las poblaciones de San Javier, Leandro N. Alem y Apóstoles, funcionan otros tantos Centros de Salud. Los hospitales se encuentran instalados en Posadas, Puerto Iguazú, Oberá, Apóstoles, Santo Pipó, Puerto Bemberg, Gobernador Roca, San Ignacio y Concepción de la Sierra.

La maternidad de Posadas, que venía adoleciendo de serias deficiencias, contará pronto con una sala modelo, que está a punto de ser inaugurada.

Según los planos que tuvimos a la vista, va a iniciarse la construcción de hospitales en Alba Posse y Eldorado, y se procederá a la ampliación de los hospitales de Oberá e Iguazú.

En lo relativo a medicina infantil, tuvimos a la vista un proyecto en virtud del cual van a ser reestructurados todos los planes existentes, para que los diversos Centros Infantiles existentes den mayor rendimiento.

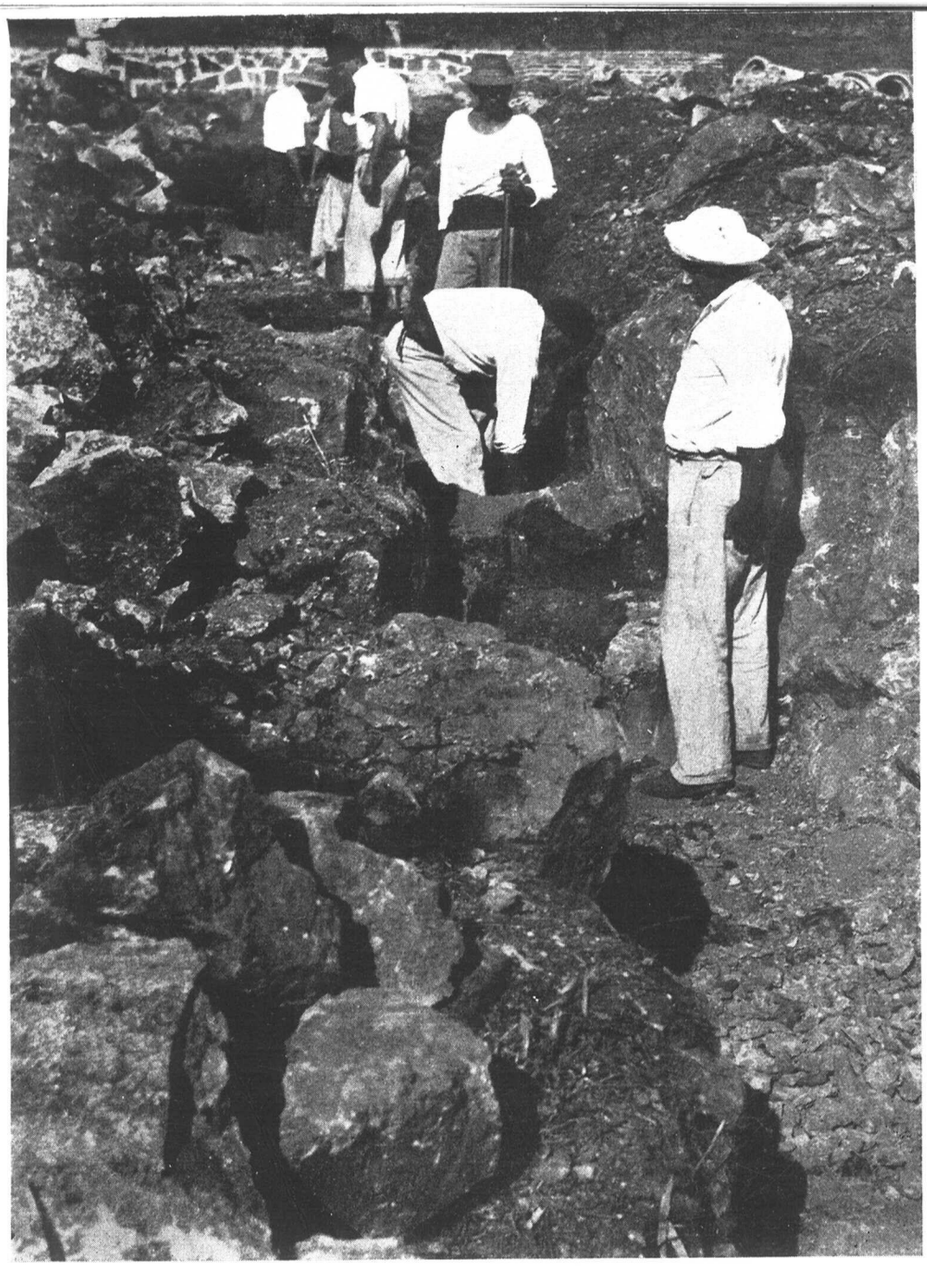
A los efectos de que la medicina preventiva marche paralelamente con la curativa, ha sido creado, en la ciudad de Posadas, un gran Centro de Salud, que tendrá a su cargo la centralización y racionalización de los servicios de medicina preventiva, sanitaria, social y curativa.

Un problema fundamental para Misiones es el relativo a la Sanidad de Frontera, que durante muchos años estuvo lamentablemente descuidada.

Para comprender la magnitud de este problema, basta tener en cuenta que más del cincuenta por ciento de los enfermos que se presentan en los hospitales, centros de salud y centros sanitarios, proceden del Paraguay y del Brasil, o son personas naturales de esos países que se encuentran temporalmente radicadas en el nuestro.

Esas poblaciones fronterizas, casi siem-

Vista parcial del edificio construído por el actual gobierno para el hospital de Puerto Iguazú, en las proximidades del mismo.



En las afueras de Posadas estaban construyendo un magnífico edificio destinado al matadero municipal.

pre faltas de médicos y de hospitales, tanto allende el Paraná como allende el Uruguay, han introducido a Misiones muchas enfermedades, que si no eran desconocidas en el territorio, tampoco constituían un peligro para él. Así, sobre un total de ochenta enfermos mentales que encontramos en el nosocomio de Posadas, sesenta eran extranjeros. Lo propio ocurría en el Leprosario, al cual se le han agregado ciento cincuenta camas, instaladas en un moderno y confortable edificio.

Según informaciones que nos fueron proporcionadas en el Ministerio de Salud Pública, a nuestro regreso a Buenos Aires, se está dando término a una reorganización de los servicios de sanidad de frontera, para ponerlo a la altura de las actuales necesidades del territorio.

Independientemente de los anteriores problemas, existe el de los desagües de la ciudad capital, que aun carece de ellos. El gobernador del territorio, con quien conversamos detenidamente a ese respecto, nos dijo que espera poder iniciar esas importantes obras antes de que termine el año 1951. Nos manifestó, igualmente —y al visitar las obras en compañía de él pudimos comprobarlo—, que se había visto en la necesidad de empezar, sin trámite alguno, la construcción de un nuevo matadero, en las afueras de la ciudad, ya que el existente desde comienzos de siglo, constituía un atentado contra la salud pública, especialmente porque los desperdicios de la matanza eran arrastrados por las aguas de un arroyo que orilla la ciudad, y que desemboca en el Paraná, en las inmediaciones de una concurrida playa.

La serie de obras aquí enunciadas representan un gran esfuerzo y contribuirán, sin duda alguna, al mejoramiento de las condiciones de vida de la población. Empero, es urgente que se realice todo lo proyectado, para ocmpletar aquel esfuerzo.

A este respecto, el ministro de Salud Pública nos aseguró que los hospitales de San Pedro y Alba Posse quedarán construídos dentro de los plazos programados en el Plan Quinquenal, y que los puestos sanitarios que aun carecen de médicos los tendrán también en ese término.

N las afueras de la ciudad de Posadas, en una pintoresca loma, que tiene al frente al Parque "Adan" y a un costado el Parque San Martín, en construcción, va a adquirir forma una de las más grandes esperanzas del pueblo misionero, debido a una generosa iniciativa de la "Fundación Eva Perón".

El gobernador de Misiones, con quien visitamos ese lugar, durante nuestro segundo viaje al territorio, nos mostró un telegrama de la señora esposa del presidente de la Nación, en el cual le anunciaba que la "Fundación Eva Perón", presidida por ella, había resuelto levantar allí un Hogar-Escuela, similar a los que existen en otros lugares del país, con capacidad para mil quinientas camas.

Estos hogares-escuelas, cuyos beneficios pueden ya palparse en las provincias donde funcionan, no reducen su acción a impartir la enseñanza y dar alojamiento a la infancia. Se trata de establecimientos modelos en su género, para los cuales se construyen grandes edificios, que contemplan las nececidades de cada zona, y las peculiaridades de los habitantes de las mismas.

Tan pronto como los niños ingresan al hogar-escuela, son objeto de una prolija revisación médica, luego se les viste, se les instala en magníficos dormitorios, y se les ayuda para que empiecen a familiarizarse con toda la magnificencia de un edificio, en el cual nunca imaginaron encontrarse.

Atentamente vigilado por el personal técnico, el niño empieza a reeducarse, a los efectos de perfeccionar su desarrollo físico, intelectual y moral, mientras maestros especializados se encargan de impartirle la enseñanza primaria, sin descuidar las características de las zonas de donde procede. Por otra parte, los equipos didácticos de los hogares-escuelas, son los que aconseja la más avanzada pedagogía moderna. Por fin, hay allí amplias instalaciones para los juegos infantiles.

Al igual que los construídos en otras regiones del país, el hogar-escuela de Posadas contará con modernas instalaciones deportivas.

La acción de los hogares-escuelas, empero, va más allá de la educación, la vigilancia y la formación del niño, porque al propio tiempo, las células mínimas de la Fundación se encargan de estudiar los problemas planteados en los hogares de esos niños, para ayudar y reeducar también a los padres.

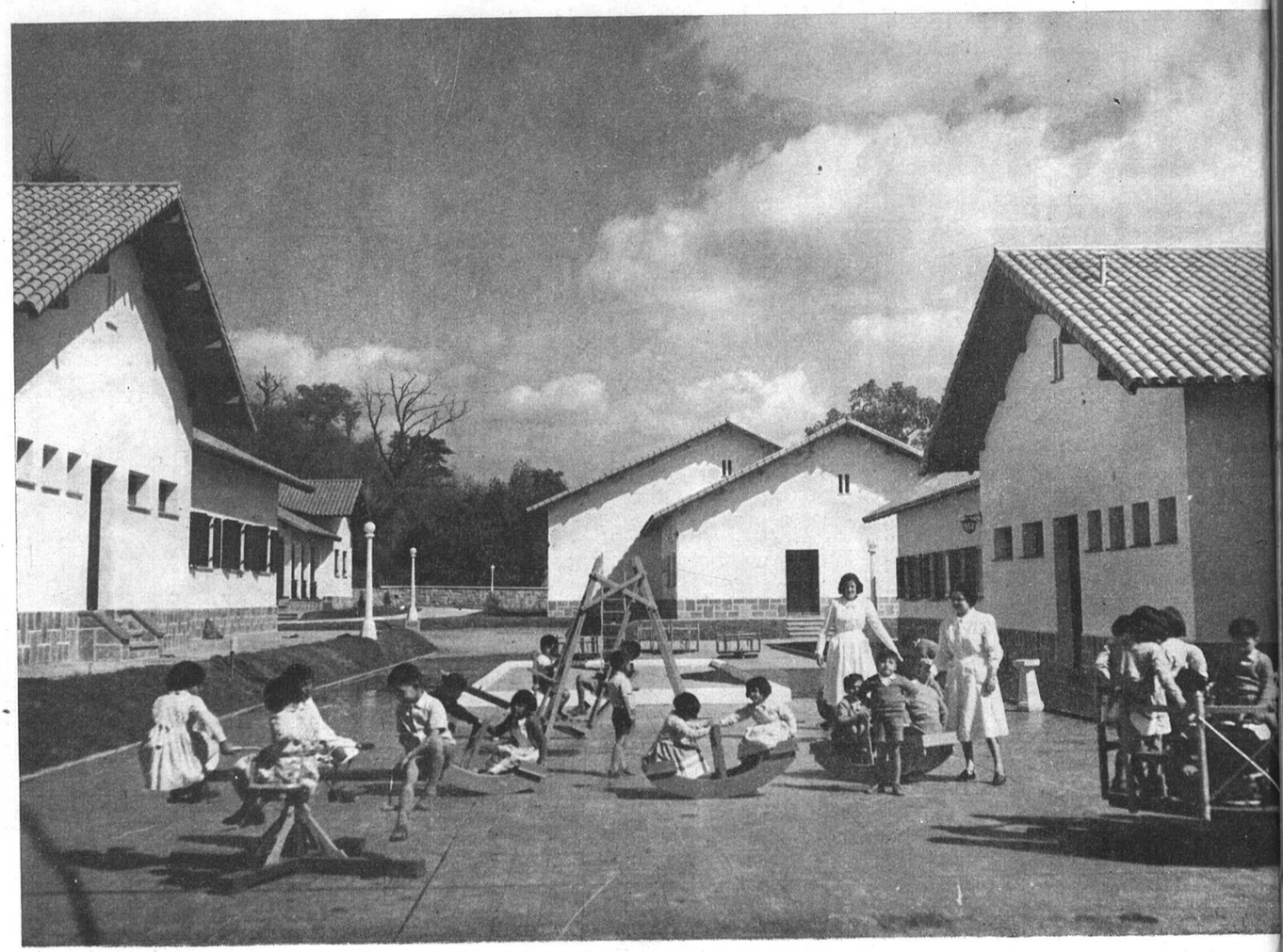
Fácil es comprender, en virtud de lo dicho, los beneficios que reportará, al territorio

de Misiones, la fundación de un hogar-escuela con capacidad para mil quinientas camas, en la ciudad de Posadas.

Las ventajas que han de obtenerse mediante la creación de ese hogar-escuela, no serán solamente para los niños de Posadas, pues han de ser incorporados a esa institución escolares procedentes de todos los lugares del territorio, especialmente de aquellos que se encuentran más alejados, y donde los niños tienen que recorrer grandes distancias para ir a los centros educacionales, o privarse de los beneficios de la enseñanza primaria. Contribuirá también grandemente al mejoramiento de la salud de la población y propenderá a elevar el nivel moral y cultural de los niños y sus familiares, por el perfeccionamiento de las costumbres.

Respecto de la forma en que se procederá a la selección de escolares destinados al hogar-escuela cuya construcción va a iniciarse, el gobernador del territorio nos manifestó que, indudablemente, se daría preferencia a los niños de las familias más pobres, y que dentro de ellos se trataría de internar escolares procedentes de todos los departamentos, en proporción a la cantidad de habitantes de cada uno de ellos. No excluyó, empero, la posibilidad de que a los departamentos más alejados de la capital se les asigne mayor cantidad de camas.

Este patio de recreo para niños es el que corresponde a los hogares-escuela que construye la Fundación de Ayuda Social Eva Perón.

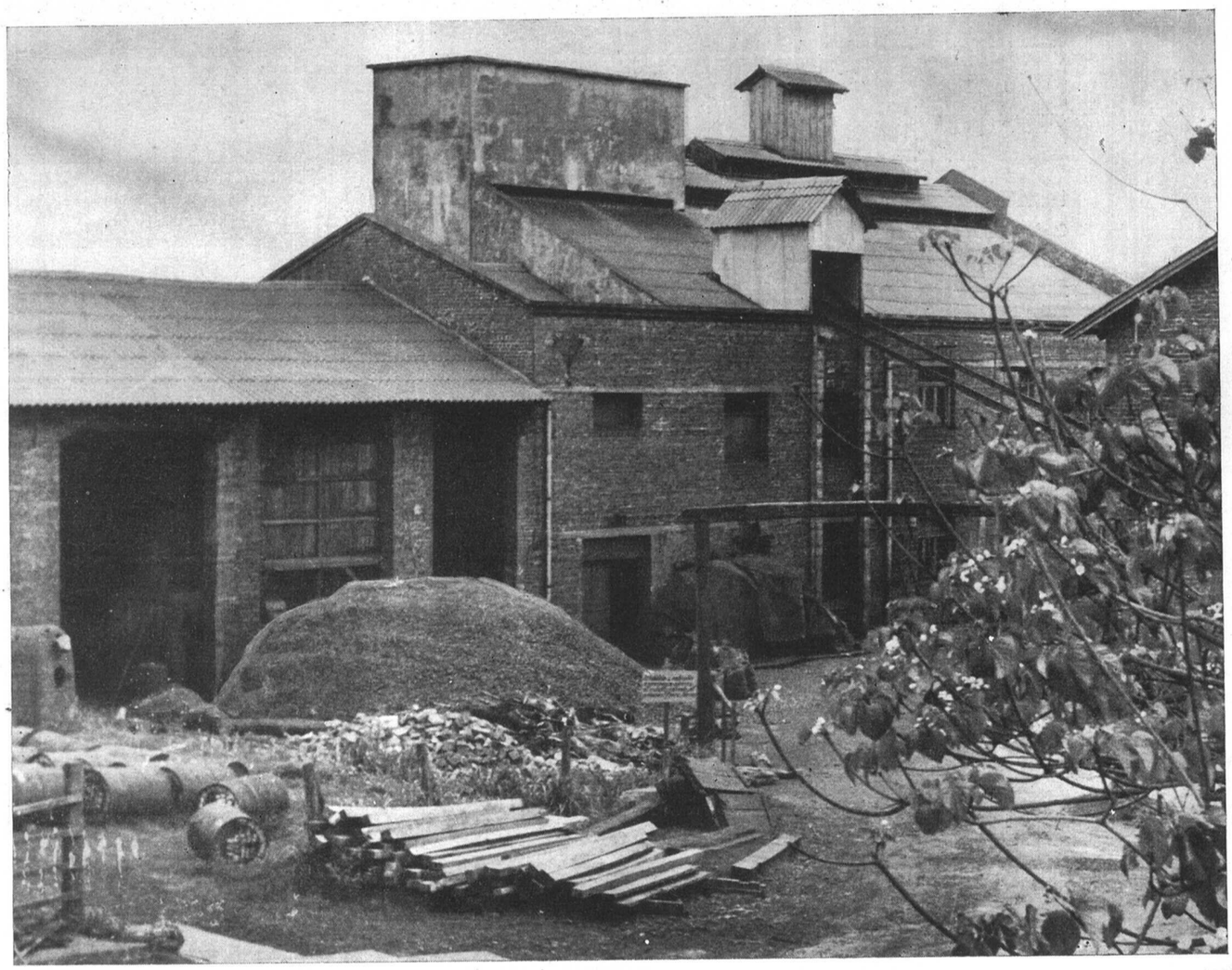


LA ECONOMIA MISIONERA

UN aspecto sorprendente de la realidad misionera, es el que se relaciona con las formas de su economía, pues la potencialidad de ésta se encuentra basada en los factores más diversos. A la inversa de lo que ocurre en otras regiones, donde la economía está sujeta a las alternativas de una determinada producción, en Misiones no existe ninguna producción específica, cuyo auge pueda determinar, por sí mismo, el auge total de la economía del territorio, ni cuya decadencia pueda influir para que se operen cambios fundamentales, en sentido inverso. Ni siquiera la industria de la yerba mate, que representa la mayor riqueza de Misiones, sería capaz de gravitar, en forma absoluta, sobre la economía territorial.

El presidente de la Cámara de Comercio e Industrias de Misiones, señor José Abel Martínez, con quien cambiamos impresiones sobre este importante problema, nos decía, con muy buen criterio, que no es posible mirar hacia Misiones desde el mismo prisma que se utiliza para mirar hacia los otros

Grandes fábricas de aceite de tung robustecían, con el creciente volumen de su producción, la sólida economía del territorio.



Los extensos yerbales, y los establecimientoc industrializadores de ese producto, apuntalaban también la economía de Misiones.

territorios nacionales. Nos hacía notar, por ejemplo, que aunque no se trata de una región agrícola, ya que sólo se cultiva allí el maíz, entre los cereales básicos, y aunque no hay ganadería, Misiones tiene el más elevado porcentaje de población rural que se conoce en el país, ya que llega al 81,8 por ciento. La diversidad de los cultivos, por otra parte, casi todos ellos industrializados en el territorio, le da también perfiles propios, como puede comprobarse al cotejar las siguientes cifras anuales de producción, en toneladas, para cultivos industriales: algodón, 1.000; caña de azúcar, 10.000; tabaco, 8.000; tung, 7.000; yerba mate, 82.000. La producción de frutas cítricas sobrepasa las 60.000 toneladas anuales, y la de maíz se aproxima a las 50.000 toneladas. A esas riquezas hay que agregar la que representa la industria maderera, con materia prima obtenida en el territorio, cuya producción anual es de 170.000 toneladas.

La potencialidad industrial de Misiones surge de la cantidad de establecimientos con que cuenta, aproximadamente 1.300, entre los cuales hay grandes fábricas de aceite de tung, de madera terciada, secaderos de tabaco y molinos de yerba mate.

En cuanto al desarrollo comercial, conviene tener en cuenta que sus características son distintas a las que prevalecen en el resto del país, ya que los principales establecimientos, especialmente en el interior, pertenecen a las cooperativas de productos rurales. El total aproximado de casas de comercio con que cuenta el territorio es de 2.500.

La ya mencionada Cámara de Comercio e Industria de Misiones, es la principal institución de su índole, y a ella se encuentran adheridas sus similares de Oberá, Eldorado, Puerto Rico y otras importantes poblaciones del interior. Empero, existen allí varias sociedades dentro de las cuales están agrupados los yerbateros, los productores forestales, los fabricantes de aceite de tung, las cooperativas, etc.

ENTRE las principales industrias de Misiones, y con el carácter de industria madre, figura la de la yerba mate, iniciada hace centenares de años por los jesuítas, quienes, habiéndola encontrado en el Paraguay y en Misiones en estado virgen, se ocuparon de efectuar plantaciones y de industrializar la producción de las mismas.

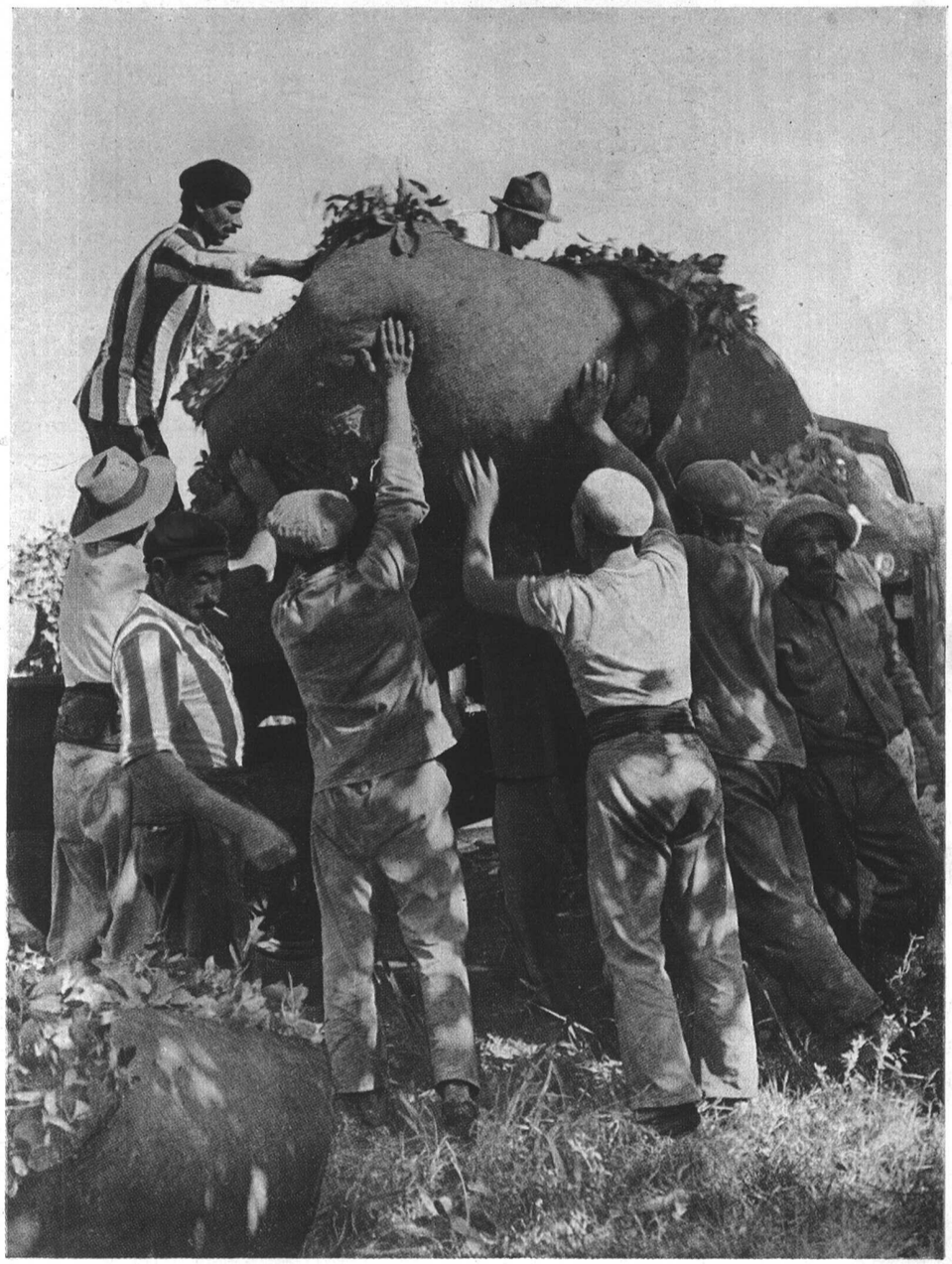
Oriunda de Sud América, la yerba mate es una hermosa planta, de grandes hojas, de intenso color verde, que tiene cierto parecido con el laurel. Su altura suele llegar a los diez metros, en estado silvestre, y a cuatro en las plantaciones, donde el tamaño fué reducido, mediante injertos, para facilitar las tareas de la cosecha. Durante muchos años se creyó que esta planta sólo podía cultivarse en las zonas serranas, siendo precisamente en Misiones donde se probó, en las inmediaciones de la ciudad de Posadas, que también crecía, en condiciones muy favorables, en las zonas de campo. Obsérvense, en el mapa que aparece en la página 56, las regiones del territorio que tienen plantaciones de yerba mate. y podrá advertirse que la casi totalidad de él es apto para dicho cultivo.

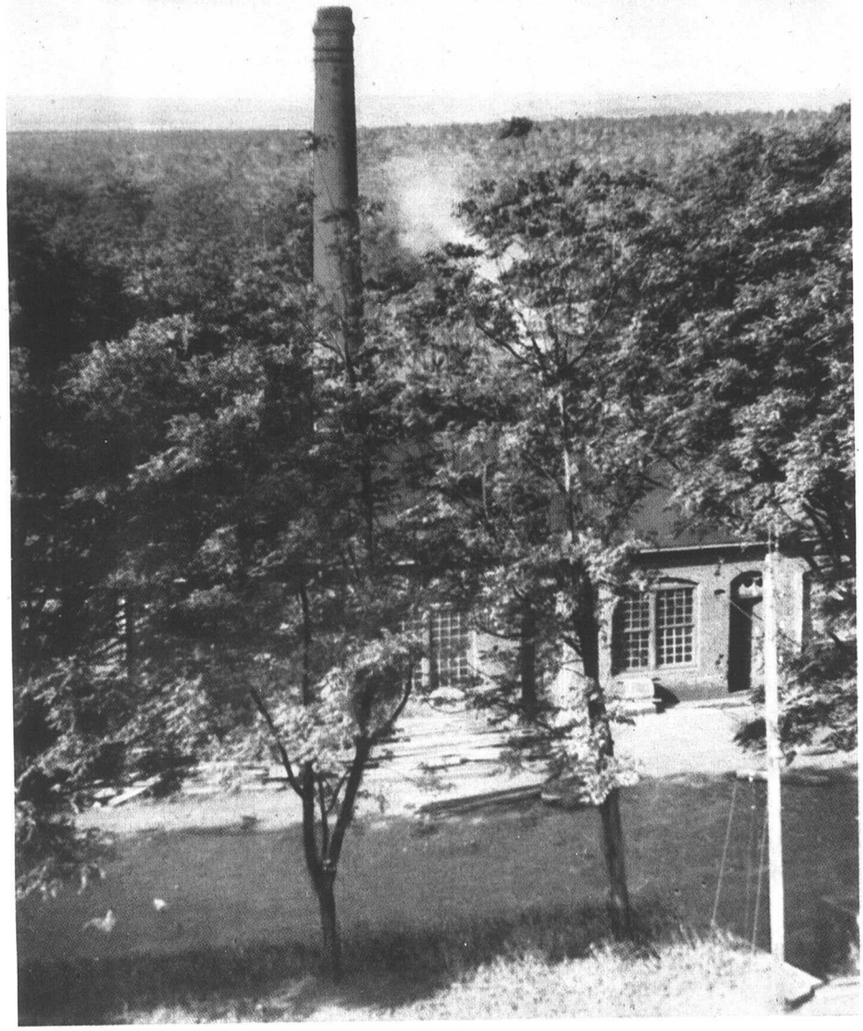
Esta planta, que lleva el nombre científico de *Ilex Paraguariensis,* crece preferentemente en regiones húmedas, de clima cálido, cuya temperatura media no sea inferior a 20°, y tiene grandes cualidades nutritivas y estimulantes. A este respecto, los hombres de ciencia han coincidido, generalmente, en que la yerba mate, ingerida en su clásica forma de infusión, aumenta las fuerzas musculares, desarrolla las facultades intelectuales, tonifica el sistema nervioso, regulariza los movimientos de la respiración, facilita la digestión y normaliza las funciones intestinales.

En Misiones casi no existen plantas de yerba mate en estado silvestre, y las cosechas, que empiezan en marzo y terminan a principios de octubre, se realizan en plantaciones formadas de viveros.

En virtud de que nuestro viaje coincidía con la cosecha de yerba mate, pudimos apreciar muchas veces el desarrollo de ese interesante proceso. La primera etapa de la cosecha de yerba mate consiste en cortar las hojas de las plantas, en las cuales se deja el 20 por ciento, y entonces es dable ver

Los cortadores de yerba mate iban a sus tareas luciendo las indumentarias más exóticas, algunos de ellos con los colores del club favorito.





Los "barbacuás" mecánicos se encontraban en todo el territorio, y muchas veces era dable ver grandes chimeneas en medio de la selva.

allí millares de hombres, mujeres y chicos, muchas veces propietarios de las plantaciones, que, munidos de grandes bolsas, arrancan las hojas y los tallos que las sujetan, siempre que el grosor de éstos no pase de cuatro milímetros. A medida que van llenando sus bolsas, las conducen al borde de las plantaciones, hasta cuyo lugar llegan los vehículos, que las cargan para conducirlas a los edificios del establecimiento, donde ha de procederse al "sapecado" de la yerba.

Se llama "sapecar" la yerba mate, a la tarea de exponer las ramitas y las hojas a la acción de un fuego relativamente suave, que las chamusca sin llegar a quemarlas, y que les hace perder el 20 por ciento de su peso inicial, al deshidratarla. Antiguamente, esta tarea era realizada a mano por los nativos y aún se trabaja en esa forma dentro de ciertas regiones del Paraguay y el Brasil. En Misiones no vimos tal cosa. El "sapecado" se efectuaba allí por diversos procedimientos, pero siempre utilizando dispositivos mecánicos, el más común de los cuales consistía en un tambor de alambre tejido, con armazón de hierro, que giraba semienvuelto por la llama de una gran hornalla encendida.

Cuando el "sapecado" había llegado a su término, y antes de que transcurrieran veinticuatro horas, se iniciaba otra operación, comúnmente llamada "secado", al término de la cual la yerba mate no debería contener sino un 5 por ciento de humedad.

Durante mucho tiempo, el "secado" se hizo en una primitiva parrilla, denominada "carijo", y aún se realiza así en ciertas regiones del Brasil, aunque tal procedimiento, prohibido en la Argentina, deteriora fácilmente el producto, por exceso de calor.

Lo que nosotros encontramos más frecuentemente en los yerbales, fueron los "barbacuás", especie de parrilla circular, dentro de la cual se coloca la yerba, para que sea secada por la acción del fuego de un gran horno, que es cavado en el suelo. También encontramos secaderos mecánicos que, en general, sólo diferían del "barbacuá" en que no se trataba de una parrilla circular, sino de una larga cinta de alambre que giraba constantemente.

El proceso de industrialización en los yerbales terminaba con el "secado", a continuación del cual la yerba mate —que al igual que el vino y otros productos, necesita cierto estacionamiento— era conducida a los molinos yerbateros.

Al producto salido de los "barbacuás" o de los secaderos mecánicos, se lo denomina "yerba canchada", y representa la materia prima de los molineros y envasadores, quienes se encargan de acondicionarlo, para su venta en el mercado, por medio de trituraciones, zarandeos y mezclas, que permiten la preparación de diversos tipos de yerba mate, cuya venta al público se efectúa, generalmente, por medio del

"Mercado Consignatario de la Yerba Mate". Este organismo, que trabaja con la intervención del Banco de la Nación Argentina, pone en práctica un sistema de créditos prendarios sobre las cosechas, y las adquiere en su casi totalidad, financiándolas por anticipado, con lo cual evita dificultades económicas a los colonos.

Según las últimas cifras conocidas, la extensión cubierta con plantaciones de yerba mate en el territorio de Misiones se aproxima a sesenta mil hectáreas, y la producción a ochenta y dos mil toneladas por año. Cabe agregar, a este respecto, que la capacidad de producción es mucho mayor, y que aquellas cifras corresponden a la producción oficialmente autorizada.

Esta regulación, en el comercio de yerba mate, fué iniciada en el año 1935, al ser creada la "Comisión Reguladora de la Producción y Comercio de la Yerba Mate", institución autárquica, con facultades asesoras y ejecutivas.

El funcionamiento de ese organismo se hizo indispensable, porque, tomada en el conjunto de sus zonas productoras —Argentina, Brasil y Paraguay—, la cosecha de yerba mate excedía las necesidades del mercado consumidor, y como consecuencia de ello se producía una ruinosa competencia internacional.

Frente a la evidencia de una producción que excede las exigencias del consumo mismo, está la perspectiva del aumento del consumo, que en nuestro país alcanza actualmente a ocho kilos y medio por persona y por año. En el Uruguay, el consumo por habitante es ligeramente mayor.

Los países de Europa no consumen yerba mate, pero han llegado a industrializarla, con vistas a la exportación. A este respecto recordamos que hace algunos años, durante un viaje que realizábamos por los países de Centro América, fuimos invitados a probar una bebida gaseosa, de la cual se nos dijo que era tan agradable como la sidra. Dicha bebida llevaba el nombre de "Bronte" y era importada de Alemania. Con gran sorpresa y alegría, pudimos comprobar que el "Bronte" no era otra cosa que el popular "mate cocido" que bebe la gente de nuestro pueblo, al cual le habían dado propiedades efervescentes, por medio de un proceso químico harto conocido.

En Norte América también llegó a industrializarse la yerba mate, de cuyas facultades nutritivas y estimulantes se hizo una activa propaganda. Desgraciadamente, el gobierno de aquel país prohibió la venta del producto, sin aducir para ello ninguna razón valedera.

En la Argentina, Uruguay, Brasil y Paraguay, que son los países consumidores de yerba mate, este producto tiene aplicaciones muy diversas, aunque continúa prevaleciendo su uso tradicional, que consiste en cubrir de yerba mate la mitad de una calabaza vacía, o un jarrito, agregarle agua caliente —y

Trminada la cosecha de la yerba mate, los trabajadores procedían a limpiar las plantaciones, cortando el yuyo que crecía entre ellas.

sorberlo por medio de una bombilla, de metal o de plata. Si la infusión lleva azúcar, se le llama "mate dulce"; si no la contiene, se le da el nombre de "cimarrón", o "mate amargo".

En el norte de la Argentina, y en algunas regiones del Paraguay, se consume una bebida que lleva el nombre de "tereré". Esta bebida, que es preparada en cualquier clase de recipiente, contiene, aproximadamente, cuarenta gramos de yerba mate por cada litro de agua, y su preparación es muy sencilla. Se mezcla agua fría con yerba mate, se la deja macerar durante un cuarto de hora, se la cuela y luego se la sirve en vasos o tazas de té.

El mate cocido —cuyo uso es muy común en nuestras chacras, donde reemplaza al té y al café—, se prepara en forma similar al "tereré", pero con agua en estado de ebullición, se le echa después un poco de agua fría para asentar la borra de la yerba mate, y se sirve en tazas. Esta misma bebida enfriada con un poco de hielo, resulta un refresco muy agradable. El té de yerba, cuyo uso se está generalizando mucho, se prepara en la misma forma que el té de Ceylán o China. El mate de leche, también muy usado en el país, se prepara reemplazando el agua por la leche. También se hacen helados de yerba mate, por el procedimiento usual para la preparación de ese producto.

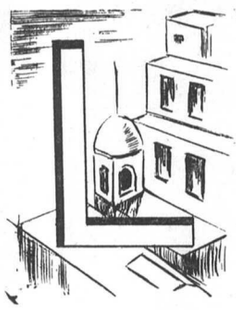
Respecto a la comercialización de la yerba mate, cabe destacar que los mercados más importantes del país se encuentranen las ciudades de Buenos Aires y Rosario, en razón de que allí están instalados los molinos yerbateros que industrializan la yerba canchada.

La producción argentina llega hasta esos centros industrializadores por ferrocarril y por vía fluvial, aprovechando, en este último caso, los muchos puertos que tiene Misiones sobre el Alto Paraná. En cuanto a la producción extranjera, procedente del Paraguay y el Brasil, casi toda llega por vía fluvial, o marítima. El transporte por ferrocarriles brasileños, que antiguamente era efectuado hasta Uruguayana, donde combinaba con balsas para llegar a nuestro país, es casi nulo en la actualidad.

En general, la yerba sale de Misiones envasada en bolsas de arpillera, cuyo peso se aproxima a los sesenta kilos, y no puede ser transportada sin guías de libre tránsito, que otorga la Comisión Reguladora, o Junta Nacional de la Yerba Mate, como se denomina actualmente.

El productor misionero puede vender su yerba mate, según le parezca, directamente a los molinos particulares o por medio del Mercado Consignatario. En el caso de hacer la operación con éste, recibe un anticipo hasta del noventa por ciento, en el momento mismo en que las plantaciones están listas para iniciar la cosecha.

Según las cifras correspondientes a los últimos diez años, más del setenta y cinco por ciento de la producción de yerba mate de Misiones, ha sido comercializada por intermedio del Mercado Consignatario. Sobre esa proporción, el noventa y siete por ciento de la cosecha había sido prendado antes de que los productores consignaran la yerba mate.



A organización del gobierno privado de los productores de yerba mate de Misiones estaba descentralizada cuando nosotros llegamos al territorio. Había allí dos entidades: la Asociación Rural Yerbatera Argentina, y el Centro Agrario Yerbatero Argentino. La primera de ellas era la más antigua, y la que reunía a los productores económicamente más poderosos. Fundada en el año 1932, entonces la presidía el señor André Bugnion, ausente de la ciudad de Posadas durante nuestra permanencia en ella. La segunda entidad había iniciado sus actividades en el año 1938, y en esos momentos era presidida por el señor Alfredo Beltrame, igualmente ausente de la capital del territorio. Ambas asociaciones estaban a cargo de los gerentes generales, quienes pusieron a nuestra disposición los antecedentes y documentos que nos eran necesarios.

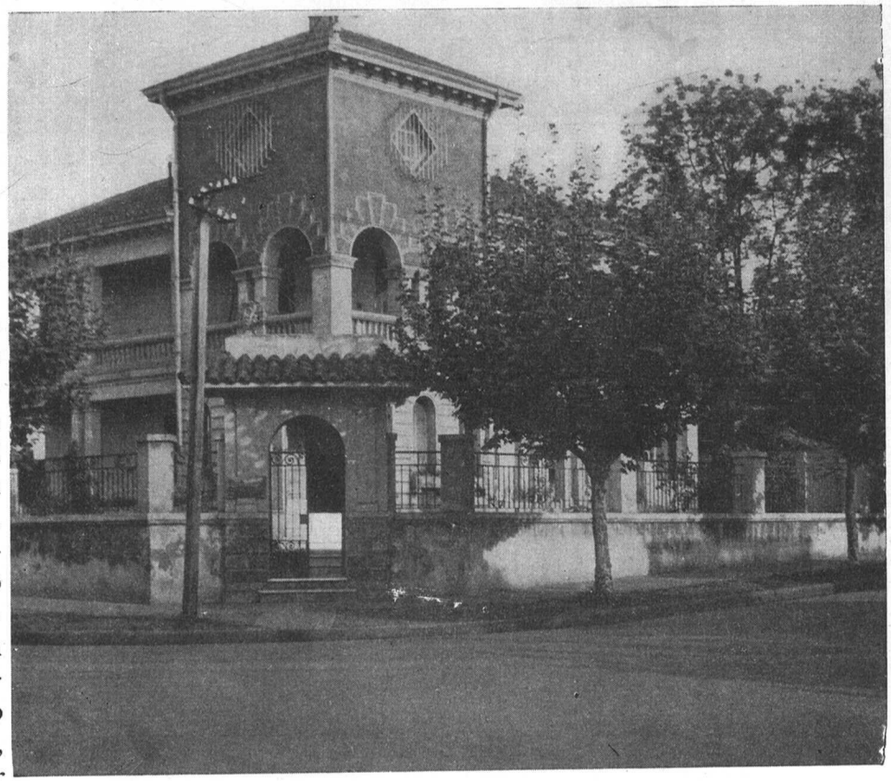
Aunque tienen fines paralelos, las dos entidades que agrupan a los yerbateros, y juntamente con ellos a otros productores rurales, son distintas, tanto por la índole de su organización, como por la jerarquía económica de sus asociados.

La Asociación Rural Yerbatera Argentina fué fundada en la Capital Federal, donde funcionaron sus oficinas centrales por espacio de tres años, hasta que, en 1938, un fuerte movimiento popular obligó al traslado de las mismas a la ciudad de Posadas, donde están desde entonces.

El Centro Agrario Yerbatero Argentino surgió, en cierto modo, a raíz de un movimiento de protesta, por lo que algunos colonos consideraron negligencia de los dirigentes de la otra entidad, en la adjudicación de cupos, al ser oficializada la comercialización de la yerba mate.

La Asociación Yerbatera Argentina, que en sus comienzos tuvo perfiles individualistas, evolucionó en forma notable, haciendo suyos los principios cooperativistas que tanto arraigo tienen en el territorio, y desde entonces admitió la afiliación, no sólo de productores aislados, sino también de cooperativas en conjunto.

Vista parcial del edificio de la Asociación Rural Yerbatera Argentina, la más antigua institución en su género, en Misiones.



A este sistema de organización se opusieron enérgicamente los actuales miembros del Centro Agrario Argentino, alegando que se trataba de un procedimiento antipopular.

En realidad, la Asociación Rural Yerbatera Argentina otorgaba votos a las cooperativas y no a las personas, y cada cooperativa tenía una cantidad de votos que estaba en relación con el número de sus asociados.

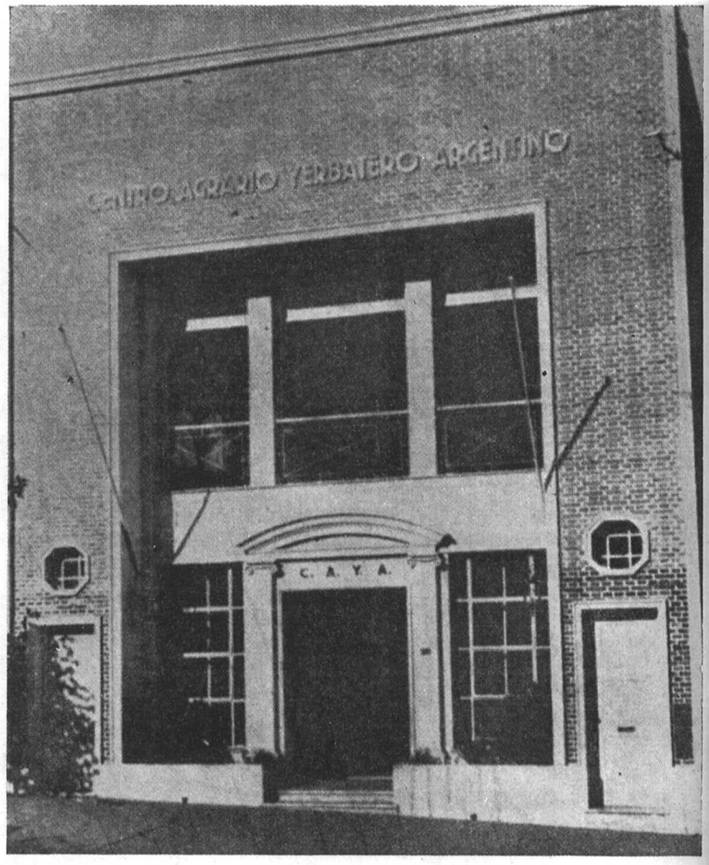
Esto no significaba, en modo alguno, que el sistema ideado fuese antipopular, pero resultaba evidente que bastaba con que dos o tres poderosas cooperativas, como las de Eldorado y Oberá, reunieran sus votos, para que les fuese fácil dominar a todas las restantes coopera-

tivas que se hallaban en este territorio.

La evidencia de lo que antecede es fácilmente comprobable. Basta decir que entre las cooperativas de Eldorado y Oberá reunen casi cinco mil socios, cifra que representa más del cincuenta del total con que cuentan todas las cooperativas federalizadas en el territorio de Misiones.

El Centro Agrario Yerbatero Argentino fué organizado en forma distinta, y no admite la asociación de las cooperativas, como tales, sino la de los integrantes de las mismas, como productores particulares. En realidad, la asociación se hace por pueblos, o por colonias, sin que interese el número de integrantes de cada uno de ellos, pues todas tienen los mismos votos.

Ambas entidades son poderosas, dentro de sus respectivas esferas de acción. El Centro Agrario Yerbatero contaba, cuando visitamos sus oficinas en Posadas, con algo más de cinco mil asociados, yerbateros en su casi totalidad, que tenían asignada, como cuota social, un peso por año y por hectárea cultivada. La Asociación Yerbatera Argentina, con mayor cantidad de socios que la anterior, contaba también en su seno con más de tres mil productores de tung, cuyos intereses representaba.



Fachada del edificio propiedad del Centro Agrario Yerbatero Argentino, donde funcionan las oficinas de la misma, en Posadas.

La Asociación Rural nucleaba a los grandes productores de las colonias situadas frente a la costa del Paraná. El Centro Agrario hacía lo propio con los colonos pobres del centro y sud del territorio. En la actualidad, como decimos, ambas entidades desarrollan una acción paralela en defensa de los intereses del agro misionero, y la historia de ellas resume buena parte de la organización privada de esos esforzados productores.

El Centro Agrario tuvo y tiene su principal gestor y animador en su actual presidente, el señor Alfredo Beltrame. En el registro de dirigentes de la Asociación Yerbatera figuran los nombres de las personalidades más prominentes en la vida económica del territorio, lista que inicia uno de los más esforzados luchadores de esa región, el señor Pedro Núñez, y en la que figuran los señores: Nicolás Avellaneda (h.), Adolfo Beazley, Manuel J. Warnes, Carlos Bensón, Sebastián Berrondo, Alejandro A. Camerón, Gustavo Erasmie, Alejandro S. Hume, Jesús Palacios, Arnoldo Watson Hutton, Carlos Barón de Koskull, Emilio Gottschalk, Julio César Moscón, Orlando Gil Navarro, José Alejo Rauber, Camilo Aguiar, José Wdoviak, Guillermo Kelsey y muchos otros.

Los miembros de ambas asociaciones, con quienes mantuvimos entrevistas para pedirles opinión sobre el régimen establecido por el Ministerio de Industria y Comercio, para la cosecha de yerba mate correspondiente al año 1950, se manifestaron conformes con el volumen autorizado, que se aproxima a los cien millones de kilos. Algunas personas afiliadas del Centro Agrario Yerbatero Argentino dijeron que la fijación de cupos inclusive a los colonos que tienen menos de diez hectáreas cultivadas con yerba mate, habría podido dejarse sin efecto para ese año. En cuanto a la Asociación Rural Yerbatera Argentina, sus dirigentes ya habían hecho pública su opinión favorable, después de analizar todos los antecedentes del caso, al decir que éstos y la existencia de yerba mate en el Mercado Consignatario, los inducían "a afirmar que el régimen de cosecha para 1950, es justo y equilibrado".

NINGUN problema es tan fundamental, para el territorio nacional de Misiones, como el de las comunicaciones. Allí, donde las precipitaciones pluviales suelen alcanzar a dos mil milímetros por año, y donde el tránsito de vehículos pesados es tan intenso, resulta indispensable una acción permanente para salvaguardar grandes intereses, que pueden ser afectados, como lo han sido, por temporales interrupciones de las vías de comunicación, tanto de las que ligan a las diversas zonas del territorio entre sí, como de aquellas que lo ponen en contacto con el resto del país. Muchas son las circunstancias que contribuyen a dificultar el permanente mantenimiento de buenas comunicaciones, y el incremento de las mismas, tanto al tratarse de caminos carreteros, como de ferrocarril o de las comunicaciones fluviales.

Misiones cuenta con un kilometraje reducido de vías férreas, ya que éstas penetran al territorio por el nordeste del Corrientes y sólo llegan hasta la ciudad de Posadas. Los proyectos de ampliaciones de esas vías, de los cuales nos ocuparemos más adelante, son de difícil realización, y al propio tiempo de imperiosa necesidad.

Las comunicaciones fluviales tropiezan con la seria dificultad que representa el variable nivel del río Paraná, y las dificultades que, por sus abundantes bancos de piedra, ofrecen los ríos interiores, al igual que el Iguazú y el Alto Uruguay.

La red de carreteras, que ha sido muy ampliada en los últimos años, va a ser perfeccionada, sin que pueda dejar de reconocerse que, por lo accidentado del terreno, representará un trabajo ímprobo y costoso. La acción oficial para vencer esas dificultades ha sido intensa en los últimos años, y continúa siéndolo. Se han abierto nuevas rutas, como la que une a la ciudad de Posadas con las Cataratas del Iguazú, y se procede al trazado de otras. La iniciativa particular también se ha hecho presente, y en colaboración con el Estado, mediante el sistema de Consorcios, ha realizado muchas obras, consiguiendo que el territorio esté literalmente cruzado por picadas, que muchas veces son magníficas carreteras.

Las comunicaciones aéreas, para las cuales cuenta Misiones con una adecuada red de aeropuertos, distribuídos en la forma en que puede advertirse en el mapa que publicamos en la página 48, sólo cuentan en lo relativo al traslado de pasajeros.

Los servicios postales, tan ligados siempre a las comunicaciones, funcionan normalmente en todo el territorio, dentro del cual se han construído

Los caminos de Misiones atraviesan casi siempre por colonias que se encuentran en plena producción y donde se trabaja intensamente.

modernos edificios, en muchas de las localidades que cuentan con ese servicio, cuya ubicación consta en el mapa que aparece en la página 48 de esta obra.

Paralelamente con el problema de las comunicaciones, es necesario contemplar el problema del transporte, especialmente en aquellas épocas en que, al producirse grandes bajantes en el Paraná, los traslados deben ser totalmente efectuados por tierra.

Desde que el ferrocarril sólo llega hasta el extremo sudoeste de Misiones, todo el resto del territorio queda sujeto a las posibilidades del transporte automotor, y a la colaboración que el mismo recibe del transporte a tracción a sangre.

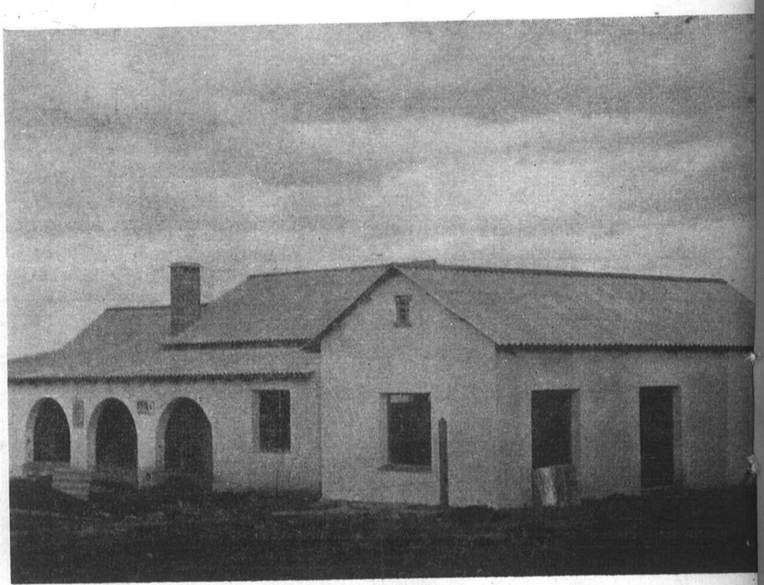
Sobre este particular creemos, en virtud de lo que pudimos observar durante nuestros viajes, que Misiones dispone de suficientes elementos para el transporte terrestre. Podrá decírsenos que en determinados momentos la producción ha quedado estancada, y se nos dirá la verdad. Mas nosotros responderemos que no debe olvidarse, al invocar esos estancamientos temporales, que la producción del territorio crece en forma sorprendente, y que las unidades del transporte automotor que un año cubren las necesidades del intercambio, resultan insuficientes al siguiente año, aunque continúen con la misma capacidad que tenían durante el año anterior.

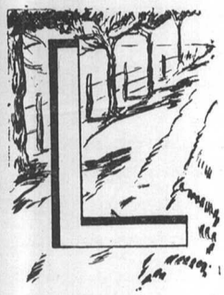
Este aumento de la producción es general, y al margen de él sólo queda la yerba mate, cuya cosecha está fijada en forma más o menos estable. El tung, por el contrario, otra de las fuentes de producción de Misiones, ofrece un crecimiento notable, al extremo de que, contra 4.500 toneladas producidas en el año 1944, se llegó a 25.000 toneladas en el año 1946. En las estribaciones de la Sierra de Misiones, cerca de la localidad de Campo Viera, la producción de té, que en el año 1949 llegaba a 75.000 kilos, alcanzó a 150.000 al ser levantada la cosecha siguiente.

En cuanto a las comunicaciones telegráficas y telefónicas, que sin duda alguna eran muy incompletas, tuvimos oportunidad de presenciar la instalación de una moderna red de radioteléfonos, a cargo del Ministerio del Interior, que comunicará a todas las dependencias policiales del territorio, entre sí y con la Capital Federal.

La fotografía que aparece al pié de esta página, corresponde al edificio de la Central Radiotelefónica de Misiones, y está en las afueras de la ciudad de Posadas.

En este edificio, construído en las afueras de la ciudad de Posadas, funcionará pronto la central territorial de radio-teléfono.





A red caminera de Misiones está basada en dos Rutas principales—la 12 y la 14, que cruzan el territorio de sudoeste a nordeste, y en un conjunto de Rutas Complementarias, que unen a las anteriores y que también se ligan entre sí. Hay, además, como ya lo hemos dicho, muchas picadas construídas por empresas privadas en colaboración con el gobierno nacional, que hacen las veces de caminos públicos. El mapa de la red caminera de Misiones, que aparece en la página 50, fué realizado por el departamento cartográfico del Distrito 15 de Vialidad Nacional, y en él constan, al igual que los caminos oficiales, las picadas construídas en consorcio. Está actualizado al 31 de diciembre de 1950, y su publicación en esta obra se debe a una gentileza del ingeniero jefe del distrito, en cuya compañía recorrimos la casi totalidad de los caminos misioneros.

La Ruta 12, que corre casi paralelamente con el curso del río Paraná, tiene una extensión de 375 kilómetros, cuenta en su totalidad con obras básicas y es transitable aún en tiempo lluvioso. Penetra a Misiones por el noroeste, procedente de Corrientes, y termina en las Cataratas del Iguazú. La Ruta 101, que tiene 136 kilómetros, nace en Puerto Iguazú y termina en el pueblo de Irigoyen, donde comienza la Ruta 14, cuyo recorrido, hasta el límite de Corrientes, en el sudoeste, es de 415 kilómetros.

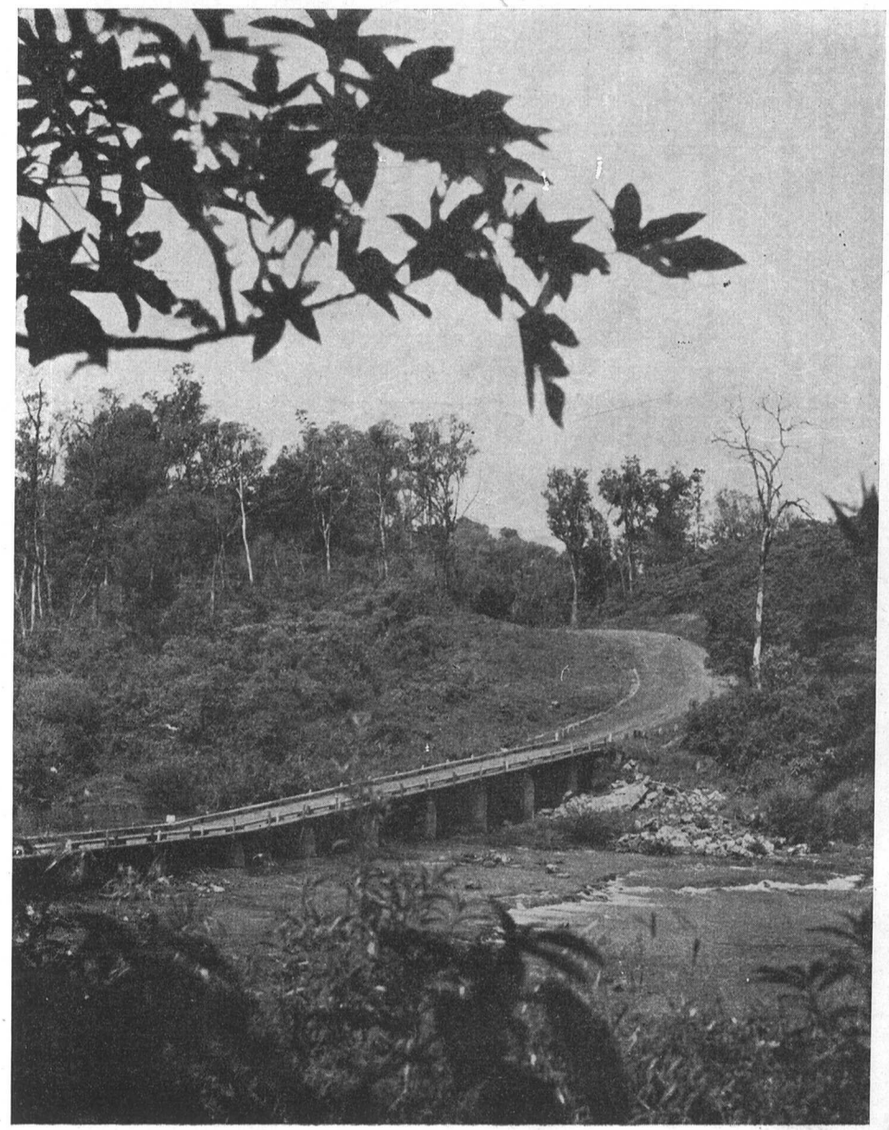
Como podrá observarse en el mapa, esas Rutas, unidas a la 110, que va de la ciudad de Posadas al puerto de San Javier, en Alto Uruguay, circundan totalmente el territorio de Misiones y ponen en contacto a todas las poblaciones del mismo.

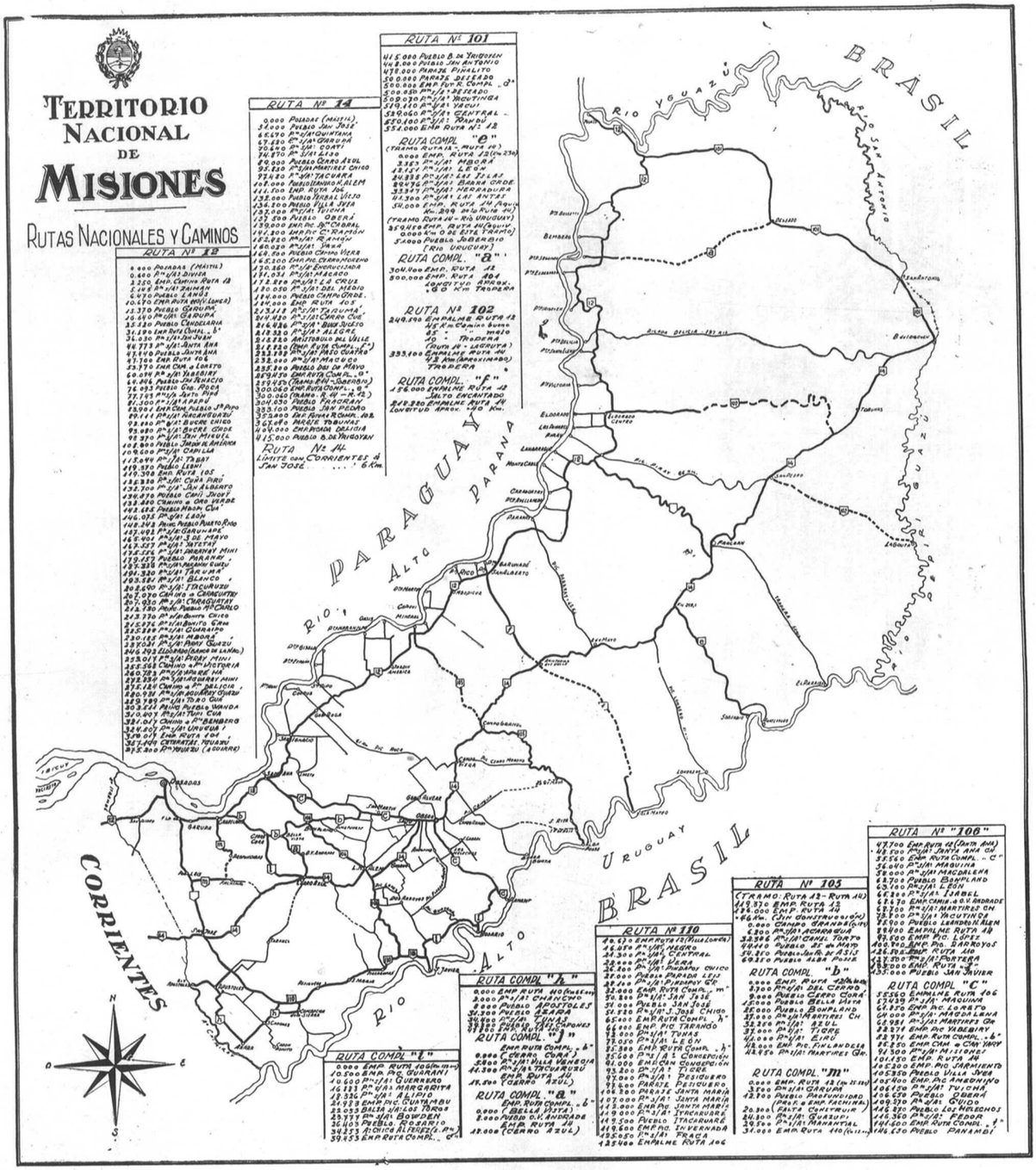
Hay también varias rutas transversales, tales como la número 107 y las Rutas Complementarias A, E y F, que unen a las dos Rutas Principales en el norte y en el centro del territorio.

La zona sud es la que cuenta con mejores y más amplias comunicaciones, pues a las Rutas antes mencionadas hay que agregar las Nos. 105 y 106, ambas transversales, y muchas picadas construídas en consorcio.

Durante nuestro viaje por Misiones, estaban en construcción, por el mencionado sistema de consorcio, setenta nuevos caminos, aproximándose el total de los construídos hasta entonces a doscientos cincuenta.

Entre los muchos puentes construídos por Vialidad Nacional, en Misiones, se encontraba éste, que permite el cruce del arroyo Piray-Guazú.





Se hablaba mucho allí de la conveniencia y de la posibilidad de pavimentar las principales carreteras de Misiones. No discutimos la conveniencia de hacerlo, pero consideramos que las posibilidades son muy relativas, ya que solamente para las obras de arte y construcción de afirmado básico del camino que une a la ciudad de Posadas con el puerto correntino de Ituzaingó, el gobierno nacional ha tenido que autorizar una partida de cuarenta y cinco millones de pesos.

Según lo que pudimos ver durante el viaje, los caminos viejos de Misiones fueron trazados provisoriamente. Por lo tanto, sus declives son poco adecuados y los recorridos muy extensos. Para rectificar esos trazos sería necesario llevar a cabo muchas expropiaciones, que inclusive abarcarían zonas densamente pobladas, donde la hectárea de tierra se cotiza a mil pesos y aún a más.

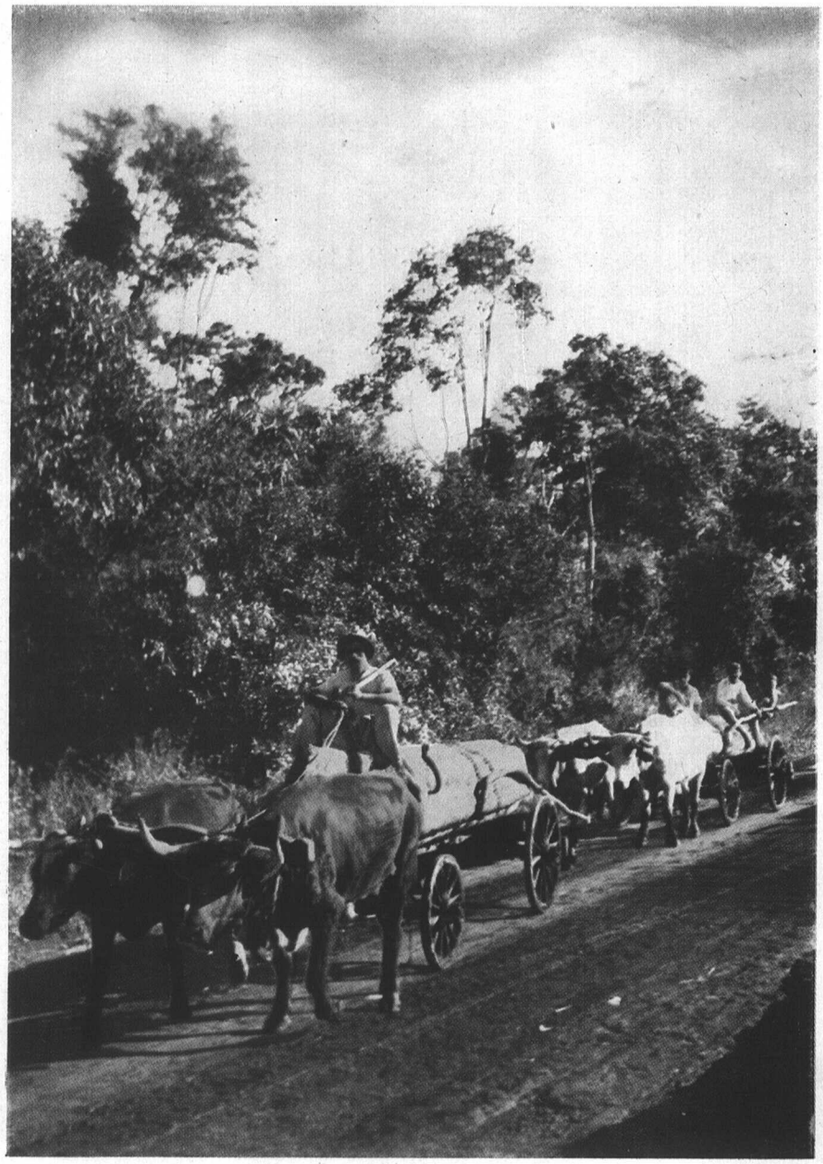
No existe ningún cálculo, ni siquiera aproximado, sobre el posible costo de la pavimentación de las principales rutas de ese territorio. Empero, no es aventurado decir que esa cifra alcanzaría, en cualquier caso, a miles de millones de pesos.

En nuestra opinión, hasta tanto sea posible continuar con el tendido de rieles—ya que el ferrocarril resultaría la mejor solución para Misiones—, la terminación de las obras de arte iniciadas, juntamente con la colocación de piso de grava en todos los caminos, permitiría mantener en buenas condiciones las comunicaciones del territorio.

UNA de las muchas peculiaridades de Misiones consiste en la importancia que tiene allí la tracción a sangre, y en la clase de vehículos utilizada para la misma. Quizá sea ése el territorio donde se emplea mayor cantidad de bueyes, tanto para el transporte de cargas pesadas, como para el arado de la tierra y aún para pasajeros. Al propio tiempo, hay allí un medio de transporte, el carro polaco, que es poco menos que desconocido en el resto del país. Se trata de un vehículo de estructura aparentemente frágil, que no obstante puede llevar pesadas cargas, inclusive grandes troncos de árboles, cuyo peso suele pasar de cinco mil toneladas. Tiene la forma de una profunda batea, y descansa sobre cuatro ruedas bajas, circundadas por angostos aros de hierro. Cuando la carga es liviana, se ata una yunta de bueyes a esos carros polacos, que llevan dos, tres y hasta cuatro yuntas para conducir las cargas pesadas. Eventualmente también les atan una yunta de caballos, o de mulas.

La tracción a sangre tiene gran importancia en Misiones. Por ejemplo, la casi totalidad de la cosecha de yerba es conducida por ese medio desde el lugar donde cortan las hojas y ramas, hasta los "barbacuás". También se procede por ese medio al arado de los yerbales. Además, los campesinos, especialmente los que viven en la zona sur, utilizan carros polacos para trasladarse de un lugar a otro, y en la Sierra de Misiones, al igual que en los obrajes del Paraná y del Alto Uruguay, se les utiliza para llevar troncos de árboles y madera aserrada.

Fuertes vehículos, casi siempre tirados por yuntas de bueyes, transportan la producción de Misiones por sus caminos de tierra colorada.



Excepción hecha de las grandes empresas y sociedades cooperativas, que emplean el transporte automotor, la casi totalidad de los colonos de Misiones se valen de la tracción a sangre para sacar sus cosechas e introducir los artículos de consumo que necesitan. En las colonias situadas frente al río Paraná, se utiliza también el caballo, al que cargan con grandes árganas, en forma de barril, construídas con cueros vacunos.

En los comienzos de nuestro viaje atribuíamos a pobreza de los colonos ese acentuado uso de la tracción a sangre, pero tuvimos que rectificar el concepto, a medida que cambiábamos impresiones con ellos, porque, inclusive los colonos ricos, preferían utilizar carros polacos, tirados por bueyes, antes que camiones.

Viajando por la costa del Paraná, encontramos a un chico que conducía de la brida a un caballo cargado con dos grandes árganas, repletas de yerba mate fresca.

Después de preguntarle si iba a la escuela, a lo cual respondió afirmativamente, le dijimos si le gustaría tener un camión para llevar la yerba.

El chico respondió, sin vacilar, con el

Los carros polacos son los predilectos de los colonos de Misiones, quienes se valen de ellos, inclusive, como de vehículos de paseo.

semblante bastante sonriente:

—Papá dice que los camiones gastan mucha nafta y que el pasto para los caballos no cuesta nada.

En la Sierra de Misiones, después de visitar el obraje de un criollo bastante adinerado, le preguntamos, en momentos en que se disponía a salir de allí con un carro polaco y un "cachapé" —especie de acoplado con dos ruedas y un largo pértigo—, por qué no adquiría un camión de gran tonelaje, con el cual transportaría más pronto y quizá con menos costo su madera.

Al igual que el chico con quien habíamos hablado antes, el hombre respondió, sin vacilar un instante:

—Esto —y señalaba sus primitivos vehículos— es fácil de manejar y no se descompone nunca. Tienen muchas ventajas, aunque no parezca. Van despacio, pero no se descomponen. Uno no corre el riesgo de quedarse en el camino por falta de nafta. Si los bueyes se cansan, los deja descansar y después sigue viaje. Si tienen hambre, los desata, los vigila mientras comen al borde del camino, y todo queda solucionado. Además, uno tiene sus costumbres, y a veces, aunque no sean las mejores, no conviene cambiarlas. Si necesito fletar cuarenta carros polacos, puedo encontrar cuarenta hombres que sepan manejarlos. En cambio, ¿de dónde saco gente que sepa manejar camiones y que quieran cuidarlos? Porque también hay que pensar en eso, ¿sabe? Los camiones cuestan mucho, y cuando no se cuidan bien, se arruinan muy pronto. Un repuesto para esto, otro repuesto para aquello. Y después viene la historia de los neumáticos. No, señor, ¡que me dejen en paz con mis "cachapés" y con mis carros polacos!

Algunos productores de yerba mate a quienes les formulamos la misma pregunta, nos respondieron que los carros polacos, por ser muy livianos, entran a cualquier camino y que, inclusive, por ser también muy angostos, pueden ser llevados sin dificultad a través de los yerbales.

Como ha de comprenderse, después de lo dicho, no será fácil desterrar el transporte por tracción a sangre en Misiones; ni hace falta que se intente hacerlo, porque se trata de un método de trabajo que, aunque primario, responde a las características de los pobladores de la zona, y presta magníficos servicios al crecimiento de la potencialidad económica del territorio.

L igual que en todas las otras manifestaciones de su desarrollo, Misiones tuvo que improvisar en lo relativo al establecimiento del transporte automotor. No encontramos allí, a nuestra llegada, empresas que hubiesen establecido servicios regulares de carga, y las líneas de ómnibus y colectivos que recorrían el territorio, ligando entre sí a las diversas poblaciones del mismo, recién empezaban a sincronizar sus horarios y recorridos. El gobernador del territorio, con quien abordamos ese tema, a nuestro regreso a Posadas y una vez recorrido todo el territorio, nos manifestó que lo más urgente, para organizar el transporte automotor, especialmente en lo relativo a los servicios de pasajeros, consistía en la construcción de una estación de ómnibus, en la ciudad Capital.

—Como usted ha podido comprobarlo —comentó en aquella oportunidad el gobernador—, Misiones fué un territorio donde todo se debió a la iniciativa particular, hasta que se hizo presente el Movimiento Justicialista. Podrá parecer exagerado el decir que aquí no hubo antes gobierno, sino funcionarios que mandaban a su modo, pero ésa es la verdad. No le sorprenda, por lo tanto, que el actual gobierno, obligado por las necesidades del territorio a encarar al propio tiempo infinidad de problemas, deba gestionar, en forma permanente, y urgente, el más decidido apoyo del Poder Ejecutivo Nacional, el cual, felizmente, llega hasta nosotros sin retaceos de ninguna naturaleza, aunque a veces sufra las inevitables demoras que impone la coordinación nacional de los planes de gobierno.

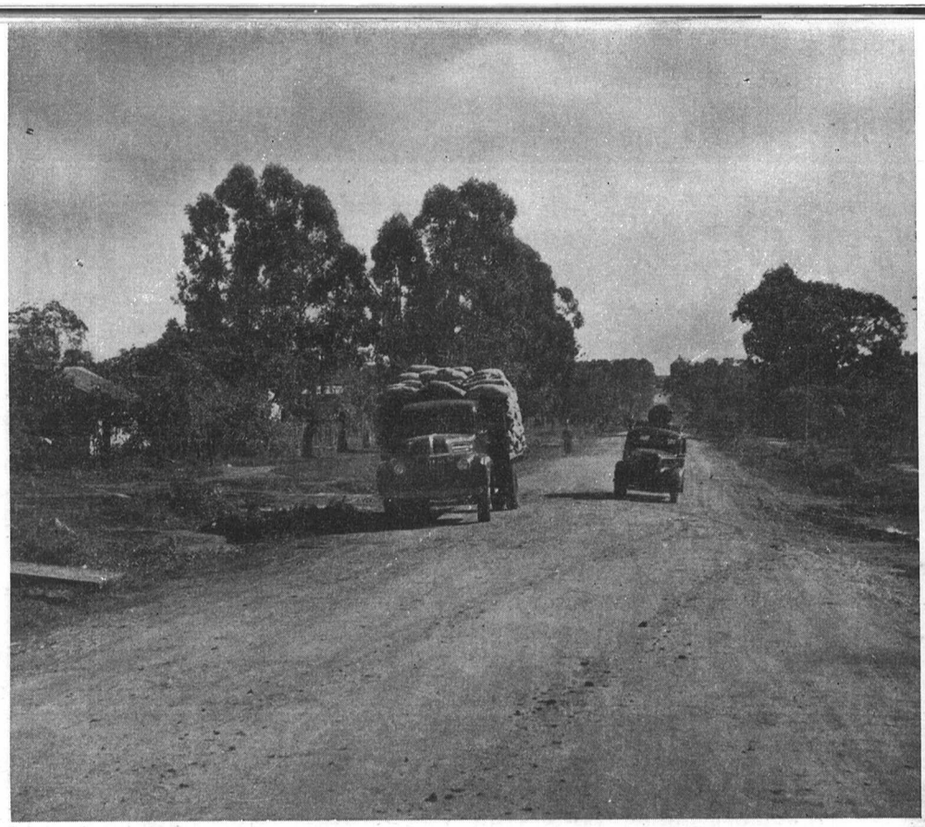
Interesado como se encontraba el gobernador del territorio en propiciar un mayor desarrollo para el movimiento cooperativista, de suyo considerable en Misiones, nos habló de la posibilidad de organizar una poderosa cooperativa, a cuyo cargo estaría la solución de los problemas que plantean las crecientes exigencias del transporte automotor.

Por nuestra parte, y sobre este particular, pudimos comprobar que los servicios de pasajeros, cubiertos por líneas de ómnibus y colectivos, funcionan normalmente en toda la Ruta 12, que recorre las ricas colonias situadas frente al Paraná, y en las Rutas que unen a la Capital del territorio con las poblaciones del sud y con las que se encuentran situadas en la Sierra del Imán. Cabe agregar que esos servicios son menos regulares en el nordeste, especialmente entre las poblaciones situadas en la Sierra de Misiones.

El transporte de cargas, era efectuado por los propios dueños de los obrajes, y por las tropas de camiones que poseen algunas cooperativas.

Convencidos de que la mejor forma de conocer los problemas de un territorio, con-

Grandes camiones, que llevan acoplados, se encargan de recoger, al borde de los caminos, los árboles cortados por los obrajeros.



El transporte de las cosechas estaba a cargo de camiones de gran tonelaje, pero los caminos eran sólidos y estaban en buenas condiciones.

siste en cambiar impresiones con las gentes que viven y trabajan en ese territorio, nos deteníamos muchas veces en el camino, para conversar con los conductores de automóviles, ómnibus, colectivos y camiones.

Un conductor de automóvil, a quien le preguntamos qué opinaba del transporte automotor en Misiones, nos respondió:

—Todo andaría bien, si los camiones no fuesen tan pesados. Mire usted eso— agregó, señalando una fila de camiones Mack, de treinta toneladas, cargados con barriles de aceite de tung, y otra, también de grandes camiones, que conducían enormes troncos de árboles—. Así no hay caminos que aguanten. Cuando llueve, esos monstruos patinan en la tierra jabonosa, caen en la cunetas, se atraviesan en la carretera y uno queda detrás de ellos, esperando no se sabe hasta cuándo.

El conductor de un pesado camión, de quien requerimos igual opinión, nos dijo:

—Los que arruinan los caminos son los carros polacos. Los cargan hasta el tope, y las ruedas, que son muy delgadas, se hunden una barbaridad cuando la tierra está mojada.

Poco después transmitimos esa opinión a un hombre que iba sobre un carro polaco cargado con rollizos de pino, y obtuvimos esta respuesta:

—Digan lo que digan, los únicos vehículos que nunca se atascan son los carros polacos.

Los conductores de ómnibus y colectivos se quejaban de que la Gendarmería Nacional ordenara paralizar el el tránsito de vehículos hasta varias horas después de haber cesado una lluvia torrencial. El jefe de la agrupación Misiones de la Gendarmería Nacional, nos dijo que la disposición anterior había sido tomada por pedido expreso del Jefe del Distrito 15 de Vialidad Nacional, quien respondió a nuestras preguntas con estas palabras:

—Los caminos de Misiones son de tierra y no de hierro. Si no se interrumpiese el tránsito unas horas, cuando llueve torrencialmente, entre los carros polacos y los camiones Mack, despedazarían todos los caminos en una semana.

Por fin, los conductores de camiones, colectivos, ómnibus, automóviles y carros polacos, a quienes hicimos conocer la opinión del jefe de Vialidad Nacional en Misiones, respondieron casi siempre, con ligeras variantes:

—El jefe tiene razón, pero aquí hay mucha carga y mucha gente que transportar. El mal no está en los caminos, sino en las alcantarillas, que deben ser de cemento y no de madera.

Para finalizar, el jefe de Vialidad, después de dar la razón a los conductores, nos invitó a visitar una gran fábrica de tubos de cemento, donde se acondiciona el material necesario para construir las nuevas alcantarillas

DE ser navegables los ríos de Misiones, el territorio no tendría que preocuparse por los transportes. La anterior frase, repetida mil veces por los misioneros, a lo largo de nuestro viaje, nos indujo a estudiar seriamente el problema de las comunicaciones fluviables, y a recorrer los principales cursos de agua, especialmente el Paraná, el Iguazú y el Alto Uruguay. Como hemos dicho al ocuparnos del sistema hidrográfico del territorio, en Misiones sólo el río Paraná es navegable en todo su curso. Las observaciones directas que allí realizamos, confirmaron ese hecho y sirvieron para mostrarnos otros nuevos, relacionados, precisamente, con la navegación del Paraná, ya que, en ciertas épocas del año, y para barcos cuyo calado sea de diez o más pies, las posibilidades de navegación también suelen quedar limitadas.

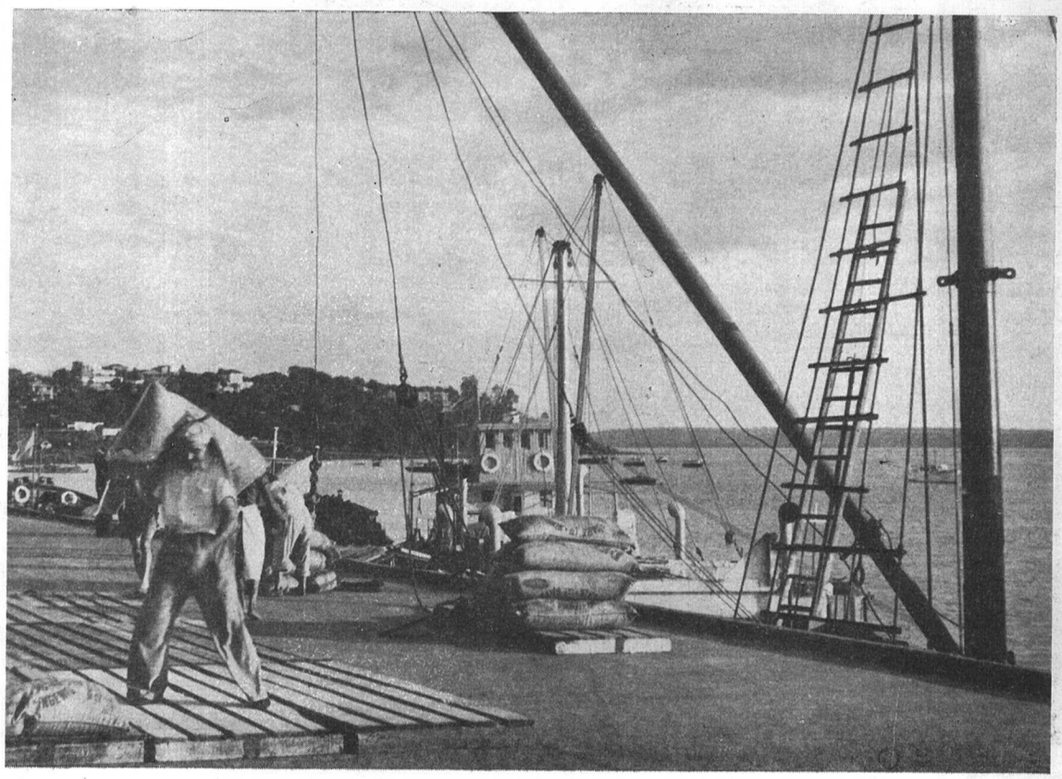
Las crecientes y bajantes de esta caudalosa arteria son periódicas y generalmente regulares, cada año, habiendo, además, crecientes y bajantes extraordinarias, que se registran cada tres, cuatro o cinco lustros. La época de las crecientes se inicia a mediados del mes de diciembre, y se prolonga hasta fines de marzo. La altura que entonces adquieren las aguas, sobre el nivel normal de Paraná, varía según el lugar en que se registren. La diferencia entre las mayores crecientes y las mayores bajantes de ese río son las siguientes: en la desembocadura del Iguazú, 43 metros; en el puerto de Posadas, 6.50 metros; en el puerto de Corrientes, 8.50 metros.

Las anteriores cifras ponen de manifiesto que el puerto de Posadas, el más importante del territorio de Misiones, es de escaso calado: poco más de cinco metros en las máximas crecientes regulares, y menos de cincuenta centímetros al producirse las máximas bajantes, también regulares.

No es sólo el escaso calado, empero, lo que dificulta la llegada de embarcaciones al puerto de Posadas, pues ocurre que al sud del mismo, antes de llegar al puerto correntino de Ituzaingo, existe una enorme mole de granito, que intercepta el curso de las aguas y que es conocido con el nombre de Salto de Apipé. Cuando nosotros recorrimos esa parte del Paraná, el gobierno había iniciado los trabajos previos a la dinamitación de dicho salto. Si esos trabajos dan el resultado que se espera, el problema de la navegación quedará casi resuelto. De otro modo, Misiones tendrá que llevar su producción, por vía terrestre, hasta el puerto de Ituzaingo.

Hay otro aspecto del transporte fluvial, que tampoco puede ser olvidado al tratarse de las bajantes del Paraná. Es el relativo al calado de las embarcaciones que surcan ese río, superando la profundidad de los puertos.

El puerto de Posadas era el más importante del territorio, y por él se realizaba una gran parte del intercambio de Misiones.



Ni el gobierno ni los productores de Misiones dejaban de preocuparse por ese aspecto del transporte fluvial, especialmente porque en la época en que nosotros recorríamos el territorio, buena parte de la producción del mismo estaba estancada por falta de bodegas, ya que la exigua altura de las aguas del Paraná impedía que los barcos entrasen a los puertos.

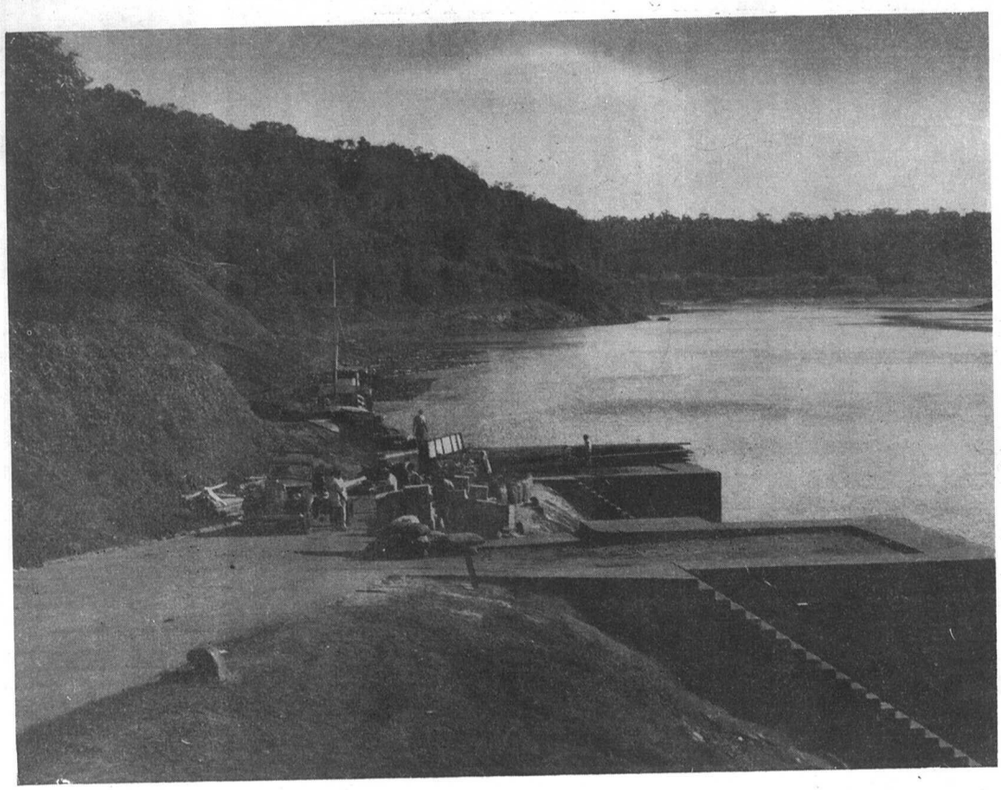
Según manifestaciones del gobernador, recogidas mientras recorríamos juntos la zona de Santo Pipó, donde había cuatro millones de litros de aceite de tung a la espera de medios de transporte, el Ministerio de Obras Públicas de la Nación ha iniciado la construcción de un conjunto de barcazas de poco calado, que serán enviadas a Misiones. En cuanto a la acción de los particulares, pudimos ver los planos preparados por los propietarios de una gran colonia llamada "Jardín América", de la cual nos ocuparemos más adelante, para proceder a la fabricación de las mismas barcazas.

Independientemente de esos problemas, que nos pareció se encontraban en vías de ser solucionados, el transporte fluvial tiene mucha importancia para Misiones y presta grandes servicios al intercambio del nordeste argentino con el resto del país.

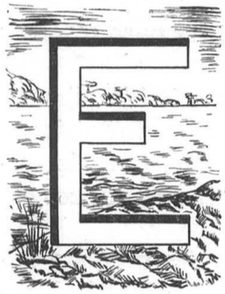
Salvo algunos días correspondientes a los meses de agosto, setiembre y octubre, que es cuando se producen las mayores bajantes del Paraná, el servicio de barcos de pasajeros se desarrolla normalmente en todos los puertos, desde Iguazú a Posadas, y desde esta ciudad hasta Buenos Aires. El transporte de cargas también es normal por vía fluvial, para la producción de yerba mate, tung y tabaco. Las frutas cítricas son enviadas a la Capital Federal por ferrocarril, en razón del limitado tiempo que admite la adecuada ocnservación de las mismas. La producción maderera se transporta, indistintamente, por barcos y por trenes.

Las comunicaciones internacionales con la vecina República del Paraguay se realizan mediante un adecuado servicio de lanchas a motor, hasta tanto sean puestas en servicio las balsas oficiales, cuyo empleo ya ha sido autorizado por el Gobierno Nacional. Para el cruce del Paraná, por el tren internacional que corre entre las ciudades de Buenos Aires y Asunción, hay un servicio de ferry-boats que une al puerto de Posadas con el de Encarnación.

En el puerto de Iguazú habían construído una serie de muelles, de diversa altura, para facilitar el atraque de barcos y lanchones.



Los servicios de Aduana tienen sus oficinas centrales en la ciudad de Posadas, funcionando resguardos de registro en otras ocho poblaciones del territorio. La Subprefectura, cuya sede central también se encuentra en Posadas, tiene una Ayudantía en el Alto Paraná, que comprende a Santa Ana, Puerto Iguazú y Eldorado; de la Ayudantía del Alto Uruguay sólo dependen las autoridades destacamentadas en el Puerto de San Javier.



N la misma forma en que para juzgar el estado sanitario de una población, no puede prescindirse del análisis de las viviendas que ocupan sus gentes, tampoco es posible dejar a un lado el problema relativo a la alimentación de las mismas.

La experiencia acumulada en largos viajes de estudio, nos ha llevado al convencimiento de que, a menos que uno esté dispuesto a realizar una encuesta casa por casa, la mejor forma de averiguar si una población está bien o mal alimentada, consiste en concurrir a los mercados y ferias francas, para constatar qué compra allí la gente, cuál es la gente que compra, y de qué calidad son los productos que adquiere. Claro está que tal forma de estudiar un problema no permite obtener conclusiones que ilustren, inclusive, sobre los detalles, pero sí puede dar una impresión de conjunto, que sirve para facilitar la formación de un criterio general o básico.

Nuestra visita al mercado central de Posadas, por ejemplo, nos permitió comprobar que allí compra la gente acomodada. El recorrido de otro mercado, instalado en los suburbios y conocido con el nombre de "La Placita", puso de relieve que ése es el lugar donde compran las familias pobres.

Ahora bien. En ambos mercados la gente adquiere los mismos productos: Carne no muy buena y frutas y legumbres que casi siempre proceden del Paraguay, y que son introducidas diariamente por centenares de mujeres, que llegan desde la población fronteriza de Encarnación.

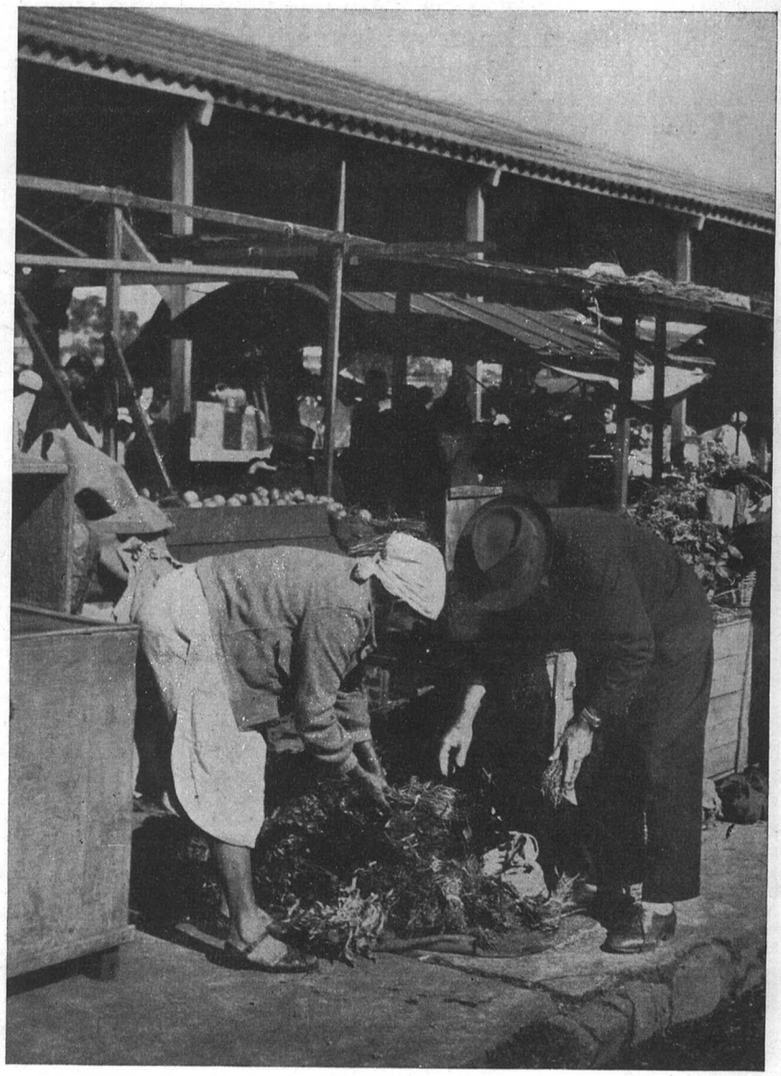
El más pintoresco de esos mercados es el de "La Placita", donde se venden al público los productos más raros. Por ejemplo, una anciana semi-indígena, con quien nos detuvimos a conversar, vendía "yerbas milagrosas", que la gente adquiría pagando muy buen precio. Tenía "yerbas milagrosas" para todo: para el *mal de ojo,* el *mal del riñón,* el *mal de espalda* —que generalmente era un principio de tuberculosis—, y también para *el mal de amores.*

Preguntamos si había alguna lechería en los mercados, y nos dijeron que no, ya que ese producto, muy escaso en Posadas, era vendido por lecheros ambulantes. Nos dijeron también que en Misiones casi no se producían hortalizas, y que la carne, siempre muy flaca, procedía de Corrientes.

No necesitamos sino dos visitas a los mercados de Posadas, para advertir que la población se alimenta mal, no porque coma poco, sino porque los alimentos que adquiere y consume son de escaso valor nutritivo.

En virtud de que el gobernador del territorio se encontraba ya en Posadas, de regreso de su viaje a Buenos Aires, habíamos tomado la costumbre de conversar diariamente con él algunos momentos, para transmitirle nuestras impresiones, y pedirle

En "la placita" las mujeres vendían, no sólo verduras, sino también yerbas "milagrosas", que, según ellas, curaban todos los males.



informes respecto de las medidas que había tomado o que pensaba tomar para resolver los problemas que comprobábamos tenía planteados Misiones.

Después de admitir que, efectivamente, la población de Posadas se había alimentado deficientemente durante muchos años, el gobernador dijo, que no siendo Misiones un territorio ganadero, siempre habría necesidad de recurrir a Corrientes, para la adquisición de carnes, pero que no tenía porqué suceder lo mismo con las hortalizas, la leche y sus derivados.

—La escasez de leche en Posadas obedece a la desidia que, durante muchas décadas, mostraron las autoridades por la solución de este problema —manifestó el gobernador de Misiones, agregando—: El problema está actualmente en vías de solución, y debe ser resuelto, pues no es posible que Posadas sólo disponga de setecientos u ochocientos litros de leche por día, cuando necesita cinco mil como mínimo.

Al preguntarle en qué forma esperaba resolver ese problema, nos manifestó que ya había organizado una cooperativa de tamberos, de la cual formarían parte algunos productores del nordeste de la provincia de Corrientes. El presidente de esa cooperativa de tamberos, señor Jacques Kraemmer, a quien visitamos en su establecimiento ganadero, nos manifestó que el problema iba a ser resuelto, pero no en un mes ni en un año; que la producción iría paulatinamente en aumento, con toda seguridad, ya que habían logrado aclimatar ganado de raza holando-argentina, y que se estaba procediendo activamente a la mestización, con sementales facilitados por el ministerio de Agricultura y Ganadería, pero que para llegar a cubrir las exigencias de la población de Misiones, serían necesarios varios años.

Respecto de la producción de hortalizas, que entonces procedían del Paraguay, tuvimos ocasión de visitar una hermosa quinta, de más de veinticinco hectáreas, que el gobierno está formando en las afueras de Posadas, en terrenos que tienen en su centro el edificio de la central radiotelefónica, próximo a inaugurarse. Nos anticipó también el gobernador, que está dando el más decidido apoyo a quienes se dedican al cultivo de hortalizas, y que en diversos lugares podríamos encontrar grandes extensiones cultivadas. Durante nuestro viaje, especialmente en la etapa inicial, pudimos comprobar que el problema que plantea en Posadas la escasez de hortalizas está en vías de ser resuelto a breve plazo, pues encontramos grandes quintas, en las cuales trabajan mujeres y hombres.

En lo relativo al valor nutritivo de los alimentos, el gobernador nos anticipó que va a realizarse una seria campaña educacional, en esa materia, y que la misma estará a cargo de los médicos que dependen de la Delegación Regional del Ministerio de Salud Pública, en Misiones.

El cultivo de hortalizas se generalizaba rápidamente, y en muchos sitios encontramos grandes extensiones cultivadas por mujeres.

Convendrá que el lector, para ubicarse debidamente en el escenario que abarca la descripción de nuestro viaje, tenga siempre en cuenta que las condiciones ambientales que prevalecen en los principales centros urbanos del territorio no son las mismas que corresponden a la campaña, donde, por ejemplo, el porcentaje de consumo de hortalizas es mucho más elevado.

VISITANDO los suburbios de Posadas llegamos a una populosa barriada, que la gente del pueblo conoce con el nombre de "Barrio Chaquito". Hasta hace algunos años, ese lugar había sido tristemente famoso, porque, encontrándose sobre una parte baja de la costa del Paraná, cada creciente de este río daba margen a grandes inundaciones, cuyas consecuencias eran siempre la destrucción de muchas viviendas, y el éxodo temporal de los pobladores. Felizmente, nada de eso acontecía ya en "Barrio Chaquito", cuando fuimos a conocerlo, porque el gobierno había mandado construir sólidos murallones de defensa, que contenían a las aguas del Paraná durante las grandes crecientes. Una amplia calle, por otra parte, con acequias a lado y lado, daba unidad al barrio, cuyas casas de madera, de agradable aspecto, se escalonaban desde los costados de la calle hacia el interior.

Aunque "Barrio Chaquito" era un lugar digno de ser conocido, por su pintoresco aspecto, nuestra visita a él no respondió a simple curiosidad, sino que lo hicimos para conocer el primer barrio obrero que se estaba construyendo en Misiones, precisamente en aquellos lugares.

Hasta entonces, el problema de la vivienda sólo había sido abordado por el gobierno en el interior del territorio, donde las construcciones estuvieron siempre destinadas al alojamiento de empleados y funcionarios públicos. En aquella época habían sido terminadas 152 viviendas, cuyo costo pasaba de seis millones de pesos. Entre esas viviendas se encontraban 35 casas construídas por Vialidad Nacional, a lo largo de todas las rutas del territorio, para la permanencia de los encargados de equipos camineros, jefes de zona, pagadores, etc.

Lo que íbamos a ver en las inmediaciones de "Barrio Chaquito" difería de todo lo anterior, porque en ese caso el gobierno no construía por sí mismo, sino que propiciaba y apoyaba una iniciativa particular, tendiente a la edificación de viviendas propias para los trabajadores.

Los obreros habían iniciado la construcción de viviendas que serían de su propiedad, en terrenos de la firma misionera Heller Hnos.

Frente a la costa del Paraná, sobre los mismos terrenos en que se levanta la gran fábrica de madera terciada de la firma Heller Hnos., encontramos un gran letrero que anunciaba la construcción del barrio obrero "Eva Perón", por la firma antes mencionada, con el apoyo del gobierno del territorio y mediante una operación financiera llevada a cabo con la Sucursal Posadas, del Banco Hipotecario Nacional.

Había allí varias topadoras y camiones de gran tonelaje, destinados a la tarea de rellenar los terrenos bajos, de los cuales habían sido sacadas las viviendas de los obreros, a quienes se iba

Hasta tanto estuvieran construídas las casas de material, los obreros ocuparían viviendas provisorias de madera, como ésta.

instalando en otras, también de madera y provisorias, que eran construídas en terrenos más altos.

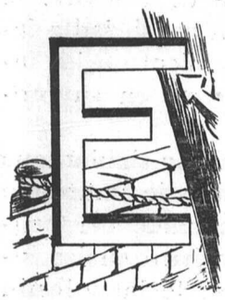
En total, el barrio, muchas de cuyas casas estaban casi terminadas, comprenderá cuatro manzanas, en las cuales se instalarán servicios de alumbrado, aguas corrientes y desagües. La firma Heller Hnos., propietaria de esos terrenos, ha vendido a sus obreros lotes de 350 metros cuadrados, a cinco pesos el metro, para que construyan casas de tres habitaciones, con baño y cocina. El costo de cada casa está calculado, según su tipo, en 45.000 y en 29.000 pesos, respectivamente. Sobre las primeras treinta casas adjudicadas, el Banco Hipotecario Nacional ha hecho préstamos a los obreros, que prácticamente quedaron convertidos en propietarios. Las restantes viviendas, ya que el barrio contará en total con 75, serán adjudicadas oportunamente, dándose preferencia a los obreros de los establecimientos que tienen allí los constructores de las casas.

Los señores Heller Hnos. están comprometidos a edificar por su cuenta la plaza del barrio —donde ya estaba colocado el mástil—, una iglesia, una sala de primeros auxilios, una maternidad, un centro cívico y un local para el funcionamiento de las oficinas de la Confederación General de Trabajadores, filial Misiones.

El gobernador del territorio, en cuya compañía realizamos esa visita, nos manifestó que se estaban tramitando operaciones similares a la realizada allí, para la construcción de barrios obreros en otras poblaciones del territorio.

El gerente de la sucursal del Banco Hipotecario, que también se encontraba presente, hizo notar que los barrios obreros sólo representaban un aspecto del plan de construcciones que auspicia y apoya la institución que él representa en Misiones, pues infinidad de casas en construcción —hecho que reiteradamente pudimos comprobar—, habían sido financiadas mediante préstamos acordados, de acuerdo con las leyes y reglamentaciones vigentes, por el Banco Hipotecario.

Según informes proporcionados por el ingeniero jefe de las construcciones, el barrio obrero "Eva Perón", de la ciudad de Posadas, quedará terminado a mediados del año próximo.



L proletariado de Misiones estaba viviendo una etapa de total reorganización, cuando llegamos al territorio. La filial de la Confederación General del Trabajo se encontraba intervenida y la Delegación del Ministerio de Trabajo y Previsión, creada poco tiempo antes, estaba organizando sus representantes en el interior.

En tales condiciones resultaba difícil establecer el número exacto de trabajadores allí radicados, pero, tanto el Delegado del Ministerio de Trabajo y Previsión, como el Interventor de la filial Misiones de la Confederación General de Trabajadores, convinieron en que, aproximadamente, el proletariado de Misiones estaría integrado por cincuenta mil personas. El Delegado de la Confederación General de Empleados de Comercio, no se encontraba en Posadas en el momento en que nosotros estudiábamos este aspecto de los problemas misioneros, y nos fué imposible conocer sus puntos de vista.

En las diversas ocasiones en que tomamos contacto con los trabajadores, pudimos comprobar que casi todos habían logrado liberarse de la influencia que, en años anteriores, ejerciera sobre ellos la prédica confusionista de dirigentes que hoy están al margen del movimiento, así como la totalidad de los secretarios de los sindicatos, a una de cuyas reuniones generales concurrimos, en compañía del gobernador del territorio. Fácil nos fué advertir que los cuadros dirigentes del movimiento obrero están perfectamente orientados y que sus integrantes tienen una noción clarísima de lo que debe ser el movimiento gremialista.

En esos momentos, estaban inscriptas en los registros de la Delegación del Ministerio de Trabajo y Previsión, 75 entidades obreras. La Confederación General del Trabajo, por su parte, en virtud del proceso de reorganización que estaba viviendo, había admitido ya la inscripción definitiva de 15 entidades y tenía en trámite la inscripción de 42 más. La F.A.T.R.E., por su parte, que es una federación en la cual se encuentran nucleados los trabajadores rurales, contaba con 14 entidades adheridas. Había, además, otros 18 gremios, que funcionaban como filiales de organismos directamente dependientes de centrales de la Capital Federal.

Bastaba ver la alegría de los trabajadores de Misiones, para comprender que se sabían respetados y estimulados en sus esfuerzos.

Cabe destacar que los conflictos entre el capital y el trabajo son pocos en Misiones, y que, en general, las nuevas leyes del trabajo son cumplidas fielmente por los patronos, sin que esto signifique que no se cometan abusos aislados, como el que pudo comprobarse en la Colonia Gobernador Roca.

En dicho lugar, en la época en que nosotros nos encontrábamos en Misiones, el Delegado del Ministerio de Trabajo y Previsión, recorriendo los yerbales de una gran propiedad, encontró a familias enteras que vivían casi a la intemperie, en el monte. Sobre este abuso fué instruído un suma-

El gobierno nacional había remitido a Misiones muchos elementos motorizados, especialmente para la nivelación de caminos y calles.

rio después de obligarse al dueño de la propiedad a facilitar alojamiento a las familias obreras, en su propia casa.

Otro abuso similar, que fué reparado de inmediato por el gobernador del territorio, se registró en las inmediaciones de la colonia Santo Pipó, donde, en ocasión de un viaje que realizamos en compañía del gobernador, encontramos a los peones de un quemadero de yerba mate, trabajando en condiciones antihigiénicas, durante jornadas que excedían a las que permiten las leyes vigentes.

La comprobación de estos hechos aislados, que en cierto modo sirven para poner de relieve el celo con que las autoridades hacen cumplir las disposiciones constitucionales que garantizan los derechos del trabajador, en poco afecta el panorama general del territorio, dentro del cual encontramos un proletariado que trabaja en condiciones ventajosas, garantizado en sus derechos, cumpliendo con honestidad sus jornadas reglamentarias y bien remunerado.

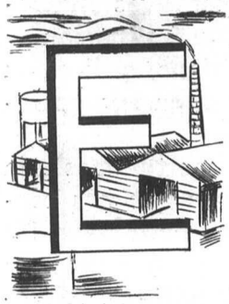
No puede hablarse del proletariado misionero sin tener en cuenta que hay allí millares de trabajadores rurales, y también industriales, que están organizados en cooperativas y que, por lo tanto, son a la vez patronos y obreros.

Estas organizaciones cooperativas de productores tienen mucha influencia en el equilibrio social que se advierte en ese territorio, y son ellas, precisamente, las que están señalando al proletariado no propietario el camino que debe seguir, y que fué claramente definido en el Plan Quinquenal, mediante el establecimiento del accionado obrero.

Como ocurre en todas partes, ciertos núcleos de trabajadores prestan sus servicios en dependencias del Estado: ya en los caminos, ya en la construcción de edificios, ya en el manejo de diversas maquinarias. A este respecto nos resultó particularmente grata la comprobación de que el trabajo con herramientas manuales, picos, palas, carretillas, etc., sólo es practicado en aquellos lugares que no admiten la aplicación de elementos mecanizados, de los cuales dispone el gobierno territorial, en calidad y en cantidad suficientes.

El Ministerio del Interior, cuya fecunda obra en pro de los territorios nacionales puede admirarse en tantos lugares, ha hecho llegar a Misiones muchos elementos mecanizados, tales como automóviles, camiones de gran tonelaje, acoplados y semirremolques, grúas, aplanadoras, jeeps, acoplados frigoríficos, tractores, etc.

Todos estos elementos, que contribuyen a humanizar los esfuerzos del proletariado, llegaron a Misiones en los últimos años, al igual que muchos grupos electrógenos, bombas centrífugas y usinas, que sirven para proporcionar la fuerza motriz que la población necesita.



ENCAMINAR los esfuerzos al logro de un justo equilibrio en la distribución de los beneficios resultantes de esos esfuerzos, parece haber sido el lema de quienes dieron forma a una de las más interesantes manifestaciones de la organización económica del territorio nacional de Misiones.

El hecho de que en aquel territorio exista un movimiento cooperativista, es generalmente conocido en el país; pero no ocurre lo propio cuando se trata de valorizar el alcance social que tiene, su importancia en el mejoramiento de las condiciones de vida de la población, y las inquietantes alternativas a que fué sometido durante su período de gestación, caracterizado por una incesante lucha contra los poderosos *trusts* que habían dominado, durante años, la economía de Misiones.

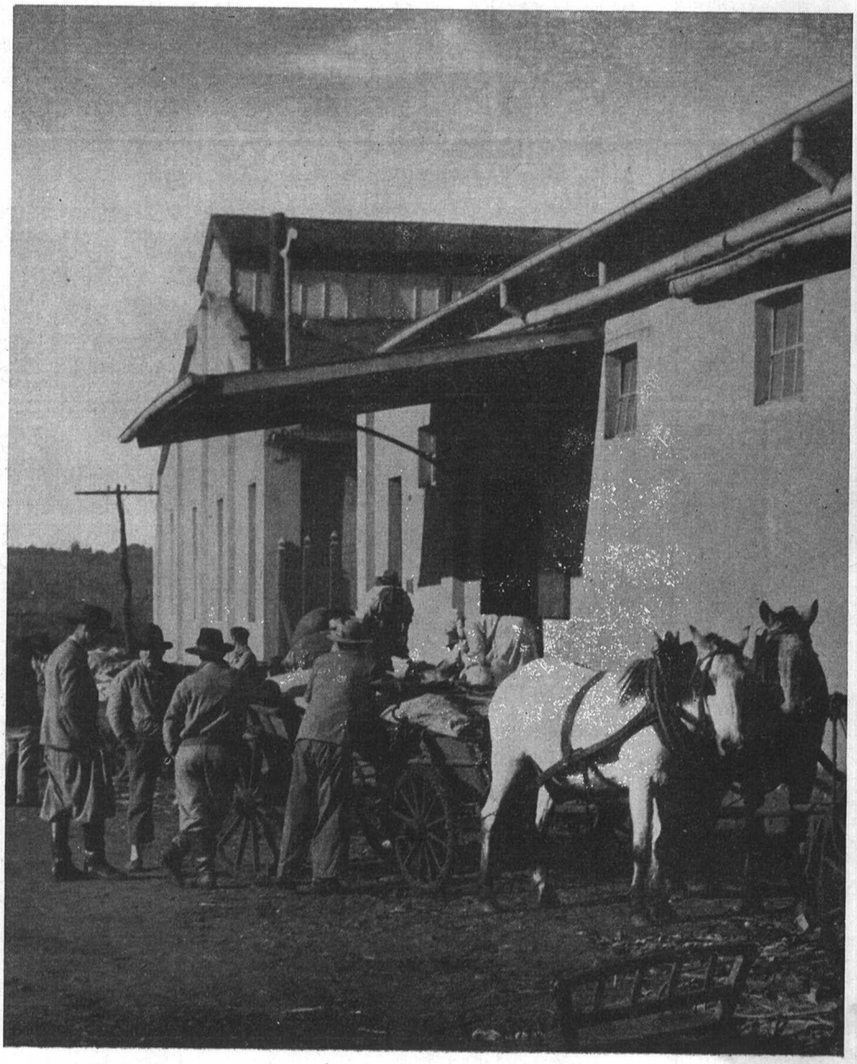
En Buenos Aires, el despacho del presidente o gerente general de una Federación de Sociedades que, como la Federación de Cooperativas de Misiones, gira anualmente un capital de más de cuarenta millones de pesos, se encuentra en un lujoso edificio, y el presidente o gerente general de ella, es un caballero pulcro que, en cierto modo, vive rodeado de boato.

En Misiones no ocurría nada de esto. El local de la Federación de Cooperativas tenía dos modestas oficinas, donde no sobraba el menor espacio, y un enorme depósito, destinado al almacenamiento temporal de los artículos producidos por los cooperativistas, y al de las mercancías destinadas al consumo de los mismos. El presidente de la entidad, señor Esteban Bonneau, estaba en el campo, trabajando en su propiedad como los demás colonos. En cuanto al gerente general, salió a recibirnos sudoroso y en mangas de camisa, pidiendo disculpas, que no necesitaba pedir, pues el suyo era el honrado aspecto de un hombre que piensa más en el trabajo que en el boato de que algunos suelen rodearse, para magnificar la importancia del cargo que desempeñan.

En virtud de que las entrevistas que debíamos mantener en Misiones eran muchas, y de que en ellas se abordaban temas muy diversos, habíamos resuelto concurrir a ellas munidos de un memorándum, en el cual constaban los puntos que podía interesarnos tratar en cada una.

En nuestra conversación con el señor Kissling, quien tuvo la gentileza de confirmar todas sus aseveraciones mostrando los documentos correspondientes, nos interesaba establecer, y establecimos, los siguientes puntos: cómo y por qué surgieron las primeras cooperativas de Misiones, y en qué fecha; qué dificultades debieron enfrentar y cómo las vencieron; cuál fué el origen de la

El cooperativismo representaba allí una verdadera conquista social y los colonos llevaban sus cosechas a las fábricas de su propiedad.



actual Federación de Cooperativas Agrícolas de Misiones Ltda.; en qué situación se encuentra; cuántos socios tiene, cuál es su capital y qué rubros abarca en sus operaciones.

De la documentación que tuvimos a la vista, y de las informaciones que nos proporcionó el señor Kissling, obtuvimos los siguientes resultados:

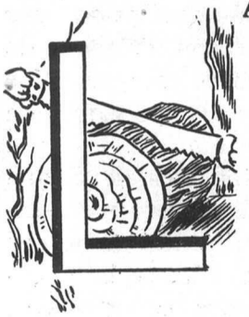
El movimiento cooperativista de Misiones fué iniciado en Colonia Liebig, en el año 1926, y tuvo por objeto la defensa de los colonos productores de yerba mate, frente a los grandes consorcios capitalistas que controlaban la comercialización de ese producto. Poco después, ese mismo movimiento cooperativista, al que se sumaron los colonos de Oberá en 1926, inició la lucha contra los *trusts* que monopolizaban la producción del tabaco. Entre los años 1930 y 1931, al ser creadas las cooperativas de Santo Pipó, Monte Carlo, Eldorado y Picada Libertad, el movimiento abarcaba ya casi todos los rubros de la producción misionera y se dedicaba a la fundación de grandes almacenes, destinados a cooperativas de consumo, que en la actualidad controlaban las más importantes actividades comerciales del territorio.

Las dificultades que debió enfrentar el movimiento cooperativista fueron múltiples: la falta de estímulo y protección oficiales; las interferencias del capitalismo; la limitada capacidad económica de los colonos, que recién empezaban a organizar sus establecimientos, y el hecho de que esos colonos procedieran de treinta países diferentes, hablasen los más diversos idiomas y tuvieran costumbres distintas.

Para vencer esas dificultades, los colonos, cuyas cooperativas pasaban de la faz agrícola a la comercial e industrial, resolvieron crear, en el año 1939, una Asociación de Cooperativas, cuyo éxito fué muy precario hasta el año 1942, fecha en que se procedió a la reorganización de la misma, cambiándole el nombre de Asociación por el de Federación. Desde entonces, al incorporarse a la entidad la poderosa cooperativa de Eldorado, fué mejorando paulatinamente la situación de la misma, hasta convertirse en una organización poderosa, cuyos integrantes controlan el desarrollo de la principal riqueza de Misiones.

A mediados del año 1950, cuando recorríamos ese territorio, la Federación de Cooperativas Agrícolas de Misiones Ltda., contaba con las siguientes entidades adheridas: Productores de Yerba Mate de San o Pipó; Cooperativas de Victoria, Eldorado, Monte Carlo, Puerto Rico, Oro Verde, Gobernador Roca, Mixta de Misiones, Oberá, Picada Libertad, Olegario V. Andrade, Cerro Azul, Colonia Liebig, Oasis, Kilómetro 199 (Ruta 14), Aristóbulo del Valle, Gobernador López, Santo Pipó Tungoil, Santo Pipó y Corpus.

El total de socios de esas cooperativas —que tendríamos oportunidad de conocer a lo largo de nuestro viaje—, alcanzaba a 8.877.



AS explotaciones forestales datan de varios lustros en Misiones, pero no ocurre lo propio con la industria maderera, que surgió como consecuencia del desarrollo de aquéllas. En lo referente a la faz más evolucionada de esta nueva industria, que consiste en la produccción de madera terciada, es muy nueva, y puede decirse que es la consecuencia de una aventura, nada sorprendente en Misiones, de la cual se ha dicho frecuentemente, quizá con mucha razón, que es tierra de aventura, donde sólo los aventureros pueden abrir rumbos luminosos. Por nuestra parte, después de haber viajado dos meses por esa región, cuya exuberancia llega a producir desconcierto, creemos firmemente que Misiones es tierra de aventuras, de valerosas y levantadas aventuras, puestas al servicio de ambiciones enormes o de afanes superiores, pero tierra de aventuras siempre, escenario propicio para los hombres fuertes, audaces, resueltos y ambiciosos.

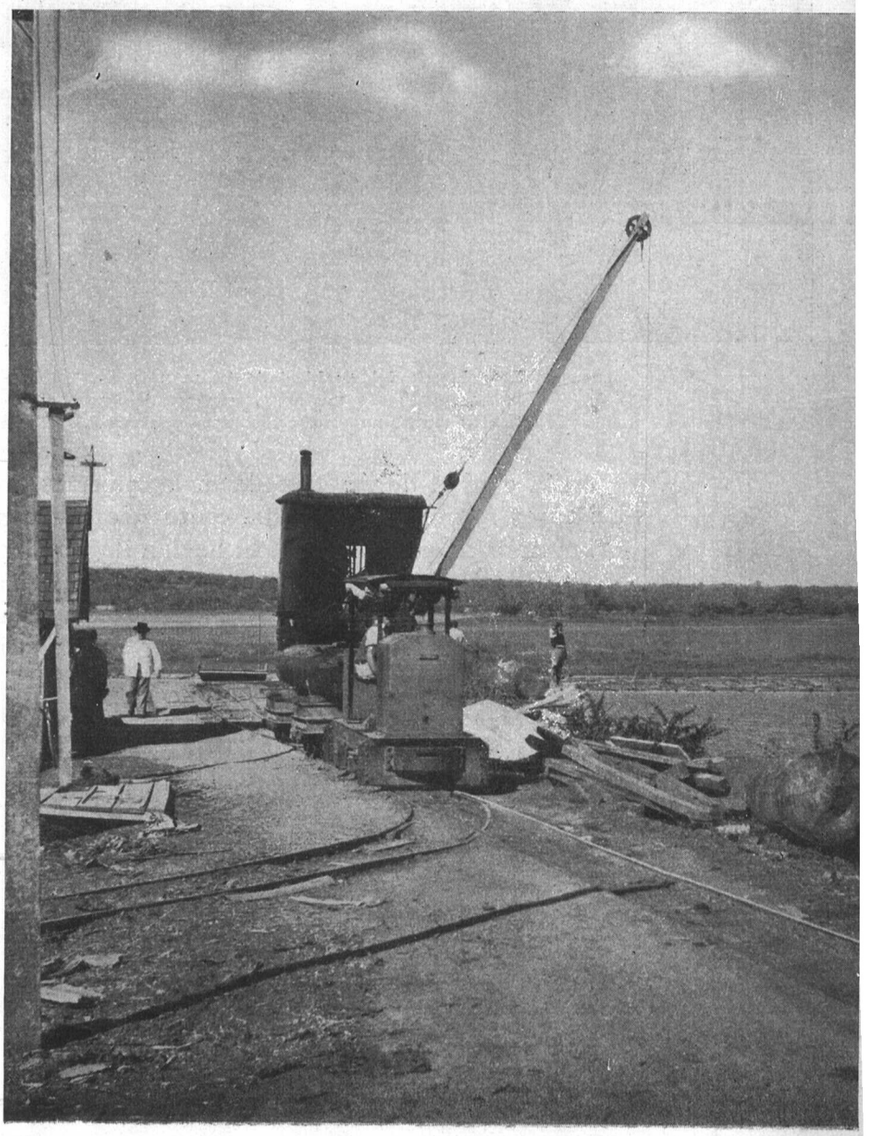
La historia de ese territorio, en verdad, es la historia de una gran aventura, y la sorprendente prosperidad que lo caracteriza es obra de aventureros que supieron vivir la más noble de las aventuras: la que permite conquistar lo que se ambiciona, mediante el ingenio, el trabajo y la constancia, puestos al servicio de una empresa cuyos ulteriores resultados pueden encerrar un ejemplo de profunda significación social.

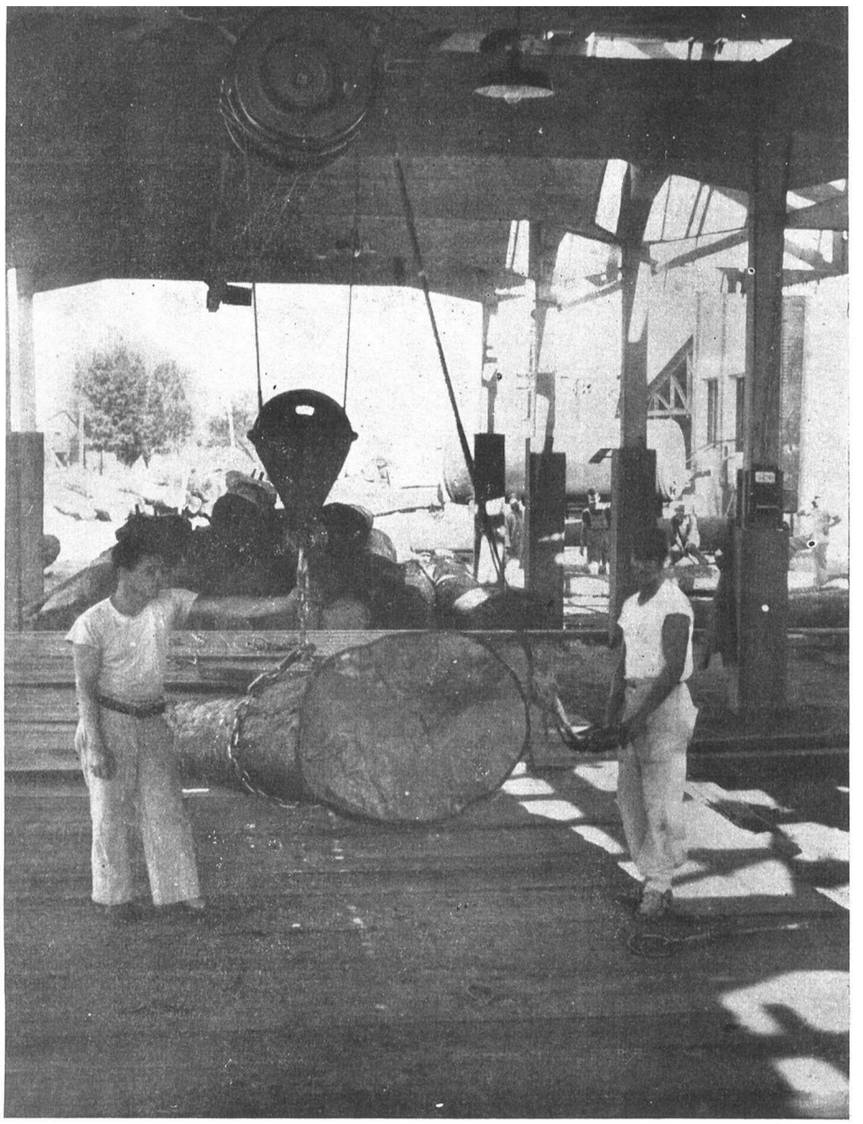
Abandonar la plácida vida hogareña que se disfruta en las grandes ciudades —como lo hicieron muchos de los actuales habitantes de Misiones—, y lanzarse hacia una selva desconocida, en cuyo corazón tendrían que abrirse paso a golpe de hacha, para levantar humildes chozas con el convencimiento de que algún día tendrían allí hermosos palacios, fué una aventura que sólo pudieron realizar hombres animosos, que, unidos a sus mujeres e hijos, se encargaron de talar la selva, de barrerla de malezas y de cultivar la tierra liberada; de abrir picadas para fundar pueblos, en los cuales levantarían grandes fábricas.

Quien aspire a ubicarse certeramente en Misiones, ha de admitirla así, como una verdadera tierra de aventuras, donde el trabajo puede convertir en realidades las más increíbles utopías, pero donde ninguna empresa de proporciones es fácil ni deja de reclamar sacrificios.

Desde que dió comienzo la maravillosa aventura de los jesuítas, hasta nuestros días, todo aquel que quiso realizar algo en Misiones, tuvo que aventurar lo que le pertenecía: su vida unas veces, su capital otras, sus más caras ilusiones casi siempre.

La empresa Heller Hermanos había desarrollado allí un gran esfuerzo, y contaban con un buen puerto propio, sobre el río Paraná.





Los obreros del establecimiento se mostraban satisfechos, y nos aseguraron que jamás habían tenido un conflicto con sus patronos.

Se aventuraron aquellos que por primera vez realizaron cultivos de yerba mate en zona de campos, y los que industrializaron ese producto en establecimientos primarios; los que iniciaron las plantaciones de citrus; aquellos que, reuniendo sus menguadas economías, enfrentaron a los *trusts* capitalistas mediante la organización de sociedades cooperativas, que hoy son dueñas de lo mejor de Misiones; los que creyeron en la posibilidad de que el tung produjera allí como en la China. Todos aquellos que, en fin, quisieron dejar un recuerdo de su paso o de su permanencia en ese territorio maravillosamente exuberante.

La industria de la madera terciada no podía escapar a ese común denominador del desarrollo económico del nordeste argentino, y nació como consecuencia de la aventura iniciada por los hermanos Heller, quienes llegaron a nuestro país un cuarto de siglo antes.

Parece ser que durante los primeros años de permanencia entre nosotros, los hermanos Heller se refugiaron en esa rara y expectante cautela que suele servir de remanso a los hombres de aventura que, sin esperarlo, han sido rudamente golpeados. Instalaron una fábrica de madera terciada en la ciudad de Avellaneda, a las puertas de la Capital Federal, y sin correr mayores riesgos fueron ampliándola lenta y orgánicamente. Adquirían madera en Misiones, o la importaban del Brasil, la hacían llegar al puerto de Buenos Aires en jangadas, y la industrializaban.

El señor Román Heller, con quien tuvimos ocasión de conversar en Buenos Aires, al regresar de Misiones, nos manifestó que él no había pensado nunca en trasladar al extremo nordeste del país la fábrica instalada en Avellaneda, y nos causó la impresión de ser un hombre cerebral y tranquilo, de esos que nunca pisan sin tener el convencimiento de que el suelo está firme.

La idea del traslado debió ser, entonces, de Kurt Heller, quien viajaba por Europa cuando nosotros lo hacíamos por Misiones. Este fué el hombre de la idea, posiblemente en virtud de que el afán de aventuras es el rasgo predominante de su personalidad. De él se refieren jugosos episodios, que por sí mismos se encargan de definirlo. Un día, encontrándose en el territorio nacional de Formosa, tuvo necesidad de trasladarse a la capital del mismo, para tomar el avión que había de conducirlo a Buenos Aires. El mecánico que revisó el automóvil le previno que el vehículo no estaba en buenas condiciones y que corría el riesgo de quedarse en el camino. Kurt Heller se encogió de hombros e inició la marcha. Por supuesto, en mitad del camino ocurrió lo que estaba previsto: se descompuso el automóvil y el hombre tuvo que continuar la jornada a caballo, sin lamentarse, y haciendo una reflexión irrebatible:

"Ahora estoy más cerca que antes." Cuando llegó a la ciudad de Formosa, el avión que debía conducirlo a Buenos Aires había partido y fué necesario esperar dos días a que llegara otro. El hombre volvió a encogerse de hombros y dijo: "Estoy más cerca de Buenos Aires que antes."

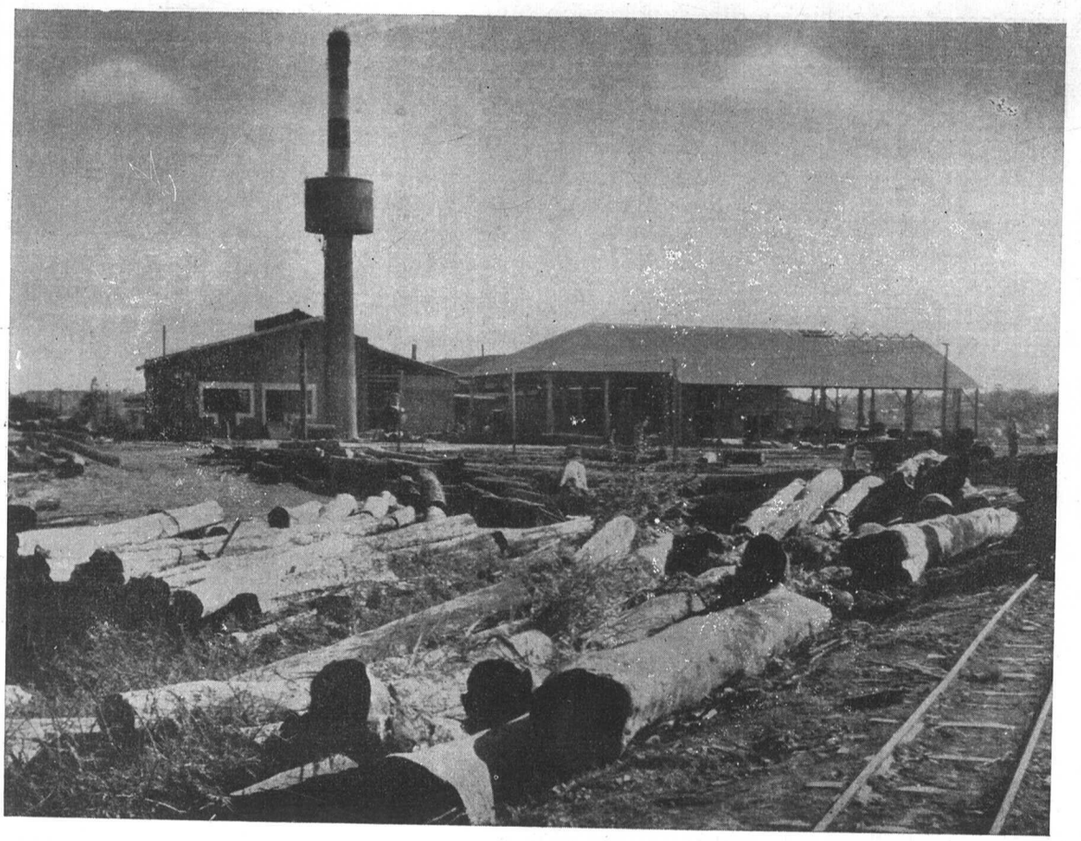
En uno de esos viajes al norte, Kurt Heller recorrió el territorio de Misiones, en busca de maderas que pudieran reemplazar al pino para la fabricación de terciado, y encontró grandes existencias de Guatambú, Guaycá y de otras maderas no valorizadas hasta entonces.

Fué quizás ése el momento en que nació la nueva aventura —una aventura, por lo demás, que teóricamente quedaba encuadrada dentro de la más perfecta lógica—. Si en Misiones había maderas no explotadas, que servían para la fabricación de terciados, ¿por qué importarla del Brasil? Y si esa madera podía ser industrializada en su lugar de producción, donde la mano de obra abundaba y era más barata que en Buenos Aires, ¿por qué no montar allí los establecimientos industriales? Claro está que tal propósito obligaría a correr riesgos, pues habría que desmontar y volver a montar una fábrica, para la cual sería necesario construir edificios. Pero las posibilidades eran muchas y la tentación grande. De todos modos, ellos calcularon que economizarían gastos por fletes de material en bruto, parte del cual quedaba después convertido en desperdicios; que podrían explotar maderas nacionales no valorizadas en el mercado; que la disponibilidad de espacio permitiría una adecuada ampliación del establecimiento, y que crearían una nueva fuente de riqueza en un territorio semivirgen.

La idea era buena y la aventura siguió a la idea, con sus consiguientes riesgos. Se trataba de paralizar la producción de la fábrica instalada en Avellaneda, desarmar las maquinarias y trasladarlas a la ciudad de Posadas, en cuyas afueras levantarían nuevos edificios, en un terreno de veinticinco hectáreas, adquirido a tal efecto.

La empresa estaba perfectamente cal-

La gran fabrica de madera terciada se encontraba cerca de Posadas, y el patio estaba cubierto por grandes troncos de árboles.



culada, en todo aquello que pudiese depender de sus iniciadores, inclusive en lo relativo al tiempo que permanecerían sin producir, durante el cual, al par que quedaban interrumpidos los ingresos, los egresos serían multiplicados. Empero, no todo dependía de ellos, y las más imprevistas dificultades surgieron desde el primer momento. El traslado de las maquinarias, por ejemplo, debía realizarse en tres meses, pero la escasez de vagones y bodegas hizo que ese plazo se elevara al doble. A raíz de tal hecho, los cálculos sobre valor del traslado y de pérdidas por interrupción del trabajo, se elevaron considerablemente, a tal extremo que hubo momentos en que toda la empresa pareció condenada al fracaso. Fué necesario proceder a una nueva financiación, y recién en el año 1944 empezaba a funcionar la fábrica, que cuando nosotros la conocimos ocupaba una superficie cubierta de dieciséis mil metros cuadrados, teniendo, además, puerto y muelle propios, con una magnífica ensenada casi totalmente cubierta por gigantescas jangadas.

Resultaba grato ver trabajar en tan lejanos lugares aquel gran establecimiento, en el que habían encontrado ocupación más de trescientos obreros, cuyos delegados sindicales nos manifestaron que jamás habían tenido un conflicto, y que estaban muy satisfechos de sus salarios y condiciones de trabajo. Todo estaba allí perfectamente ordenado y mecanizado, desde las tareas de embarque y desembarque en el puerto, hasta el enfardado de la madera terciada que allí producían. Para este proceso de industrialización, los grandes troncos de árboles que formaban las jangadas eran llevados a la playa, y cortados en rollitos de dimensiones adecuadas para sumergirlos en las piletas de ablande, donde permanecían veinticuatro horas. Cumplido ese proceso, entraban en funciones los obreros encargados de descortezar los rollitos a golpe de hacha. Luego los conducían a las máquinas laminadoras, y a partir de ese momento un proceso mecánico, cuya duración era breve, cubría varias etapas, al término de las cuales la madera terciada quedaba sólidamente prensada en grandes fardos. De todo ese proceso mecánico, resultaba particularmente interesante el que realizaba una gran máquina secadora, la única que funcionaba en esos momentos en el país.

La aventura de los Heller parecía haber terminado, ya que contaban en esos momentos con un gran establecimiento, en el que industrializaban casi dos mil troncos de árboles por mes, produciendo más de veintiocho metros cúbicos de madera terciada por día. Empero, la aventura continuaba, pues en esos momentos se daban los toques finales a nuevos planos para la ampliación del edificio, a fin de quintuplicar la producción y elevar a mil quinientos el número de obreros ocupados. Dentro de esos nuevos planes se contemplaba, también, la total renovación de las maquinarias instaladas.

Mientras nos acompañaba en la visita al establecimiento, el gerente general de la firma, señor Picallo, nos manifestó que no sería posible mantener el creciente ritmo de la industrialización de maderas, en el territorio, sin proceder a una reforestación adecuada, como la que ellos habían iniciado en los campos denominados Colonizadora Misionera, que ocupa la región llamada Alegría, en las inmediaciones de la rica y progresista colonia de Eldorado. Nos mostró fotografías de las rozados que han hecho, con la correspondiente autorización de las autoridades nacionales, y de los viveros que ya tienen listos para iniciar los trabajos, con un plan para la reforestación de las primecien hectáreas, dentro de las cuales serán plantados árboles a razón de 2.500 unidades por hectárea. La entresaca de estas plantaciones empezará al cabo de diez años, dejándose los mejores 300 árboles de cada hectárea para su desarrollo diametral, a fin de destinarlos, ulteriormente, a su industrialización en el ramo de madera terciada.

UN día antes de nuestra partida hacia el interior del territorio, fuimos invitados a pasar algunas horas frente a la costa del Paraná, para que conociésemos las viviendas ribereñas y nos entregásemos al deporte de la pesca.

Al igual que todas las casas construídas en ese lugar, la vivienda ribereña que sirvió de punto inicial a nuestro paseo, estaba edificada cuarenta o cincuenta metros detrás de la costa del río, sobre una pintoresca y exuberante barranca. Se veía desde allí la corriente del río —una verdadera alfombra de plata al ser abrillantada por los rayos solares—, y a lado y lado del río, y también a sus espaldas, frondosas arboledas que salpicaban erectas y delgadas palmeras.

Esas viviendas ribereñas, construídas con maderas del propio lugar, eran utilizadas por muchas familias de Posadas para pasar el fin de semana, y generalmente estaban a cargo de cuidadores que preparaban jardines y quintas en las inmediaciones.

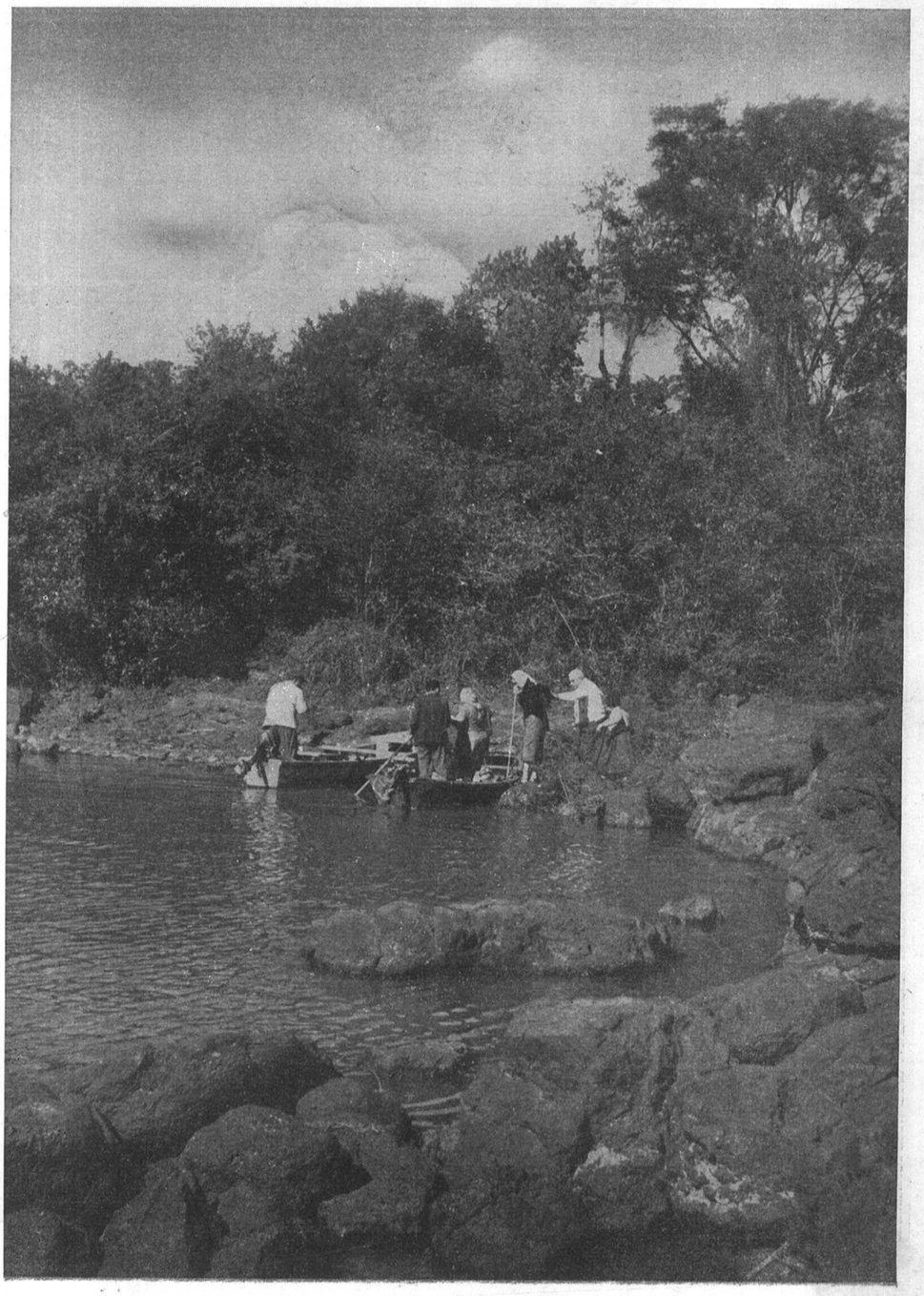
Aunque teníamos grandes deseos de ocupar una canoa y avanzar por el río, no pudimos resistir la tentación de dejar que las horas inmediatas a nuestra llegada transcurrieran mientras permanecíamos sentados a la sombra de los árboles.

Había allí un raro silencio, tan raro, que hasta se nos ocurrió pensar que aquél era un silencio poblado de leves y musicales ruidos, que en lugar de perturbarlo lo hacían aún más profundo: el murmullo del río, el trinar de los pájaros, el suave rozarse de las ramas y las hojas de los árboles, que la brisa pasaba acariciando.

Antes de embarcarnos nos esperaba aún otro momento inolvidable. El que transcurrió mientras unos criollos del lugar nos ofrecían un asado, que sirvieron a la sombra de una glorieta formada por las ramas de los árboles y las enredaderas que sobrevivían a una antigua selva.

Frente mismo a la casa, y al pie del barranco, había una curiosa ensenada, semicerrada por oscuras rocas, que afloraban de las aguas del río hasta

El deporte de la pesca resultaba doblemente atractivo, por la maravillosa sucesión del paisaje que era dable disfrutar, entretanto.



formar una "restinga", como allí le llamaban. Bajamos hasta ella, después del almuerzo, y ocupamos una canoa, dentro de la cual había muchas latas cerradas, que una vez arrojadas al río permanecían a flote, como si fuesen boyas.

Nuestros invitantes nos anticiparon que, por encontrarnos en el mes de junio, no podríamos practicar el aspecto más interesante de este deporte, que consiste en la pesca del dorado, por medio de grandes anzuelos que reciben el nombre de "cucharas". Empero, meses más tarde, durante nuestro segundo viaje a Misiones, nos fué dable pescar dorados, ya que éstos sólo se encuentran del mes de octubre en adelante.

En ocasión de la visita que hicimos a "La Restinga", practicamos un sistema de pesca que, en cierto modo, era primitivo. Pusimos la canoa en marcha, llevando en ella más de veinte latas vacías que harían las veces de boyas, y que llevaban colgando otros tantos anzuelos. Sujetamos las latas a un largo piolín, con intervalos de cuatro a cinco metros entre una y otra, y una vez en el centro del río las arrojamos al agua.

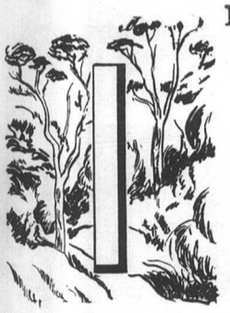
A partir de ese momento, continuamos el paseo en lancha, río arriba y río abajo, admirando una maravillosa sucesión de paisajes y llevando siempre a remolque la larga fila de latas flotantes, que eran atentamente vigiladas por el pescador que nos acompañaba.

Cada vez que una de las latas se hundía, señal de que terminaba de picar algún pez, enfilábamos la proa de la canoa hacia ella, el pescador tomaba el piolín, en las inmediaciones de otra lata, y lo alzaba. Cada una de las cuatro veces que realizamos tal operación, durante aquella tarde, sacamos un hermoso pacú, cuyo peso se aproximaba a los diez kilos.

A menos que uno sea apasionado por la pesca —y nosotros no lo somos—, la práctica de este deporte, en aguas del Alto Paraná, tiene atractivos mayores que el deporte mismo. Es tan variada la gama de colores que ofrecen los paisajes, hay tanta fuerza en la exuberante vegetación y tantas tonalidades en los juegos de luces que el sol lanza sobre ella, que los peces, los anzuelos, las boyas, todo aquello, en fin, que tanto entusiasma a los pescadores, quedaba reducido a nada para nosotros.

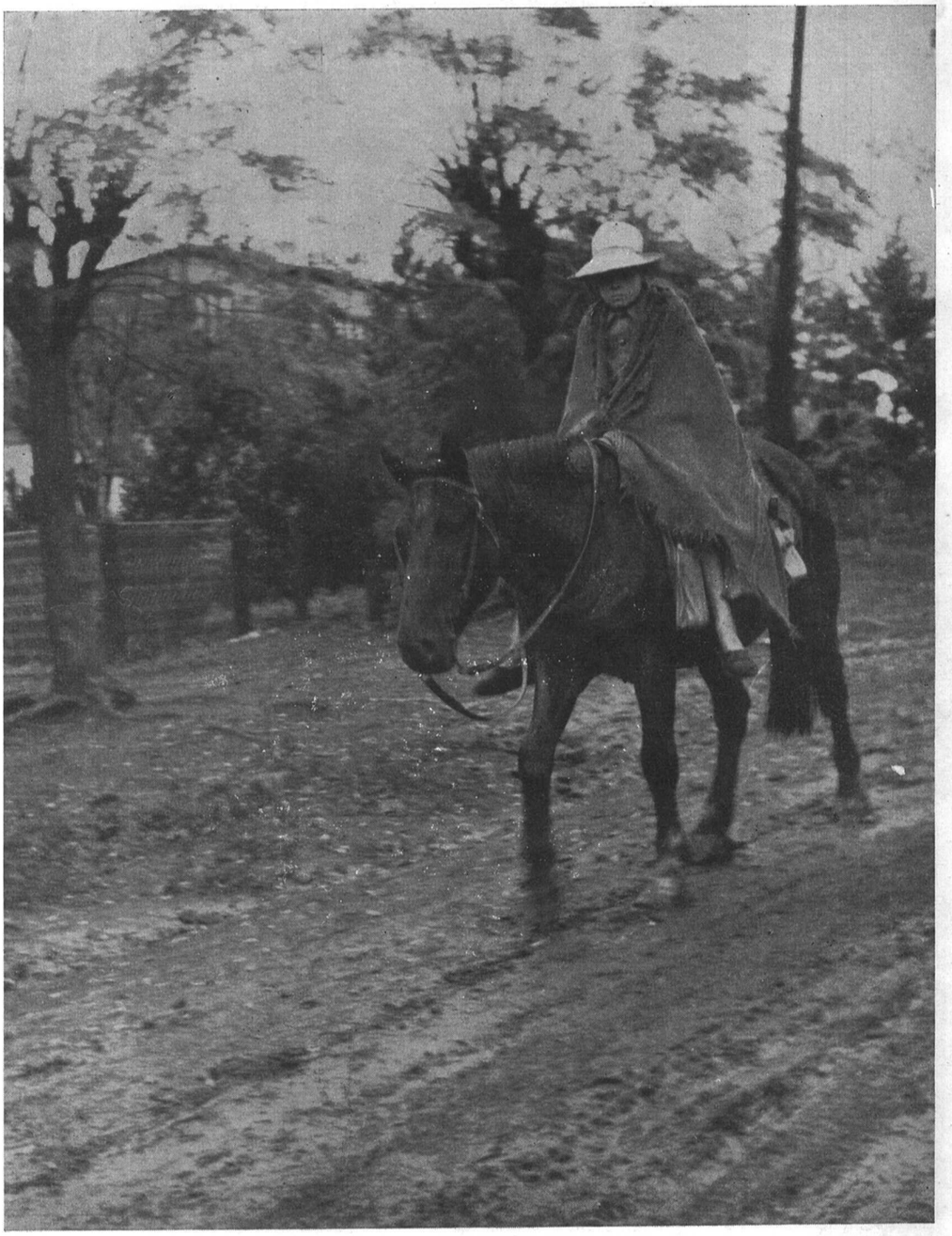
Las típicas viviendas ribereñas habían sido construídas con maderas del lugar, y estaban casi siempre sobre altas barrancas.

Recordábamos a Buenos Aires, con la vista fija en las maravillas misioneras, y no podíamos menos que pensar en la triste evidencia de que hay millares de argentinos que no conocen una de las regiones más bellas de nuestra patria, si no la más bella de todas. Entre tanto, la canoa avanzaba, como si tratase de llegar cuanto antes a un destino ignorado. Sólo se escuchaban los acompasados ruidos del motor, que se encargaban de apagar el lento susurrar de la corriente del río, mientras a lo lejos las selvosas costas se reflejaban en las aguas.



IBAMOS a salir de Posadas, para conocer Misiones, porque, según nos había dicho la gente que recorría el territorio, Misiones sólo descubre sus bellezas a quienes se lanzan doscientos kilómetros tierra adentro, partiendo de Posadas. Nosotros no podíamos ni podemos decir lo mismo. La capital de aquel territorio nos había resultado una ciudad pintoresca, acogedora, sencilla y al mismo tiempo pujante, cuyas gentes nos colmaron de atenciones, haciendo gala de la proverbial gentileza de nuestra raza criolla. Por eso, aunque nos azuzara la inquietante ansiedad de llegar a la selva, de ver los campos cubiertos de "oro verde", de aproximarnos al estruendo de las Cataratas, de admirar las ruinas dejadas por una civilización desaparecida hace centenares de años, y de transitar por los ondulantes caminos de tierra colorada, nos sentíamos dominados por cierto dejo de de tristeza al prepararnos para salir de Posadas.

Durante los meses de invierno llueve copiosamente en Misiones, pero la gente no interrumpe por ello sus trabajos de campo.



En vísperas de la partida, habíamos ido a sentarnos un rato en un banco de la plaza Nueve de Julio, para disfrutar la sombra de esos añosos árboles que tanto nos gustaba admirar, cuando se aproximó a nosotros un hombre ya entrado en años, presumiblemente nacido en Alemania y radicado en Misiones desde mucho antes, a juzgar por su pronunciación, quien nos dijo que deseaba ilustrarnos sobre determinadas peculiaridades del territorio. Había leído algunas de nuestras obras anteriores, estaba enterado de que preparábamos una nueva, que contendría las impresiones recogidas durante nuestro viaje a ese lugar, y se creía portador de informaciones interesantes. Nos invitó a tomar un café, y sin decir cómo se llamaba, ni qué ocupación tenía, empezó su disertación con estas palabras:

—Ante todo, es necesario que usted sepa que en Misiones hasta los hombres más ricos son pobres, y que

Doquier pasaba un camino surgían pueblos y colonias, cuya riqueza era la consecuencia directa del trabajo de los propios colonizadores.

hasta la gente más pobre dice que es muy rica. Recuerde siempre esto, mi amigo.

Después siguió hablando aparentemente en medio de una larga serie de trabalenguas, pero diciendo muchas cosas interesantes, y también grandes verdades.

—Es la influencia del clima —comentó el hombre aquél—. Imaginación tropical. Y es también la influencia de la tierra colorada; una consecuencia de la fuerza imaginativa y de la necesidad de actuar que el óxido de hierro contagia a los habitantes de Misiones.

Después habló de los capitalistas que habían invertido dinero en el territorio, y a este respecto dijo:

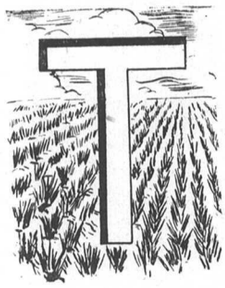
—Nadie trajo nada a Misiones. Los que tienen dinero lo hicieron aquí. Los que quieran tenerlo, en lo venidero, también tendrán que hacerlo aquí. Pero nada de capitalismo, nada de grandes fortunas personales. El capitalismo no vivirá más de dos generaciones en este territorio. Después, todo quedará en manos de las cooperativas, que cada día son más fuertes.

Le hicimos notar que la colonización privada no habría podido llevarse a cabo sin la inversión de grandes capitales, y el hombre nos interrumpió:

—Grave error. Yo vine a Misiones con los primeros colonizadores que se encargaron de civilizar las selvas que había donde hoy se encuentra la rica y progresiva zona de Eldorado. Y la historia de esa colonización es igual a todas las otras. Algunos banqueros compraron tierras fiscales, por poca plata, las fraccionaron y las vendieron, a buen precio, a familias de Europa que querían radicarse en América. Estas familias llegaron a la selva, y una vez allí, talaron árboles, levantaron casas, trabajaron la tierra y produjeron toda la riqueza que hoy tiene Misiones. No olvide usted lo que acabo de decirle, porque, si lo olvida, su trabajo no tendrá ningún valor social. Esto es lo más importante que quería decirle. Buen viaje.

Y sin permitir que le respondiéramos una sola palabra, el hombre bebió el café de un sorbo, arrojó unas monedas sobre lamesa y salió.

LA TIERRA COLORADA



TAN pronto como el viajero que llega a Misiones empieza a recorrer el territorio, advierte un cambio fundamental en el paisaje que lo rodea, al compararlo con todo lo conocido. Llama tan poderosamente su atención el raro color de la tierra, que en los primeros momentos, no queriendo admitir la nueva realidad, llega a decirse que sólo aparentemente son rojizos los reflejos que el sol hace brotar de la tierra endurecida. Se obstina en buscar explicaciones inverosímiles para el fenómeno, y hasta cree que éste se produce, por contraste, en virtud del creciente verdor de los prados y los árboles. Después, a medida que continúa avanzando, tiene que rendirse a la evidencia de que la tierra es colorada, intensamente roja en algunos lugares, levemente amarillenta en otros, y amarronada en algunos.

Si se llega por el sur, pronto puede advertirse que el rojizo terreno es ondulado. Se viaja entonces por campos desmontados, donde sólo quedan corpulentos árboles aislados, que parecen obstinarse en recordar al hombre, que antes también allí hubo frondosas selvas, y que fué el hombre quien terminó con ellas, talando y quemando, hasta no dejar en pie más que algunos titanes aislados, que en las largas siestas del subtrópico, sombrean y refrescan las casas levantadas bajo ellos.

Cuando se recorre el sur de Misiones, viajando por entre los ejemplares sobrevivientes de la vieja selva, por entre los prados que sólo pudieron existir merced a la muerte de esa selva, y por entre el permanente hundirse y levantarse del terreno, que forma mil cuchillas, se va viendo el siempre quebradizo deslizarse de la roja línea de un camino. Después, vaya por donde fuere, recorra el sur o el norte, se encuentre en los prados o se hunda en la selva, el viajero tendrá siempre ante sí picadas y caminos que parecen hilos de sangre, que unas veces lo preceden, otras parecen seguirlo y en ocasiones lo cruzan como si quisieran cortarle el paso. Al propio tiempo, y quizá como el más subyugante de los espectáculos, le tocará asistir a la titánica y permanente lucha, que se desarrolla entre la vegetación exuberante y la arcillosa tierra colorada, entre el verdor de la selva que quiere cubrir el color rojo de la tierra, y el vigor

Los caprichosos y pintorescos caminos de tierra colorada adquirían aún más fuerte colorido al ser empapados por las lluvias.

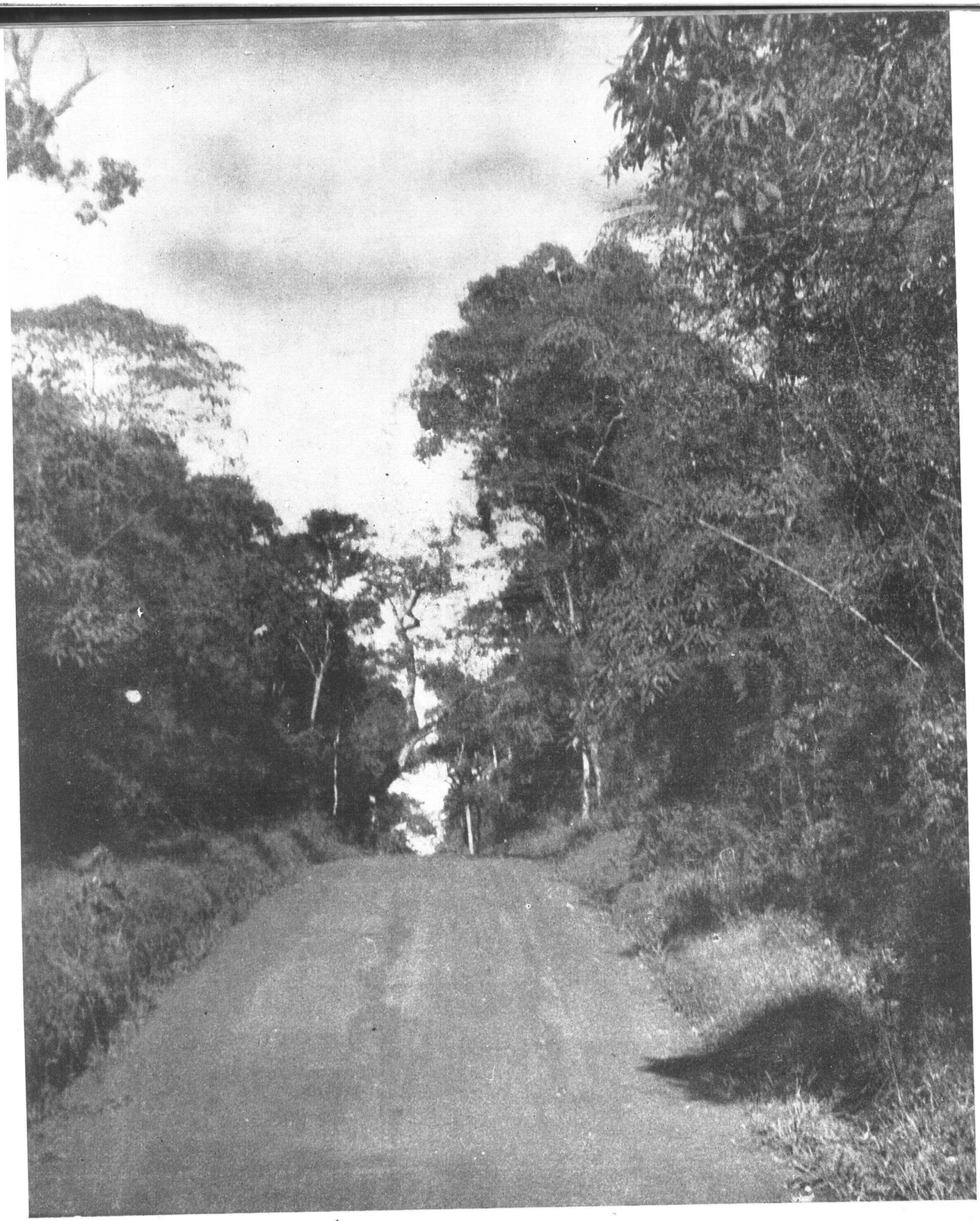
Parecía desarrollarse allí, permanentemente, una singular lucha, por el predominio del propio colorido, entre la tierra y los prados.

rojizo de la tierra que pugna por abrirse paso a través de la flora milenaria; ambas sin retroceder; ambas rechazándose siempre.

Esa obsesionante lucha se desarrolla, sin desfallecimiento y sin tregua, a través de las cuatro estaciones del año. Porque la tierra es invariablemente roja, e invariablemente verde la exuberante selva: en primavera, en verano, en otoño y en invierno.

Día por día, hora por hora, instante por instante, la selva se multiplica sin cesar, con fuerza, con furia, podría decirse que con rabia. Su desarrollo es tan frenético, que algunas especies crecen a razón de diez centímetros diarios. Por eso, tan pronto como el esfuerzo del hombre deja de hacerse presente, la selva lo invade, lo cubre, lo domina todo, imponiéndole su fuerte colorido. Parece que nada ni nadie fuera capaz de eludir la influencia de ese crecimiento selvático. Empero, algo lo enfrenta, lo desafía y algunas veces llega a doblegarlo con su vigor indómito: es la tierra colorada.

A través de las cuatro estaciones del año, y a lo largo de las horas de todos los tiempos, la tierra colorada sabe imponer su colorido a la selva. En invierno —que es época de lluvias torrenciales en Misiones—, el agua adquiere un color sanguíneo, tan pronto como cae y entra en contacto con el óxido de hierro que contiene la tierra. Y una vez así, roja, siempre roja, unas veces como sangre que oscurece al coagularse, otras veces como sangre que pierde un poco de su color natural, al ser descompuesta por la presencia de cuerpos extraños, el agua se adueña de las ciudades, de los pueblos, de los campos, de las selvas... Y entonces es dable ver por todas partes hilos de agua roja, arroyos de agua roja, torrentes de agua roja... Porque la tierra supo hacerse dueña del agua, al contagiarle su color, y el agua, sumisamente, se encarga de enrojecerlo todo, para que todo tenga el penetrante color de la madre tierra colorada.



La selva crecía con fuerza, con furia, podría decirse que con rabia; pero la tierra la inundaba con su color, en los largos caminos.

Cuando pasa el invierno y cesan las lluvias, la tierra pierde la colaboración del agua, y entonces sólo existen en Misiones hilos, arroyos y ríos de cristalinas aguas. Por un instante, sólo por un instante, la tierra colorada parece impotente frente a la exuberante selva, cuyo fuerte colorido se refleja

Pese al vigor de la selva turbulenta, la tierra colorada era siempre la expresión vital en los hermosos paisajes de Misiones.

en las corrientes de agua, en los saltos, en los rápidos y en las cascadas. Luego, casi inesperadamente, la tierra encuentra la colaboración del viento, que corre levantando rojas nubes de polvo en las ciudades, en los pueblos, en los campos, en los confines de la propia selva... Y entonces, aquel viento que parece rojo, se encarga de que nuevamente enrojezca todo: las personas, los animales, los objetos, los edificios, los campos... Parece que sólo el intenso color verde de la selva lograse luchar airosamente contra esa invasión fantasmagórica, pero en ciertos momentos también a ella puede vérsela envuelta en un halo sanguinolento, que el viento levanta, sin pausa y sin prisa, desde los ondulantes caminos de tierra colorada.

La selva se defiende, envuelta en las multicolores manifestaciones de sus grandes árboles cubiertos de flores. Trata de valerse del propio viento para sacudir el polvo con que él mismo la cubriera poco antes. Y entonces la polvorienta tierra colorada cae desde la copa de los árboles, para adueñarse de la corteza de los troncos, para penetrar en la maleza, para enrojecer los pastos bajo cuya espesura desaparece la propia tierra.

Algunas veces también llueve copiosamente en verano, y el agua, al golpear en la floresta, antes de entrar en contacto con la tierra que la enrojece, se encarga de lavar la selva, librándola temporalmente del rojo polvo con que la cubriera el viento. Luego, el propio viento vuelve a secar en pocas horas los caminos, y otra vez empieza a levantar rojas nubes de polvo.

Nada es tan típico, como expresión vital y permanente del paisaje, en Misiones como la arcillosa tierra colorada. Más permanente que las agrestes serranías, reemplazadas por suaves cuchillas en algunos lugares; más permanente que la selva, arrancada ya por la mano del hombre en muchos sitios; más permanente que los caudalosos ríos y los serpenteantes arroyos, que nadie encontrará cuando viaje por el filo de la Sierra Grande...

Desde que penetra a ese maravilloso pedazo de suelo argentino, hasta que lo abandona, el viajero tiene siempre ante sí, como evidencia innegable de que se encuentra en Misiones, a la subyugante tierra colorada. Después, cuando se aleje de allí, al evocar alguna vez a través del tiempo y la distancia toda aquella belleza, creerá volver a tener ante sí, no a las imponentes cataratas, ni a los caudalosos ríos, ni a la milenaria selva, sino tan sólo a la sencilla y generosa tierra colorada, que es madre de la selva, fuente de los ríos, esperanza de los hombres y substancia del soberbio paisaje.

IAS después de haber llegado a Misiones, partimos de la ciudad de Posadas para recorrer el territorio siguiendo, en primer término, la trayectoria de la Ruta 12, que corre casi paralelamente con el curso del Alto Paraná.

En los primeros diez kilómetros, el camino, que tenía cincuenta metros de ancho, estaba en perfectas condiciones de tránsito y contaba con sólidos puentes y alcantarillas. El tránsito era intenso, especialmente el de vehículos automotores de gran tonelaje, que llevaban hacia la capital la producción procedente del interior, y el de aquellos que, haciendo un recorrido inverso, conducían hacia los pueblos de tierra adentro los artículos llegados desde Buenos Aires.

Después de pasar el puente del arroyo Garupá, que se encuentra en las inmediaciones de la población del mismo nombre, el camino se hacía más sinuoso y angosto, aunque continuaba atravesando zona de campos. La tierra era intensamente roja, porque había llovido el día anterior y las precipitaciones pluviales acrecientan siempre el vigor de ese colorido. Los campos estaban, en general, cubiertos por pastos duros y algunos cultivos de maíz. También había grandes potreros donde pacían algunos centenares de vacunos criollos.

Al cabo de veinticinco kilómetros llegamos a la población de Candelaria, un día asiento de la máxima autoridad de las Misiones Jesuíticas, y entonces una de las contadas regiones del territorio que podía considerarse en estado decadente, porque sus tierras eran relativamente pobres, comparadas con las que había en las inmediaciones.

Cerca de Candelaria y frente a la margen izquierda del Paraná, encontramos una Colonia Penal en organización, que ocupaba el mismo sitio en que acampara el Ejército del General Belgrano, antes de cruzar aquel río en su avance hacia el Paraguay. Nos detuvimos unos momentos en la Colonia Penal, donde el número de recluídos era muy limitado, y continuamos hacia el establecimiento Santa Cecilia, donde estaban haciendo ensayos de cultivos intensivos que nos interesaban.

El que entonces era denominado "Establecimiento Ganadero Santa Cecilia", propiedad de la firma Werner Hnos, había sido hasta poco tiempo antes un establecimiento yerbatero que llevaba el nombre de "Puerto Gramajo".

Aunque la producción de yerba canchada de Santa Cecilia era de 370.000 kilos por cosecha, cada vez que quisimos darle el nombre de

Aunque los dueños del establecimiento le llamaban "estancia", había allí un moderno y amplio secadero de yerba mate.

establecimiento yerbatero, los actuales propietarios corrigieron nuestra expresión, insistiendo en que se trataba de una estancia.

—Nosotros creemos —comentó el señor Werner, insistiendo en la denominación de su propiedad—, que Misiones puede y debe desarrollar una ganadería propia. No ignoramos que, en general, los pastos son duros; pero, ¿por qué no hemos de conseguir pastos blandos, mediante cultivos especiales? También estamos enterados de que algunos animales de raza difícilmente se aclimatan en este territorio, y es por eso que procedemos a una mestización adecuada. Queremos que ésta sea una estancia, y la estamos organizando para que lo sea.

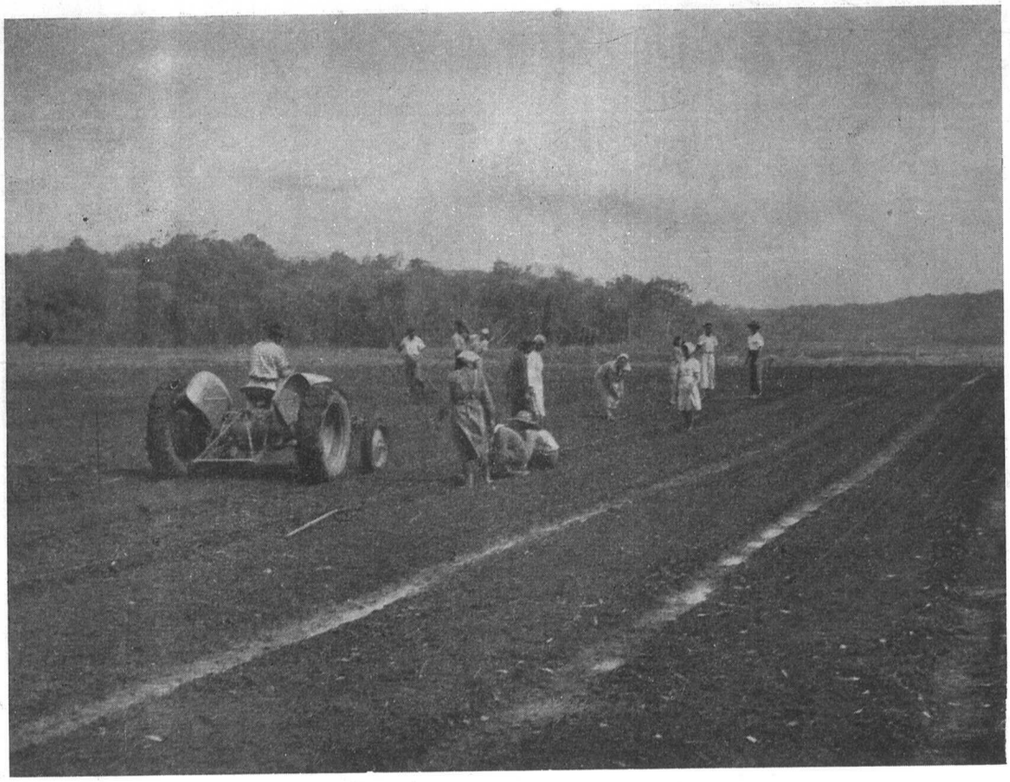
La estancia Santa Cecilia —vamos a llamarla así— tenía una extensión total de 12.200 hectáreas, distribuídas en la siguiente forma: con bosques de reserva, 2.000 hectáreas; destinadas a la ganadería, con 3.000 cabezas de ganado vacuno y 2.500 de equino, como planteles básicos, 8.000 hectáreas; con plantaciones de yerba mate, 400 hectáreas; para cultivo de hortalizas y quintas en organización, 800 hectáreas; con viveros y plantaciones parciales de vid, caña de azúcar, mandioca, soja y árboles frutales, 2.000 hectáreas.

Nuestra visita al establecimiento se inició tras una breve permanencia en la residencia particular, donde encontramos todo el confort que puede disfrutarse en las grandes ciudades. Después fuimos al puerto, que estaba a veintisiete kilómetros aguas arriba de la ciudad de Posadas, por el Paraná.

Preguntamos al señor Werner, quien en esos momentos se disponía a despachar su cosecha de yerba canchada, si la bajante del río no perjudicaría los embarques, y nos respondió que no, porque el puerto del establecimiento tenía ocho pies de calado, como mínimo, durante las bajantes. Nos hizo notar, al propio tiempo, que la propiedad se encontraba casi completamente rodeada por cuatro grandes corrientes de agua: el río Paraná y los arroyos Garupá, San Juan y Claudino.

Una vez recorrido el puerto, nos dirigimos a los laboratorios, situados en las inmediaciones de la residencia particular. Allí estaban haciendo análisis de tierras y piedras, y al propio tiempo se ocupaban en la preparación de extractos de frutas cítricas y hierbas. Según se nos informó, pocos días después iban a proceder a la instalación de una planta completa para la extracción de esencias de limón, naranja, cedrón, menta y otros productos. En el depósito, que se encontraba junto al laboratorio, vimos grandes cantidades de semillas de soja y caña de azúcar.

El esfuerzo más ponderable estaba representado por la desecación de grandes extensiones de pantanos, que estaban convertidos en quintas.



Detrás de esos edificios estaba un gran secadero mecánico de yerba mate, paralizado en esos momentos porque la tarea había llegado a su término. De la magnitud del edificio puede dar idea la fotografía que apa-

Para que las plantaciones se mantuviesen libres de yuyos, tenían allí primitivos arados que eran tirados por yuntas de bueyes.

rece en la página 79. Frente al *barbacuá,* y separado de él por un gran patio, vimos una maquinaria completa para la fabricación de centrifugados de hormigón, muy necesarios en el territorio. El señor Werner nos manifestó que esa maquinaria no estaba en movimiento, porque pensaban trasladarla a la ciudad de Posadas, donde quedaría instalada.

Después nos fué dable ver un esfuerzo realmente ponderable. Se trataba de las obras de relleno de una extensión de ochocientas hectáreas de tierra, que se encontraban cerca del Paraná, y que frecuentemente eran convertidas en pantanos por las crecientes de ese río. Aun estaban trabajando allí muchos hombres, con topadoras, tractores y camiones, pero buena parte del terreno se encontraba rellenada y cultivada. Confesamos que nunca habíamos visto una quinta tan grande, dentro de la cual una sola clase de hortaliza, la cebolla, brotaba parejamente en una extensión de treinta hectáreas. Preguntamos qué pensaban hacer con tanta cantidad de verduras, pues nos pareció que en aquellos lugares no encontrarían consumidores suficientes.

—Estos trabajos —nos respondieron— han contado con el estímulo y aun con la cooperación del gobierno, y nuestra quinta debe contribuir a la solución del problema alimenticio de la ciudad de Posadas. Creemos que antes de un año estaremos en condiciones de producir todas las verduras necesarias al consumo de la capital del territorio, y que ya no será necesario importarlas del Paraguay.

Al salir de la quinta rumbo a los yerbales, cruzamos una extensión de siete hectáreas totalmente cubiertas con limoneros. Las plantas estaban cargadas de hermosos frutos maduros, cuyo tamaño era realmente increíble, pues algunos limones pesaban casi medio kilo, y sin que vaya en ello la menor exageración, eran más grandes que los pomelos.

Los dueños del establecimiento sonreían al ver nuestra sorpresa, y repetían con insistencia que la tierra de Misiones lo produce todo, y que todo lo que produce es lo mejor que puede encontrarse, en cantidad y en calidad, en cualquier parte.

Luego marchamos hacia los yerbales, cuyos árboles habían sido despojados poco

La residencia particular era amplia, y en ella podía encontrarse todo el confort de que se disfruta en las grandes ciudades.

antes de las hojas. Así, con sus ramas vacías y erectas. como si todos aquellos árboles se hubieran unido para remedar lo que podrían haber mostrado millares de muñones elevados al cielo, los yerbales daban la impresión de un mundo desolado. Era como si en ese claro de cuatrocientas hectáreas, rodeado por frondosa vegetación, se hubiese detenido una gigantesca manga de langosta, para devorarlo todo.

Volvieron a sonreír los propietarios, al escucharnos, y nos aseguraron que pocas semanas después los árboles estarían cubiertos de verdes hojas, y que aquello, que entonces parecía un mundo desolado, quedaría convertido en un vergel, donde todo sería color verde.

La visita iba a llegar a su término con el recorrido de los campos destinados a la ganadería, los más extensos del establecimiento. Con tal propósito salimos del lugar donde se levantaban los edificios centrales, y siguiendo la Ruta 12 avanzamos algo más de diez kilómetros, hasta detenernos frente a un grupo de edificios, a cuya entrada podía leerse un letrero que decía: "Establecimiento Sol de Mayo".

Se nos explicó que dicho establecimiento era un anexo de la estancia Santa Cecilia, y que allí se efectuaba la crianza intensiva de ganado caballar y mular.

Tuvimos oportunidad de ver varios reproductores, entre ellos soberbios burros oscuros importados, que ya estaban prestando servicios.

Los señores Werner se mostraban muy entusiasmados con las explotaciones ganaderas, y calculaban obtener anualmente un promedio de mil mulas, que venderían allí mismo.

Como también habían adquirido ejemplares de pedigré para la reproducción del ganado vacuno, les preguntamos si entre sus experimentos no entraba el de proceder al cruzamiento de vacas criollas con el cebú importado del Brasil.

Nos respondieron que habían hecho algunos ensayos, y que no creían ni en la necesidad ni en la conveniencia de desmejorar la calidad del ganado de Misiones, con esos cruzamientos.

De regreso a los edificios centrales, pasamos por la pequeña escuela primaria, donde se instruían los hijos de los trabajadores del establecimiento, pero poco pudimos ver allí, porque nuestro paso se registró cuando ya habían terminado las clases.

Refiriéndose al problema educacional del territorio, el señor Werner nos dijo que las escuelas primarias del campo deberían funcionar como establecimientos anexos a escuelas destinadas a la educación práctica de los jóvenes, en todo aquello que se relacionase con las actividades agrícola-ganaderas. Agregó que si fuese posible la fundación de un establecimiento de esa naturaleza, dentro de Santa Cecilia, o en las inmediaciones, tendría mucho gusto en donar el terreno necesario.

Poco después dimos término a la visita, para continuar viaje hacia el interior de Misiones, alentados por lo que nos había sido dable ver durante el primer alto realizado en esa etapa.

A partir de aquel momento, y siempre en forma progresiva, iríamos comprendiendo que Misiones, además de tierra de promisión y aventura, es tierra de trabajo.

DESDE la estancia Santa Cecilia, hasta la población de San Ignacio, que marcaría el término de la primera etapa de nuestro viaje, teníamos que recorrer poco más de treinta y cinco kilómetros.

En esa parte del camino, que entonces cruzaba por la zona de campos, había grandes extensiones cubiertas de piedra rica en metales. En las cunetas, por donde había corrido el día anterior el agua de la lluvia, era dable apreciar infinidad de pequeñas láminas de hierro y minúsculas fracciones de cinc metalizado. Según análisis que tuvimos a la vista en algunos laboratorios particulares, las piedras más oscuras que abundan entre las localidades de Candelaria y Santa Ana, contenían elevado porcentaje de manganeso.

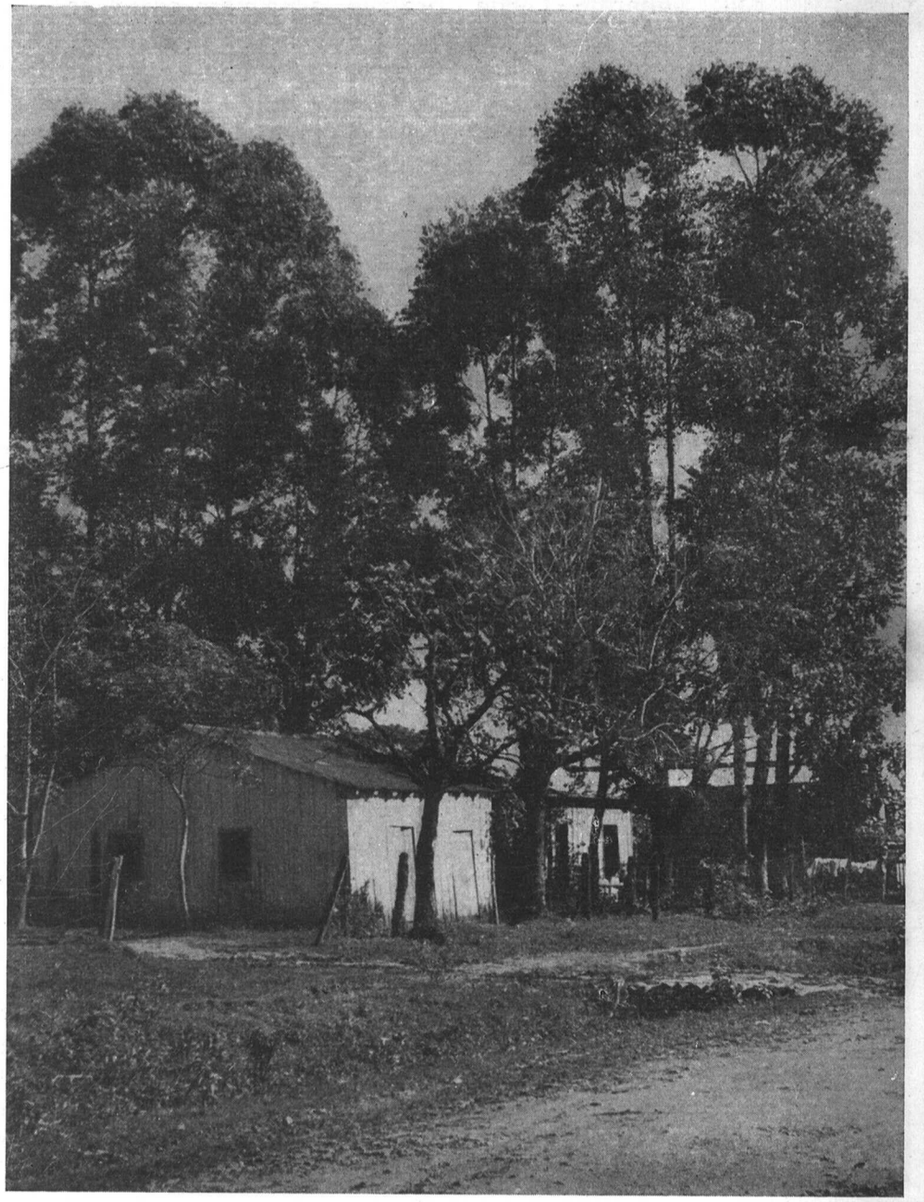
La vegetación no era exuberante en aquellos lugares, pero ya empezaba a insinuarse la selva, que poco después saldría a nuestro paso.

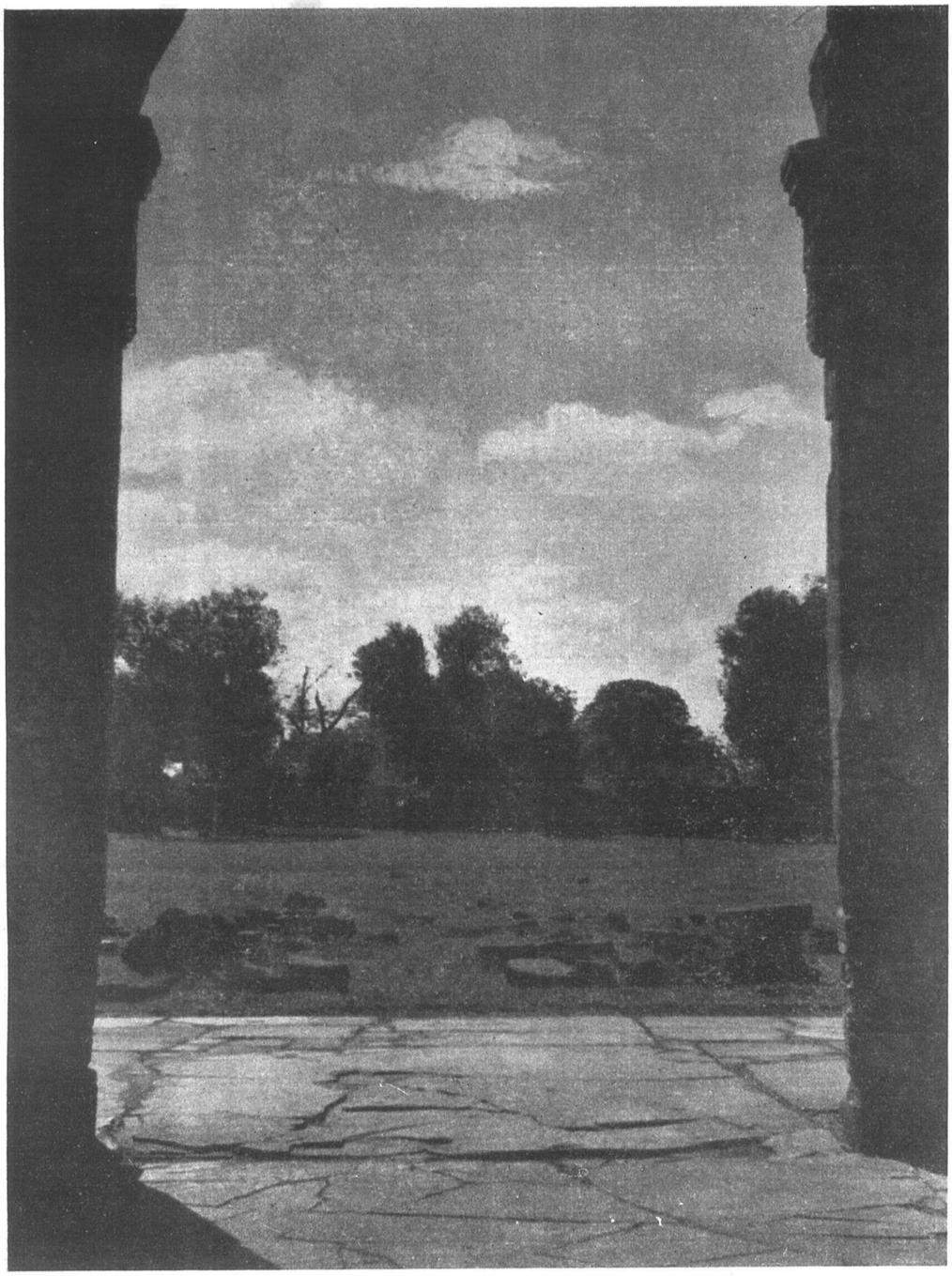
La población de Santa Ana, que fué la primera que encontramos, estaba situada sobre una hermosa meseta desprovista de árboles, y desde ella partía la ruta 106, que penetraba hacia la Sierra del Imán, donde, al entroncar con picadas y rutas complementarias, ponía en contacto a las poblaciones y colonias de esa rica e importante zona.

La antigua Reducción Jesuítica de Santa Ana, fundada en 1633 y trasladada cuatro años más tarde a la colina donde aún se encuentran sus ruinas, fué escenario de las persecuciones que el dictador Francia llevara a cabo contra el sabio Bonpland, a quien mandó arrestar y engrillar porque trataba de impulsar el desarrollo de las plantaciones de yerba mate en Santa Ana. La colonia que encontramos allí había sido mesurada en 1883, representando hasta 1889 el único gran centro de explotación yerbatera. Desgraciadamente, esas explotaciones fueron hechas en condiciones primarias, y en pocos años exterminaron los yerbales de Campo Grande, que entonces eran los más importantes del territorio. Los yerbales que nosotros encontramos habían sido replantados, de viveros, y representaban la principal riqueza del lugar, juntamente con la producción de tabaco, mandioca, maíz y porotos.

De Santa Ana hacia el noreste, cuando continuamos viaje, el terreno empezaba a mostrarse cubierto de vegetación, y había ya

Tan pronto como iniciamos el viaje por la Ruta 12, empezamos a encontrar viviendas campesinas que sombreaban frondosos árboles.





Desde el fondo de las celdas y a través de los claros que existían donde antes hubiera puertas, podía verse el espacio correspondiente a la plaza.

Guayra, huyendo de los mamelucos de San Pablo, bajo cuyo azote quedaran convertidas en escombros las poblaciones levantadas por los Jesuítas en el territorio que hoy corresponde a la República del Brasil.

Bien valía la pena evocar las austeras figuras de esos sacerdotes, porque antes de que les fuese posible levantar los monumentales edificios que entonces contemplábamos convertidos en ruinas, habían tenido que vivir una tremenda aventura, con perfiles de odisea.

Había entonces en el Guayra, además de todas las construcciones por los jesuítas levantadas, doce mil indios convertidos, que corrían el riesgo de ser apresados y exterminados por los mamelucos, si no los sacaban urgentemente.

En tales circunstancias, los misioneros de la Compañía de Jesús debieron elegir entre huir solos y rápidamente, sin correr riesgos, o hacerlo juntamente con los aborígenes, exponiéndose a los peligros que representaba el descender por las aguas del Paraná, en precarias embarcaciones, acompañados por doce mil seres aterrorizados, a quienes tendrían que proporcionar medios de transporte, alimentación y medicamentos, ya que el estado de salud de la mayoría de ellos era deplorable.

Valerosa y cristianamente, los jesuítas resolvieron correr todos los riesgos, antes que abandonar a los nativos, y se dieron a la tarea de preparar la expedición, mientras los mamelucos continuaban atacándolos. A tal efecto, dirigieron la construcción de setecientas grandes balsas, con árboles del lugar que los indios se encargaron de cortar y unir sólidamente, para que soportaran el peso de la numerosa caravana.

Una vez construídas las setecientas balsas, a las que agregaron muchas canoas, se procedió al aprovisionamiento de las mismas, fueron cargados los vasos y ornamentos sagrados, y cada familia llevó los bienes transportables de su propiedad.

La navegación del Alto Paraná, por las balsas y canoas que conducían aquella multitud, fué difícil desde los primeros momentos y se tornó angustiosa al llegar a los

El altar mayor, del cual sólo quedaban las paredes, estaba protegido por una empalizada de madera, obtenida de los árboles de ese lugar.

saltos del Guayra, cuyos remolinos y despeñaderos impedían el paso de las embarcaciones en una extensión de 25 kilómetros.

Apremiados como se encontraban por la necesidad de llegar a su punto de destino antes de que se agotaran las provisiones, el padre Antonio Ruiz de Montoya, jefe de la expedición, intentó el cruce de los saltos del Guayra, pero tuvo que desistir, después de haber perdido trescientas balsas.

A partir de ese momento la situación se tornó aún más angustiosa, pues los expedicionarios debieron continuar por tierra, abriendo picadas en la selva, vadeando ríos, salvando pantanos y cargando con toda la impedimenta.

Cuando por fin volvieron a encontrarse frente al curso navegable del Paraná, tuvieron que hacer alto para reponer las balsas, volvieron a cargar los enseres y víveres en ellas, las ocuparon y siguieron navegando hasta las inmediaciones del arroyo Yabebiry, donde, después de desembarcar,improvisaron un gran campamento.

Allí les esperaban nuevos padecimientos, quizá mayores que los ya soportados, pues aquellas doce mil personas desfallecientes y faltas de alimentos, alojadas en un campamento dentro del cual no podían reinar adecuadas condiciones de higiene, fueron presas de una terrible peste, que causó millares de víctimas.

Durante varios meses los jesuítas lucharon valientemente contra la epidemia, cuyas funestas consecuencias lograron neutralizar a mediados del año 1632, después de varios meses de cruentas vicisitudes.

En virtud de que el paraje donde habían acampado no era el más propicio para la radicación definitiva de las familias que los acompañaban, los misioneros avanzaron hasta el lugar en que nosotros encontramos las famosas ruinas, y allí fundaron el pueblo de San Ignacio-Miní.

A más de tres siglos de aquel acontecimiento, nos fué imposible dejar de evocar esa odisea al contemplar las centenarias ruinas. Ellos, los misioneros de la Compañía de Jesús, habían llegado hasta ese lugar, atravesando la selva virgen, para levantar

En el patio del colegio se conservan muchas reliquias arquitectónicas, entre ellas una larga balaustrada construída con piedras.

un reducto civilizador donde imperó la caridad cristiana. Lucharon contra la voracidad y la barbarie de los encomendaderos; acallaron las amenazas y vencieron la desconfianza de los nativos; predicaron la doctrina de Cristo; levantaron pueblos e instalaron imprentas; limpiaron la selva para cultivarla e instalaron prósperas industrias. Civilizaron incesantemente, con fe, con amor, y un buen día del año 1776, por una razón cualquiera, muy difícil de justificar, en todo caso, los arrojaron de allí, sin pensar que el alejamiento de ellos significaba la ruina para las progresistas poblaciones fundadas en Misiones, como ocurrió, porque a partir de entonces, faltos del consejo y de la protección de los jesuítas, los aborígenes huyeron a la selva para evitar la esclavitud a que iban a someterlos los viejos encomenderos. Y mientras ellos huían, la selva se encargaba de invadir lo que antes fuera tierra trabajada, penetrando después a los pueblos, templos y casas. La destrucción había sido permanente y progresiva durante más de un siglo y medio, hasta que, hace algunos años, el gobierno intervino, mandando apuntalar y limpiar las ruinas, para evitar que desaparecieran definitivamente.

Las ruinas de San Ignacio ya no están, como suele vérselas en viejas estampas, ocultas entre una maleza exuberante y como estranguladas por corpulentos árboles. Nosotros las encontramos limpias y bien apuntaladas, destacando la fachada principal del templo, imponente mole de granito tallado, que resistía airosamente la acción del tiempo.

Las ruinas estaban situadas en una amplia elevación del terreno encerrado por los arroyos San Ignacio y Yabebiry, y el paisaje que desde allí podía admirarse resultaba impresionante. La Sierra Grande, o Sierra de Misiones, enmarcaba el horizonte, muy lejos, hacia el este y nordeste; al sud se tendía el hermoso valle del Yabebiry, juntamente con los picachos de Teyucuaré y las colinas de Loreto, que descendían

hacia la costa del Paraná; por fin, al nordeste quedaba el valle de Corpus, tras el cual podían verse las tupidas selvas paraguayas.

Dentro del perímetro que ocupaban las ruinas, el paisaje era cálido, pues aunque aquéllas, libres ya de malezas, ofrecían perfiles recios, los árboles que se elevaban en torno a ellas las animaba con su verdor intenso, mientras los pájaros dejaban escuchar sus trinos y revoloteaban de los árboles a las ruinas y viceversa.

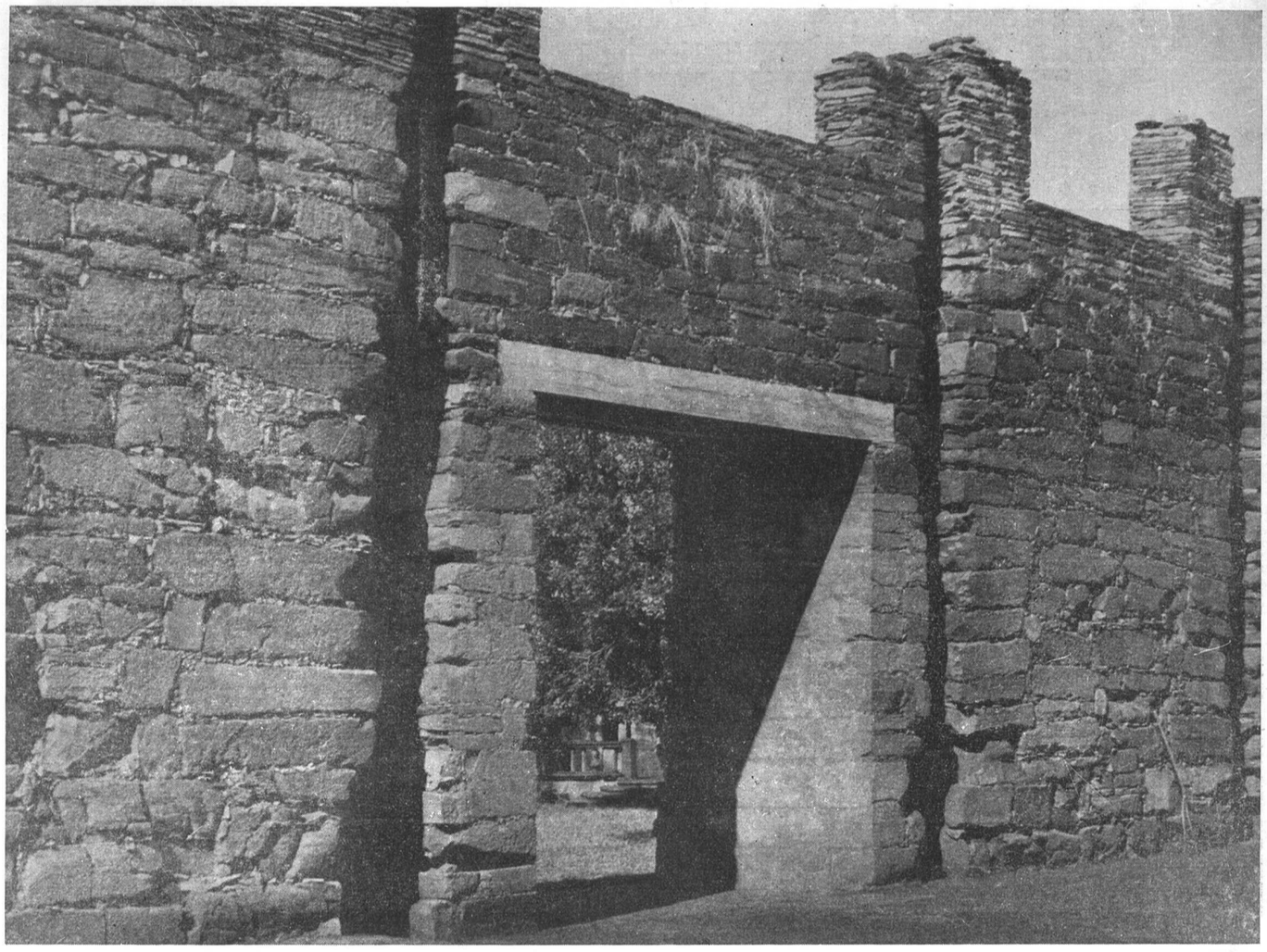
Desde que penetramos al histórico lugar, siguiendo una amplia avenida que bordeaban añosos árboles, empezamos a encontrar vestigios de lo que debió ser aquello en su tiempo. Había allí grandes piedras, labradas con arte poco común, que permanecían intactas, desafiando la acción del tiempo y la furia de los elementos.

El patio del Colegio, la edificación más suntuosa después de la correspondiente a la entrada principal del Templo, había sido parcialmente reconstruído, al igual que la balaustrada y las puertas de las celdas. El interior del Templo, en cuyos altos muros volvían a crecer grandes plantas, estaba totalmente despejado, desde la entrada hasta el Altar Mayor, que protegía una verja de madera.

Entre los lugares que podían dar mejor idea de la belleza arquitectónica que debieron tener aquellas construcciones, se encontraba la puerta principal del Colegio y la de la Iglesia, así como la de entrada al jardín.

El pueblo de San Ignacio-Miní, conocido entonces con el nombre de Ruinas de San Ignacio, había sido edificado en el centro de una espesa selva, en un terreno desmontado cuya extensión aproximada era de

Los dinteles de las puertas habían sido construídos con madera de urunday y resistían airosamente la acción del tiempo, a través de los siglos.



mil metros de sur a norte, y quinientos de este a oeste.

El centro de la Reducción estaba ocupado por una plaza sin bosque, que abarcaba cuatro hectáreas, y frente a ella había un gran block de construcciones, cuyo centro ocupaba la Iglesia, y a cuyos fondos estaba el estanque, de donde partía un gran conducto subterráneo, con salida al camino que unía a San Ignacio con Corpus. A la izquierda de la Iglesia, estaba el cementerio, y detrás de él, separado por una calle, el hospital y el asilo. El Colegio ocupaba la derecha de la Iglesia, y tenía a sus espaldas una gran huerta, cuya superficie se aproximaba a 12 hectáreas.

El P. Hernández, en sus descripciones de San Ignacio-Miní, dice, después de referirse al block de edificación destinado a Iglesia, Colegio, etc., que en los otros tres costados de la plaza había casas para habitación de los nativos, y que esas casas formaban manzanas de una cuadra de frente, con fácil acceso a las calles centrales que conducían a la Iglesia.

Cada manzana comprendía seis o siete casas, casi siempre construídas de adobe y piedra, con amplios corredores y rodeadas por huertas.

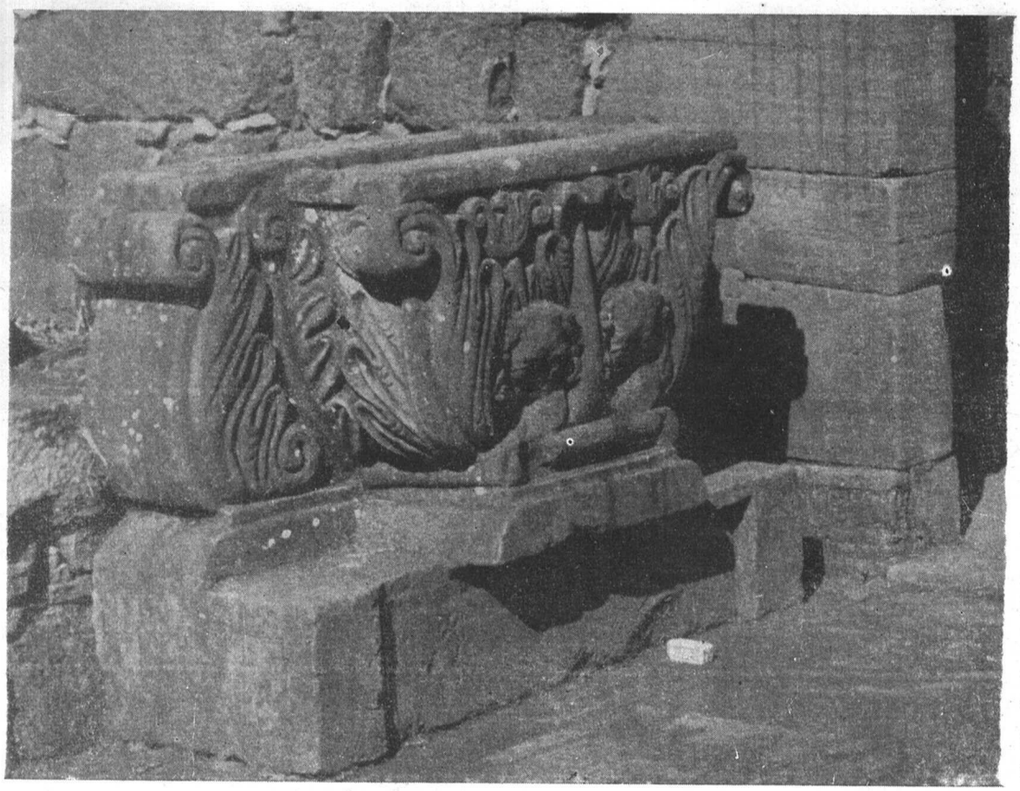
Esas casas habían desaparecido casi totalmente cuando visitamos San Ignacio, pero en diversos lugares podían verse columnas de piedra, aisladas de toda edificación.

Una de esas columnas de piedra llamaba poderosamente la atención, por el hecho de encontrarse semioculta en el tronco de un gran árbol, que había nacido debajo de ella. Ese era, según el decir de la gente, "el árbol del corazón de piedra".

Mientras visitábamos las celdas, cuyas puertas daban al patio del Colegio, los cuidadores de las ruinas trataban de ilustrarnos sobre la vida que habían llevado allí los misioneros. Ocurría, empero, que, al igual que todo cicerone, acertaban pocas veces y exageraban las más.

Respecto de la forma en que vivieron los misioneros, se conservan documentos de autenticidad indudable, entre ellos los que corresponden al P. Cardiel, publicados en su obra *Declaración de la Verdad*.

Refiere dicho sacerdote que los misioneros se levantaban a las cuatro de la mañana al toque de campana, que un cuarto de hora después se escuchaba la señal del *Angelus* para el pueblo, y que al cabo de otro cuarto de hora daban comienzo a sus oraciones mentales. Llegadas las cinco y cuarto, el portero abría la puerta a los sacristanes y cocineros. A las cinco y media, mientras la campana de la casa de los misioneros anunciaba el término de las oraciones de éstos, la campana de la torre daba la señal de misa para el pueblo. Al término de la misa se administraba el viático y la extremaunción, a quienes lo necesitaran, y en el caso de que se hubiesen producido fallecimientos, se procedía a sepultar los cadáveres. Pasadas las horas canó



Grandes piedras labradas parecían recordar al viajero que allí, en plena selva, había existido una civilización, hacía varios siglos.

nicas, los misioneros escuchaban las confesiones de los fieles, hasta que, a las diez y cuarto, tocaban a examen de conciencia. Seguía después la comida y, por fin, el *quiete.*

Transcurridas las horas del *quiete,* la campana de la torre tocaba a vísperas, a las dos de la tarde. A las cinco, después del catecismo de los niños, se rezaba el rosario en la Iglesia, para terminar con un acto de contrición y el *bendito cantado.*

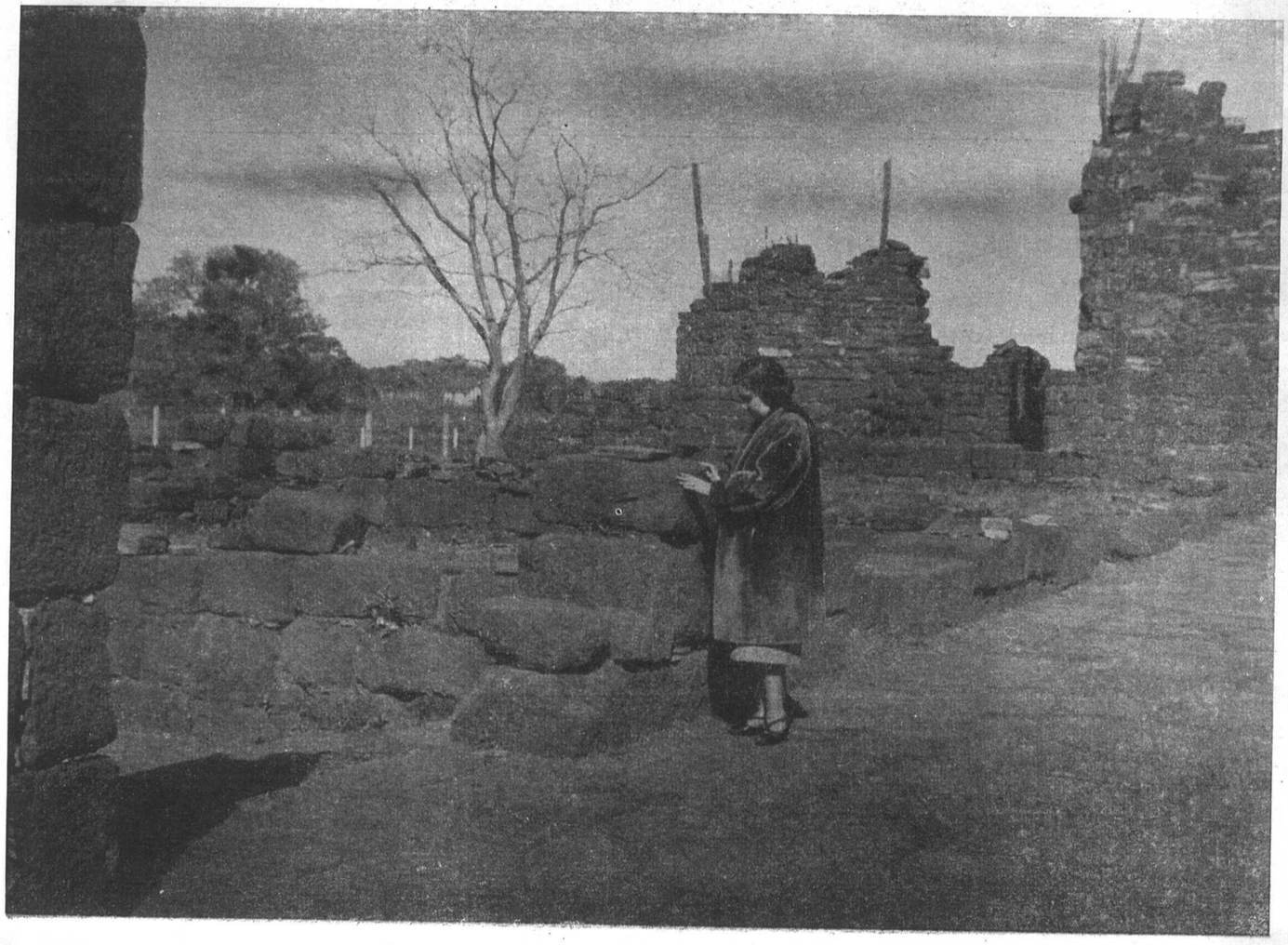
Refiere el padre Cardiel que ese régimen era mantenido a lo largo de las cuatro estaciones del año, con muy ligeras variantes al tratarse del horario de invierno, y que los sacerdotes se confesaban dos veces por semana, cuando menos, pues muchos de ellos lo hacían diariamente. Agrega que todos los lunes había conferencias de casos de moral, leyendo algunos de ellos obras de autores aprobados, "para discurrir luego, con el compañero o compañeros, sobre la materia leída".

Las habitaciones que ocuparan los misioneros en aquellos tiempos, mostraban entonces sus recios muros sin techos. En cambio habían desaparecido de allí muchas reliquias, tales como la imagen que todas las Reducciones tenían en el centro de la plaza, y el reloj de sol, ya que, según las referencias dejadas por el mencionado P. Cardiel, "en todos los pueblos había un reloj de sol y de ruedas, para regular las distribuciones religiosas".

Como es sabido, las poblaciones jesuíticas contaban con establecimientos industriales, cuyos elementos mecánicos construían allí mismo. De todo ello no encontramos el menor vestigio.

Las autoridades comunales de San Ignacio, que nos acompañaban en aquella visita, hablaron de un proyecto en virtud del

Muchos turistas se detenían en diversos lugares de las ruinas, para palpar las piedras, que en algunos lugares estaban carcomidas o musgosas.



Vista a contraluz, cuando nos retirábamos de las ruinas, la entrada del templo resultaba impresionante y llamaba a la reflexión.

cual se procedería a la total reconstrucción de las ruinas, a fin de que la antigua Reducción queda se en la forma en que estaba cuando se produjo la expulsión de los jesuítas.

Respondimos que no teníamos la menor noticia de ese proyecto, pero que, de existir, sería muy interesante que lo llevaran a la práctica. Nos pareció admirable la idea de reconstruir todo aquello, sin omitir el menor detalle de su estructura y colorido, no sólo como un merecido homenaje a quienes realizaron tan gigantesca obra, hace centenares de años, sino también para brindar al turista una visión real de lo que fué, en sus comienzos, la civilización misionera. La reconstrucción de todos los edificios de la Reducción de San Ignacio-Miní permitiría al propio tiempo la reconstrucción, dentro del marco de su época, de las costumbres y medios de vida y de trabajo de la raza guaraní, antes y después de la tutela que los jesuítas ejercieron con relación a ella.

Debe admitirse que no se trata de una obra fácil, sino ardua y costosa, pues habría que reconstruir todo el gran block de edificación que ocupan la Iglesia, el Colegio y algunas otras dependencias. Sería necesario levantar viviendas similares a las ocupadas por los integrantes de la comunidad, ya que entre dichas casas se encontraban aquellas que servían para el funcionamiento de los talleres.

Si como nos aseguraron se proyecta reconstruir lo que existió en ese pasado, que tuvo mucho de aleccionador y de ejemplar, podría también pensarse en las ruinas de Loreto, donde funcionó la primera imprenta del Virreinato del Río de la Plata, y en las de Santa María la Mayor, o en las de Mártires, donde también fué instalada una de las primeras imprentas, y donde, además, quedan aún vestigios del primer observatorio meteorologico conocido en esos lugares. Hablando de tan hermosos proyectos,

Los muros construídos a lado y lado de la entrada principal del templo eran de piedra, y mostraban relieves de ponderable valor artístico.

habíamos recorrido aquella tarde las imponentes ruinas, y nos disponíamos a salir de ellas, cuando el sol se ocultaba.

Avanzábamos entonces por el interior del Templo, desde el Altar Mayor hacia los grandes muros de la puerta principal.

Vistos a contraluz, los muros aquellos resultaban aún más impresionantes. Caído como estaba el dintel de la puerta, las paredes laterales quedaban separadas, permitiéndonos ver, a lo lejos, ya los tupidos árboles, ya el cielo, que empezaba a cubrirse de nubes.

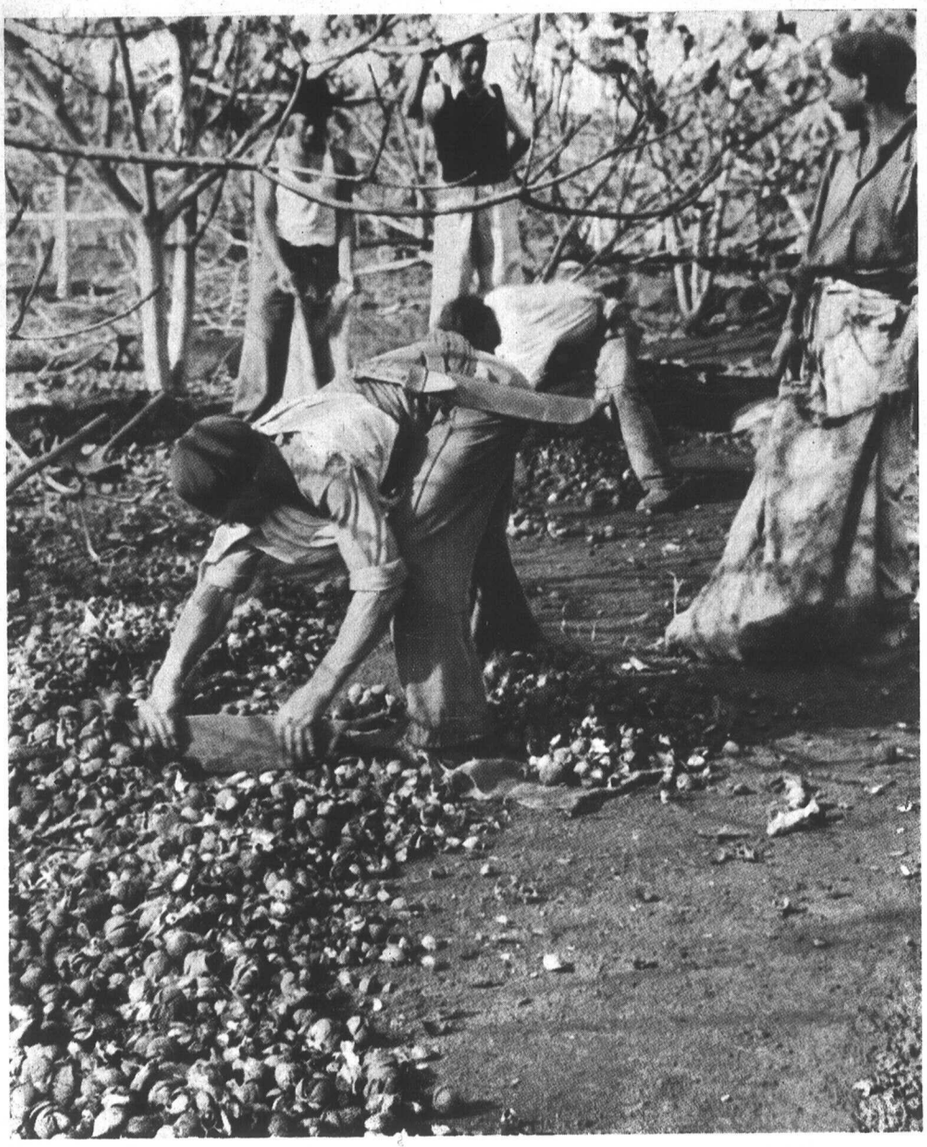
EL ORO VERDE

BONPLAND, posiblemente el sabio que mejor conoció a Misiones, fué uno de los primeros hombres que llamó "oro verde" a la producción de yerba mate de ese territorio. A partir de entonces, la denominación fué generalizándose, pero sin referirse ya, específicamente, a la yerba mate, porque "oro verde" es todo lo que produce Misiones. Si se exceptúa el tung, cuya planta tiene un raro color ceniciento, y cuyas blancas flores dan origen a un fruto negruzco, especie de nuez blanda que cae al suelo cuando se seca, todo lo demás es "oro verde", allí, por ser tal el color que predomina sobre la tierra colorada.

Desde que salimos de San Ignacio, para continuar viaje hacia el nordeste, siguiendo la Ruta 12, siempre estuvimos rodeados por paisajes de un verdor apasionante, por la extraordinaria gama de sus tonalidades.

El hecho de que anteriormente sólo se le llamase oro verde a la yerba mate, se explica en razón de que ésa era la producción vital del territorio. Cuando nosotros viajábamos por Misiones, en cambio, todo era allí sorprendente oro verde, especialmente los bosques, que cubrían tres cuartas partes de su superficie, y donde abundaba toda clase de maderas preciosas.

La nuez del tung ya había caído de los árboles, y los cosechadores estaban en plena tarea, recogiendo el fruto que sería convertido en aceite.



El monocultivismo, que hasta hace diez o quince años constituía una amenaza para la economía misionera, iba desapareciendo, y así nos fué dable encontrar, al igual que grandes plantaciones de yerba mate y tung, otras de frutas cítricas, de algodón, maní, mandioca, tabaco, ramio, caña de azúcar, cereales, hortalizas, viñas, ananás, arroz, etc.

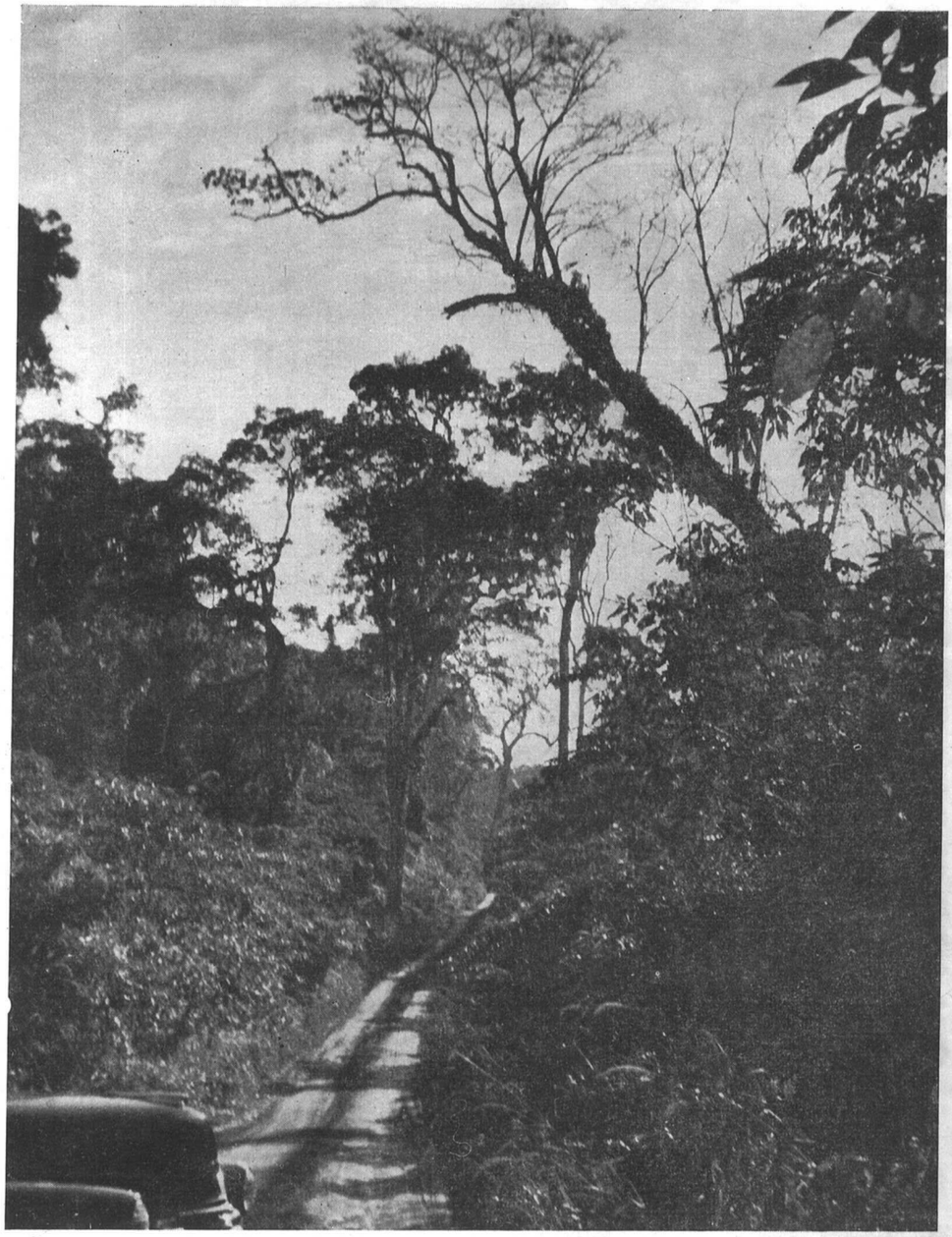
Desde que salimos de San Ignacio hasta que llegamos a Santo Pipó, después de cruzar por la Colonia Gobernador Roca, la riqueza de Misiones fué mostrándose como positivo oro verde.

Un botánico radicado en esos lugares, con quien recorrimos parte de la Picada Roca, que nace en la colonia del mismo nombre y que entronca con la Ruta 14, cerca del pueblo de Campo Viera, se encargó de mostrarnos gran cantidad de plantas medicinales y

tintóreas. Se lamentaba nuestro acompañante, y lo hacía con toda razón, de que no existieran allí establecimientos industriales que se dedicasen a la extracción de perfumes, esencias y materias tintóreas.

La misma persona, después de acompañarnos en el recorrido de la Picada Roca, nos llevó a su domicilio para mostrarnos una colección donde figuraban más de treinta clases distintas de plantas textiles, muchas de ellas desconocidas para nosotros, tales como el Güembé (*philodendrum*), la Ortiga Gigante (*urena bacífera*), el Caraguatá (*bromelia Spinosa*), la Escoba Negra o Escoba Dura (*pavonia spinitea*), el Mbocayá (*acrocomía, totai mart*), y muchas más. Por otra parte, habíamos visto diversas clases de plantas textiles en explotación, tales como el cáñamo, el lino, el ramio, etc.

Vimos también en la casa de ese botánico una colección de plantas oleaginosas, en las cuales es muy rica Misiones. La muestra estaba encabezada por el tung, y comprendía además, el tártago, el maní, el girasol, y la palta, árbol importado de Australia, de cuya fruta, que es comestible, puede extraerse un aceite lubricante que supera al obtenido del tártago.



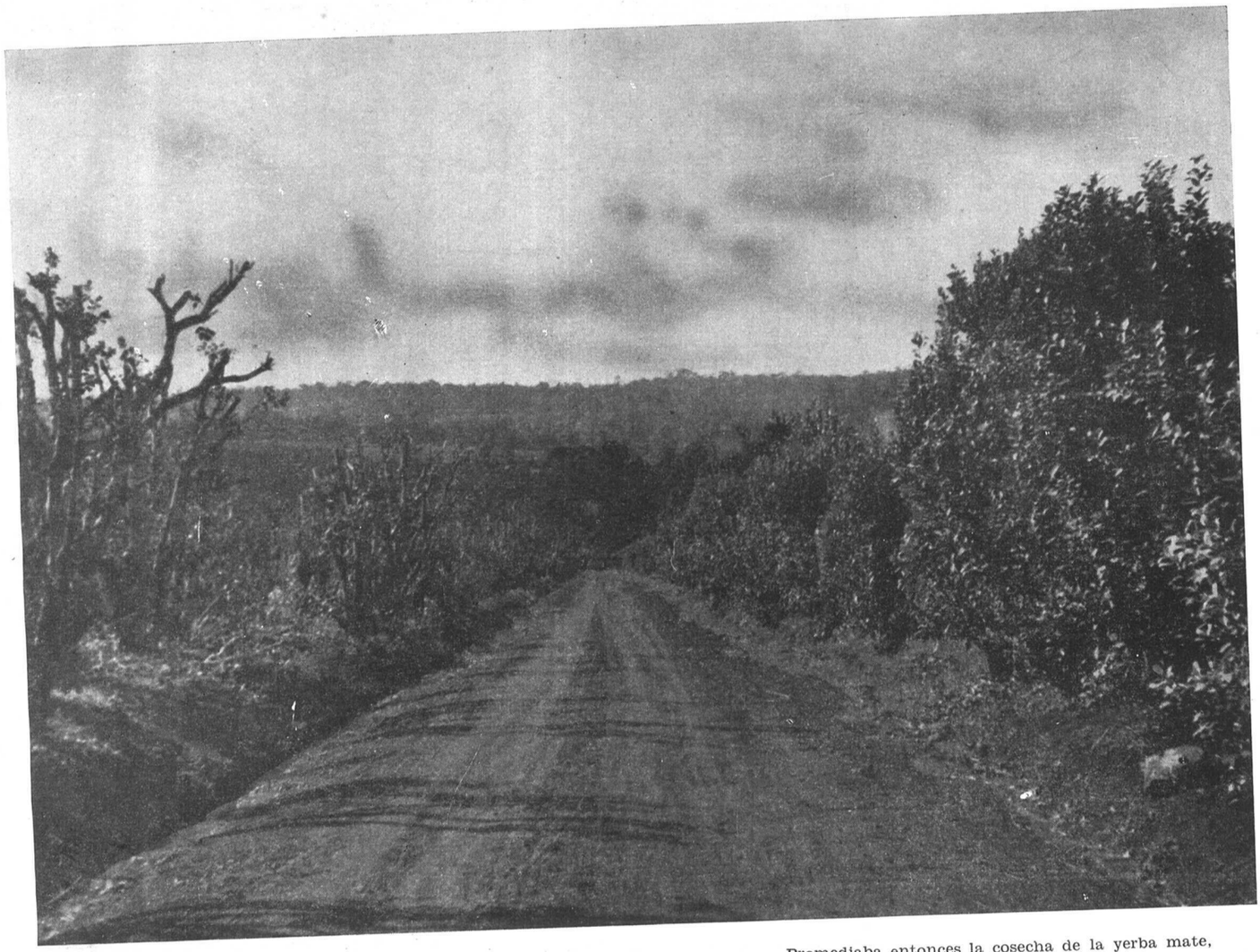
Los caminos de tierra colorada serpenteaban caprichosamente por entre el "oro verde" de la exuberante vegetación del suelo de Misiones.

Cuando llegábamos al arroyo Santo Pipó, encontrándonos entonces en las inmediaciones de la colonia del mismo nombre, el chófer, que había detenido el vehículo para revisar los neumáticos, nos invitó a bajar para que viésemos algo que, según él, era muy común en Misiones.

Al borde del camino, entre otros muchos árboles corpulentos, se elevaba un enorme lapacho rosado que había sido aprisionado por las lianas, algunas de las cuales mostraban talles de cinco centímetros de diámetro.

En el primer momento, encandilados como estábamos por la fuerza de los rayos solares, no pudimos ver lo que el hombre trataba de mostrarnos, señalando hacia lo alto del lapacho. Después, con la ayuda de los prismáticos, nos fué dable admirar un singular conjunto de orquídeas que, prendidas a las lianas, se encontraban en lo más alto del tronco del árbol.

El chófer nos pidió que observásemos más atentamente, porque entre las orquídeas estaba una enorme yarará, quizá de un metro y medio de largo.



Promediaba entonces la cosecha de la yerba mate, y mientras las plantaciones estaban ya sin hojas a un lado del camino, las tenían en el otro.

Volvimos a escrutar y, efectivamente, vimos a la víbora, que parecía mirar hacia otro árbol, moviendo levemente la cabeza.

Cuando reanudamos la marcha, el chófer nos dijo que los habitantes de Misiones rara vez se dedicaban a recoger orquídeas, por que era muy peligroso.

—Donde hay orquídeas —comentó—, abundan las víboras.

Dicho lo cual, el hombre empezó a referirnos las más extraordinarias leyendas, que pretendía admitiésemos como historias. Según algunas de esas leyendas, las orquídeas, que en tiempos remotos sólo podían vivir donde había víboras, llevaban inyectado, y se lo transmitían de generación en generación, el veneno de aquéllas. A ello se debía, según nuestro cicerone, que pudiesen vivir sin ser nutridas por la savia de una planta.

Cuando las leyendas llegaron a su término, el chófer nos habló de los fruticultores japoneses que anualmente llegan a Misiones, con grandes camiones, en los que cargan las orquídeas que sacan de los árboles, valiéndose de tijeras atadas en la punta de largas cañas.

Por fin, de las orquídeas pasó al gusano de seda. A este respecto el hombre estaba bien informado, pues mucho de lo que nos dijo coincidió con lo que habíamos podido ver desde Santa Ana hasta San Ignacio, es decir, que había allí grandes plantaciones de moreras, aunque la industria de la seda natural era pobre.

Las posibilidades de Misiones, en lo relativo a la industria de la seda, son muchas, y hace más de cincuenta años que se vienen haciendo experimentos, que llegaron a traducirse en el funcionamiento de pequeños telares.

El primero de esos ensayos fué realizado a fines del siglo pasado, y estuvo a cargo del administrador del ingenio San Juan, señor Viera, quien fué asesorado por los hermanos Pablo y Julián Kassab, técnicos que se encontraban de paso en Misiones.

Fracasado ese primer intento por falta de capitales y de estímulo, se hizo uno nuevo, que corrió igual suerte, en la localidad de Loreto.

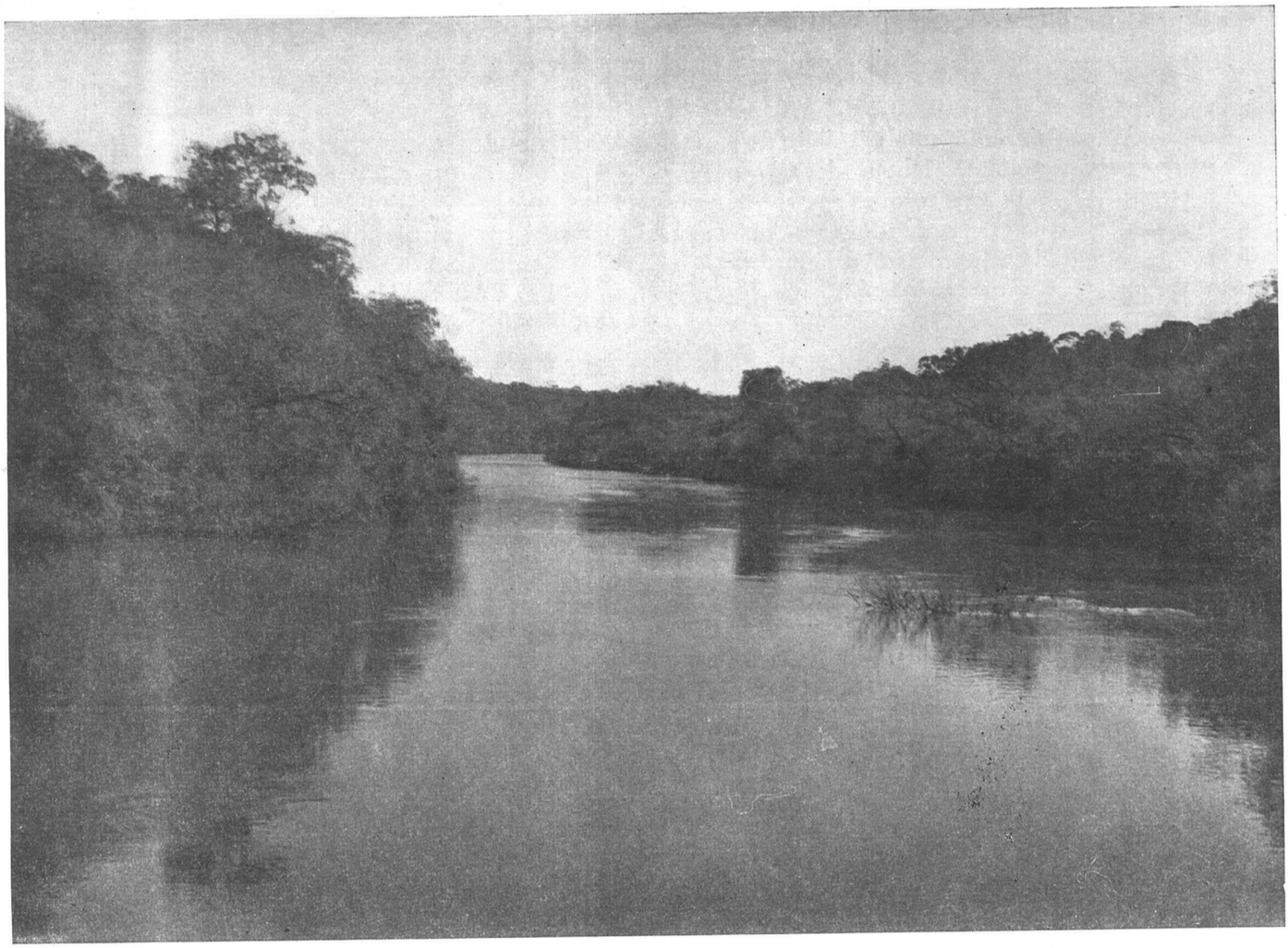
En el año 1925, algunos colonos japoneses volvieron a intentar la radicación de esa industria, y dos de ellos, los hermanos Yamaguchy, hicieron grandes plantaciones de moreras, se dedicaron a la crianza del gusano de seda e importaron un telar del Japón. En el año 1930, cuando se empezaba a producir seda natural, el gobierno no prestó el apoyo que era necesario y todo terminó en un nuevo fracaso, quedando, como recuerdo de aquel esfuerzo, las hermosas plantaciones de moreras que encontrábamos a nuestro paso.

Un colono japonés radicado en esos lugares desde hacía más de veinte años, nos manifestó que no podía explicarse por qué no se prestaba apoyo a esa industria. Según él, tanto el suelo como el clima de Misiones permitirían obtener hasta cinco cosechas anuales, mientras que en el Japón sólo pueden obtenerse tres.

Le respondimos que el gobierno nacional contemplaba en esos momentos la posibilidad de prestar el más amplio apoyo a quienes intentaban desarrollar la industria de la seda natural en Misiones, a lo que el japonés respondió que, según sus cálculos, basados en la producción que obtuvieran años antes los hermanos Yamaguchy, mil hectáreas con plantaciones de moreras podrían dar ocupación a otras tantas familias, cuya producción anual pasaría de un millón de kilos de la mejor seda natural que pudiera producirse.

Otra industria doméstica que vimos muy desarrollada a lo largo de la Ruta 12, fué la de la apicultura, pues eran muchos los colonos que se dedicaban a ella, comercializando el producto por medio de sus cooperativas. Como dato ilustrativo, a este respecto, deseamos consignar que una sola

Casi todas las colonias situadas en aquellos lugares tenían puertos en el Paraná, y utilizaban el gran río para sacar sus productos.



Los misioneros denominaban "arroyos" a caudalosas corrientes de agua, que en otros lugares habrían sido consideradas verdaderos ríos.

cooperativa, la de Eldorado, vendió, en el año 1950, cincuenta mil kilos de miel, pertenecientes a los asociados de la misma.

Claro está que la apicultura no corresponde a la producción misionera que hemos denominado "oro verde", de modo que, volviendo a ésta, debemos destacar las enormes plantaciones de frutas cítricas que encontramos en esa ruta, así como las de caña de azúcar y tabaco. El arroz, el maní, el girasol, y otros productos de Misiones, no abundan allí, porque la zona que les corresponde es la del sur del territorio.

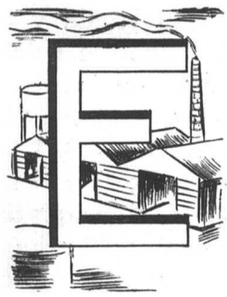
A esta altura del viaje habían desaparecido ya de nuestra vista los terrenos despejados de la zona de campo, y los bosques cubrían los dos lados del camino, excepción hecha de aquellos lugares donde, efectuado ya el desmonte, había plantaciones de tung, citrus y yerba mate.

El tránsito por la Ruta 12 no ofrecía la menor dificultad, y aunque había llovido copiosamente hasta dos días antes, estaba completamente seca.

El terreno se mostraba cada vez más quebrado en su interminable sucesión de pequeñas colinas y angostos valles, siempre de penetrante tierra colorada. Los puentes que encontrábamos eran nuevos y sólidos, con la sola excepción del que cubría al arroyo Santo Pipó, que en esos momentos iba a ser cambiado.

En la colonia Gobernador Roca, donde nos detuvimos algunos momentos, existía una cooperativa integrada por 211 socios, que habían suscripto un capital de cincuenta y un mil ochocientos pesos, casi totalmente cubierto. Pese a lo exiguo de su capital, y al hecho de haber sido fundada por colonos muy modestos, esa cooperativa había vendido yerba mate por valor de más de un millón de pesos, en la última cosecha, y tung por valor de cuarenta mil pesos.

Como casi todas las cooperativas agrícolas de Misiones, la de Gobernador Roca tenía anexa una cooperativa de consumo, cuyas actividades, en el año 1949, le permitieron movilizar un capital superior a trescientos diez mil pesos.



L pueblo de Corpus que nosotros conocimos no era, en realidad, un pueblo. Había allí algunas picadas que hacían las veces de calles, y un irregular conjunto de quintas y chacras. De la célebre Reducción del mismo nombre, fundada en el año 1622, casi no quedaba nada. Los edificios habían sido destruídos por la acción del tiempo, o por personas que utilizaron las piedras en la construcción de nuevas viviendas.

La historia de Corpus es muy conocida, pero nadie ha podido dejar establecido, en forma definitiva, quiénes fundaron este pueblo, no en el lugar en que se encontraba cuando nosotros lo conocimos, sino en la margen opuesta del Paraná.

En el año 1701, visto que los caingüas, que eran los aborígenes que habitaban en esos lugares, no cruzarían el Paraná, los jesuítas trasladaron la Reducción de Corpus al lugar que ocupó definitivamente, levantando allí, según su costumbre, un pueblo cuyos principales edificios eran de piedra.

En el año 1877, a raíz de la promulgación de la Ley de Colonización, quedó oficialmente fundada la colonia de Corpus, cuya extensión pasaba de las diez mil hectáreas.

En el año 1881, al ser federalizado el territorio de Misiones, en momentos en que la ciudad de Posadas pertenecía aún a Corrientes, el gobierno nacional resolvió cambiar el nombre de Corpus por el de "Ciudad San Martín" y declararla capital del territorio. Esta disposición quedó sin efecto cuando el gobierno de Corrientes cedió la ciudad de Posadas al territorio de Misiones.

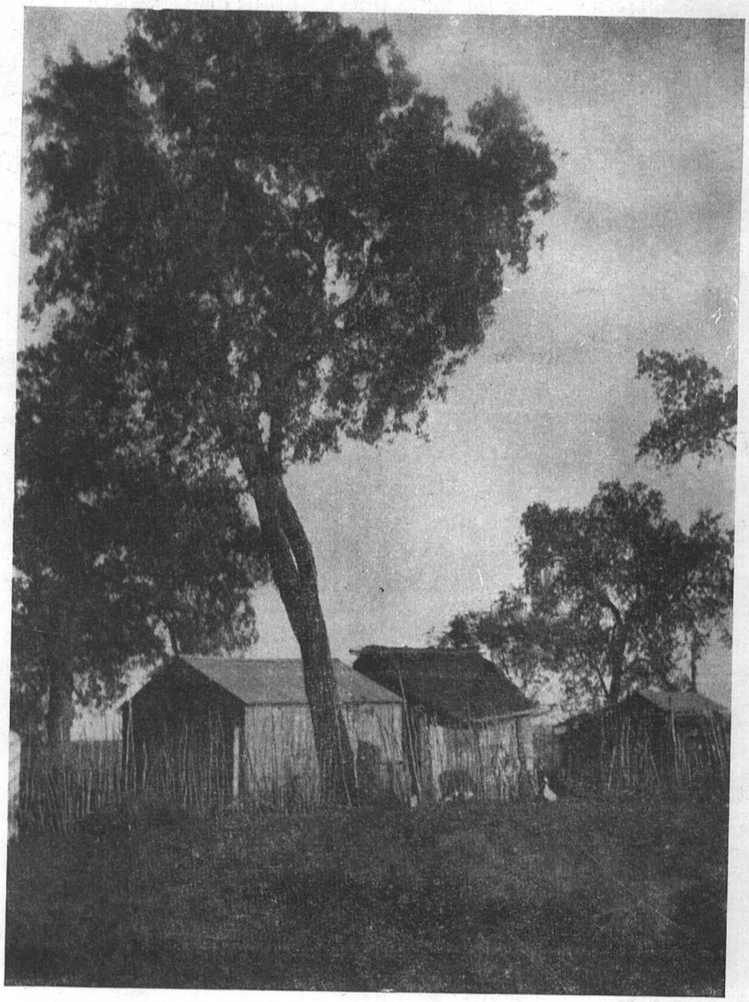
En Corpus encontramos una interesante cooperativa, no por la importancia de sus capitales, sino por el hecho de nuclear a 165 colonos, que en conjunto habían subscripto un capital de aproximadamente sesenta mil pesos, lo cual significaba que cada socio debería aportar una suma inferior a cuatrocientos pesos.

Se trataba de una de las cooperativas más nuevas del territorio, ya que los trámites iniciales para la constitución de la misma sólo databan del año 1948. Esto explicaba que las operaciones de comercialización de las cosechas de sus socios no figurasen en el balance de la Federación de Cooperativas de Misiones, el cual sólo consignaba, para la filial de Corpus en el mencionado año, un movimiento aproximado de doscientos veinte mil pesos, que correspondían a la sección consumo.

Durante las breves conversaciones que mantuvimos con algunos socios de la cooperativa, pudimos advertir que reinaba mucho optimismo entre ellos, porque, siendo Corpus una colonia donde la propiedad estaba muy subdividida, casi todas los colonos eran dueños de la tierra que trabajaban.

La principal riqueza de la colonia consistía en la producción de yerba mate, reali-

Los colonos habían empezado modestamente, habitando en pequeñas casas de madera, que aún conservaban, como recuerdo de los duros comienzos.



Los caminos primitivos habían tenido su origen en angostas picadas, y el trazado de los mismos era muchas veces tan irregular como el terreno.

zada, en gran escala y de una calidad que los entendidos estimaban como la mejor del territorio. También se cultivaba allí el tabaco, y en los últimos tiempos habían adquirido gran desarrollo las explotaciones forestales, éstas a cargo de empresas particulares.

Al igual que en el resto del territorio, encontramos allí grandes plantaciones de mandioca, destinada al consumo de la población, ya que, con toda razón, ese producto recibía la denominación de "pan misionero". Había también plantaciones de maíz y de legumbres. Pero lo que más llamó nuestra atención fué el hecho de que allí elaborasen vino, utilizando la uva de sus propias cosechas. Había también pequeñas explotaciones de apicultura, y fracciones de tierra con caña de azúcar.

El caso de Corpus era distinto al de otras colonias, en su mayoría integradas por miembros de una sola colectividad europea, como ocurría en Santo Pipó, donde casi todos los colonos eran suizos. Allí había trabajadores rurales de muchas nacionalidades, radicados definitivamente en el país, y con hijos argentinos.

Después de visitar la población de Corpus, y de recorrer parte de la colonia, volvimos por la Picada Roca hasta la Ruta 12, en momentos en que el cielo, completamente despejado hasta poco antes, empezaba a cubrirse de densos nubarrones.

En vista de la variante que empezaba a registrarse en el estado del tiempo, sugerimos al chófer la conveniencia de que acelerara la marcha, para evitar que nos sorprendiese la lluvia en el camino, donde, según nos habían dicho, corríamos el riesgo de quedarnos, "cuando se empapase la tierra colorada".

El chófer respondió que el viento soplaba del sud, y que no llovería, como efectivamente ocurrió. Por otra parte, dijo que manejaba en esos caminos desde el año 1925, y que podía asegurarnos que habían pasado los tiempos en que los automóviles se atascaban.

—Usted ve que el camino no tiene un solo bache —comentó—, y puedo asegurarle que cuando no hay baches, la tierra colorada es firme por mucho que llueva. Todos dicen que a los chóferes de Misiones no nos gusta viajar cuando llueve, y es cierto. Pero no lo hacemos por temor, sino para evitar que los vehículos destruyan las carreteras.

☆

SANTO PIPO

UNA nueva e inesperada peculiaridad de Misiones surgió ante nosotros tan pronto como llegamos a la colonia Santo Pipó. En primer lugar, porque habiendo visitado poco antes una colonia de propietarios modestos, como la de Corpus, nos encontramos en seguida dentro de la colonia que cuenta con los más ricos propietarios de Misiones. En segundo lugar, porque después de haber comprobado en otros lugares que las familias de los colonos eran numerosas, pudimos apreciar que los colonos de Santo Pipó tenían pocos hijos, dos o tres, como máximo. En tercer lugar, porque, en contraposición con las costumbres de otros propietarios rurales de Misiones, que mantienen a sus descendientes dentro del territorio, casi siempre dedicados a los trabajos rurales, los propietarios de Santo Pipó alejaban a sus hijos del lugar y los desvinculaban de la tierra, enviándolos a Buenos Aires, para que ingresasen en colegios y facultades, a fin de que siguiesen una carrera. En cuarto lugar, porque casi todos los colonos eran suizos, y suizas las costumbres que conservaban.

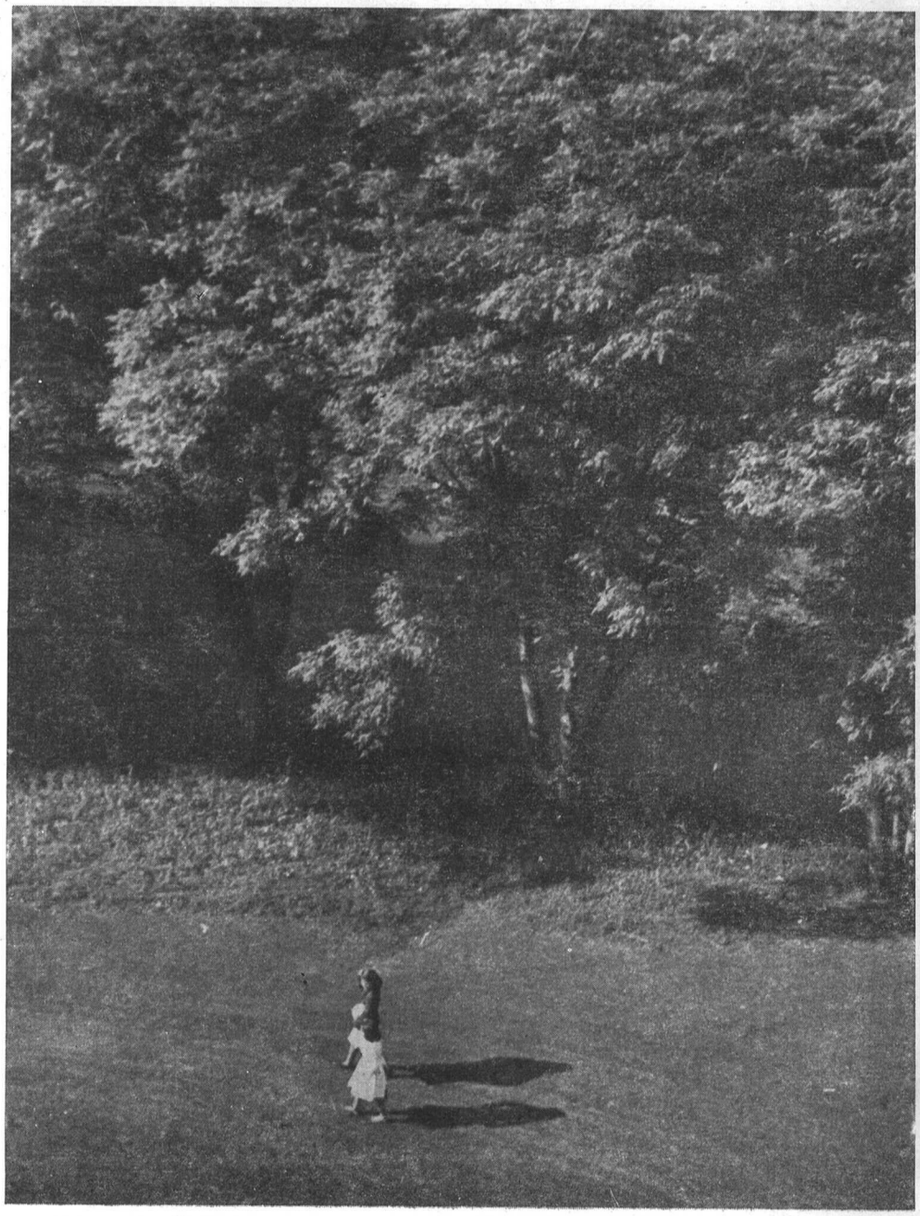
Por si fuese necesario, deseamos aclarar que todo lo dicho tiene carácter informativo, y no de crítica, puesto que fué precisamente en Santo Pipó donde se había realizado uno de los más grandes y alentadores esfuerzos que se registraban en ese territorio, tan pródigo en ellos.

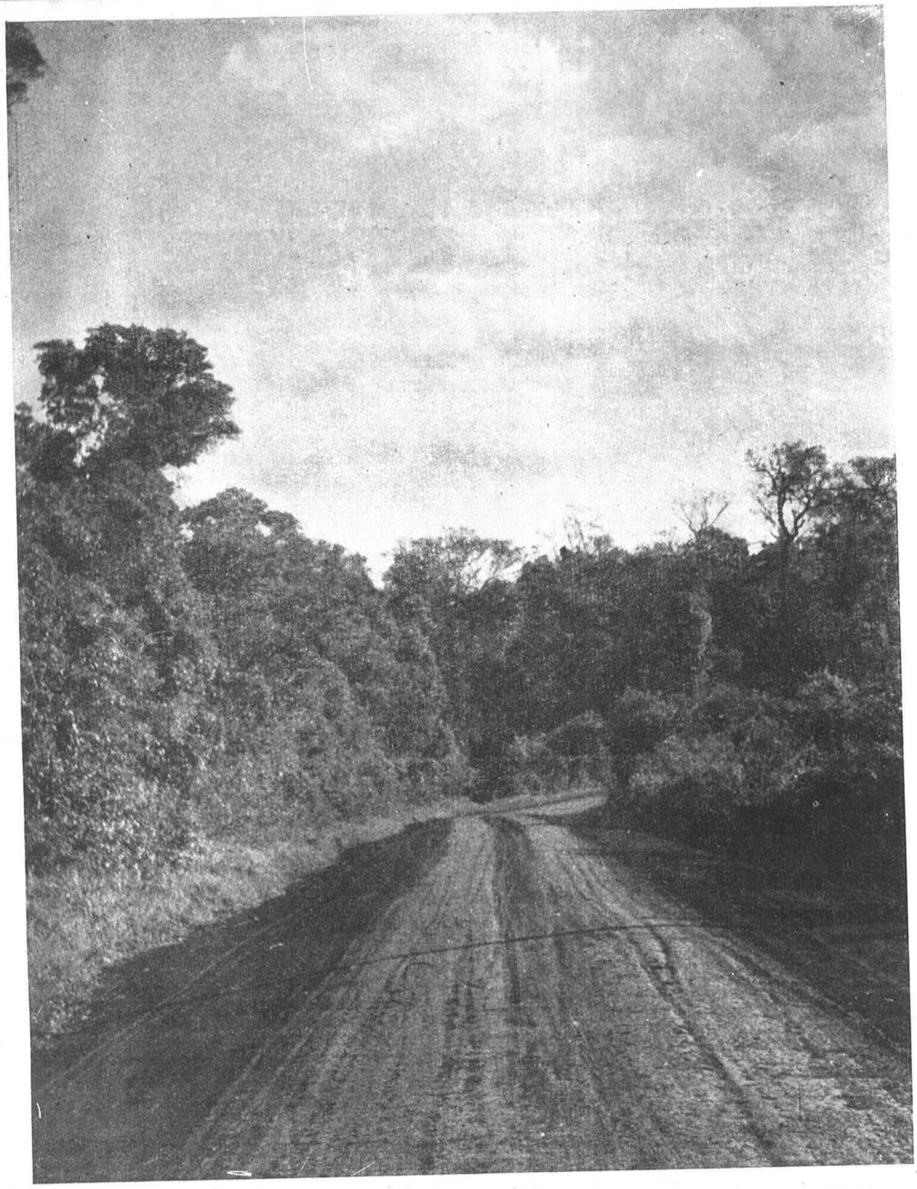
La colonia Santo Pipó había sido fundada en el año 1924, dentro de la jurisdicción de la antes mencionada colonia de Corpus, en cuyas inmediaciones se encuentra.

Uno de los fundadores de ella, el ciudadano suizo Eugenio Langier, inició y continuó la colonización con familias de dicha nacionalidad, que adquirieron en propiedad diversas fracciones de tierra.

Según informaciones que recogimos, no de los colonos suizos, sino de los pocos criollos radicados en ese lugar, aquéllos fueron muy rigurosos en la selección de las familias, muchas de las cuales se vieron obligadas a regresar a su lugar de origen, cuando se consideró

Los árboles eran tan gigantescos, que cuando se miraba desde ellos hacia las personas que pasaban por el camino, se las veía pequeñas.





Las lluvias ablandaban rápidamente la tierra colorada, pero bastaban unas horas de viento o de sol para que el camino se endureciera.

que los jefes de ellas no eran dignos, por fallas de carácter moral o social, de continuar perteneciendo a la colectividad que allí se organizaba.

Siguiendo nuestro plan de trabajo, lo primero que quisimos conocer, al llegar a Santo Pipó, fué la cooperativa que respondía al nombre de "Santo Pipó Tungoil, Sociedad Cooperativa Limitada", y que, sin duda alguna, era una de las más importantes y poderosas del territorio.

El presidente de la entidad, señor Norman S. Mayne, se encontraba ausente, y lo propio ocurría con el secretario Sr. André Bugnion, ambos recorriendo sus propiedades.

Ausentes el presidente y el secretario, quienes, según se nos dijo, eran las personas de mayor significación en la cooperativa, nuestros acompañantes nos pusieron en contacto con el director tesorero de dicha entidad, señor Germán Llanos.

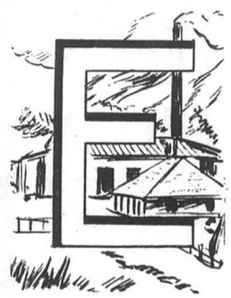
Nos habían dicho que los suizos de Santo Pipó excluían a toda persona de otra nacionalidad, especialmente a los argentinos, del seno de sus organizaciones, y entonces estábamos comprobando que el director tesorero de la cooperativa, el hombre que reemplazaba con poderes casi absolutos al presidente de la misma, era argentino, y por añadidura, misionero.

El señor Llanos, a su vez agricultor y propietario de una finca situada en las afueras de la Colonia Santo Pipó, puso a nuestra disposición el último balance y memoria de la sociedad, que era lo primero que nos interesaba conocer de cada empresa, y nos invitó a visitar la fábrica de aceite de tung instalada a pocos kilómetros del pueblo.

Antes de realizar esa visita, empero, tratamos de informarnos sobre otra cooperativa de productores de yerba mate, que también funcionaba en Santo Pipó.

Esta era la cooperativa que contaba con menos socios, catorce en total, y tenía realizado todo el capital subscripto, que se elevaba a noventa y nueve mil pesos. Pese a lo limitado del capital, era una sociedad poderosa, que durante el año 1949 había producido yerba mate por un valor que superaba el medio millón de pesos.

Estaba ya en nuestro poder la información relativa a esa cooperativa, cuando nos enteramos de que, además, funcionaba otra cooperativa de productores de yerba mate, fundada en el año 1930, que contaba con 29 socios y un capital subscripto —y totalmente realizado—, de $ 154.600. En el año 1949, esa cooperativa había vendido yerba mate por valor de un millón y medio de pesos.



L cultivo del tung era relativamente nuevo en Misiones, y lo propio ocurría, desde luego, con la industrialización de dicho producto. Las primeras plantaciones, iniciadas precisamente en la Colonia Santo Pipó, fueron realizadas, por vía experimental, hacia el año 1928, y a partir de esa fecha se intensificaron, en razón de los buenos resultados obtenidos.

El tung (*Aleuritis Fordii*), es originario de China, donde se le conoce con el nombre de *Tung Yu Shu*. La altura de estas plantas suele pasar de quince metros, y frecuentemente alcanza edades superiores a los cincuenta años. El período de madurez productiva se inicia a los seis años, pero en Misiones empieza a producir a los tres, y durante nuestro viaje por ese territorio, pudimos ver plantas de un año, que ya habían florecido, en las colonias japonesas situadas frente al alto Paraná.

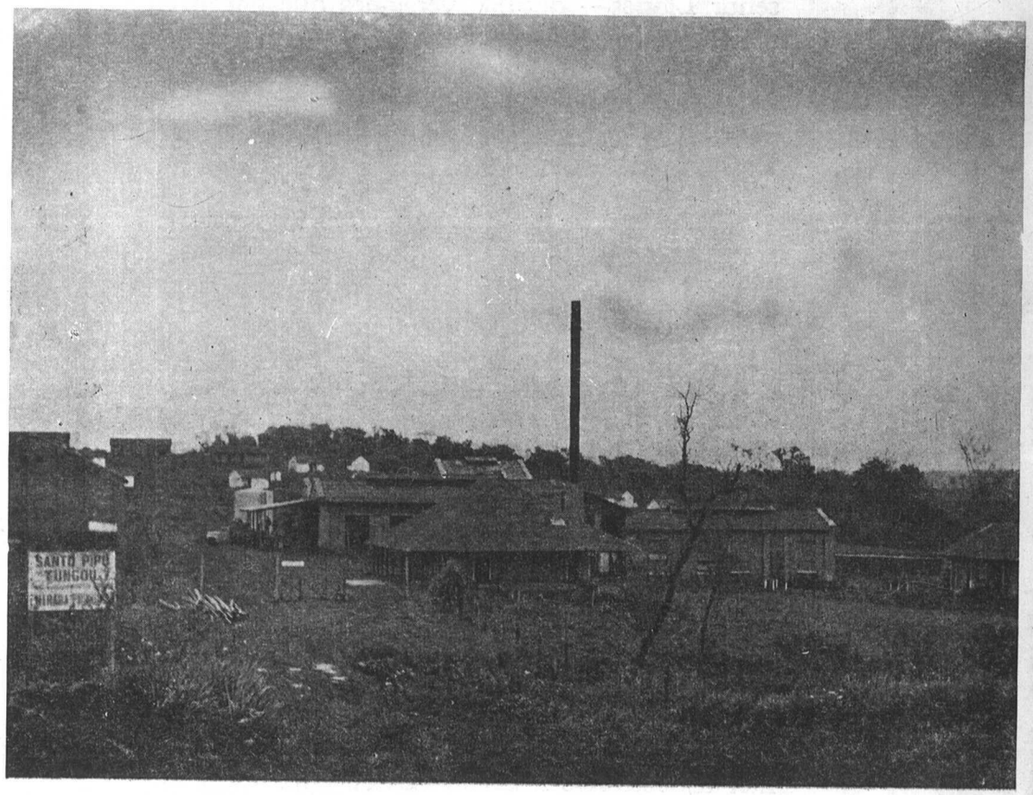
El fruto del tung consiste en una especie de nuez blanda, de color negro ceniciento, que cae de la planta al secarse, y de la cual se extrae el aceite del mismo nombre, indispensable para la elaboración de lacas y barnices finos. El producto de la nuez se calcula en un quince por ciento de aceite sobre su peso bruto. El resto sirve como combustible.

En Misiones, la primera fábrica de aceite de tung fué fundada por una empresa privada, la Supercastor, S. A., bajo la dirección del doctor Gualterio Gessner y en la colonia de Santo Pipó. Dicha fábrica, que continuaba funcionando cuando llegamos a ese lugar, había sido superada ya en producción por el establecimiento cooperativista denominado "Santo Pipó Tungoil", que visitamos en compañía del director tesorero del mismo, señor Germán Llanos.

Al igual que muchas de las más importantes empresas de Misiones, la Santo Pipó Tungoil había nacido como consecuencia del esfuerzo cooperativista de un núcleo de colonos fundadores de la misma, en el año 1946. Nuestra visita a esa fábrica se registraba, por lo tanto, cuatro años después de haberse proyectado su fundación, y parecía imposible que, entre 1946 y 1950, 82 colonos, que en conjunto tenían cultivadas 2.245 hectáreas de tung, hubiesen podido levantar un establecimiento que producía ochocientas toneladas de aceite de tung por mes, y cuyo costo pasaba de un millón y medio de pesos.

Había allí, además de los edificios dedicados a la fábrica y a la administración de la misma, dos hermosos barrios, con casas de material. Uno de ellos estaba destinado al personal técnico, y el otro a los obreros.

Los edificios de la Santo Pipó Tungoil estaban sobre una pintoresca colina, en las inmediaciones del pueblo de aquel nombre.



Mientras visitábamos el establecimiento preguntamos al director tesorero si era cierto que la Santo Pipó Tungoil estaba controlada por un determinado número de personas, que no permitía el ingreso de nuevos socios. El señor Llanos negó que ocurriese tal cosa, y puso a nuestra disposición documentos que, como la memoria y balance correspondiente al año 1949, probaban el ingreso, en tal fecha, de 14 nuevos socios, con un capital de pesos 106.400, en acciones. También hicimos conocer a nuestro acompañante las versiones circulantes en la ciudad de Posadas, según las cuales los suizos de Santo Pipó no dejaban que participasen en sus empresas aquellas personas no pertenecientes a esa nacionalidad. Después de recordarnos que él era argentino, y además misionero, el señor Llanos nos mostró una lista de nuevos socios de la Santo Pipó Tung oil, en la cual figuraban ciudadanos de diversas nacionalidades, incluso japoneses que tenían plantaciones de tung.

—Es muy posible —comentó el señor Llanos— que las versiones que hacen circular en otras regiones, sobre la colonia Santo Pipó, respondan al hecho de que los colonos de aquí se relacionan poco con los de las localidades vecinas, ya que se trata de gente hogareña, que vive dedicada a su trabajo y que conserva algunas viejas costumbres que trajo de Europa. Pero no hay ninguna razón para que los señalen como exclusivistas, especialmente porque la historia de la Santa Pipó Tungoil destruye cualquier acusación de esa índole. Las actas que figuran en los libros de nuestra empresa demuestran que desde setiembre de 1946, fecha en que quedaron echadas las bases para la fundación de la misma, figuran en ella colonos de las vecinas localidaddes de Corpus, General Roca, Gisela, Naranjito, Ñacanguazú, Puerto Mineral y Tabay, todas las cuales tienen su natural centro geográfico en la colonia Santo Pipó.

Si el lector consulta el mapa de Misiones, dentro del cual están ubicadas las zonas productoras de tung, podrá comprobar que, efectivamente, Santo Pipó es el centro geográfico de los productores de tung de la zona que rodea a la colonia, en la misma forma en que Oberá y Eldorado lo son de las que se encuentran situadas a lado y lado de ellas.

Cuando requerimos la opinión del señor Llanos sobre los problemas sociales y económicos de la industria del tung, nos manifestó que desde el punto de vista social, la Cooperativa propietaria de la fábrica no tiene problemas, ya que todos los socios son, a la vez, productores y patrones. En lo relativo al personal asalariado que interviene en el proceso de industrialización, manifestó que jamás habían estado en conflicto con él.

—Los problemas económicos —agregó— están condicionados al precio de lo que producimos y a las facilidades que nos dan para la obtención de crédito. Sobre el primer aspecto nos mantenemos en cordiales conversaciones con el Ministerio de Industria y Comercio, que ha elevado un tanto los precios, y esperamos los eleve algo más.

DESPUES de visitar los establecimientos de la Santo Pipó Tungoil, situados en el borde de una pintoresca colina, junto al arroyo Ñacanguazú, volvimos sobre nuestros pasos, por la Ruta 12, para visitar la otra fábrica de tung de la colonia. El cielo se había encapotado repentinamente, y cuando nos detuvimos frente al edificio de la Comisión de Fomento llovía torrencialmente.

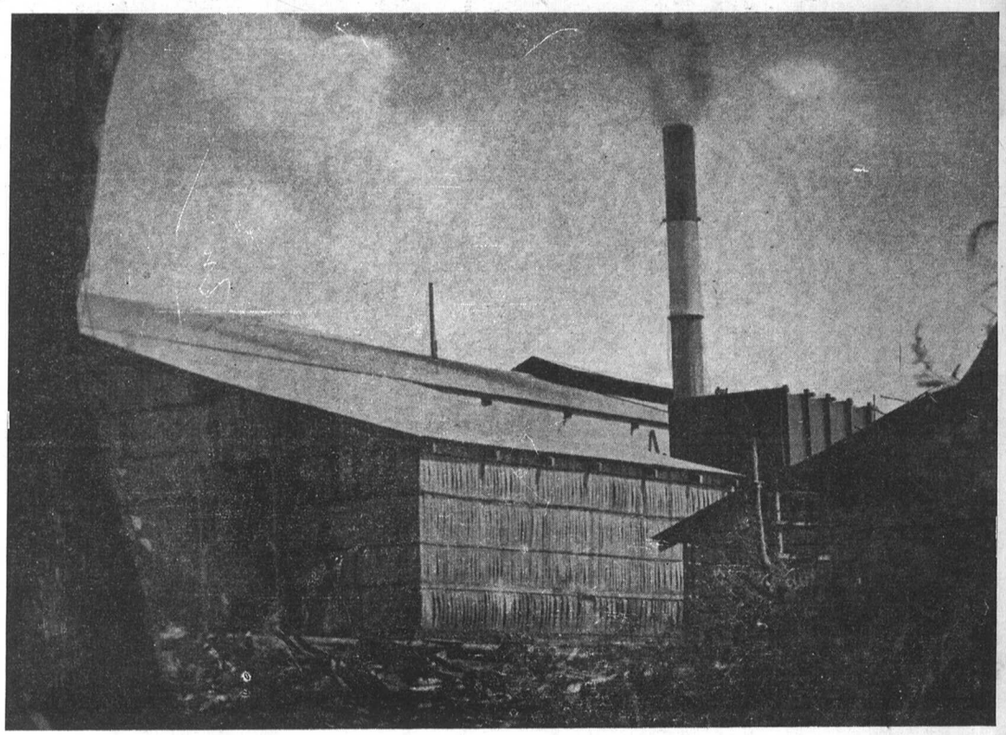
En pocos instantes, el camino, que acabábamos de ver seco y polvoriento, quedó convertido en una roja argamasa blanduzca, mientras corrían por las cunetas largos hilos de agua, tan colorada, que parecía sangre. La lluvia acrecentaba el vigor de los colores, inclusive el de las grises plantaciones de tung, que ya habían dejado caer el negruzco fruto de una cosecha, y que aún no estaban adornadas por las blancas flores que anunciarían la próxima.

El comisionado municipal de Santo Pipó, en cuya compañía íbamos a visitar el primer establecimiento industrializador del tung con que había contado Misiones, nos aconsejó esperar a que cesara el fuerte aguacero, pues, según él, se marcharía tan sorpresivamente como había llegado.

Resolvimos esperar, y mientras tanto, instalados en el interior de un edificio construído en los últimos años, escuchamos la opinión del comisionado municipal sobre las gentes que vivían en aquellos lugares. El hombre que era del territorio, donde había sido empleado policial muchos años, se interesaba, especialmente, por el problema orden.

—Puedo asegurarles —nos decía— que en pocas partes se encontrará gente tan respetuosa y correcta como en esta colonia. Aquí no hay robos, ni crímenes. Ni siquiera hay abusos, al tratarse de los colonos. Por lo tanto, cuando se registra un delito, hay que buscar al delincuente entre los que llegan de afuera.

Mientras conversábamos, el aguacero llegó a su término tan inesperadamente como empezara, y comenzó a soplar viento. Esperamos media hora más, y cuando el automóvil se puso en marcha, el camino estaba firme, casi seco, aunque ya no se trataba de la Ruta 12, sino de uno de los muchos caminos que, habiendo sido rudimentarios piques abiertos en la selva, se convirtieron en tales con el correr del tiempo, cuando los campos circunvecinos quedaron cultivados.



La fábrica de la Productora de Aceite de Tung, de Santo Pipó, era la más antigua de Misiones, y estaba en un extremo de la colonia.

Cuando llegamos al edificio de la Productora de Aceite de Tung, en otros tiempos la Supercastor, fuimos recibidos por el gerente administrador, doctor Gessner, en un amplio despacho, junto al cual se encontraba una de las mejores bibliotecas que nos fué dable ver en Misiones.

La presencia de esa biblioteca se explicaba fácilmente, porque el doctor

El fruto de las plantas de tung consistía en una nuez blanda, de color gris negruzco, que caía de los árboles cuando estaba seca.

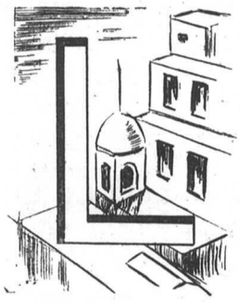
Gessner lo era en Filosofía y Letras, pero no ocurría lo propio con el laboratorio que visitamos poco después, en el cual, como pudimos apreciarlo a simple vista, se encontraban los más modernos elementos reclamados por la química.

El doctor Gessner explicó la existencia del laboratorio, diciendo que era una consecuencia de su pasión por la química, y después de recorrer con nosotros las instalaciones de la fábrica de aceite de tung, cuya producción alcanzaba al 13 % de 1.500 toneladas de frutos en bruto, nos habló de los comienzos de esa industria en Misiones.

La Supercastor había nacido como sociedad anónima, en 1938, porque en esa época la organización cooperativista del territorio, y la capacidad económica de los colonos con cultivos de tung, estaban lejos de permitir la fundación de una empresa semejante, sin grandes capitales privados.

—Lo importante, en ese tiempo —manifestó el doctor Gessner—, era que los frutos del tung se industrializasen en Misiones, en lugar de remitirlos a las fábricas de Buenos Aires. Esto parecía aconsejable por muchas razones, pero especialmente por el volumen y el costo del transporte, ya que sobre cada cien toneladas de fruto que enviábamos a Buenos Aires, obtenían allí de trece a quince toneladas de aceite, lo que equivalía a pagar fletes por bastante más del ochenta por ciento de una carga bruta, que al industrializarse arrojaba mucho porcentaje de desperdicios.

Agregó luego que, con el transcurso del tiempo, y atento a la tendencia cooperativista de los colonos de Misiones, había resuelto formar la Productora de Aceite de Tung de Santo Pipó, sociedad de responsabilidad limitada, con perfiles de cooperativa, en la cual participaban cultivadores de tung de esa colonia y de la de Oro Verde. El primer ejercicio de la nueva entidad, cuyas maquinarias y edificios eran los que pertenecieron a la Supercastor, S. A., arrojaba resultados alentadores.



UEGO de admirar el poderío adquirido por la industria del tung en Santo Pipó, quisimos averiguar cuáles eran las posibilidades de la industria azucarera en esa región, porque a todo lo largo del camino habíamos encontrado parcelas cultivadas con caña de azúcar, cuyo desarrollo superaba en mucho al adquirido por las plantaciones de nuestras provincias azucareras, que son Tucumán, Salta y Jujuy.

Como dijimos en los comienzos de esta obra, los jesuítas cultivaron la caña de azúcar con muy buen resultado, en esa zona, y fué precisamente allí donde funcionó la primera refinería de azúcar, hacia el año 1880, en el ingenio San Juan, cuyo propietario era el general Rudecindo Roca. En ese tiempo las plantaciones de caña de azúcar se extendían por todo el departamento de Santa Ana y ocupaban también parte del departamento de San Ignacio, especialmente en las tierras de la colonia Santo Pipó.

Respecto de las causas que habían motivado la liquidación de esa floreciente industria, circulaban diversas versiones, siendo la más aproximada a la verdad la siguiente:

Hacia el año 1885, cuando el ingenio San Juan se encontraba en todo su apogeo, el país empezó a sentir la influencia que, para monopolizar la industria azucarera, ejercía un *trust* organizado en Tucumán, *trust* que, desde luego, quiso adquirir aquel ingenio para desmantelarlo y evitar la competencia de Misiones. El general Roca no aceptó la oferta del *trust,* pero hizo presente su intención de vender el establecimiento a cualquier industrial del territorio que se comprometiese a mantenerlo en funcionamiento.

Fué entonces cuando apareció en escena la firma Otto Bemberg y Cía., cuya propuesta de adquisición del ingenio San Juan fué aceptada por el general Roca, previo compromiso verbal y moral, de los compradores, de que no desmantelarían el establecimiento, ni lo venderían a otra persona.

Lo que ocurrió más tarde se ignora. Sólo existe la evidencia de que en el año 1895, los Bemberg desmantelaban el ingenio, no se sabe si por cuenta del *trust* tucumano, o por otra causa, y que desde entonces terminó la elaboración de azúcar en Misiones.

A lo largo del camino habíamos encontrado muchas plantaciones de caña de azúcar, aunque entonces no se la industrializaba en Misiones.

Las personas que cultivaban ese producto, en las inmediaciones de Santo Pipó, lo hacían para elaborar raspadura o para destinar las plantas a forraje, y muchas de ellas nos dijeron que en esos momentos, y en una colonia denominada Carloscar, estaban haciendo grandes plantaciones para disponer de la materia prima que necesitaría una destilería.

El propietario de la colonia Carloscar, señor Oscar L. Clemente, a quien

He aquí dos enormes cañas de azúcar obtenidas en la Sierra del Imán, y en las inmediaciones de la Colonia Santo Pipó, en Misiones.

entrevistamos en sus propiedades próximas a Santo Pipó, nos confirmó la anterior noticia, informándonos que se proponía reimplantar la industria azucarera en Misiones, y que el primer paso dado con tal fin consistía en la organización de la colonia Carloscar, que ocupaba una extensión de cinco mil hectáreas de tierra de su propiedad.

—Carloscar es una colonia nueva —dijo el señor Clemente—, pero cuenta con más de treinta colonos, cada uno de los cuales es propietario de una chacra que tiene veinticinco hectáreas de extensión, de muy buenas tierras.

Al preguntarle cuál era la causa que lo había inducido a fijar en veinticinco hectáreas la extensión de cada chacra, nos respondió que de los estudios realizados resultaba ser aquélla la extensión más adecuada a cada unidad familiar integrada, término medio, por cinco personas. Agregó que, en su concepto, la nueva industria azucarera de Misiones no debería adolecer de las graves fallas sociales que tienen, entre otras, la de Tucumán, donde son incesantes los conflictos entre los capitalistas y el proletariado.

—Carloscar no será una colonia de capitalistas y asalariados —dijo—, sino de propietarios, que seguramente han de constituirse en cooperativa, siguiendo una norma de acción muy generalizada en Misiones. Quiero que el colono se arraigue en su chacra, y considero que la mejor forma de conseguirlo consiste en dar cumplimiento real al precepto constitucional, según el cual, la tierra debe ser de quienes la trabajan. Por eso no quiero arrendar tierra. Las vendo a precios razonables y en condiciones ventajosas, tan ventajosas, que los actuales colonos han pagado sus chacras en menos de dos años, con la madera y otros productos obtenidos en ellas.

Al preguntarle cuáles eran los planes progresivos que había ideado para reimplantar en Misiones la industria azucarera, nos respondió que, ante todo, necesitaba estimular a los colonos para que cultivasen ese producto.

—Mi propiedad —dijo—, tiene plantaciones de yerba mate, frutas cítricas, mandioca, maíz y tabaco. Esas son las plantaciones que representan su fuente de ingresos. La caña de azúcar, por ahora, me cuesta dinero, pues aparte de dar gratuitamente la semilla a los colonos, he plantado cincuenta y siete toneladas de caña de azúcar semilla, adquiridas en el ingenio San Pablo, de Tucumán. Mi proyecto está dividido en dos grandes etapas. La primera, que está ya en principio de realización, contempla el cultivo de cuatrocientas hectáreas de tierra, con caña de azúcar, para obtener la materia prima que reclamará el funcionamiento de una destilería de alcohol, cuya producción deberá aproximarse a 2.800.000 litros por año. La extensión de cuatrocientas hectáreas, para los cultivos, fué fijada teniendo en cuenta el resultado de los cálculos técnicos, según los cuales, se podrá obtener de ellas un rendimiento de 200 toneladas diarias de caña de azúcar en bruto, durante cada uno de los 200 días útiles para el trabajo, que se estiman en Misiones.

Inquirimos si había formalizado alguna operación para la adquisición de las ma-

quinarias destinadas a la futura destilería, y recibimos la siguiente respuesta:

—Tengo en estudio dos propuestas: una que me formularon desde la provincia de Tucumán, y otra desde la vecina república de Bolivia. Esta operación, empero, no se formalizará antes de que el ministerio de Industria y Comercio envíe a Misiones la comisión de técnicos que, a pedido del señor gobernador del territorio, prometió enviar hace algunas semanas. La opinión y los consejos de ese personal especializado han de sernos de gran provecho, especialmente porque ellos serán los primeros en corroborar nuestro aserto, en el sentido de que Misiones produce la mejor caña de azúcar del país.

Mientras recorríamos la propiedad del señor Clemente, informándonos sobre el proyecto de reimplantación de la industria azucarera, llamó nuestra atención un gran cultivo de albahaca alcanforada, especie botánica que lleva la denominación científica de *Ocimun kilimandscharicum Güar*.

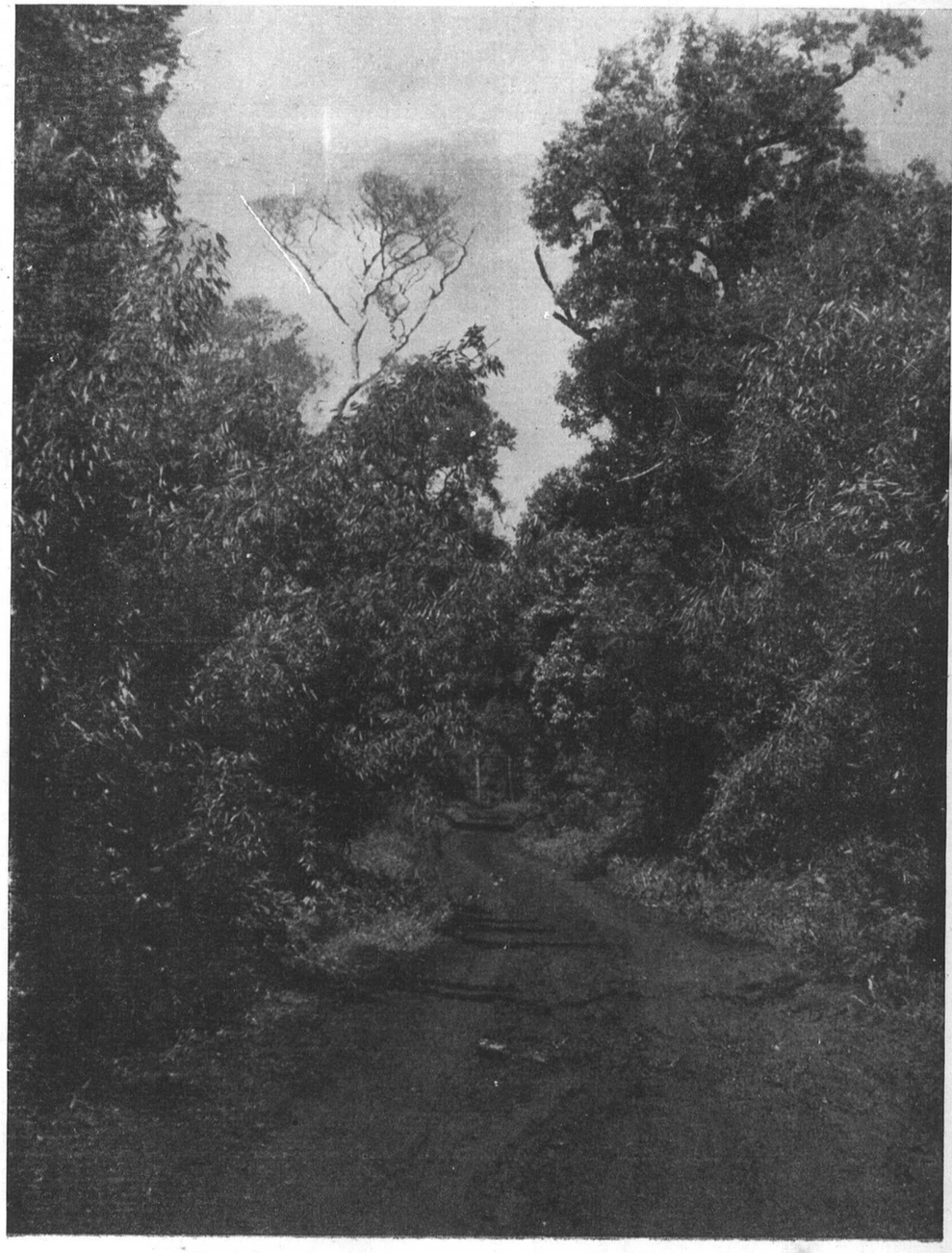
Sabíamos que el ministerio de Agricultura había realizado ensayos para el cultivo de albahaca alcanforada, en sus establecimientos experimentales, pero ignorábamos que existiesen personas particulares que llevaban a cabo iguales intentos.

El señor Clemente nos manifestó que tampoco tenía conocimiento de que otras personas particulares hubiesen llevado a cabo esos experimentos, que él iniciara allí en los primeros días del mes de noviembre de 1949.

Al preguntarle qué lo había inducido a experimentar con cultivos de albahaca alcanforada, nos dijo que, en una visita realizada a la Dirección de Cultivos Especiales del Ministerio de Agricultura, había comprobado que allí disponían de semillas de ese cultivo, obtenidas de siembras realizadas en el país, en tierras semejantes a las que él posee en Misiones.

—Habiendo obtenido la semilla necesaria para cultivar una hectárea y media de tierra, realicé esa siembra experimental el 5 de noviembre. Como la semilla era limpia en un sesenta por ciento, y de excelente poder germinativo, el 19 del mismo mes los brotes habían formado las dos pri-

Los colonos adquirían a bajos precios lotes de veinticinco hectáreas, cubiertos de bosques, que explotaban para pagar aquéllos.



meras hojas definitivas, que aumentaron a cuatro el día 27. Las plantas continuaron creciendo normalmente, y el trasplante fué efectuado a principio de diciembre, después de una fuerte lluvia.

Nos dijo también que poco después de efectuado el trasplante se había producido una prolongada sequía, durante la cual fué necesario recurrir al riego artificial, y a cubrir la tierra con paja mojada, para que tuviese la adecuada humedad.

El convencimiento de que trabajaban en tierra propia, estimulaba a los productores rurales, que se agrupaban para formar grandes colonias.

—Superada esa dificultad —prosiguió el señor Clemente—, las plantas florecieron vigorosamente en la primera quincena de febrero de 1950, cuando tenían una altura de cincuenta centímetros. Para el mes de abril eran plantas perfectamente desarrolladas y sanas, con follaje tupido, de color verde oscuro y con flores cuyo tamaño se aproximaba a diez centímetros. Poco tiempo después, ya secas las plantas, se procedió a recogerlas para iniciar los experimentos de laboratorio.

Continuando con el relato de las diversas alternativas de su experimento, el señor Clemente nos manifestó que estaba estudiando la posibilidad de instalar en Santo Pipó una planta industrializadora de albahaca alcanforada, que permitiría obtener plastificante para la elaboración de películas cinematográficas, que escaseaba entonces en el país.

Habiéndonos parecido un tanto aventurado el proyecto de montar una industria de tal índole, sin otra base que la de haber resultado satisfactorios los ensayos tendientes a producir materia prima, y sin que se conocieran las conclusiones logradas en los ensayos de laboratorio, dimos tal opinión, habiéndonos respondido el señor Clemente que tratásemos de obtener copia certificada de una comunicación de la empresa Lúmiton, en la cual hacía referencia al resultado de un análisis de albahaca alcanforada similar a la producida en la colonia Carloscar.

Dicha comunicación, de la cual tuvimos a la vista copia certificada, decía, textualmente:

"Hemos realizado en nuestro laboratorio pruebas de aptitud del alcanfor obtenido de la especie botánica *Ocimun Kilimandschricum Guar,* y de las mismas se desprende que el susodicho rinde exactamente el mismo resultado que los alcanfores importados de calidad *standard,* vale decir, que el plastificante insustituíble para la elaboración del celuloide que se utiliza para la elaboración de películas cinematográficas, se puede obtener desde ya por medio de cultivos adecuados, a desarrollarse por esa Dirección, hecho notable y sorprendente, que facilita en gran forma la posibilidad de elaborar en el país película cinematográfica, producto cuya importancia no es necesario hacer resaltar."

Como podrá advertirse, estábamos ante una nueva revelación de la riqueza de Misiones, pues la albahaca alcanforada que se producía allí, y que habíamos tenido en nuestras propias manos, aseguraba desde entonces la posibilidad de crear, como lo proyectaba el señor Clemente, una nueva y productiva industria nacional.

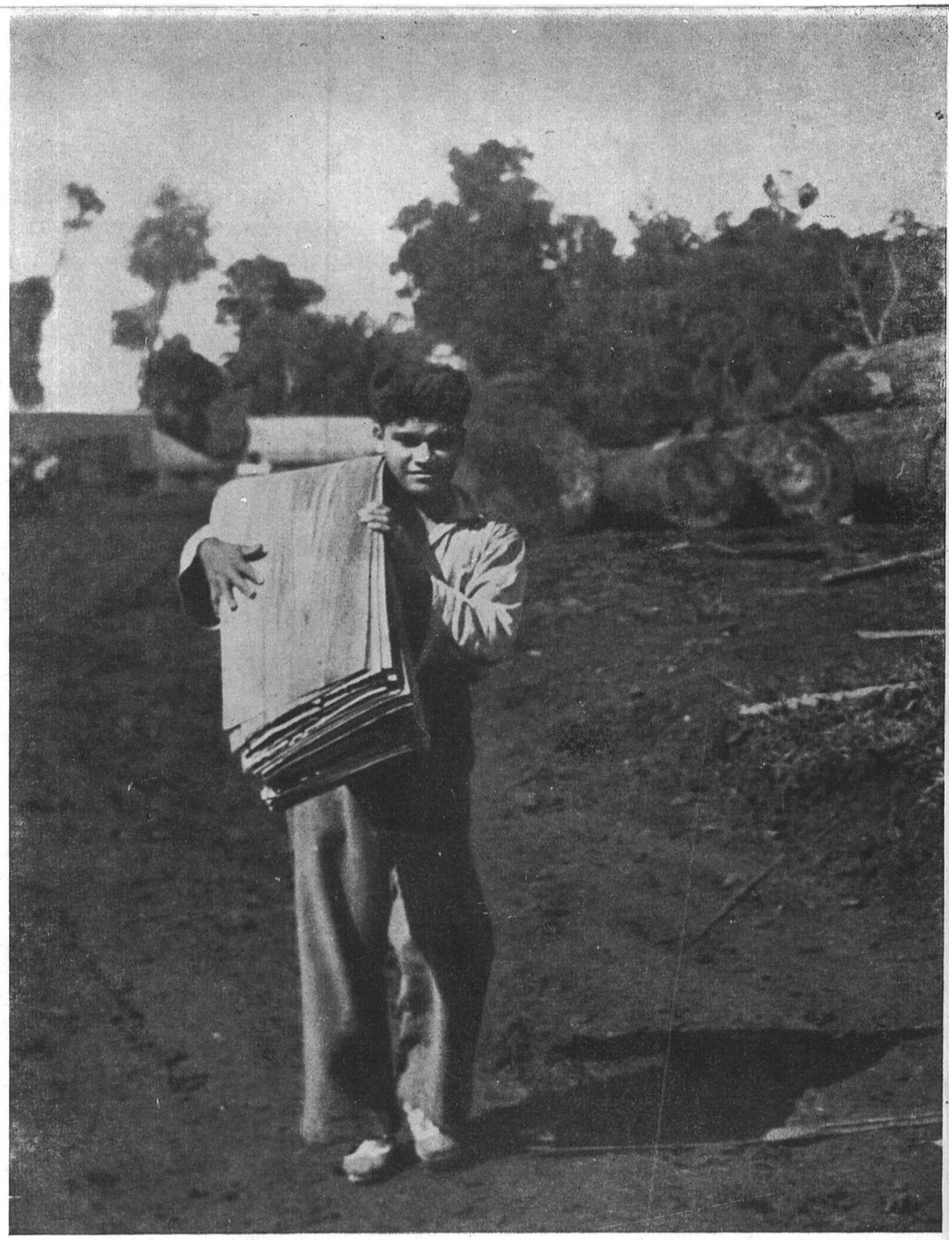
NORMALMENTE, cuando los caminos están secos, la velocidad máxima aconsejada a los automovilistas en las quebradizas rutas de Misiones, es de sesenta kilómetros por hora. Allí, donde hay tantas rectas como curvas, y donde las cuchillas se suceden continuamente, sería algo más que imprudente lanzarse a velocidades mayores. No obstante, tan pronto como salimos de Santo Pipó, para dirigirnos a la colonia Jardín América, siguiendo siempre la Ruta 12, vimos que el velocímetro de nuestro vehículo marcaba cien kilómetros por hora, y tuvimos el convencimiento de que ésa era, por otra parte, la velocidad real a que íbamos.

Llamamos la atención del chófer por lo que, según ya hemos dicho, constituía algo más que una imprudencia, y el hombre moderó la velocidad, no sin antes haber dicho que de Santo Pipó a Jardín América había treinta kilómetros, y que como el tiempo amenazaba descomponerse de nuevo, élprocuraba ganar tiempo, para evitar que la lluvia nos molestara. Agregó que ningún conductor misionero viajaba por caminos mojados, pudiendo evitarlo, porque era fácil estropearlos, y que él había nacido allí.

Las palabras del conductor nos hicieron reflexionar sobre un hecho que habíamos podido comprobar en forma reiterada: el de que existía en las gentes nativas, o definitivamente radicadas en el territorio, un verdadero sentido de responsabilidad social, respecto de la colaboración que habrían de prestar los particulares para la conservación de las obras de bien público realizadas por

La Ruta 12 pasaba por un costado de la Villa Jardín América, en la colonia del mismo nombre, que entonces empezaba a formarse.

el gobierno. Seguimos viajando por una carretera siempre bien conservada y ancha, sobre la cual encontramos pronto el puente tendido sobre el ancho y pintoresco arroyo Caaguazú, cuyas aguas corrían en busca del Alto Paraná. Pocos kilómetros después salieron a nuestro paso otros dos arroyos, el Bugre Chico y el Bugre Grande, ambos afluentes del Caaguazú, y ambos, también, corriendo en dirección diametralmente opuesta a la normal, es decir, que en lugar de buscar el rumbo del Paraná, se dirigían hacia el centro del territorio. El hecho no tenía nada de extraordinario, pues al cabo de diez kilómetros los dos arroyos describían una cerrada curva para desembocar en el Caaguazú. Empero, aquello resultaba ilustrativo respecto de la irregular conformación topográfica de Misiones.



Las fábricas de madera terciada proporcionaban trabajo a muchas de las familias que se habían establecido en aquella progresista colonia.

Después de esos arroyos encontramos una amplia picada que conducía al puerto de Naranjito, en cuyas cercanías estaba una nueva e importante colonia. A esa altura del viaje el cielo estaba nuevamente encapotado y cuando llegamos a Jardín América, a la caída de la tarde, llovía copiosamente. Las predicciones del chófer se habían cumplido una vez más y tendríamos que pasar la noche en un pequeño pueblo, cuyas casas estaban escalonadas a lado y lado del camino.

Jardín América, propiedad de la firma Santiago Ciganotto y Cía, era una colonia nueva, que en esos momentos contaba con tres fábricas de madera terciada, y dentro de la cual estaban establecidas más de doscientas familias, muchas de ellas en el pueblo, que los propietarios denominaban "Villa Jardín América".

Las tierras de esa gran propiedad habían permanecido semivírgenes hasta pocos años antes, y las explotaciones básicas, en esos momentos, eran forestales. Empero, fácil resultaba advertir que no se trataba de una improvisación, sino que todo lo que estaba planeado allí era moderno y práctico.

La colonia tenía su centro en Villa Jardín América, parte de la cual era cruzada por la Ruta 12, en lo alto de una hermosa colina. Los lotes de la Villa cubrían una extensión mínima de ochocientos metros y estaban frente a calles amplias, que empezaban a ser arboladas. Dichas calles se veían cruzadas por ocho grandes avenidas, que iban a reunirse en la plaza Colón, situada en la parte más alta de la colina.

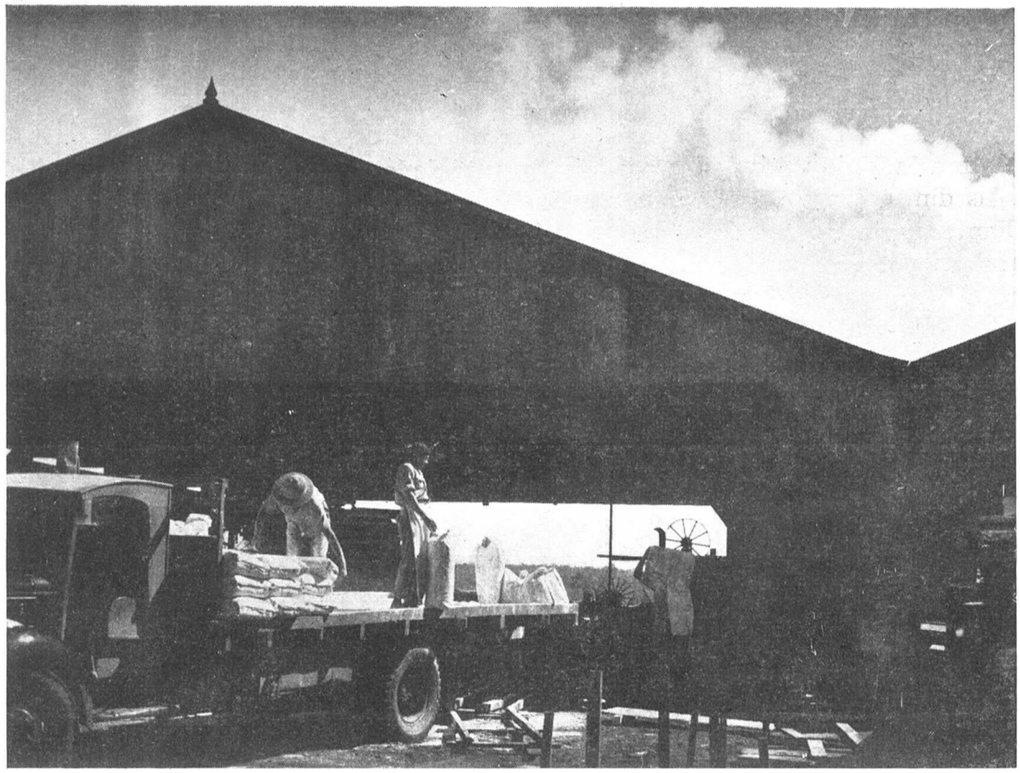
Las tierras que rodeaban a la Villa, todas ellas parte integrante de la colonia, estaban divididas en lotes cuyas dimensiones variaban entre diez y ochenta hectáreas, y que los propietarios vendían a pagar a largos plazos.

Oasis, el puerto natural de Jardín América, se encontraba a pocos kilómetros de la Villa, unido a ésta por un buen camino carretero, existiendo en la colonia cinco arroyos de bastante caudal, que llevaban los siguientes nombres: Las Delicias, Capilla de Belén, Las Margaritas, Los Tulipanes y Las Orquídeas. Casi todos esos arroyos tenían pintorescas caídas de agua, y los paisajes eran maravillosos en los parques naturales.

La noche que pasamos en Villa Jardín América, donde tuvieron la gentileza de hospedarnos en el edificio de la administración, fué provechosa, porque de sobremesa tuvimos oportunidad de conversar con los propietarios y técnicos asesores, no sólo sobre lo que allí se había hecho, sino también en relación con lo que entonces se iniciaba. Independientemente de los cultivos agrícolas de consumo e industrializables, que estarían especialmente a cargo de los colonos, la empresa Ciganotto y Cía. se disponía a poner en práctica los siguientes proyectos, financiados en parte con un crédito de un millón ochocientos mil pesos, solicitado al Banco de Crédito Industrial.

Un astillero, en las inmediaciones de Puerto Oasis, para la construcción de embarcaciones fluviales de todos los tipos, pero especialmente de chatas de transporte de poco calado, capaces de garantizar la permanente navegación del río Paraná, aun en las épocas de mayores bajantes. En nuestra

Hasta tanto quedasen montadas las modernas máquinas secadoras, la madera terciada era tendida en los patios situados frente a la fábrica.



Grandes camiones llegaban diariamente hasta Jardín América, llevando los elementos necesarios para el funcionamiento de sus fábricas.

opinión, se trataba de uno de los proyectos más importantes para esa parte de Misiones, donde las dificultades del transporte son muchas al producirse las bajantes periódicas del Paraná.

Otro proyecto, que estaba en vías de realización práctica, pues se encontraban allí muchas de las maquinarias que habrían de ser empleadas, consistía en la instalación de una fábrica de puertas-placas, a base de paneles especiales, que la empresa había patentado ya en Buenos Aires. El tercer proyecto, también en vías de realización, con las maquinarias correspondientes encajonadas en la Villa, contemplaba la instalación de una carpintería mecánica, para la confección de cabos para herramientas, aberturas, parquets y muebles de tipo *standard*.

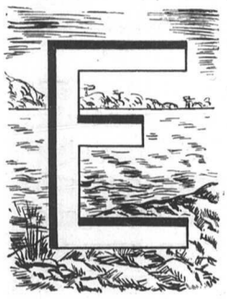
Respecto de las obras a realizar en el pueblo o villa, consistían en la instalación del alumbrado eléctrico, y en la terminación de un importante camino que uniría a Jardín América con Campo Viera, es decir, que partiendo de la Ruta 12 iría a entroncar con la Ruta 14 en un lugar aun falto de caminos transversales. Como proyectos de realización posterior, contemplaban también la construcción de un barrio obrero de cien casas, con locales destinados a escuela, iglesia, hospital, centro cívico y destacamento de la Gendarmería Nacional.

Al día siguiente de nuestra llegada, con los caminos otra vez secos por la sola acción del viento, nos internamos hacia los montes donde trabajaban los hacheros, y después visitamos a los colonos japoneses establecidos en tierras que antes pertenecieran a Jardín América. Había allí ocho o diez familias de esa nacionalidad, propietarias de lotes de veinticinco hectáreas rodeados de selva, donde no quedaba un palmo de terreno sin cultivar, aunque los trabajos estaban a cargo de una sola familia para toda la extensión mencionada.

Los colonos japoneses se especializaban en el cultivo de hortalizas, que llevaban a los mercados vecinos, pero también tenían plantaciones de tung y de árboles frutales. El cultivo del arroz ocupaba por lo menos una hectárea en cada chacra, dentro de las cuales también había plantaciones de tabaco y mandioca.

En un nuevo viaje que realizamos hacia ese mismo lugar meses más tarde, en compañía del gobernador del territorio, nos llamó la atención la insistencia con que los colonos japoneses le preguntaban qué quería que sembrasen, y cuáles eran los cultivos más convenientes a la economía de Misiones.

Esa actitud de los colonos tenía su explicación en dos circunstancias: primero, en el convencimiento de que, sembrasen lo que sembrasen, obtendrían buenas cosechas dada la fertilidad de la tierra; segundo, porque al querer contemplar la conveniencia general del territorio en la índole de sus cultivos, ponían de manifiesto su gratitud al lugar donde se habían enriquecido en pocos años, bien que con su propio y honrado trabajo.



NTRE Jardín América y Puerto Rico, donde llegaría a su término la nueva etapa de nuestro viaje, había una distancia de cuarenta kilómetros, que recorrimos también por la Ruta 12, con bastante lentitud, debido a que en esa zona había muchas colonias, pueblos y puertos que deseábamos conocer. En primer término encontramos la colonia Tabay, productora de yerba mate, tung y frutas cítricas. Cruzamos el arroyo del mismo nombre y llegamos a Puerto León, cuyas principales actividades se relacionaban con la explotación maderera. Algunos kilómetros más adelante, y una vez flanqueado el arroyo Cuñapirú, nos detuvimos en Puerto Mineral, donde se encontraban los grandes establecimientos yerbateros de la firma Martín y Cía., una de las primeras en dedicarse a esas actividades en el territorio de Misiones.

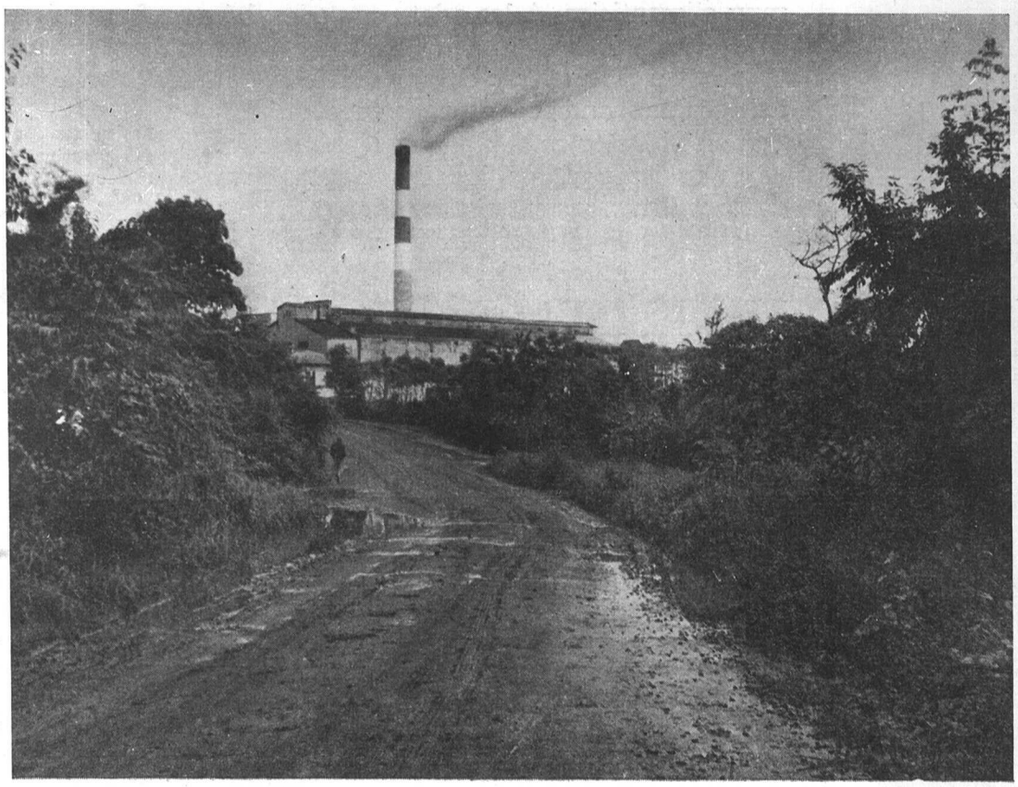
Puerto Mineral había sido fundado en el año 1918, por el señor Julio Martín, pionero de la industria yerbatera, fallecido en el año 1936 después de realizar una obra pocas veces igualada en esos lugares.

Dicho puerto era un verdadero emporio de riqueza y progreso, cuando lo visitamos. Había allí cultivos que abarcaban casi mil hectáreas para la yerba mate, cien para el tung, y muchas más dedicadas a las explotaciones forestales y de reforestación, donde trabajaban cuatrocientas personas, a las que se sumaban mil más durante los meses de la zafra.

Llamaba la atención, especialmente, la forma en que estaba mecanizado el trabajo, pues las plantas secadoras y de elaboración de yerba mate, eran de las más modernas que encontramos en el territorio. Lo propio podía decirse de los noques y galpones, con capacidad para el almacenamiento de dos millones de kilos de yerba mate.

En las inmediaciones de Puerto Mineral encontramos la colonia Oro Verde, donde estaban radicadas cien familias de colonos, con chacras que asombraban por la diversificación de los cultivos. Allí funcionaba una cooperativa que tenía cincuenta socios, con un capital subscripto y totalmente realizado de $ 174.960. En el último año, la producción de yerba mate de esa cooperativa había pasado de un millón de pesos, y la de tung de ciento setenta mil pesos. Había vendido, también, citrus, miel, tabaco y otros productos por valor de doce mil pesos.

En las proximidades de la localidad de Mbopicuá, encontramos la principal fábrica de derivados de la mandioca que había en Misiones.



Viajando siempre de sudoeste a nordeste, cruzamos el arroyo Capii Jhovy, y luego llegamos al puerto del mismo nombre en cuyas inmediaciones encontramos otra progresista colonia, de características similares a las ya mencionadas, aunque quizá de menor importancia. En Mbopicuá, población situada junto al arroyo de ese nombre, estaba el

más importante establecimiento para la industrialización de mandioca con que contaba entonces el territorio.

Entonces la fábrica estaba paralizada, para que fuesen montadas nuevas maquinarias y efectuaran algunas reparaciones, de suerte que sólo encontramos en ella a un encargado, cuyas informaciones fueron vagas y quizás un tanto temerosas. Repetía sin cesar que los dueños habrían tenido mucho gusto en atendernos, pero que no estaban. Y de allí no pudimos sacarlo.

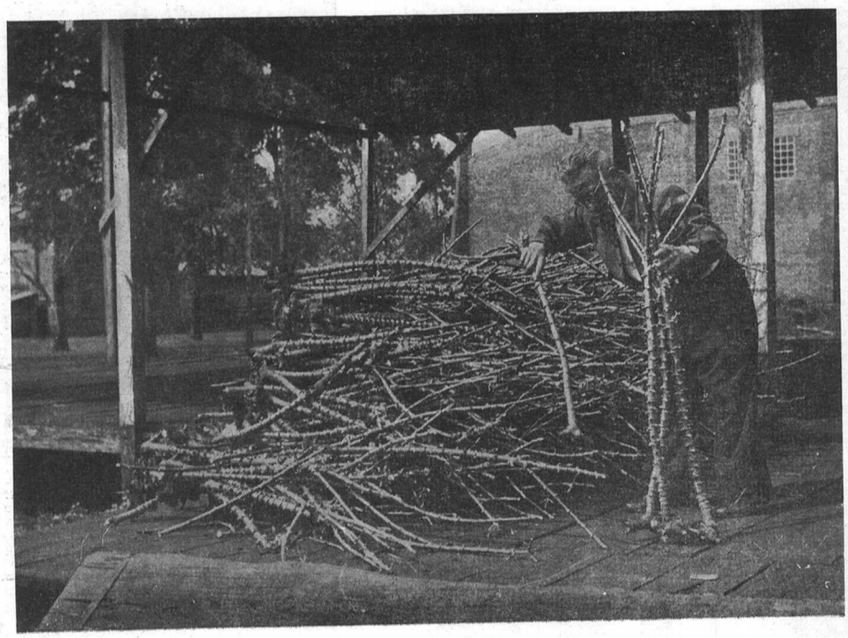
En realidad, las informaciones que podían proporcionarnos sólo se relacionaban con el volumen de producción del establecimiento, ya que estábamos enterados de que el único derivado de mandioca entonces en explotación, era el almidón obtenido de dicho producto.

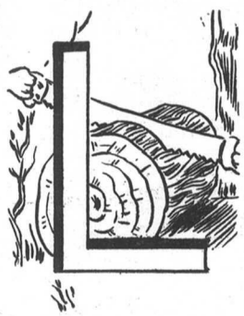
Independientemente de su industrialización en aquel establecimiento, la mandioca tenía gran demanda, pues reemplazaba al pan, por lo menos al tratarse de la gente del pueblo, que casi siempre la comía hervida. Se trataba de un tubérculo parecido a la papa, aunque más fibroso, que también se freía y con el cual podían prepararse diversos platos, muy alimenticios. A las criaturas se les daba en forma de puré, y para las familias pobres constituía el alimento principal, una vez trasformada en fariña.

Según las últimas cifras conocidas, Misiones tenía veinticuatro mil hectáreas de cultivos de mandioca, pero, como podrá advertirlo el lector en el mapa que publicamos en esta misma página, las tierras aptas para dicho cultivo se extienden por la casi totalidad del territorio.

Desde Mbopicuá habíamos proyectado llegar a Puerto Martín, que se encuentra a la misma latitud que aquél, sobre la margen del Paraná. Desdichadamente, el camino vecinal que unía a dichas localidades no estaba transitable, por haber sido destruído un puente durante las pasadas lluvias, y tuvimos que continuar por la Ruta 12, rumbo a Puerto Rico, sin conocer una localidad de cuya riqueza forestal nos habían hablado muchas veces.

Los misioneros tenían en la mandioca uno de sus principales alimentos, y con toda razón le daban el nombre de "el pan de los pobres".



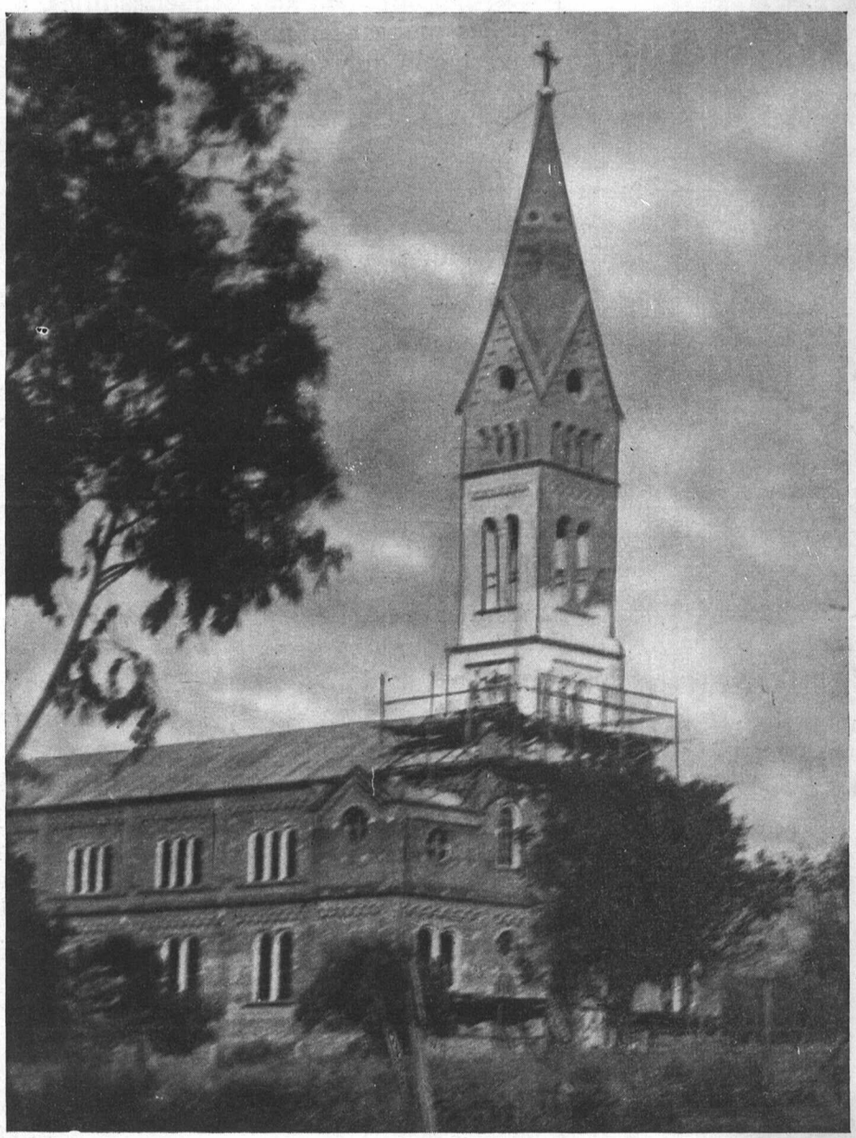


A colonia de Puerto Rico, y su vecina, la colonia San Alberto, eran de las más antiguas, entre las existentes entonces en Misiones. Había sido fundada en el año 1919, por la misma empresa colonizadora de Eldorado, con familias procedentes de Suiza y Alemania, cuyos hijos, ya argentinos, heredaban todas las peculiaridades físicas de los hombres pertenecientes a dichas nacionalidades.

Comparada con las colonias que habíamos visto hasta entonces, Puerto Rico no era, en verdad, una colonia más, sino una colonia diferente, cuya principal característica estaba representada por la predilección de los colonos hacia las crianzas y cultivos de tipo granjero. Esto no quiere decir, desde luego, que no hubiese allí plantaciones de yerba mate, tung y tabaco, como en otros lugares, sino que también podían encontrarse pequeñas explotaciones ganaderas, crianzas de aves y cerdos, quintas, colmenares y todo aquello que correspondiera a las granjas.

Al igual que todas las colonias prósperas y bien organizadas de Misiones, la de Puerto Rico contaba con su cooperativa, que integraban 292 socios, con un capital subscripto, y casi totalmente realizado, de $ 60.780, y con un movimiento de caja que se aproximaba a los seiscientos setenta mil pesos por año.

Todas las colonias del Alto Paraná estaban habitadas por católicos, que habían levantado hermosas iglesias frente a los anchos caminos.



Los colonos vivían confortablemente y estaban en buena situación económica, no porque hubiesen traído dinero de Europa, treinta años antes, sino porque lo habían ganado allí, con su honrado trabajo.

Habiendo pernoctado en ese lugar tuvimos ocasión de conversar con muchas personas, en el hotel de Puerto Rico, cuyo magnífico edificio, rodeado por frondosa vegetación, estaba dotado del confort más moderno.

Un colono joven, argentino hijo de suizos, que había estudiado en Buenos Aires, y que se encontraba otra vez allí, trabajando en su granja, terció ocasionalmente en la tertulia que se había formado antes de la cena, para decir cosas que nos parecieron muy ciertas.

El muchacho se lamentaba de las críticas que solían formularse contra los viejos colonos suizos, entre quienes se encontraban sus padres, y luego reflexionaba de esta suerte:

—No pueden dejar de querer la tierra donde nacieron, y la quieren. Pero ésta es también tierra de ellos porque aquí nacimos nosotros, sus hijos. Y todos estamos aquí, sobre esto que fué civilizado a fuerza de trabajo. Conservan sus viejas costumbres, pero en esta tierra dejaron sus energías, trabajándolas cuando eran jóvenes, y es aquí donde tendrán que dejar sus huesos.

En los puertos que tenía cada colonia para sacar sus productos, los paisajes eran siempre variados y de singular hermosura.

Después, un funcionario de la administración nacional, porteño radicado en Misiones desde hacía treinta años, se refirió a la situación económica de los suizos y alemanes de Puerto Rico, y para refirmar el sentido de sus palabras puso como ejemplo el caso de la señora propietaria del hotel donde estábamos.

—Conocí este hotel hace más de veinte años —dijo—, cuando era una modesta casa de madera con dos o tres piezas. La dueña del establecimiento enviudó entonces, quedando sin otra compañía que la de sus dos pequeñas hijas, argentinas ambas. Hablo de hace veinte años y muestro lo que aquí hay ahora, un magnífico hotel, tan confortable como el mejor de Misiones. Hoy, la viuda pobre de hace cuatro lustros es casi rica. ¿Y qué? Entre aquel comienzo fatigoso y el bienestar del presente hay veinte años de trabajo, de sufrimientos, de sacrificios, primero de una viuda joven que tenía que alimentar a dos criaturas, después de dos jovencitas que luchaban por asegurar su porvenir junto a la madre que avanzaba en años.

Durante la tertulia anterior a la cena y a lo largo de la amena conversación que la precedió, fueron aflorando pequeñas historias y modestos relatos, en cuya síntesis podía encontrarse la razón de la prosperidad, del bienestar y de la felicidad de esas colonias misioneras, que sólo pudieron nacer y desarrollarse merced a un continuado trabajo.

Antes de que nos retirásemos a descansar, un viejo colono alemán dijo que en cierta oportunidad, mientras viajaba leyendo una obra de Schiller, editada en alemán, alguien había dicho que debía obligarse a los extranjeros a leer libros criollos.

—¿Qué tenía de malo —comentaba— que prefiriese leer las poesías de Schiller en el idioma en que él las escribiera y no en una de las muchas malas traducciones, inclusive mutiladas, que a veces se encuentran? Admiro a Schiller, y querría que al igual que yo lo leyesen en alemán mis hijos, que son argentinos. Si a ellos, por ejemplo, les gusta más leer el *Martín Fierro* en su idioma, ¿qué tengo que criticarles?

En las palabras de ese hombre acababa de aflorar uno de los más profundos y silenciosos dramas de Misiones: el de la lucha entre los padres y los hijos, el de la herencia llegada de Europa contra la influencia de las fuerzas telúricas de la tierra colorada.

Lo que escuchamos durante aquella tertulia, volveríamos a escucharlo muchas veces a lo largo del viaje por Misiones: a los padres añorando la patria lejana que no verían nunca más, y a los hijos hablando de la tierra propia y pisando cada vez con más firmeza en ella.

Ese hecho, por lo demás, no tenía nada de extraordinario, pues se había registrado ya, y continuaría registrándose a través del tiempo, en todos aquellos países cuyas tierras semivírgenes fueron colonizadas por hombres que procedían de los más diversos y lejanos lugares.

UN tanto al nordeste de Puerto Rico, pero unida a él, aunque tenía puerto propio, encontramos a la colonia San Alberto, cuya organización y características eran muy similares a las de la anterior. Las propiedades integrantes de ambas estaban cruzadas por la Ruta 12, y para llegar hasta los puertos resultaba indispensable internarse por caminos que bordeaba frondosa vegetación y que los lugareños llamaban "maestrillas". En San Alberto, las explotaciones forestales estaban casi en su etapa de liquidación, pero no ocurría lo propio en Garuhapé, extensa propiedad perteneciente a la firma Arriazu, Moure y Garrasino, donde en esos momentos realizaban un interesante plan de colonización. Allí las explotaciones forestales estaban en todo su apogeo, pues resultaba indispensable llevar adelante las tareas de desmonte, para que los colonos se dedicasen al cultivo de la tierra.

Como se trataba de una de las propiedades más grandes del territorio, el plan de colonización tenía proyecciones poco comunes y la tierra a colonizar abarcaba ciento diez mil hectáreas. De dicha extensión, parte correspondía a la colonia Garuhapé, sobre la Ruta 12 y frente al Paraná, que entonces estábamos visitando, y parte a la colonia Salto Encantado, que tendríamos ocasión de conocer cuando regresáramos por la Ruta 14. Estas colonias, distantes aproximadamente cuarenta kilómetros una de la otra, se unían por medio de la Ruta Complementaria E, casi totalmente terminada entre las Rutas Principales antes nom-

Las explotaciones forestales estaban en todo su apogeo, y era dable encontrar en las playas enormes cantidades de troncos de árboles.

bradas. Como ya dijimos, la colonia Garuhapé empezaba a formarse, y su principal fuente de producción estaba representada por las explotaciones forestales, donde los colonos tenían ocupación, mientras se dedicaban al cultivo de los lotes de treinta hectáreas en que la propiedad había quedado dividida.

En el mapa que aparece en esta misma página, el lector podrá comprobar que ambas colonias quedaban comprendidas dentro de la zona de bosques, lugares en los cuales no puede haber colonización sin desmonte.

Eran esas actividades las que, al reclamar la instalación de aserraderos, daban margen a la formación de pequeños pueblos dentro de la propia colonia. Así, por ejemplo, tanto en el puerto Garuhapé como en los de Moreno y 3 de Mayo, funcionaban grandes aserraderos.

Al norte de Garuhapé, y después de cruzar, además del arroyo de ese nombre, los de 3 de Mayo y Yatay, nos detuvimos frente a un núcleo de casas, tendidas a lado y lado de la Ruta 12, en el mismo lugar en que nacía la picada del Puerto Paranay, donde en esos momentos había paralizado sus actividades un obraje, cuyo administrador, el señor Botta Castelli, al comentar ese hecho, dijo que no habían tenido suerte, o que, debido a un mal cálculo en lo relativo a las posibilidades, recursos y obligaciones, se veían en la necesidad de liquidar la empresa. El hombre, que parecía tranquilo, acotó, por fin, filosóficamente, que en Misiones siempre se está a tiempo de tentar suerte con una nueva empresa, a condición de que se le tenga amor al trabajo.

Siguiendo hacia el norte cruzamos el arroyo Paranay Miní (chico), y luego el Paranay Guazú (grande), este último tan caudaloso como un río. Encontramos después el arroyo Taruma, afluente del anterior, y nos apartamos momentáneamente de la Ruta para visitar Puerto Avellaneda, donde había explotaciones forestales parecidas a las de Garuhapé, pero de menor importancia, y donde era mayor la extensión de tierra cultivada.

De nuevo en la Ruta, cruzamos otros dos arroyos, el Blanco y el Tacuruzú, para internaros luego por una picada que nos condujo al puerto de Caraguatay, en cuyas inmediaciones encontramos una floreciente colonia, muchos de cuyos propietarios eran criollos, y no misioneros, sino porteños.

Esa colonia era completamente distinta a Puerto Rico y a Monte Carlo, término de la etapa que entonces estábamos realizando, pues faltaban las explotaciones de tipo granjero y prevalecían las de yerba mate y forestales.

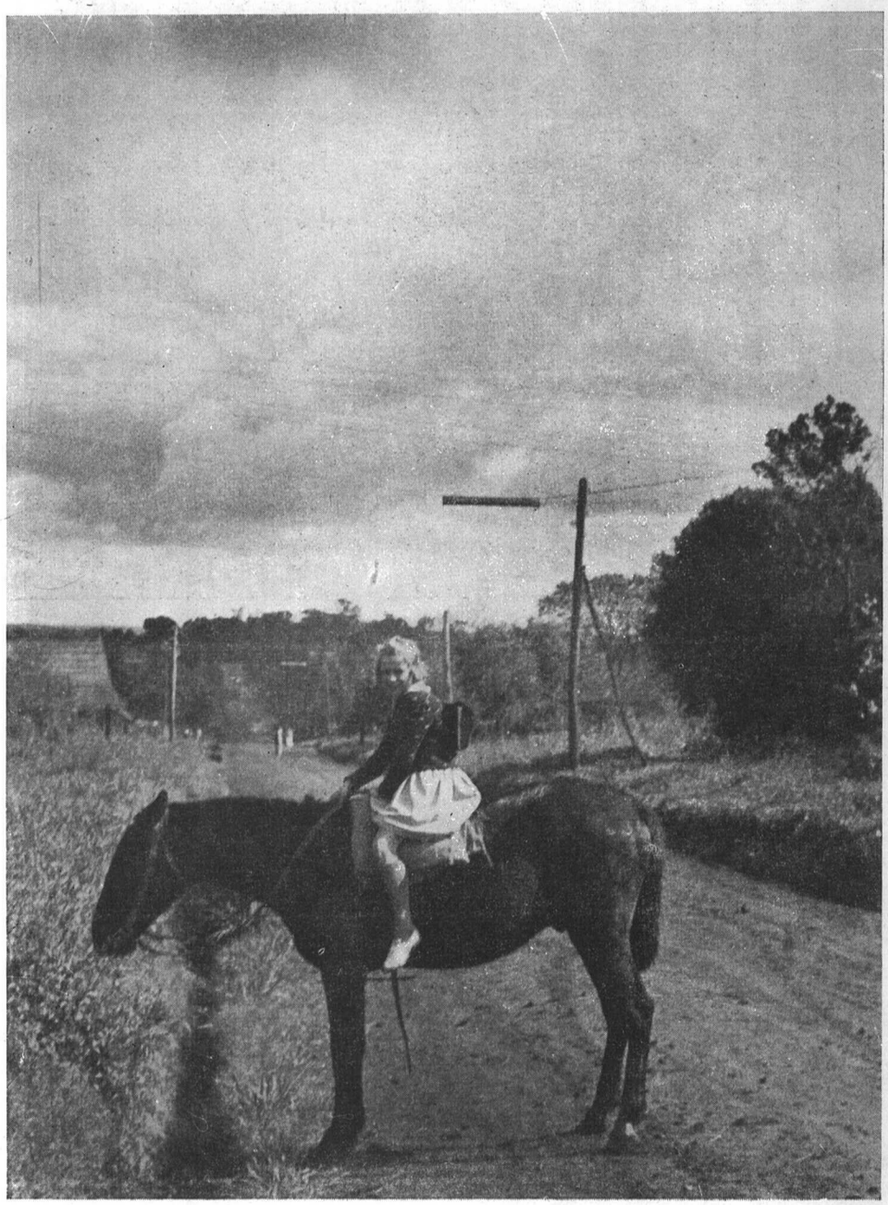
En el pueblo, que estaba junto al puerto, había construcciones de cierta jerarquía, pero éstas eran mejores en las propiedades rurales, ya que allí vivían durante casi todo el otoño y el invierno —tiempo de cosecha durante el cual se disfruta de un clima agradable—, los propietarios, que pasaban el verano en Buenos Aires o en Mar del Plata.

Al seguir viaje de Caraguatay para Monte Carlo, volvimos a cruzar otro caudaloso arroyo, que llevaba el nombre de la primera de aquellas colonias, y cuando nuevamente salimos de la Ruta 12, para penetrar a una picada a cuyos lados se encontraba el pueblo de Monte Carlo, recibimos la más grande sorpresa imaginable, pues ese pequeño pueblo tenía luz fluorescente en sus calles.

HABIAMOS llegado a Monte Carlo en momentos en que, oscuro ya, se encendían, en la ancha picada que le sirve de calle principal, los largos y blancos tubos de la luz fluorescente. El pueblo, la colonia toda, a decir verdad, se encontraba de fiesta, porque para esas gentes, que viven dedicadas al trabajo y que frecuentemente han de vencer muchas dificultades, la visita del gobernador del territorio —que en esos momentos se encontraba en Monte Carlo—, significaba la posibilidad de mostrar los problemas lugareños sobre el propio terreno y obtener el apoyo oficial para la solución de los mismos. De ahí los festejos preparados y los actos realizados durante el día, mientras vecinos y funcionarios recorrían los caminos, las escuelas y las propiedades de la colonia, en compañía del primer mandatario de Misiones.

La colonia Monte Carlo, al igual que Puerto Rico y San Alberto, había sido fundada en el año 1919, por la compañía colonizadora de Eldorado, y su población estaba principalmente integrada por suizos, alemanes y argentinos descendientes en primera o segunda generación de aquéllos. Era, como las anteriormente mencionadas, una colonia de agricultores propietarios y sólidamente afianzados, especialmente desde el punto de vista económico. La cooperativa agrícola de Monte Carlo había sido fundada en el año 1931, por 94 colonos pobres, que no alcanzaron a reunir más que cuatro mil ochocientos pesos en total. Diecinueve años después, es decir, en 1950, nosotros encontramos allí a los mismos colonos pobres de aquel tiempo, o a los descendientes de ellos, enriquecidos por el trabajo y por la acción constructiva y defensiva que realizaran a través de la cooperativa, la cual contaba entonces con 413 socios y un capital subscripto, y casi totalmente realizado, de $ 229.350. Empero, no eran las cifras relativas al capital de la cooperativa las que daban idea cabal de la prosperidad de esos colonos, sino las correspondientes al monto de la producción comercializada directamente por la misma, cuyos rubros principales arrojaban los siguientes guarismos, en el ejercicio que abarcaba la cosecha del año 1950: yerba mate canchada, $ 1.603.161; tung, $ 660.000; tabaco, $ 120.931. Las cifras relativas a las ventas efectuadas durante el mismo año, por la sección consumo de la propia cooperativa, eran mucho más sorprendentes,

Los caminos eran rojos, como largas y anchas correntadas de sangre, cuyo vigor desafiaba el intenso color verde de la flora milenaria.



Había en esos lugares grandes plantaciones de frutas cítricas, que se caracterizaban tanto por la calidad como por el tamaño de las mismas.

pues alcanzaban a $ 1.137.316.

Fué a los integrantes de esta próspera y rica colonia a quienes encontramos, la misma noche de nuestra llegada a Monte Carlo, reunidos en el club social de la localidad, donde agasajaban con un banquete al gobernador del territorio, acto en el cual también colaboraba lo más caracterizado de la colonia Caraguatay.

Las doscientas personas que participaban en el banquete fueron servidas por un conjunto de jóvenes, de las cuales habría podido decirse que eran nórdicas trasladadas repentinamente a Misiones. No obstante, eran nativas del lugar, hijas de colonos con quienes compartían las diarias faenas.

Cuando el banquete hubo llegado a su término, el colono encargado de ofrecer la demostración lo hizo con pocas palabras y empezó disculpándose por no haber podido brindar algo mejor.

—Tenga en cuenta el señor gobernador y su digna comitiva —dijo el hombre— que esta mesa fué tendida por manos de mujeres campesinas, nuestras esposas, hijas y hermanas, y que esas mismas mujeres, después de preparar los platos aquí servidos, los hicieron llegar hasta los invitados en sus propias manos, mucho menos acostumbradas a la etiqueta que al diario trabajo.

Contestó el gobernador del territorio, y luego aparecieron los demás oradores, todos los cuales pidieron algo, aprovechando la cordialidad del ambiente. Al mismo tiempo, felizmente, también ofrecieron algo. Al tratarse de pavimentar la calle principa de Monte Carlo, ofrecieron pagar los jornales y pidieron camiones; si el proyecto se refería a la apertura de algún camino vecinal, se comprometían a contribuir con el t einta por ciento, siempre que el Estado lo hiciera con el setenta por ciento restante.

Habiendo abandonado Monte Carlo al día siguiente, ignoramos en qué forma se pondrían de acuerdo para llevar a buen término los proyectos, pero tenemos el convencimiento de que sabrán realizarlos.

Después de descansar esa noche en un pequeño y confortable hotel de propietarios suizos que había en la localidad, nos disponíamos, a la mañana siguiente, a continuar viaje rumbo a Eldorado, cuando apareció el chófer con un cargamento de naranjas, limones y pomelos de hermoso aspecto, que nos entregó diciendo que se trataba de frutas procedentes de una chacra de su propiedad, situada en esos lugares, donde, además, como en casi todas las propiedades de la colonia, cultivaba hortalizas, criaba ovejas, gallinas, cerdos, caballos y vacas.

UNOS kilómetros al nordeste de Puerto Rico volvimos a salir de la Ruta 12, para internarnos hacia el río Paraná por la Picada Laharrage, que conducía al puerto del mismo nombre. Según nuestras referencias, se trataba de uno de los más grandes obrajes del territorio y, por encima de todo, de un establecimiento muy bien organizado. Desgraciadamente, no nos acompañó la suerte en esta parte del trayecto, y tuvimos que privarnos del placer de comprobar los resultados obtenidos con otro gran esfuerzo misionero. Poco después de haber penetrado a la picada, próximo ya el mediodía, empezó a fallar el motor del automóvil y tuvimos que detenernos. En el primer momento, el chófer atribuyó el mal funcionamiento del motor a las bujías, que quitó y limpió prolijamente. Pero el mal no estaba allí, evidentemente, y entonces empezó a buscarlo por otra parte. Quizás se tratase del carburador, a cuyo desarme procedió en seguida, pero entonces resultó que tampoco allí había desperfectos.

La historia de la falla del motor sería larga y poco interesante, especialmente porque, terco el chófer en no aceptar ayuda de nadie, despedía con frases que querían ser de cortés agradecimiento, pero que siempre resultaban hoscas a quienes pasaban por allí conduciendo otros vehículos. El hombre desarmaba y volvía a armar las diversas piezas del motor, mientras el tiempo transcurría y aumentaban nuestros deseos de llegar cuanto antes a un lugar donde nos fuese posible comer algo.

Por fin, próxima ya la caída de la tarde, y en momentos en que empezaba a llover, fuimos nosotros mismos los encargados de hacer señas al conductor de un camión para que se detuviera y ayudara al chófer a reparar el desperfecto.

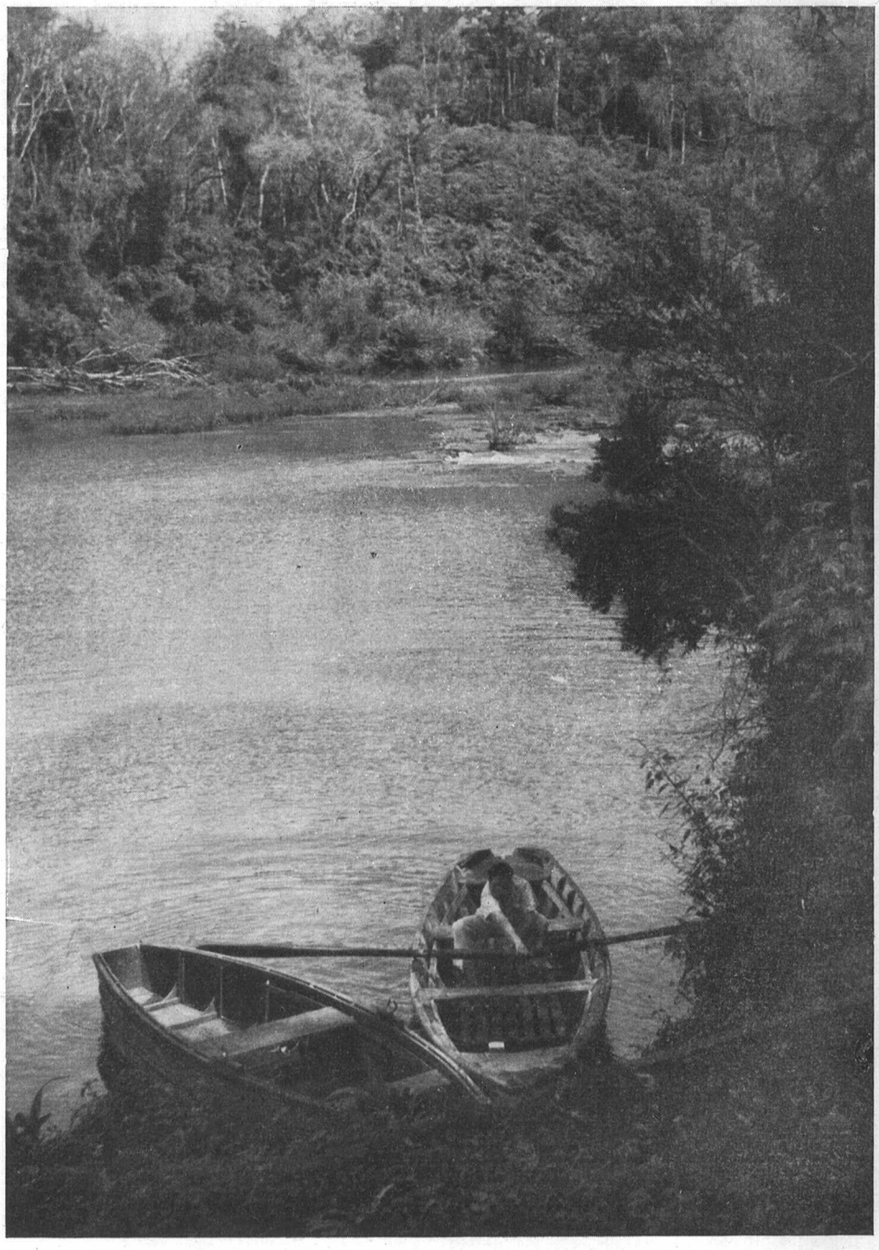
Los conductores se consultaron y después discutieron sobre si el mal estaba aquí o allá, en esto o en aquello, para finalizar poniéndose de acuerdo cuando ambos tuvieron en sus manos un cable suelto.

Mientras tanto había empezado a llover copiosamente y el chófer, al poner en movimiento el automóvil, nos anunció:

—Ahora hay que correr sin miedo, porque si llueve mucho y crece el Piray Guazú, "la petiza" no nos dará paso.

Estábamos ya fastidiados, porque, ni habíamos comido, ni podíamos ir a Puerto Laharrage, ni tenía-

Paisaje en el balneario del Piray-Guazú, construído por Vialidad Nacional, junto a una de las viviendas pertenecientes al Distrito 15.



Paisaje en la selvosa región misionera del Alto Paraná, junto a uno de los importantes puertos naturales del curso medio de aquel río.

mos seguridad de llegar a Eldorado, término de esa etapa del viaje. Además, no entendíamos qué tuviese que ver "la petiza" con el río y el camino. Luego resultó que "la petiza" era un puente muy bajo, construído sobre el Piray Guazú.

En esa oportunidad no ocurrió lo mismo que otras veces con la lluvia. No se trataba de un fuerte aguacero, a cuyo términoel viento o el sol se encargaría de secar el camino. La lluvia fué entonces menos fuerte que en oportunidades anteriores, pero más persistente. El cielo estaba cubierto por densas nubes bajas y todo parecía velado por una cortina de agua nada transparente.

Pese a su deseo de que llegásemos cuanto antes al término de esa etapa, el chófer no pudo lanzar el vehículo a grandes velocidades, porque la carretera estaba blanda, jabonosa, y en tales condiciones se corría el riesgo de pasar la noche caídos en una cuneta. Felizmente pudimos llegar al arroyo Piray Guazú —algo más que un arroyo, ya que tenía cerca de doscientos metros de ancho— cuando aun no había crecido y pudimos cruzarlo sin novedad por un puente bajo, indestructible, porque al producirse las grandes crecientes el arroyo elevaba sus aguas hasta veinte metros sobre el nivel del puente, haciendo que pasaran sobre él los enormes troncos que arrastraba después de arrancarlos de cuajo de las riberas.

Desde el puente del Piray Guazú hasta la población de Eldorado había aproximadamente diez kilómetros de camino sumamente accidentado, aunque muy bueno, que habríamos podido recorrer en un cuarto de hora, no obstante lo cual resolvimos dejarlo para el día siguiente, no sólo porque ya había entrado la noche y continuaba lloviendo, sino por que el Jede del Distrito 15 de Vialidad Nacional, que nos acompañaba, había hecho preparar alojamiento en el "refugio" de dicha Repartición.

N las inmediaciones del "refugio" de Vialidad Nacional, donde habíamos pasado la noche, encontramos, en las primeras horas del día siguiente, la más extensa zona reforestada con pinos en todo el territorio de Misiones. Dicha reforestación había sido llevada a cabo, por la Celulosa Argentina, en una propiedad cuya extensión alcanzaba a ochenta y tres mil hectáreas, totalmente comprendidas en la Zona de Bosques.

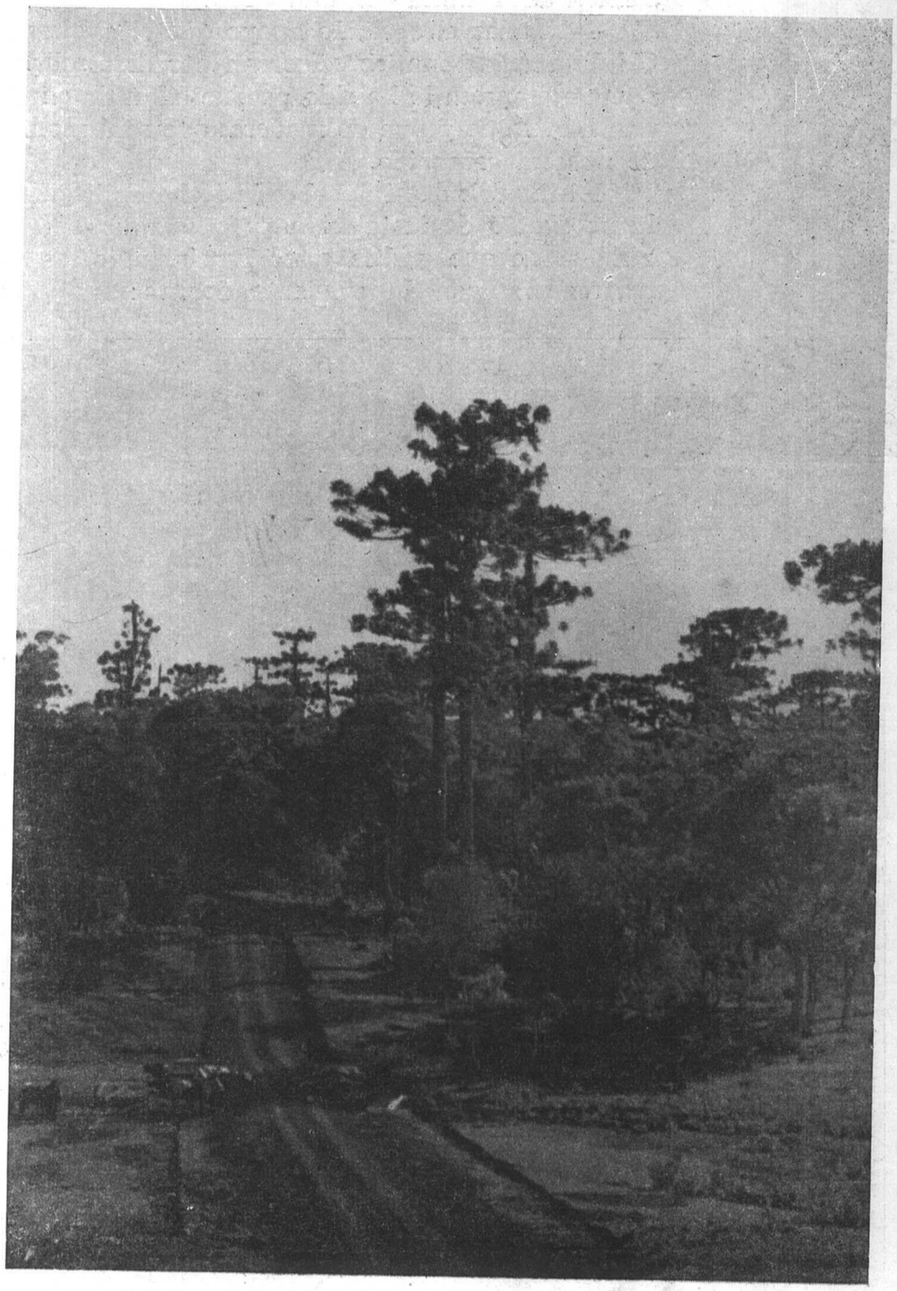
La Celulosa Argentina, que había iniciado sus actividades forestales en aquellos lugares, hacia el año 1943, tenía un capital registrado de ciento sesenta millones de pesos, y era, por consiguiente, una de las más importantes empresas del territorio, con una propiedad básica, para sus operaciones, que abarcaba una extensa zona, boscosa y accidentada, de fértiles tierras, desde la costa del Alto Paraná hasta la Ruta 14, zonas, ésas, que estaban unidas por una magnífica carretera particular de sesenta y seis kilómetros de longitud.

Antes de visitar el área de reforestación, comprendida entre la Ruta 12 y el Paraná, recorrimos la Picada Piray —tal el nombre del camino construído por la Celulosa.

En el transcurso de dos horas, aproximadamente, llegamos hasta la Ruta 14, en las inmediaciones de San Pedro, y desde allí iniciamos el regreso, siguiendo un ancho camino que llamaba la atención por la magnífica graduación de sus desniveles. Cerca de la Ruta 14, la Picada Piray tenía a lado y lado grandes araucarias naturales, semejantes a las que podían verse junto a la ruta antes mencionada; luego se cruzaba una zona muy boscosa, donde ni siquiera se había terminado de explotar la madera de ley, y por fin, ya cerca de la Ruta 12, volvían a encontrarse pinares, pero esta vez procedentes de viveros.

La Picada Piray había sido trazada teniendo en cuenta que tendría que servir, principalmente, para bajar maderas desde las alturas de la Sierra de Misiones hacia Paraná. De ahí el equilibrio buscado para sus desniveles, los cuales permitían, en muchas partes, que los vehículos cargados descendieran sin mayor consumo de combustible

En el entronque de la Picada Piray con la Ruta 14 quedaban aún en pie grandes pinares naturales, que en muchos casos eran centenarios.



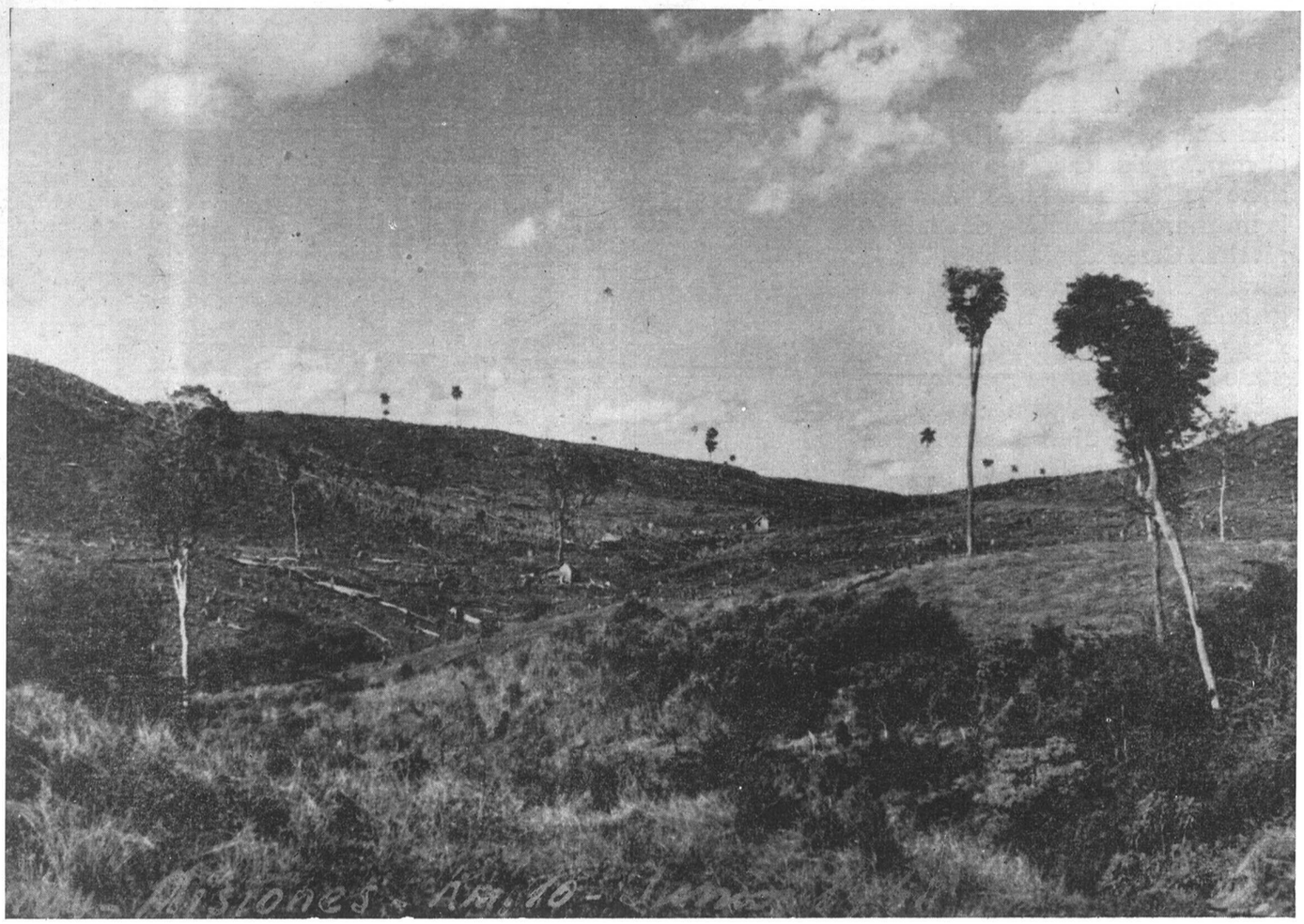
y casi por gravitación propia. Corriendo de este a oeste, la Picada Piray cruzaba una zona singularmente accidentada, en la cual había sido necesario proceder a la construcción de un camino de alta montaña, con curvas ascendentes y descendentes perfectamente protegidas en sus laderas. El resto de la carretera estaba trazada sobre terreno arcilloso, al que le habían agregado espesas capas de ripio. Entre las obras de arte construídas se destacaban los puentes sobre losarroyos Antas, Las Islas, León y Mborá.

La reforestación empezaba en las inmediaciones de la Ruta 12, y se prolongaba hasta el ría Paraná, abarcando en conjunto más de mil hectáreas, con plantaciones de uno a ocho años.

Los encargados del establecimiento, a quienes preguntamos cuál sería el destino de las grandes plantaciones de pino que estábamos viendo, nos manifestaron que la industrialización de los mismos estaba proyectada en combinación con las fábricas de papel que la misma empresa poseía en el puerto bonaerense de Zárate, y en la población santafecina de Juan Ortiz.

—Gracias al decidido apoyo que el gobierno nacional presta a quienes, como la Celulosa Argentina, se esfuerzan por desarrollar nuevas industrias —nos dijeron—, a nuestra empresa le ha sido posible adquirir en Suecia una instalación completa para una fábrica de pulpa de madera, que será montada en el Puerto de Piray, propiedad de nuestra compañía.

Al inquirir detalles sobre la fecha de llegada al país de dicha maquinaria, su costo, lugar exacto de instalación y fecha aproximada en que podría estar funcionando, respondieron en la siguiente forma:

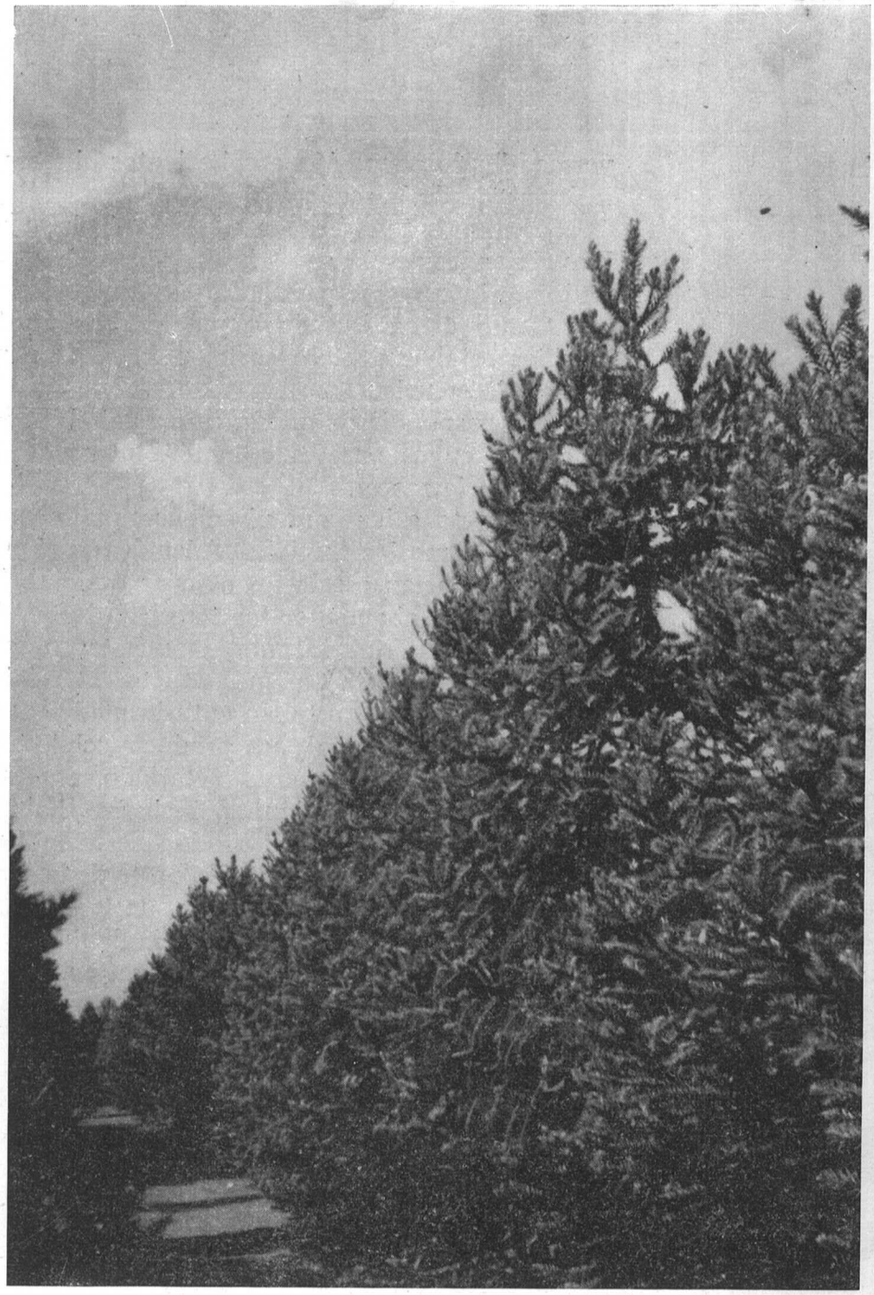


Antes de iniciar las tareas de reforestación, la Celulosa Argentina se había visto en la necesidad de desmontar grandes extensiones.

—Las instalaciones completas de la fábrica han costado algo más de un millón de dólares, y en estos momentos navegan hacia nuestro país, ocupando en su totalidad un barco de gran tonelaje. Respecto del lugar exacto en que instalaremos la fábrica, sólo podemos decir que será en el puerto de Piray, en un sitio a determinar oportunamente. Lo propio hemos de manifestar sobre la fecha en que las instalaciones han de quedar terminadas, para que la maquinaria sea puesta en funcionamiento. Ello, como debe comprenderse, depende de muchas circunstancias. No obstante, creemos que el plazo no será superior a tres años.

A una nueva pregunta nuestra, relacionada con el posible destino de la celulosa de madera a obtenerse en Piray, se nos dijo que, presumiblemente, sería trasladada a las fábricas que la misma empresa posee en Zárate y en Juan Ortiz, para destinarla a la fabricación de papel.

Antes de partir para Misiones nos habíamos informado, en Buenos Aires, de que la fábrica de papel que la Celulosa Argentina tiene en el puerto de Zárate, estaba a punto de fabricar bobinas con destino a las rotativas de los diarios. Por lo tanto, creíamos que aquel hecho se relacionaba con la instalación de la fábrica de celulosa de madera de Piray y preguntamos si esa suposición era exacta.



La reforestación se había iniciado en la costa del Paraná y llegaba hasta la Ruta 12, en cuyas inmediaciones las plantas tenían tres años.

—Por lo que a nuestra empresa se refiere —nos contestaron—, es posible que a mediados de 1951 la fábrica que tenemos en el puerto de Zárate esté en condiciones de producir bobinas de papel, destinadas a las rotativas de los diarios. Empero, esto no depende sólo de nuestra empresa, y antes de dar una opinión terminante será necesario esperar a que transcurra ese plazo. En cuanto a la utilización de la celulosa de madera a obtenerse en Piray, para la fabricación de aquel papel, ello no podrá iniciarse sino dentro de tres años, ya que, como hemos manifestado, será necesario este tiempo para que la nueva fábrica quede en funcionamiento.

Formulamos aún otra pregunta, relacionada con los pinares, tratando de saber si el área de reforestación sería ampliada.

—La ampliación es permanente —respondieron—, y lo sería mucho más, de no tropezar con serias dificultades para la obtención de semilla.

Después fuimos a visitar el puerto, y nos detuvimos en un gigantesco aserradero, cuya producción pasaba de un millón de pies de madera aserrada. Había también allí trescientas hectáreas con plantaciones de tung y, según informaciones que nos proporcionaron, la empresa había invertido más de cinco millones de pesos en obras di-

versas, dando ocupación a ochocientos obreros, la mayoría de los cuales trabajaba en la industria de la madera.

Visitamos también los edificios de la administración, ciento cincuenta confortables viviendas destinadas a las familias del personal, y un moderno edificio escolar, donado por la empresa para el funcionamiento de una escuela primaria.

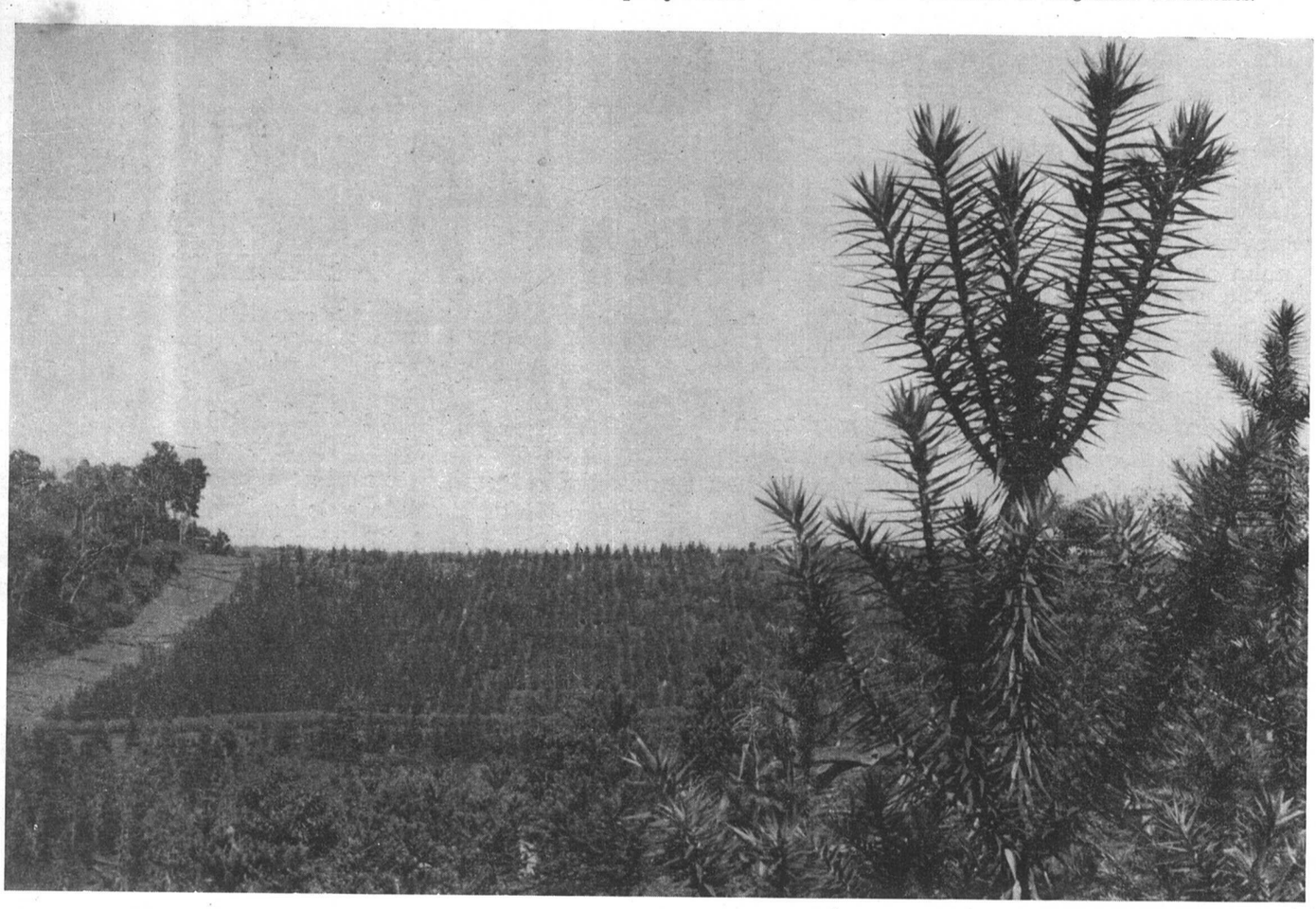
Como dicha escuela se encontraba en las inmediaciones del puerto, y muchas familias estaban instaladas lejos de ese lugar, preguntamos en qué forma llegaban los niños a la escuela.

Nos respondieron que la empresa había puesto a disposición de los escolares un colectivo, cuyos pasajes eran absolutamente gratuitos, lo mismo que el servicio médico y de farmacia.

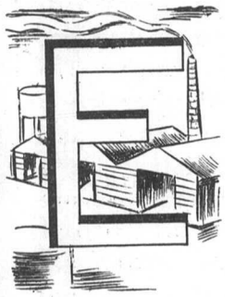
Respecto a las comunicaciones, pudimos comprobar que eran normales, tanto las terrestres como las fluviales. Además, en el puerto había sido construído un aeródromo, en el cual hacían escala los aviones que cubrían la línea Posadas-Iguazú.

Antes de abandonar los terrenos de laCelulosa nos detuvimos a conversar con algunos obreros, quienes nos manifestaron, como ya había ocurrido en otro lugares de Misiones, que no tenían conflictos gremiales, y que las condiciones de trabajo eran buenas. Todos ellos estaban entusiasmados con la noticia de que iba a ser instalada en breve plazo la fábrica para producir celulosa de madera, y no descartaban que, al reunirse allí un numeroso proletariado, con sus correspondientes familias, tendría que formarse un pueblo. Algunos, inclusive, hablaban de la posibilidad de que la Celulosa Argentina contemplara, al producirse aquel hecho, la conveniencia de llevar a cabo una obra colonizadora, fraccionando parte de la gran propiedad que posee.

Se trataba, sin duda alguna, de trabajos futuros, de empresas que ni siquiera habían sido objeto de serios proyetcos.



Las plantaciones de pinos que entonces habían cumplido dos años eran muy grandes y se encontraban en magníficas condiciones.



ELDORADO

L nombre de aquella población era de leyenda, y parecía evocar los lejanos tiempos en que los conquistadores, trastornados por la fiebre del oro, aseguraban haber visto, en algunas regiones del Nuevo Mundo, ciudades cuyas casas estaban construídas con oro. La historia de Eldorado es harto conocida para que valga la pena recordarla, especialmente porque esa historia no existe, como no existió jamás Eldorado que los españoles buscaban tan resueltamente en tierras de América. No obstante, Eldorado que conocimos en Misiones tenía algo de Eldorado de la famosa leyenda, diferenciándose de él en que su oro no era amarillo y metálico, sino vegetal y verde.

El pueblo tenía una sola calle, y la extensión de esa calle se aproximaba a treinta y cinco kilómetros. Además, estaba dividido en tres grandes núcleos, denominados: Eldorado Sud, Eldorado Centro y Eldorado Norte. Por fin, como si no fuese suficientemente extraordinaria esa forma de organizar un pueblo, las viviendas estaban agrupadas a lo largo de esa interminable calle, de kilómetro en kilómetro, a partir de la margen izquierda del Alto Paraná, y hasta donde empezaba la selva.

Los colectivos que realizaban el transporte de pasajeros por esa arteria, llevaban letreros como éstos: "De kilómetro uno a

La población de Eldorado estaba formada por una sola calle de más de treinta kilómetros de extensión. Esta vista corresponde al kilómetro diez.

Oficinas de telecomunicaciones, en el kilómetro diez de la población de Eldorado. El edificio había sido construído poco antes.

diez" o "De kilómetro diez a kilómetro veinticinco". Aunque los pasajeros podían hacer detener los vehículos en cualquier parte, para subir o bajar, las paradas se realizaban normalmente cada kilómetro, es decir, al llegar a cada "subpueblo", ya que tales parecían, dentro de Eldorado, los núcleos de casas escalonados a las mencionadas distancias.

Allí no había ranchos, y aunque muchas viviendas estaban construídas con madera, eran amplias, confortables, y las ocupaban familias de cómoda posición económica, generalmente afectas a la lectura, a la música y también al cultivo de las bellas artes. Había, además, hermosos edificios de material, ocupados por instituciones oficiales y particulares, la mayoría de los cuales se encontraban en el kilómetro diez, lugar de entronque de la Ruta 12 con la calle que daba forma al angosto y largo pueblo.

La distancia que mediaba entre cada "subpueblo" estaba ocupada por propiedades rurales, y no dejaba de ser curioso el encontrar junto a una moderna y hasta lujosa construcción, plantaciones de tung, de yerba mate, fábricas de aceite de tung, aserraderos, molinos, talleres mecánicos e inclusive la más grande envasadora de frutas cítricas que funcionaba en esos momentos en el país.

A lado y lado de la calle, de trecho en trecho, aparecían picadas, angostos caminos casi siempre serpenteantes, que desempeñaban el papel de calles y que penetraban a la colonia. Al avanzar por esas picadas, hacia el norte o rumbo al sud, no encontramos rastros de las inmensas selvas tan recordadas por Bonpland en sus escritos. Esas selvas habían sido taladas o quemadas por la mano del hombre, que luego se había encargado de forjar allí el alucinante espectáculo que ofrecían inmensos y ondulantes campos de tierra colorada, cubiertos por millones de árboles de tung, de yerba mate y de frutas cítricas.

Cuando más se detenía el viajero a observar aquel singular pueblo y aquella maravillosa colonia, más convencido estaba de encontrarse en Eldorado de las viejas leyendas, pero no en aquel país milagroso donde todo estaba hecho y donde quien lo descubriera sólo tendría que entregarse al deleite de infinitas maravillas, sino en una tierra que había sido conquistada mediante el sacrificio, y cubierta de oro verde a lo largo de treinta años de continuo trabajo.

Como todos los pueblos, como todas las colonias, como todos los lugares poblados de Misiones, Eldorado tenía una historia y esa historia, por extraordinaria, parecía rebasar sus propios límites, para invadir el mundo de las leyendas

Dos colonos, y al propio tiempo dos industriales de Eldorado, los hermanos Carlos y José Zettelmann, cuyas propiedades visitaríamos poco después, nos refirieron un episodio conmovedor, relacionado con las inmigraciones en masa de gentes nórdicas hacia el nordeste argentino. Recordaban haber escuchado en Europa, siendo muy niños, los relatos que el padre hacía sobre Misiones, en cuyo territorio había estado a fines del siglo pasado. Hablaba él de esos lugares como de un paraíso terrenal, y repetía insistentemente que tan pronto como sus pequeños hijos estuviesen en edad de empren-

der el largo y fatigoso viaje, iría a radicarse para siempre "al país de la tierra colorada".

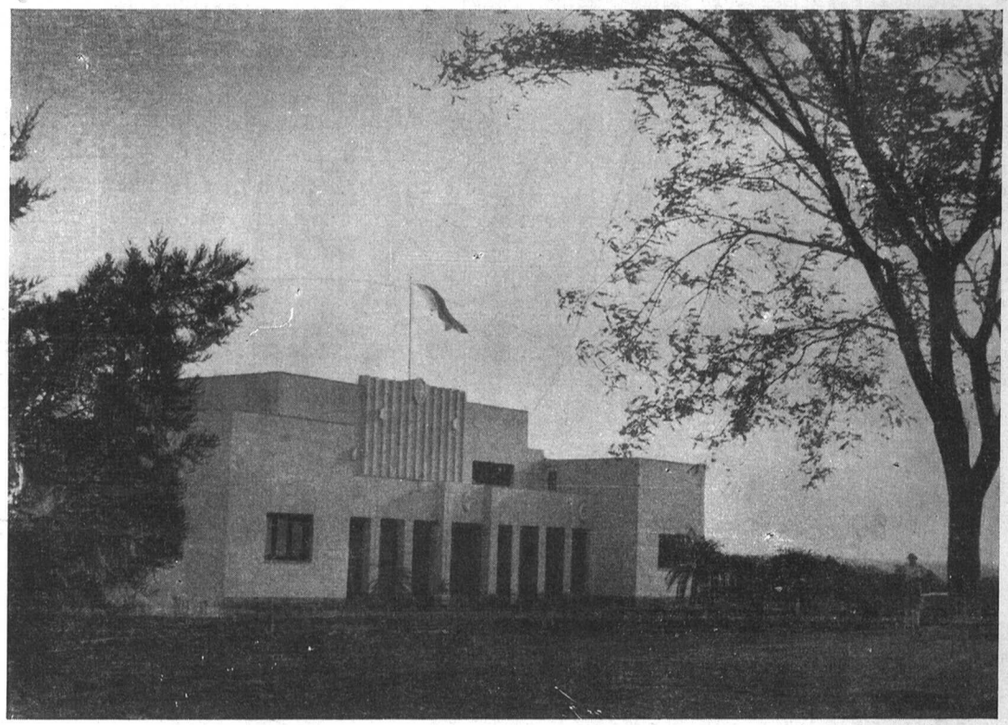
En el año 1919, cuando el señor Zettelmann se disponía a partir para Misiones, acompañado por su esposa y los tres pequeños hijos de ambos, enfermó repentinamente, debiendo permanecer en cama algún tiempo y falleciendo poco después, sin haber podido llevar a término la mayor ilusión de su vida. Pero murió alimentándola, al extremo de que, convencido de que no sobreviviría al mal que lo afectaba, se despidió de la esposa recordándole que el porvenir de sus hijos estaba en Misiones, y que tan pronto estuviesen en edad de trabajar, debería llevarlos hacia aquellos lugares.

Ocho años más tarde, en 1927, la viuda de Zettelmann desembarcaba en el puerto de Eldorado, para dar cumplimiento a la última voluntad de su esposo, acompañada por los tres hijos de ambos: Ricardo, de 18 años; Carlos, de 16; y José, de 14.

Lo que había ocurrido después con esa viuda y esos muchachos, era lo mismo que ocurrió, en términos generales, con todos los colonos de Eldorado. Adquirieron una extensión de tierra cubierta de selva; talaron árboles de maderas de ley y quemaron lo restante; limpiaron la propiedad de maleza y edificaron una modesta vivienda; abrieron picadas para comunicarse con los restantes habitantes de la colonia; se alimentaron con parte de los animales que criaban y de las hortalizas que cultivaban; sembraron tabaco, citrus y yerba mate; fueron cancelando el valor de la propiedad, adquirida a precios ínfimos, con el producto del propio suelo, y un buen día, formada la colonia, perfeccionados los cultivos, acrecentada el área de la propiedad mediante nuevas adquisiciones, y aumentado en un mil por cien el valor de la tierra, se encontraron con que eran ricos, con que se habían convertido en millonarios. Cuando nosotros llegamos a Eldorado y conocimos a los hermanos Zettelmann, desaparecido ya el mayor de ellos, eran propietarios de la Envasadora de Citrus Iguazú —a la que luego nos referiremos—, cuyas maquinarias costaban un millón de pesos, así como de veintitrés hectáreas cultivadas con yerba mate y de 85 que tenían plantaciones de frutas.

Los Zettelmann habían llegado a Eldorado en 1927, cuando ya la colonia estaba parcialmente formada, pues la aventura tuvo comienzo en 1919, y si bien era cierto que la financiación de tan extraordinaria empresa había estado a cargo de una sociedad comercial denominada "Empresa Colonizadora y de Explotación de Bosques, S. A.", todos sabían y recordaban que esa aventura sólo había podido realizarse merced al entusiasmo, a los esfuerzos y al lirismo de un visionario, el señor Adolfo Schwelm, fallecido hacía poco tiempo.

La municipalidad de Eldorado, de reciente creación, ocupaba un moderno y confortable edificio, que había sido construído un año antes.



Años después de haber iniciado ese gran esfuerzo, y cuando la colonia Eldorado era una realidad y no una promesa, el propio señor Schwelm se encargó de referir, en una conferencia dictada en Londres, cómo había sido iniciada la colonización del Alto Paraná, y por qué causa.

Dijo el fundador de El-

dorado en aquella oportunidad, que una accidentada excursión realizada a las Cataratas del Iguazú, cuando había terminado la primera guerra mundial, le brindó oportunidad de conocer la región central de Misiones ubicada frente al Alto Paraná, y que, deslumbrado por la exuberancia del suelo, resolvió hacer otras evcursiones, que eran de índole exploradora, al par que recreativas. Recorriendo esos lugares, encontró, según sus propias palabras, "una región prodigiosa, en fuerza de fértil y de espléndida", a la cual quiso volver una y otra vez, para pasar largas temporadas a orilla del río e internarse luego en la maraña de los bosques, conviviendo con los escasos nativos que allí moraban. Finalmente, y éstas vuelven a ser palabras textuales del señor Schwelm, "enamorado de las enormes posibilidades agrícolas de Misiones, y respondiendo a la misteriosa fascinación que ejerce sobre el hombre aquella naturaleza", se dió a la tarea de conseguir capitalistas que financiaran la adquisición de sesenta mil hectáreas de bosques, para iniciar la más extraordinaria colonización que se registra en los anales de la historia argentina. Reunidos los capitales necesarios, y organizada la empresa colonizadora, el señor Schwelm, nombrado administrador general de la misma, se trasladó a Europa para preparar el viaje de los futuros colonos, todos ellos daneses, en los primeros tiempos.

Si el lector quiere imaginar aproximadamente lo que tendrían que luchar aquellos primeros colonos, será necesario que se interne hacia los bosques que aún quedan en ciertas regiones del Alto Paraná, donde no es posible dar un paso en la selva sin correr el riesgo de ser picado por las víboras, donde en aquel tiempo abundaban la malaria y otras enfermedades subtropicales, y donde, por fin, la selva vuelve a cubrir un camino a los pocos días de haberlo abierto.

En medio de esa naturaleza selvática, de una exuberancia nunca imaginada por ellos, escasos de elementos y lejos de todo lo que constituyera su vida pasada, los colonos daneses talaron el monte para dedicarse, preferentemente, a plantaciones de frutas, mandioca y tabaco. Después llegaron los alemanes, quienes además de preferir el tabaco a los otros cultivos, iniciaron la crianza e industrialización de cerdos. Por último se sumaron a los anteriores los colonos suizos, que se dedicaron a la crianza de ganado vacuno y a la explotación de productos de granja.

La historia era ésa, el comienzo de un aleccionador esfuerzo realizado sobre una tierra humífera-ferruginosa, de inmejorable calidad, extraordinariamente apta, según los análisis hechos, para el cultivo de yerba mate, tung, café, frutas cítricas —cuya área de producción puede apreciarse en el mapa inserto en esta misma página—, plátanos, arroz, caña de azúcar, ananás, algodón maíz, maní, mandioca, papa, tabaco, plantas medicinales, moreras, chirimoyas, palta y toda clase de hortalizas.

A treinta años de iniciada la colonización, la selva no existía en Eldorado, pero sólo de una de sus nuevas riquezas, la yerba mate, había allí más de cuatro millones de plantas.

DESDE el mismo momento en que llegamos a Eldorado, empezamos a escuchar ponderaciones dirigidas a un hermoso lugar que se encontraba en la propia población, y que llevaba el nombre de Parque Schwelm. El comisionado municipal de Eldorado, al invitarnos a visitar ese lugar, nos anticipó que aunque se trataba de una propiedad particular, perteneciente a los herederos de don Adolfo Schwelm —la viuda y dos hijos—, podríamos visitarlo sin solicitar permiso, porque estaba abierto al público. La franquicia no fué necesaria, porque mientras nos dirigíamos hacia el Parque, encontramos al hijo menor del señor Schwelm, quien después de invitarnos a visitar la propiedad, nos anticipó que sólo encontraríamos allí a su señora madre, ya que su hermano, el famoso automivilista del mismo apellido, se encontraba en esos momentos en Europa, participando en las carreras internacionales que allí se realizaban.

Después de presentar nuestros respetos a la señora de Schwelm, y de visitar la hermosa casa que fuera residencia particular del gran visionario que inició la colonización de Eldorado, salimos a recorrer un parque que superaba en perfección y belleza a cuanto conocíamos, tratándose de propiedades particulares.

Durante muchos años, el señor Schwelm había ido reuniendo allí, y dándoles una distribución realmente artística, todas las manifestaciones de la flora indígena, a la cual había sumado después la más diversa variedad de especies arbóreas y arbustíferas de todo el mundo. Había, además, plantaciones de hermosas variedades y de diversas edades, especialmente en la costa del Paraná, ya que una parte de la propiedad quedaba sobre una alta barranca situada frente a dicho río.

El Parque Schwelm estaba situado en la propia población de Eldorado, y en él podían encontrarse todos los ejemplares de la flora nativa.

Nos pareció que el cuidado del Parque no estaba a tono con su belleza, pues había lugares donde el pasto estaba muy alto, y otros en los cuales las plantas no habían sido convenientemente podadas. Además, los caminos y veredas que lo cruzaban en todas direcciones, estaban cubiertos de hojas secas.

No quisimos hacer referencia a esos detalles en presencia de los dueños de la casa, mientras recorríamos la propiedad, pero cuando la visita llegó a su término, y regresábamos hacia el centro de Eldorado, acompañados por el comisario municipal, preguntamos a éste si había observado lo mismo que nos-

Otra vista del Parque Schwelm, situado frente al Alto Paraná y atravesado por infinidad de caminos, plenos de soberbios paisajes.

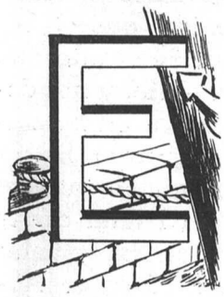
otros, y respondió que sí, agregando que atribuía el descuido a la falta de medios de los propietarios del parque, ya que don Adolfo Schwelm, que debió ser uno de los hombres más ricos de Misiones, de haberse preocupado por el dinero, no había dejado más herencia que ese Parque, sobre el cual parecía pesar una fuerte hipoteca.

También nos dijo el comisionado municipal de Eldorado que como la tierra se había valorizado enormemente en esos lugares, donde todos trataban de comprar, sin que hubiera un solo propietario dispuesto a vender, los herededos de don Adolfo Schwelm podrían resolver prácticamente sus problemas económicos, fraccionando y vendiendo el Parque, del cual sacarían, por ese medio, varios millones de pesos.

Pensamos en seguida que fraccionar y vender ese Parque equivalía a privar a Misiones de uno de sus hermosos lugares. Imaginamos a los nuevos propietarios destruyendo la soberbia colección de la flora indígena que acabábamos de admirar, juntamente con la colección de otras plantas adquiridas en casi todos los países del mundo, para sembrar tung, tabaco o cualquier otra cosa, y no pudimos de lamentar que fuese llevada a cabo una enormidad semejante.

Tan impresionados quedamos con la noticia, que resolvimos volver al Parque, para preguntar a la señora de Schwelm si realmente pensaba lotear la propiedad, lo que equivalía a destruirla.

La señora nos manifestó que no desearía hacerlo, aunque había circunstancias económicos que quizá lo aconsejaran, agregando que ni ella ni sus hijos podían enfrentar los gastos que demandaba la adecuada conservación de un parque tan grande, y que por ello lo habían ofrecido en venta al gobierno.

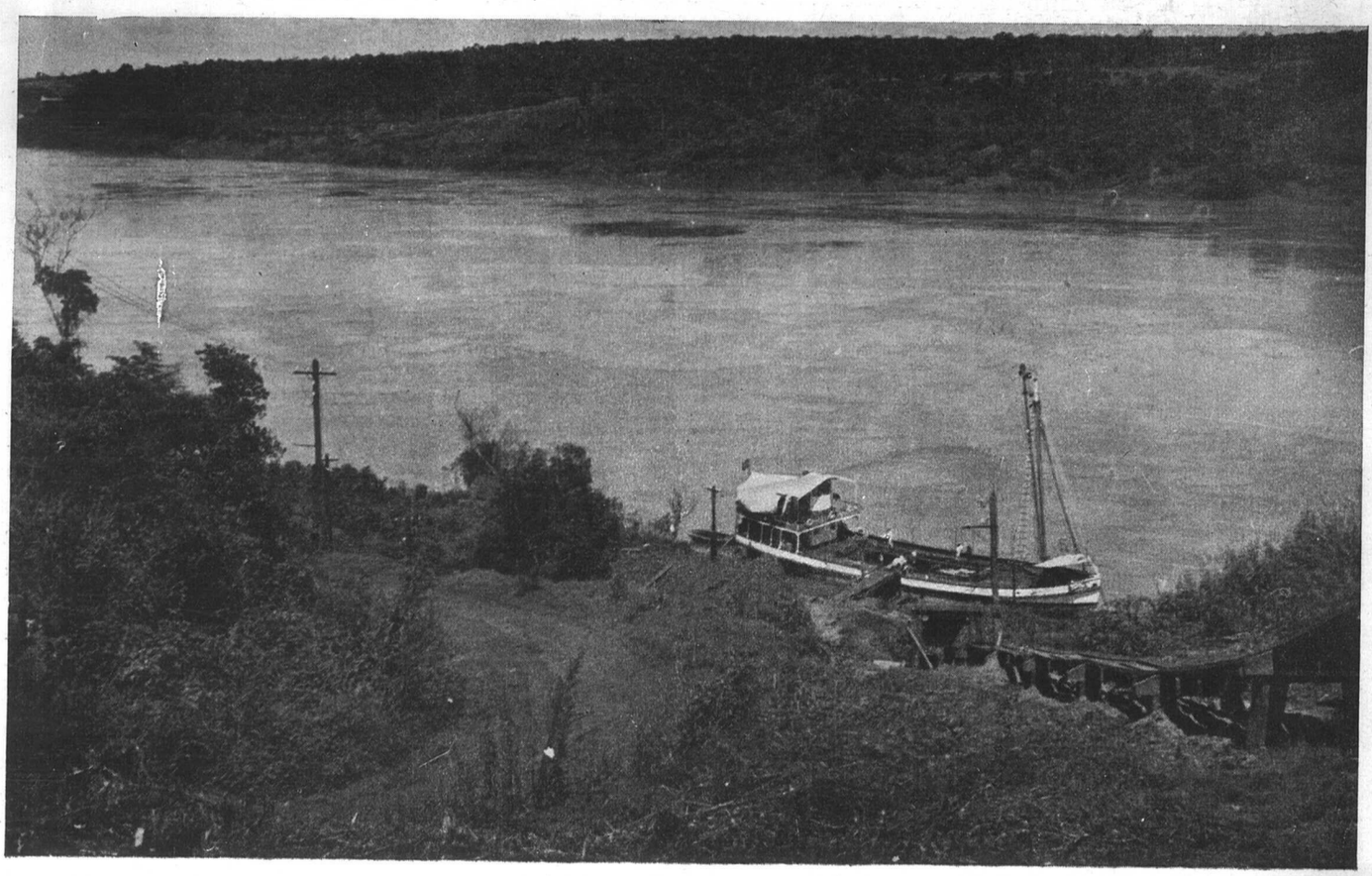


L anuncio de que el Parque Schwelm podía ser destruído para que algunos colonos cultivasen las tierras que ocupaba, nos quitó momentáneamente el deseo de ocuparnos de las cuestiones económicas del territorio. Pero como Misiones, además de una región sorprendentemente hermosa, era escenario de un gran esfuerzo, realizado casi siempre por trabajadores de la tierra, tuvimos que volver a tomar contacto con éstos, acompañados siempre por el comisionado municipal, cuyas múltiples atenciones no hemos echado en saco roto. Teníamos conocimiento de que la Cooperativa Agrícola de Eldorado era de las más importantes de Misiones, y queríamos ponernos en contacto con las principales autoridades de la misma, de modo que hicimos preguntar en las oficinas centrales, situadas en el kilómetro diez, si se encontraba allí el presidente de la entidad, señor Augusto Koehler. Nos respondieron que no, pero agregaron que podríamos encontrarlo en los campos de su propiedad.

Evidentemente, los presidentes de las grandes empresas de Misiones no se parecían a los de Buenos Aires, a quienes siempre es dable encontrar en un confortable despacho, detrás de un escritorio igualmente confortable. Allí vivían en el campo, y quien tuviese algo que tratar con ellos tenía que ir a buscarlos.

Como la propiedad del señor Koehler estaba a pocos kilómetros de la "calle-pueblo" de Eldorado, y como, por otra parte, teníamos deseos de ver en qué forma vivían esos señores presidentes de cooperativas, ocupamos el automóvil y fuimos a visitarlo, en compañía del comisionado municipal. Tomamos por una ancha y ondulante picada, después por otra y, al fin, por otra más, siempre teniendo a lado y lado plantaciones de tung, frutas cítricas y yerba mate, entre las cuales podían verse viviendas de tipo centroeuropeo, que unas veces eran de material y otras de madera. Llegamos a un portón que estaba abierto, reco-

Vista panorámica del puerto de la Cooperativa Agrícola de Eldorado, sobre el Paraná, en la colonia que llevaba el mismo nombre.



Las plantaciones de tung habían dejado caer ya el fruto de esa cosecha, y aún no estaban adornadas por las blancas flores de la próxima.

rrimos doscientos metros por un camino que el sol había endurecido tanto que parecía de asfalto, y nos detuvimos frente a un hermoso chalet, de tipo ligeramente californiano, en cuyo florido jardín lateral carpía tierra o arreglaba plantas un hombre: el señor Augusto Koehler, presidente de la Cooperativa Agrícola de la Colonia Eldorado, y uno de los hombres más adinerados de la región, según diversas referencias. Aludimos a esas referencias, porque, de no conocerlas, habríamos creído enfrentar a un modesto colono, tal era la sencillez del ciudadano que dejó de trabajar la tierra para salir a nuestro encuentro, en el momento de la llegada.

Después de los saludos de práctica, y de conversar un rato sentados en las "invitadoras" butacas de un amplio hall, convinimos en encontrarnos una hora más tarde en las oficinas de la Cooperativa, donde se sumó a la conversación el señor Fritz Moser, gerente de dicha entidad.

Empezamos la entrevista abordando el tema de la capacidad productora de la colonia desde la fecha en que aquélla fué fundada.

—En treinta años, a partir del comienzo de la colonización en Eldorado —dijo el señor Moser—, después del indispensable desmonte, hemos realizado plantaciones que alcanzan a catorce mil hectáreas para el tung, y a seis mil quinientas para la yerba mate. Cultivamos además el tabaco y producimos hasta cincuenta toneladas de miel por año, sin contar otros muchos productos de tipo granjero. También estamos empeñados en cultivar grandes extensiones de tierra con frutales, no habiendo intervenido aún en la comercialización de citrus, porque las empresas particulares que la llevan a cabo ofrecen buenas condiciones.

Cuando preguntamos cuál era el monto de las ganancias obtenidas por la cooperativa, el señor Koehler respondió:

—Las ganancias han sido invertidas en obras que benefician a los socios de la cooperativa, tales como secaderos de yerbamate, grandes depósitos y fábricas de aceite de tung. Así hemos logrado salir adelante, pues no debe olvidarse que la hoy poderosa Cooperativa Agrícola de Eldorado, al ser fundada en el año 1931, no tenía más que 26 socios, y un capital de sólo dos mil seiscientos pesos.

Después de hacer referencia a ese modesto comienzo de la cooperativa, el señor Koehler puso en nuestras manos la documentación relativa a la situación de la misma, en esos momentos, que era la siguiente: 1.449 socios, con un capital subscripto de $ 2.168.300, y realizado de $ 1.425.121. La comercialización de yerba mate canchada de la última cosecha arrojaba la suma de $ 11.100.167, la de tung $ 3.080.000. Las operaciones de la sección consumo superaban los cuatro millones y medio de pesos, y el total general de las operaciones comerciales en el año era de $ 18.841.634.

Después de hablar de la riqueza y de la producción de la Cooperativa, los señores Koehler y Moser aludieron a los problemas de los colonos. Ambos reconocieron la importancia de la Ruta 12, en su tramo de Eldorado a Puerto Iguazú, obra totalmente

llevada a cabo durante el gobierno del general Perón y agradecieron los beneficios que de ella reciben los pobladores de la zona, pero agregaron que las comunicaciones fluviales son indispensables, y que la normalización de las mismas reclama el establecimiento de un servicio permanente de barcazas de poco calado, a fin de que las bajantes del Paraná no interrumpan las actividades del intercambio. Manifestaron también que el aumento en el precio de la yerba mate y el tung había mejorado la situación de los colonos , pero que aún esperaban un favorable reajuste de los mismos, como un merecido estímulo, especialmente para los productores modestos.

Cuando la conversación llegó a su término en las oficinas centrales, fuimos a visitar la fábrica de tung de la Cooperativa, situada en la propia población, y entonces paralizada a los efectos de realizar algunas reparaciones en las maquinarias.

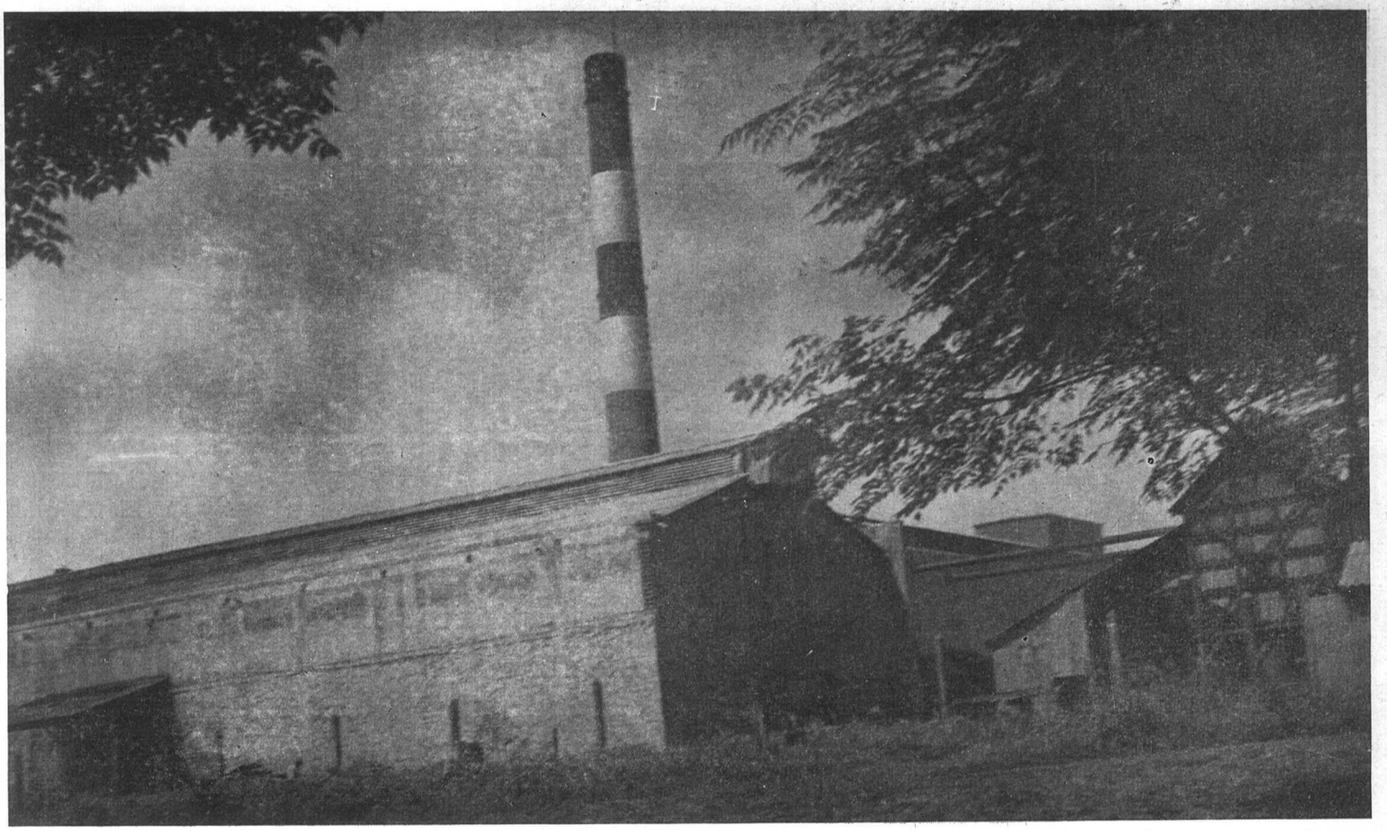
El establecimiento, cuyo costo al 31 de enero de 1950 era de dos millones trescientos cincuenta mil pesos, aproximadamente, había empezado a producir, por vía experimental, en el año 1947, industrializando únicamente la nuez de tung entregada por los socios de la cooperativa.

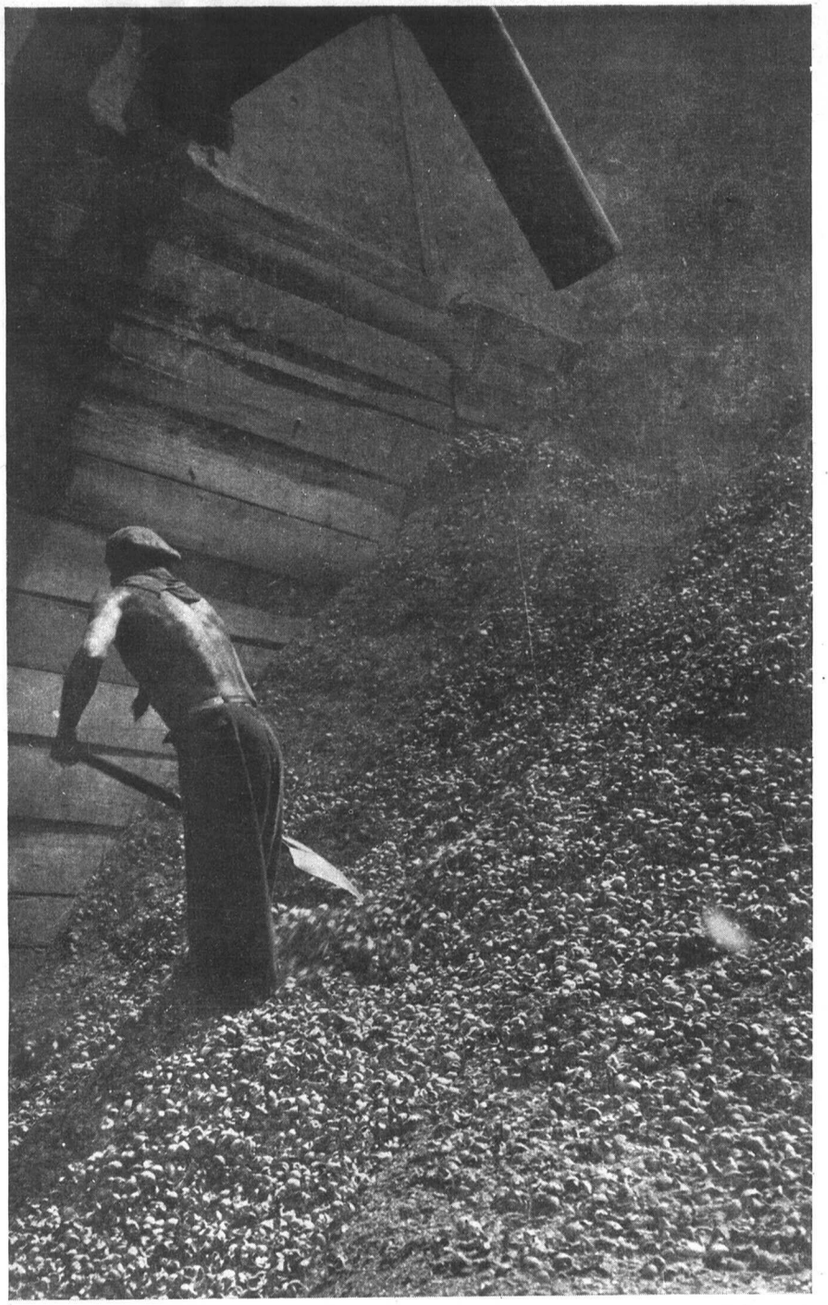
En 1948, subsanados los inconvenientes que tiene todo comienzo, la producción apareció muy aumentada, y en los últimos meses de 1949, la fábrica estaba en condiciones de producir hasta doce toneladas diarias de aceite de tung, cuyo precio de venta era de dos mil seiscientos pesos la tonelada.

Encontrándose parte de las maquinarias desarmada, y otras en reparación, resultaba difícil establecer la diferencia que existía entre esa fábrica y las restantes del territorio, donde ocupaba el segundo lugar por el volumen de su producción, que durante el año 1949 había llegado, aproximadamente, a dos millones de litros de aceite de tung.

Durante nuestra visita a la fábrica preguntamos al gerente de la cooperativa si habían pensado en la posibilidad de au-

Vista exterior y parcial de la fábrica de aceite de tung perteneciente a la Cooperativa Agrícola de Eldorado, en la colonia de ese nombre.





La nuez del tung producía, aproximadamente, el quince por ciento de aceite. El resto era desperdicio, pero podía utilizarse como combustible.

mentar el volumen de la producción correspondiente al último año.

Nos respondió que tales eran, en realidad, los proyectos iniciales, a cuyo efecto se había reservado espacio en los edificios para la instalación de nuevas y más poderosas máquinas. Luego agregó que la situación parecía ir variando, ya que los colonos no hacían nuevas plantaciones de tung, lo que impediría continuar pensando en la conveniencia de aumentar el volumen productivo de la industria, si la materia prima disponible no aumentaba.

Al preguntarle cuál era la causa de que los colonos no continuasen con las plantaciones de tung, contestó que el bajo precio que obtenían por el producto los estaba desalentando, y que, como simultáneamente mejoraban las condiciones del mercado para las frutas cítricas, que en Eldorado se producen de muy buena calidad, muchos agricultores preferían hacer plantaciones de esa clase.

Refiriéndose específicamente al precio del aceite de tung, y en forma derivada al de la nuez de tung, el presidente de la Cooperativa, también presente, dijo, textualmente:

—En cuanto a los precios, puedo asegurarles que no guardan relación con aquellos que obtiene nuestro comprador único, al exportarlo, pues mientras él ha de venderlo desde hace algún tiempo a cuatro mil pesos la tonelada, a los fabricantes nos lo cotiza a $ 2.600. Hizo algunas referencias a los comienzos de la comercialización del aceite de tung, y a las condiciones imperantes con relación a las de entonces, y luego agregó:

—Dado que el comprador único, en las primeras épocas de sus negocios con aceite de tung, sufrió sensibles pérdidas para ayudarnos, es comprensible que en esta segunda etapa busque las compensaciones adecuadas, pero estimamos que dichas pérdidas ya han sido cubiertas, y, por lo tanto, esperamos con ansiedad el pronto reajuste de los precios del aceite de tung, y del fruto que permite elaborarlo, a niveles que compensen y estimulen a quienes crearon para el país esta nueva fuente de riqueza.

Cuando nos retiramos de la fábrica, preguntamos al comisario municipal si había observado abandono en las plantaciones de tung.

Nos respondió que no había observado tal abandono, y que la última cosecha había sido recogida normalmente, pero agregó que tampoco había visto nuevas plantaciones, y que eran muy limitadas e irregulares las replantaciones para reemplazar plantas secas.

VOLVIAMOS hacia el núcleo principal de población de Eldorado, que como ya dijimos estaba en el kilómetro diez, para dirigirnos hacia otro establecimiento industrial, cuando el comisionado municipal dispuso que el automóvil se detuviera frente al edificio donde estaba su despacho, porque deseaba proporcionarnos algunas informaciones estadísticas de importancia. Bajamos juntamente con él y aprovechamos la oportunidad para visitar el edificio, amplio, confortable y bien trazado, cuya construcción había sido terminada poco antes. Juntamente con algunas estadísticas, el comisionado nos entregó una lista de los servicios públicos con que contaba Eldorado, entre los cuales figuraban una sucursal del Banco de la Nación; Correos y Telecomunicaciones —también instaladas sus oficinas en un moderno edificio—; Teléfono Rural; Juzgado de Paz y Registro Civil; Gendarmería Nacional; Agronomía; Sala de Primeros Auxilios y Hospital en construcción; cuatro Escuelas comunes y una Nacional de Comercio, líneas de colectivos, urbanas y para los puertos de Posadas e Iguazú; Pista de Aterrizaje para aviones, etc.

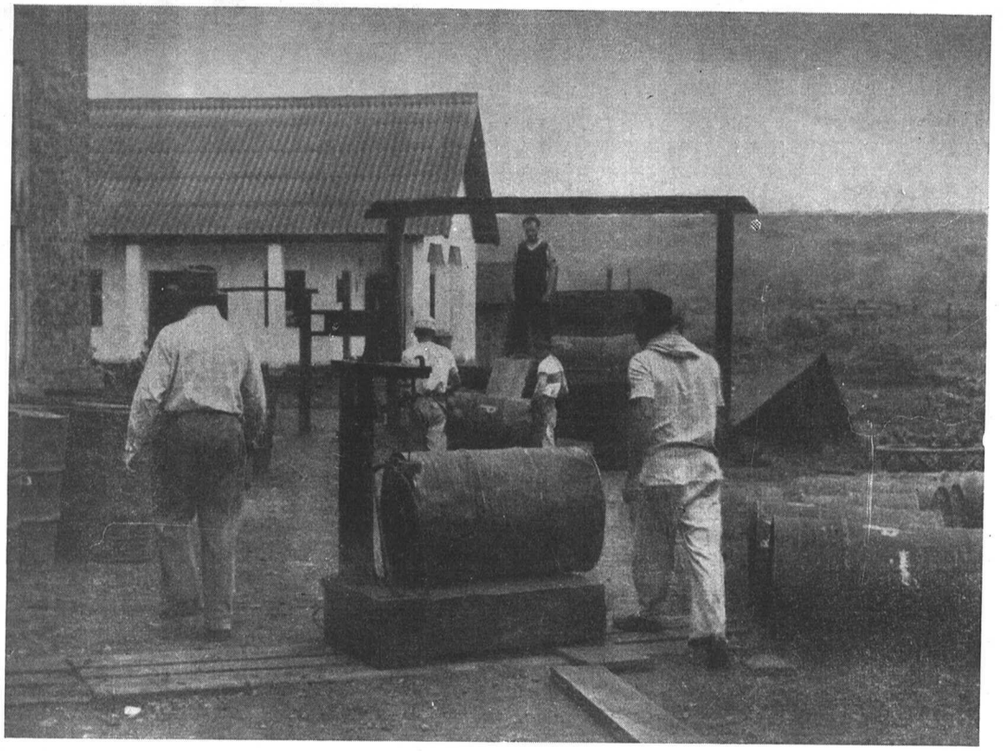
En cuanto a las estadísticas, aún siendo solamente aproximadas, daban cabal idea de la riqueza de la colonia, cuya producción anual era la siguiente: de 15 a 18.000 toneladas de yerba mate; de 3 a 4.000 toneladas de aceite de tung; de 200 a 250 toneladas de tabaco Kentucky; de 10 a 12 toneladas de tabaco Criollo Misionero; de 50 a 60 toneladas de miel de abejas, y aproximadamente 4.000 toneladas de citrus, el equivalente a unas 20.000.000 unidades entre naranjas, limones y pomelos.

Vista exterior y parcial de los edificios de la fábrica de aceite de tung, perteneciente a la Sociedad Industria Oleaginosa de Eldorado.

Reunidas esas informaciones, preguntamos al comisionado qué otra industria podíamos visitar ese día, y nos dijo que iba a llevarnos a la primera fábrica de aceite de tung fundada en la colonia, denominada Industria Oleaginosa de Eldorado, establecimiento que también se encontraba en las inmediaciones.

Cuando llegamos a ese lugar ocurrió algo poco común en Misiones: el presidente del directorio, señor Guenter Weiss, estaba allí en compañía del gerente general, señor Eugenio Beuttenmueller, ambos revisando libros frente a un escritorio.

El presidente, al disculparse por la indumentaria, ya que estaba en mangas de camisa y con botas, dijo que



El aceite de tung era envasado en barriles, con capacidad para doscientos litros cada uno, en los patios de los propios establecimientos.

acababa de llegar, procedente de sus plantaciones de tung, y que pocos minutos después tendría que volver a ellas. El gerente, con indumentaria semejante a la del anterior, aunque sin botas, dijo que había estado tratando de arreglar una de las máquinas prensadoras de la fábrica, que no andaba del todo bien, y que por eso no se encontraba más presentable. A nosotros nos pareció que estaban como correspondía estar, es decir, como personas que teniendo que pensar mucho en su trabajo, disponían de poco tiempo para la etiqueta. Además, como el fuerte sol había recalentado nuestro automóvil, a pesar de ser pleno invierno, llegábamos sudando y aceptamos la invitación que nos hicieron para que también nos quitáramos el saco.

En virtud de que ésa era la cuarta fábrica de aceite de tung que visitábamos, ya estábamos bastante "en el problema", como solía decir allí la gente para dar a entender que no valía perder el tiempo en la explicación de detalles menores, y empezamos pidiendo dos cosas: la última memoria y el balance de la sociedad, por una parte, y el motivo por el cual no era aquella empresa una cooperativa fundada de acuerdo con las normas comunes que imperaban en Misiones.

El señor Beuttenmueller nos facilitó copia de la memoria y balance, y el señor Weiss nos explicó lo que acabábamos de preguntar, con las siguientes palabras:

—Como ustedes saben, las plantaciones de tung se iniciaron en Misiones hace veinte años, y el producido de las primeras cosechas resultó poco menos que invendible, por el costo del transporte. Después, cuando algunas fábricas de oleginosas de Buenos Aires empezaron a fabricar aceite de tung, cambió el panorama, y el buen precio del producto alentó a los colonos, que centuplicaron sus plantaciones de tung. Luego, el enorme volumen de producción creó nuevos y más graves problemas para el transporte, y entonces los colonos de la región instaron a la Cooperativa Agrícola de Eldorado a que instalase una fábrica en esta zona. Desgraciadamente, la Cooperativa no pudo realizar tal obra, en aquel tiempo, y algunos colonos resolvimos organizar una sociedad anónima, ya que en esa forma resultaba más fácil reunir los capitales. Tal es la causa de que la nuestra no sea, exactamente, una cooperativa, aunque es la cooperación lo que norma nuestros actos.

La explicación, clara y sencilla, no admitía nuevas preguntas. Fuimos, por lo tanto, a visitar la fábrica, y luego pedimos algunos datos relativos a su producción y capitales.

Al finalizar el ejercicio correspondiente al año 1949, la Oleaginosa de Eldorado, S. A., tenía un capital subscripto de $ 997.700, y el monto de lo realizado se elevaba a $ 827.760. En cuanto a la producción, las cifras correspondientes al año 1950 eran las siguientes: nuez de tung elaborada, 10.118.000 kilos; aceite de tung producido, 1.548.900 kilos.

El señor Weiss, después de insistir en que la sociedad anónima por él presidida funcionaba con la misma liberalidad y beneficios comunes que las dos cooperativas, en lo que sinceramente creímos, se refirió a las dificultades que había tenido que enfrentar la empresa, cuando la Cooperativa de Eldorado instaló su propia fábrica.

—Al organizar esta fábrica —dijo— lo hicimos contando con la materia prima que habrían de proporcionarnos los socios de la Cooperativa que tenían plantaciones de tung, de modo que al tener ellos su propia fábrica, dejaron de vendernos nuez de tung, y nuestra fábrica corrió el riesgo de quedar paralizada. En vista de ello resolvimos descentralizarnos, mediante la instalación de dos nuevas fábricas, una en Monte Carlo y otra en Puerto Esperanza, es decir, una al sud y otra al norte, de lo que, sin duda alguna, corresponde a la zona de influencia de Eldorado. Los colonos de esas zonas aceptaron nuestras propuestas, y estamos procediendo ya al montaje de las otras fábricas. Cuando la nueva estructura de la empresa quede completada, nuestra organización será la siguiente:

"En Eldorado, una fábrica completa para la producción de aceite de prensa y de extracción, con sede de la Administración.

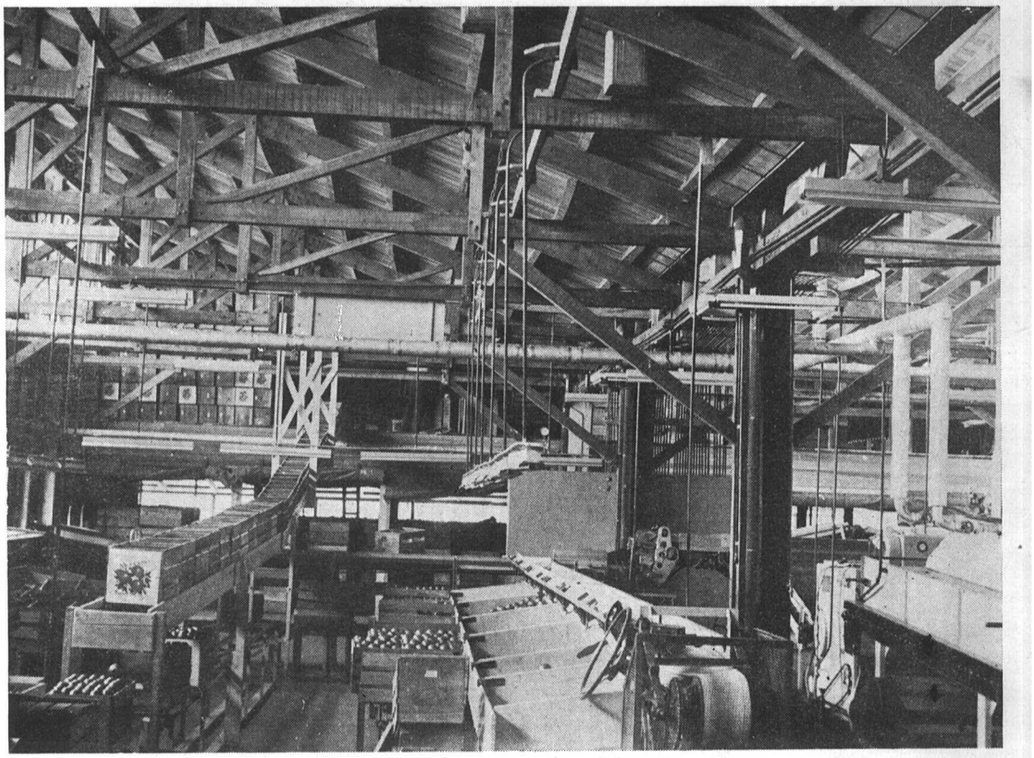
"En Monte Carlo, una fábrica para la producción de aceite de prensa; el Expeller (torta de prensa), que pesa más o menos el doce por ciento de los frutos con cáscara, será llevado a Eldorado para su extracción, ya que por diversos motivos no es recomendable la instalación de un extractor en las circunstancias actuales.

"En Puerto Esperanza, una fábrica completa para la producción de aceite de prensa y de extracción.

"El aceite producido por las fábricas filiales será embarcado a granel en sus puertos locales."

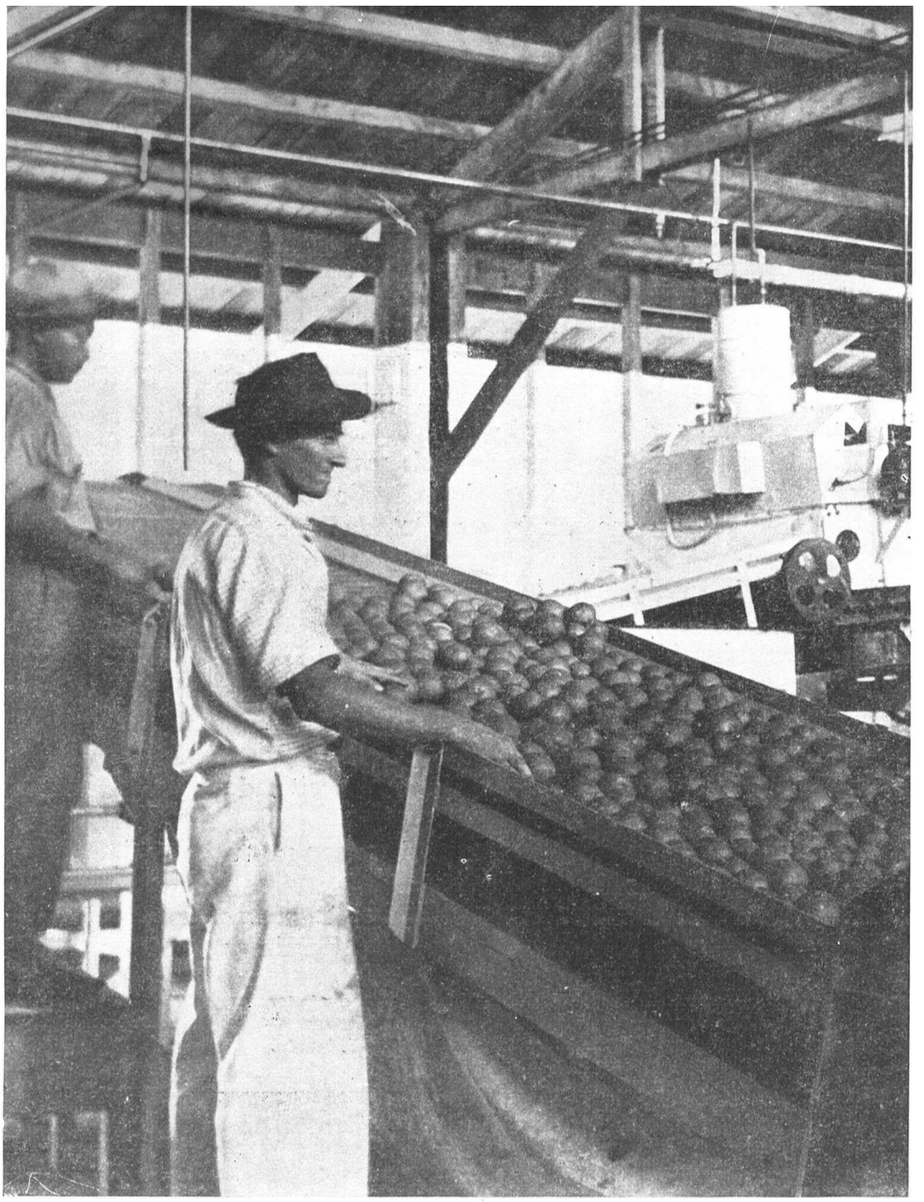
Llegada a su término esa nueva visita, quisimos conocer el establecimiento envasador de frutas cítricas de la firma Zettelmann Hnos., situado también en Eldorado, y nos dirigimos a él cuando empezaba a declinar la tarde.

Vista interior del establecimiento empaquetador de frutas de la firma Zettelmann Hermanos, situado en las afueras de la colonia de Eldorado.



Ya hemos dicho, al referirnos a los comienzos de la colonización en esa zona, cómo llegaron hasta Eldorado, los hermanos Zettelmann, en compañía de la madre. Ahora deseamos decir algo de lo que vimos en los campos de su propiedad, no precisamente de las grandes plantaciones de citrus y yerba mate, sino del "Establecimiento Citrícola Iguazú", por ellos organizado.

El Establecimiento Cítrícola Iguazú estaba llamado a impulsar grandemente la producción misionera en esa región, porque había instalado una moderna maquinaria que preparaba la fruta en forma tal, que podía conservársela hasta cuarenta días, una vez madura, sin el menor riesgo de que se echase a perder.



Las frutas cítricas eran sometidas a un proceso de conservación, para el cual utilizaban la más moderna maquinaria con que contaba el país.

Antes de que la moderna maquinaria quedase instalada, y sólo hacía quince días que funcionaba cuando llegamos a ese lugar, los hermanos Zettelmann, cuyas plantaciones producían seis millones de naranjas por año, encajonaban la fruta propia sin preparación alguna, y la enviaban a Buenos Aires, perdiendo gran porcentaje.

Si eso ocurría con los hermanos Zettelmann, que envasaban sus frutas en gran escala, aunque por medios casi rudimentarios, ¿qué podría decirse de los pequeños productores, de aquellos que habían dedicado tiempo y dinero para formar reducidas plantaciones, con la esperanza de vender el producto allí mismo?

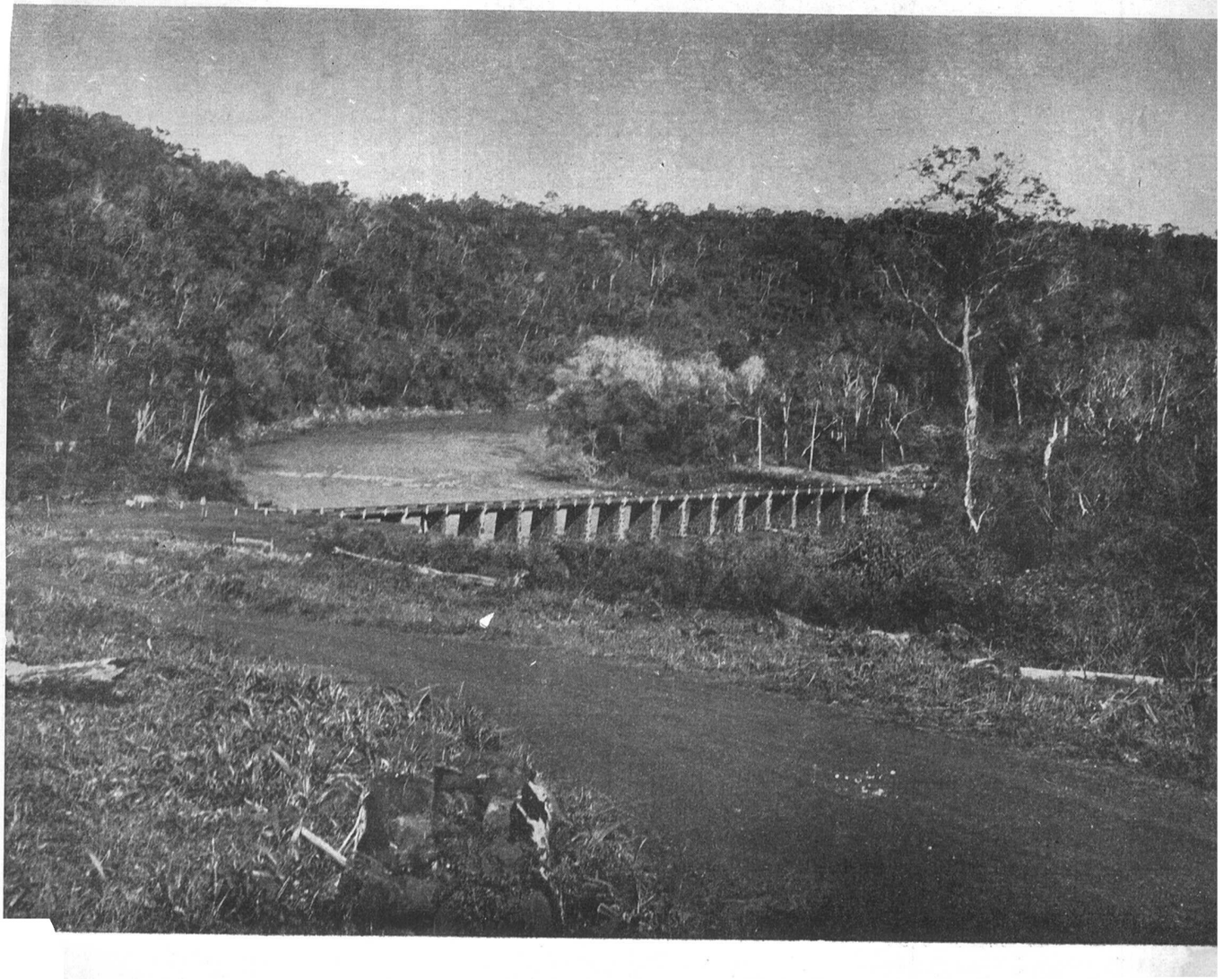
Gran parte de las frutas cítricas se perdían, cosecha tras cosecha, por falta de rápidos medios de transporte, y los colonos empezaban a abandonar debido a ello sus plantaciones cuando los hermanos Zettelmann les aseguraron que en un tiempo prudencial dispondrían de una moderna planta para conservar y encajonar toda la producción cítrica de la zona. La noticia surtió efecto, y cuando la moderna maquinaria adquirida en un millón de pesos estuvo montada, a mediados del año 1950, la firma Zettelmann Hnos. disponía de seis millones de naranjas y trescientos mil pomelos en sus plantaciones, a los que sumaron ocho millones de naranjas y doce millones de limones adquiridos a los pequeños productores.

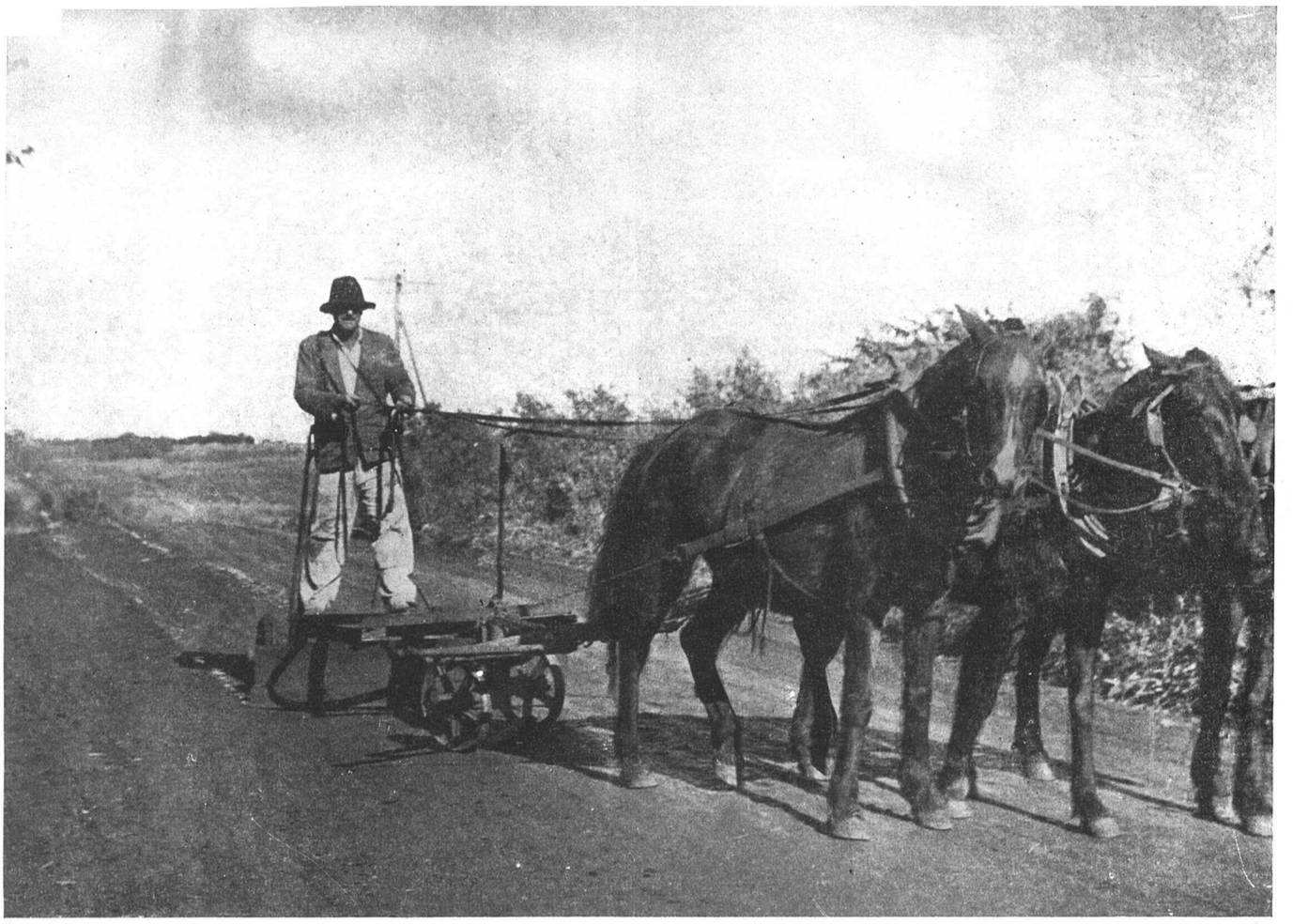
El día de nuestra visita al establecimiento, las maquinarias estaban trabajando, y grandes camiones llegaban a los depósitos para dejar cargamentos a granel de frutas cítricas. Una vez allí, la fruta permanecía setenta y dos horas sometida a un proceso de estacionamiento, con temperaturas adecuadas, y luego se la hacía objeto de la selección inicial, a fin de librarla de todo desperdicio. Realizada esa tarea, las naranjas, que era el producto que trabajaban ese día, empezaban a subir por la primera banda de selección. a cuyos lados varios obreros sacaban las que consideraban de inferior calidad. Llegadas a la mayor altura de esa banda, la fruta caía a un gran tanque de desinfección y remoje; de allí pasaban a la máquina lavadora y en seguida a los cepillos giratorios, que terminaban de limpiarlas. Entraban luego al baño rectificador de color y de allí pasaban a la segunda banda de selección, frente a la cual otros obreros se encargaban de separar las frutas según su calidad. El proceso continuaba con un nuevo remoje de las naranjas, en los elevadores de agua.

UNA vez más volvimos a la Ruta 12, para recorrer los ciento diez kilómetros que aún nos separaban de las Cataratas del Iguazú. Nos acompañaba entonces el Subjefe del Distrito 15 de Vialidad Nacional, quien, para probar la nobleza del camino de tierra colorada, dispuso que el chófer hiciera correr el automóvil a un mínimo de cien kilómetros por hora, velocidad que sólo disminuía en algunos puentes, el primero de los cuales fué el tendido sobre el arroyo Piray Miní. Después de pasar ese arroyo, que era un verdadero río por el caudal de sus aguas, penetramos a la colonia Puerto Victoria, fundada en época similar a la de Eldorado, y por la misma empresa que aquélla. Allí también había una cooperativa integrada por setenta colonos, cuyo capital de $ 39.700 estaba casi totalmente integrado. Aunque debido al limitado volumen de su capital social podía creerse que la cooperativa era pobre, no ocurría nada de esto, ya que durante el año 1949 había producido yerba mate por valor de 322.126 pesos, y nuez de tung por valor de $ 81.800. En Puerto Victoria había pocas explotaciones madereras, y las propiedades rurales eran de tipo granjero.

Cuando salimos de ese lugar, para continuar viaje por un camino ancho y perfectamente trazado, sin grandes curvas ni desniveles, el Subjefe de Vialidad Nacional, Distrito 15, nos manifestó que se trataba del tramo más completo de la Ruta 12, que ahí podía correrse a cien kilómetros por

Entre Eldorado e Iguazú, la Ruta 12 estaba en perfectas condiciones y contaba con una serie de sólidos puentes, de construcción reciente.





Para la conservación de las carreteras, Vialidad Nacional contaba con un conjunto de peones camineros, situados de diez en diez kilómetros.

hora aun en tiempo lluvioso, y que había sido construído a partir del año 1945. Agregó que él en persona, siguiendo las directivas del Jefe de Distrito, había realizado esa obra trazada en pleno monte, y que la construcción del camino había servido para que la rica zona del Alto Paraná, situada entre Puerto Victoria y las Cataratas del Iguazú, fuese colonizada como tuvimos oportunidad de comprobarlo poco después. Por supuesto que ellos no se dormían sobre los laureles después de terminado el trabajo, y la tarea de conservación del camino era realizada en forma permanente por peones camineros, cada uno de los cuales, dotado de todos los elementos necesarios, se encargaba de cubrir diez kilómetros de ruta.

A pocos kilómetros de Puerto Victoria encontramos el pequeño arroyo Aparé-Há, célebre por la forma imprevista y violenta en que se registraban sus grandes crecientes, y luego nos detuvimos en Puerto Santa Elena, cuya principal actividad consistía en las explotaciones forestales y en algunos cultivos de tung, tabaco y mandioca.

Desde Puerto Santa Elena continuamos hacia el norte, y después de cruzar el arroyo Aguaray Miní —otro verdadero río, a pesar de ser "miní"—, salimos de la Ruta 12 para penetrar a la Picada Delicia, que tenía 137 kilómetros, y que, por lo tanto, era la más extensa del territorio. Partía del puerto de ese nombre, situado sobre el Alto Paraná, y terminaba al entroncar con la Ruta 14, en la parte más alta de la Sierra de Misiones, casi en la frontera argentino-brasileña.

Puerto Delicia, y la progresista colonia formada en sus inmediaciones, habían surgido como consecuencia de la prolongación de la Ruta 12, obra efectuada, como ya dijimos, a partir del año 1945.

Era aquél uno de los más grandes latifundios del territorio, y pertenecía a la firma "Industrias y Colonias Puerto Delicia, S. A.", cuyas actividades en el lugar databan de cinco años.

Cuando llegamos a Puerto Delicia, las explotaciones rurales estaban en su apogeo y su rendimiento era tan extraordinario que alcanzaba hasta a quince metros cúbicos de madera "de ley" por hectárea. Esas explotaciones se encontraban a lo largo de toda la picada, casi desde la frontera brasileña hasta la paraguaya, y en ellas trabajaban más de trescientos hombres, ya en el corte de los árboles, ya en los aserraderos que funcionaban dentro del perímetro de la colonia, donde también había plantaciones de tung, tabaco, mandioca y otros productos, a cargo de colonos que habían adquirido, en parcelas de diversas dimensiones, veinte mil hectáreas de tierra.

En el centro de la colonia se había formado un gran centro urbano, cuya población, de origen centroeuropeo, era totalmente católica y concurría casi diariamente a una hermosa capilla levantada frente a la Ruta 12.

Desde Puerto Delicia continuamos viaje hasta Puerto Irigoyen, cruzando en el trayecto los arroyos Aguaray Guazú y Torocuá. En ese lugar también había explotaciones forestales y aserraderos, pero la tierra cultivada era poca. La colonización apenas estaba en sus comienzos.

No ocurría lo propio en Puerto Esperanza, la próxima localidad que encontramos, pues allí, además de las explotaciones madereras, había grandes extensiones de tierra cultivada. No obstante, más importante y promisora que la anterior, era la Colonia Wanda, situada sobre el Alto Paraná y cruzada por el arroyo Tupicuá.

En ese lugar actuaba la "Compañía Colonizadora del Norte S. A.", propietaria de sesenta mil hectáreas de tierra cubiertas de

También en las colonias del norte de Misiones las familias de los agricultores eran católicas y habían hecho construir hermosas capillas.

El "refugio" de Vialidad Nacional era un hermoso chalet de madera, con varias habitaciones y rodeado por amplios y frescos corredores.

espesas selvas en su mayor extensión, pero con dos grandes fracciones destinadas, una, a la Colonia Wanda, que estaba sobre el Paraná, y otra a la colonia Gobernador Lanusse, situada treinta kilómetros al norte, sobre la Ruta 101.

Wanda era la más avanzada de las dos colonias y había allí unas trescientas familias, casi todas de origen polaco, que se dedicaban a explotaciones de tipo granjero, y que tenían plantaciones de tung y tabaco Kentuky. Las explotaciones forestales eran efectuadas en gran escala, como en casi todas las colonias de esa zona, y funcionaba allí, además de varios aserraderos, una fábrica de madera terciada.

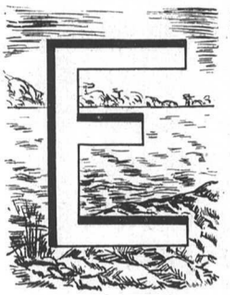
De Colonia Wanda partía, hacia el pueblo de Deseado —Ruta 101—, la Ruta Complementaria A, construída en parte sobre terrenos sumamente accidentados y cubiertos en muchos lugares por selvas vírgenes.

La siguiente población era Puerto Bemberg, entonces intervenida a raíz de una defraudación de la empresa propietaria al fisco, con motivo del pago del impuesto a la herencia. Se trataba de una de las más grandes propiedades de la zona, y en ella pudimos ver extensas plantaciones de tung y yerba mate. Las explotaciones forestales parecían haber llegado ya a su término, y aunque las condiciones de vida de los colonos eran precarias, estaba allí el más lujoso hotel de turismo con que contaba Misiones.

Desde Puerto Bemberg hasta las Cataratas del Iguazú, en cuyo trayecto cruzamos un ancho río que llevaba el nombre de arroyo Urugua-Y, sólo paramos brevemente en Puerto Rosetti, donde los pobladores cultivaban algunas parcelas, dedicándose especialmente a las explotaciones forestales.

Al llegar al lugar en que la Ruta 12 entroncaba con la Ruta 101, nos detuvimos en otro de los "refugios" construídos por el Distrito 15 de Vialidad Nacional.

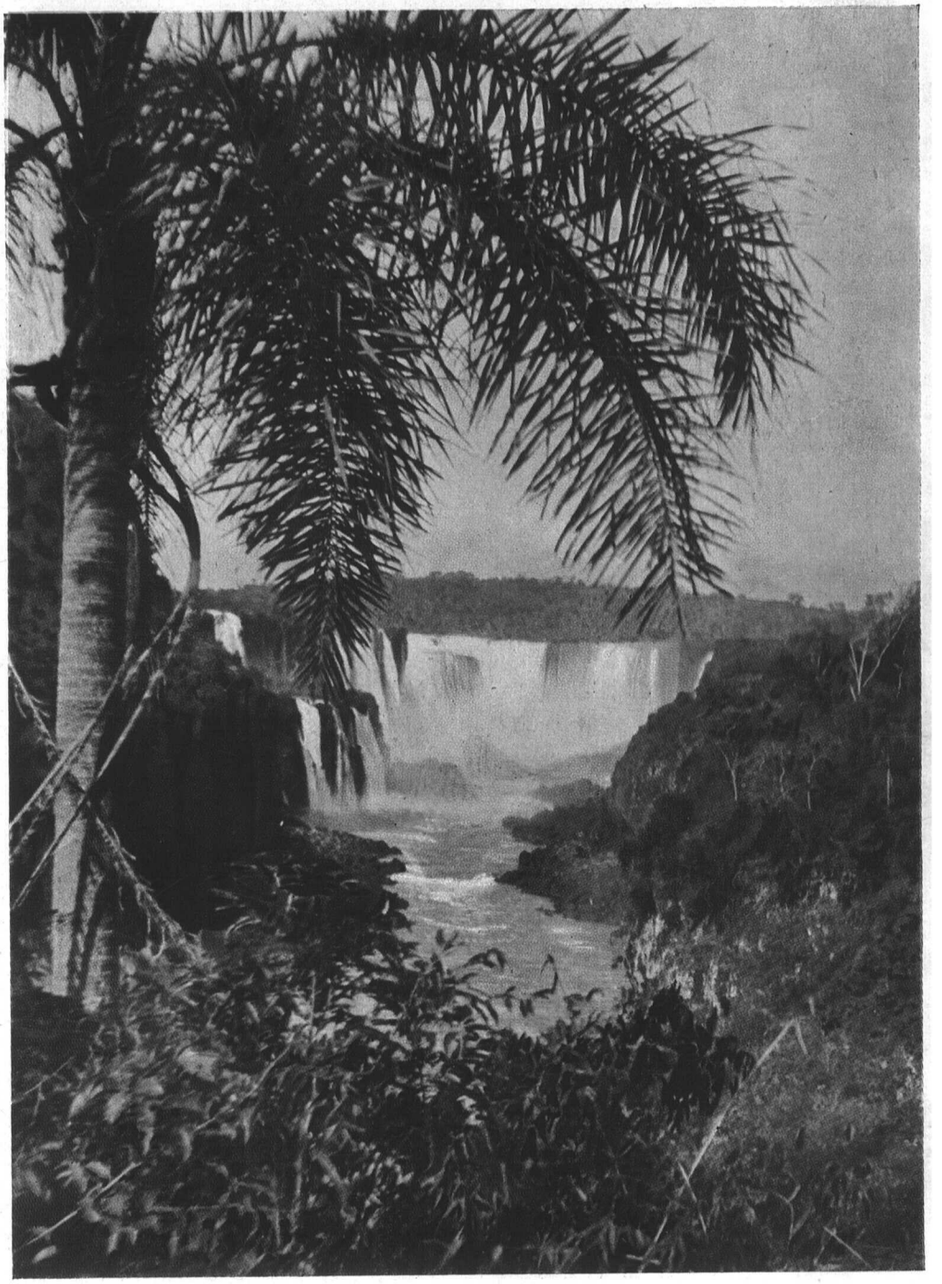
LAS CATARATAS DEL IGUAZU



N el mismo lugar en que la Ruta 12 entronca con la Ruta 101, nace un camino más angosto que aquéllas, y más irregular también, porque después de serpentear entre corpulentos árboles, bordea el arroyo Ñandú en busca de las Cataratas del Iguazú. Ese fué el camino que tomamos, próximo ya el mediodía, con un sol radiante, el cielo despejado y una temperatura primaveral, aunque, como ya hemos dicho en otras oportunidades, nos encontrábamos en pleno invierno.

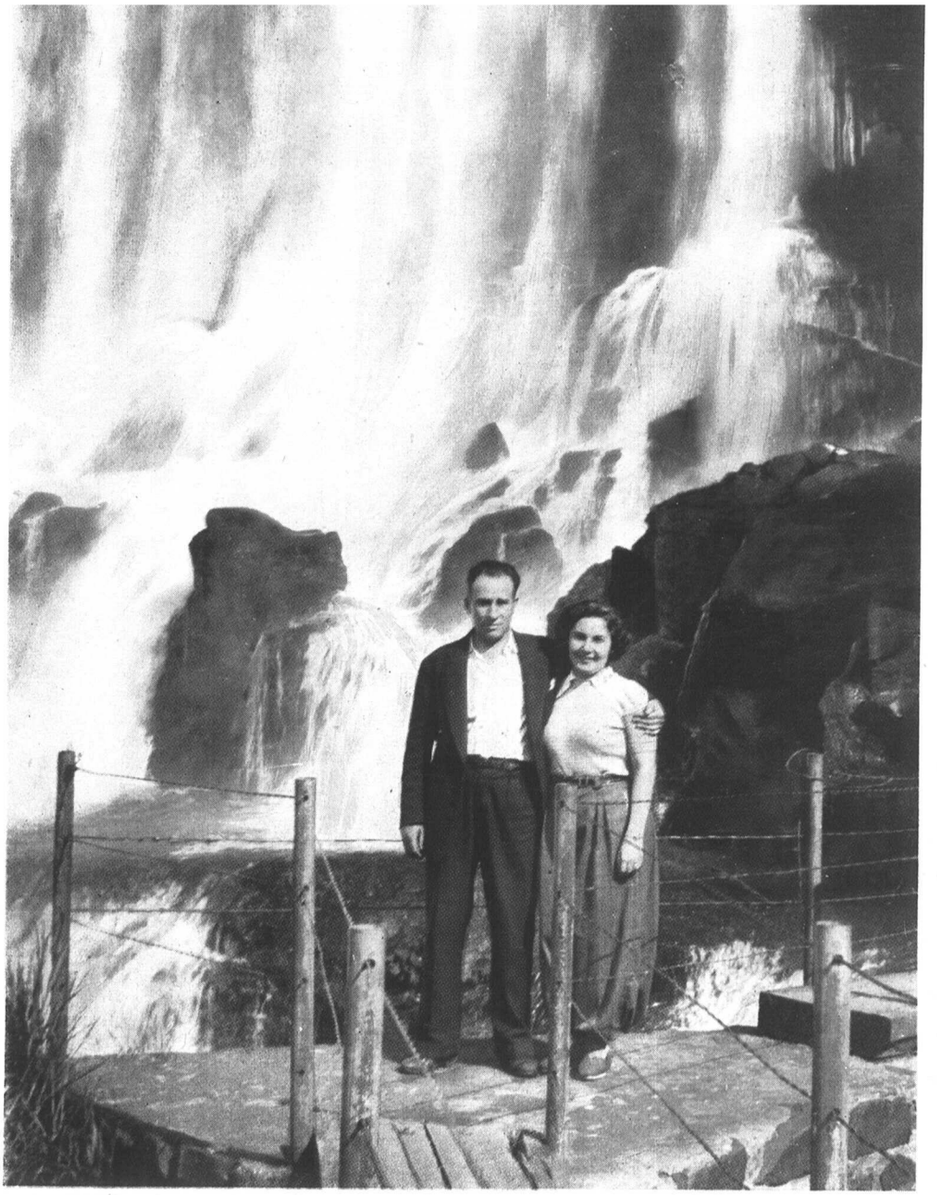
Antes de que saliésemos del "refugio" de Vialidad Nacional, tanto las personas que iban a acompañarnos como aquellas que eventualmente se encontraban allí, lamentaron que nuestra llegada al lugar coincidiese con la interrupción de las lluvias en el norte, por cuya causa era más limitado que el común el volumen de agua de las Cataratas. Nos anticiparon que esa circunstancia nos privaría del impresionante espectáculo que solían ofrecer las grandes caídas de agua, al precipitarse parejamente a lo largo de varios millares de metros, pero también agregaron que esa limitación del volumen de las aguas nos permitiría disfrutar otro espectáculo no menos magnífico, ofrecido por la perspectiva de infinidad de saltos de agua, cayendo aislados y con violencia, desde una altura que variaba entre los cuarenta y los ochenta metros.

Las Cataratas del Iguazú aparecieron ante nosotros como una maravilla nunca imaginada, mientras el caer de las aguas imitaba un concierto.



Las opiniones estaban allí muy divididas, respecto de si las Cataratas era más hermosas en una u otra de esas ocasiones. Es decir, si al haber mucha agua y una sola gigantesca caída, o al haber poca agua y un sinfín de saltos, que se precipitaban caprichosamente desde todos los ángulos imaginables.

Antes de llegar a las Cataratas nos detuvimos en el antiguo pero siempre confortable hotel de turismo, donde nos informaron que el gobierno nacional estaba construyendo otro, moderno y mucho más amplio, con un costo aproximado de cuatro millones de pesos. Dicho



Estábamos al pie del Salto Rosetti, hasta el cual habíamos llegado por una magnífica red de escalinatas, construídas entre las rocas.

hotel no estaría junto a las Cataratas, sino en el borde de un hermoso parque nacional, cerca del Puerto de Iguazú.

Cuando abandonamos el hotel, y antes de que divisásemos las primeras caídas de agua, empezó a llegar hasta nosotros un extraño y creciente murmullo, que al propio tiempo tenía mucho de zumbido. Era como si centenares de pequeños y grandes arroyos golpeasen sus aguas simultáneamente; o como si el viento estuviese agitando, con ritmo creciente, las ramas y las hojas de los árboles; o como si verdaderas montañas de pequeños y desparejos guijarros se desplazasen de un lugar para otro: o como si una multitud gritase y cantase al unísono, mientras su algarabía era dominada a ratos por el estruendo de millares de carretas en marcha o tropeles de caballos asustados.

El volumen de ese extraño murmullo o zumbido iba en aumento a medida que avanzábamos, sin que aún nos fuese dable ver las Cataratas. Luego, inesperadamente, en un lugar en que el camino describía una curva cerrada, empezó a cubrirnos una leve y persistente garúa, que parecía brotar de entre las propias piedras. El camino describió una nueva curva, y entonces sí aparecieron ante nosotros, al fondo de un prado salpicado de árboles, los saltos de "las dos hermanas", impresionantes caídas de agua que se precipitaban desde cincuenta metros de altura, y que, no obstante, sólo servían de preludio a las Cataratas. Desde el momento en que nos detuvimos frente a esos saltos, hasta que iniciamos el regreso, el ruido producido por las caídas de agua, y la majestuosidad del espectáculo, ejercieron cierta forma de enervamiento sobre nuestra mente. Era como si frente a esa increíble maravilla del mundo el hombre tuviese que dejar de pensar, para dedicarse solamente a sentir y a admirar. La apreciación intelectual de aquello resultaba imposible, porque todo se convertía allí en una sucesión de vibraciones que afectaban lo emocional. La única dimensión posible era la que daba la sensibilidad de cada persona, más y más tocada a medida que se avanzaba por un empinado y angosto camino, a cuyo término vimos, envuelto en un marco selvático y como aprisionado entre gigantescas rocas, al Salto San Martín, el más grande de todos los que se encuentran en el centro de las Cataratas.

Si la vista del Salto San Martín fué como un deslumbramiento, ¿qué decir del espectáculo de pequeños y grandes saltos que lo rodeaban, precipitándose desde las más variadas alturas y chocando siempre sobre las oscuras rocas, donde, entre blancos

remolinos de espuma, iban formando arco iris de dimensiones diversas y de la más maravillosa gama de colores?

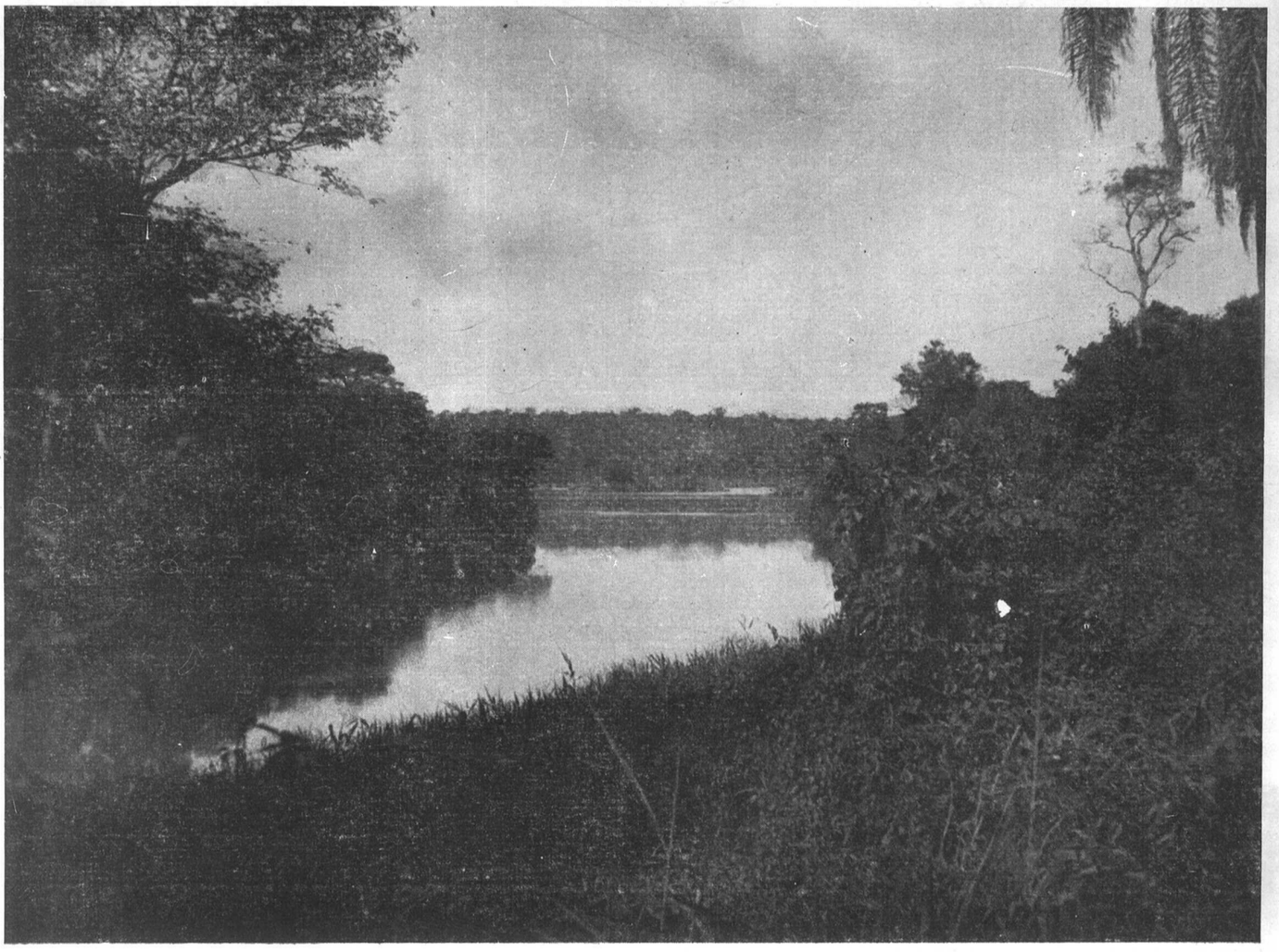
La extensión total de las cataratas era de dos mil setecientos metros, de los cuales sólo seiscientos estaban sobre la costa perteneciente al Brasil, y los dos mil cien metros restantes en territorio argentino. El límite internacional estaba en el centro del Salto Unión, que se precipitaba en La Garganta del Diablo, hasta cuyas inmediaciones llegaba la gente en pequeñas canoas.

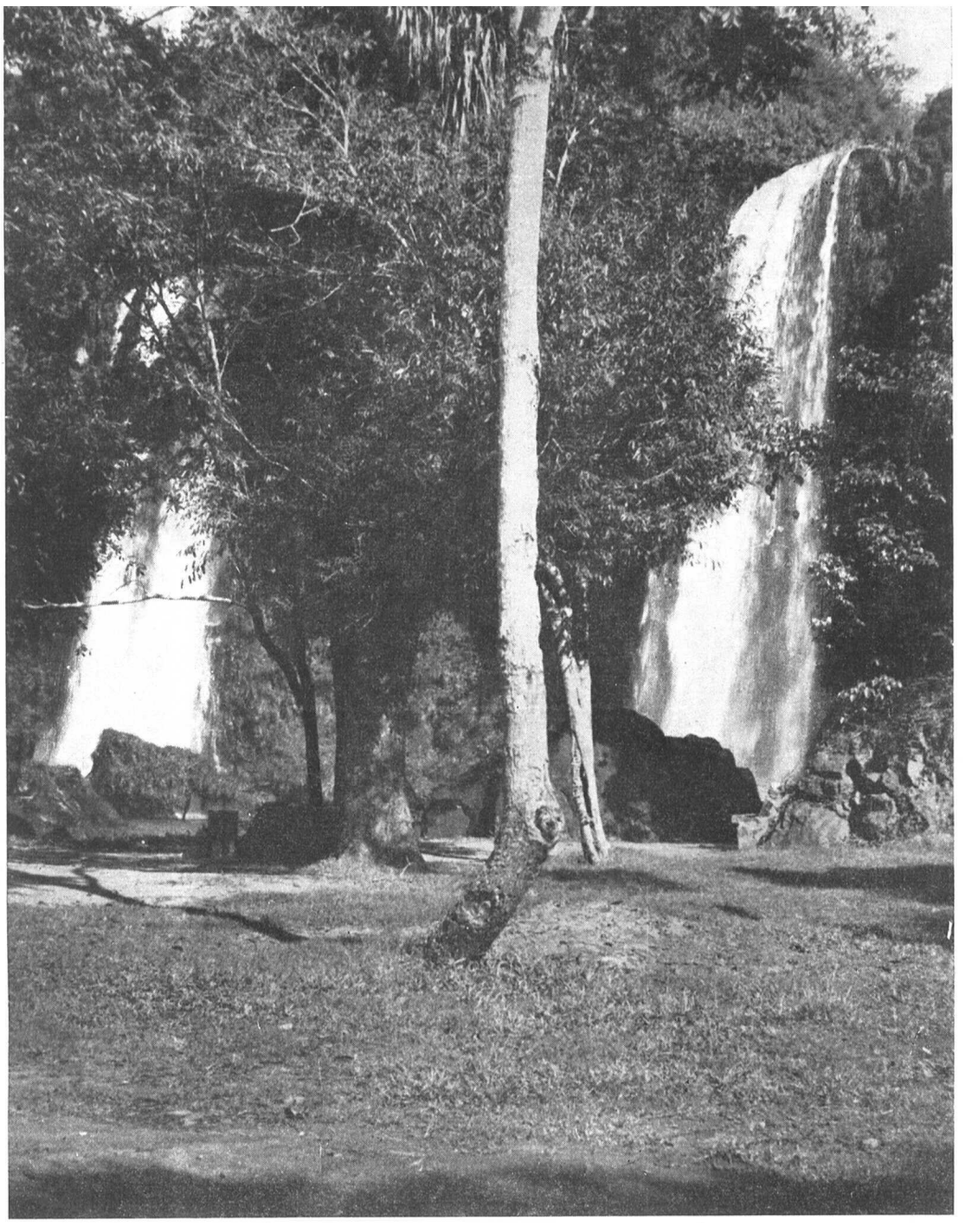
La altura media de las Cataratas era de setenta y dos metros y medio, aproximadamente, la mínima de cincuenta y siete y la máxima de ochenta.

El panorama que ofrecían los saltos de agua, la vegetación exuberante y las oscuras rocas, era fácilmente apreciable mientras se recorría una verdadera red de seguras escalinatas, que subían y bajaban siguiendo el nivel de los diversos saltos.

Mientras recorríamos esa red de escalinatas, impresionados ya en tal forma que el ruido producido por las Cataratas había dejado de parecernos una manifestación exterior, para convertirse en algo que estaba adentro de nosotros mismos, asistimos a las más extraordinarias variaciones del paisaje. En algunos lugares las rocas carecían de toda vegetación, y servían de refugio a las golondrinas, en su parte más elevada, mientras las aguas chocaban violenta y continuadamente en ellas, por lo bajo. En otros sitios había corpulentos árboles con grandes enredaderas, entre los cuales revoloteaban mariposas de múltiples colores.

Antes de llegar a las Cataratas, el camino bordeaba las mansas aguas de un arroyo, que poco después desembocaba en el río Iguazú.





Antes de que pudiésemos descubrir el conjunto de las Cataratas, aparecieron ante nosotros las caídas de agua del "Salto de las Dos Hermanas".

Pero, allá o aquí, todo estaba como envuelto en una tenue neblina, que se convertía en densa y casi transparente cortina cerca de las Cataratas.

La vista era incesantemente atraída por tres distintos puntos de referencia: el borde de las altas rocas, unas veces cubierto de vegetación y otras veces desprovisto de ella; las rocas bajas, sobre las cuales chocaban los torrentes de agua, y el espumeante cauce del río, cuyo angosto curso estaba bordeado por el intenso color verde del follaje.

Ese mismo día, en horas de la mañana, habían llegado a las Cataratas muchos turistas, que las recorrían y admiraban al mismo tiempo que nosotros. Algunos caminaban lentamente por las escalinatas, deteniéndose a ver los múltiples y fuertes chorros de agua que inesperadamente brotaban de entre las rocas. Otros, en cambio, permanecían sentados en las rocas, con la mirada clavada a lo lejos. Daban la impresión de que, dominados a la vez por el estruendo de las caídas de agua y por la majestuosidad del paisaje, hubiesen caído en un singular abatimiento, que los obligaba a permanecer en un estado de quietud, de sosiego, de paz interior que no deseaban ver alterado. Algunas parejas, que quizá pasaran allí su luna de miel, estaban con las manos entrelazadas y la vista clavada en aquello que jamás imaginaran.

Aunque Alvar Núñez Cabeza de Vaca había descubierto las Cataratas del Iguazú en el siglo XVI, el acceso a las mismas era poco menos que imposible en el año 1897, fecha correspondiente a la primera excursión organizada a ellas desde nuestro territorio. Con anterioridad, en el año 1883, un ciudadano argentino, comandante del vapor fluvial "Cometa", el señor Jordán Húmell, había logrado llegar a las Cataratas, después de vencer innumerables dificultades, a través de un pique abierto en la selva, en territorio brasileño.

De regreso a Posadas, impresionado aún por lo que había visto, el señor Húmell informó a dos armadores de esa plaza, los señores Núñez y Gibaja, quienes resolvieron organizar una excursión por el pique brasileño, ya que por territorio argentino resultaba imposible llegar.

Participaron de la excursión, además de los organizadores, el gobernador del territorio de Misiones, señor Lanusse, y algunas familias.

Mientras se trataba de remontar las aguas del Alto Paraná, el viaje había sido mag-

nífico, pero tan pronto como desembarcaron para dirigirse a las Cataratas, por tierra, empezaron las dificultades. El pique había desaparecido en muchas partes, al ser cubierto por la vegetación, y el recorrido resultó penosísimo, especialmente para las mujeres, quienes, después de caminar más de doce kilómetros, tuvieron que regresar a la embarcación sin haber podido admirar las Cataratas. Los hombres, más fuertes, más sufridos o más tenaces, lograron realizar sus propósitos a base de grandes sacrificios y después de penosas y largas jornadas.

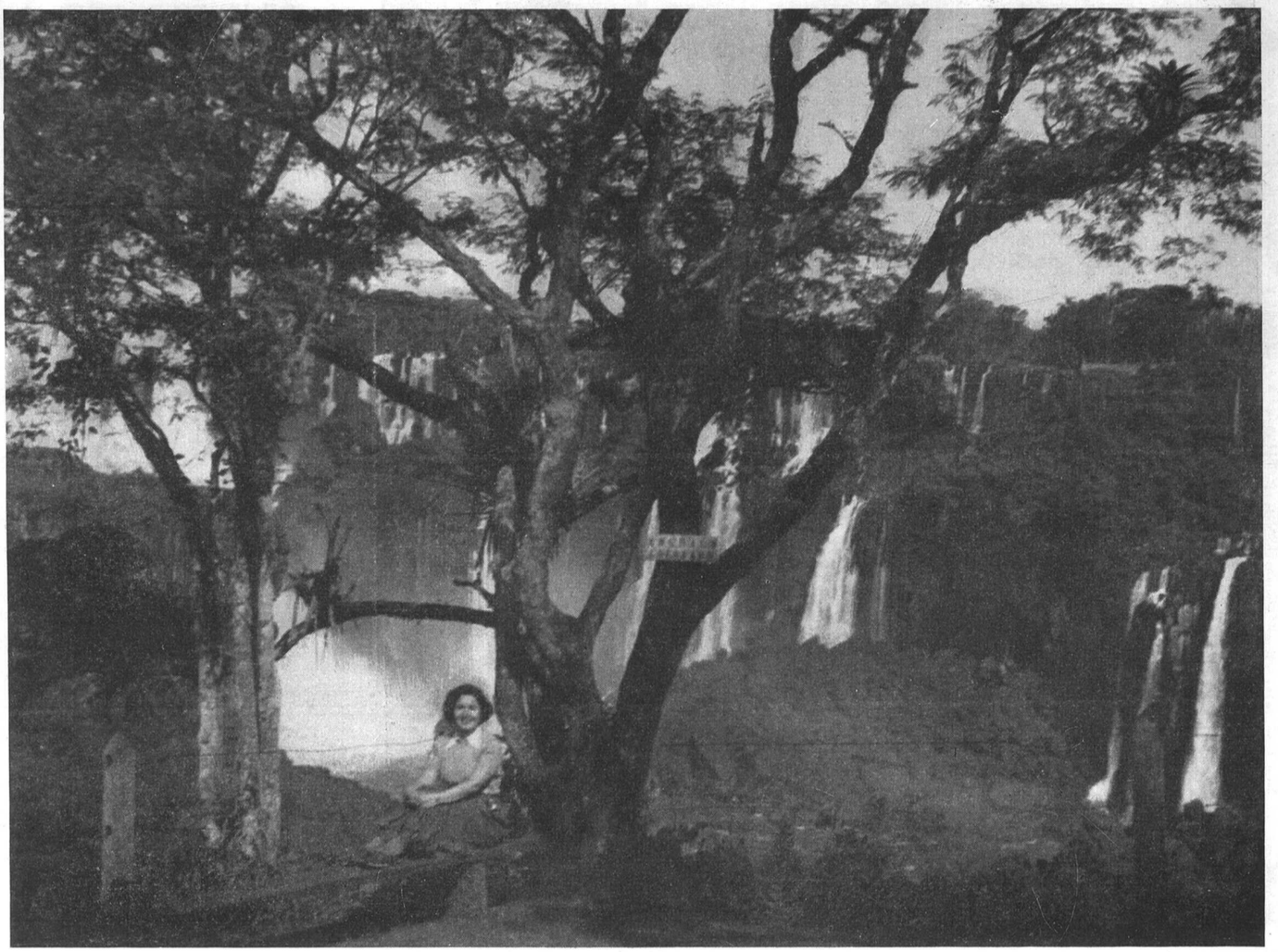
Transcurrieron varios años sin que volviese a intentarse aquella empresa, hasta que, a mediados de 1901, el gobernador de Misiones, en compañía del señor Nicolás Mihanovich, y en un barco propiedad de éste, organizó una nueva exursión, de la cual participaron algunas familias llegadas desde Buenos Aires.

Al igual que en la oportunidad anterior, los excursionistas debieron vencer serias dificultades, desde el momento del desembarque cerca de las grandes caídas de agua, y solamente dos, de las treinta personas que habían iniciado la marcha, pudieron llegar a las Cataratas.

Ese viaje, empero, había de tener beneficiosas consecuencias ulteriores, ya que una de las damas que participaron en él resolvió donar tres mil pesos al gobierno del territorio, para que hiciera abrir un pique de veinte kilómetros de extensión que permitiera llegar hasta las Cataratas del Iguazú por caminos situados en territorio argentino.

Esa donación sirvió para iniciar los tra-

Al descubrir su magnificencia las Cataratas, encontramos hermosos árboles, en cuyas ramas se balanceaban orquídeas y claveles del aire.



bajos que culminarían con la terminación del camino entre el Puerto de Iguazú —entonces Puerto Aguirre—, y las Cataratas. Decimos que sólo sirvieron para hacer frente a los primeros gastos que demandaban los trabajos, porque poco después fué necesario interrumpirlos, dados los precarios medios con que contaban. La obra quedó en suspenso hasta el año 1904, fecha en la cual el entonces ministro de Guerra, general Pablo Richieri, dispuso que el teniente ingeniero Alberto Uttinger hiciera el trazo del camino, y que las tropas del 12 de Infantería, destacamentadas en la ciudad de Posadas, lo construyeran.

Abierto el camino, fué necesario conservarlo y mejorarlo, para evitar que nuevamente lo invadiera la selva, no faltando entonces personas radicadas en el territorio que contribuyeran generosamente a tal fin.

Las excursiones a las Cataratas del Iguazú tuvieron derivaciones imprevistas, y fueron la causa de que las miradas de muchos hombres de negocios se pusieran sobre Misiones, donde descubrieron riquezas insospechadas.

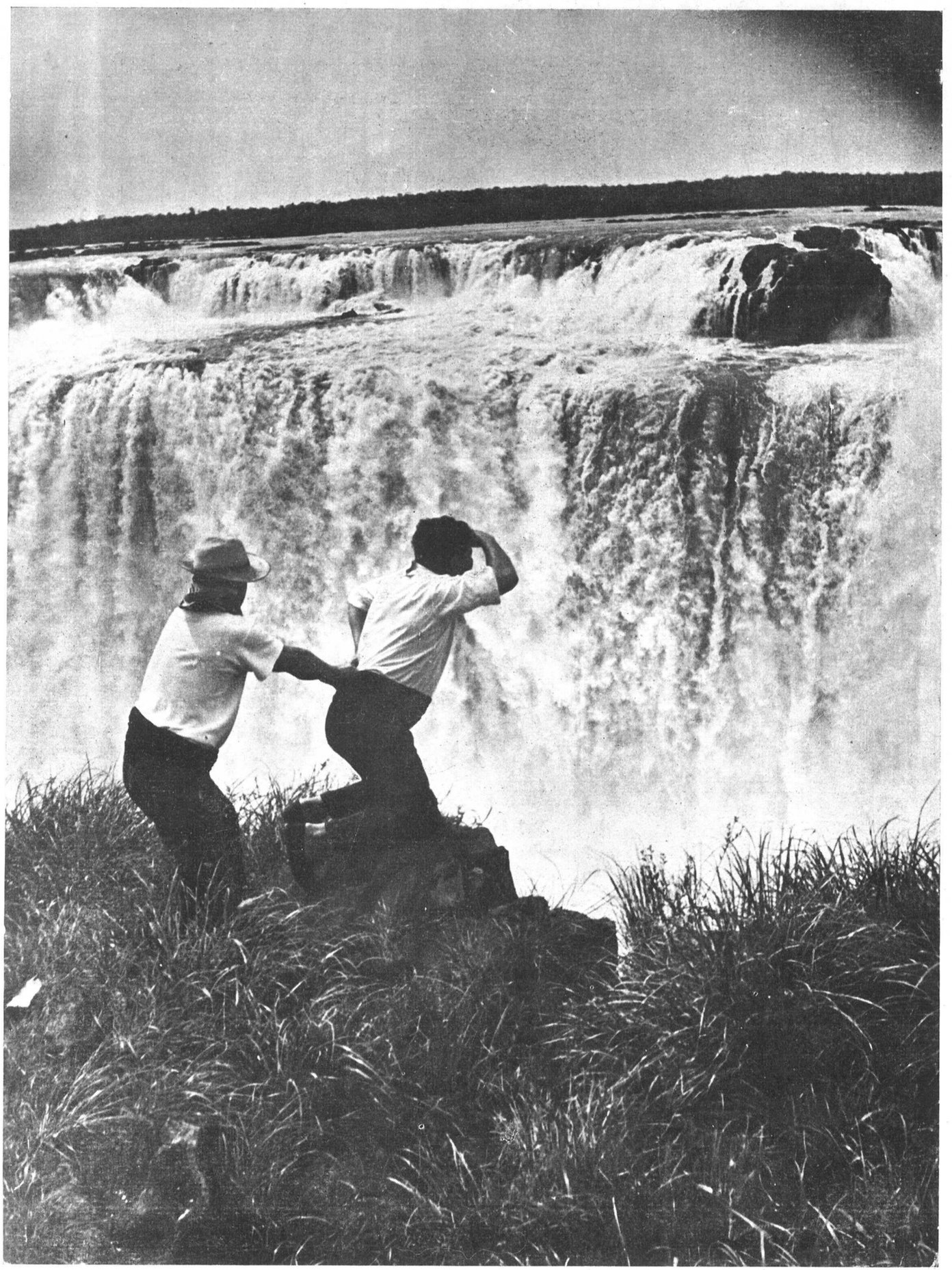
Entre esas excursiones hubo una, realizada en el año 1902, que tuvo singular trascendencia por los descubrimientos que durante ella se hicieron, especialmente en lo relativo a la navegabilidad del río Paraná, ya que en aquella época los vapores de la carrera sólo llegaban hasta el puerto paraguayo de Tacurú-Pucú.

El Salto Rosetti se precipitaba desde lo alto, chocando entre las rocas y despidiendo una espesa cortina de niebla, que mojaba el follaje.

En un pequeño vapor de cinco pies de calado y 174 toneladas de desplazamiento, los excursionistas llegaron hasta el lugar en que el río Iguazú desemboca en el Paraná, y desde allí navegaron ciento treinta kilómetros más, siempre aguas arriba, probando la navegabilidad de ese gran río, y descubrieron una serie de riquezas hasta entonces ignoradas.

En el año 1906, la señora Leonor Gutiérrez de Casadellá, en una excursión que hiciera hasta las Cataratas, pudo comprobar que en toda la margen izquierda del Paraná no flameaba una sola bandera argentina. De regreso a la ciudad de Posadas confeccionó ella misma una bandera, que hizo llegar a manos del gobernador del territorio, y que fué la primera bandera argentina enarbolada en el Iguazú.

Esos viajes de placer y de estudio, unidos a los que eran efectuados por tierra, utilizando el pique abierto por el 12 de Infantería, sirvieron para divulgar las bellezas del lugar e hicieron necesaria la fundación de un pequeño hotel, para



Cuando los turistas lograban llegar hasta las altas rocas situadas frente a la Garganta del Diablo, disfrutaban del más soberbio espectáculo.

Pequeñas embarcaciones servían para que los turistas se dirigieran hacia las proximidades de los más grandes saltos de las Cataratas.

facilitar la permanencia de los turistas.

Una empresa naviera del territorio se encargó de hacer construir una modesta casa de madera, para que hiciera las veces de hotel, hasta que, en el año 1922, se lograba inaugurar el hotel de turismo que tantos servicios prestó en el lugar, y al cual se debió, en buena parte, el incremento alcanzado por el turismo en el transcurso de unos pocos años. Para ese tiempo, parte de la costa del Paraná había sido ya colonizada, y los inmigrantes llegados desde diversos países de Europa se encargaban de divulgar, en su correspondencia con los lejanos familiares, las maravillas de la región y la imponente majestuosidad de las Cataratas, hasta las que sólo podían llegar con embarcaciones, cuyo punto terminal era el puerto de Iguazú. Los viajes por tierra sólo fueron posibles desde hace pocos años, cuando, según lo hemos dicho, el gobierno nacional hizo trazar y construir el tramo de la Ruta 12 que une a la región de Eldorado con las Cataratas.

Durante nuestra permanencia en Iguazú, pudimos comprobar que el medio preferido por los turistas, inclusive al tratarse de excursiones organizadas por empresas especializadas, era el avión, que les permitía trasladarse, desde la Capital Federal hasta las Cataratas, en cinco horas.

Entre los turistas que se encontraban allí, había una familia estadounidense, que había viajado desde su país hasta el nuestro con el exclusivo propósito de conocer las Cataratas del Iguazú.

En el Hotel de Turismo, donde hicimos un alto, tuvimos ocasión de conversar con el jefe de esa familia, a quien preguntamos qué impresión le habían causado las Cataratas.

—Son tan hermosas e inmensas como jamás habría podido imaginarlo —respondió.

Nos dijo después que había estado varias veces en las Cataratas del Niágara, y que antes de llegar al Iguazú creía que no podía haber en el mundo una maravilla comparable a aquélla.

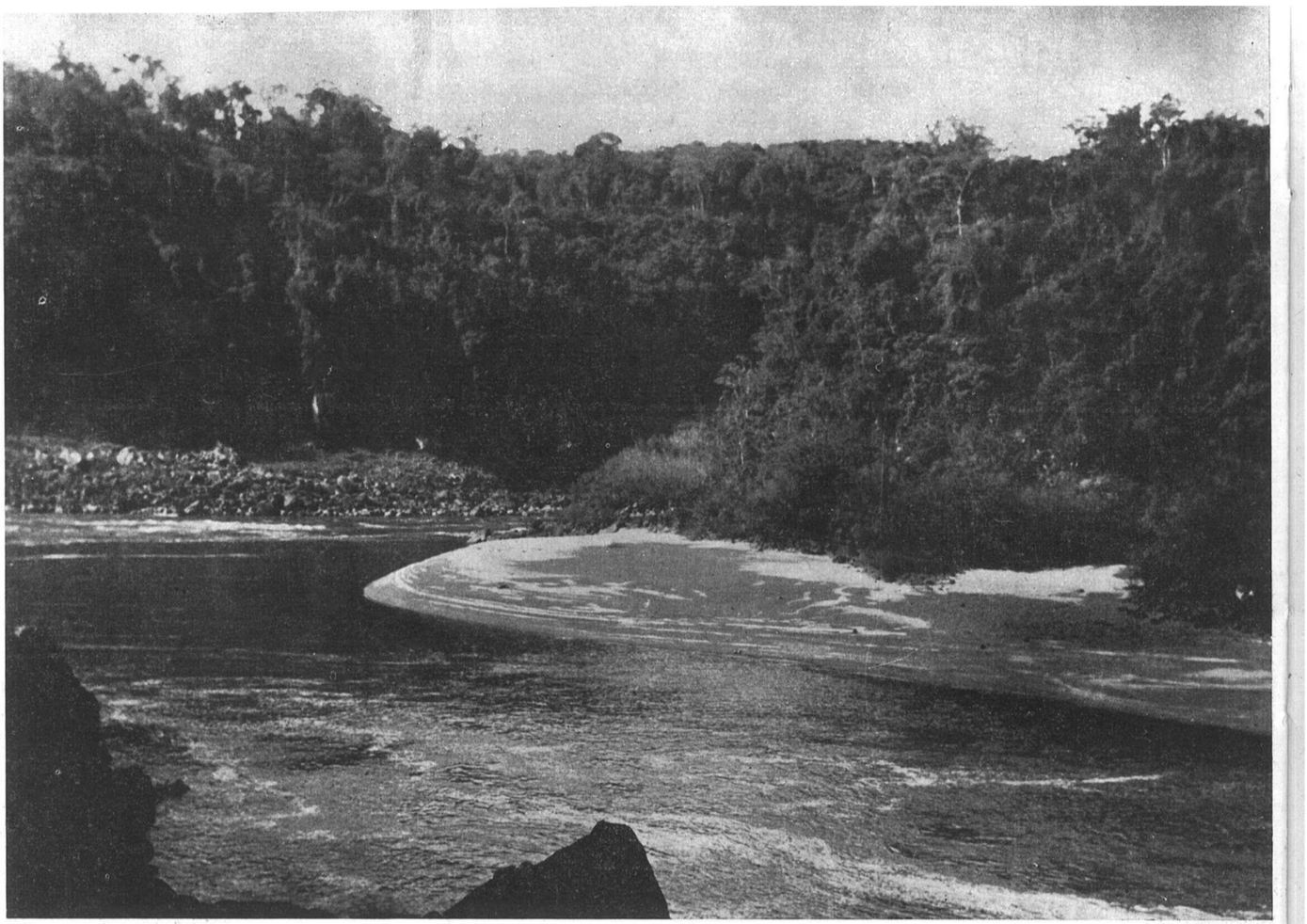
—Ahora he cambiado de opinión —agregó—. Las Cataratas del Niágara son inmensas, pero no tan inmensas como las del Iguazú; son hermosas, pero no tanto como éstas; están rodeadas por un conjunto de paisajes maravillosos, pero estos paisajes los superan.

Después continuó estableciendo comparaciones entre ambas cataratas y haciendo comentarios sobre las mismas.

Decía que, evidentemente, las Cataratas del Iguazú superaban a las del Niágara, tanto por el volumen de sus aguas como por la altura y extensión de las caídas. Aludía a la fuerza y al colorido del paisaje misionero, y recordando al Niágara, describía todo lo realizado allí por el hombre para completar el espectáculo ofrecido por la naturaleza.

Según él, no había un solo metro de tierra, en el parque que rodeaba a las Cataratas del Niágara, que no hubiese sido objeto de alguna mejora. Se cuidaba allí hasta el menor detalle del césped, y un extraordinario conjunto de luces hacía resaltar, durante las noches, ya el perfil de las rocas, ya el caer turbulento de las aguas, ya el chocar de éstas con el cauce del río que iba a lle-

Después de precipitarse desde lo alto, las aguas corrían turbulentamente por entre las rocas cubiertas de vegetación exuberante.



La selva brindaba un imponente marco a las aguas que empezaban a correr entre altos murallones, formando a veces pintorescas playas.

varlas hacia el océano. Había allá jardines, escalinatas, caminos y angostos senderos, con grandes cantidades de bancos a sus costados, y también con pintorescas glorietas artificiales, profusamente iluminadas.

Después de hacernos esa descripción de las Cataratas del Niágara, el turista nos preguntó por qué no existían obras similares en las Cataratas del Iguazú.

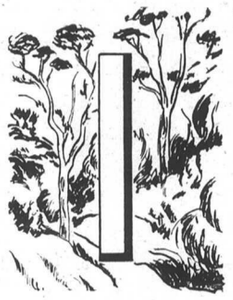
Le respondimos que la acción del hombre era de reciente data en esos lugares, le referimos la historia de la conquista de los grandes saltos de agua, para el turismo, y agregamos que hacía muy pocos años que la carretera llegaba hasta allí. Le mostramos un conjunto de aceras, casi todas construídas con escalones de piedra, que desde el fondo del río llegaban hasta lo más alto de las Cataratas, para pasar sobre ellas, y le dijimos que pronto, quizá cuando él realizase un nuevo viaje al Iguazú, nuestras Cataratas también estarían profusamente iluminadas, para que se las pudiese admirar durante las cálidas noches del subtrópico.

El hombre pensó un momento, y luego mirando hacia lo lejos, con los ojos fijos en la "Garganta del Diablo", que se precipitaba hacia el vacío para hundirse en dos grandes acantilados paralelos, respondió:

—Háganlo pronto. Pero no corten un árbol ni muevan una roca. Más escalinatas que bajen y suban por entre las piedras, y mucha luz para que pueda admirarse esta maravilla durante la noche. Nada más que eso.

Dejamos al turista con sus reflexiones y volvimos a recorrer las escalinatas. Primero subimos hasta las más altas, para mirar desde arriba cómo se precipitaban los torrentes de agua. Después descendimos, para detenernos a pocos metros del lugar en que chocaba contra las rocas el agua de uno de los saltos. Por fin, llegados a la ribera del río que se alejaba llevándose las aguas turbulentas y espumosas, hicimos alto para escuchar el extraño concierto aquel, que era una mezcla de murmullos, zumbidos y jugueteo de ramas y hojas agitadas por el viento.

LA SIERRA Y LA SELVA



BAMOS a dejar a nuestras espaldas las Cataratas, para avanzar hacia las tupidas selvas que cubrían la Sierra de Misiones, pero antes quisimos visitar el Puerto de Iguazú, que se encontraba dentro del Parque Nacional del mismo nombre. En dicho puerto, según dijimos al ocuparnos de las comunicaciones fluviales de Misiones, las crecientes del Paraná son tan grandes que suelen ocasionar diferencias de nivel hasta de cuarenta y tres metros, en el transcurso de pocas semanas.

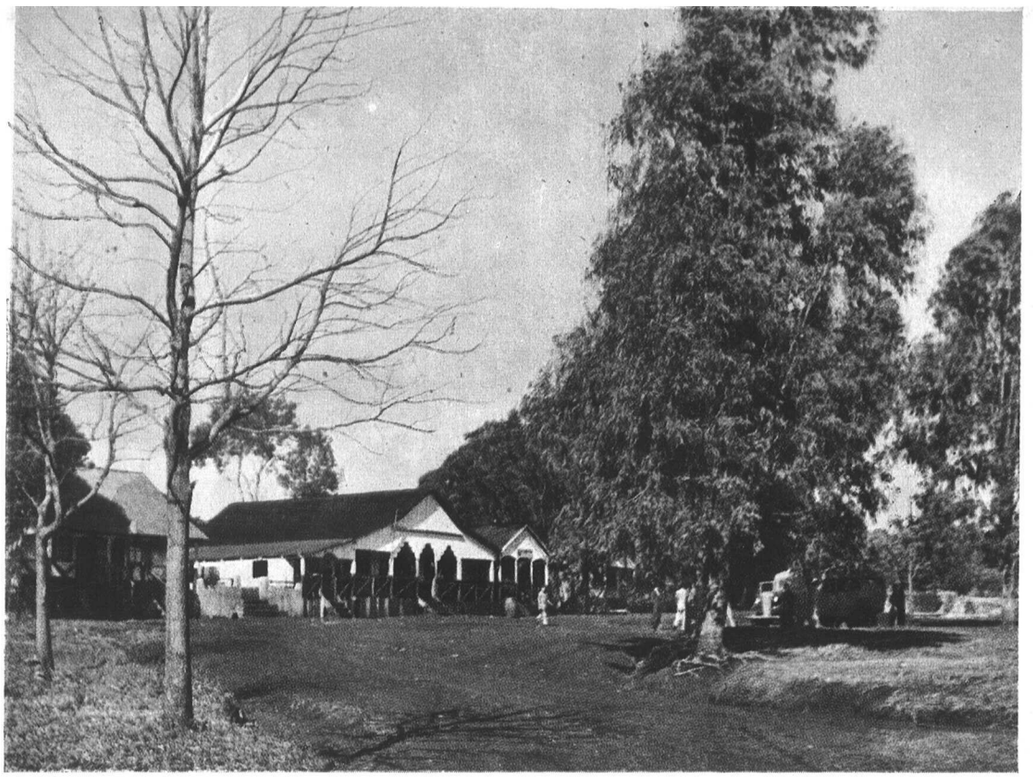
Estas bruscas variaciones de nivel habían impedido, durante muchos años, que Puerto Iguazú —antiguamente Puerto Aguirre—, adquiriera la importancia merecida, pues los muelles rara vez se encontraban a la altura de las aguas, y ello impedía las operaciones de carga y descarga en condiciones normales.

En la época de nuestra visita, esas dificultades habían sido superadas mediante la construcción de un escalonamiento de muelles de cemento, que permitían el atraque de embarcaciones, fuese cual fuese la altura de las aguas del río.

La obra realizada en Puerto Iguazú en los últimos años era intensa, especialmente en lo relativo a edificación. Había allí modernas y confortables construcciones destinadas a oficinas de telecomunicaciones, administración portuaria, municipalidad, hospital, escuelas, y un monumental edificio, cuyos muros estaban ya altos, destinado al futuro gran hotel de turismo, cuyo costo pasaría de cuatro millones.

Los veinticinco kilómetros que recorrimos por la Ruta 12, desde el "refugio" de Vialidad Nacional, en el entronque de aquella ruta con la 101, estaban en magníficas condiciones y atravesaban, de sud a norte, el Parque Nacional del Iguazú, en cuya extensión de setenta mil hectáreas de tierra fértil encontramos los más raros y hermosos ejemplares de la flora nativa, muchos de ellos desaparecidos de

Las gigantescas araucarias de la Sierra de Misiones ofrecían uno de los espectáculos más impresionantes y hermosos de aquel territorio.



Suavizando el recio contraste que ofrecía la verde vegetación sobre la tierra colorada, los paisajes tenían la más variada gama de tonalidades.

otras regiones del territorio. Después de visitar el Puerto de Iguazú, volvimos sobre lo ya recorrido de la Ruta 12, hasta encontrar la Ruta 101, por la cual continuamos, viajando casi directamente de oeste a este, en busca de una de las regiones más hermosas y más ricas en leyendas del territorio de Misiones. Después de cruzar el arroyo Ñandú, que desembocaba en el río Iguazú frente a las Cataratas del mismo nombre, la Ruta 101, que estaba en perfectas condiciones, apareció como un angosto y sinuoso camino colorado, bordeado de una vegetación quizá más extraordinaria que la ya vista en la zona del Alto Paraná y en el centro de Misiones.

El camino no era angosto, según nos dijeron nuestros acompañantes, pues, a lado y lado de la huella que íbamos recorriendo, tenía tres o cuatro metros más, espacio que entonces había sido invadido por el tabaco de monte, o fumo bravo, un singular arbusto que se supone podrá servir para la fabricación de pulpa, pero que entonces constituía una verdadera plaga de la selva.

Sobre ese particular, dijo uno de los ingenieros de Vialidad, nuestro acompañante, también, durante esa parte del viaje:

—El tabaco de monte crece con tanta rapidez y con tanta fuerza en estos lugares, que las máquinas limpiadoras tienen que recorrer constantemente los caminos para evitar que los cubra. Esta parte de la Ruta 101, por ejemplo, fué totalmente limpiada hace dos meses, y ustedes ven como está. Pero poco importa, porque las limpiadoras vienen bajando ya de Barracón. Seguramente las encontraremos al llegar a San Antonio.

En esa zona no funcionaban obrajes, porque el Parque Nacional del Iguazú, que estábamos recorriendo, había sido adquirido por el gobierno para conservarlo como zona de reserva, y la selva se mantenía virgen en muchos parajes que, como ya hemos dicho, eran verdaderos lugares de leyenda, porque habían servido de refugio a los "mensús" fugados de los obrajes.

A esa altura del viaje la Ruta 101 empezaba a elevarse sobre la Sierra de la Victoria, en busca del Cerro Bella Vista, uno de los lugares más altos del territorio, y el chófer, dispuesto a ser buen cicerone, como siempre, refirió que precisamente allí habían tenido su guarida los "mensús" fugados de los obrajes del "señor Sirito".

En la ciudad de Posadas, antes de iniciar el viaje, habíamos tenido oportunidad de leer un pequeño volumen, titulado "El Proceso Puerto Istueta", en el cual los doctores Higinio Arbo y Juan Wenceslao Segovia reproducían las alternativas registradas durante la causa instruída al "señor Sirito", propietario de obrajes y contratante de "mensús" hacia el año 1920.

El proceso contra uno de los propietarios de Puerto Istueta, Carlos Antonio Sirito, había sido iniciado a raíz de la denuncia radicada en la Sub-Prefectura de Posadas, por una mujer del pueblo, quien manifestaba *que su hijo Fausto Ríos había sido*

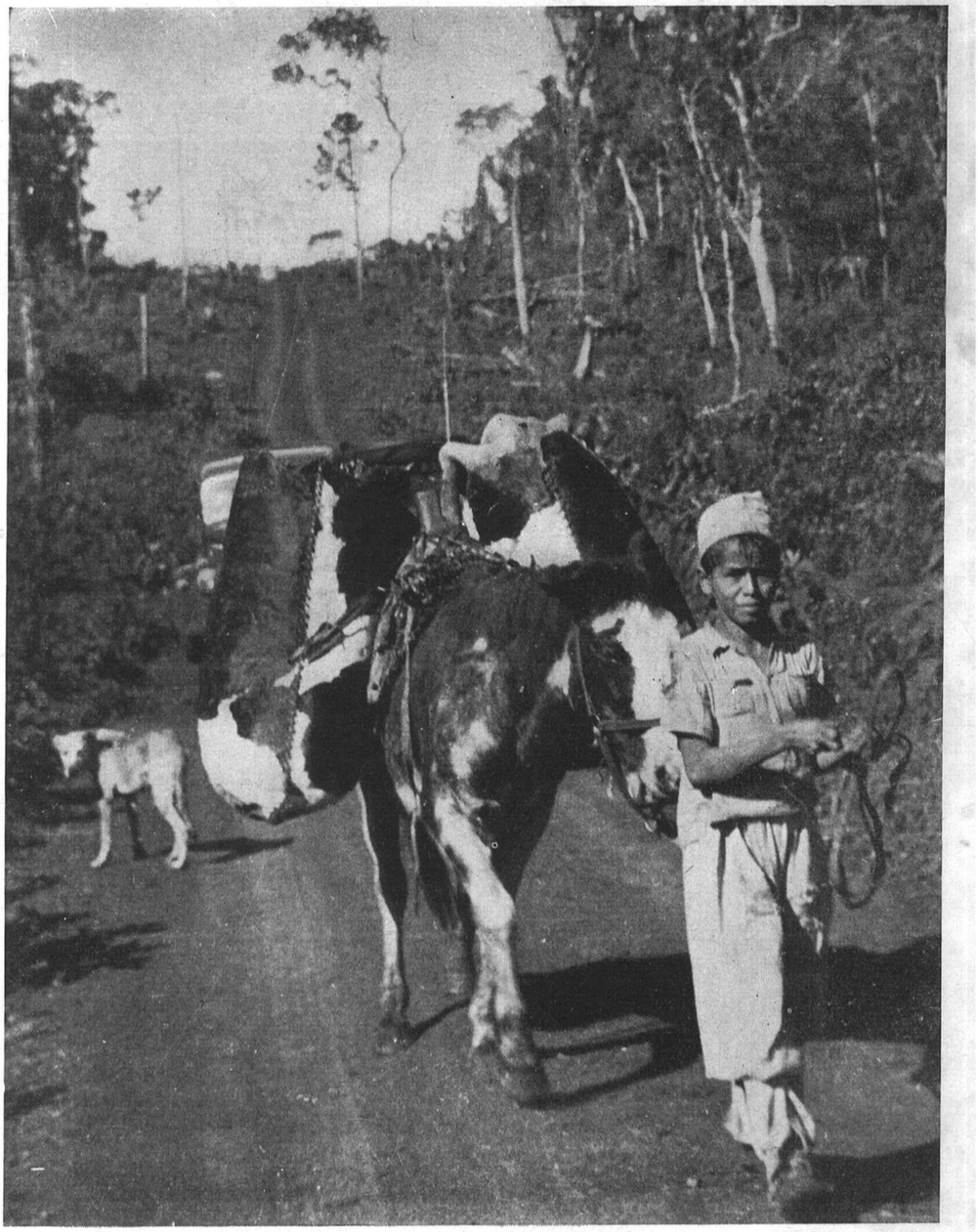
embarcado por orden del oficial de policía y que ignoraba dónde había sido desembarcado.

Como el relato del chófer seguía, aunque con opiniones muchas veces opuestas, los lineamientos del alegato de los defensores de Sirito, lo escuchamos atentamente, después de hacer referencia, por nuestra parte, a la sospecha que motivara la instrucción del proceso.

El chófer, empero, no pudo relatar todo lo que deseaba, porque también terciaron otras personas, dando opiniones muchas veces encontradas, mientras señalaban éste o aquél lugar de la selva que íbamos cruzando, como el posible sitio en que vivieron los prófugos de los obrajes.

El episodio del "señor Sirito" era aleccionador, respecto de lo que significa para los trabajadores el ser privados de sus derechos, y patentizaba la diferencia existente entre los procedimientos de las autoridades, en aquellos tiempos, y en los nuestros.

Todos los medios eran buenos para el traslado de la riqueza del territorio, e inclusive los niños contribuían al esfuerzo de sus mayores.



En los comienzos de esta obra dijimos, al ocuparnos del "mensú", mientras visitábamos la Bajada del mismo nombre en la ciudad de Posadas, que ese paria de los yerbales, una vez despojado del dinero que le entregaban a cuenta de futuros trabajos, era conducido a los obrajes, de donde quizá no saliera nunca. Ahora, siguiendo las alternativas del "proceso de Puerto Istueta", tendremos oportunidad de juzgar cuál era la clase de vida que llevaba el "mensú", en los obrajes y en los yerbales.

Los propios defensores de Sirito proporcionaron datos de suma importancia, en su alegato, sobre los salarios de los obreros, y los de cuidadores, ya que no eran otra cosa los capataces de los yerbales y obrajes. Un peón ganaba treinta y cinco pesos por mes; un capataz, doscientos pesos mensuales. Se sostuvo siempre que la policía había estado allí al servicio de los patronos, procediendo en forma que, para perjudicar a los trabajadores, orillaba todas las disposiciones legales, y que la fuga de los "mensús" hacia la selva era consecuencia de las

arbitrariedades que con ellos se cometían.

Vamos a tratar de dejar aclarado todo esto, utilizando, por una parte, la opinión de los defensores de un obrajero, y por otra parte, la opinión popular, ya que como a tal consideramos la que dejaron escuchar nuestros acompañantes, mientras viajábamos a través de la Selva y la Sierra de Misiones.

El proceso contra Sirito —ya lo dijimos—, se inició a raíz de la denuncia de una mujer del pueblo, sobre la desaparición de su hijo, llamado Fausto Ruiz. Agreguemos que, juntamente con el anterior, había desaparecido el "mensú" Leandro Villalba.

Tanto las versiones recogidas en aquellos lugares como lo dicho por los defensores de Sirito en su alegato, admiten que Faustino Ruiz y Leandro Villalba se apersonaron a Sirito, seguidos por la casi totalidad de los trabajadores de Puerto Istueta, para solicitar aumento de jornales.

El dueño del obraje, después de prometer esos aumentos, que negó más tarde, reconoce, en sus declaraciones, que había solicitado al comisario del lugar que hiciera salir de su propiedad a los ya mencionados jornaleros, porque "eran díscolos y perturbadores". El comisario consultó con el jefe de policía, a quien Sirito reconoce que obsequiaba sumas de dinero, y aquél ordenó que se le complaciera.

Así las cosas, Ruiz y Villalba fueron detenidos y encarcelados, "a la espera del vapor de la carrera, el "Iberá Correntino", que los conduciría a la ciudad de Posadas". En las listas de pasajeros constaba, posteriormente, que los obreros habían sido embarcados en el "Iberá Correntino", pero las personas que presenciaron el embarque aseguraban que no eran los "mensús" ya asesinados en Puerto Istueta, quienes embarcaron, sino dos agentes de policía, llamados Bernardo García y Ramón Godoy, presumiblemente los asesinos de los obreros, especialmente García, en cuya libreta se encontró posteriormente una anotación, según la cual Sirito le había gratificado con cien pesos una acción no especificada.

Nunca pudo aclararse dónde murieron los obreros, ni cómo. Lo único evidente fué la desaparición de los mismos, después de estar presos. Los defensores de Sirito reclamaron "pruebas" de que aquellos hombres habían muerto, y como los cadáveres no fueron encontrados nunca, pidieron la libertad del procesado.

Los jornaleros del obraje, por su parte, convencidos de la muerte de sus compañeros, organizaron manifestaciones en Puerto Istueta, y debieron enfrentar a la policía, como siempre, al servicio de los dueños del obraje.

Los más resueltos, entre los obreros que participaban en esas manifestaciones, al comprobar el fracaso de las mismas frente a la intervención policial, y al convencerse de que jamás podrían recobrar la libertad por medios legales, huyeron.

Alguien supuso que los restos de los desaparecidos obreros eran los de dos hombres cuyos cadáveres encontraron flotando sobre las aguas del Paraná, o de los otros,

aparecidos en medio del monte.

Los defensores de Sirito, para rebatir esas acusaciones, escribieron los siguientes párrafos, que encierran, en lugar de defensa, la más terrible acusación contra los propietarios de obrajes.

"Cuéntanse por centenares a los infelices peones fugados de los ciento y un obrajes de la comarca que, con el propósito de substraerse a la insolvencia de sus deudas, o dominados por un sentimiento nostálgico, o ahuyentados por la dureza del patrón para el trabajo, o simplemente por el hábito malicioso de eludir el compromiso o contrato de conchavo —costumbre muy en boga entre la peonada que va al Alto Paraná—, se lanzan sin norte al corazón de la selva, en pos de una salida providencial—tal es el espíritu de aventura—, o se largan aguas abajo sobre una débil "jangadilla de tacuaras", fatalmente destinada a naufragar en el primer remolino que haya a su paso, o a ser tragada por los rápidos del Paraná".

"De ahí la aparición constante de despojos humanos flotando en las aguas de nuestro gran río. Hecho éste tan conocidoy tan antiguo —permítasenos la licencia—, como el río mismo. Los que vivimos en Misiones estamos acostumbrados al desfile macabro de esta procedencia".

Independientemente de la culpabilidad o de la inocencia de Sirito —la justicia se inclinó por último a creer en ésta—, para nosotros resultaba interesante la comprobación de que, sobre el "mensú" y sus pade-

Las colonias surgían en todas partes, y tras los rosados indispensables los colonos levantaban las capillas que servían de base a los pueblos.

En las sesenta mil hectáreas del Parque Nacional de Iguazú se encontraban los más hermosos ejemplares de la flora del territorio.

cimientos, se habían escrito más verdades que fantasías. De suerte tal que continuamos viajando por la Ruta 101, en las estribaciones de la Sierra de la Victoria, con el convencimiento de que, en ese lugar, un poco más cerca o un poco más lejos, habían tenido su campamento los "mensús" prófugos, los que no se resignaron a seguir la suerte corrida por sus compañeros Fausto Ríos y Claudio Villalba, o tantos otros trabajadores, que debieron pagar con sus vidas el reclamo de un salario más justo.

Felizmente, esos lugares estaban entonces en paz, y los pocos trabajadores que encontrábamos a lo largo de la ruta nada tenían que temer, ni de los patronos, ni de las autoridades. Los tiempos habían cambiado en el mismo paisaje, y nosotros continuábamos viajando dentro de lo que entonces pertenecía al Parque Nacional del Iguazú, después de lo cual habríamos de penetrar a las tierras fiscales del nordeste del territorio, cuya extensión podrá apreciar el lector en el mapa que fija la ubicación de las tierras y reservas fiscales, y que va inserto en la página 158.

Siguiendo la misma ruta cruzamos los arroyos Central, Yacui y Yacutinga. En las proximidades de este último, el camino, después de describir una larga y amplia curva, variaba su anterior dirección, para dirigirse de norte a sur, hasta el pueblo de Deseado.

Durante los primeros veinticinco kilómetros de recorrido por la Ruta 101, habíamos encontrado pocas manifestaciones vegetales que se diferenciaran de las ya vistas en el norte del territorio, pero a partir de entonces empezaron a mostrarse, a lado y lado del camino, nuevos y magníficos ejemplares de la flora misionera. Ya no se escalonaban a lo largo del camino solamente esas delgadas y erectas palmeras que los nativos llamaban "pinday", sino que las había de las formas más exóticas y de las dimensiones más variadas. Los isipós se ceñían a los grandes árboles y los tacupíes tendían sus du-

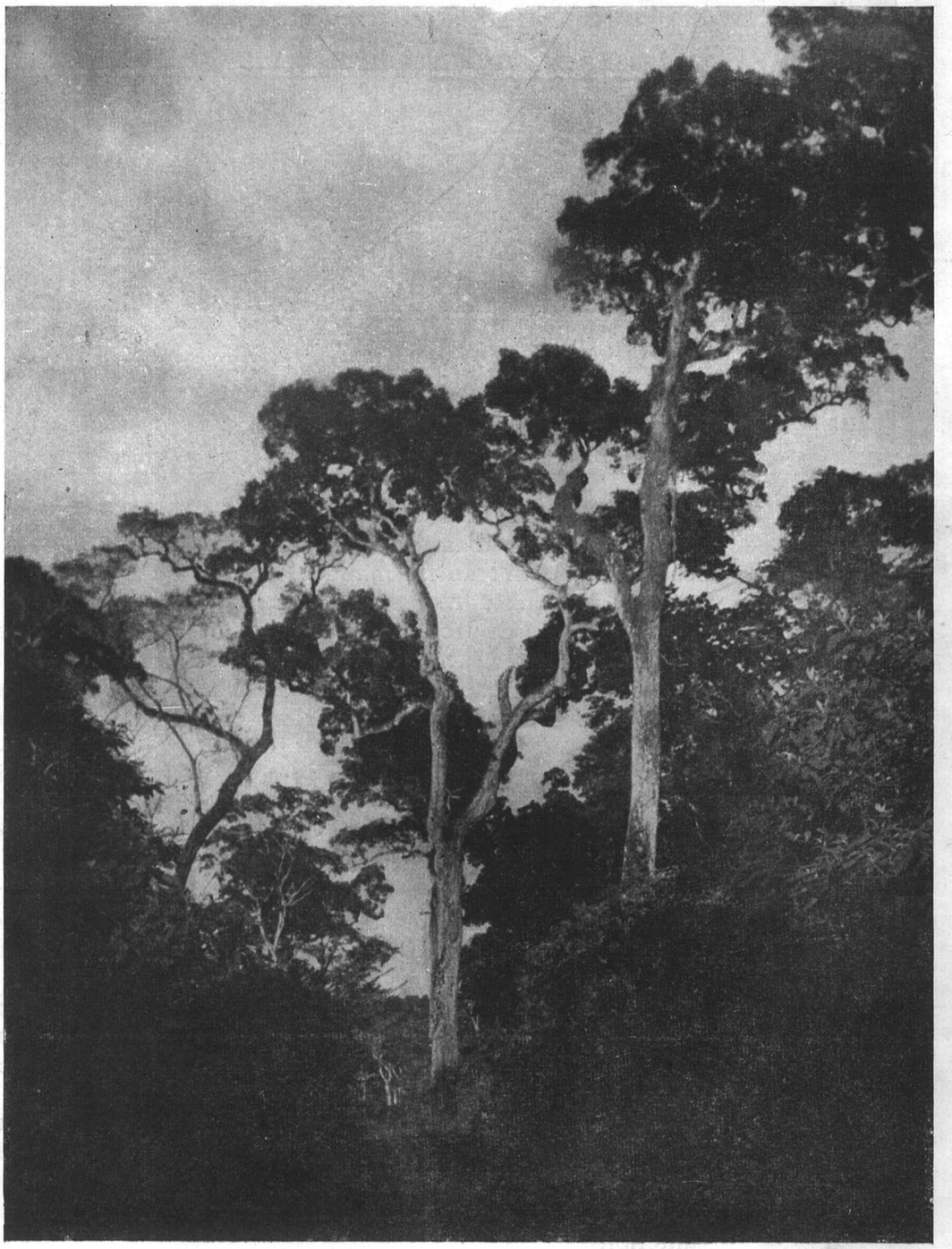
ros y largos tallos por sobre el camino. La flora gigantesca aparecía muchas veces adornada de orquídeas, y los claveles del aire eran suavemente mecidos por la brisa, en lo alto de aquélla.

No estábamos descubriendo nada desconocido ni escribimos ahora sobre algo que nadie hubiera descripto antes. Cruzábamos por primera vez esas soberbias selvas nuestras, sobrecogido el ánimo por tanta maravilla, sin que pudiéramos dejar de recordar las páginas inolvidables que sobre ese lugar escribiera un viajero ilustre, el doctor Holmberg, quien, conocedor de las regiones más exuberantes del mundo, se expresaba así al escribir sus memorias, recordando su viaje a Misiones, en 1886:

"Adelantando un poco, penetramos en la senda abierta en el bosque virgen. Nada más glorioso ni más espléndido que aquel espectáculo primitivo, en el cual se levantan apiñados los que hoy son colosos de la vegetación de Misiones, sin que, en verdad, pueda decirse que ellos representen a los contemporáneos de la época de los jesuítas. Elegantes palmeras, de tallo tan alto como esbelto, rompen con su precioso penacho recortado el ramaje de las mirtáceas y mimóseas plumosas, mientras que los naranjos de esmeraldinas hojas moderan los tintes monótonos, con su fruto dorado."

"Los isipós, suspendidos de las más altas ramas, se entrecruzan como serpientes colosales que aguardan, perezosas, la víctima codiciada. Aquí, los unos tendidos como arcos, sosteniendo delgadas bignoniáceas; allí se retuercen sobre los añosos troncos cual boas gigantescas en lucha desesperada; más allá penden, como cintas estalatíticas, o fingen una malla de curvas desenvueltas por un cíclope invisible."

La región de los Palos de Rosa se encontraba sobre la Sierra de la Victoria, entre Puerto Iguazú y la pequeña población serrana de Deseado.



Frente al camino, que parecía hundirse a cada instante como tragado por la selva, mostraban su silueta algunos árboles gigantes, ya secos.

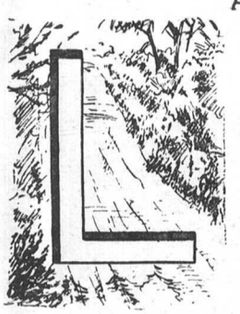
"Los claveles del aire se suspenden como manojos de todas partes y las orquídeas, cual si temieran las miradas codiciosas del coleccionista, asoman tímidamente entre las sombras profundas que envuelven aquel enjambre de troncos grisados. Allá, en la cima, los matorrales de loranto quedan libres de los esfuerzos gimnásticos del pasante y, en el alfombrado de la selva, los helechos arborescentes encorvan con blandura sus pinadas frondas y los cortorneados capullos, asociándose a numerosas especies humildes, tan interesantes como frecuentes."

La descripción de Holmberg resulta adecuada para cualquier región de Misiones, pero especialmente para la comprendida dentro de la sierra de la Victoria, que era, al propio tiempo, la región de los palos de rosa (*Machaerium sp. o Dicupelliun*), árbol de gran altura y espesor, de madera dura, preciosa para la fabricación de muebles.

A lado y lado del camino, dentro de las tierras fiscales, y como un anticipo de lo que existiría en el interior del monte, encontrábamos enormes ejemplares de palos de rosa, desaparecido ya de las tierras particulares, donde fueron cortados sin lástima y sin tasa.

Felizmente no tuvimos que presenciar esa tala, pues en las tierras fiscales del nordeste no se cortan árboles. Son zonas de reserva, y aún aquellos ejemplares que se secan, quedan allí, a la espera de que los derrumbe el viento, cuando ya han sido carcomidos por la acción del tiempo.

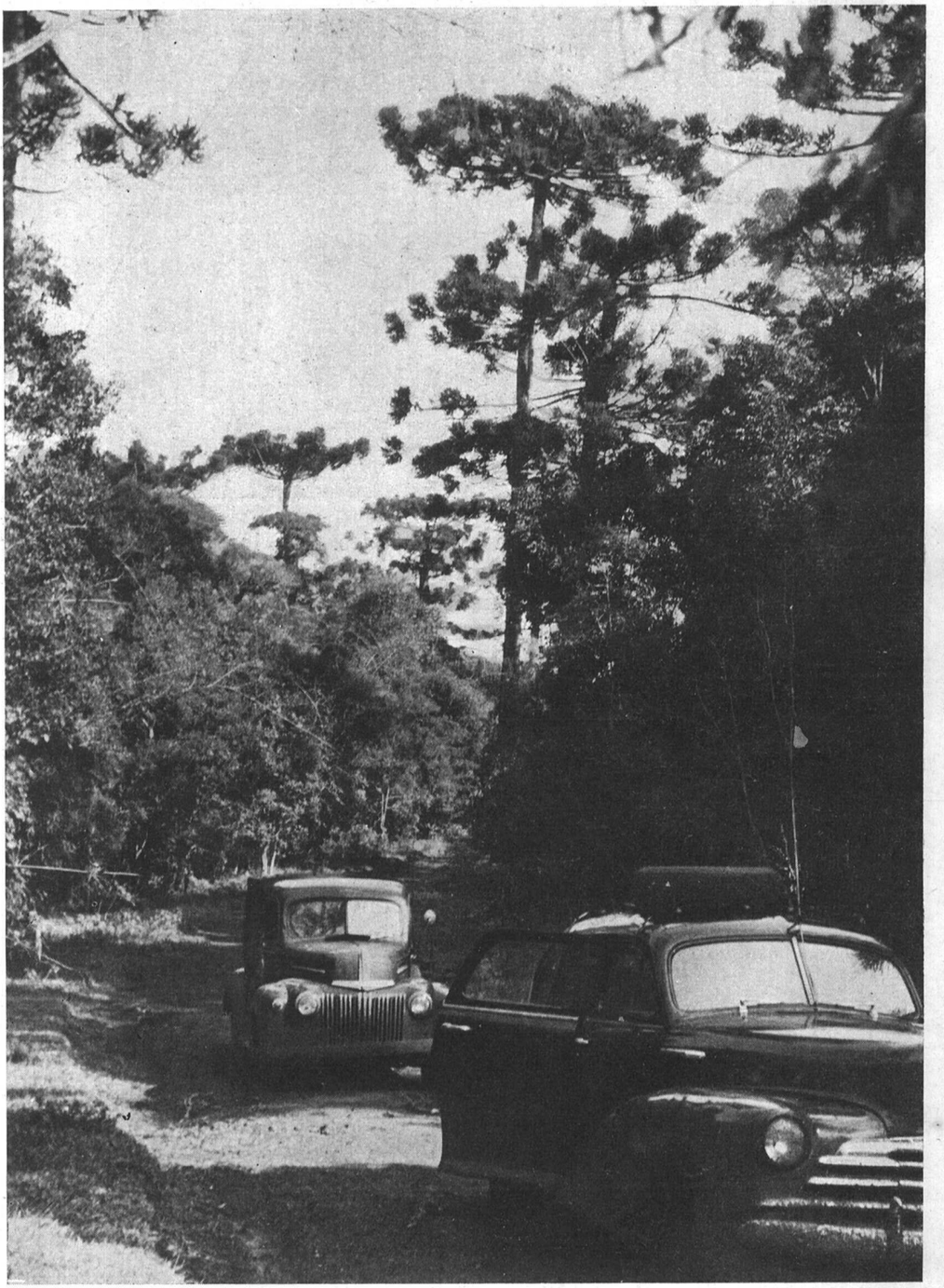
En medio de ese paisaje, y viajando por un camino que ganaba altura, lenta pero continuamente, llegamos a la pequeña población de Deseado, situada en las inmediaciones del arroyo del mismo nombre. Nos detuvimos allí breves momentos, y luego continuamos hasta San Antonio, pueblo de pocos habitantes pero más importante que el anterior.



A región de los pinares (*Araucaria Brasiliana*), que encontramos poco antes de que la Ruta 101 terminase en el pueblo de Bernardo de Irigoyen —conocido antiguamente con el nombre de Barracón—, donde se encontraba el límite de la Ruta 14, abarcaba millares de hectáreas, y era de una belleza exótica.

En Irigoyen el camino había ganado su mayor altura y ya no se disfrutaba allí de un clima primaveral en pleno invierno. Hacía frío, pero el de esos lugares era un frío sano, seco. Estábamos a más de ochocientos metros sobre el nivel del mar, ya en plena Sierra de Misiones, después de haber cruzado la Sierra de la Victoria, y el viento soplaba con frecuencia, agitando las cónicas copas de las oscuras y gigantescas araucarias. La tierra era siempre roja, y la topografía de lo más irregular que nos había sido dado ver hasta entonces en Misiones. Los caminos y picadas subían y bajaban techados por la espesa vegetación en algunos lugares, pero siempre sólidos y parejos.

La Ruta 14 cruzaba por entre los altos pinares, que elevaban sus grandes copas coníferas por encima de un monte hirsuto y casi impenetrable.



Irigoyen estaba en la línea fronteriza y era un pueblo en formación, con grandes aserraderos y una actividad poco común en esa zona. No nos detuvimos mayor tiempo en él, ya que, salvo los grandes aserraderos, había poco que ver, y estábamos ansiosos por iniciar el recorrido de la Ruta 14, en busca de las localidades de Tobunas y San Pedro.

Salimos de Irigoyen con tiempo bueno y fresco, a lo largo de un camino que iniciaba un leve descenso, con tupida vegetación a lado y lado.

Si no hubiesen estado allí los pinares, los otros árboles nos habrían parecido inmensos, porque en realidad lo eran, comparados con los que estábamos acostum-

En los lugares en que el desmonte estaba ya realizado, era dable encontrar pequeñas poblaciones en campo abierto, como ocurría en San Pedro.

brados a ver en las ciudades. Con los pinares a la vista, mostrando su altura de treinta o cuarenta metros, y su diámetro, que solía pasar de dos, todo llegaba a parecernos pequeño, inclusive las corpulentas grapias y los recios timbós.

Cuando el camino, después de haber descendido en busca de un angosto valle, subía hacia el lomo de algún cerro, las largas filas de altos pinares, que se elevaban a lo lejos, daban la impresión de un conjunto de diminutos abanicos abiertos.

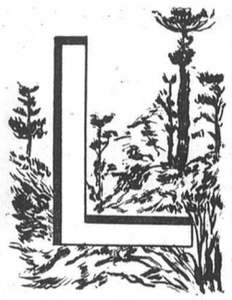
En mitad del camino, atraídos por aquella naturaleza nunca vista, hacíamos detener el vehículo para aproximarnos a ella, o para penetrar a pie por piques y picadas.

Así avanzamos hasta el pueblo de Tobunas, viajando diagonalmente a sudoeste, por la Ruta 14.

Tobunas había de convertirse en un lugar inolvidable para nosotros, porque fué en las inmediaciones de ese pequeño pueblo, prácticamente rodeado por las grandes propiedades de la "Colonizadora Misionera, S. A.", donde tuvimos oportunidad de ver la selva a media noche, de escuchar cómo soplaba el viento en ella, y de asistir al increíble espectáculo brindado por una lluvia torrencial en el corazón de la flora milenaria.

Encontrándonos en la colonia Eldorado, habíamos tenido oportunidad de recorrer parte del camino construído por la Colonizadora Misionera, para unir las Rutas 12 y 14. Sabíamos que dicho camino llegaba hasta las cercanías de Tobunas, y nos habíamos hecho el propósito de llegar hasta los obrajes, cuando nos detuviésemos en dicho pueblo.

Las noticias que nos dieron en Tobunas no eran alentadoras, pues dijeron que los lugares donde trabajaban los hacheros de Campo Alegría, también propiedad de la Colonizadora Misionera, distaban siete u ocho kilómetros, y que sólo podríamos llegar hasta ellos por piques abiertos en plena selva, que resultaría indispensable recorrer a caballo.

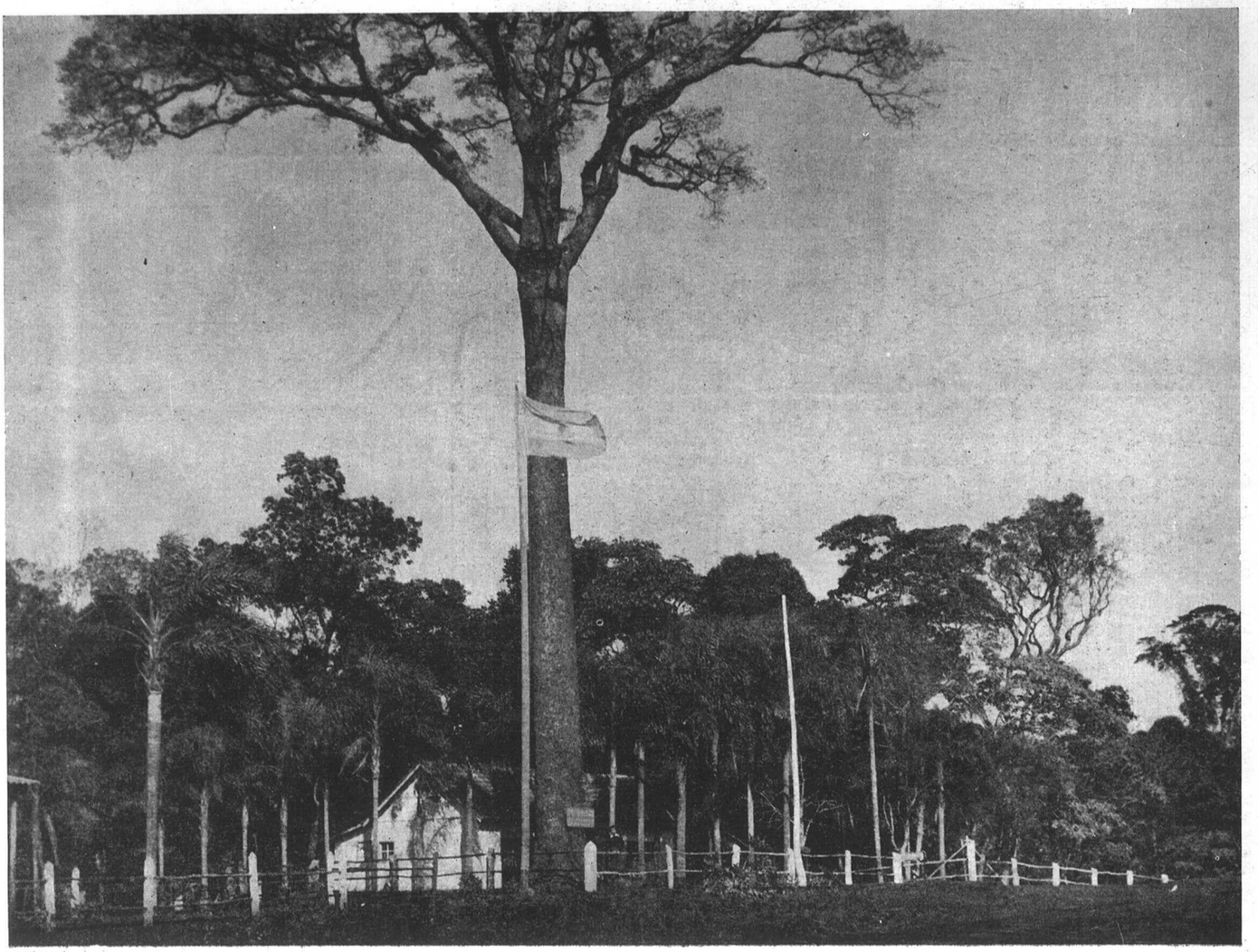


A flora misionera nos había mostrado la casi totalidad de su magnificencia, a esa altura del viaje, pues aunque nos faltaba recorrer la zona de montes del Alto Uruguay, las especies contenidas en ésta, salvo contadas excepciones, eran las mismas que habíamos encontrado en otros lugares del territorio.

Ya hemos aludido a la impresión que esas selvas produjeran en el ánimo del doctor Holmberg, quien solía repetir frecuentemente, que *volvería a Misiones sólo por ver sus árboles*. Queremos agregar ahora, que no fué menos grande la admiración que esa flora produjo al sabio naturalista Ambrosetti, a lo largo de los tres viajes realizados por ella, como él mismo se encargó de testimoniarlo, al escribir, en las que serían sus memorias, estas palabras:

"Pasarán los años, quizá, sin que me sea dado volver allí, pero el recuerdo de aquellas selvas grandiosas, llenas de perfumes desconocidos, la imagen de los encajes que forman las lianas e isipós al entrecruzarse con las copas de los árboles, el espectáculo imponente de los cerros cubiertos de vegetación intrincada, que a lo lejos presentan su masa azul titilante, y las anchas corrientes de agua que se entretienen en reflejar las costas risueñas de aquel paraíso de encantos, todo unido a la evocación de las leyendas y la tristeza misteriosa de las ruinas cubiertas por la selva virgen, jamás se borrará de mi imaginación, y cuando llegue la

Posiblemente fuese este timbó el árbol más grande de Misiones. Compáreselo con el tamaño de la persona que está a la derecha del mismo.

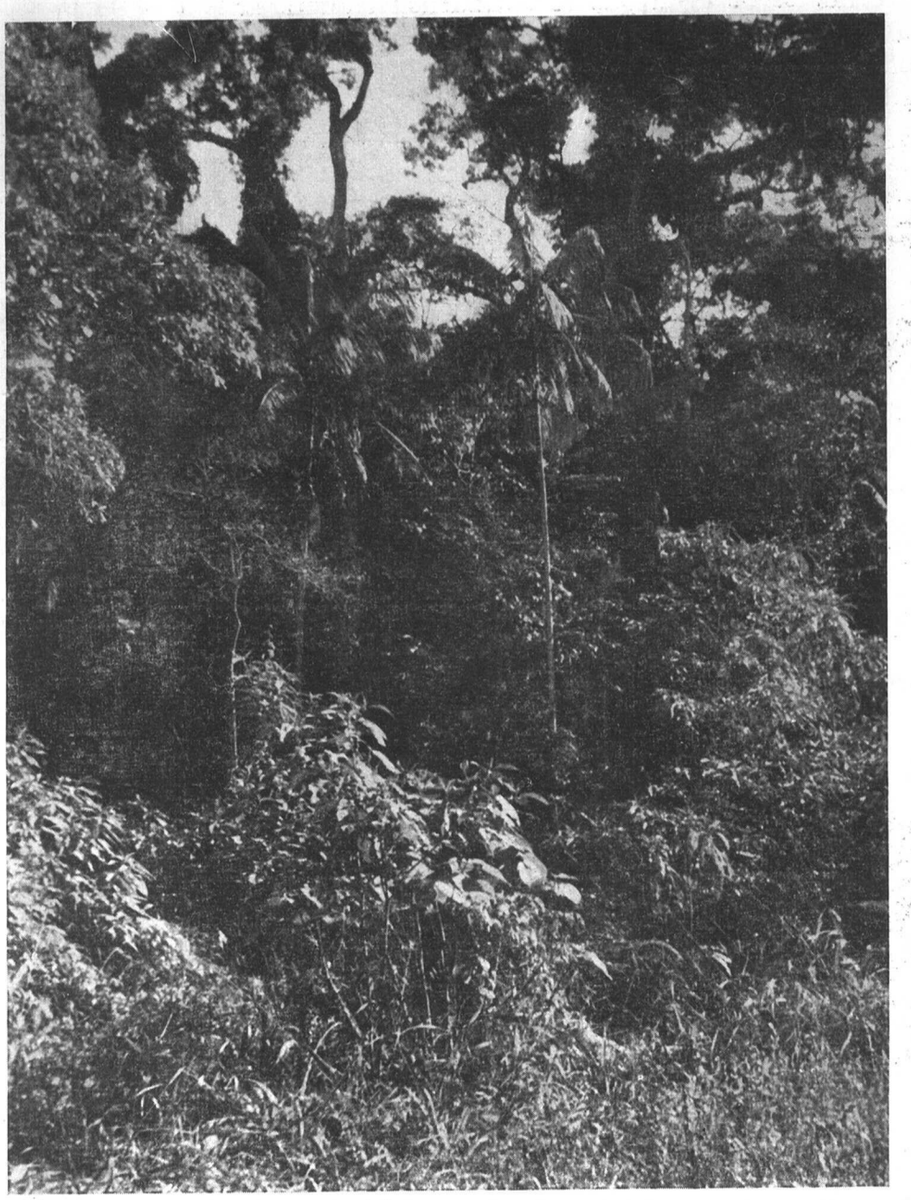


época en que se vive de recuerdos, éstos acariciarán la mente, rejuveneciéndola ante el éxtasis siempre renovado de aquella naturaleza maravillosa".

Muchos fueron los sabios que recorrieron y estudiaron la flora de Misiones, y entre ellos debe destacarse al naturalista Gustavo Niederlein, quien formó un herbario que constaba de mil quinientas setenta especies, cuya distribución era la siguiente: ciento cincuenta y nueve árboles, ciento sesenta y dos arbustos, treinta y ocho lianas, noventa y una hiedras, cinco palmeras, ciento diez helechos, ciento ochenta y nueve hierbas y ochocientos catorce herbáceos.

En la zona de San Pedro, que era la correspondiente a esta etapa de nuestro viaje el mismo sabio encontró, en una hectárea de bosque: ciento cuarenta y ocho árboles de veinte centímetros de diámetro a un metro con cincuenta; doscientos veinte, de uno a quince centímetros; dos mil quinientos ocho arbustos, de dos a cinco centímetros; ciento veinte palmeras; doscientas cuarenta y cuatro lianas gruesas, sin contar bambúes, plantas herbáceas, helechos, etc.

Las comprobaciones del agrimensor nacional Queirel, en los bosques situados en la zona del Alto Uruguay, son similares a las de Niederlein, y lo propio podría decirse respecto de los resultados obtenidos por diversos estudiosos, tanto argentinos como extranjeros.



Entre los grandes árboles había infinidad de helechos gigantes que se mezclaban con el tabaco de monte, y también bellas palmeras.

Las maderas más comunes y abundantes en Misiones, son las siguientes, en sus denominaciones comunes:

Abati-Tumbavi, madera ligeramente esponjosa, cuyo uso es relativamente reciente.

Aguai Dulce, madera blanca y pesada, para construcciones.

Anchico Colorado, árbol grueso y alto, útil para la fabricación de muebles, carretas, durmientes, construcciones navales y civiles. La corteza es usada en las curtiembres.

Araticu Dulce, madera para carpintería.

Arbol de Lluvia, es un árbol grueso y alto, de madera de ley, cuya particularidad consiste en que, aun durante los más fuertes calores, sus hojas dejan caer agua fresca, en forma de garúa.

Ibira Obi, madera especial para ebanistería.

Blanquillo, árbol cuya madera es usada para fabricar muebles y ebanistería.

Yacharatal, árbol grueso de madera para ebanistería.

Coroba, árbol delgado, muy abundante en todo el territorio,

de características similares al pino, cuyas hojas y corteza tienen aplicaciones medicinales y tintóreas.

Catigua Colorado, árbol delgado y bajo, que sirve para fabricar varas de carretas, y cuya corteza es rica en tanino.

Cedro, árbol muy grueso y alto, de excelente madera para construcciones, muebles y ebanistería.

Cedro Maco, árbol grueso de madera liviana, para ebanistería. La corteza sirve para curtir.

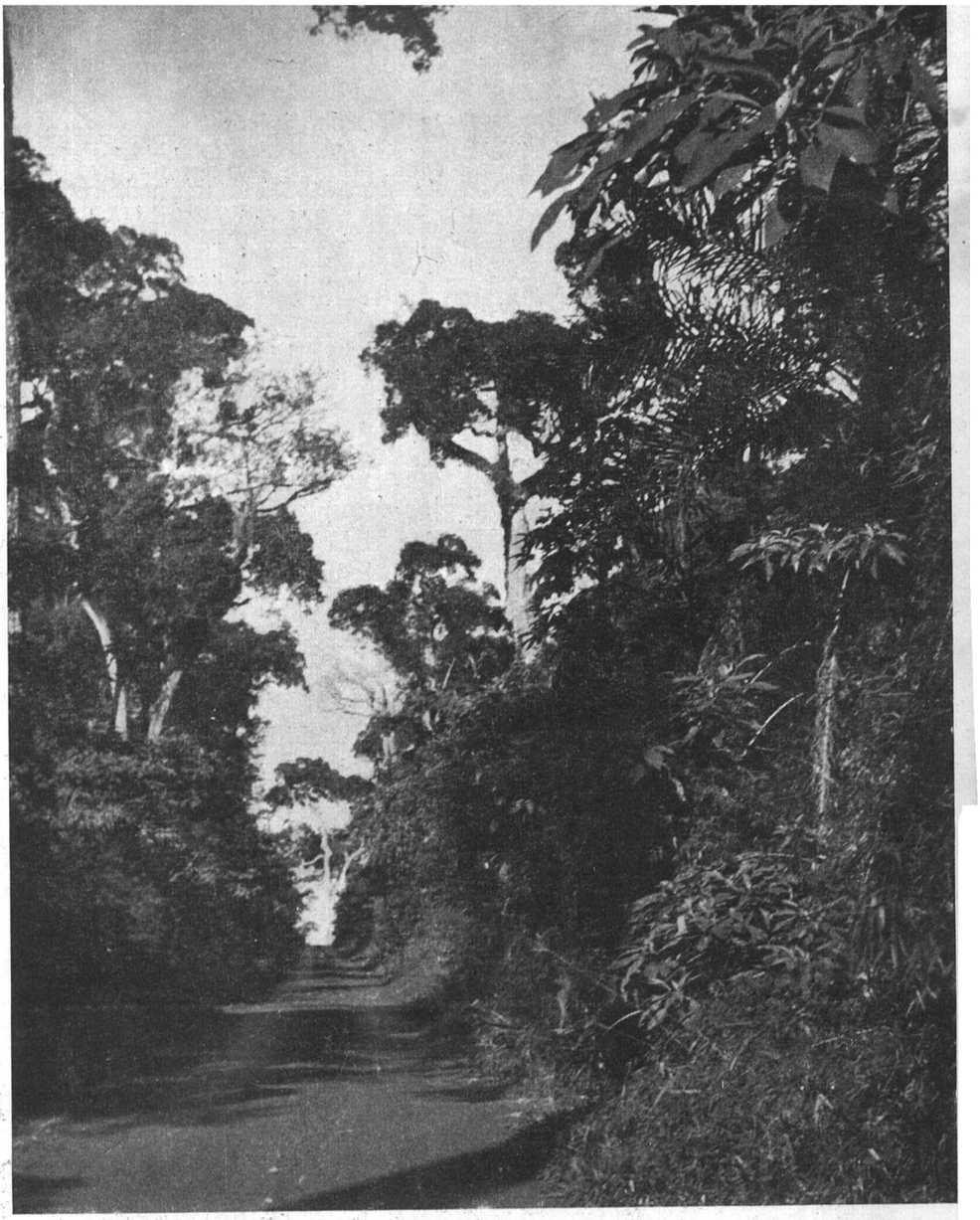
Ceibo, árbol grueso de madera bastante blanda y liviana, que produce nuestra Flor Nanal.

Cereza, árbol delgado, cuya madera es empleada para fabricar cabos de herramientas.

Curupicai, árbol mediano, cuyo jugo lechoso sirve para elaborar caucho.

Espina de Corona, bajo y grueso, produce madera pesada, que sirve para muebles torneados. La corteza produce jabón.

Grapiapuña, árbol de gran diámetro y altura, cuya madera sirve para durmientes, pequeños trapiches y tablones. La corteza tiñe.



A lado y lado de los firmes caminos de tierra colorada íbamos encontrando las más diversas especies de árboles de madera preciosa.

Guatambú Amarillo, grueso y alto, uno de los árboles más hermosos de Misiones, cuya madera sirve para toneles y sillas.

Guatambú Blanco, de características similares al anterior. La madera sirve para trabajos de carpintería y torneado.

Guayaibi, árbol grande y de mucho diámetro, que proporciona madera para muebles y otros usos. Hay amarillo, blanco y crespo. Este último es el mejor.

Incienso, árbol muy corpulento, cuya madera es magnífica para trabajos de ebanistería. La corteza es febrífuga.

Inga Amargo, árbol grueso, de madera para muebles ordinarios. La corteza se usa en curtiembre.

Inga Dulce o *Amarillo,* árbol delgado de madera blanca.

Iva-Hay, árbol de poco uso, con corteza áspera y gris. Hay una variedad que tiene fruto comestible.

Iva-Poroti, árbol mediano cuya madera sirve para teñir color rojo.

Iva-Vira, árbol grueso. La madera sirve para mangos de herramientas.

Iva-Viyu, grueso, de madera pesada y dura.

Alecrin, árbol corpulento, de forma extraña.

Cañafístula, árbol de gran corpulenia, cuya madera sirve para toda clase de tra-

bajos. La corteza tiñe de violeta.

María Preta, árbol grueso y elevado, de poca explotación aún en Misiones, parecido al pino y útil para la fabricación de muebles.

Lapacho Blanco, árbol muy grande, de madera pesada para construcciones civiles.

Lapacho Crespo, de características similares a las del anterior, su madera sirve para iguales aplicaciones industriales.

Lapacho Negro, es el más resistente entre los árboles de este tipo, y su madera tiene aplicaciones múltiples.

Laureles, hay de diversas clases y colores, pero el más cotizado de ellos es el *Laurel Negro,* árbol bastante grueso que produce madera de ley, cuyo aserrín sirve para la fabricación de anilina color violeta. La corteza es utilizada para curtir pieles finas.

Peteribí Blanco, árbol mediano, cuya madera entre blanca y amarillenta es utilizada para trabajos comunes.

Peteribí Negro, o *Loro Negro,* como le llaman los misioneros, árbol de gran diámetro y altura, que tiene cierto parecido con el *Nogal.* Su madera es muy solicitada en todos los mercados, por ser de superior clase para las construcciones.

Membrillo, árbol alto y grueso, de mame tronco, cuya madera dura se utiliza en construcciones.

Membrillo, árbol alto y grueso, de madera roja, un tanto pesada y ordinaria, pero adecuada para construcciones en general.

Sapirangi, árbol alto y relativamente delgado, cuya madera tiene escasa aplica-

La riqueza forestal del territorio era explotada en forma intensa, y daba trabajo a miles de jornaleros, que realizaban tareas diversas.

He aquí un conjunto de hermosos ejemplares de pinos, procedentes de las reforestaciones que se efectúan en el territorio de Misiones.

ción industrial. En cambio, su jugo lechoso sirve para la elaboración de caucho, como se demostró en las diversas pruebas a que fué sometido en los últimos años.

Ñangapirí, árbol pequeño, de madera muy dura y pesada. La fruta que produce sirve para fabricar licores.

Ñacaratiá, árbol grueso, que casi no tiene madera y es prácticamente sostenido por la corteza. Su savia lechosa produce caucho,. Es vermífuga, y produce un fruto comestible.

Ñacaratiá Chico, su jugo lechoso también produce caucho, y las hojas reemplazan al jabón.

Ñoati-Curuzú. árbol grande de madera dura, a la cual no se le ha dado aplicación comercial.

Palo de Rosa, árbol corpulento de madera dura, preciosa para la fabricación de los más finos muebles.

Pindó, palmera delgada, cuyos troncos son utilizados para techos y cuyo cogollo o palmito es un comestible muy cotizado.

Pino, árbol que alcanza hasta cuarenta metros de altura y dos o tres de diámetro. Sirve para la fabricación de madera terciada, y es excelente para todo trabajo de carpintería. Produce pulpa para la fabricación de papel. En Misiones hay tres clases de pino: amarillo, blanco y crespo.

Quina, árbol grueso, madera muy blanda sin corazón y sin uso.

Sota-Caballo Blanco, buena madera para carpintería y carretas. La corteza sirve para curtir y las hojas son medicinales.

Sota-Caballo Colorado, árbol muy grueso y bastante alto. Madera excelente para

La flora nativa era rica, y al ser cruzada por los caminos ofrecía maravillosos paisajes, como el que puede apreciarse en esta fotografía.

toda clase de construcciones finas. La corteza sirve para la industria de la curtiembre.

Sauco Bravo, árbol grueso, de corteza amarga y madera blanda.

Turuma, de gran diámetro pero un tanto torcido. La madera es buena para construcciones civiles.

Tayuba, árbol alto y grueso, de madera amarilla jaspeada, que es excelente para ebanistería y muebles de lujo.

Timbó, árbol de enorme altura y diámetro, de madera liviana, empleada para ebanistería y especialmente para la construcción de canoas, por su gran resistencia y escaso peso.

Urunday, árbol grueso, de madera especial para durmientes, poleas, carpintería. Es muy resistente, sobre todo si se le usa en forma vertical. No se pudre, como puede deducirse por el hecho de que, entre las ruinas construídas hace siglos por los jesuítas, se han encontrado marcos, columnas y pilares de urunday, en perfecto estado de conservación.

Otras especies muy abundantes en Misiones son las siguientes, tanto para la zona del Uruguay, como para la del Paraná: Aguaribay, Araza, Aroeira, Cambara, Cedrillo, Corazón de Bugle, Espinillo, Guamiri Dulce, Guayabo, Limón, Lapacho Colorado, Peteribí Amarillo, Mamica de Cadela Negro, Mbocayá, Mora, Naranjo Amargo, Ñandipá, Ortiga Brava, Sangre de Drago, Tabaco de Monte o Fumo Bravo, Tala, Tatane.

Entre la gran variedad de plantas textiles y medicinales del territorio, se cuentan las siguientes: Agrial, Barba de Viejo, Cabello de Angel o Isipó Cumbo, Congorosa, Caraguatá, Cataaya o Herva de Bicho, Culantrillo, Doradillo, Guembé, Ivira-bromelia, Iviratai, Cutía o Jaborandí, Isipó o Sipó, Isipó-yu, Isipó Mil Homes, Niño Rupá, Ovecha-Caá, Poleo, Quina del Campo, Tacuapí o Tacuara Mansa, Tacuarazú o Tacuara Brava, Tuna o Pita y Zarzaparrilla.

Hay árboles que sólo crecen en la zona correspondiente al Alto Uruguay, y otros que pertenecen exclusivamente a la del Paraná.

En la zona del Alto Uruguay crecen los siguientes: Algarrobo o Ibopé, Palo Blanco y Taperuguá.

En la región del Paraná crecen las siguientes especies: Anchico Blanco, Bacú, Canelón Blanco, Curupay, Higuera Brava, Iba-Purú, Naranja Dulce, Ombú, Pacurí, Paloma Riumbú, Cuasia y Paina, llamada comúnmente *Palo Borracho*.

UN cielo cubierto por densos nubarrones, el viento que empezaba a soplar del norte, y una pronunciada elevación de la temperatura, no eran seguramente indicios de buen tiempo, cuando dispusimos montar a caballo, en las primeras horas de aquella mañana, en la población de Tobunas. Empero, como los baqueanos que habían de acompañarnos aseguraban que a caballo podríamos llegar a cualquier parte, y que no era seguro que lloviese ese día, dispusimos partir, sin más compañía que la de aquéllos, ya que los ingenieros de Vialidad Nacional habían regresado a Iguazú, después de acompañarnos hasta las inmediaciones del pueblo de Deseado. Los consejos de algunas personas, en el sentido de que era riesgoso internarse por la selva con semejante tiempo, no surtieron efecto, resueltos como estábamos a llegar hasta Campo Alegría, y quizá recónditamente ansiosos de que nos sorprendiera una tormenta en la selva.

Al partir de Tobunas, el pique iba casi directamente de este a oeste y era bastante ancho, pero poco después empezó a subir y a bajar, describiendo los zig-zag más increíbles, de suerte que tan pronto viajábamos hacia el norte, el este o el oeste. Los caballos pasaban rozando los tupidos matorrales que dominaba el tabaco de monte, y mientras nosotros permanecíamos alertas, para evitar que nos cortasen la cara los tacuapíes que avanzaban por encima del pique, el baqueano que marchaba adelante iba macheteando lianas, isipós y ramas de árboles que en muchas partes parecían cerrarnos el paso. El hombre aseguraba haber pasado por ese

Aunque el sol pugnaba por abrirse paso, las densas nubes lo ocultaban frecuentemente, como preludiando la lluvia que llegaría más tarde.

Al comienzo, la picada era amplia, y los pinares resultaban aún más oscuros cuando se les veía en el fuerte contraluz de la mañana.

lugar una semana antes, y no dejaba de repetir que el pique estaba despejado entonces, porque varios hacheros de Campo Alegría se habían encargado de limpiarlo.

Cruzada a caballo, por los angostos vericuetos que parecían girar para envolverla, la selva tenía aún mayores encantos. Porque estábamos allí como prisioneros de ella, pero como voluntarios prisioneros, deteniendo a cada momento la marcha de las cabalgaduras, para escuchar extraños ruidos quizás inexistentes, para contemplar las bajas y oscuras nubes por entre los claros del ramaje que cubría el pique, para deleitarnos con los perfumes exóticos, para mirar de cerca y aun para tocar los troncos, las ramas o las hojas de enredaderas, helechos y árboles. Los ruidos, sobre todo, iban convirtiéndose en una obsesión para nosotros, porque eran ruidos plenos de musicalidad, producidos por el rozamiento de los caballos con las plantas, por la leve brisa que apenas movía la vegetación hirsuta, por algún animal que huía temeroso, o por el golpear del agua de pequeños arroyos de lecho rocoso, en su marcha hacia las nacientes del Piray-Guazú, que se encontraban hacia el sud de la región que cruzábamos. Sobre nuestras cabezas, entre tanto, se cerraban en tal forma las copas de los árboles, las enredaderas y esas durísimas cañas llamadas "tucupíes", que ya no podíamos disfrutar a lo lejos el espectáculo magnífico de las coníferas copas de las araucarias recortándose en el marco del cielo.

Con tantas maravillas en el camino, y con tantos deseos como teníamos de extasiarnos en la contemplación de aquello que quizá no volviésemos a ver nunca, las horas transcurrían sin que avanzásemos en la forma en que lo previeran los baqueanos. Así, el mediodía nos sorprendió en plena selva, donde nos detuvimos una vez más, entonces para comer. Porque todo había sido previsto, y además de buenas capas brasileñas para cubrirnos en caso de lluvia, llevábamos algunos alimentos y agua.

Después de comer, cuando reiniciábamos la marcha, los baqueanos calcularon que habíamos recorrido la mitad del camino, tres o cuatro kilómetros, y aconsejaron no hacer nuevos altos, pues, contrariamente a lo que manifestaran el día anterior, en el sentido de que quizá no lloviera, entonces estaban convencidos de que no llegaría la noche sin que esto ocurriera.

La prevención de los guías no surtió efecto, porque como la selva era más y más hermosa cuanto más se penetraba en ella, no podíamos resistirnos al deseo de detenernos una y otra vez para admirarla.

Al aproximarse la caída de la tarde habíamos recorrido otros tres kilómetros y estábamos ya cerca de Campo Alegría, cuando la selva oscureció casi repentinamente. Luego se escuchó un estruendo terrible, mientras una serpenteante línea de fuego, brotada de entre las plomizas nubes, caía sobre la copa de una gigantesca araucaria.

Al producirse ese estruendo, en medio de la oscuridad creciente, cuando aún era pleno día, todos, incluso los guías, abandonamos el pique para detener los caballos junto a los árboles.

Las descargas eléctricas se sucedieron una y otra vez antes de que empezara a llover, mientras los truenos parecían recorrer la selva al entrechocarse los ecos. Era algo parecido al estruendo producido por muchas avalanchas que recorrieran mil piques y que se estrellaran en otros tantos árboles, para retroceder entonces y avanzar luego con ímpetu renovado, al producirse un nuevo trueno.

Las descargas eléctricas se sucedieron una y otra vez, antes de que empezase a llover, mientras los truenos parecían recorrer la selva.

Aquello debió durar uno o dos minutos, que nos parecieron largas horas, y a continuación empezamos a escuchar otro ruido, no tan fuerte, pero igualmente impresionante, que se aproximaba cual si fuese un anticipo de millares de pequeñas bestias dispuestas a invadir la selva.

La lluvia torrencial estaba ya sobre nosotros, azotando con fuerza las copas de los árboles y pugnando por abrirse paso a través de la vegetación compacta, pero no nos alcanzaba, refugiados como estábamos debajo de grandes araucarias, entre cuyos troncos, y apoyándose en plantas menores, las enredaderas y helechos formaban glorietas naturales.

Corrían las alimañas por entre la maleza, al escuchar el ruido de la lluvia, mientras el agua empezaba a caer sobre el camino.

El olor que despedían la flora y la tierra mojadas alivió un poco la pesadez de la atmósfera, y la oscuridad de la selva empezó a ser dominada por un alucinante halo transparente, mientras las descargas eléctricas se espaciaban y el retumbar de los truenos se escuchaba más lejano, sin que dejase de llover torrencialmente.

En algunos momentos, cuando los rayos solares lograban filtrarse a través de las nubes, parecía que no llovería, pero finalmente llovió.

Pasados los primeros momentos, cuando logramos reaccionar contra el estupor que produjera en nosotros aquel espectáculo dantesco, desenvolvimos las capas, dispuestos a volver al camino, empapados ya por el agua.

Reanudamos la marcha bajo la lluvia, y poco después escuchamos a lo lejos unos golpes secos, recios, de ritmo irregular, pero continuado. Eran los hacheros de Campo Alegría.

—Están ahí nomás —dijimos, dirigiéndonos a uno de los guías.

El hombre sonrió incrédulamente, y luego respondió que la selva engañaba mucho, porque allí los ruidos llegaban a grandes distancias, incesantemente repetidos por los ecos.

—Por lo menos están a uno o dos kilómetros —comentó finalmente, mientras detenía su caballo y nosotros hacíamos lo propio, sorprendidos por un nuevo ruido, mucho más fuerte que el producido por el golpear de las hachas en los árboles y el del agua sobre la tierra colorada. Habíamos ido repechando una larga cuesta, y entonces, desde lo alto de la loma, podíamos ver, a poca distancia de nosotros, un torrente de agua que corría por el encajonamiento que formaban dos pronunciados cerros de tierra colorada.

Había llovido fuerte durante una hora, y el agua continuaba cayendo con violencia, pero nadie hubiese podido imaginar lo que contaban los baqueanos, detenidos junto al angosto torrente que nos cerraba el paso, y cuyo volumen iba en aumento.

Según ellos, grandes conocedores de la zona, allí no había, en tiempos normales, ninguna corriente de agua. Era un "bajo", nada más que eso; una especie de angostísima abra, formada por el correr del agua que caía en los cerros vecinos, durante el período de las grandes lluvias.

Como el "bajo", la "angostura", o lo que aquello fuera, se deslizaba en plano muy inclinado desde un ramal de la Sierra de Misiones hacia las nacientes del Piray Guazú, resultaba un magnífico receptor para el agua que estaba cayendo en toda la zona alta. De allí que su volumen fuera en aumento y que produjera un verdadero estruendo al entrechocarse las piedras que arrastraba, juntamente con ramas y pequeños troncos

de árboles. El agua empezaba a calarnos, pese a las famosas capas brasileñas, y como no existía la menor posibilidad de seguir adelante, fuimos a refugiarnos a una glorieta natural, con paredes y techos de espesor tal, que no permitía la filtración del agua.

Teníamos el propósito de esperar allí hasta que cesara el aguacero y desapareciese el torrente formado en el "bajo", para continuar hasta Campo Alegría, pero los baqueanos dijeron que nadie podía asegurar si la lluvia iba a prolongarse por espacio de unas horas, de unos días o de unas semanas. Al torrente que continuaba bramando cerca de nosotros ni siquiera lo aludieron, convencidos como estaban de que una hora después de terminada la lluvia desaparecería con la misma rapidez con que se había formado.

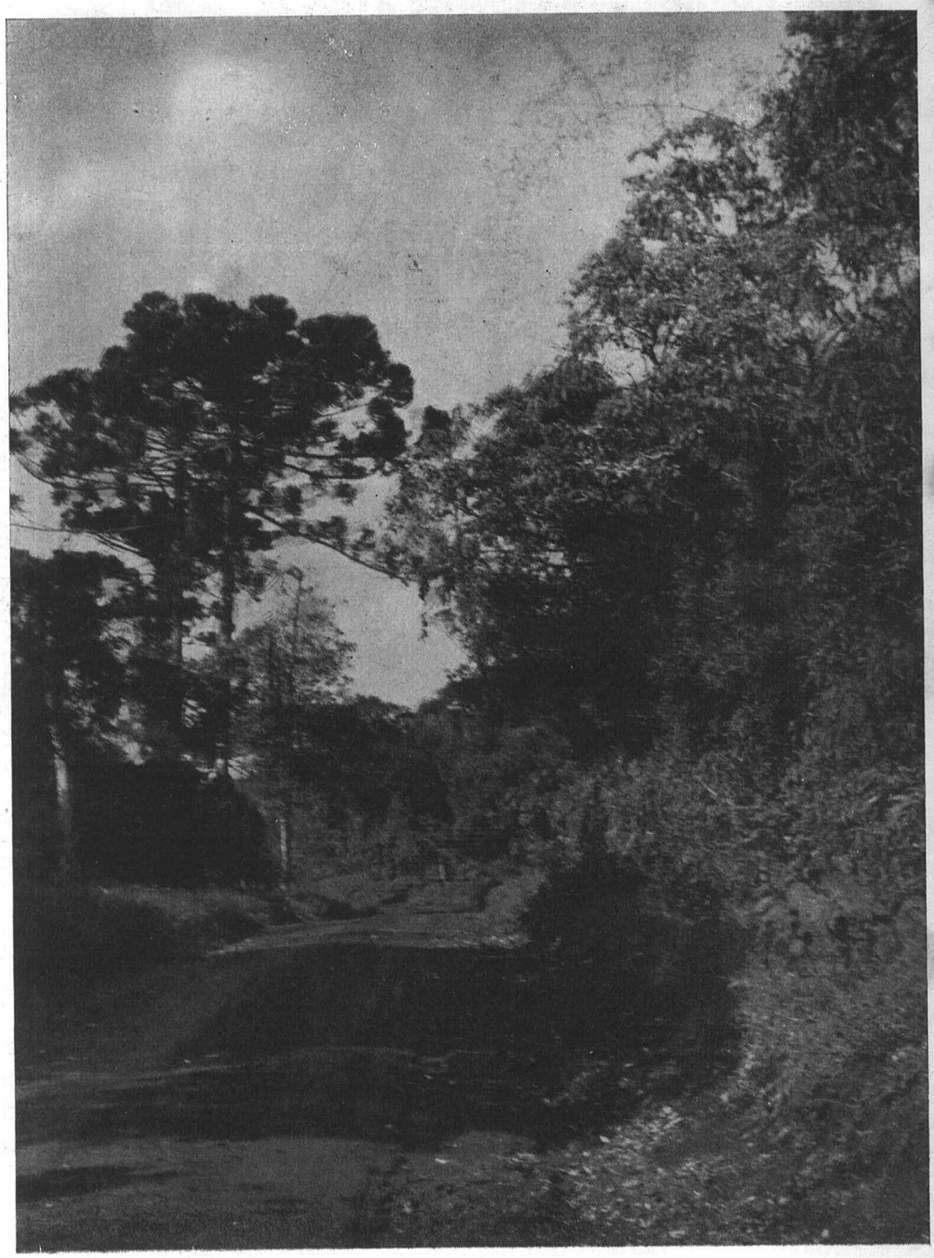
A pesar de todo, resolvimos esperar, y esperamos hasta que llegó la noche. La lluvia era entonces menos fuerte, pero más acompasada, más pareja, más rítmica. Se nos antojaba un corredor de fondo dispuesto a salvar una larga distancia, sin prisa y sin desfallecimiento.

Por fin, resolvimos volver sobre lo andado, rumbo a Tobunas, lamentando no poder disfrutar el espectáculo de un campamento de hacheros en plena selva. Empero, al iniciar el regreso, la noche sobre nosotros, el cielo encapotado y la lluvia golpeando en la floresta antes de caer a los senderos, pudimos disfrutar de otro espectáculo inolvidable: el que ofrece la selva en plena noche.

Habían desaparecido las mil tonalidades que ofrece la luz solar en aquellos lugares, y la selva entera formaba una sola masa compacta, oscura e impenetrable. La lluvia golpeaba con fuerza en las copas de los árboles, después lo hacía más despacio en las ramas intermedias y aún con mayor suavidad en las bajas; por fin, cuando llegaba al suelo, ya para caer sobre alfombras de musgo, ya para hacerlo sobre la tierra colorada, tenía la casi imperceptible sonoridad de esos inmensos y mansos ríos que se deslizan rozando las ululantes ramas de los sauces llorones.

Contrastando con la negrura que había adquirido la selva, el camino era perfectamente visible, a pesar de las vueltas que daba y de la forma en que lo envolvía la vegetación, porque la tierra colorada irradiaba una tenue fosforescencia.

Después de las aventuras de aquel día, deseábamos regresar cuanto antes al ancho camino que había de conducirnos hacia los poblados.



El transporte de los grandes troncos de madera de ley cortados en la sierra, reclamaba el empleo de verdaderas caravanas de automotores.

tre esas dos poblaciones tenían una anchura media de veinte metros y eran mantenidos en perfectas condiciones por tres peones camineros, escalonados de diez en diez kilómetros. Allí, el tránsito de vehículos era más intenso y la carga de los mismos consistía generalmente en grandes troncos de árboles de madera de ley. Antes de llegar a Fracán encontramos las nacientes de los arroyos Paraíso y El Soberbio, ambos afluentes del Alto Uruguay, y posteriormente pasamos por el lugar en que la Ruta 14 entroncaba con la Ruta Complementaria E, cuyo punto terminal se encontraba en la zona del río Paraná. Ligeramente al sur del pueblo antes mencionado nacía la Picada Tropera, de cincuenta y dos kilómetros de extensión, con punto terminal en el obraje y puerto El Paraíso, donde funcionaban varios aserraderos.

Como el tiempo había vuelto a ponerse tormentoso. nos aconsejaron no internarnos por la Picada Tropera, uno de cuyos tramos se ponía en malas condiciones durante las épocas de fuertes lluvias. Nos dijeron, además, que siendo el punto de destino de esa etapa el puerto y obraje de El Soberbio, allá encontraríamos algo muy similar a El Paraíso.

El viaje continuó sin novedad a lo largo de la Ruta 14, en la cual encontramos, poco después de haber partido de Fracrán, a dos aborígenes auténticos, de los pocos que allí quedaban. Eran caingüas y, procedentes de las viviendas que ocupaban al borde del camino, en tierras fiscales, se dirigían en busca de trabajo a uno de los obrajes.

Hicimos detener el automóvil para conversar un rato con los caingüas, pero fracasamos en nuestro intento, porque hablaban muy dificultosamente el castellano. Además, se mostraban algo sorprendidos y un tanto desconfiados, especialmente el mayor, que trataba de mantenerse a distancia, ocultando el machete que llevaba en

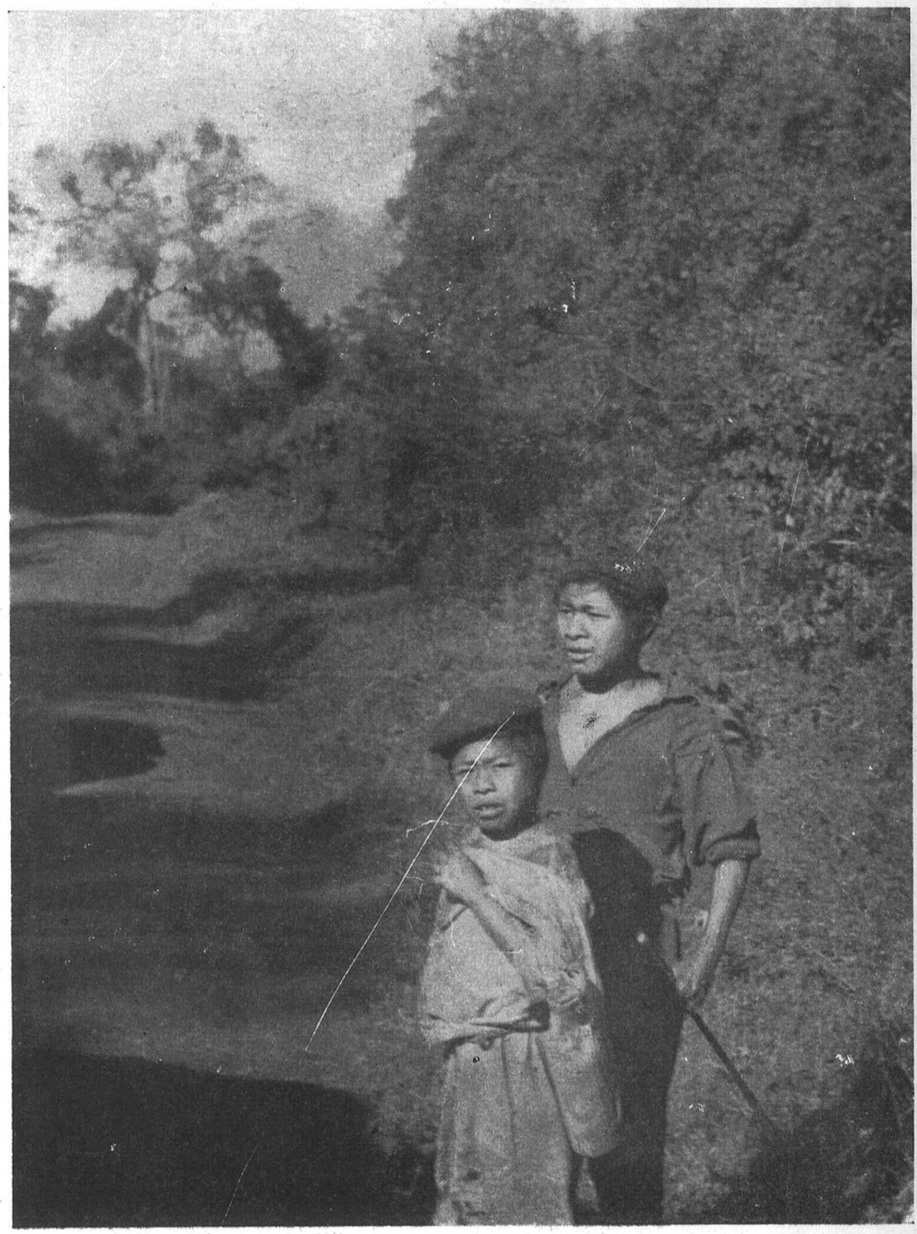
las manos, y aparentemente dispuesto a repeler cualquier ataque.

El chófer cambió algunas palabras con ellos, en guaraní, y así pudimos enterarnos de que habían levantado una vivienda cerca del camino, procedentes de una propiedad particular situada en la costa del Alto Uruguay, de donde no explicaban por qué habían salido.

Los dos muchachos se fueron tan pronto como les dimos oportunidad, y el conductor del vehículo nos dijo que estaba sorprendido de haberlos encontrado, porque en esos lugares ya no quedaban indios.

Antes de la conquista de Misiones, todas las tierras que entonces estábamos recorriendo habían pertenecido a los caingüas, poderosa tribu integrante de la gran familia guaranítica. Al hablar de ellos, el naturalista Ambrosetti los da como procedentes del noroeste, pues, según él, los caingüas cruzaron el Paraná para establecerse en los montes de Corpus y San Ignacio, desde donde se extendieron hasta ocupar la Sierra de Misiones y parte de la costa del Alto Uruguay.

Los cainguas, indígenas que habían poblado aquella región, estaban lejos de allí, y sólo se debía a una casualidad el encuentro con ellos.



A pocos kilómetros del paraje donde habíamos encontrado a los caingüas nos detuvimos en una vivienda situada cerca del camino, porque el chófer nos aseguró que allí habitaba uno de los más antiguos pobladores de la Sierra de Misiones, un anciano que había tenido oportunidad de tratar con los aborígenes, entonces poco menos que extinguidos.

El anciano estaba en su casa y nos recibió amablemente. Era un hombre que debía pasar los ochenta años, pero aún trabajaba, según nos manifestó, no por necesidad, sino por costumbre y a pesar de que sus hijos y nietos no querían que hiciera nada.

Después de conversar un rato de cualquier cosa, le preguntamos a qué atribuía la desaparición de los caingüas.

—Vaya a saberlo — respondió—, vaya a saberlo. Matar, no los mataron, seguramente, pero, ¿quién los encuentra? Ahora andan por ahí algunos, que llegaron del Alto Uruguay. Los pobres empezaron a irse cuando el gobierno inició la apertura de la Ruta 14. Seguramente no les pareció bien la nueva forma de vida, ya que ellos estaban acostumbrados a otra cosa. Les gustaba vivir aislados,

El trabajo en los obrajes y en los aserraderos era duro, pero los obreros estaban bien pagados y garantizados en todos sus derechos.

sin que nadie los viera o los vigilase. Por eso, aunque tuvieran una vivienda cerca del camino, se hacían otra en mitad del monte, para ir a refugiarse.

Le preguntamos cuáles habían sido las costumbres de los cainguas, cuando aún habitaban en esos lugares, y nos respondió, encogiéndose de hombros:

—Tenían las mismas costumbres que todos los indios guaraníes, de cuya familia formaban parte. Les gustaba vivir en el monte y eran fuertes, aunque poco amigos del trabajo. Para ellos no había frío ni calor, pero, mire usted lo que son las cosas, con tener la piel tan dura como la tenían, eran muy sensibles a las picaduras de los tábanos y jejenes, que entonces abundaban mucho en estos lugares. Me acuerdo de ellos como si los estuviera viendo, porque los estimaba. Eran hoscos y rebeldes, pero no dañinos. No cultivaban mucho la tierra, pero siempre tenían sus plantaciones de mandioca. Además, tejían gorros, fajas, vinchas y hasta chiripás de algodón, utilizando la materia prima que encontraban en el monde, donde abundaban esas plantas.

Agregó el anciano que la vida de los cainguas tenía aspectos pintorescos, especialmente cuando estaban de fiesta. Entonces las mujeres se pintaban la cara con listas rojas y negras de singular simetría, y los hombres se colgaban un zurrón de cuero sobre el hombro izquierdo. En eso consistían sus principales adornos. En cuanto a la vestimenta, estaba representada por una faja tejida con algodón, de un metro de largo por cincuenta centímetros de ancho, que se usaba en forma de chiripá. Dijo también que los caingüas se alimentaban con maíz tostado, frutas de pindó, güembé, mandioca, fariña de pindó y carne asada, cuando conseguían cazar algún animal en el monte.

Después de escucharlo hablar largamente de las costumbres y peculiaridades de los caingüas, preguntamos al anciano si era misionero.

Nos respondió que no, que había nacido en Buenos Aires, pero que estaba allí "desde el tiempo de la segunda presidencia del general Roca".

Al inquirir sobre las causas de su viaje a Misiones, y sobre aquellas que lo habían inducido a radicarse en un lugar tan lejano, el anciano nos miró fijamente, luego se encogió de hombros y por fin comentó, como quien no da mayor importancia a sus palabras:

—Me gustaba andar, y andando llegué a este sitio.

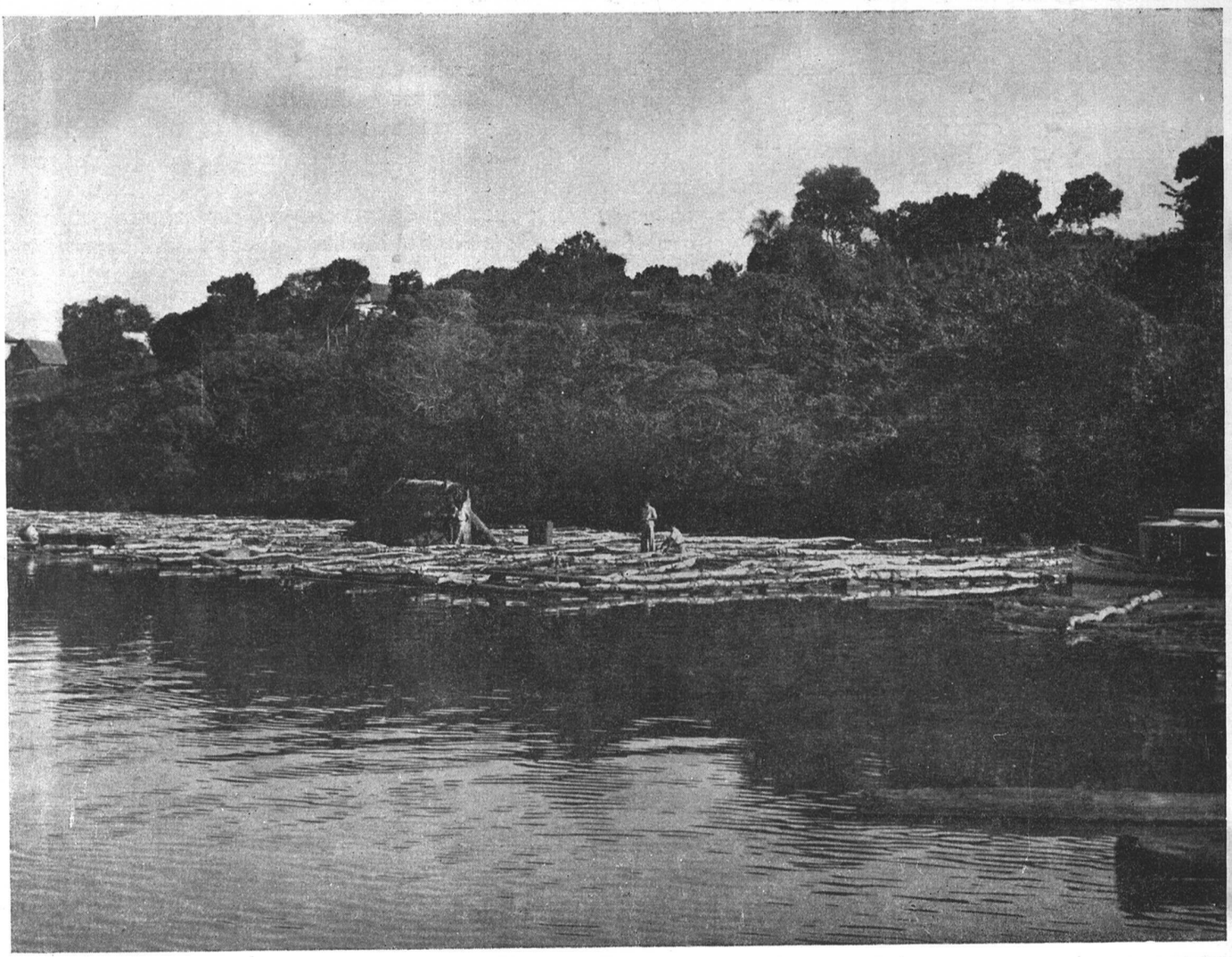
EL ALTO URUGUAY

N camino perfectamente trazado, sin grandes desniveles ni curvas cerradas, nos condujo hasta la costa del Alto Uruguay, que no conocíamos. El pueblo de El Soberbio, nuestro punto final en esa etapa del viaje, estaba situado frente a aquel río, en las inmediaciones del arroyo que le daba su nombre, y servía de eje a las actividades de una empresa colonizadora, la "Monteagudo, S. R. Ltda.", constituída en el año 1947 por los señores Natalio y Julio Ongay, Arturo Hem y Julio Hubert, con el propósito de explotar los bosques vírgenes de una propiedad de sesenta y siete mil hectáreas, donde organizaron un pueblo y colonia.

Las explotaciones a que se dedicaba dicha empresa eran las comunes en el Alto Uruguay, donde las principales poblaciones habían surgido junto a los obrajes, improvisándose y desarrollándose casi sin que las autoridades del territorio tuviesen noticias de ello, como ocurrió con Alba Posse, puerto situado también en el Alto Uruguay, que era uno de los más importantes de esa zona.

Como ya dijimos, la Ruta Complementaria Ξ —segundo tramo—, que unía a la

Habían construído grandes jangadas con la madera de ley, y sólo esperaban una creciente del río para enviarlas hacia puertos sureños.



Las casas que estaban construyendo no tenían cimientos, pues en lugar de ellos enterraban grandes troncos de árboles, espaciados.

Ruta 14 con la población de El Soberbio, tenía poco más de cincuenta kilómetros de extensión y había sido construída por el sistema de consorcio. En la casi totalidad de su recorrido, dicha Ruta atravesaba tupidas selvas, desprovistas en parte de su madera de ley. Ya en las proximidades del río Uruguay empezamos a encontrar terrenos desmontados, donde cultivaban las tierras gentes blancas y rubias, de marcado aspecto centroeuropeo, que habían levantado casas de madera en el centro de los desmontes.

Fácil nos fué advertir, desde el primer momento, que aquellos colonos estaban radicados desde hacía muy poco tiempo en esos lugares, pues las siembras eran nuevas y las viviendas distaban mucho de alcanzar el grado de confort que nos había sido dado admirar en las viejas colonias del territorio, tales como Eldorado, Santo Pipó. Monte Carlo, Puerto Rico, etc. El sistema que empleaban en la construcción de las casas resultaba un tanto extraño, pues ellas carecían de cimientos, ya que éstos eran reemplazados por una sucesión de troncos de árboles, que enterraban distanciados tres o cuatro metros uno de otro. Sobre esos troncos formaban una base de gruesas vigas horizontales, ligadas entre sí, luego tendían los pisos, levantaban las paredes, completaban el armazón del techo y lo cubrían con pequeñas tejas de madera.

Después de haber hecho alto en varias viviendas que estaban junto al camino, llegamos al pueblo de El Soberbio, donde fuimos recibidos por el administrador interino de la empresa. señor Julio Hubert, y alojados en el hotel de la compañía.

La población de dos mil almas que encontramos allí quizá no nos hubiese llamado mayormente la atención, de no tener conocimiento de que, hasta tres o cuatro años antes, aquel lugar había estado cubierto por espesas selvas, a las que sólo podía llegarse remontando las turbulentas aguas del Alto Uruguay.

La historia de El Soberbio era sencilla y al propio tiempo sorprendente. Se trataba de un latifundio de sesenta y siete mil hectáreas cubiertas de selvas vírgenes, adquirido —nadie sabía a qué precio ni en qué forma—, por un ciudadano español poco antes de la federalización de Misiones, vale decir, cuando dicho territorio formaba aún parte de la provincia de Corrientes.

El primer propietario particular de El Soberbio, que no debió conocer jamás tales tierras, hasta las cuales era poco menos que imposible llegar, declaró heredera de las mismas a la comuna española de Lugas, lugar del cual era oriundo. Las autoridades de Lugas aceptaron el legado y guardaron los títulos de propiedad durante mucho tiempo, hasta que, hace aproximadamente cuatro años, quizá pensando en que "las tierras de Indias" podían encerrar algún tesoro, enviaron un emisario a nuestro país para que les informase sobre las peculiaridades y el valor del latifundio.

El emisario llegó a Buenos Aires, y desde allí trató de averiguar cómo era la propiedad situada sobre el Alto Uruguay, en Misiones. Tarea vana, pues nadie supo decirle

nada, ya que la región era desconocida. No le quedó otro recurso que trasladarse hasta aquellos lugares, y desde una de las poblaciones de la costa sud de aquel río, remontar las siempre peligrosas aguas, cubiertas de agitados rápidos. Por fin, cuando llegó a la desembocadura del arroyo El Soberbio, sitio en el cual surgiría más tarde el pueblo del mismo nombre, se encontró con una costa deshabitada y selvática, detrás de la cual sólo había bosques impenetrables.

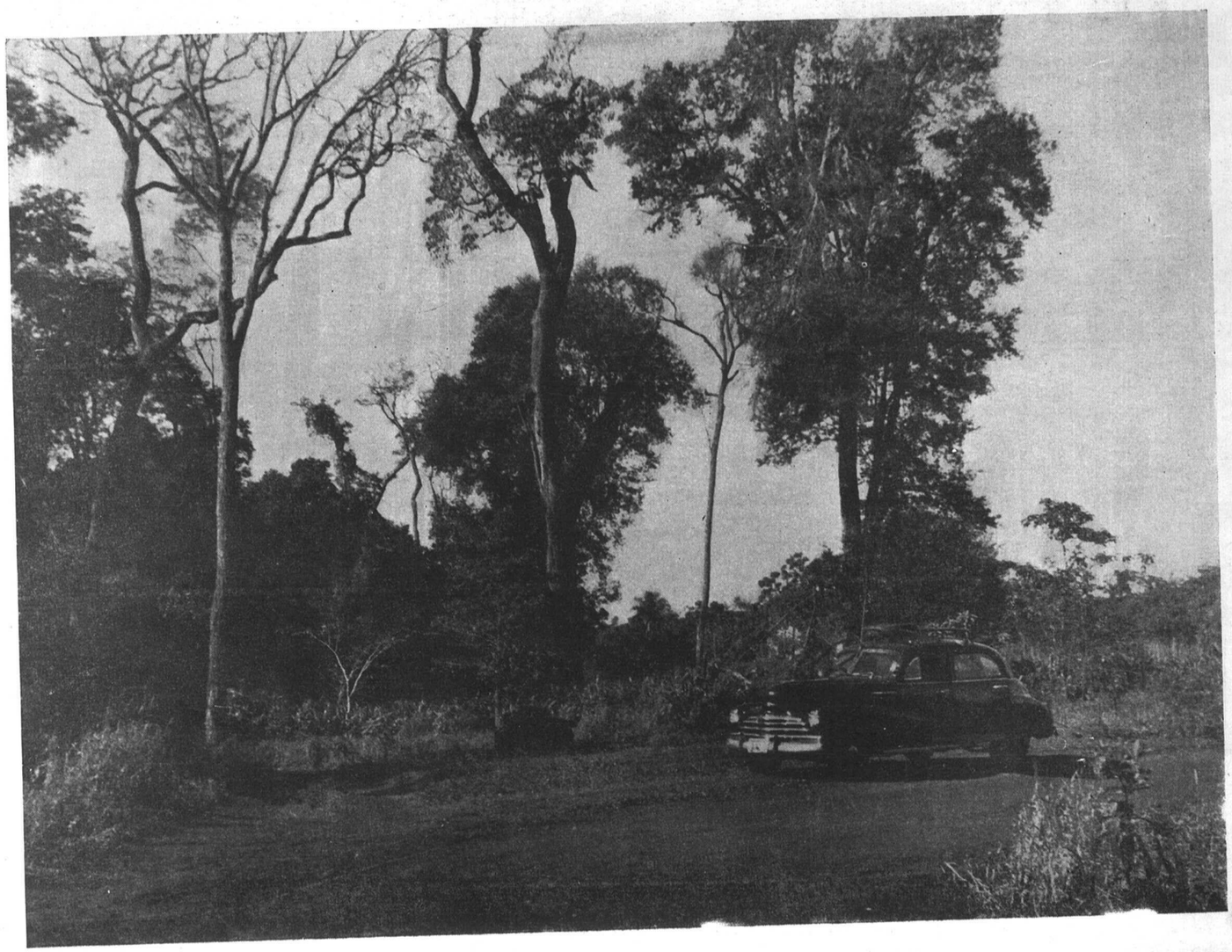
Cuando el hombre regresó a Buenos Aires e hizo saber por correspondencia a las autoridades de Lugas lo que era la propiedad heredada, aquéllas le ordenaron que procediera a venderla sin tardanza, "por lo que le dieran".

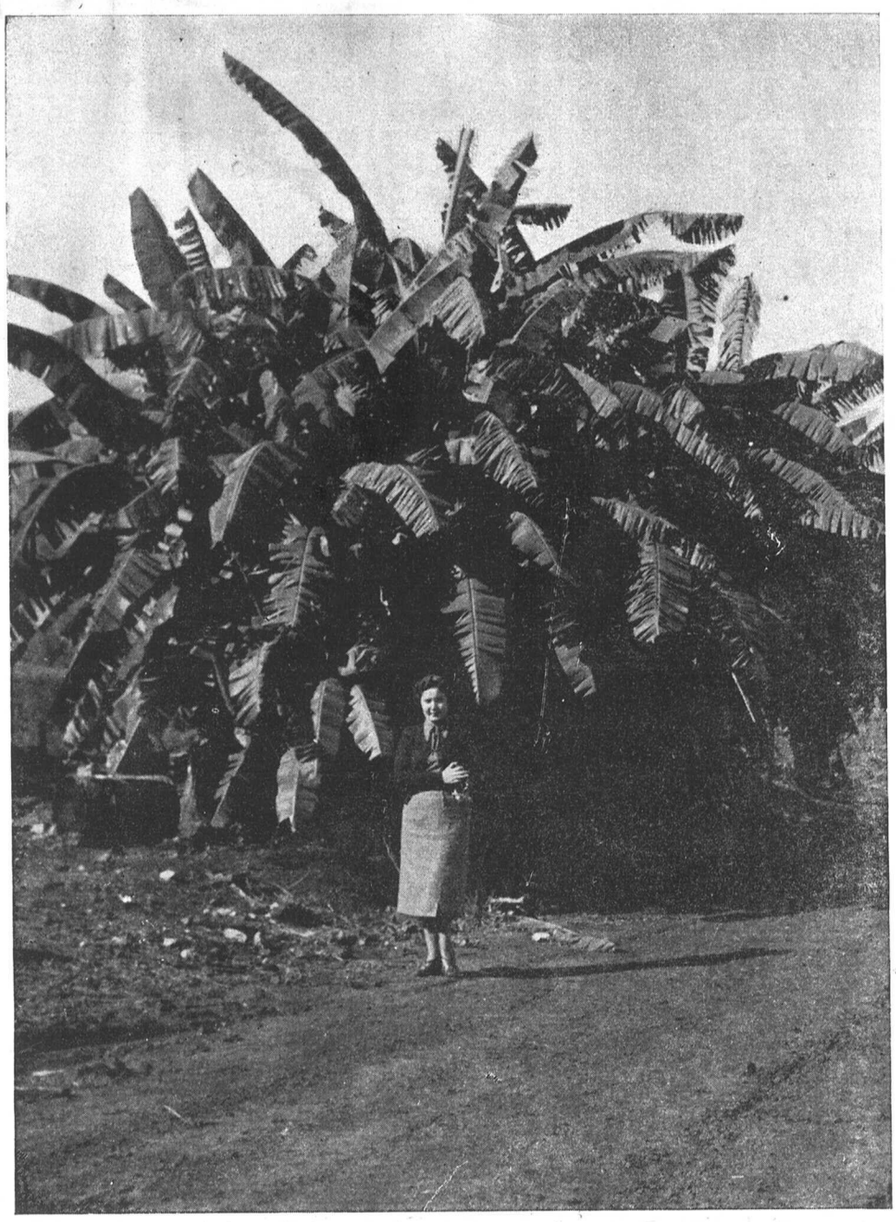
La venta no resultaba fácil "ni a cualquier precio", porque nadie se atrevía a invertir varios centenares de miles de pesos en la adquisición de tierras hasta las cuales resultaba tan difícil llegar, pero finalmente dos ciudadanos argentinos, los hermanos Natalio y Julio Ongay, resolvieron adquirir el latifundio a razón de diez pesos la hectárea.

Dicha operación había sido realizada cuatro años antes, y poco después los hermanos Ongay, interesados en las explotaciones forestales, buscaron personas entendidas en la materia y organizaron la Sociedad de Responsabilidad Limitada "Monteagudo", que inició sus actividades con un capital de cuatrocientos mil pesos, moneda nacional.

Un año después, cuando los nuevos

La Ruta Complementaria E, que conducía al pueblo de El Soberbio había sido construída por el sistema de consorcio y era muy amplia.





Había allí grandes plantaciones de frutales, en estado selvático, que tenían un desarrollo poco común, como puede verse en la foto.

propietarios llegaron al lugar para iniciar las explotaciones forestales, hacia fines de 1947, sólo encontraron allí algunas familias nativas y otras que, prófugas no se sabía por qué de tierras brasileñas, habían buscado refugio en las selvas argentinas.

A ese elemento humano básico, los dirigentes de la empresa Monteagudo fueron agregando algunas familias de origen alemán, polaco y checo-eslovaco, ya aclimatadas en esas regiones, a las cuales vendieron lotes de tierra para que colonizaran. Simultáneamente con ello iniciaron las explotaciones forestales y la formación del pueblo, sobre una pintoresca barranca, en la margen derecha del Alto Uruguay.

El desarrollo de El Soberbio fué sorprendentemente rápido, y los nuevos colonos emplearon los más diversos elementos europeos, ya tipificados en Misiones, tales como los carros polacos, los primeros vehículos que construyeron los colonizadores, con elementos muchas veces propios.

Como ya dijimos, cuando llegamos a El Soberbio encontramos allí una población de dos mil habitantes, con poco menos de ciento cincuenta alumnos en edad escolar, que concurrían a la escuela. Las avenidas y calles estaban totalmente trazadas, había luz eléctrica, establecimientos comerciales, clubes deportivos y recreativos, más de doscientos edificios y por lo menos ocho establecimientos industriales.

En aquellos momentos El Soberbio tenía dos grandes centros de actividad: uno junto al río, donde estaba el pueblo, y otro en el interior de la selva, donde se encontraban los hacheros cortando árboles.

En el pueblo, y en las inmediaciones del mismo, estaban los colonos y los artesanos. Los primeros trabajaban de sol a sol, y las tareas comprendían a toda la familia, inclusive a los menores y ancianos. Cultivaban preferentemente tabaco y mandioca, ya que se trataba de productos de rápido rendimiento, y disponían de frutas en plantaciones naturales de sorprendente tamaño. Los artesanos empezaban a montar pequeños talleres, y al propio tiempo trabajaban en los aserraderos y fábricas de tejas.

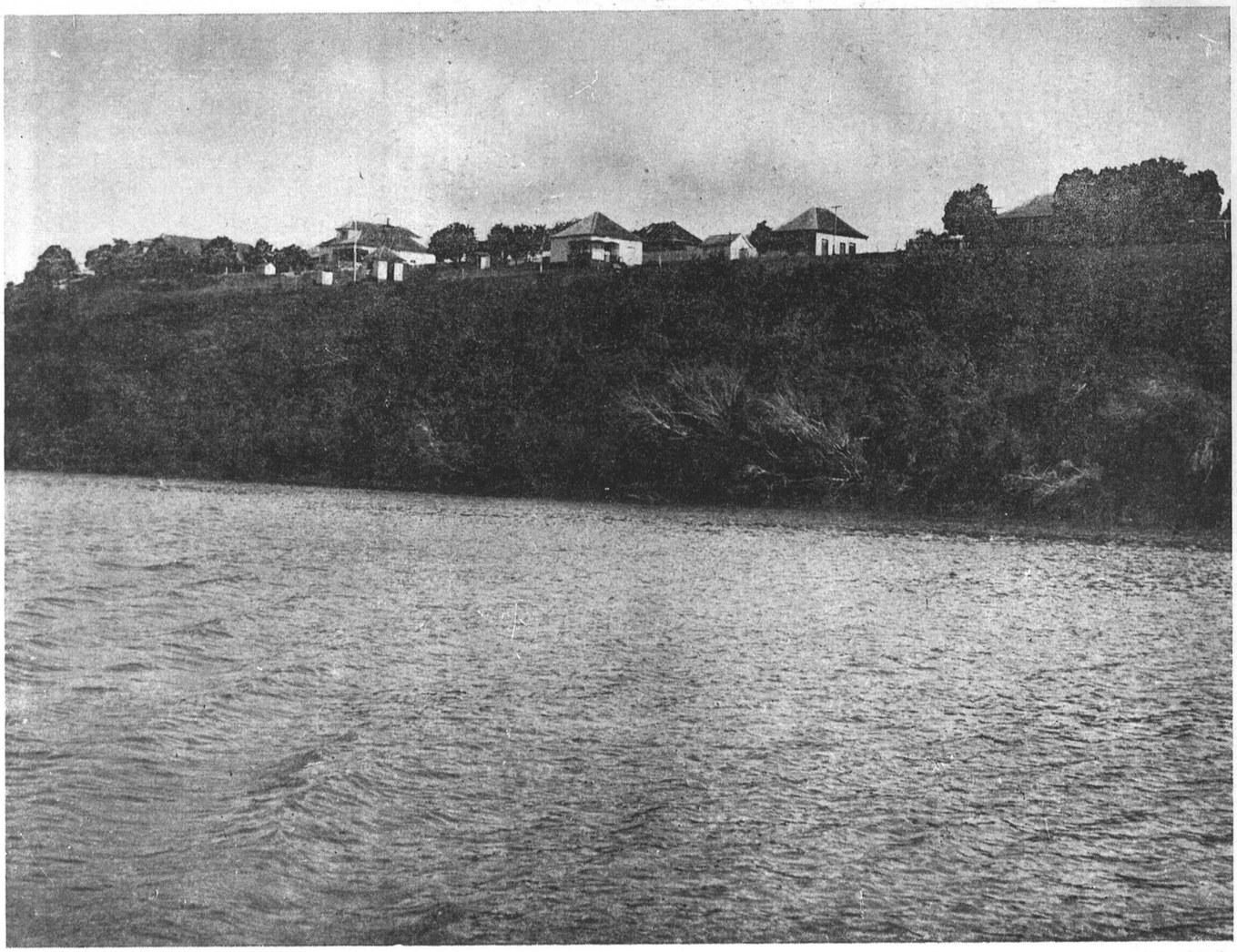
Mientras nos iba mostrando el pueblo y sus alrededores, el administrador de la colonia nos dijo que la empresa estaba particularmente interesada en la radicación de industrias, y que a tal efecto daba las mayores facilidades a quienes querían iniciarlas.

Preguntamos en qué consistían esas facilidades, y nos respondió que les anticipaban el dinero para adquirir la maquinaria, y que, al tratarse de los aserraderos, que

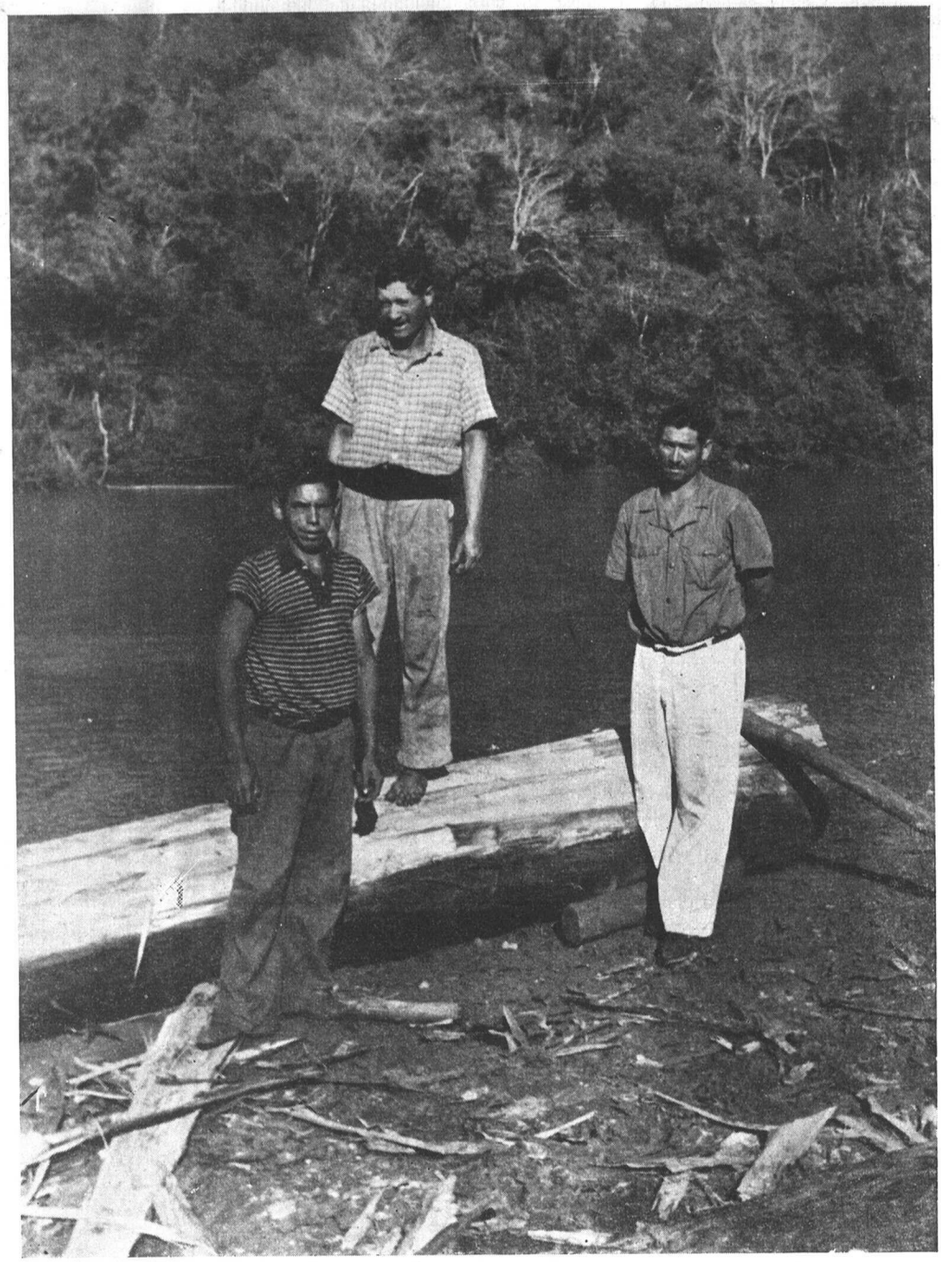
representaban la industria más desarrollada, les proporcionaban madera en bruto para que la aserraran, dejándoles una parte de la misma en propiedad, y destinando el valor de la restante, que adquiría la empresa, a la amortización de la deuda.

Poco después nos detuvimos en un aserradero y carpintería, donde también efectuaban pequeñas construcciones navales, y el propietario nos manifestó haber recibido cincuenta mil pesos de la empresa colonizadora, para adquirir y montar la maquinaria, agregando que había amortizado dicha suma, con la producción de sus propios talleres, en un año y medio.

Del pueblo pasamos al puerto, que estaba en construcción, y nos embarcamos en una lancha con el propósito de remontar el curso del arroyo El Soberbio, en busca de los campamentos de hacheros. Navegamos diez o doce kilómetros por ese arroyo, cuya anchura media pasaba de cuatrocientos metros, y desembarcamos en la margen derecha, junto a un "pique" que se inter-



El pueblo de El Soberbio estaba situado sobre una hermosa barranca, frente al Alto Uruguay, y en sólo dos años había reunido dos mil almas.



En la margen del arroyo El Soberbio encontramos a los obreros encargados de recibir los troncos de madera de ley para las jangadas.

naba hacia la selva. Allí estaban los trabajadores encargados de recibir los troncos de madera de ley que llegaban por el pique, y de arrojarlos al agua para la formación de jangadas.

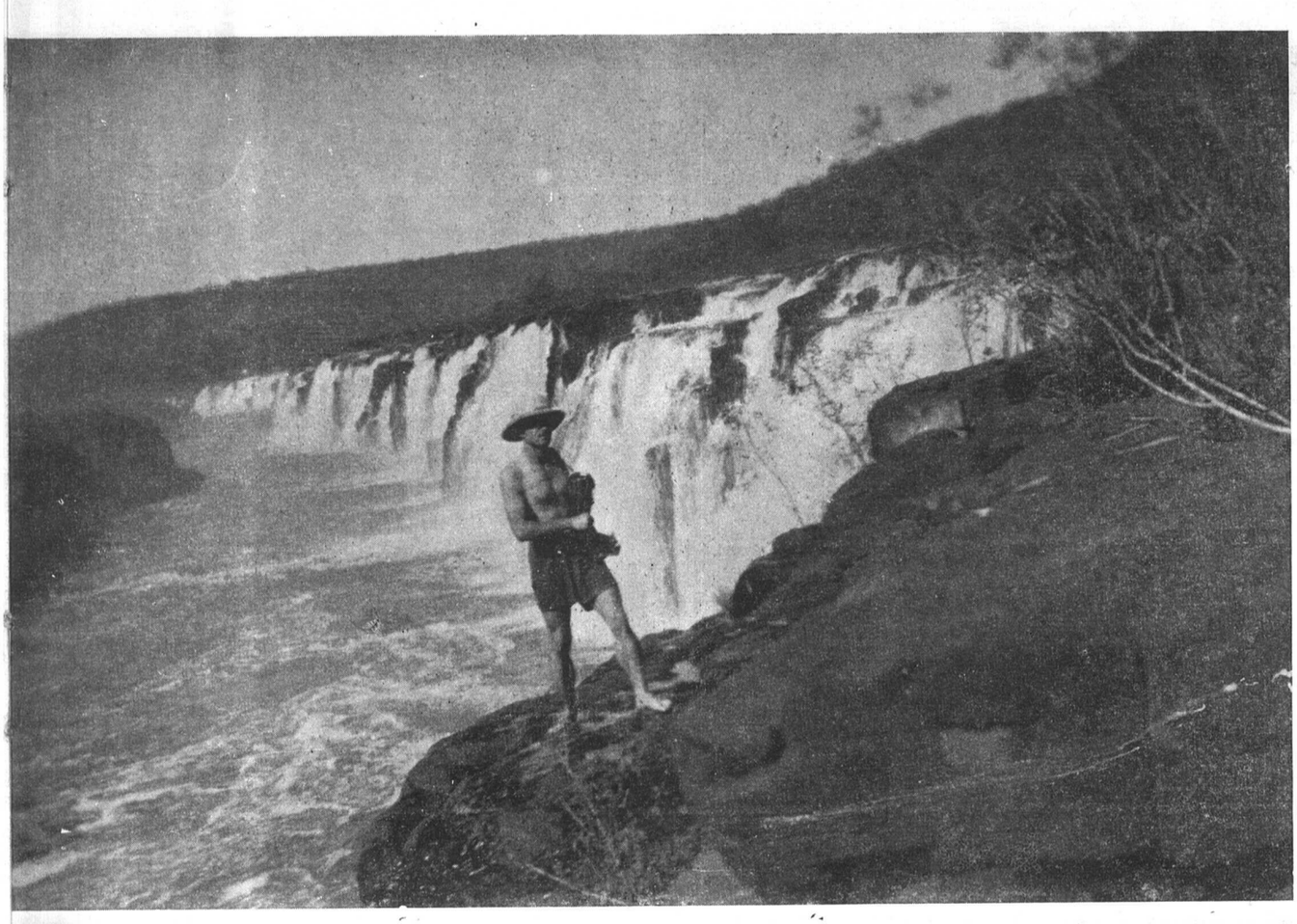
Los campamentos de los hacheros se encontraban demasiado lejos para que pudiéramos llegar hasta ellos en las pocas horas de luz solar que aún restaban de ese día. Por otra parte, y quizá debido a la alta temperatura reinante, se registraba en esos momentos una verdadera invasión de mosquitos de insignificante tamaño, cuyas picaduras, sin ser infecciosas, causaban tremendas molestias.

No siendo aconsejable el viaje al obraje, por las razones anotadas, y teniendo interés en conocer las condiciones de vida de los hacheros en el interior de la selva, hablamos sobre ese particular con los trabajadores que habían llegado desde allá conduciendo los troncos de árboles de madera de ley en pesadas carretas.

—La gente está lejos— nos manifestó uno de esos obreros—, porque los piques se van haciendo profundos. Hace dos años empezamos a cortar aquí, cerca del arroyo, pero como sólo hay tres o cuatro árboles de madera de ley en cada hectárea de tierra, abrimos piques para buscar más. Así fuimos avanzando, y ahora ya pueden darse cuenta de que los hacheros andan muy lejos, porque no se oyen ni los golpes de las hachas.

Al escuchar aquella información sobre la magnitud adquirida por la tala de la selva, manifestamos al administrador del obraje que a ese paso terminarían en pocos años con toda la madera de ley existente en aquellos lugares.

—Es lo que suelen decir algunas personas —respondió el señor Hubert—, pero no las personas que conocen la realidad de estos lugares. Nuestra propiedad tiene sesenta y siete mil hectáreas de bosques. Calcule usted que en cada hectárea haya tres palos de madera de ley, que suele haber más, y tendrá un total aproximado de doscientos mil árboles. Ahora bien; nosotros estamos en condiciones de cortar cuatro mil palos por año, lo cual equivale a decir que necesitaríamos cincuenta años para cortar toda la madera de ley. Pero como de acuerdo con las disposiciones forestales vigentes sólo podemos cortar árboles en total desarrollo diametral, los restantes continúan desarrollándose y cubren los claros, mientras los piques avanzan en busca de madera hacia



Vista de las Cataratas del Moconá, situadas sobre la costa argentina del Alto Uruguay, en el territorio de Misiones.

otros lugares. Sí, por ejemplo, nosotros volvemos a este mismo lugar dentro de veinte años, tendremos otra vez madera de ley en árboles con su total desarrollo diametral.

El razonamiento no dejaba de ser lógico, no obstante lo cual preguntamos si contemplaban la conveniencia de reforestar.

—La contemplamos —nos respondió el administrador—, por nuestra propia conveniencia y porque así lo previene la ley, al tratarse de ciertas especies, tales como el pino. Estamos preparando viveros con esa finalidad, pero puedo asegurarles que en estos momentos el problema a resolver no es precisamente el de la reforestación, sino el que nos plantea la necesidad de proceder al desmonte de la selva, para que los colonos estén en condiciones de llevar a cabo el cultivo de las tierras que adquieren, ya que en estos lugares rinden extraordinariamente el tabaco, la caña de azúcar, la mandioca y muchos otros productos.

Tanto cuando nos dirigíamos desde el puerto de El Soberbio hacia el pique de los obrajes, como durante el viaje de regreso a la orilla del arroyo y también en las del Alto Uruguay, encontramos grandes jangadas, de más de docientos metros de largo por cuarenta o cincuenta de ancho, que estaban a la espera de una creciente, a fin de avanzar río abajo hacia el puerto entrerriano de Federación.

Para construir esas jangadas, ligaban entre sí varios centenares o millares de troncos de maderas de ley, que ataban con sogas y alambres, hasta dar forma a una gigantesca balsa, sobre la cual levantaban una pequeña vivienda de madera, destinada a los hombres que la conducirían aguas abajo, generalmente ayudados por una o dos lanchas.

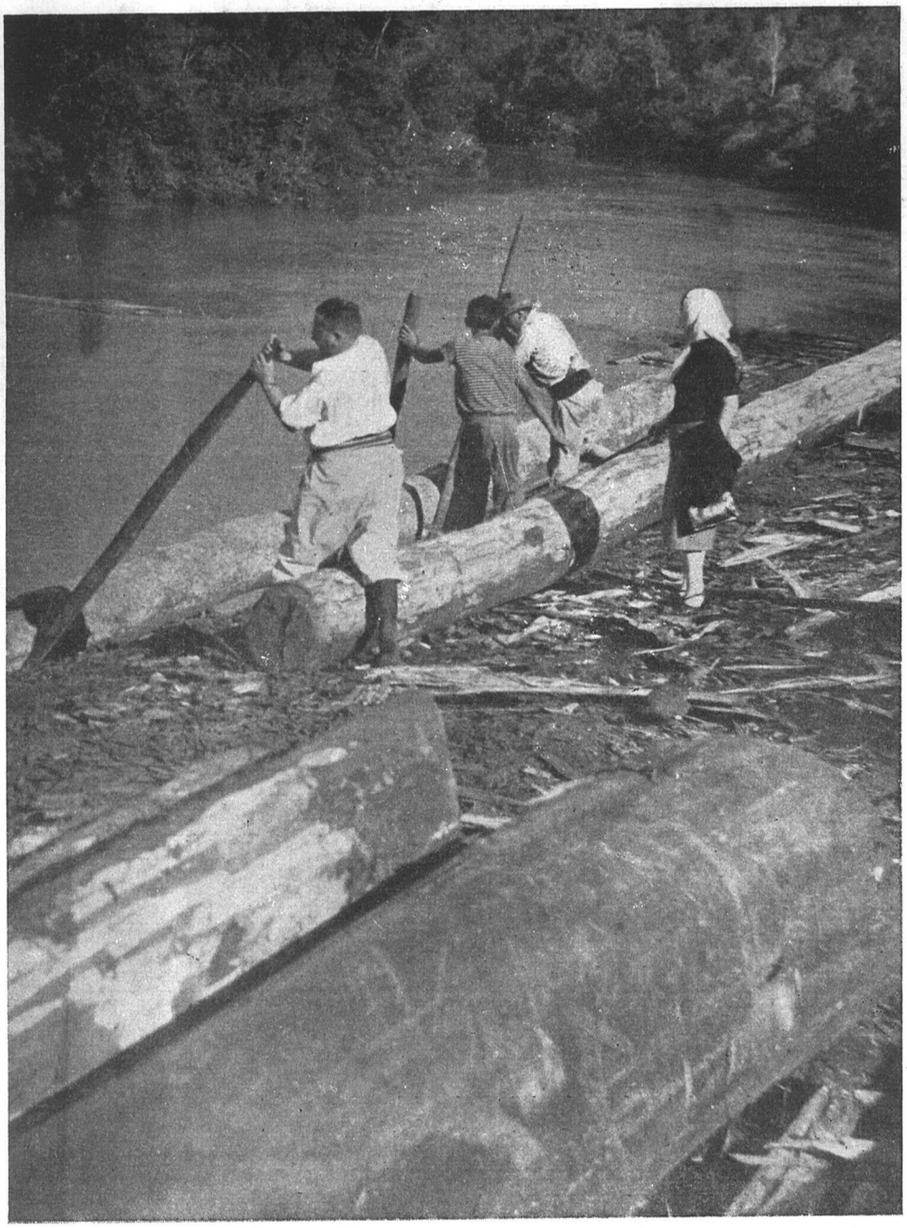
Cuando regresamos al pueblo, tanto el administrador de El Soberbio como otras personas radicadas en ese lugar, se lamentaron de que la fuerte correntada del Alto Uruguay no permitiera remontarlo hasta las Cataratas del Moconá, maravilla de la naturaleza casi completamtne desconocida y de la cual publicamos una fotografía en

esta misma página, debida a una gentileza del comando del Escuadrón Alto Uruguay de la Gendarmería Nacional, cuyos integrantes figuran entre las poquísimas personas que lograron llegar hasta ese lugar.

Las Cataratas del Moconá se encontraban a diez o quince millas al nordeste de El Soberbio, y eran inaccesibles por tierra. Por agua, remontando el curso del Alto Uruguay, podía alcanzárselas, pero para ello era necesario esperar el período medio de las crecientes y bajantes, pues habiendo mucha agua las lanchas no lograban avanzar por la fuerza de la corriente, y durante las bajantes la navegación era imposible por los grandes bancos de piedra que afloraban en todas partes.

Nosotros no tuvimos suerte, en aquella oportunidad, y lo lamentamos sinceramente, porque, según las referencias que recogimos y las fotografías que nos facilitaron, las Cataratas del Moconá, sobre el Alto Uruguay y totalmente en costa argentina, podrían igualar en belleza y magnitud a las Cataratas del Iguazú, pues aunque no fuesen tan altas, tenían una extensión de diez kilómetros, totalmente cubierta por una sola caída de agua.

En los obrajes, los troncos de madera de ley eran conducidos hasta la margen de los arroyos y ríos, para arrojarlos al agua.



Salimos de El Soberbio lamentando no haber podido visitar las Cataratas del Moconá, y nos dirigimos nuevamente hacia la Ruta 14.

Esa nueva etapa del viaje tenía como punto de destino a la progresista población de Oberá, pero antes de llegar a ella encontramos diversas picadas, que se dirigían a obrajes del Alto Uruguay, de características similares a las de El Soberbio.

La primera de esas picadas fué la de Londero, que conducía al obraje del mismo nombre, y cuya extensión se aproximaba a los cincuenta kilómetros. Después llegamos al pueblo de 2 de Mayo, donde estaban en su apogeo las explotaciones forestales, y poco más adelante encontramos el núcleo poblado de Aristóbulo del Valle, donde iba formándose una hermosa colonia. Hasta ese lugar llegaba la Ruta Complementaria F, que empezaba en el puerto de Garuhapé, sobre el Paraná, y que debía continuar hasta el obraje de Villa Mateo, en el Alto Uruguay. Desde Aristóbulo del Valle seguimos hasta Campo Grande, donde había una cooperativa de productores forestales. En ese lugar la Ruta 14 entroncaba con la Ruta 105, que seguimos para llegar a Alba Posse.

A Ruta 14 volvía a servir de escenario a nuestro viaje, después de una breve incursión por la Ruta 105, hasta la colonia Alba Posse. Seguíamos entonces a lo largo de ella, ya en las últimas alturas de la Sierra de Misiones y próximos a las primeras elevaciones de la Sierra del Imán, cuando llegamos a la población de Campo Viera, centro agrícola e industrial de gran importancia, especialmente porque allí se encontraba, juntamente con las mayores plantaciones de té del territorio, la más moderna planta industrializadora de dicho producto, propiedad del señor Francisco Kuhnlein, a cuyo establecimiento nos dirigimos antes de pasar por el pueblo.

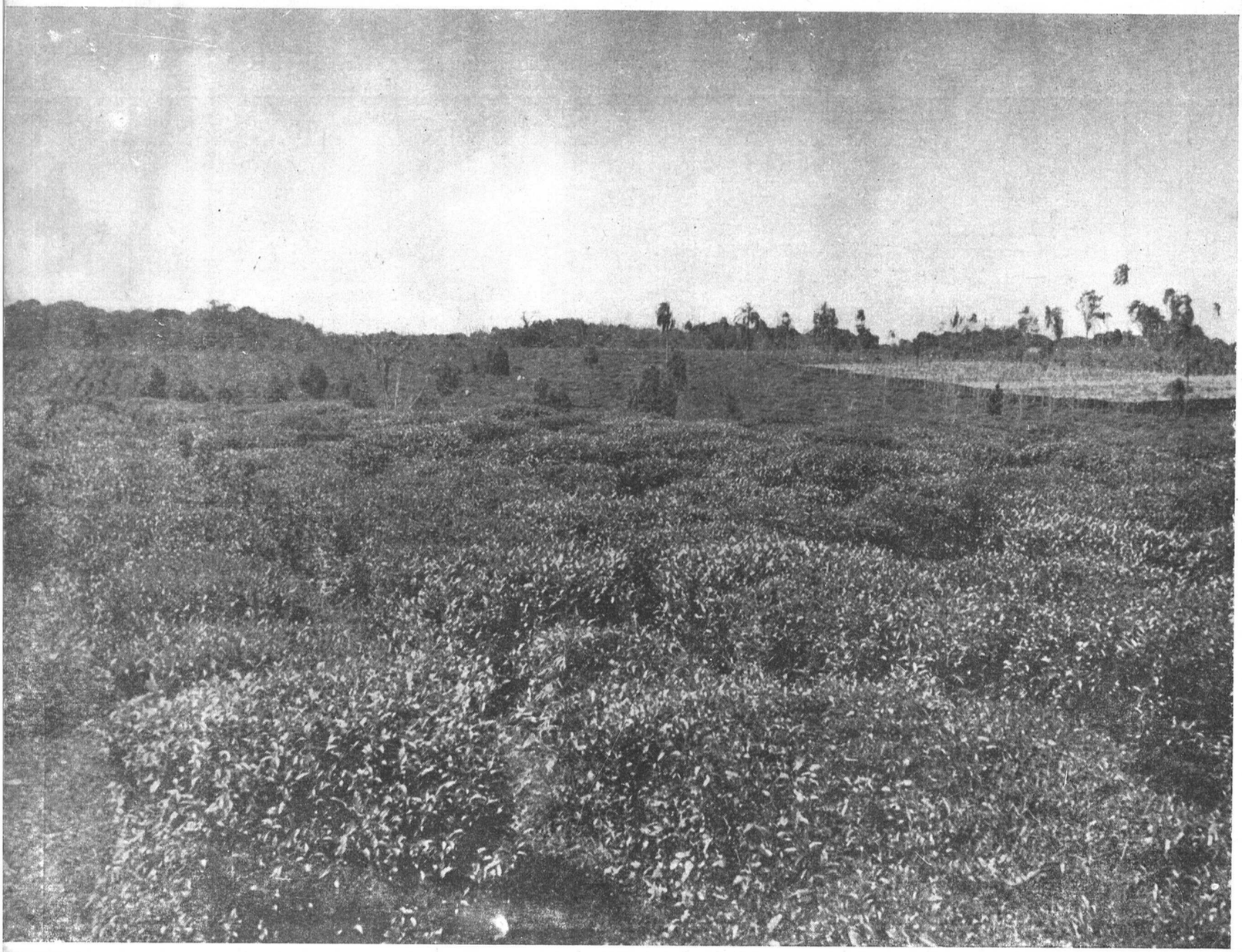
Encontrándose el señor Kuhnlein de viaje, fuimos atendidos por uno de sus hijos, en cuya compañía recorrimos las plantaciones y luego el establecimiento.

Las fotografías que aparecen en las páginas 190, 191 y 192 darán idea al lector del hermoso aspecto que entonces ofrecían las plantaciones de té, cuya cosecha se había iniciado poco antes. La extensión cultivada en la propiedad del señor Kuhnlein alcanzaba a treinta hectáreas, y la producción, que en el año 1949 se aproximaba a los setenta y cinco mil kilos, se calculaba en más de ciento treinta mil kilos para 1950.

Nos pareció que existía una verdadera contradicción entre el área cultivada y la producción de té seco, y lo hicimos notar así, diciendo que, según nuestros informes, cada hectárea cultivada con té producía cinco mil kilos de dicho producto en verde, y que esos cinco mil kilos, al ser secados e industrializados, quedaban reducidos a poco más de mil cien kilos. Por lo tanto, resultaba imposible que para 1950 calculasen una producción superior a ciento treinta mil kilogramos de té seco y ya elaborado.

El señor Kuhnlein, hijo, nos respondió

Estábamos entonces en las últimas alturas de la Sierra de Misiones, y cerca de las que luego encontraríamos en la Sierra del Imán.



En Campo Viera había más de trescientas hectáreas de tierra cultivadas con té, y los colonos habían sembrado otras quinientas.

que nuestros cálculos eran exactos, ya que sólo se obtenía el veintidós y medio por ciento de té seco, después del proceso de elaboración del té verde.

—Lo que ocurre —agregó—, es que nosotros no industrializamos solamente nuestra producción, sino también la de muchos colonos de esta región, dentro de la cual hay actualmente en producción trescientas hectáreas, sin contar con quinientas hectáreas más, cuya plantación es reciente.

Averiguamos a qué se debía ese repentino entusiasmo de los colonos de Campo Viera por el cultivo del té, y se nos dijo que ese entusiasmo era una consecuencia del éxito logrado en los últimos años con la comercialización del producto.

—Cuando mi padre inició estas plantaciones —comentó nuestro acompañante—, hace algo más de veinte años, la gente decía que estaba enterrando su dinero y que jamás lograría éxito con semejante experimento. Mi padre tenía razón, como lo estamos viendo ahora, pero para llegar al triunfo actual tuvo que vencer muchos contratiempos.

Luego nos refirió las dificultades que habían tenido durante largos años, para proceder al enrulado del té, que reclamaba mucho personal, porque era necesario hacerlo a mano.

—Después —agregó, mientras visitábamos el interior del establecimiento—, pudimos adquirir esta enruladora mecánica, que hace el trabajo equivalente al de varios centenares de personas.

La máquina en funcionamiento que nos mostraba era de las más modernas en su género, y había sido instalada pocos meses antes.

Refiriéndose a la cosecha, nos dijo que era una ocupación fácil, en la cual trabajaban familias enteras, pues, como lo habíamos visto poco antes, sólo se trataba de ir arrancando las hojas de té de las plantas.

Sobre los colonos que en esos momentos estaban efectuando plantaciones de té, nos anticipó que la situación de los mismos era angustiosa, ya que se trataba de familias radicadas en tierras pertenecientes a una sucesión, que habían firmado documentos en virtud de los cuales se comprometían a dejar los campos tan pronto como los herederos lo pidieran.

Vista parcial del establecimiento industrializador de té, del señor Francisco Kuhnlein, en la localidad de Campo Viera.

La propiedad de referencia — agregó —, pertenece a la sucesión de don Carlos Seguí, y abarca tres mil hectáreas de tierras aptas para el cultivo del té, de modo que si se procediera a la siembra de toda esa extensión, Campo Viera podría producir anualmente casi dos millones de kilos de té elaborado, es decir, una cantidad mucho mayor que la importada actualmente de otros lugares, para cubrir las necesidades del consumo nacional.

El cultivo del té en Misiones se había iniciado después de las declaraciones formuladas por un sabio de fama mundial, el doctor Kempalk, quien, en el año 1927, después de permanecer algún tiempo en Misiones, visitando entre otras las zonas inmediatas a Campo Viera, dijo lo siguiente:

"He recorrido detenidamente la mayor parte del mundo, y estudié las características de las principales regiones de té, tales como China, Japón, Ceylán, Ja-

La tarea de arrancar las pequeñas hojas de té era fácil, y en ella trabajaban todos los integrantes de las familias.

va y otras, y puedo decir que en ninguna parte me fué dable encontrar un suelo mejor preparado y más propicio para esos cultivos que en el territorio de Misiones, especialmente en las inmediaciones de Cerro Corá, pues la tierra vegetal tiene dos o tres metros de profundidad en muchos lugares, y las lluvias, que pasan de un promedio de dos mil milímetros por año, la hace apta para los cultivos de té de la mejor calidad. Creo, por lo tanto, que dicho cultivo podría dar un rendimiento de ochocientos kilogramos por hectárea, en cada cosecha."

El propietario del establecimiento que visitamos en Campo Viera, señor Francisco Kuhnlein, había sido uno de los primeros en creer en las afirmaciones del doctor Kempalk, y en esos momentos estaba recogiendo el merecido fruto de sus esfuerzos, y una recompensa, no menos merecida, por los duros años transcurridos antes de que la esperanza se convirtiera en realidad.

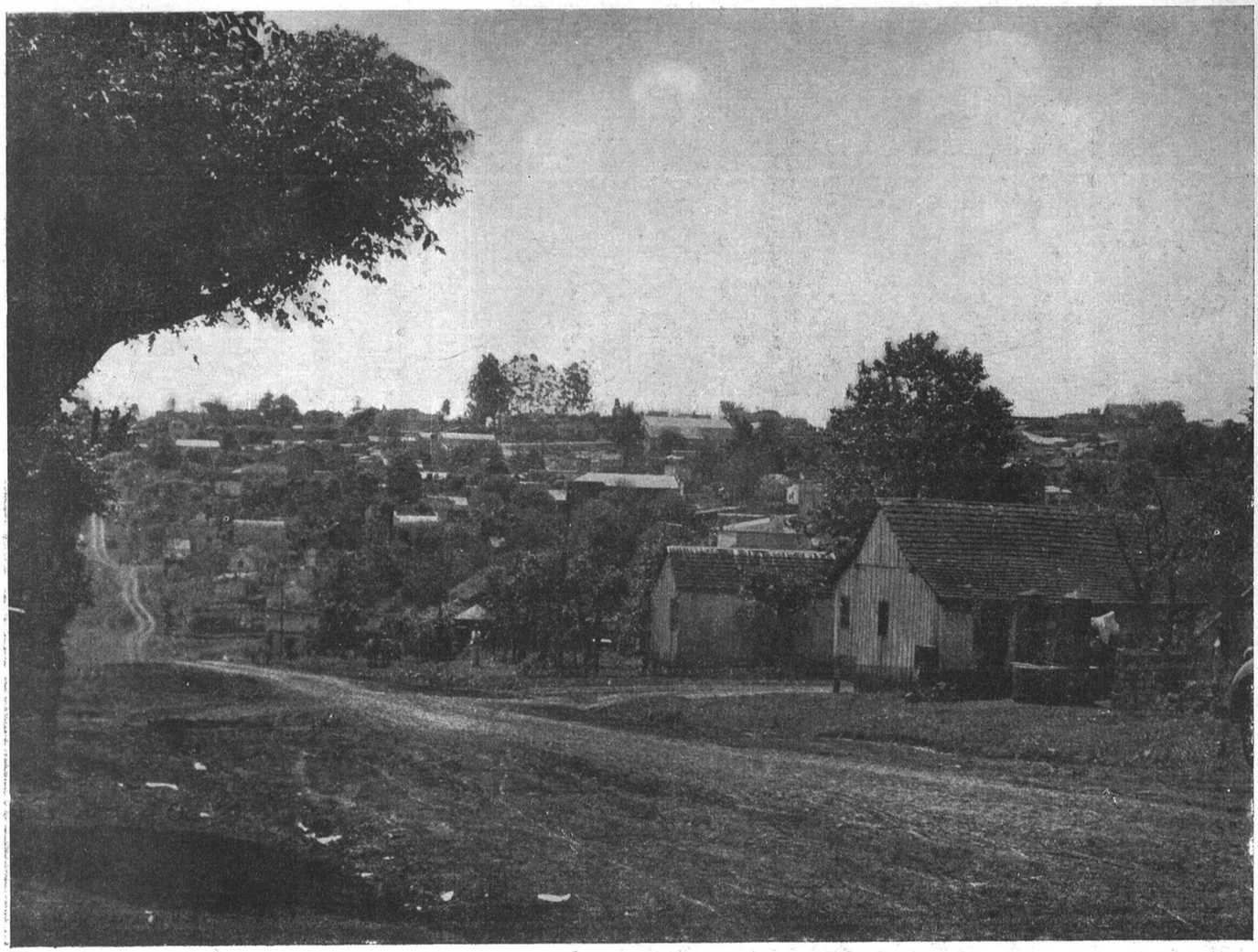
Antes de abandonar el lugar preguntamos si no pensaban en organizar una cooperativa que comprendiera a todos los productores de té de la zona.

Nuestro acompañante respondió que ellos habían iniciado sus actividades en forma personal, y que, momentáneamente, deseaban continuar del mismo modo, pero hizo también presente que, según sus informes, el gobernador del territorio propiciaba en esos momentos la organización de una cooperativa de productores de té, y que, de cristalizar tal iniciativa, ellos serían los primeros en secundarla.

EL MILAGRO DE OBERA

UNA nueva y grande sorpresa nos esperaba al sudoeste de Campo Viera, después de la que nos produjeran las magníficas plantaciones de té vistas en aquel lugar. Nos habían dicho muchas veces que la población de Oberá. la segunda del territorio de Misiones por su riqueza e importancia, iba a mostrarnos un aspecto nuevo y distinto de lo que era capa de crear el esfuerzo del hombre en aquellos lugares, y, por lo tanto, estábamos prevenidos, además de bien documentados. Según nuestros informes, que allí fueron ampliamente corroborados, en el lugar en que entonces se levantaba la población de Oberá, en el año 1928 sólo existían cuatro modestas casas. Dichas casas estaban ocupadas por la comisaría, la oficina del guardabosques, un modesto hotel y un almacén igualmente modesto. Por lo tanto, si en 1928 sólo había allí cuatro casas, ¿qué acontecimiento singular habría podido registrarse para que Oberá fuese la segunda población de Misiones en

Vista de uno de los barrios que se formaban, sobre pintorescas barrancas, en las afueras de la población de Oberá.



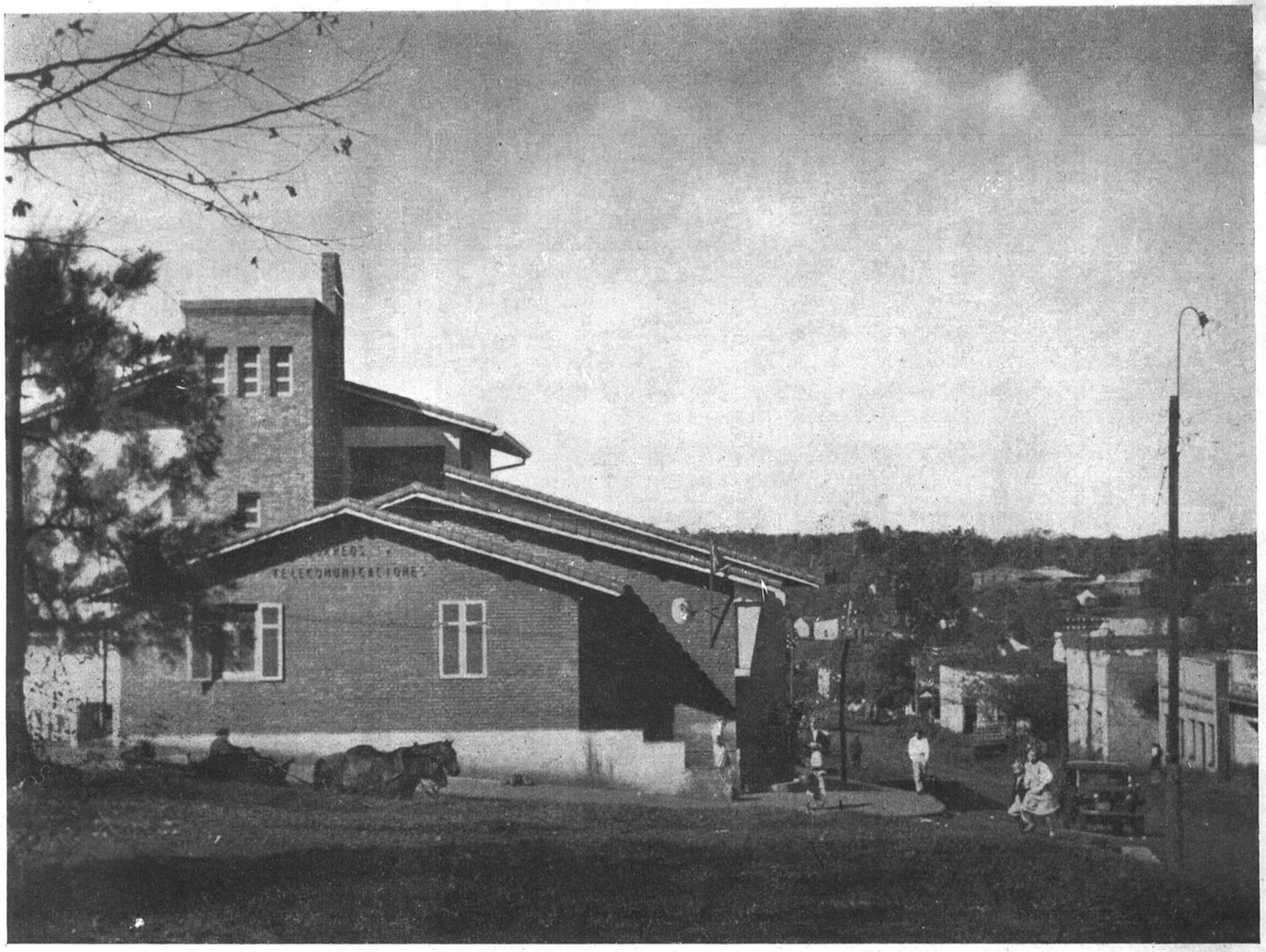
1950, es decir, sólo veintidós años más tarde? Las gentes del lugar hablaban de "el milagro de Oberá", porque, según ellas, sólo un milagro pudo permitir semejante transformación en un espacio de tiempo tan limitado.

La población había surgido en el centro de una colonia, mensurada en 1928, cuya extensión se aproximaba a las cien mil hectáreas. Y había surgido, realmente, como respondiendo a un milagro, porque cuando nosotros llegamos a Oberá, la colonia tenía asignado un cupo de yerba mate equivalente a quince millones de kilos por año, producía más de tres millones de kilos de tabaco por cosecha, contaba con grandes plantaciones de tung y de frutales, y disponía de la materia prima que reclamaba el funcionamiento de dos grandes fábricas. El pueblo, por su parte, contaba con treinta y ocho manzanas edificadas, y unos cuatro mil habitantes.

La presencia de aquel hecho, poco común en el interior argentino, especialmente en los territorios nacionales, obligaba a buscar las causas que pudieron producirlo, o propiciarlo.

En nuestra opinión, "el milagro de Oberá" respondía a dos causas: primera, a la feracidad de sus tierras y a la laboriosidad de las gentes que se radicaron en la colonia, procedentes de más de treinta diferentes países; segunda, a su ventajosa ubicación geográfica, ya que Oberá está situada en el centro del territorio de Misiones, y es el punto básico para las comunicaciones de

Veinte años antes, Oberá era un lugar casi desconocido, donde no había más que cuatro casas y unos pocos habitantes.



Vista parcial del moderno edificio que ocupa la sucursal de Correos y Telecomunicaciones en el pueblo de Oberá.

un conjunto de prósperas colonias, dentro de las cuales hay más de cincuenta mil habitantes. Dichas colonias, denominadas Alem, Yerbal Viejo, Guaraní, Panambí, Alba Posse, 2 de Mayo, Del Valle, Campo Grande, Campo Viera, Roca y Martínez, abarcan una extensión que pasa de diez mil kilómetros cuadrados de tierras fértiles, casi totalmente cultivadas.

Nosotros vimos por primera vez a Oberá, desde lo alto de una roja colina, al aproximarse un mediodía de junio. Avanzamos luego por la calle principal de la población y pronto nos encontramos en el centro de algo que parecía una colmena humana. La gente iba de un lado para otro, a pie, a caballo, en automóviles, en camiones y, especialmente, en carros polacos. Hombres, mujeres, chicos y ancianos parecían desesperarse por llegar no sabíamos a dónde, mientras murmuraban, gesticulaban, daban gritos y aun blasfemaban.

Las conversaciones, los gritos, el parloteo aquél, en fin, tenía que resultar inentendible, porque esa gente hablaba diversos idiomas, no obstante lo cual todos parecían entenderse a las mil maravillas.

La Ruta 12 cruzaba por el centro de la población, y allí se encontraba concentrada la mayor actividad. Las casas de comercio estaban llenas de colonos, especialmente el local de ramos generales, perteneciente a la Cooperativa Agrícola.

A la inversa de lo que ocurría en algunas zonas del Alto Paraná, donde los colonos, ya enriquecidos, vivían con todo confort, en Oberá prevalecía una verdadera fiebre de trabajo, al margen de cualquier convencionalismo.

En el poblado, sólo los edificios públicos, tales como las sucursales bancarias, de Telecomunicaciones y otras, al igual que las dependencias municipales, eran nuevos y de magnífico aspecto. Las casas particulares, por el contrario, habían sido construí-

Otro aspecto de Oberá, la segunda población, por su importancia y progreso, en el territorio nacional de Misiones.

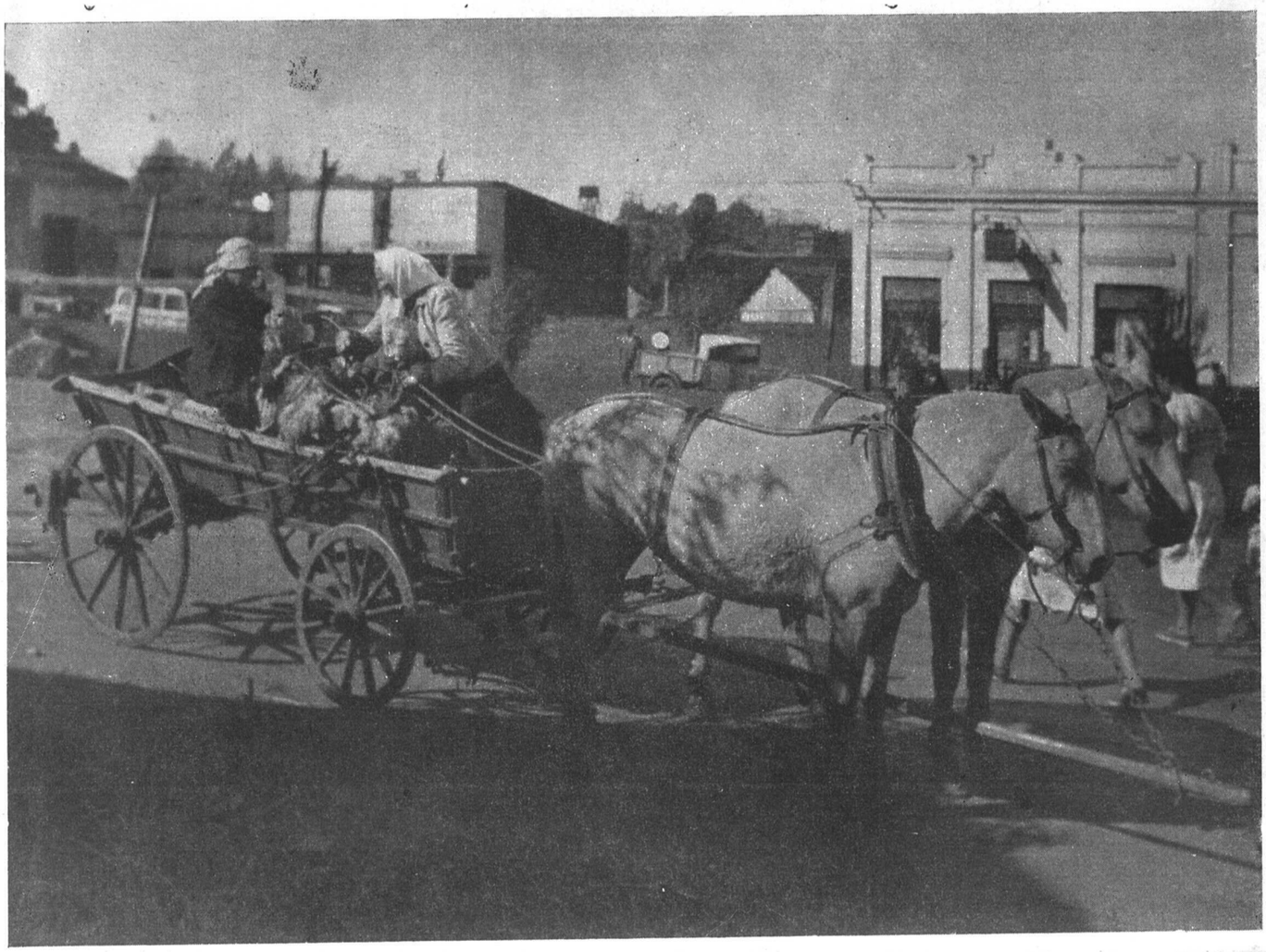
das rápidamente, pensándose más en la disponibilidad de espocio que en el confort.

El Comisionado Municipal de Oberá, en cuya compañía recorrimos el pueblo y parte de la colonia, nos hizo notar que allí era muy elevado el porcentaje de propietarios, tanto urbanos como rurales.

—En otras regiones del territorio —nos dijo— hay muchos más asalariados rurales que propietarios. En Oberá, por lo menos el cincuenta por ciento de esos trabajadores ocupan tierras propias y son miembros de la Cooperativa, propietaria de una gran fábrica de aceite de tung, de secaderos de tabaco y de otros establecimientos industriales.

Agregó luego que, debido a ese elevado porcentaje de trabajadores propietarios, el ritmo de las diarias tareas era allí muy intenso, ya que quedaban comprendidos dentro de ella todos los miembros de la familia, para los cuales no había horario.

En el resto del territorio, Oberá era conocida como el *Far West* de Misiones, no porque allí se viviese en medio del desorden, ni porque hubiera gentes colocadas al margen de la ley. Se le llamaba así por la forma turbulenta en que se registraba su desarrollo y por la pujanza de sus habitantes, ninguno de los cuales se interesaba por la historia ni por lo que fuera o poseyera su vecino. Cada habitante del pueblo o de la colonia, con familia o sin ella, era una verdadera máquina de producir y al propio tiempo un espectador, por lo menos en potencia.



También allí los carros polacos parecían ser los vehículos preferidos de los colonos, especialmente de las mujeres.

Aunque el confort parecía interesar poco a la gente, el pueblo contaba con una gran usina propia, cinematógrafos, hoteles, fábricas de hielo, hospital y sala de primeros auxilios, clubes sociales y deportivos, asociaciones culturales de diversas colectividades extranjeras, bibliotecas públicas, secaderos de yerba mate, depósitos de tabaco, molinos, aserraderos, fábricas de carrocerías, talleres mecánicos y de electricidad, estación modelo del Automóvil Club Argentino, tiro federal, clubes de tenis y de fútbol e infinidad de otras instituciones, ya arraigadas las unas, en plena formación las otras.

Las gentes que habitaban allí eran fuertes, generalmente de elevada estatura y de tipo centroeuropeo, que se dedicaban preferentemente a la agricultura, pero que parecían tener gran inclinación hacia el comercio.

No todos los colonos se habían enriquecido, pero no encontramos uno solo, entre aquellos con quienes conversamos, que no estuviera seguro de enriquecerse a breve plazo, unas veces con el producto de su trabajo, y otras veces con lo que esperaba obtener a expensas de sus ideas.

Pese a la turbulencia que se advertía en el pueblo, la gente era pacífica y ordenada, pues, como nos lo dijeron en muchas oportunidades, allí estaban muy en boga los negocios, pero no las trampas.

El progreso de Oberá estaba íntimamente ligado al desarrollo del cooperativismo, y eran muchas las personas convencidas de que sólo por ese medio pudo llegar a convertirse en una de las más ricas poblaciones de Misiones.

La Cooperativa Agrícola Limitada de Oberá había iniciado sus actividades en el año 1929, por iniciativa del señor Carlos Juan Petterson, para dedicarse, exclusivamente, a las actividades yerbateras. Desde esa fecha, hasta 1937, la Cooperativa debió

Vista de una nueva plantación de árboles frutales en la colonia de Oberá, donde se incrementa la explotación de esa riqueza.

enfrentar muchas dificultades, y en varias oportunidades estuvo al borde de la quiebra, ya por falta de capitales, ya porque careció del apoyo oficial necesario.

En 1937, año de verdadera y ruda prueba para la entidad, algunos de sus socios fundadores, en unión de otros nuevos, procedieron a reorganizarla, con un capital limitado y con sólo cuarenta y cinco colonos como integrantes de la sociedad.

Dos años más tarde, en 1939, la Cooperativa tenía ya asegurada su estabilidad, mediante la ampliación de capitales y asociados, que entonces llegaban a mil.

En 1947, encontrándose ya la entidad en estado floreciente, la cantidad de socios pasaba de tres mil.

En la época de nuestra visita a Oberá, registrada a mediados de 1950, la Cooperativa Agrícola había progresado mucho y era una de las más poderosas del territorio. Contaba con tres mil quinientos socios, y el capital subscripto se elevaba a la suma de dos millones de pesos, de los cuales habían sido cubiertos seiscientos mil. Las operaciones comerciales correspondientes al año 1949, último ejercicio con cifras conocidas en aquel entonces, eran las siguientes: Yerba mate vendida, $ 5.371.926; tung vendido en fruto, $ 1.060.493; tabaco vendido sin manufacturar, $ 454.249; productos diversos, $ 71.818; operaciones realizadas en el almacén de ramos generales de la sección consumo, $ 1.173.310. En total, los capitales movilizados por la Cooperativa durante 1949, se elevaban a $ 8.131.798.

En los últimos años habían figurado, y continuaban figurando como dirigentes de la entidad los señores: Esteban Bonneau, Eric Blasig, Basilio Lutz, Arturo Oscar Torneus, Rodolfo Paas, Atilio Gasarini, José Stadler, Cirilo Pechaj, Luis Guidobono, Constantino Issacivich, Nicolás Arbelaiz, Manuel Elosegui y Alex Karup.

La Cooperativa Agrícola de Oberá, además de tener en el pueblo el más grande almacén de ramos generales conocido en la región, era propietaria de molinos de yerba mate y arroz, de secaderos de tabaco y de una moderna fábrica de aceite de tung, que en esos momentos iba a ser puesta en funcionamiento, y a la cual nos referiremos en seguida.

Además de las industrias pertenecientes a la Cooperativa, había en Oberá otras de propiedad particular, entre ellas un establecimiento para la elaboración de té, que sin ser tan importante como el que encontrásemos en Campo Viera, producía varios miles de kilos por año.

Entre los nuevos cultivos de la colonia se contaban los frutales, especialmente los citrus, cuyo rendimiento era óptimo.

Algunos colonos nos manifestaron que la fruticultura podía dar muy buenos resultados en ese lugar, pero que no habiendo allí establecimientos que se dedicasen especialmente a la preparación de frutas, tales como las naranjas y pomelos, para que pudiesen enviarlas a Buenos Aires sin correr el riesgo de que se descompusieran, la gente se mostraba un tanto reacia a invertir capitales en los mismos.

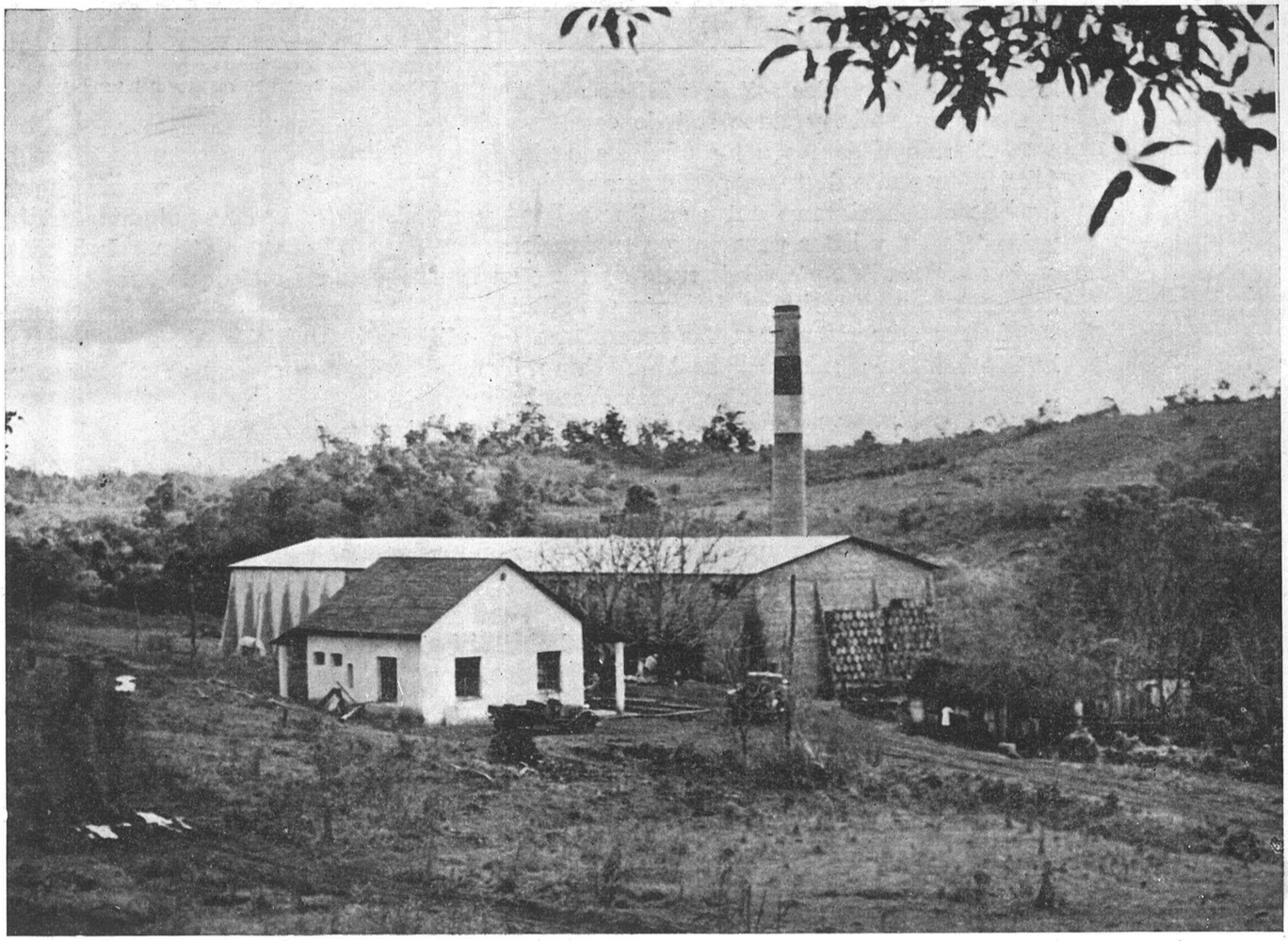
Durante nuestra visita a las oficinas de la Cooperativa Agrícola, el gerente de dicha entidad nos manifestó que el señor Esteban Bonneau, presidente de la misma, no se encontraba en Oberá, pero que él tendría mucho gusto en acompañarnos a conocer la fábrica de aceite de tung, juntamente con el Comisionado Municipal.

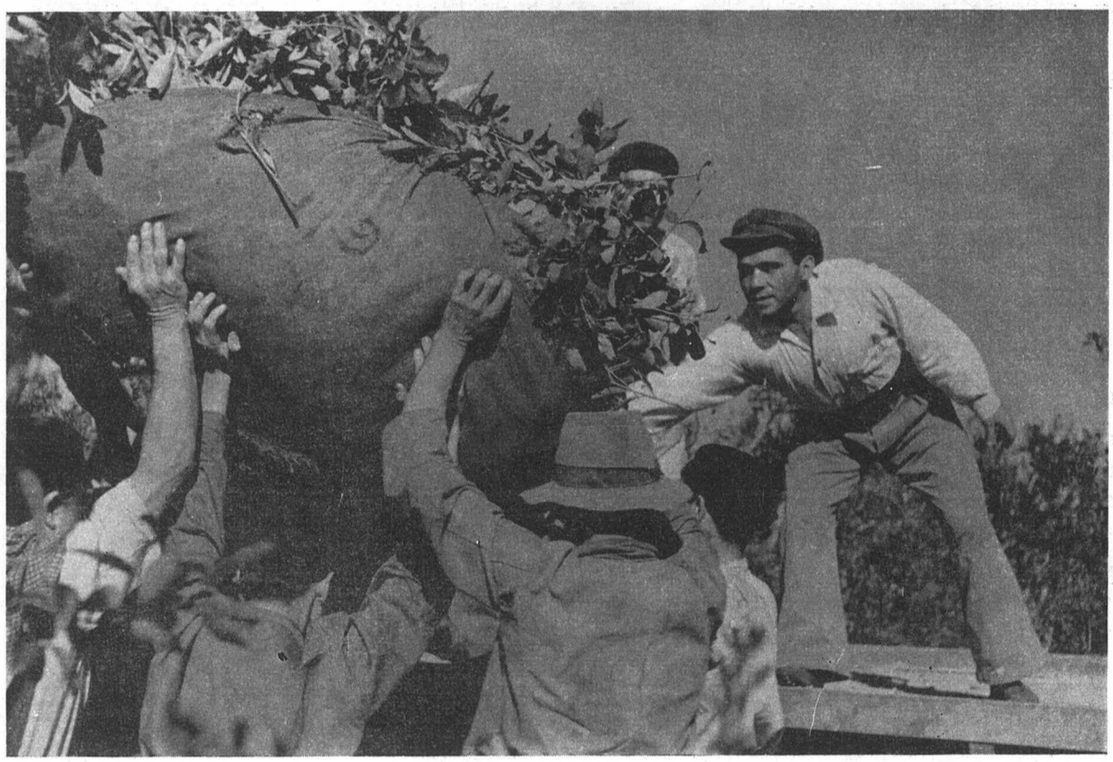
Mientras nos dirigíamos hacia el mencionado establecimiento industrial, que se encontraba en las afueras del pueblo, el gerente de la Cooperativa nos mostró un cuadro que contenía datos estadísticos relativos al crecimiento de aquélla, a partir del año 1941. Las cifras eran realmente sorprendentes, tanto en lo relativo al aumento del capital como al del número de socios.

En 1941 la entidad contaba con 464 socios y $ 26.000 de capital; en 1946 tenía 2.776 socios y un capital de $ 187.900: tres años después, en 1949, los socios eran 3.449 y el capital llegaba a $ 2.048.200.

Preguntamos a qué se debía el brusco crecimiento de la potencialidad económica de la Cooperativa, en los últimos años, y nos dijeron que, entre otras causas, ello obedecía a que habían entrado en su período de producción nuevas y grandes plantaciones de tung, como lo demostraba el hecho de que, habiendo recibido la Cooperativa un millón y medio de kilos de nuez de tung en 1948, esa cantidad se había elevado a casi cinco millones, en 1949, y era aún mayor en 1950. La producción de yerba mate se mantenía estacionaria, por disponerlo así la adjudicación de cupos, pero en 1949 el tabaco rindió sesenta mil kilogramos más que en 1948. Los socios de la Cooperativa habían producido, además, ochenta mil

La fábrica de aceite de tung de la Cooperativa Agrícola de Oberá se encontraba en las afueras del pueblo de ese nombre.





Cuando terminaba la cosecha del tung, los trabajadores empezaban a cortar yerba mate, muy abundante en aquellos lugares.

kilos de algodón, diez mil de miel de abeja y ciento cuarenta y cinco mil de cera.

Cuando llegamos a los edificios de la fábrica de aceite de tung, pudimos apreciar que ella era de características similares a las que encontrásemos antes en Santo Pipó y en Eldorado. Las maquinarias estaban ya instaladas y listas para entrar en funcionamiento, pero la Cooperativa se había visto en la necesidad de vender la nuez de tung en bruto, pues no creía que el nuevo establecimiento pudiese industrializarla ese año.

Hasta esos momentos, las inversiones en edificios, adquisición de maquinarias e instalación de las mismas, pasaban de un millón y medio de pesos, y se calculaba que aun sería necesario hacer mayores desembolsos.

Cuando inquirimos qué cantidad de materia prima podrían proporcionar los colonos a esa fábrica de la cual eran propietarios, nos respondieron que, aproximadamente, sería de cinco millones de kilos de nuez de tung, lo cual les permitiría elaborar, también aproximadamente, setecientos mil litros de aceite de dicho producto.

Como teníamos conocimiento de que en esa colonia se cultivaba ramio en grandes cantidades, preguntamos si la Cooperativa contemplaba la posibilidad de industrializarlo.

Nos respondieron que no, porque había allí otra empresa, no precisamente cooperativa, pero orientada en tal sentido, que se encargaba de adquirir y de industrializar el ramio que producían los colonos.

Se trataba de la Corporación Oberá Productora Industrial Sociedad Anónima, conocida por la sigla de C.O.P.I.S.A., y constituída en aquella colonia en el año 1943.

La C.O.P.I.S.A., cuyo establecimiento productor de derivados del ramio visitamos poco después, había pasado momentos muy difíciles desde la época de su fundación hasta un año antes a nuestra visita, y entonces recién empezaba a rendir los frutos que de ella se esperaban.

La entidad había nacido con programas muy vastos y finalidades muy nobles, tales como las de propender al establecimiento de nuevas explotaciones productoras e

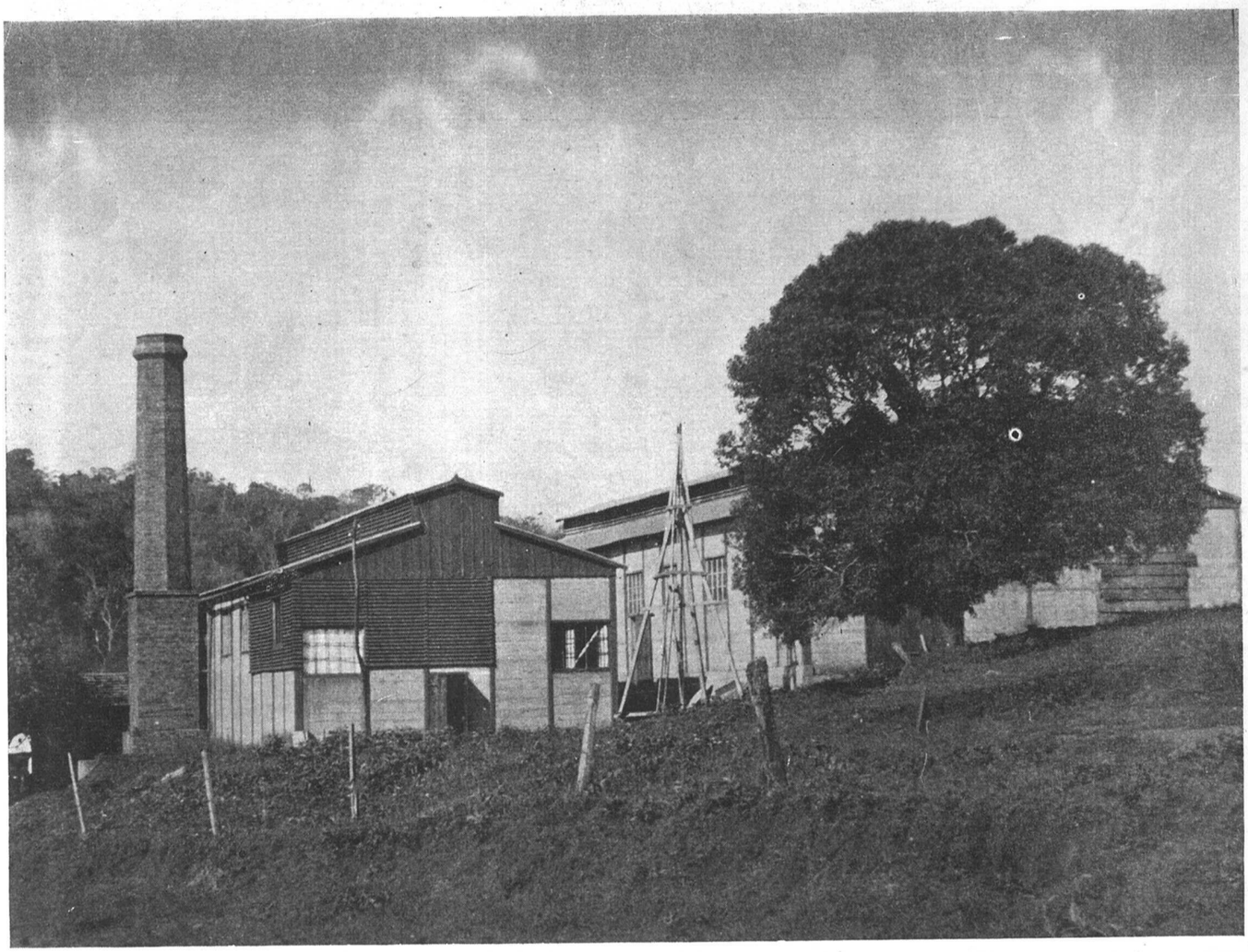
industrializadoras adecuadas a ese medio, crear nuevas fuentes de trabajo en el interior del país y facilitar la diversificación de los cultivos. Tenía, además, como uno de sus propósitos fundamentales, la fundación de un establecimiento llamado a industrializar el ramio, planta que abundaba en la colonia de Oberá, y que, siendo perenne, resistía a las inclemencias del tiempo y al azote de las plagas.

Desgraciadamente los hechos estuvieron lejos de responder a tan nobles propósitos, y en 1948, a cinco años de su organización, C.O.P.I.S.A. estaba al borde de la quiebra, sin que las maquinarias adquiridas, especialmente una desfibradora gruesa, fuesen puestas en funcionamiento.

La difícil situación creada a la empresa motivó diversas controversias entre sus accionistas y fué la causa de que se convocara a dos asambleas extraordinarias, en una de las cuales renunció el Directorio en pleno y se procedió a la reforma de los Estatutos.

Cuando nosotros visitamos el establecimiento montado para desfibrar ramio, el directorio de C.O.P.I.S.A. estaba integrado por las siguientes personas, que habían asumido la responsabilidad de llevar adelante la empresa, mediante el aumento de capitales y el perfeccionamiento de sus medios de trabajo: Presidente, Juan Russinyol; vices, Alex Karup y Jorge E. Souvillé; secretario, Norberto Daran; tesorero, Eduardo Manigot; vocales titulares, Jorge E. Iturraspe, Celestino Rey Leyes, Virgilio Marín y Horacio Farina; vocales suplentes, Valen-

La fábrica de derivados del ramio estaba paralizada en aquellos momentos, porque había sido necesario reparar la maquinaria.



Las faenas tenían siempre por móvil la recolección del "oro verde" que producía aquella tierra exuberante y siempre roja.

tín Jordana, David Santini, Eugenio L. Rodríguez, Moisés Kofman, Arnoldo Hultgren y Julio Costa; síndicos, Juan Pablo Martínez y Walter E. Enrique. En esos momentos las actividades del establecimiento habían sido suspendidas, para proceder a la reparación de algunas maquinarias, pero hasta poco antes había estado produciendo fibra en condiciones de hilatura.

Los dirigentes de la entidad que nos acompañaban nos dijeron que esa producción de fibra tenía que ser aumentada, y que a tal efecto estaban por iniciar la instalación de nuevos elementos, parte de los cuales se econtraban ya en Oberá, y otros en viaje hacia dicha colonia.

A nuestra pregunta relacionada con el destino que pensaban dar a la fibra en condiciones de hilatura, cuando hubiesen aumentado la producción, respondieron que pensaban colocarla en el mercado textil, y que si en esa forma no lograban obtener buenos precios, tratarían de montar las maquinarias necesarias para manufacturar allí mismo el hilado.

A otra pregunta nuestra, relativa a la existencia de materia prima para el abastecimiento de la fábrica, dijeron que esas existencias se aproximaban entonces a doscientos mil kilos de fibra, agregando que, una vez instaladas las nuevas maquinarias, bastaría con intensificar el cultivo del ramio en la colonia, para que la materia prima abundase.

Pese a los contratiempos que habían sufrido, y a las pérdidas registradas durante siete años, los dirigentes y accionistas de C.O.P.I.S.A. eran optimistas y confiaban en que, como había ocurrido con otras entidades, inclusive con la entonces poderosa Cooperativa Agrícola de Oberá, los años buenos llegarían después de los años malos, y todos los esfuerzos encontrarían recompensa.

LA SIERRA DEL IMAN

A poco de haber salido de Oberá, en dirección hacia el este, y siguiendo la Ruta C, penetramos a la Sierra del Imán, centro de las más importantes colonias de Misiones, y al propio tiempo una de las regiones más hermosas del territorio. Dicha Sierra, menos extensa y más baja que la de Misiones, contaba con más de treinta colonias, ligadas entre sí por infinidad de caminos y habitadas por más de cincuenta mil almas. En una extensión de diez o quince mil kilómetros cuadrados, íbamos a encontrar allí un verdadero crisol de razas, porque los colonos eran indistintamente italianos, suecos, alemanes, finlandeses, españoles, franceses, polacos o noruegos, que estaban definitivamente ligados a la nueva patria, ya que los hijos de todos ellos eran argentinos.

En las inmediaciones del primer pueblo que encontramos al salir de Oberá, que llevaba el nombre de Yerbal Viejo, predominaban los colonos suecos, alemanes y finlandeses, juntamente con sus descendientes, ya argentinos. La principal riqueza del lugar era la yerba mate, producida en grandes cantidades.

Yerbal Viejo, que estaba situado en el entronque de las Rutas 14 y Complementaria C., era un pueblo pequeño y con escaso comercio, porque desde hacía años lo estaba absorbiendo la progresista Oberá.

Los colonos de ese lugar, en su mayor parte socios de la Cooperativa Agrícola de

La Sierra del Imán estaba cubierta de colonias progresistas y brindaba al viajero un conjunto de maravillosos paisajes.

Entre los muchos productos que obtenían allí los colonos, se encontraba el tabaco, que ellos mismos se encargaban de secar.

Oberá, preferían efectuar sus compras en los almacenes que allá poseían, y realizaban en igual lugar la venta de sus productos, que centralizaba la Cooperativa.

En Yerbal Viejo tuvimos que optar entre seguir por la Ruta 14, que cruzaba la Sierra del Imán a lo largo, o hacerlo por la Ruta Complementaria C., que la cortaba a lo ancho. Empero, cuando nos habíamos resuelto por la segunda de esas rutas, alguien nos dijo que no deberíamos renunciar a un viaje, quizás más largo pero no menos interesante, que nos permitiría recorrer las múltiples picadas del lugar, construídas en su casi totalidad por los colonos, con la colaboración de Vialidad Nacional.

La idea nos pareció excelente e indicamos al chófer, siguiendo las indicaciones del mapa que llevábamos, que se internase por la Picada Sueca, un maravilloso camino que unía al pueblo de Yerbal Viejo con el de Leandro N. Alem, y cuya extensión se aproximaba a veinticinco kilómetros.

Esa picada, como tantas otras cuyo nombre correspondía al de alguna nacionalidad europea, anunciaba la presencia de una colectividad foránea radicada en Misiones, y tanto las viviendas situadas de lejos en lejos a ambos lados del camino, como el aspecto de la gente, bastaban para que tal colectividad fuese identificada rápidamente por los viajeros.

Durante algunos kilómetros recorrimos, por lo tanto, propiedades de colonos suecos, o de argentinos descendientes de ellos. Después salimos de la Picada Sueca, para penetrar a otra que llevaba el nombre de Sapucay, y entonces nos encontramos entre una mezcla de suecos, polacos, alemanes y criollos, éstos, como ocurría allí casi siempre, descendientes en primera generación de gente europea.

Ibamos muy tranquilos por la Picada Sapucay, disfrutando la sombra de la frondosa arboleda que la orillaba, cuando el chófer anunció que estábamos a punto de desembocar en la Picada Finlandesa, cosa que ocurrió al poco rato. Entonces cambió el aspecto de la edificación y hasta fué otra la índole de los cultivos. Allí, evidentemente, habían estado o estaban aún los finlandeses, pues eran sus costumbres las que imperaban. No obstante, la fisonomía del lugar fué desdibujándose a medida que avanzábamos hacia una pequeña población denominada Caa-Yary, donde había bastantes nativos.

La que estábamos cruzando había sido, en su tiempo, zona de bosques, pero en-

tonces estaba desmontada en su mayor extensión, y cubierta por grandes plantaciones de yerba mate, frutales, tabaco y caña de azúcar.

No dejaba de sorprendernos el hecho de que, siendo tan densa la población de esa zona, hubiese allí pocos pueblos de importancia, y lo hicimos notar así a uno de nuestros acompañantes, quien nos respondió:

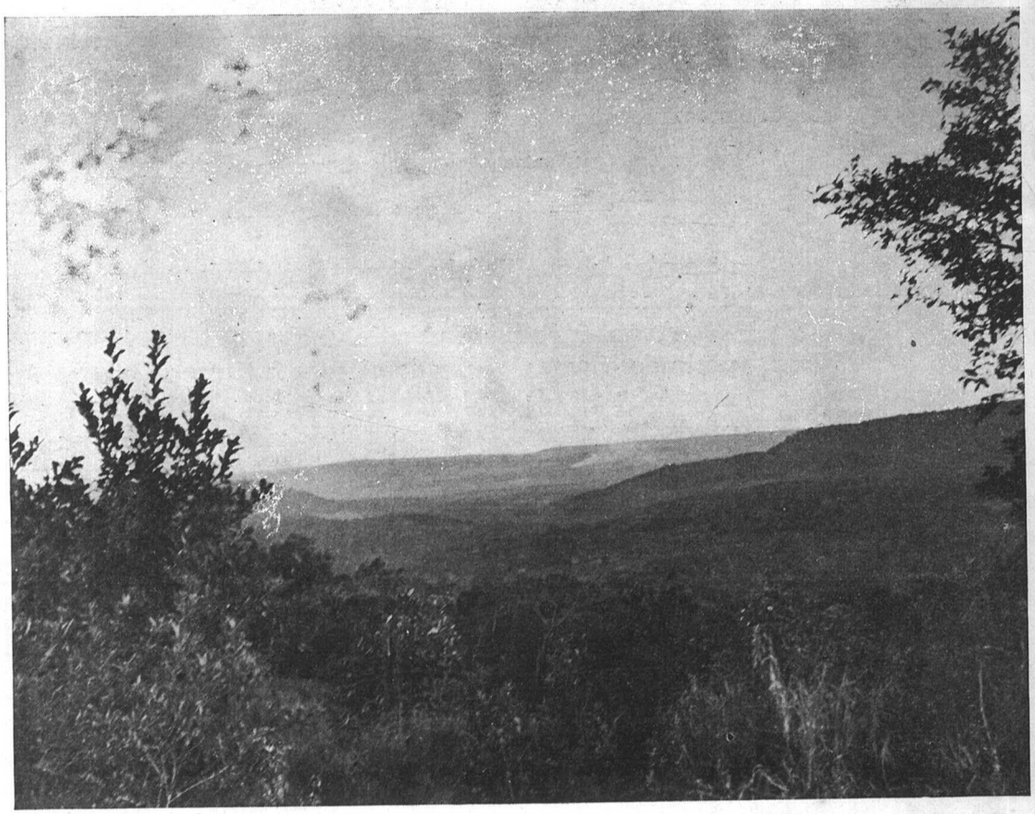
—Aquí no puede haber pueblos grandes, por tres causas: primero, porque las industrias no están centralizadas y ello impide la aglomeración de familias; segundo, porque el comercio privado tiene poco margen, en virtud de que los colonos adquieren lo que necesitan en los almacenes de sus propias cooperativas; tercero, porque la burocracia es mínima. Un pueblo sólo puede crecer cuando hay comercio e industrias que den trabajo a las gentes, y cuando éstas encuentran ocupación en los cargos públicos.

La observación era bastante exacta, pues los colonos de la Sierra del Imán tenían en sus propiedades muchas industrias granjeras, en las que trabajaban ellos y sus familiares; no compraban sino en los comercios de sus cooperativas; gustaban de la vida hogareña, y hasta tenían costumbre de beber en sus casas, y no en los bares o almacenes, cuando lo hacían. En cuanto a la burocracia, no daba ocupación sino a dos o tres personas en las comisiones de fomento y en la policía.

Al salir de la Picada Finlandesa y penetrar en la Picada Libertad, nos informaron que allí se encontraba el foco de una de las más interesantes cooperativas del territorio, denominada, precisamente, Cooperativa Agrícola de Picada Libertad, y fundada en el año 1930.

Así como para la organización de las colonias se había tenido muy en cuenta la nacionalidad de los colonos, para la organización de las cooperativas había ocurrido todo lo contrario. En la Picada Libertad, llamada primitivamente Picada Rusa, la cooperativa nucleaba a colonos de más de diez nacionalidades, que marchaban perfectamente de acuerdo. Uno de esos colonos, al preguntarle por qué no habían organizado las cooperativas teniendo en cuenta, como al tratarse de las colonias, la nacionalidad de los integrantes de las mismas, nos respondió que una cosa eran las costumbres y otra cosa los intereses. Que en las colonias se nucleaban personas que llegaban al lugar con las mismas costumbres y que deseaban conservarlas, pero que en las cooperativas se reunían personas que deseaban defender sus intereses, y que los intereses de los colonos, que eran siempre los mismos, estaban al margen de cualquier división que pudiera establecer la diferencia de nacionalidades.

Había lugares donde la vegetación desaparecía momentáneamente, para dejar a la vista hermosos cerros multicolores.



La Cooperativa Agrícola de Picada Libertad había tenido comienzos modestos, tanto por la cantidad de socios como por el monto del capital subscripto, que en el año 1948 sólo alcanzaba a tres mil nove-

Las plantaciones de frutas cítricas también abundaban en aquellos lugares, y la calidad de las mismas era muy buena.

cientos pesos. Pero ese precario comienzo no había impedido que la Cooperativa fuese agrandándose, ni que, a principios de 1950, consignara las siguientes cifras en su memoria y balance: Cantidad de socios, 831; capital subscripto, $ 112.000; capital realizado, $ 91.575; yerba mate vendida en la última cosecha, $ 127.600; tabaco, $ 36.543; productos de granja y cultivos diversos, $ 41.891; movimiento de la sección consumo, $ 190.000; total de capitales en giro durante el año, $ 1.140.034.

Las oficinas de esa cooperativa, que en los comienzos estuvieran dentro de la Picada Libertad, habían sido trasladadas al radio urbano de la localidad de Leandro N. Alem, y nos fué imposible visitarlas.

Como nota descollante en las actividades de la Cooperativa Agrícola de Picada Libertad debemos destacar la creación de una Caja Regional de Préstamos y Ahorros, que había proporcionado grandes beneficios a los asociados.

Cuanto más viajábamos por la Sierra del Imán, más nos sorprendía la enorme cantidad de picadas que salían a nuestro paso, todas las cuales estaban ligadas, a su vez, por otros caminos más angostos y cortos, que recibían el nombre de "maestrillas", en virtud de que habían servido para sacar la producción forestal, en la época en que aquellos lugares estaban aun cubiertos por espesos bosques. Cuando habíamos recorrido la mitad de la Picada Libertad, ésta fué cruzada por otra picada, que llevaba el nombre de Yacutinga, y que se dirigía hacia la población de Almafuerte.

Avanzando a lo largo de una y otra picada, habíamos visto ya un verdadero emporio de riqueza, teniendo al propio tiempo oportunidad de apreciar los beneficios que reportaba el adecuado fraccionamiento de la tierra, y la organización cooperativa de los productores. Viajamos ese día durante ocho o diez horas, sin encontrar un solo latifundio, conversando con campesinos que, en su gran mayoría, eran propietarios de la tierra que trabajaban.

Las gentes que salieron a nuestro paso, por otra parte, eran blancas, casi siempre rubias, y de aspecto saludable.

En la colonia Almafuerte nos detuvimos más detenidamente que en las otras, porque nos habían hablado mucho de ella, y quizás también por la alegría que nos produjo el hecho de encontrar, en regiones tan lejanas, un pueblo que llevaba el nombre del gran poeta que tuvo la ciudad donde nacimos.

Almafuerte había sido el ídolo de nuestra infancia, y un hermano nuestro, discípulo de aquel bondadoso maestro, nos enseñó a recitar sus versos cuando aun no teníamos edad para concurrir a la escuela, mientras nos mostraba la humilde vivienda

del poeta, apoyados en cuyas manos ya temblorosas, recorrimos muchas veces las silenciosas calles de la ciudad de La Plata.

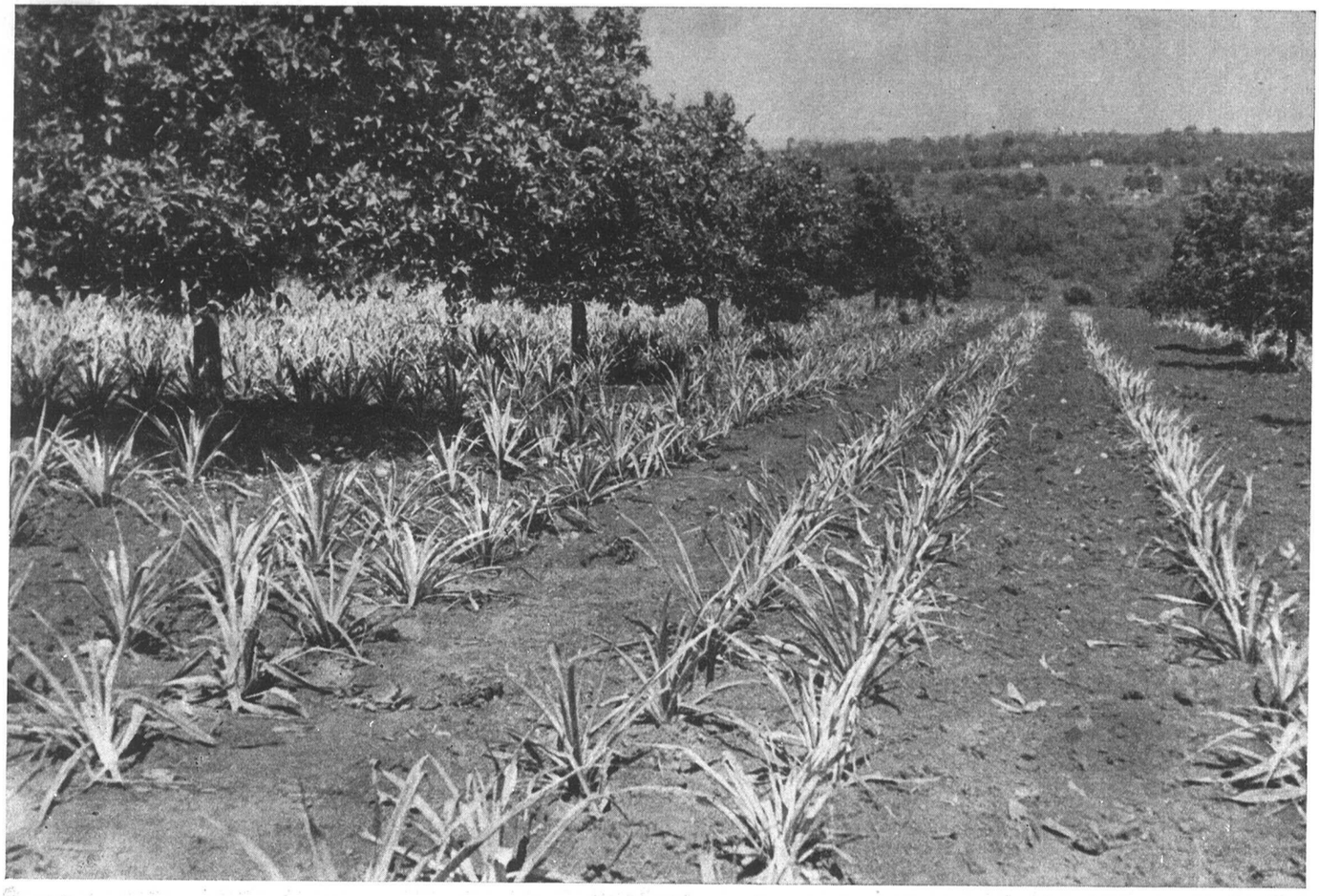
Por eso fué tan grata la impresión que produjo en nuestro ánimo el encontrarnos en un pueblo humilde y hermoso, que llevaba el nombre de quien había sido el poeta de los humildes, por antonomasia.

La colonia Almafuerte era como una prolongación de la de Bompland, pero se diferenciaba de ésta en que su producción era principalmente frutícola, aunque también había allí plantaciones de yerba mate, tabaco, maíz y caña de azúcar. Los colonos, en general, eran alemanes o descendientes de ellos, y estaban radicados en ese lugar desde hacía más de un cuarto de siglo.

El terreno era muy quebrado en casi todo el perímetro de la colonia, y un viaje por esos caminos resultaba encantador, especialmente si se le realizaba, como nosotros lo hicimos, a la caída de la tarde, cuando la gente volvía a sus hogares, una vez terminado el cotidiano trabajo, a lo largo de caminos y senderos bordeados por plantaciones de árboles frutales que ya habían adquirido su máximo desarrollo.

En nuestra recorrida por las propiedades de Almafuerte encontramos tal variedad de frutas, que se habría llegado a creer que esa región tenía simultáneamente todos los climas. Había allí naranjales enormes y limoneros realmente soberbios. Los pomelos eran producidos en grandes cantidades, y lo propio podía decirse de los plátanos. No obstante, lo que más llamaba la atención

Doquier había sido desmontado el terreno se formaban pequeños pueblos, cuyas casas de madera construían los propios colonos.



Aunque la colonia Almafuerte producía grandes cantidades de ananás, continuaban las plantaciones de estos frutales.

eran las plantaciones de ananás, pues ellas ocupaban centenares de hectáreas, y las había de las clases más diversas y valiosas.

Un viejo colono alemán, radicado en Almafuerte desde hacía más de un cuarto de siglo, nos acompañó a recorrer las plantaciones de ananá que había efectuado en los últimos años, y nos aseguró que la calidad de esa fruta era mejor en esa colonia que en muchos países que, como el Brasil, tenían fama de producir el mejor ananá del mundo.

Como el colono estaba tan entusiasmado con sus plantaciones, y como ellas eran realmente inmensas, le preguntamos por qué no montaba un establecimiento para envasar y conservar ananás, como lo hacían en otros países.

Nos respondió que él estaba muy anciano para emprender algo nuevo, pero que frecuentemente hablaba sobre el particular con sus hijos, y que no sería difícil que ellos, unidos con los hijos de otros colonos del lugar, organizasen una cooperativa que tuviera por finalidad industrializar la producción frutícola del lugar.

Encontrándonos poco después en casa de otro de los colonos de Almafuerte, le preguntamos si tenían o habían tenido allí conflictos gremiales.

El hombre nos miró muy sorprendido, como si no entendiese lo que terminábamos de preguntarle y tuvimos que agregar algunas palabras para que nuestra pregunta fuese más clara. Entonces entendió y dijo que allí no podía haber conflictos gremiales, porque no había gremios de patronos ni de trabajadores.

—En Almafuerte —agregó—, cada colono cultiva su propiedad ayudado por su familia, y levanta las cosechas en la misma forma. Por lo tanto, ¿qué clase de conclicto quiere que tengamos?

A la mañana siguiente, después de haber pasado la noche en Almafuerte, continuamos nuestro viaje, siempre por la Picada Yacutinga, que abandonamos al encontrar la Ruta Complementaria B. El tiempo era entonces muy bueno y la temperatura resultaba sumamente agradable.

El cultivo preponderante en esos lugares era el tabaco, pues, como el lector podrá comprobarlo al consultar el mapa que aparece en la página 110, la Sierra del Imán era una de las zonas donde más abundaban dichas plantaciones.

Poco después de haber desembocado en la Ruta Complementaria B, cruzamos el arroyo Mártires Chico, comprendido dentro del sistema hidrográfico del Alto Paraná, y en seguida llegamos al pueblo de Bonpland, situado en el entronque de la arteria anteriormente mencionada con la Ruta 106.

La colonia y el pueblo de Bonpland habían sido fundados a fines del siglo pasado, en el centro de una planicie de tierras feraces, que estaba rodeada por colinas de tupida vegetación. Originariamente, los colonos habían sido alemanes, suecos y finlandeses, pero cuando nosotros llegamos al lugar quedaban muy pocos de aquellos colonos y los descendientes de ellos, al propio tiempo sus herederos, eran argentinos nativos.

Como para entonces habíamos empezado ya a descender de la Sierra del Imán rumbo al Paraná, encontrábamos muchos arroyos que cruzaban la colonia en marcado plano descendente, formando abundantes cascadas, que los propietarios utilizaban, aunque en pequeña escala, para obtener fuerza motriz.

En cuanto al pueblo, era de los más importantes de la zona. Ocupaba una extensión aproximada de cien hectáreas, y tenía más de dos mil habitantes.

Allí encontramos el más grande establecimiento acopiador de tabaco, perteneciente a la Compañía Nacional de Tabacos.

Esta empresa había desarrollado grandes esfuerzos por el incremento de la producción tabacalera de Misiones, y el Comisionado Muicipal de Bonpland, que era nuestro acompañante durante el viaje por esos lugares, nos hizo notar que no sólo esa colonia, sino también las de Cerro Azul, Leandro N. Alem y otras, comercializaban su tabaco por intermedio de aquella empresa.

La Compañía Nobleza de Tabacos había iniciado sus actividades en Misiones, dentro de la zona de Bonpland, hacia el año 1927, fecha en la cual llegó un equipo de técnicos de Europa, donde habían adquirido gran experiencia en el cultivo y en la industrialización del tabaco.

Un año después, cuando los colonos habían obtenido beneficiosa enseñanza de aquellos técnicos, la Compañía inició la construcción de los grandes establecimientos de acopio y secaderos de tabaco con que contaba Bonpland cuando nosotros lo conocimos.

El tabaco, como bien se sabe, es una solanácea americana que no conocían los

Había allí muchos campos cubiertos con soberbias plantaciones de tabaco, como la que muestra esta copia fotográfica.

También las mujeres intervenían en las tareas rurales, teniendo muchas veces a su cargo el cuidado del tabaco a secarse.

europeos antes del descubrimiento del Nuevo Mundo. Los orígenes de su cultivo, por lo tanto, son desconocidos, y aún se ignora por qué lleva ese nombre, después de haber sido denominado de las más diversas maneras. En cuanto al descubridor de esta planta en territorio americano, y a su introductor en Europa, tampoco puede afirmarse nada, en forma absoluta, pero, presumiblemente, "el descubrimiento del tabaco fué obra del capitán Rodrigo de Xerez, y el hecho se registró durante una de las exploraciones que realizara, tierra adentro, como integrante de las huestes que acompañaron a Colón".

Respecto del introductor del tabaco en Europa, hay una larga lista de aspirantes al título, y entre ellos figuran, además del propio capitán Rodrigo de Jerez, el almirante inglés Drake, el padre franciscano Thivet, los conquistadores Hernán Cortés y Fernández de Toledo y el embajador francés Juan Nicot. De todos ellos, quien más hizo por divulgar las virtudes del tabaco en el Viejo Mundo fué el embajador Nicot, quien, habiendo llevado a Portugal gran cantidad de semillas, las sembró en el jardín de su residencia, en la ciudad de Lisboa.

La exótica planta despertó rápidamente la curiosidad de los europeos, y a mediados del siglo dieciséis había ya plantaciones de tabaco en España, Portugal, Irlanda, Escocia, Inglaterra, Bélgica y Holanda.

Aunque muchos discutían sus virtudes y otros lo combatían por considerarlo un vicio, el uso del tabaso se generalizó rápidamente, y en el transcurso de dos siglos invadió al mundo.

El mismo tabaco que América enviase a Europa en estado casi silvestre, fué sometido en aquellos países a serios procesos de perfeccionamiento y selección, de suerte tal que cuando esas evolucionadas especies volvieron al Nuevo Mundo, que era su lugar de origen, deslumbraron a los propios aborígenes con su magnífico aspecto y más agradable

sabor. La introducción de tabaco procedente de viveros europeos, en tierras americanas, estuvo a cargo de los jesuítas, quienes desarrollaron esas plantaciones en gran escala, dentro de las Misiones, dando comienzo a la industrialización de dicho producto.

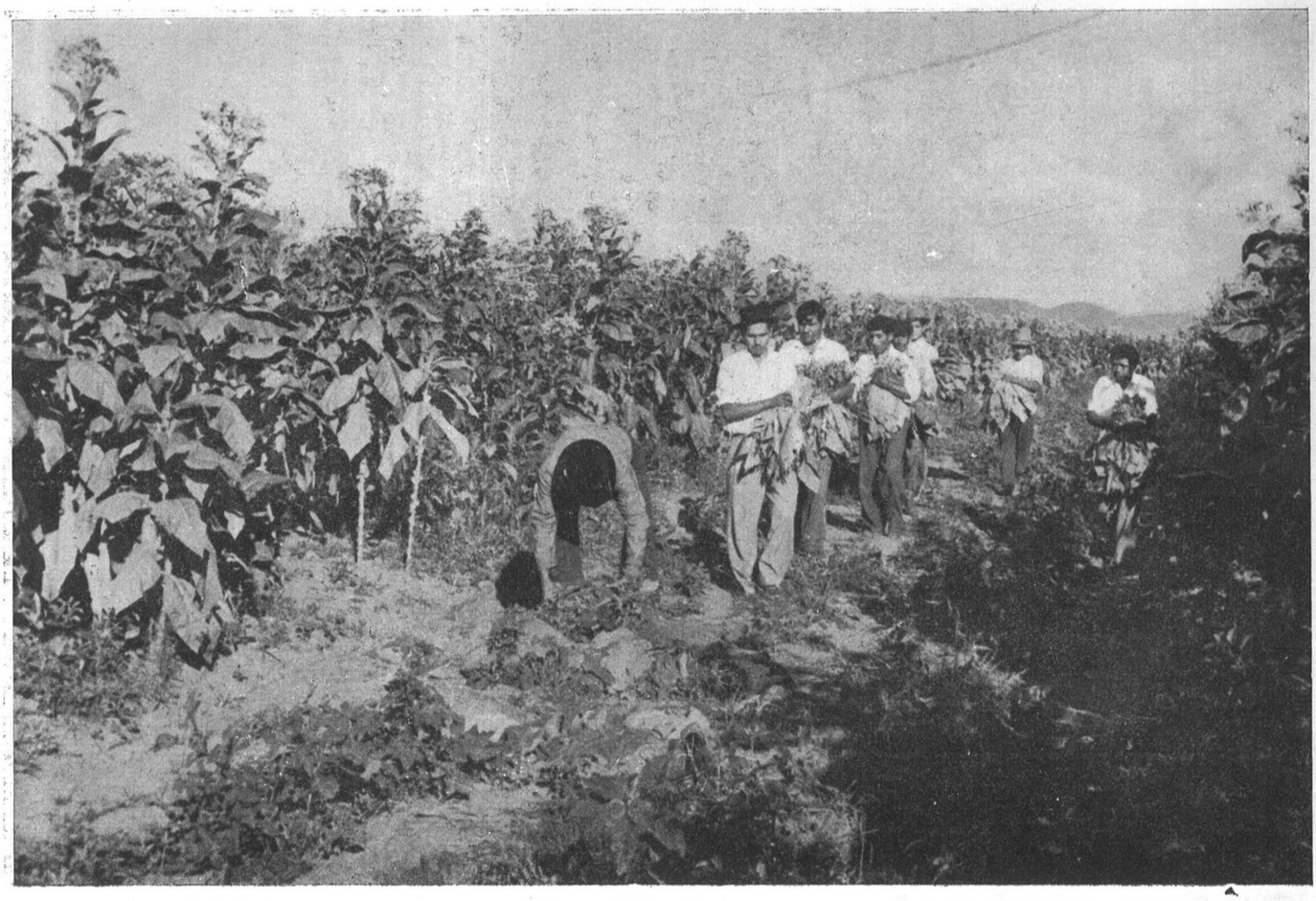
A mediados del siglo dieciocho, cuando se produjo la expulsión de los jesuítas, los inmensos tabacales del territorio quedaron abandonados y volvieron a adquirir sus peculiaridades silvestres.

A principios del siglo veinte la producción misionera de tabaco era tan limitada, que escasamente cubría las necesidades de los propios centros productores, pero a partir de entonces, reiniciadas las siembras de semillas y las replantaciones procedentes de viveros, la producción de tabaco criollo o misionero indígena fué en aumento, facilitándose la adquisición del mismo a los industriales de Buenos Aires.

Medio siglo después de la reanudación orgánica de esos cultivos, es decir, hacia el año 1950, Misiones no sólo cubría las necesidades del propio mercado, en lo relativo al tabaco criollo, sino que lo importaba en grandes cantidades a varios países europeos. En esa época, el área cultivada con tabacos de diversos tipos alcanzaba a ocho mil ochocientas hectáreas, cuya producción anual era de siete mil seiscientas toneladas. Dicha producción, por otra parte, representaba el veinticinco por ciento del total correspondiente a nuestro país. Según datos publicados en el Boletín del Tabaco, edición oficial a cargo de la Dirección de Tabaco del Ministerio de Industria y Comercio, las mayores exportaciones de tabaco criollo argentino, en su casi totalidad procedente de Misiones, se habían registrado en el año 1946, con 2.330.790 kilogramos.

La producción de tabacos llamados

Los obreros cortaban las hojas de tabaco, y luego las llevaban hacia los claros de las plantaciones, para amontonarlo.



exóticos, es decir, de tipo Kentucky, Mariland y otros, era reducida, y, según manifestaciones de personas entendidas, se encontraba aún en estado experimental.

El agrónomo Manuel Golpe y Cora, que estuvo a cargo de la Dirección de Productos Tabacaleros en Misiones, y cuya versación en la materia está fuera de toda discusión, ha expresado los conceptos que a continuación transcribimos, por considerarlos de significativo valor.

"Medio siglo en la producción de tabacos, para satisfacer las necesidades del consumo interno y un incipiente comercio exterior, llevamos ya, sin haber concretado un propósito en lo que respecta a qué debemos producir, o qué es lo que más nos conviene producir."

"Las opiniones de las personas entendidas en producción e industrialización de tabacos, son divergentes en cuanto a lo que podemos o debemos producir, consideradas las características ecológicas de las extensas y ricas zonas tabacaleras argentinas, muy semejantes a las que en Norte América, Cuba o Brasil, han alcanzado justa fama por la calidad superior de sus tabacos."

"El problema discutido es, si debemos decidirnos por la imitación de los tabacos consagrados, estimulando el mejoramiento de las variedades exóticas y por un sistema proteccionista resistir la competencia exterior, o por la creación de variedades argentinas, que respondan a nuestras características propias y funden, por decirlo así, un aroma, un sabor y hasta un color típicos."

"Si consideramos la gran aceptación que tienen los cigarros y cigarrillos argentinos elaborados con mezclas de tabacos nacionales e importados, que son lanzados al comercio en impecables envases, cuidado-

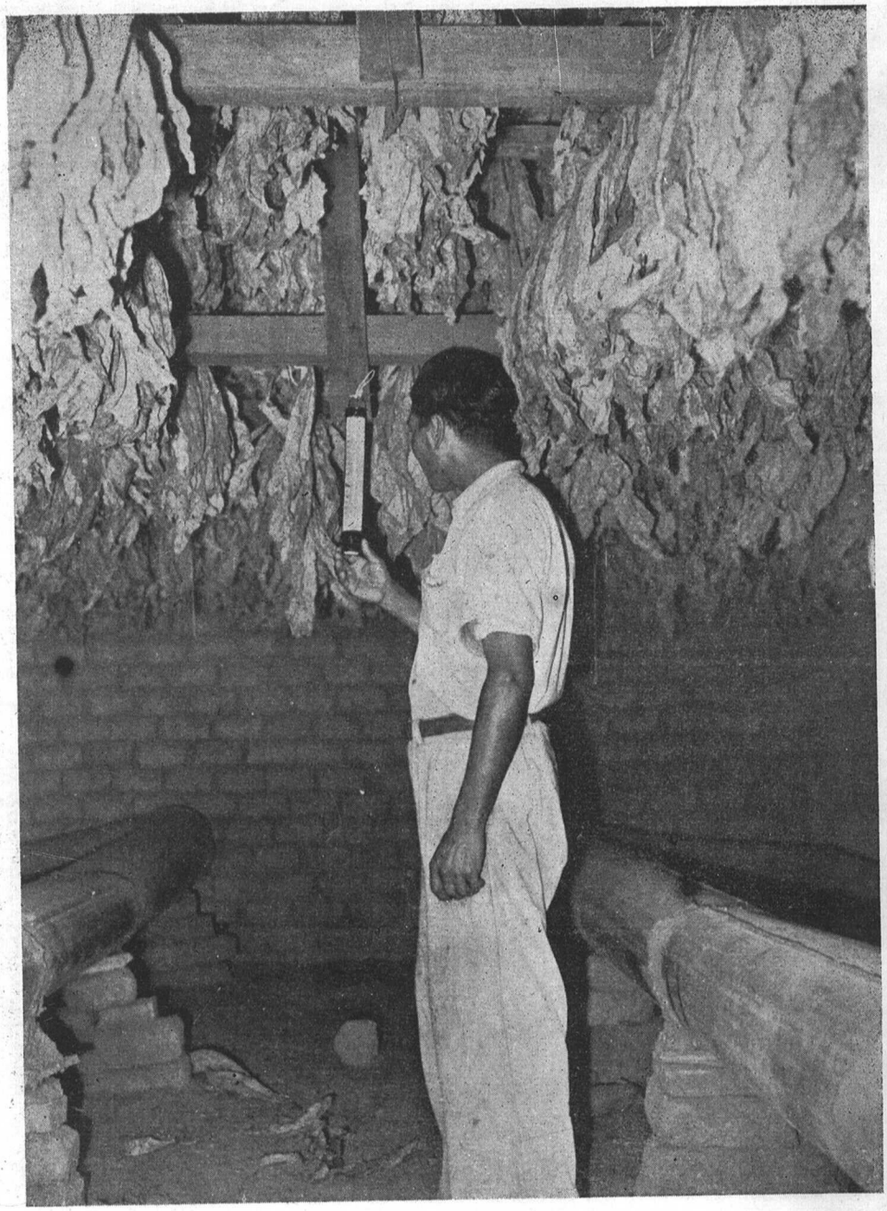
He aquí otro hermoso aspecto de los tabacales misioneros en flor, listos ya para la iniciación de los trabajos de corte y seca.

samente presentados, reconoceremos que la industria tabacalera argentina ha ganado ya una etapa trascendental de esa batalla por la producción nacional. ¿Sería, después del prestigio conquistado por la industria, aventurado pensar en una paulatina reducción o en la substitución de las mezclas con tabacos extranjeros, por otras logradas con tabacos nacionales, de variedades selectas, que podrían ser equivalentes a los Virginias, Kentucky, Habanos, etc., pero con algo distintivo que los haga típicos, incluso con nombres propios de la zona de producción?"

"Creo que el éxito alcanzado por la industria tabacalera abre un porvenir brillante a otros esfuerzos encaminados a consolidar la producción nacional."

"Pero, como expresé antes, no hemos salido aún de la faz experimental, y técnicos, industriales y productores nos están conduciendo, con indiscutido éxito, a la meta anhelada."

"Tenemos ya una producción cuantitativamente respetable y de una calidad bien apreciada, la industria ha alcanzado un alto perfeccionamiento técnico y se perfila la posibilidad de un ensanchamiento comercial. Son ésos los elementos básicos de una obra que tiene excelentes comienzos y que ofrece perspectivas muy halagüeñas."



El tabaco era secado muchas veces mediante el calor producido por calderas, y el cuidado del mismo estaba a cargo de técnicos.

El señor Juan Domenech, autor del interesante libro titulado "Historia del Tabaco", y también persona de indiscutible versación en la materia, ha expresado los siguientes puntos de vista, con relación al problema de la producción misionera:

"Los tipos de tabacos que preferentemente produce Misiones son los de origen paraguayo, chileno-guazú, brasileño, Kentucky, Mariland y Java. La masa de la producción de tabaco negro de esta zona alcanza a la suma de unos seis millones de kilogramos anuales, que son casi totalmente adquiridos por los manufactureros del país."

"Es de reciente data la reacción en sentido progresista del mejoramiento de las calidades y presentación de los tabacos misioneros. Hace sólo unos cuantos años que se han iniciado los cultivos de tabacos exóticos."

"No cabe duda de que el verdadero bienestar de los agricultores misioneros se debe basar en el mejoramiento de calidades hasta ahora deficientes y poco aptas para su industrialización en productos de buen precio. Los tabacos rústicos deben dejar el campo libre a los tabacos refinados, que se pueden obtener por el cultivo y adaptación especial de los tabacos exóticos de superior calidad."

Por lo que nosotros pudimos comprobar en Bonpland, conversando con los cultivadores de tabaco, la mayoría de ellos se mantenía al margen de la polémica enta-

La feracidad de la tierra hace que las plantaciones de tabaco adquieran alturas poco comunes, como lo muestra esta foto.

blada entre los técnicos. Ellos daban preferencia al tabaco criollo, de más fácil cultivo y de rendimiento más seguro, pero al propio tiempo hacían pequeñas plantaciones de tabacos exóticos, casi siempre por vía experimental.

Aunque la colonia Bonpland era el principal centro de acopio de tabaco, los colonos no se dedicaban exclusivamente al cultivo de él, pues había allí grandes plantaciones de yerba mate, maíz, mandioca, árboles frutales y tung.

Otro producto que rendía en condiciones extraordinarias era la caña de azúcar, que los colonos sólo cultivaban en pequeñas parcelas, porque carecían de mercado para colocarla.

Hablando sobre esa clase de cultivo, uno de los más antiguos colonos del lugar nos dijo que Misiones debería contar con establecimientos que industrializaran la caña de azúcar, no sólo porque ello representaría una nueva fuente de riqueza, sino porque tales cultivos resultaban indispensables para la conservación de las capas de tierra vegetal, y para evitar el empobrecimiento de las mismas.

—El tabaco —dijo el colono—, empobrece un poco la tierra, y también permite que las lluvias arrastren mucha tierra vegetal. Esto es algo que nadie puede discutirnos, porque lo estamos viendo desde hace mucho tiempo. La caña de azúcar, por el contrario, además de no empobrecer la tierra, impide que el agua de la lluvia la arrastre. Por lo tanto, si en lugar de estar sembrando tabaco todos los años, alternásemos esos cultivos con los de caña de azúcar, tendríamos siempre la misma profundidad de tierra vegetal, que al propio tiempo sería más rica.

Debemos agregar que los puntos de vista de ese colono fueron los mismos que nos hicieron conocer los técnicos a quienes consultamos sobre el particular.

El problema, por lo tanto, tenía su importancia, y bien valdría la pena que se pensase un poco en él, especialmente por tratarse de terrenos sumamente accidentados, donde los desniveles permiten el arrastre de tierra vegetal por las fuertes lluvias del subtrópico.

Respecto de las posibilidades de la industria azucarera en Misiones, y las gestiones que allí se realizaban para reimplantarla, el lector puede encontrar mayores detalles en las páginas 112 y 113 de esta obra.

Después de recorrer otras propiedades rurales de Bonpland, cambiando impresiones con colonos, continuamos viajando por la Ruta Complementaria B., hasta la localidad de Bella Vista, a su vez centro de una importante colonia, cuya producción era

muy similar a la de la anterior. El nombre de la población respondía justamente al paisaje que la rodeaba, integrado por pequeñas cadenas de cerros con la más sorprendente cantidad de tonalidades, casi todas ellas basadas en el color verde de la vegetación exuberante, que hacía resaltar, por contraste, la tierra colorada de los caminos.

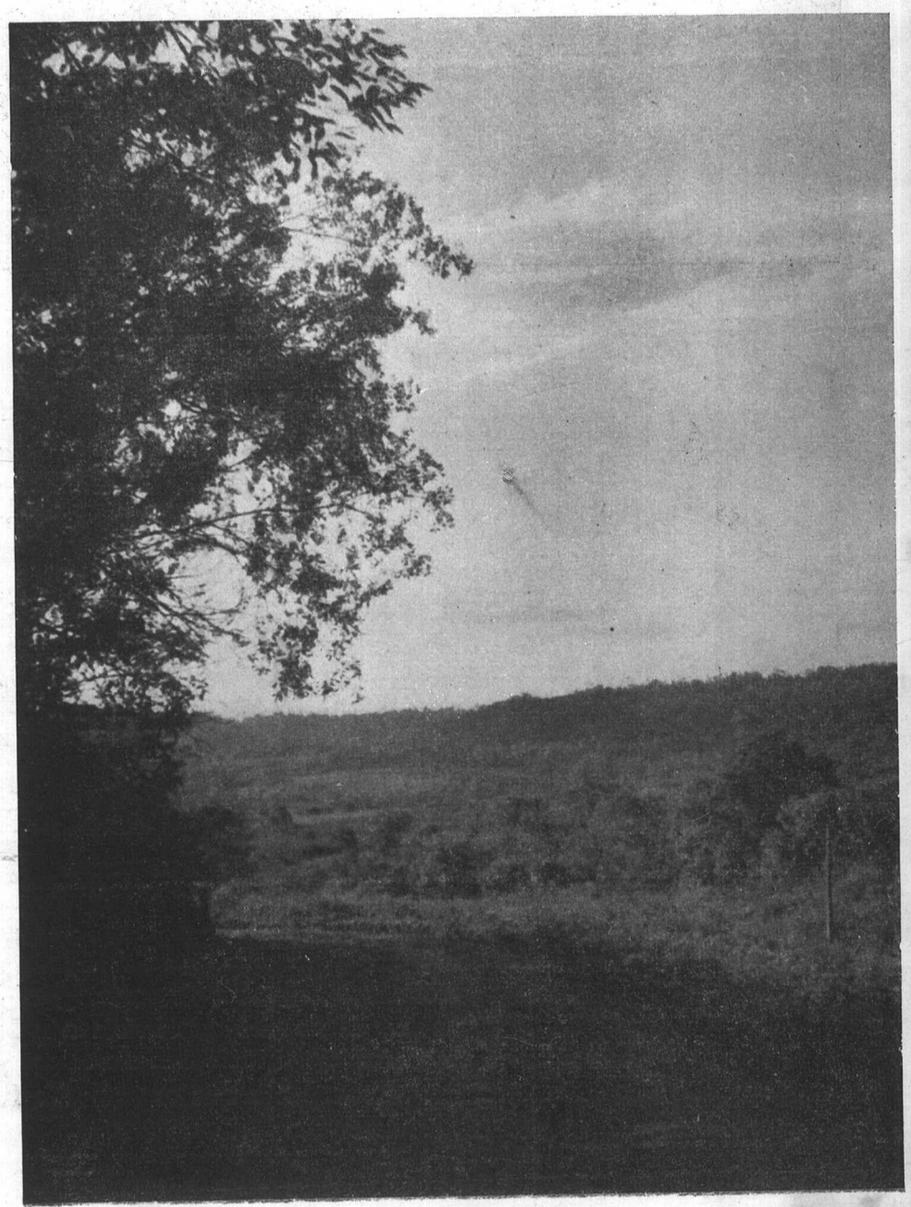
Las condiciones de vida y confort de los colonos de esa parte de la Sierra del Imán, podían ser colocadas en una escala intermedia, con relación a los correspondientes a los agricultores de Eldorado y Oberá. Evidentemente, ellos no se habían enriquecido tanto como los de la costa del Alto Paraná, y sus viviendas, aunque eran confortables, resultaban modestas comparadas con aquéllas. En cambio, vivían mejor, y más conservadoramente que los colonos de Oberá. Pensaban menos en especular, y como estaban afincados en tierras propias, que cultivaban en la totalidad de su extensión, eran poco inclinados a nuevas aventuras.

En las proximidades de Bella Vista se encontraba el pueblo de Cerro Corá, y en sus alrededores la colonia del mismo nombre, una de las más antiguas de esa región.

Cerro Corá había sido fundada en el año 1894, cuando ya se encontraban radicados en esos lugares numerosas familias de procedencia europea.

La fertilidad de las tierras de la colonia había llamado la atención de los hombres de ciencia que llegaron hasta ellas, y el pueblo estaba rodeado por un conjunto de pintorescos cerros, entre ellos el que le daba nombre al pueblo, el Cerro Pelado, Cerro Santa Ana y otros muchos.

Al llegar a Bella Vista, el camino serpenteaba caprichosamente, y en cada una de sus vueltas mostraba un hermoso paisaje.



Dichos cerros, al extenderse y ligarse entre sí, abrigaban a la colonia de los vientos del sur y del este, facilitando el cultivo del tabaco, la caña de azúcar, la yerba mate, el maíz, la mandioca, las hortalizas y otros productos que constituían su riqueza básica.

Los colonos que nosotros encontramos allí, descendientes en su gran mayoría de los primeros pobladores, eran argentinos nativos, y sólo en contadas ocasiones habían ido a conocer el país de origen de sus mayores.

Cerro Corá estaba situada en las estribaciones noroeste de la Sierra del Imán, y desde allí, continuando por la Ruta Complementaria B, que iba a encontrarse con la Ruta 14, podía llegarse en una hora hasta Candelaria, del cual ya hemos dicho anteriormente que sirvió de sede al gobierno de los jesuítas, y que era el puerto más antiguo de Misiones, entre los situados sobre el Paraná.

El tramo de la Ruta Complementaria B, a que acabamos de referirnos, estaba al margen de nuestro itinerario, en virtud del cual teníamos

Los bananeros estaban cargados de frutos, que los colonos se disponían a cortar para enviarlos a los centros consumidores.

que regresar de Cerro Corá a Bella Vista, para tomar la Ruta Complementaria A., que llegaba a la población de Olegario V. Andrade, situada en el propio centro de la Sierra del Imán.

Olegario V. Andrade era una colonia más nueva que la de Cerro Corá, y, en cierto modo, había surgido como consecuencia de la ampliación de aquélla, decretada en el año 1924. No obstante, estaba muy adelantada, y contaba con una cooperativa integrada por doscientos dieciséis colonos, que se dedicaban a los cultivos más diversos, y que en su casi totalidad eran dueños de la tierra que trabajaban.

El capital de esa Cooperativa era limitado, ya que no llegaba a quince mil pesos, realizados en su gran mayoría, pero la producción alcanzaba cifras mayores, una vez realizada. En el año 1949, por ejemplo, la Cooperativa de Olegario V. Andrade había vendido ciento quince mil pesos de yerba mate canchada, veinte mil pesos de tung, y casi cuarenta mil de productos diversos, entre los cuales se encontraban las frutas cítricas, la miel, la cera, las aves, etc.

Los colonos de ese lugar, en su mayoría descendientes de alemanes, suecos y finlandeses, ya nativos de nuestro territorio, estaban bastante apegados a las costumbres de sus mayores, en cuyo idioma acostumbraban a hablar casi diariamente.

Habiéndonos detenido en casa de un colono de Olegario V. Andrade, que por su aspecto parecía centroeuropeo o nórdico, y que hablaba con marcado acento extranjero, le preguntamos de qué nacionalidad eran sus dos pequeños hijos, que estaban jugando cerca de nosotros.

El hombre nos respondió que había nacido en esa colonia. Luego agregó que él era natural de Cerro Corá, la colonia vecina, y, quizás advirtiendo que lo mirábamos en forma un tanto rara, dijo que era hijo de finlandeses.

—Ustedes no pueden comprender —comentó, como tratando de disculparse por su pronunciado acento extranjero— por qué los argentinos hijos de finlandeses, alemanes, suecos, o de cualquiera otra nacionalidad, que nacimos en las colonias de Misiones, hablamos con mayor facilidad el idioma de nuestros padres que el nuestro. Ustedes ven las cosas ahora, cuando el gobierno del general Perón argentiniza firmemente todas las manifestaciones de la vida misionera. Ahora los chicos que van a la escuela tienen maestros argentinos, que les enseñan en nuestro idioma, y que, preferentemente, les hacen conocer las cosas nuestras. Pero antes no ocurría lo mismo. Y no les hablo de hace tanto tiempo. Diez o quince años atrás había en Misiones muchas escuelas privadas, donde se enseñaba en idioma extranjero. Nuestros padres, y esto puede entenderse fácilmente, querían que nosotros, sus hijos ya argentinos, conociésemos las cosas de sus países y hablásemos el mismo idioma. Por lo tanto, en los hogares de los colonos se hablaba el idioma de ellos, y tanto los colonos de una misma nacionalidad, como sus hijos, lo hablaban también entre ellos. Agréguese a esto que en la escuela se enseñaba en el mismo idioma, y podrá explicarse fácilmente por qué muchos argentinos nativos, como ocurre en mi caso, tenemos esta marcada pronunciación extranjera.

Otro colono, también criollo, pero descendiente de alemanes, nos habló del abandono en que había sido mantenido todo lo relativo a nuestra nacionalidad en aquellos lugares.

—Ahora —dijo—, uno sabe que tiene autoridades que se preocupan por la defensa de las cosas argentinas, pero antes no

En aquel lugar se repetía el espectáculo de los trabajadores cargando los enormes bultos que contenían yerba mate recién cortada.

En aquellos lugares donde aún no se había iniciado la cosecha, las plantaciones mostraban toda la magnificencia de su verdor.

ocurría lo mismo. Las autoridades pensaban no se sabe en qué, pero puedo asegurarles que se preocupaban muy poco cuando se trataba de elevar y dignificar el sentimiento de la nacionalidad. Ustedes podrán ver muchos y muy buenos edificios escolares construídos por el gobierno del general Perón en la Sierra del Imán, y en otros lugares. Van a encontrar también muy buenos edificios destinados a las comisarías. Pues bien; antiguamente, cuando queríamos una escuela, teníamos que pagarla privadamente, ladrillo por ladrillo. ¿Y qué ocurría después? Cuando habíamos terminado la escuela, el gobierno ni siquiera nos mandaba un maestro. Con las comisarías ocurría lo propio. Las construíamos con nuestros medios, para que después nos pusieran presos.

Hablando, así, con uno y otro de esos colonos, que hablaban muchas veces con marcado acento extranjero, pero que eran argentinos y que tenían verdadero amor por la tierra nativa, terminamos de recorrer la colonia Olegario V. Andrade, y continuamos viajando por la Ruta Complementaria A., en busca de la población y colonia de Cerro Azul, situada, como la anterior, en la región central de la Sierra del Imán.

La primera persona con quien tuvimos ocasión de conversar en Cerro Azul fué un maestro puntano, que estaba radicado en Misiones desde mucho antes y que desempeñaba el cargo de director en una de las escuelas del pueblo.

—Ahora tenemos escuelas —nos dijo el viejo maestro, señalando el magnífico edificio escolar, casi terminado, que estaba sobre una loma, en las afueras del pueblo. Y luego agregó—: Si ustedes hubiesen visto hace diez años, cuando todas las escuelas eran de madera y estaban semidestruídas, comprenderían la importancia que tiene el plan de construcciones escolares que el gobierno del general Perón desarrolla en este territorio.

Le respondimos que, efectivamente, habíamos visto esas construcciones a través de todos los caminos misioneros, y que la valorizábamos como correspondía, pero el hombre insistió en que sólo ellos, los maestros, podían comprender el alcance de tan patriótica obra.

—Aquí llueve mucho —continuó el maestro—, y las viejas escuelas de madera estaban en tan malas condiciones, que casi nos era imposible dar clase, porque las aulas eran mojadas por el agua, que caía torrencialmente. Había goteras en los techos, ventanas sin vidrios y hasta puertas carcomidas por la acción del tiempo. Escaseaban

los muebles, y los útiles escolares aún más. Y no crea que hay la menor exageración en esto. No, nada de eso. Hablen con los maestros de Misiones, que felizmente son maestros por vocación, y todos ellos han de decirles lo mismo. Gracias a Dios, los tiempos han cambiado, y ahora, además de edificios con los que ni siquiera habíamos soñado, tenemos muebles y útiles escolares en abundancia.

Después de visitar el edificio escolar, que estaba en un extremo del pueblo, nos dirigimos a la Comisión de Fomento. Pero como ya habían pasado las horas de oficina, lo encontramos cerrado, aceptando de buen grado el ofrecimiento de un vecino, quien, conocedor de la colonia, se puso a nuestras órdenes para recorrerla.

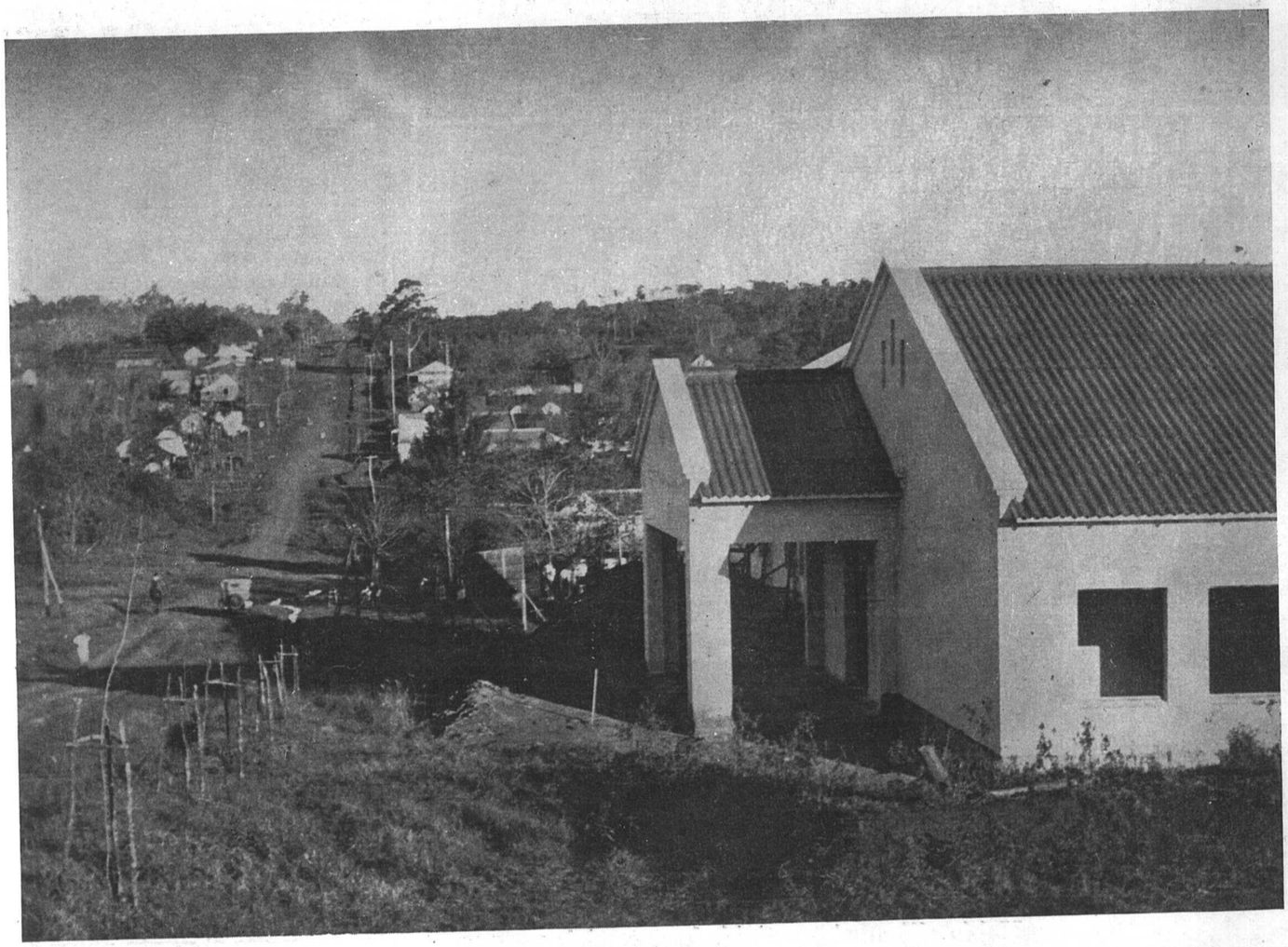
La colonia Cerro Azul había tenido hasta poco antes una Cooperativa, que entonces se encontraba en liquidación, presumiblemente, ya que no logramos obtener informes concretos, porque los integrantes de ella se habían sumado a diversas cooperativas vecinas.

La colonia había sido fundada en el año 1930, y el pueblo en 1933, siendo sus primitivos pobladores de origen alemán, en muchos casos nativos del Brasil.

La principal producción consistía en yerba mate, tabaco y maíz, pero también había allí cultivos de mandioca, caña de azúcar, porotos, papas, hortalizas en general y plantaciones de árboles frutales.

El tung no había llamado la atención de los colonos, cuyas propiedades eran de veinticinco hectáreas, término medio, di-

En la entrada de Cerro Azul encontramos uno de los muchos edificios escolares que el gobierno estaba construyendo en Misiones.



A lo largo de los senderos abiertos entre las plantaciones de tabaco, los cosechadores llevaban el producto a su destino.

mensiones más adecuadas para las explotaciones de tipo granjero, por las cuales parecían tener especial predilección.

Como debe comprenderse, dada la limitada extensión de cada chacra, la propiedad estaba muy subdividida y la casi totalidad de los colonos trabajaba en tierras propias, sobre las que rara vez pesaban hipotecas.

El porciento de asalariados, en relación con el de propietarios, era mucho menor en la colonia que en el pueblo, donde, no obstante, nadie recordaba que se hubiesen producido conflictos gremiales.

Desde Cerro Azul nos dirigimos hacia Leandro N. Alem, viajando por la Ruta 14, de oeste a este.

Era aquélla, posiblemente, la más importante población de la Sierra del Imán, pues contaba con más de dos mil quinientos habitantes, cantidad ésta que se aproximaba a diez mil, al sumarle los habitantes de la colonia.

Aunque la principal producción de esa zona consistía en yerba mate y tabaco, el cultivo del algodón rendía en muy buena forma, pudiendo decirse lo propio de la mandioca, el maíz, la caña de azúcar y las hortalizas.

La colonia tenía un cuarto de siglo de existencia, y entre sus habitantes había alemanes, austríacos, españoles, italianos, brasileños y argentinos, la mayor parte de éstos descendientes en primera generación de familias europeas.

En Leandro N. Alem encontramos uno de los modernos edificios construídos por el gobierno territorial con destino a comisarías, así como otras obras que contribuían grandemente al embellecimiento de la población

Había allí mucha actividad comercial, porque Leandro Alem era el punto obligado para las comunicaciones de los puertos situados en el sur del Alto Uruguay, con los

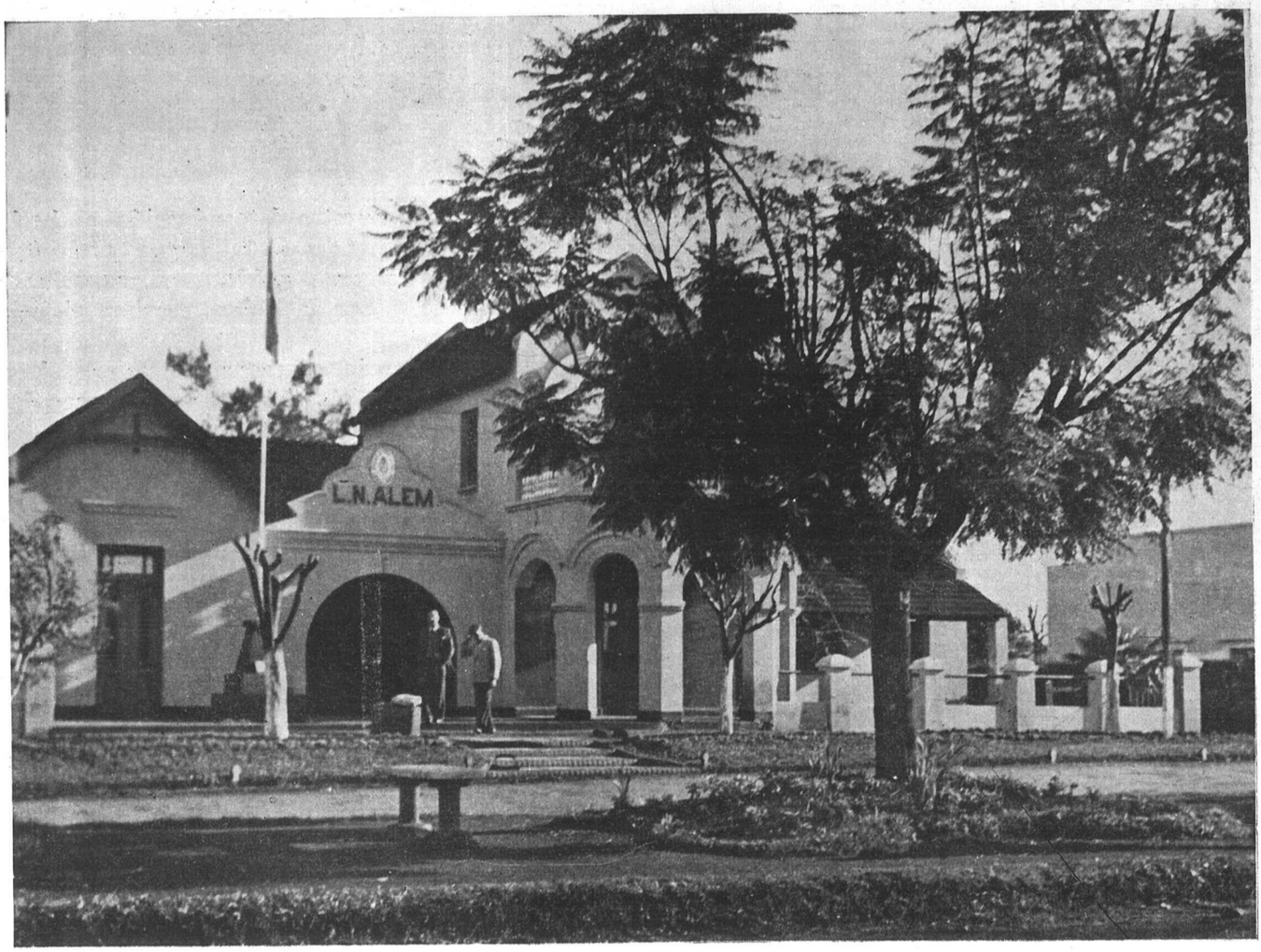
de la Sierra del Imán. Su principal Ruta era la 14, pero también llegaban hasta los límites del poblado varias importantes picadas, entre ellas la Picada Sueca, la Picada Libertad y la Picada López, que, a su vez, tenía comunicación con la Picada San Javier.

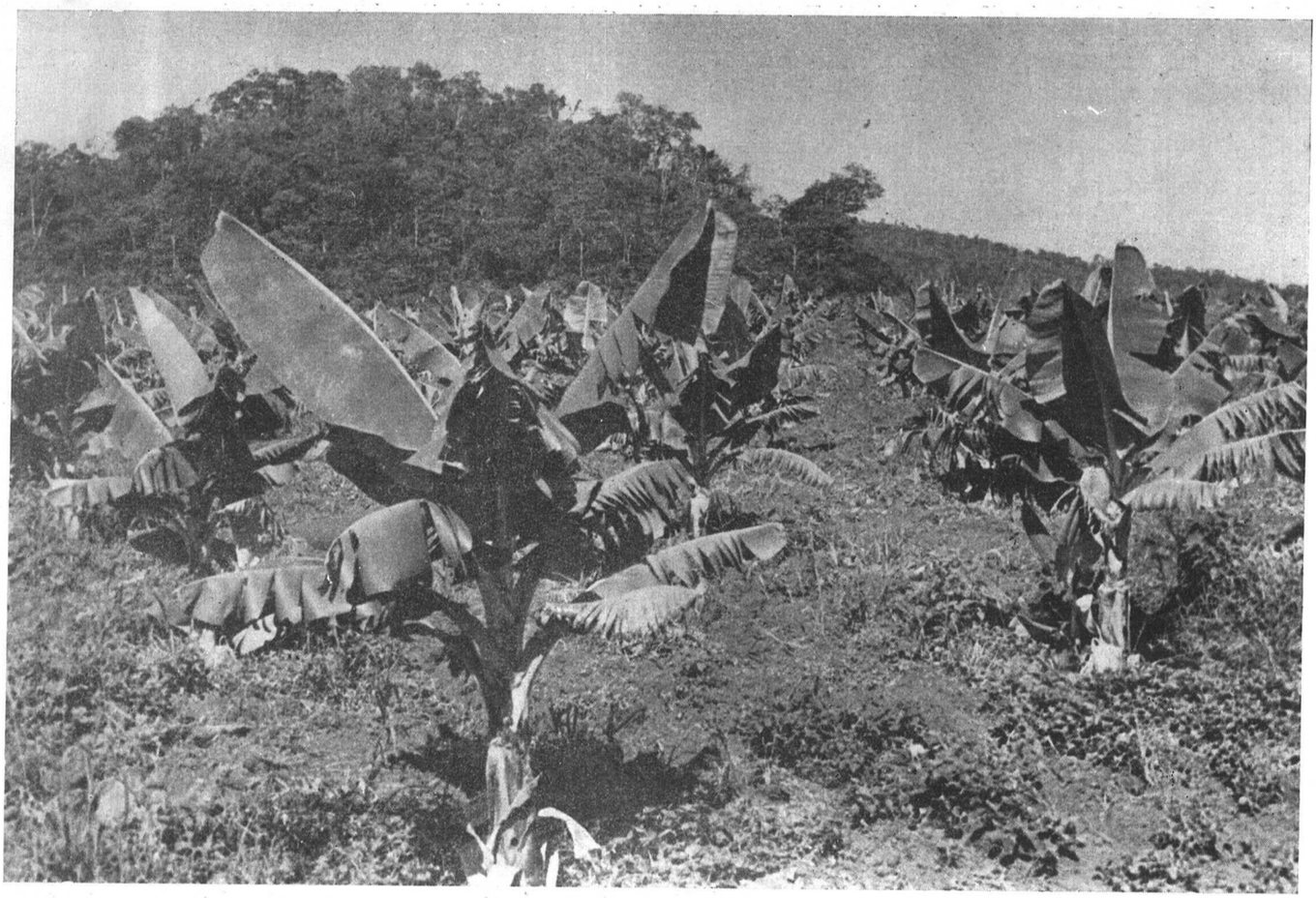
Aunque los colonos de Alejandro N. Alem no habían constituído una Cooperativa con el nombre de esa colonia, todos ellos estaban organizados por tal sistema y la población servía de sede a las centrales de varias cooperativas vecinas, una de las cuales era, como ya dijimos antes, la perteneciente a los agricultores de la Picada Libertad.

Como característica predominante entre los habitantes de esa colonia, podría citarse su inclinación hacia las actividades comerciales e industriales. De la primera daba clara idea la potencialidad adquirida por muchas empresas del lugar. En cuanto a la segunda, sólo había podido traducirse en la instalación de gran número de pequeños talleres y establecimientos para la elaboración de materia prima local.

Como el punto terminal de esa etapa del viaje estaba representado por el puerto de San Javier, en el Alto Uruguay, habríamos podido dirigirnos a él, casi en línea recta, siguiendo la Ruta 106. Empero, ocurrió allí lo que ya ocurriera antes, al empezar a recorrer la Sierra del Imán. Es decir, que en lugar de seguir por las rutas nacionales, preferimos internarnos por las picadas y maestrillas, ya para estar más cerca de aquella exuberante naturaleza, ya para conocer íntimamente a las familias que trabajaban alejadas de los centros poblados. También

He aquí el edificio de la comisaría de Leandro N. Alem, similar a los que se construían en diversos pueblos de Misiones.





También en la colonia Leandro N. Alem había grandes plantaciones de frutales, que producían frutos de calidad inmejorable.

influyó en nuestra determinación el hecho de que, viajando en tal forma, podríamos pasar por algunas poblaciones pequeñas y típicas que, como Dos Arroyos, Guaraní, Ameghino y Los Helechos, estaban alejadas de las rutas oficiales.

Salimos de Leandro N. Alem por la Ruta 106, con la esperanza de que el buen tiempo que tanto facilitaba nuestro viaje se prolongase algunos días más, y poco después penetramos a una ondulante picada que nos condujo hasta la población de Dos Arroyos, en esos momentos poco menos que desierta, porque las gentes estaban en el campo y las actividades comerciales eran insignificantes.

Lo primero que llamaba la atención, cuando uno penetraba en las picadas y maestrillas, procedente de las rutas nacionales, era la curiosidad con que los trabajadores rurales miraban a los viajeros. Parecía que los interrogasen respecto de qué iban a hacer en aquellos lugares, pero la actitud de todos era correcta. Si el viajero pasaba queriendo ignorarlos, ellos hacían lo propio; si el viajero saludaba, contestaban al saludo moviendo levemente una mano.

El mundo de esas gentes parecía reducirse al perímetro de la colonia que integraban. No eran muy afectos a viajar, pero les interesaba cuanto ocurriera lejos de esos lugares, o cuanto había ocurrido antes en alguna parte. Esto podía deducirse de la forma en que gustaban de la lectura, pues casi no encontramos familias de colonos, especialmente si descendían de alemanes, finlandeses, suecos o suizos, que no tuviesen libros en sus domicilios.

Eran también muy aficionados a la música, y muchos tenían pequeñas instalaciones eléctricas, para el funcionamiento de sus aparatos de radio.

Las pocas personas que encontrábamos en el camino no parecían preocuparse gran

cosa de la vestimenta. Andaban casi siempre con grandes sombreros, en mangas de camisa y con zapatillas. A las criaturas, aun tratándose de hijos de colonos en cómoda situación económica, se les veía frecuentemente descalzas.

Según las informaciones que recogimos en diversos lugares, la delincuencia casi ni existía en esa parte de la Sierra del Imán. Nadie recordaba que se hubiese cometido allí un homicidio, y si eventualmente se registraba algún robo, el autor era una persona que había estado allí de paso.

Desde que salimos de Dos Arroyos porla Picada López, hasta que llegamos a una maestrilla que había de conducirnos hasta la Picada Yapeyú, encontramos pocas personas y menos vehículos. No obstante, la evidencia de que en esos lugares moraban muchas familias, nos la dió el hecho de haber encontrado gran cantidad de niños, hijos de colonos, que se habían congregado para recibir clases de un suboficial de la Gendarmería Nacional.

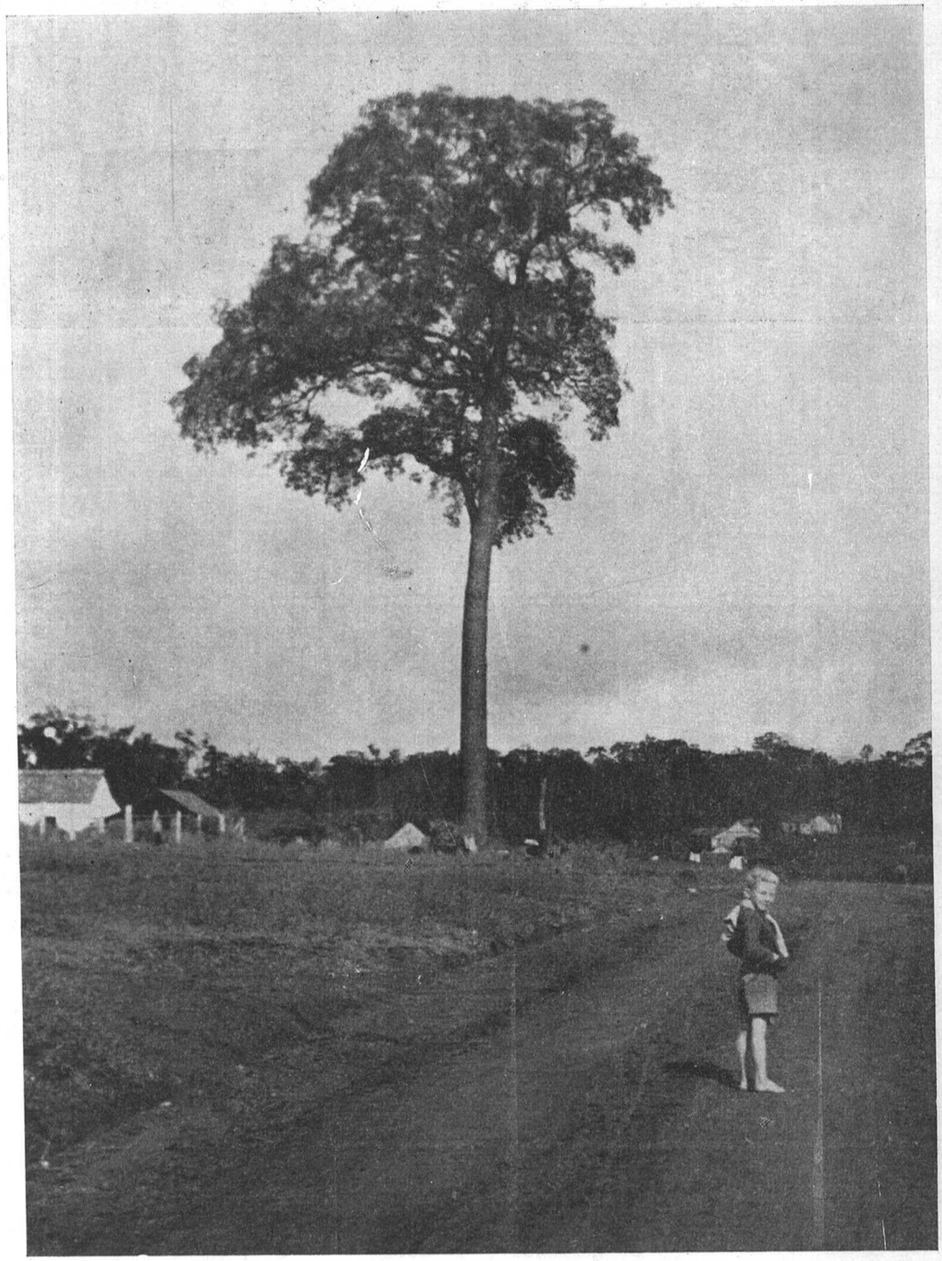
Viajamos cinco o seis kilómetros por la Picada Yapeyú, y nuevamente nos encontramos con una maestrilla, que resultaba indispensable seguir para llegar a la Picada Rivadavia, a uno de cuyos costados se encontraba la pequeña población de Guaraní, centro de una nueva y floreciente colonia, con grandes plantaciones de yerba mate, tabaco, mandioca y maní.

Al salir de ese pueblo penetramos a otra picada que en algunos lugares tenía una vegetación tan enmarañada, que al entrelazarse las enredaderas por sobre las copas de los árboles, le formaban verdaderos techos.

Era una de las más hermosas y bien trazadas picadas que encontramos en ese lugar, pero su nombre no figuraba en los mapas, ni era conocido por las personas que entonces nos acompañaban.

Al término de aquella picada encontramos otra, que llevaba el nombre del sabio Florentino Ameghino, y que era tan amplia y sólida como cualquiera de las rutas del territorio. Allí estaba otra pequeña población, llamada también Ameghino, desde la cual, siguiendo un sinfín de maestrillas, entre las cuales creíamos estar a punto de perder todo rumbo, llegamos a la Ruta Complementaria C., junto al pequeño pueblo de Los Helechos, centro, también, de una nueva y floreciente colonia.

Niños rubios, que parecían proceder de la vieja Europa, aparecían en los caminos y se detenían a mirarnos con curiosa picardía.



La Gendarmería Nacional cumplía una patriótica obra, impartiendo la enseñanza primaria en los lugares apartados del territorio.

A partir de entonces viajamos por la Ruta Complementaria C., hasta llegar al obraje y puerto de Panambí, situado sobre el Alto Uruguay, aproximadamente sesenta kilómetros al sur de Alba Posse.

Hemos dicho ya, al referirnos al recorrido que hiciéramos por la Ruta 14, que al llegar a Campo Grande nos habíamos apartado de aquélla para dirigirnos al pueblo y colonia de Alba Posse, sin duda alguna el más importante del Alto Uruguay, entre los levantados sobre terrenos de propiedad particular.

Así como El Paraíso, El Soberbio y Londero pueden considerarse comprendidos en la zona norte del Alto Uruguay, Alba Posse, Panambí, Rosario, San Javier y otros más pequeños, corresponde a la región sur del mismo río. Por lo tanto, quisimos referirnos a Alba Posse al describir esta parte del viaje, aunque dicho puerto no tiene comunicación terrestre con los del sur, a los que pertenece, sino a los del norte.

La colonia había sido fundada por el ingeniero Rodolfo Alba Posse, sobre una superficie de dos mil doscientas hectáreas, que se fraccionó entre colonos descendientes de alemanes e italianos. Las primeras explotaciones habían sido forestales, pero luego iniciaron el cultivo del tabaco, tanto de tipo criollo como de especies exóticas, que rindieron admirablemente.

Cuando nosotros estuvimos allí, la población que servía de eje a la colonia tenía como dos mil habitantes, contaba con servicios de alumbrado eléctrico, talleres industriales, casas comerciales de importancia y diversos centros deportivos, sociales y culturales.

Entre las pricipales industrias se contaban los secaderos para tabaco Virginia amarillo, que eran los más modernos del territorio. Entre los productos de la colonia se daba mucha importancia al maíz, el cual era principalmente utilizado para el engorde de cerdos, con vista a la industrialización de la carne y grasa de los mismos. También cultivaban en gran escala mandioca, arroz, lentejas, papas, porotos, citrus, bananas y otros. Las plantaciones de yerba mate de la región eran silvestres, y se las explotaba en forma muy limitada.

Panambí, el puerto donde entonces nos encontrábamos, era más pequeño que Alba Posse, pero se trabajaba intensamente y las perspectivas de desarrollo eran muy amplias.

Desde Panambí seguimos hasta El Rosario, puerto de características muy parecidas al anterior, y luego, siguiendo la Ruta Complementaria I llegamos a San Javier, el puerto y población de mayor importancia en aquellos lugares.

Además de uno de los lugares más pintorescos situados frente al Alto Uruguay, San Javier era un lugar histórico, pues los jesuítas habían sostenido allí una memo-

rable lucha, en defensa de sus reducciones, contra las invasiones de mamelucos.

Poco quedaba de aquellas ruinas, pero en un hermoso cerro, desde el cual se dominaba toda la población, de aproximadamente tres mil habitantes y con edificación bastante buena, había una torre que recordaba la permanencia de los jesuítas en aquellos lugares, tres siglos antes.

El pueblo de San Javier, entonces Reducción Jesuítica, había sido fundado en el año 1629, en tierras que estaban ocupadas por los aborígenes más belicosos del Alto Uruguay.

Después de las fundaciones de las doctrinas de Yapeyú y Nuestra Señora de Reyes, correspondió al P. José Ordóñez internarse hacia las selvas de San Javier, donde tomó contacto con los nativos, tratando de conquistarlos por medios amistosos. En general, los nativos huían ante la presencia del misionero, pero éste logró llegar hasta algunos caciques, a quienes obsequiaba con golosinas y chucherías, mientras les hablaba de la religión cristiana, ya valiéndose de señas, ya utilizando sus limitados conocimientos de la lengua nativa.

Cuando los caciques que habían entablado conversaciones con el P. Ordóñez se convencieron de que éste sólo aspiraba a levantar una capilla para predicar a los aborígenes y que no trataba de esclavizarlos,

Vista del Alto Uruguay, en las inmediaciones de San Javier, uno de los puertos más importantes de Misiones, sobre dicho río.

Paisaje típico de los grandes ríos de Misiones, con las típicas embarcaciones amarradas en las boscosas orillas.

no sólo le concedieron el permiso, sino que también lo ayudaron.

Ese precario comienzo de San Javier fué seguido por una evolución igualmente precaria, hasta que los nativos aceptaron la religión católica, y empezaron a reunirse en el pequeño pueblo, para trabajar orgánicamente bajo la dirección de los misioneros.

Diez años después de ser fundado, el pueblo de San Javier había adquirido tanta importancia, que los mamelucos de San Paola, secundados por los indios tupíes, resolvieron atacarla para entregarse al saqueo.

Los padres jesuítas, enterados de lo que proyectaban los infieles, se dieron a la tarea de fabricar rudimentarias armas de fuego, con las que equiparon a los guaraníes de la Reducción, en número de doscientos cincuenta, proveyendo a cuatro mil más de lanzas, arcos y flechas, armas que estaban acostumbrados a manejar todos los nativos.

A principios del año 1641, los jesuítas de San Javier fueron atacados por cuatrocientos cincuenta portugueses y dos mil setecientos indios tupíes, que cruzaron las

aguas del Alto Uruguay en trescientas canoas. Las milicias jesuíticas, integradas principalmente por indios guaraníes, lejos de asustarse ante la fuerza de los invasores, les resistieron heroicamente durante toda la mañana, posesionados del cerro donde muchos años más tarde se levantaría la torre recordatoria de ese encuentro.

Diezmados una y otra vez, los paulistas insistieron durante varios días en tomar el pueblo, hasta que los guaraníes, cargando abiertamente sobre ellos, los obligaron a buscar refugio en la selva, y después a lanzarse a las aguas del Alto Uruguay, tratando de alcanzar la costa opuesta a nado.

Desgraciadamente, la Reducción que con tanto heroísmo había resistido a los paulistas, cuando estaban al frente de ella los jesuítas, no pudo hacer lo mismo después de que los misioneros fueron expulsados de América por el gobierno de España. Entonces, faltos de la dirección de quienes los convirtieran a la fe cristiana, desorientados, perseguidos muchas veces por las autoridades civiles que querían volver a esclavizarlos, los indios se sintieron indefensos y los portugueses destruyeron el pueblo, del cual encontramos solamente algunas piedras sueltas, en las inmediaciones de la nueva población, que había empezado a formarse en las postrimerías del siglo pasado.

Todo lo que había en San Javier, por lo tanto, era nuevo, y aún las construcciones más antiguas databan de sesenta a setenta años.

La edificación no era compacta, ni siquiera en el centro del pueblo, pero se notaba mucho movimiento comercial, posiblemente porque se trataba del puerto misionero más importante del Alto Urugay.

Paisaje típico del sur de Misiones, donde la tierra se encontraba cultivada en su mayor extensión, y muy subdividida.

Aunque los fardos de yerba mate que cargaban los obreros parecían muy pesados, dado su tamaño, eran bastante livianos.

En los alrededores del pueblo de San Javier se encontraba la colonia del mismo nombre, con terrenos boscosos y muy accidentados, pero de tierras fértiles y aptas para los más diversos cultivos, entre ellos la yerba mate, el maíz, la mandioca y las plantaciones de árboles frutales, especialmente limones y naranjas.

La costa del Alto Uuruguay era muy rica en maderas preciosas, en todo lo que abarcaba la colonia, y en las inmediaciones del puerto podían disfrutarse hermosos panoramas.

Aunque la temperatura era un tanto elevada durante las horas del día, en los meses de verano, tan pronto como anochecía se notaba un marcado cambio en la misma, y por las noches el clima era agradable.

La municipalidad de San Javier figuraba entre las siete más importantes del territorio de Misiones. La población tenía buen alumbrado eléctrico y contaba con diversos clubes sociales y recreativos.

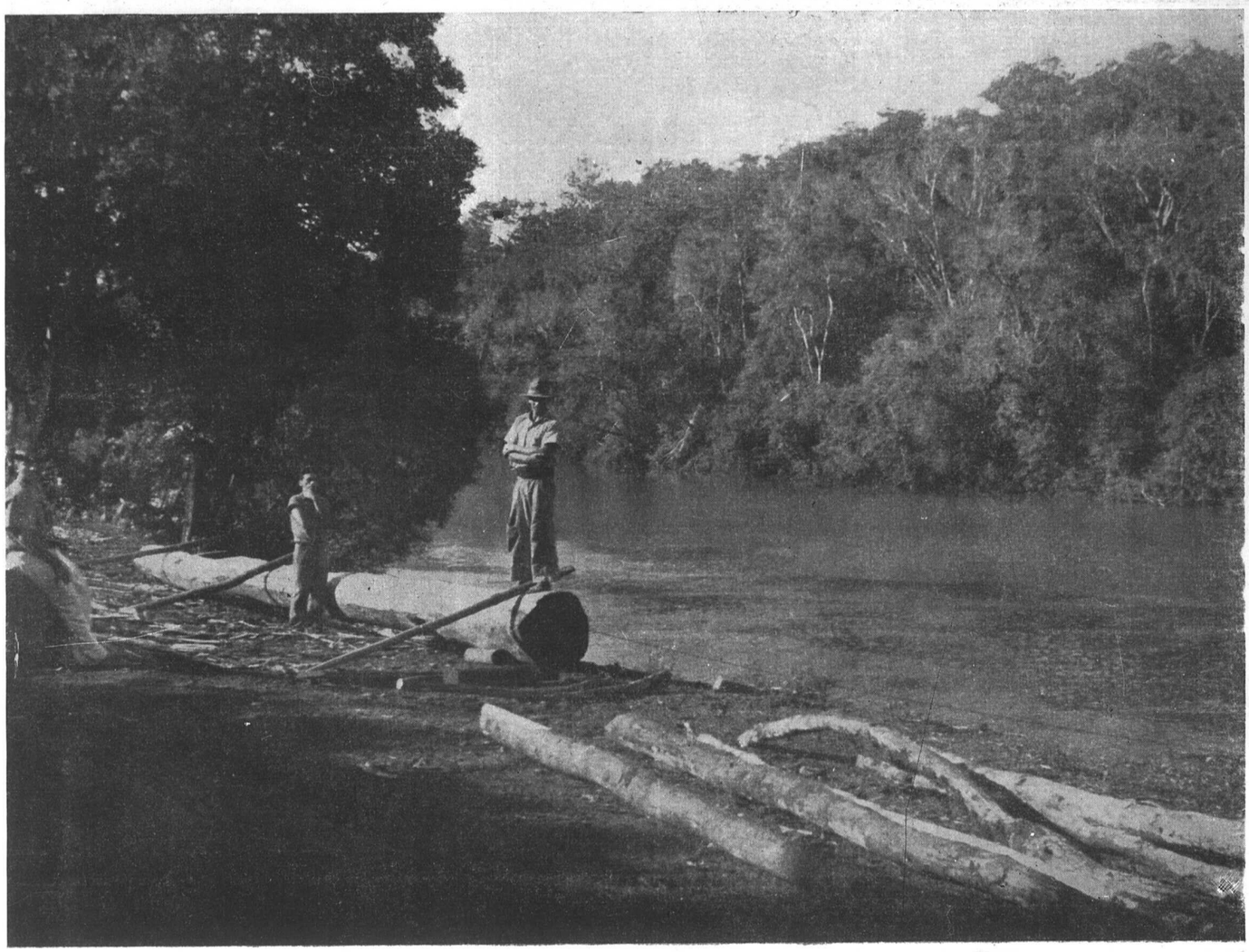
El jefe del destacamento de la Genda mería Nacional, con quien conversamos sobre lo que en Buenos Aires ha sido llamado muchas veces "el contrabando misionero", nos manifestó que en San Javier, como en toda población fronteriza, suele haber personas interesadas en pasar de una orilla a la otra ciertas pequeñas cantidades de productos, que en un país abundan y en el otro escasean, pero nos aseguró que quienes hablan desde lejos de lo que ocurre en Misiones, suelen estar más cerca de la novela que de la realidad, ya que la vida en esas regiones era tan normal como en cualquier otra parte del país.

EL SUD DE MISIONES

UNA vez que salimos de San Javier para continuar viajando por la Ruta 106, primero, y luego por la Ruta 110, en dirección al pueblo de Concepción de la Sierra, sólo nos faltaba conocer el sud de Misiones, zona de campos donde también había importantes y prósperas colonias. Dejábamos ya a nuestras espaldas los típicos obrajes del Alto Uruguay, con sus hacheros, sus grandes jangadas, sus picadas, piques y "maestrillas" abiertos en plena selva, y su vegetación lujuriante. Todo aquello que nos deslumbrara durante semanas y semanas de viaje, iba a incorporarse al mundo del recuerdo, hasta no ser sino otra etapa cumplida en la trayectoria de una existencia andariega.

Pensando en todo aquello salimos de la región selvosa y penetramos a la Ruta 110, donde en lugar de bosques compactos había pintorescos "capones", es decir pequeños bosques aislados en medio de una lla-

Junto a los arroyos que desembocaban en el Alto Uruguay, en el sur de Misiones, estaban las terminales de muchos obrajes.



Puerto San Isidro estaba situado sobre una alta barranca, frente al Alto Uruguay, y ofrecía pintorescos paisajes.

nura que jamás llegaba a ser completamente tal, porque el terreno era siempre ondulante.

Poco después de haber penetrado en la Ruta 110 encontramos la pequeña población de Itacaruaré, en cuyas inmediaciones corría el arroyo del mismo nombre, ancha y turbulenta corriente de agua, que pocos meses antes había hecho saltar en pedazos un puente que tenía como cien metros de largo.

Vialidad Nacional estaba construyendo en esos momentos un puente nuevo, que por ser de cemento, y no de madera, como el anterior, quizá tuviese más suerte.

Itacaruaré, que había sido fundado a comienzos del presente siglo, pertenecía al departamento de San Javier, pero su producción era ya distinta a la que encontrásemos en las tierras inmediatas a aquel puerto. Allí había grandes plantaciones de yerba mate y frutas cítricas, además de tabaco y mandioca. No obstante, lo que empezaba a darle el sello característico correspondiente al sud de Misiones, eran sus campos de pastoreo, índice indudable de que penetrábamos ya en las zonas ganaderas.

Habiendo encontrado ganado vacuno a lado y lado del campo, nos detuvimos en casa de unos colonos para preguntarle dónde estaban los tambos.

—Aquí no hay tambos —nos respondieron—. Los pastos son un poco duros y la producción de leche que obtenemos sirve para la elaboración de queso y manteca, así como para el consumo nuestro.

Nos dijeron, también, que la manteca y el queso producido en esos lugares no llegaba a Posadas porque era adquirido por las familias del lugar, y agregaron que "más adelante, en los campos de bien al sud", íbamos a encontrar algunos tambos, aunque no de mucha importancia.

Respecto de la producción de frutas cítricas, a cuya explotación parecían prestar poca atención los colonos, se nos dijo que aunque era de buena calidad, no podía competir con la obtenida en las inmediaciones de la colonia San José.

Las manifestaciones eran muy distintas al tratarse del tabaco, pues sostenían que en esos lugares se producía el mejor de Misiones, especialmente del tipo criollo, que era el preferido de los agricultores.

Sobre la yerba mate se hacían pocos comentarios, porque las cosechas estaban fijadas por cupos, y sólo se efectuaban replantaciones para reponer las unidades que se secaban.

Los yerbales no estaban precisamente a lado y lado del camino, sino en el interior, Los había muy buenos, por ejemplo, en el interior de la Picada Santa María, que encontramos al aproximarnos a la colonia de este nombre, junto a la Ruta 110, y que se prolongaba hasta el curso medio del arroyo Itacaruaré.

La colonia Santa María, que estaba a continuación de la de Itacaruaré, era gran productora de yerba y tabaco, especialmente de este último, a cuyo acopio se procedía en los grandes establecimientos de la firma Picardo y Cía.

Para llegar hasta las ruinas de esa Reducción salimos de la Ruta 110, en las inmediaciones del pueblo de Santa María, y penetramos unos quinientos metros por un angosto e irregular camino, que terminaba en la entrada de la escuela nacional Nº 30.

La escuela estaba en el centro de un gran patio, el cual, a su vez, era rodeado por la selva, bastante espesa en esos lugares. Las ruinas jesuíticas estaban a cien metros del edificio escolar, y de ellas sólo podían verse algunos muros semidestruídos, y varios pilares de piedra.

En aquel lugar había funcionado una de las primeras imprentas del Virreinato del Río de la Plata, y era lamentable que un abandono de siglos hubiese dejado en tales condiciones las monumentales construcciones de piedra levantadas por los jesuítas.

El director de la Escuela Nacional Nº 30, que salió a recibirnos, nos manifestó que a poca distancia de allí había otras ruinas, sobre el Cerro de los Mártires, pero que sólo podríamos llegar hasta ese lugar a caballo.

Después de visitar las ruinas de Santa María, de muy difícil reconstrucción, desgraciadamente, fuimos a visitar la escuela, que era de madera y que reclamaba algunas reparaciones.

El director manifestó que pocas semanas antes habían estado allí algunos empleados superiores del Ministerio de Instrucción Pública, y que esperaba de un momento a otro la reparación del edificio.

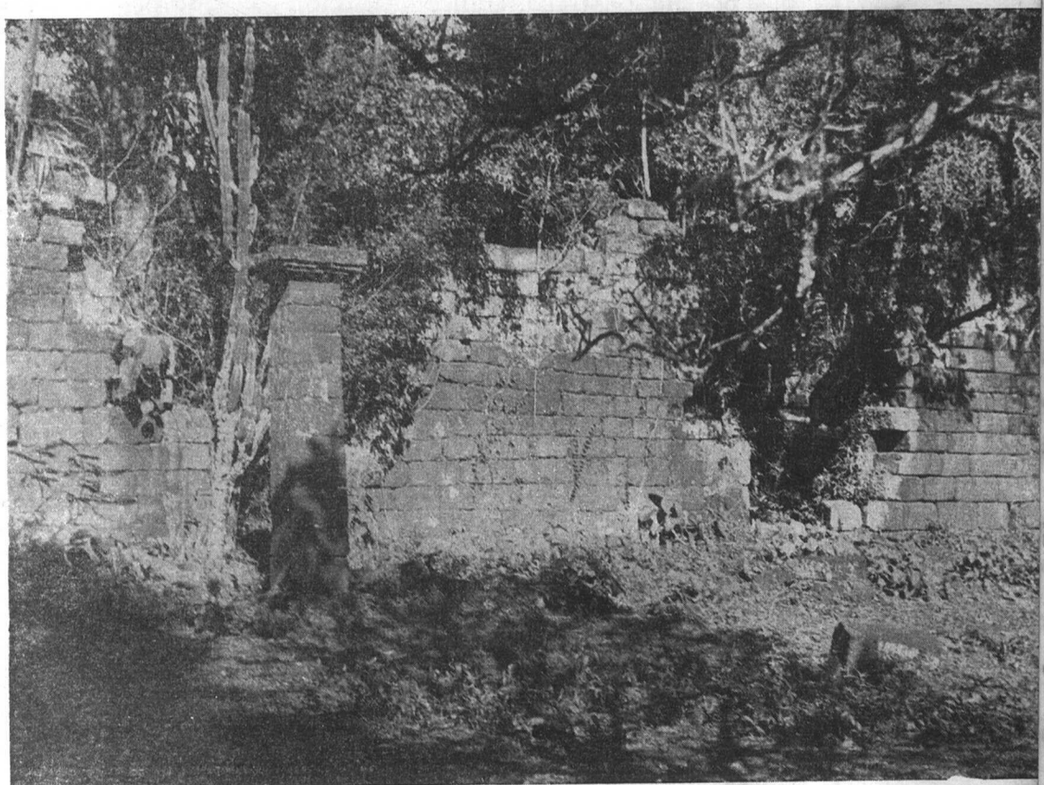
—Como había que construir tantos edificios en Misiones —nos dijo—, fué necesario dar preferencia a las zonas más necesitadas de ellas. Santa María no quedó comprendida en esa primera etapa del plan de construcciones escolares para este territorio, y será necesario esperar a que inicien la segunda etapa.

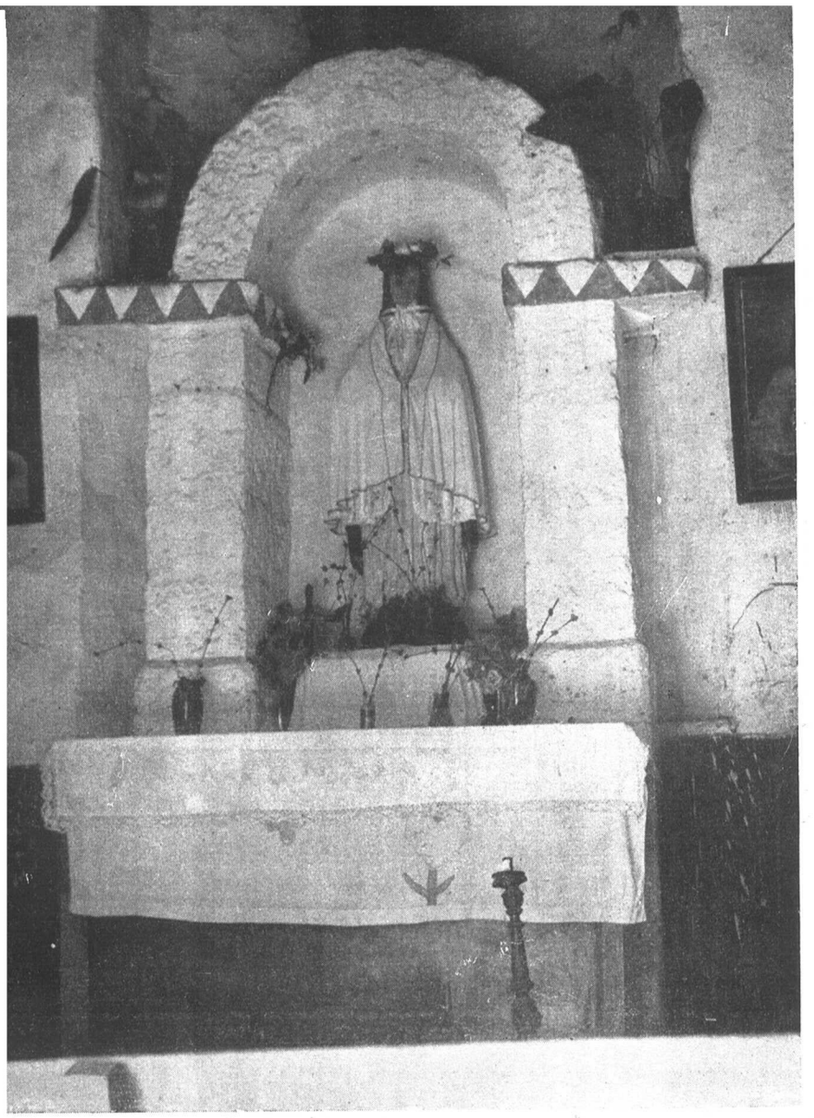
El edificio estaba bien pintado y cuidadosamente arreglado, tenía un pequeño campo de deportes y un jardín que cuidaban los propios alumnos.

Continuando con la conversación que había iniciado, el director agregó que la población escolar estaba muy diseminada en aquellos lugares, y que los alumnos tenían que caminar muchas cuadras para llegar a la escuela.

—A pesar de eso —continuó—, la asistencia a clase es bastante normal, y jamás escuché quejas de los alumnos. Claro está que desearíamos tener un edificio nuevo, de los que ahora están construyendo, pero soy el primero en comprender que el país es muy grande, que se habían descuidado muchas cosas en él, y que el general Perón no puede hacer todas las cosas al mismo tiempo. Nosotros, los maestros y yo, tenemos que cumplir con nuestro deber de educadores argentinos y lo cumplimos aquí, con todo

Aspecto parcial de las ruinas de Santa María, donde funcionó una de las primeras imprentas de los jesuítas, en Misiones.





La Virgencita de Santa María se encontraba en una modesta capilla reconstruída, en las inmediaciones de una escuela.

entusiasmo, como si ésta fuese la escuela más hermosa del mundo.

Cuando nos retirábamos del edificio escolar, encontramos una pequeña capilla, que había sido destruída y reconstruída varias veces, durante el siglo pasado, sin que desapareciera de allí una imagen de la Virgen María, tallada en madera de Urunday.

Los oficios religiosos no eran frecuentes en la capilla, pero "La Virgencita de Santa María", como la llamaban los lugareños, tenía muchos devotos, que diariamente depositaban flores en el altar, construído con piedras.

Después de visitar las ruinas, la escuela y la capilla, reanudamos la marcha por el pueblo de Pesiguero, en cuyas inmediaciones había plantaciones de tabaco, mandioca, árboles frutales, caña de azúcar y arroz.

Preguntamos a varios pobladores de la zona por qué no se dedicaban al cultivo del tung, y nos respondieron que esas tierras eran más aptas para otras siembras, tales como la del tabaco y la yerba mate. Respecto de las posibilidades de cultivar té, se manifestaron poco optimistas, sosteniendo, en general, que las mejores tierras para obtener buenas cosechas de té no se encontraban allí, sino "del otro lado de la Sierra del Imán", es decir, en Oberá y Campo Viera, así como en las inmediaciones de Cerro Corá.

En esa zona se habían hecho grandes esfuerzos en pro del desarrollo de la ganadería, especialmente por parte de la compañía Liebig's, pero los colonos no mostraban preferencias por esas actividades.

En las proximidades de Pesiguero nos detuvimos a conversar con varios jinetes que llevaban un arreo de novillos, y les preguntamos si los animales eran de esos lugares.

—Los traemos de Corrientes —respondió uno de ellos—, y los llevamos para los campos de Santa María. Son animales para faenamiento.

Volvimos a preguntar si procedían de Corrientes todos los animales que faenaban en las colonias que estábamos recorriendo, y nos respondieron que no, agregando:

—Aquí también hay ganado, pero es poco. La gente no tiene confianza en la ganadería. Unos dicen que los pastos son un poco duros; otros, que hay garrapata; algunos, que los vacunos se enferman de tristeza por el clima.

—Y usted —preguntamos—, ¿qué piensa?

—Para mí —dijo un arriero—, son puras habladurías. Yo tengo mis vaquitas, muy sanas y muy gordas. Lo que ocurre es que uno tiene que vacunarlas y cuidarlas.

Continuamos luego por la Ruta 110, de la cual nos apartamos momentáneamente para llegar hasta la población de Concepción, la primera entre todas las que fundaran los jesuítas en el territorio de Misiones.

En el año 1618, cuando los Misioneros de la Compañía de Jesús se encontraban

aún sobre la margen derecha del Paraná, en tierras paraguayas, tuvieron noticias de que sesenta mil aborígenes habían cruzado el Alto Uruguay, para buscar refugio en Misiones, huyendo de los conquistadores del Brasil. Fué entonces cuando el Padre Jesuíta Roque González recibió órdenes de dirigirse hacia aquellos lugares, misión que cumplió sin otra compañía que la de un joven indígena.

Llegado que hubo el misionero al sitio donde luego se levantaría la población de Concepción de la Sierra, se puso al habla con dos de los principales caciques, llamados Neza y Quaracipucú, quienes lo hicieron objeto de un cálido recibimiento, y lo acompañaron en el momento en que izaba el estandarte de la Fe en Ibituraguá, lugar de ventajosas condiciones, con buenas tierras y pastizales abundantes.

En 1620, es decir, al cabo de cuatro años de haber recibido la orden de trasladarse al Alto Uruguay, el Padre González, a quien secundó el Padre Alonso de Arjona, había logrado fundar definitivamente la Reducción de Concepción de la Sierra, en torno a la cual se congregaban ochenta familias nativas.

La conquista espiritual de los aborígenes había empezado en forma feliz, pero poco después se presentaron inconvenientes imprevistos, que hicieron temer por la vida de la Reducción, y que sólo pudieron ser superados merced a la presencia de ánimo del Padre González.

Ocurrió, en aquella época, que algunos caciques que vivían internados en las selvas del Alto Uruguay, molestos por la rapidez con que sus colegas Neza y Quaracipucú se habían sometido a los jesuítas, amenazaron marchar contra ellos, después de incendiar una gran cruz de madera que los misioneros levantaran en aquellos lugares.

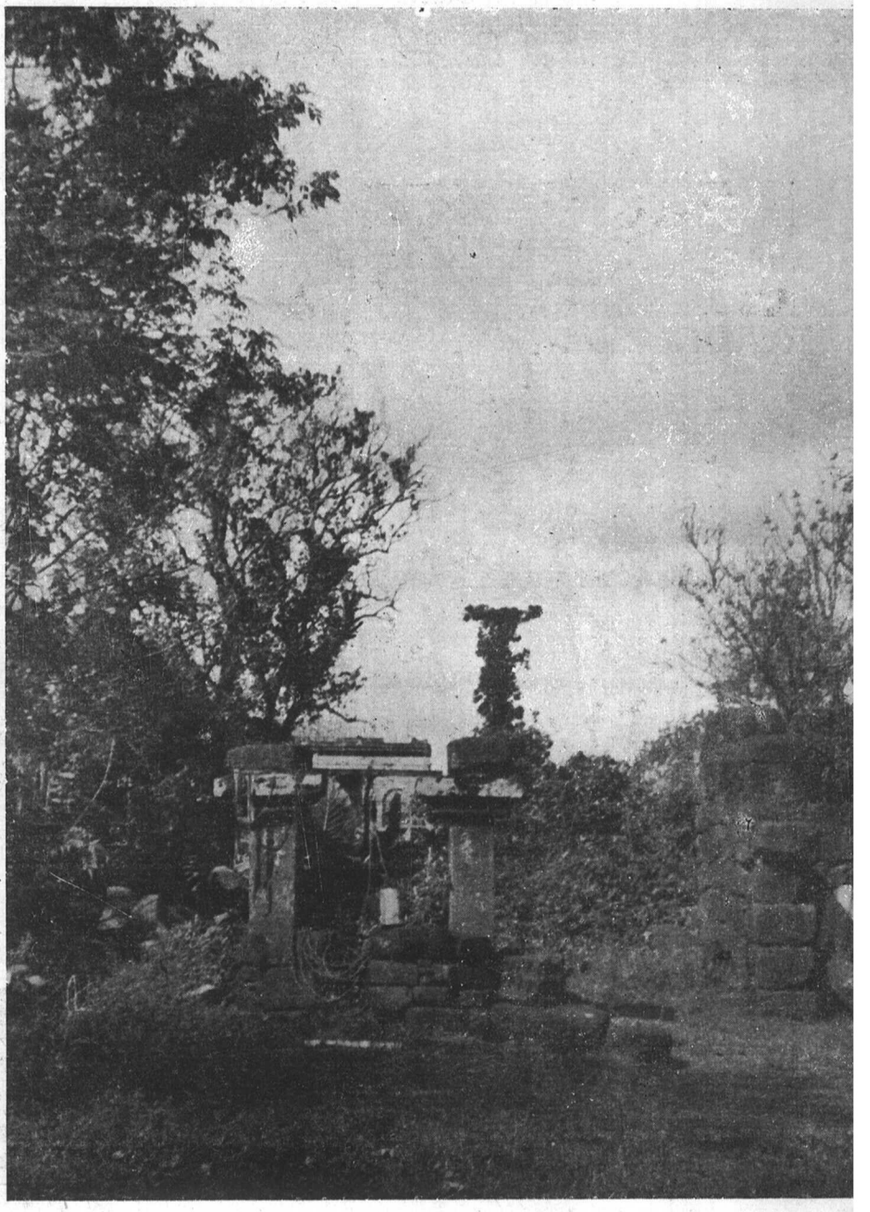
No se trataba sólo de una amenaza, pues los guerreros ya habían empezado a concentrarse en diversos lugares, preparándose para la lucha.

Cuando los nativos que se habían sometido a los jesuítas tuvieron noticias de los preparativos que estaban haciendo en el Alto Uruguay, fueron presa del pánico y recurrieron a los misioneros.

Enterado el Padre González de lo que ocurría, y convencido de que las fuerzas de los caciques que estaban a su favor no podrían enfrentar a las contrarias con posibilidades de éxito, resolvió ir él en persona a las selvas del Alto Uruguay, para parlamentar con los rebeldes.

Contra la opinión de los caciques amigos, que de ningún modo querían dejarlo marchar indefenso, el Padre

Este viejo pozo de piedra, situado en el interior de una casa de Concepción de la Sierra, era del tiempo de los jesuítas.



González emprendía el camino sin que lo acompañase nadie, y una vez en los dominios de los poderosos caciques enemigos anduvo hasta lograr ponerse en comunicación con ellos.

Hoscos y belicosos en los primeros momentos, los rebeldes terminaron por complacer el pedido del sacerdote, en el sentido de que no atacasen a la Reducción que estaba formando.

De regreso a Concepción de la Sierra, el Padre González continuó su obra cristiana hasta su último día, dejando en manos de sus sucesores una población floreciente, que sólo habría de empezar a derrumbarse cuando los jesuítas saliesen del territorio.

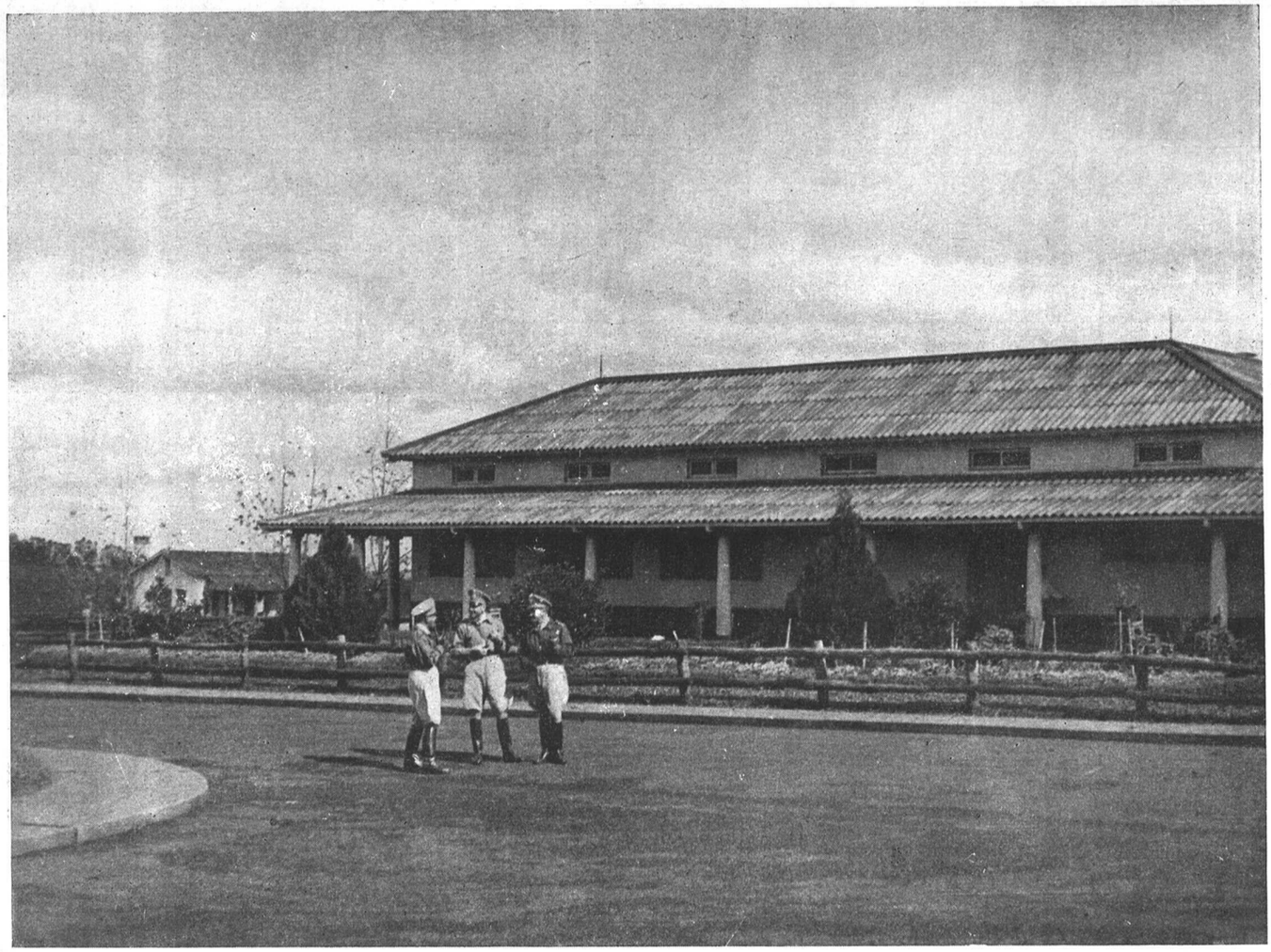
Tampoco en ese lugar encontramos ruinas de importancia, porque las gentes de Concepción habían sacado las piedras de ellas, para construir sus propias viviendas.

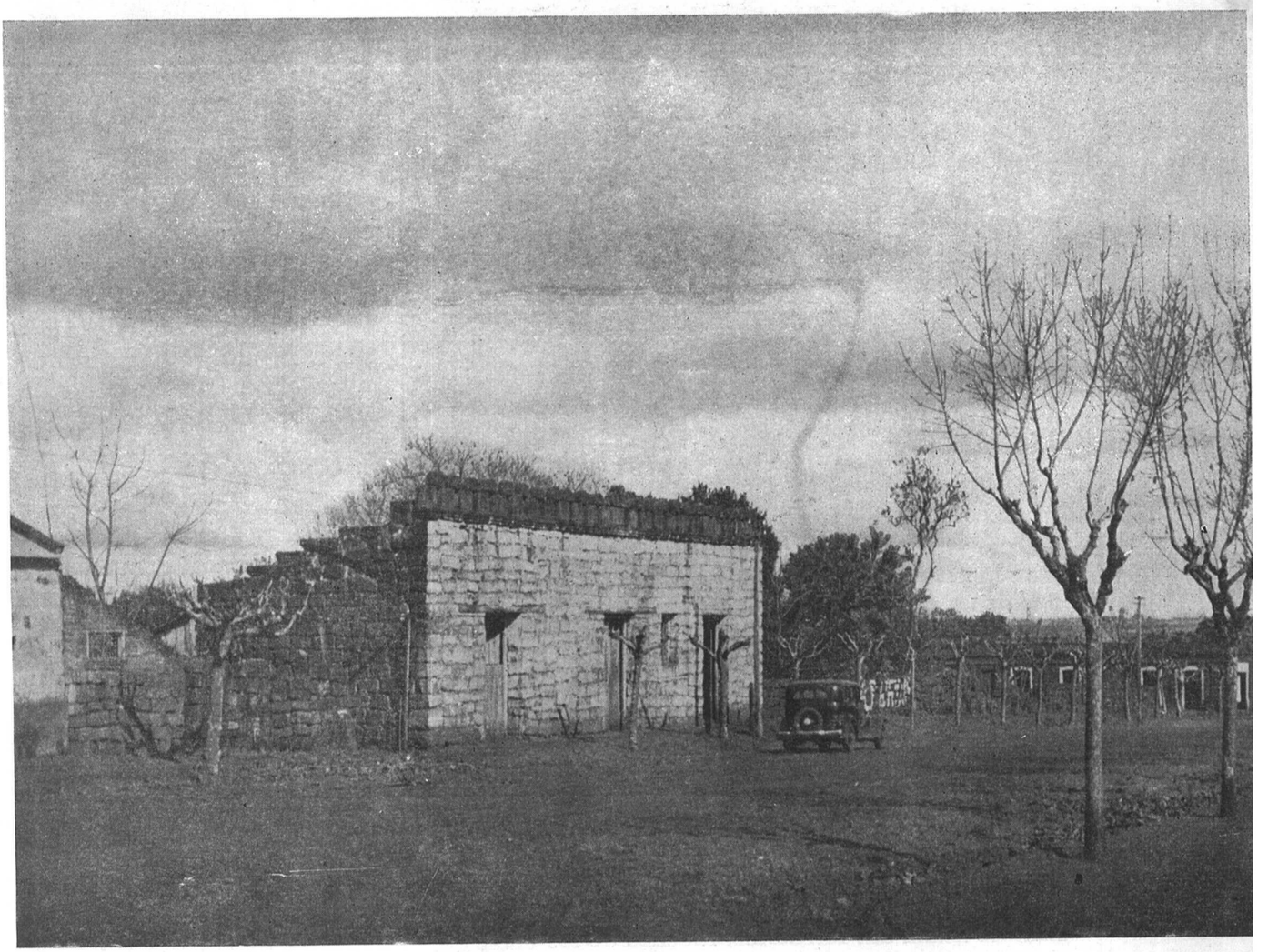
El pueblo servía de eje a las actividades de una rica zona agrícola, cuyos principales cultivos consistían en tabaco, yerba mate, maíz, arroz, caña de azúcar y mandioca. Sus industrias estaban representadas por secaderos y molinos de yerba mate.

En esa región los pastos eran de mejor calidad y había diversos establecimientos dedicados a las explotaciones ganaderas.

En ocasión del primer viaje que realizamos a Concepción de la Sierra, población a la cual habíamos de volver más tarde, en compañía del gobernador del territorio, tuvimos oportunidad de asistir a los festejos organizados con motivo de cumplirse un nuevo aniversario de la Declaración de la Independencia Nacional, el 9 de Julio de 1950.

Vista parcial del comando del Escuadrón Alto Uruguay de la Gendarmería Nacional, en el pueblo de Concepción de la Sierra.





En Concepción de la Sierra habían utilizado las piedras de las ruinas jesuíticas para construir viviendas particulares.

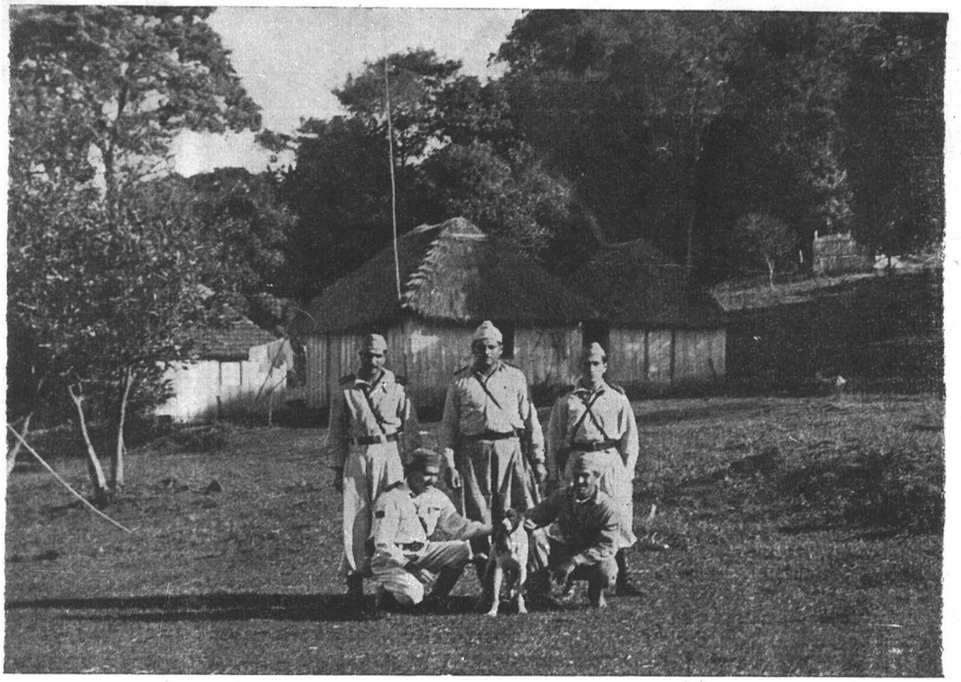
Entonces permanecimos allí por espacio de tres días, y, por una gentileza del comandante del Escuadrón Alto Uruguay, de la Gendarmería Nacional, fuimos hospedados en una de las casas que integran el moderno barrio para oficiales y tropa que dicha institución tenía en ese lugar.

Cuando se permanece varios días en una población pequeña, y se conversa con personas de la más distinta condición social, es dable realizar muchas comprobaciones, que escapan a quien sólo está de paso.

En Concepción de la Sierra, la comprobación más grata que tuvimos oportunidad de hacer, se relacionaba con la actuación de la Gendarmería Nacional, y con la índole de sus relaciones con los habitantes del pueblo.

Sabido es que por la propia naturaleza de sus funciones, aquellos que están llamados a vigilar la existencia de un perfecto equilibrio entre el derecho a la libertad que tiene cada persona, suelen encontrar resistencia en quienes sólo piensan en el propio y no en el común derecho al disfrute de esa libertad. Así se explica que entre el elemento civil de las poblaciones en general, y aquellos que tienen la misión de mantener inalterable el orden en las mismas, suelen producirse fricciones, que si no afloran en forma violenta, se mantienen latentes, y puede apreciárselas tan pronto como se profundiza un poco en lo que ocurre dentro de ese medioambiente social.

En Concepción de la Sierra no ocurría nada de esto. Había tal armonía entre los integrantes de la Gendarmería Nacional y los habitantes de Concepción de la Sierra,



Las guarnic'ones de la Gendarmería Nacional constituían un motivo de tranquilidad para los habitantes de aquellas regiones.

y eran aquéllos tan celosos en el cumplimiento de sus deberes, que no tuvimos noticias de un solo abuso, ni escuchamos la menor queja.

Nuestra llegada al lugar coincidió con un hecho realmente ponderable, que la gente aplaudió sinceramente, pues se trataba de la inauguración de una Misión Monotécnica.

El director del nuevo establecimiento, al hacer uso de la palabra, hizo resaltar la importancia de la obra que entonces comentaba, y aludió a los beneficios que reportaría para la juventud de ese pueblo, hasta entonces privada de establecimientos que le permitieran adquirir conocimientos técnicos y prácticos, para ganarse el diario sustento, una vez terminada la etapa que correspondía a la enseñanza primaria.

El comisionado municipal de Concepción de la Sierra, que nos acompañó durante las visitas a los establecimientos educacionales del pueblo, nos manifestó que era tan grande el entusiasmo de los jóvenes por inscribirse en la Escuela Monotécnica recientemente inaugurada, que ya no quedaba una sola vacante en ella.

Como los hoteles de la población estaban llenos de gente, preguntamos si eso era allí lo normal.

Nos respondieron que, teniendo Concepción de la Sierra un activo intercambio comercial con las poblaciones vecinas, y con las ciudades de Posadas y Buenos Aires, siempre había allí forasteros, muchos de los cuales eran viajantes de comercio.

—Pero ahora no es por eso —agregaron.

—¿Y por qué? —preguntamos.

—Ah..., es por las fiestas, ¿sabe? —comentó el chófer, que no intervenía en nuestra conversación desde hacía rato.

Según él, las fiestas patrias eran más interesantes en el interior que en la Capital Federal, donde, según confesó más tarde, jamás había estado.

Cuando quisimos saber por qué las fiestas tenían que ser más interesantes en los pueblos de campaña que en las grandes ciudades, nos dijo que por muchas causas, entre ellas porque en los pueblos de campaña había corridas de sortijas y doma de potros.

No había el menor motivo para lanzarse a una discusión sobre tal tema, de suerte que preferimos tratar de informarnos sobre la forma en que habían procedido allí para organizar los festejos correspondientes a la fecha patria.

Algunos oficiales del Escuadrón Alto Uruguay nos acompañaban siempre en esas andanzas, y fueron ellos quienes nos informaron, con corrección y gentileza que habría de dejar en nosotros muy gratos recuerdos, sobre la índole de las festividades allí preparadas.

La organización de los festejos patrios habían estado a cargo de una comisión mixta, dentro de la cual se encontraban los vecinos más expectables y los comandantes y oficiales del Escuadrón Alto Uruguay, algunos de los cuales concurrieron a las fiestas en compañía de sus esposas o novias.

El 8 de Julio por la noche hubo tres grades bailes: el del Club Social, el de la Municipalidad —que allí llamaban el de la clase media—, y el popular.

Nosotros estuvimos algunos momentos en los tres bailes, casi siempre acompañados por oficiales de la Gendarmería Nacional o por funcionarios municipales, y pudimos apreciar la cordialidad del ambiente y la afectuosidad de las relaciones. Meses más tarde, al volver a Concepción de la Sierra en compañía del gobernador del territorio, fuimos testigos de idénticas demostraciones por parte de los habitantes del pueblo.

Los festejos del 9 de Julio se iniciaron con una concentración popular, desfile de la Gendarmería Nacional, colocación de una palma de flores en la estatua del Libertador San Martín y reparto de golosinas a los escolares, todo ello precedido por el Himno Nacional, que entonaron todos los concurrentes.

Al medio día fué servido un almuerzo popular, en el salón de actos de la municipalidad, y por la tarde la población se trasladó en masa hasta Apóstoles, donde los oficiales del Ejército de aquella localidad competirían con los de la Gendarmería Nacional, en un concurso hípico.

Terminados los festejos, y luego de un reparador descanso, aprovechamos las horas del día siguiente en visitar dos pequeños y pintorescos puertos situados en el extremo sur del Alto Uruguay.

Primeramente fuimos hasta Puerto San Isidro, cruzando por campos cubiertos de yerbales, y por otros que estaban destinados a la ganadería.

San Isidro contaba con pocos habitantes, pero también allí había sido construído un moderno edificio escolar, al que concurrían los niños de familias trabajadoras del campo.

El otro viaje que realizamos nos condujo hasta Barra Concepción, hermoso puerto, con un puesto aduanero, que se encontraba en el mismo lugar en que dicho arroyo desembocaba en el río Uruguay.

Barra Concepción estaba situado sobre una alta barranca, en el sitio en que el río Uruguay describía una de sus más pronunciadas curvas.

Durante la cosecha de yerba mate, todos los habitantes de la región tenían ocupación en ella, inclusive las mujeres.

Los rápidos eran allí muchos, y las jangadas sólo podían salvarlos al producirse grandes crecientes.

La flora era similar a la del resto de esa parte del territorio misionero, pero la fauna parecía más rica, ya que entre esos puertos y San Javier era posible encontrar ejemplares de los llamados "de caza mayor".

Más al sur había aún otro puerto, el de San Lucas, casi en el límite de Misiones con Corrientes, pero nos fué imposible llegar hasta él, ya que la maestrilla que lo ligaba a las Rutas Nacionales había sido trazada hacia la colonia Azara.

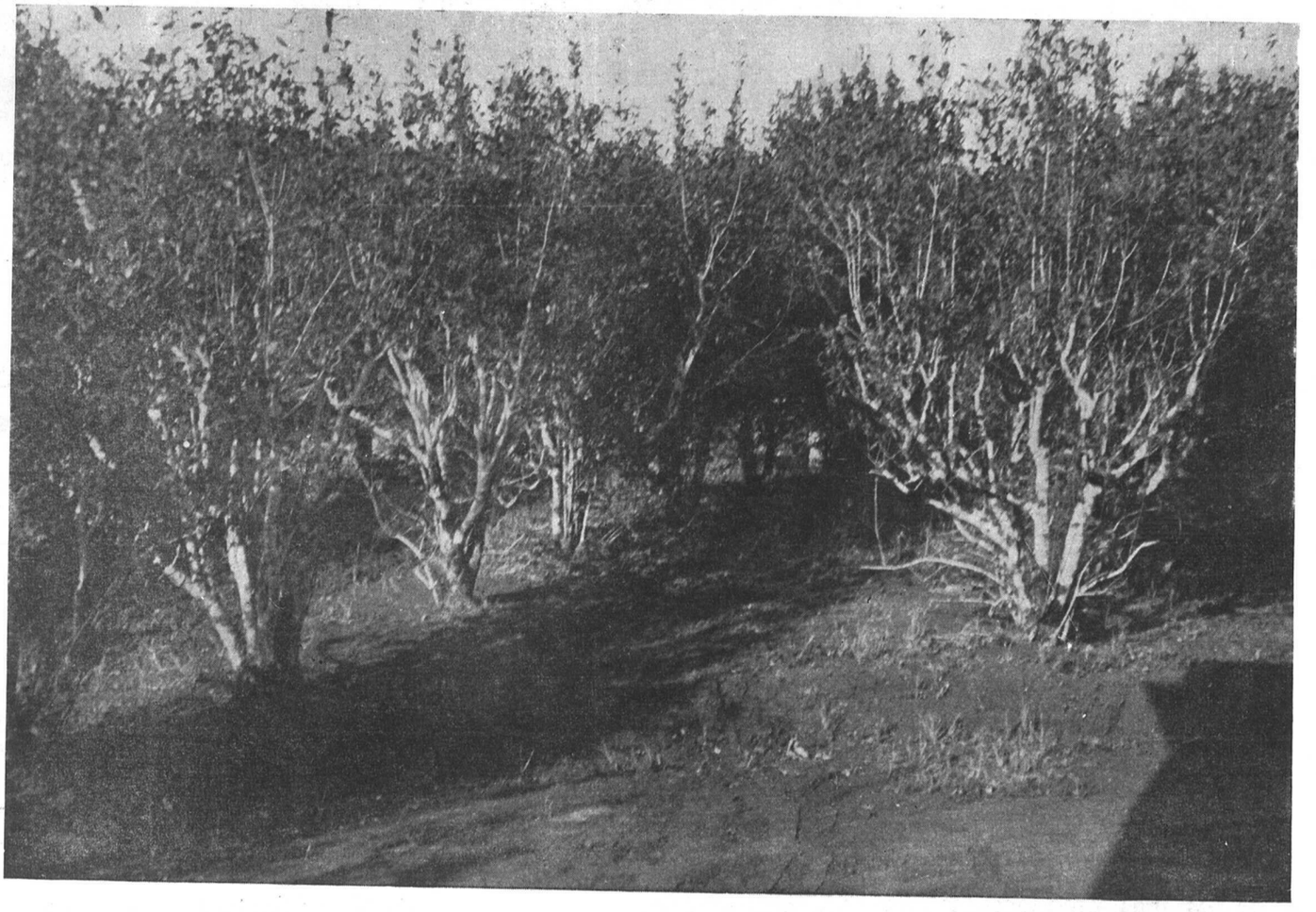
En toda esa comarca las explotaciones forestales eran ya limitadas, pues había desaparecido casi totalmente de ellas la madera de ley, y los colonos se dedicaban al cultivo de plantas frutales, mandioca, maíz y arroz.

Según se nos informó, también se estaban efectuando ensayos tendientes a la aclimatación del trigo.

Las plantaciones de algodón que encontramos eran casi todas silvestres, aunque a simple vista podía advertirse que dicha planta daba magnífico rendimiento. La tierra, por lo menos, era muy apta para tal cultivo, y el clima de la región se aproximaba al de las ricas zonas algodoneras del territorio del Chaco.

Al salir de Concepción de la Sierra, después de visitar los puertos antes mencionados, lo hicimos por la Ruta Complementaria H, que se dirigía hacia la colonia y pueblo de Azara, situados en el extremo sur de Misiones, muy cerca del límite de dicho territorio con el de la provincia de Corrientes.

La colonia Azara había sido fundada en el año 1900, para dar ubicación a 1.700 inmigrantes, en su mayoría alemanes y po-



Los yerbales que habian sido despojados de sus hojas pocas semanas antes, empezaban a cubrirse de verdor, nuevamente.

lacos, pero un año después, la afluencia de nuevos colonos fué tan grande, que resultó indispensable proceder a varios ensanches, que fueron ocupados en igual reducido espacio de tiempo.

Todo parecía resuelto en esa forma, pero en el año 1902 llegaron otras 1.600 familias, que sin esperar las necesarias tramitaciones a cargo de la Oficina de Tierras y Colonias, se ubicaron como les fué posible, hasta que, felizmente, todas entraron en legal posesión de sus lotes.

Las tierras de Azara eran fértiles, y en parte aptas para las explotaciones ganaderas, pero los principales cultivos consistían en maíz, yerba mate, trigo, arroz, mandioca, lino, porotos y hortalizas. Otra de las actividades de los colonos consistía en la crianza de aves, que enviaban a la ciudad de Posadas.

Desde Azara continuamos viajando por la Ruta Complementaria H, hasta la población de Apóstoles, una de las más importantes del sur de Misiones.

El pueblo de Apóstoles, antigua Reducción Jesuítica, había sido fundado en el año 1637, por el Padre Diego de Alfaro, perteneciente a la Compañía de Jesús, caracterizándose por su rápido desarrollo. "Su florecimiento —ha dicho el historiador misionero Raimundo Fernández Ramos, refiriéndose a la Reducción de Apóstoles—, duró hasta que se produjo la expulsión de los jesuítas, en 1768, fecha en que las Doctrinas, sostenidas con tantos sacrificios y abnegación, cambiaron de directores, produciéndose entonces su decadencia y fracaso, que culminó con la invasión de los portugueses, en los años 1816 a 1818, cuyas tropas, dirigidas por el nuevo Atila, general Chagas, saquearon, arrasaron y redujeron a escombros todo cuanto encontraban a su paso por las Doctrinas del Alto Uruguay, apoderándose de todas sus riquezas en alhajas y objetos sagrados, ganado y haciendas de todo género."

Aspecto típico de uno de los pueblos de campaña, en el sur de Misiones, donde nunca faltaban largas filas de árboles.

El cuadro desolador anteriormente descrito por Fernández Ramos perduró en Apóstoles hasta el año 1897, fecha en que se inició la reconstrucción del mismo, y se procedió a la radicación de un núcleo de familias polacas, que sirvieron de base a la organización de una próspera colonia.

Cuando nosotros llegamos a Apóstoles, la población urbana se aproximaba a cinco mil almas, y la radicada en la colonia amás del doble.

Aunque la casi totalidad de la población era de origen europeo, en primera generación, los hijos de los colonos, que sumaban mayoría en relación con aquéllos, habían nacido ya en Misiones y bien podía verse que habían perdido en forma casi total las costumbres europeas que, en la infancia, les contagiaran sus padres.

Las gentes eran laboriosas, alegres y sociables. Había allí clubes sociales y deportivos, así como centros culturales.

En cuanto a la producción de la colonia, estaba principalmente representada por la yerba mate, el arroz, el maíz, el tabaco, la caña de azúcar, los cereales, inclusive

En los días de fiestas, las gentes hacían un alto en las tareas y se dedicaban a la práctica de los deportes populares.

el trigo, el lino y las hortalizas. Había también grandes plantaciones de frutas cítricas, y diversas extensiones de campo, con pastos blandos, dedicadas a las explotaciones ganaderas, inclusive a pequeños tambos.

En su extremo sur, la colonia contaba con una estación ferroviaria, que llevaba el mismo nombre, y que estaba comprendida dentro del ferrocarril General Urquiza, en la línea Buenos Aires-Posadas.

El pueblo estaba situado a cinco kilómetros de la Ruta Nacional 110, a la cual quedaba unido por una prolongación de la Picada Las Tunas, que allí había sido convertida en una amplia carretera.

La denominación de "picadas", y aun de "piques", a los caminos carreteros continuaba siendo común en la zona de campos, al igual que en la zona de bosques, quizá por tradición. Habían empezado a darles tales nombres en los comienzos de la colonización, y así seguían llamándolos, aunque, en verdad, tal denominación no correspondía en esos lugares.

"Pique" era una senda abierta, generalmente a golpe de machete, en medio de la selva, y "picada" se le llamaba cuando había sido ampliada la misma senda, quitando de ella los árboles, para permitir el tránsito de toda clase de vehículos.

La explicación de que también en el sur hubiese "piques" y "picadas" debía buscarse en el hecho de que, aun no siendo esa zona de bosques, estaba cubierta por altas malezas en la época en que llegaron los primeros colonos, a comienzos del presente siglo.

El viaje de Apóstoles a la población y colonia de San José, distante veinticinco kilómetros, nos mostró una de las más pintorescas regiones de la zona de campos de

Misiones. El terreno era allí caprichosamente quebrado y rojo, contrastando reciamente con la verde vegetación, en la cual no había sino pequeños "capones" de monte, y mucha tierra cultivada.

En San José también había existido una Reducción Jesuítica, fundada en el año 1633, por los padres Cataldino y Berlat, en lugares un tanto alejados de los que posteriormente habían de servir para su radicación definitiva. Destruído durante las invasiones portuguesas, al igual que los otros pueblos fundados por los jesuítas, San José fué reconstruído en el año 1877, en el centro de la colonia del mismo nombre, cuya ampliación fué decretada a principios del corriente siglo.

En esa colonia encontramos una de las mejores zonas ganaderas del territorio, con una existencia superior a cien mil cabezas de ganado vacuno, caballar, lanar y caprino. Había también varios tambos, cuya producción era enviada diariamente a la ciudad de Posadas.

En el comienzo de esta obra, al hablar de la alimentación popular en Misiones, dijimos que la capital del territorio carecía de leche, y que en esos momentos estaban organizando una cooperativa de tamberos, especialmente de los radicados en la colonia San José y en sus inmediaciones.

Las personas con quienes conversamos allí sobre el mencionado proyecto, nos manifestaron que ya estaba en vías de realización, y que participarían en la Cooperativa algunos ganaderos del norte de la provincia de Corrientes, entre ellos el señor Jacques Kraemer, a quien también nos hemos referido en la página 58 de esta obra.

La idea de organizar la producción

Los carros polacos, tirados por bueyes, podían transitar por cualquier parte. y frecuentemente salían de los caminos.

tambera por medio de una cooperativa, siguiendo los lineamientos que trazara el gobernador del territorio, había encontrado amplio eco y era, en nuestra opinión, la más adecuada a ese medioambiente social, porque, siendo muy limitado el número de ganaderos, y muy numeroso el de colonos con pequeñas cantidades de ganado, la tarea debía iniciarse con la concentración de lo allí producido.

A ese respecto, son dignos de consign ar los puntos de vista de un colono que tenía siete vacas y algunos caballos.

—La cooperativa —decía el hombre—, resolverá fácilmente el problema, y entonces van a convencerse de que Misiones puede producir toda la leche que necesitan sus habitantes. ¿Por qué no la produce ahora? Es muy sencillo: Porque la leche se desperdicia, a pesar de que al propio tiempo falta. Yo tengo siete vacas y algunas terneras que dentro de un año serán lecheras. Digamos, para no entrar en detalles, que mis vacas pueden producir, término medio, cuarenta litros de leche. Bien. ¿Qué hago yo con ella? ¿La mando a Posadas? No puedo, porque no tengo camiones. Entonces usufructúo la que me hace falta, y luego fabrico queso y manteca, siempre para el uso casero. Las tareas de ordeñe son deficientes, porque están a cargo de los muchachos, ya que, no vendiendo la leche, no puedo pagar ordeñadores. Cuando la cooperativa quede organizada, tendremos una central que se encargará de recoger la leche de cada uno de los socios, para llevarla en conjunto hasta la ciudad de Posadas. Y entonces, cuarenta litros por un lado, treinta por otro,

Cada colono se instalaba de acuerdo con las costumbres que traía de su tierra lejana. Los que aquí aparecen son japoneses.

veinte de este colono, y a lo mejor cincuenta de aquel otro, vamos a reunir los seis o siete mil litros de leche que Posadas necesita diariamente. El señor Kraemer, a cuyo cargo está la organización de la cooperativa, dice que no podremos cubrir las necesidades del territorio en menos de tres años. Es un hombre entendido, y su opinión debe respetarse. Pero yo creo que al establecer ese término, ha querido decir que ello ocurrirá en el peor de los casos. En mi opinión, y piensen ustedes que hablan con un viejo colono, muy conocedor de estos lugares, para 1952, la cooperativa habrá resuelto el problema que viene creando la falta de leche en la Capital de Misiones.

Además de las explotaciones lecheras, en San José había grandes plantaciones de frutas cítricas, de muy buena calidad y de rendimiento óptimo, especialmente las naranjas y pomelos.

La principal producción, no obstante, estaba representada por la yerba mate y el tabaco, cultivándose también apreciables extensiones de tierra con mandioca, porotos, arroz, batatas y legumbres.

Las actividades industriales eran relativamente reducidas, quizá por el hecho de que San José se encontraba muy cerca del gran centro industrial del territorio, la ciudad de Posadas.

Al igual que Apóstoles, San José contaba con una estación ferroviaria, circunstancia que contribuía grandemente a facilitar el desarrollo de su comercio.

Como la tierra estaba allí muy subdividida, siendo además los colonos propietarios de los predios que ocupaban, nos llamó la atención el hecho de que no estuvieran muy desarrolladas las pequeñas industrias domésticas, y que no se dedicasen a la apicultura.

Las personas a quienes hicimos conocer nuestra observación, dijeron que para com-

Las plantaciones de citrus abundaban en todo el sur del territorio, donde dicha fruta era de muy buena calidad y tamaño.

prender ese hecho había que empezar por el origen de cada colonia y, especialmente, por la procedencia de los primeros trabajadores de las mismas.

—En Misiones —comentaron esas personas—, cada colonia adquirió, desde la época de su fundación, las costumbres predominantes en el país de donde eran nativos esos colonos. En el sur del territorio, los inmigrantes fueron en su gran mayoría polacos, y lógico tenía que resultar que las colonias por ellos formadas se diferenciaran, por ejemplo, de las que tuvieron por fundadores a los suizos y alemanes, que son los más afectos a las pequeñas industrias granjeras. Los polacos son campesinos. Tienen sus preferencias, como los hombres de todas las nacionalidades, y entre esas preferencias ocupan muy limitado lugar las industrias domésticas relacionadas con la apicultura.

Otras personas nos hicieron notar que en la colonia San José había tierras magníficas para las plantaciones de arroz, y que éstas, a pesar de todo, eran limitadas.

Si en lugar de polacos, hubiese en San José colonos japoneses, según el punto de vista de esas personas, la producción de arroz, sería enorme, pero en tal caso, habría menos yerba mate, tabaco y legumbres.

En cuanto a las plantaciones de frutas cítricas, se encontraba en esos lugares una de las empresas más importantes del territorio, productora de las famosas naranjas y pomelos Pindapoy.

Nos referimos a la "Compañía Citrícola Argentina Bovino, S. R. Ltda.", establecida

Aspecto de otro de los pueblos del sur de Misiones, donde todos los medios de locomoción eran buenos para la gente.

en esos lugares desde el año 1945, con un capital aproximado de dos millones de pesos.

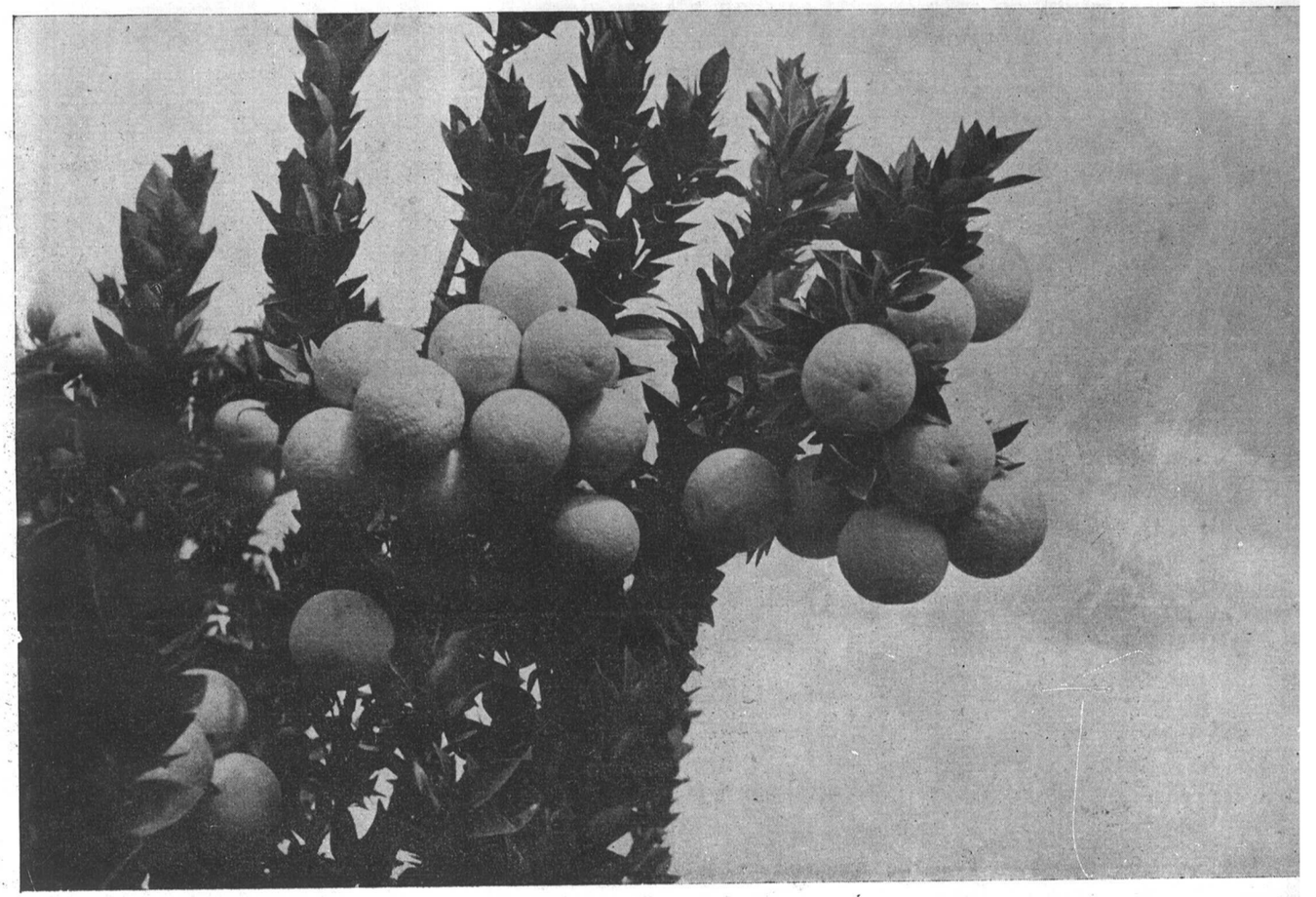
Cuando nosotros visitamos el establecimiento "El Limonar", perteneciente a la empresa antes citada, encontramos aproximadamente cien hectáreas con plantaciones de citrus y en las inmediaciones de la estación ferroviaria de Pindapoy un gran establecimiento de empaque y conservación de frutas cítricas, donde en esos momentos montaban una maquinaria similar a la que hemos descrito hablando de la zona de El Dorado, pero de fabricación nacional.

Las plantaciones de citrus, especialmente las de naranjos en pie, eran muy antiguas en esa parte de Misiones, ya que existían desde la época de los jesuítas. En cambio, las plantaciones injertadas sólo databan del año 1926. En dicha oportunidad, el Directorio del Ferrocarril Nordeste Argentino, instaló allí una chacra experimental, procediendo a plantar siete mil naranjos y seis mil pomelos, importados de Australia. Los naranjos pertenecían a la variedad Wáshington Naval, los pomelos a la variedad Marsh Seedless y las plantaciones de ambos injertadas sobre pie de limón rugoso.

El óptimo resultado de aquel experimento, ya que los frutales se desarrollaron y rindieron en forma magnífica, alentó a los demás propietarios de la zona, quienes, a su vez, iniciaron diversas plantaciones, al principio importando plantas sobre pie de limón rugoso, procedentes de Australia, y luego plantas sobre pie de naranjo agrio, procedentes de Florida, EE. UU.

No se conformaron los citricultores del sur de Misiones con esas variedades, y empezaron a introducir otras, con el resulttado de que pocos años después había allí más de cien mil plantas de naranja, pomelo y limón, todas ellas importadas. Entonces, en el caso de las naranjas predominaba ya

Los árboles frutales estaban cargados de frutos maduros, que causaban asombro por lo poco común de su tamaño.



la variedad Valencia Late, y en el de los pomelos la Marsh Seedless. Les seguían en importancia las naranjas de ombligo y los pomelos Duncan.

Desgraciadamente, no todos fueron éxitos en aquellos laboriosos comienzos, y once años después de efectuadas las primeras plantaciones, en 1937, los fruticultores empezaron a notar cierta forma de decadencia en las plantas sobre pie de naranjo agrio, que en el término de dos años se secaron en su totalidad, como resultado de la podredumbre de las raíces. Según cálculos aproximados, esa enfermedad aniquiló el cincuenta por ciento de las plantaciones. Además, pronto se llegó a la conclusión de que, con las plantas importadas de Australia se había introducido al territorio la cochinilla roja, que si no produjo tantos males como la anterior, también perjudicó a muchas plantaciones.

Vencidos esos inconvenientes, la citricultura continuó desarrollándose en gran escala y la producción registró apreciable aumento.

Cuando nosotros estuvimos en ese lugar, las plantacione cítricas injertadas en la zona de Pindapoy cubrían quinientas hectáreas. De dicho total, como ya dijimos, cien hectáreas pertenecían a la Compañía Citrícola Argentina Bovino, más otras tantas que no habían entrado en producción. Las restantes eran de colonos y de pequeños citricultores.

Tanto los encargados del establecimiento Bovino, con quienes conversamos en el establecimiento de Pindapoy, como otros citricultores de esa zona, se mostraron optimistas sobre las actividades futuras, sin dejar de reconocer que Misiones contaba con otras zonas capaces de producir frutas cítricas tan buenas como las obtenidas en el sur del territorio.

Un propietario de modestas plantaciones, presumiblemente interesado en la organización de una cooperativa de citricultores, nos manifestó que dichas explotaciones resultaban más cuando estaban a cargo de pequeños quinteros, que las cuidaban ellos mismos, y no de grandes empresas, que

He aquí otro aspecto de las grandes plantaciones de árboles frutales que encontramos en el sur de Misiones.

debían pagar personal especializado para que dichas plantaciones fueran cuidadas.

—No debemos olvidar —decía el hombre—, que las plantaciones de frutas cítricas están expuestas a diversas plagas, que resulta indispensable combatir en forma permanente, para que no terminen con las frutas e inclusive con las plantas. La cochinilla roja que nos mandaron de Australia con las primeras plantas, aún molesta, pero deja de ser nociva si se la combate persistentemente y por medios adecuados.

El quintero habló después de la constante vigilancia que deben tener para evitar los perjuicios que ocasiona la mosca de la fruta, y de la acción que era indispensable desarrollar, en ciertas épocas, para combatir el ácaro "tostado", para agregar en seguida:

—Claro está que aparte de esas tres, que podríamos llamar pestes animales que perjudican a las plantaciones, no tenemos otras. Y justo es reconocer que las hemos doblegado. Pero luego vienen otras enfermedades, comunes en las plantaciones de citrus de todo el mundo. Suelen presentarse casos de melanosis y de sarna, en las naranjas dulces. Pero si hay gente suficiente y se dispone de adecuados elementos de control, esos males desaparecen pronto. Lo propio debe decirse de la gomosis, que existe en muchísimas plantaciones, desde el origen de las mismas. Esta enfermedad no plantea problema alguno, si se toman precauciones para evitar que progrese.

A esta altura de la conversación manifestamos al colono que no veíamos relación entre las enfermedades de las plantaciones, y su punto de vista respecto de que esa clase de cultivo rendía más cuando las cuidaban los propietarios.

—La experiencia nos ha probado eso —respondió—. Hace algunos años, las grandes plantaciones de Pindapoy fueron muy perjudicadas por cierto mal, que aquí llamamos sarna explosiva de la fruta. Ello se

Grandes viveros, producto de largos y empeñosos trabajos, esperaban el replante que tendría que producirse poco más tarde.

debió, únicamente, a que dichas plantaciones no recibieron a tiempo el necesario cuidado, porque las empresas carecían de personal. En las quintas, por el contrario, donde los quinteros combatimos la sarna común, la melanosis y los ácaros, las plantaciones no fueron afectadas por aquella plaga. El mantenimiento de las plantaciones en buen estado sanitario, cuesta mucho dinero, a menos que pertenezcan a pequeños propietarios, que trabajan en unión de sus familiares.

Antes de poner término a la conversación, sospechando que aquel hombre hablaba mientras estaba pensando en la posibilidad de que los pequeños productores de citrus organizasen una cooperativa, le formulamos una pregunta en tal sentido.

—Una cooperativa sería lo ideal —respondió—. Pero, vean ustedes lo que son las cosas, en Misiones hay cooperativas de todo, menos de fruticultores. Ni siquiera las hay en El Dorado, zona fruticultora y cooperativista a la vez. Tampoco las hay en Oberá, donde prevalecen las mismas condiciones. Pero esto tiene que llegar algún día. No sabemos cuándo, pero les aseguro que también nosotros hemos de contar con una cooperativa.

Después de conversar con aquel hombre, recorrimos diversas plantaciones de citrus, que en verdad estaban completamente sanas y bien cuidadas, especialmente las de la Compañía Bovino, y resolvimos volver a la Ruta 110.

Estábamos ya muy cerca de la ciudad de Posadas, todo lo más a treinta kilómetros, y deseábamos llegar a ella para poner término al largo viaje.

Empero, a poco de haber salido de Pindapoy, el jefe de la Agrupación Misiones de la Gendarmería Nacional, que nos acompañaba en la etapa final del viaje, nos dijo que de ningún modo podíamos salir de Mi-

Los pomelos de Pindapoy, justamente famosos en todo el país, eran de enorme tamaño y estaban apiñados en las plantas.

siones sin haber conocido uno de sus más grandes establecimientos, y al propio tiempo a uno de los más esforzados luchadores del territorio. El establecimiento, típicamente yerbatero, se llamaba "Santa Inés", y era propiedad del señor Pedro Núñez, iniciador de las plantaciones de yerba mate en las zonas de campo.

Los edificios centrales del establecimiento yerbatero Santa Inés estaban situados a un costado de la Ruta 110, cerca del lugar en que ésta entroncaba con la Ruta 12, a pocos kilómetros de la ciudad de Posadas, y tan pronto como llegamos a ese lugar fuimos recibido por uno de los hijos del dueño del establecimiento, el señor Luis Núñez, en cuya compañía recorrimos los extensos yerbales, cuya superficie total pasaba de mil hectáreas, totalmente comprendidas en la zona de campos de Misiones. Después fuimos a ver los barrios construídos para los obreros permanentes del establecimiento, y entonces también tuvimos ocasión de conocer una hermosa capilla, hecha totalmente con materiales sacados de esos campos. Una vez que terminó el recorrido de las viviendas obreras, que se encontraban en muy buenas condiciones, pasamos a los grandes depósitos de yerba canchada, y a los cuarenta barbacuás que servían para la preparación de la misma.

No dejó de sorprendernos que un establecimiento como ése, quizás el más importante del territorio, careciera de molinos de yerba, y así se lo hicimos notar a nuestro acompañante, quien nos manifestó que los molinos de la empresa se encontraban en la ciudad de Posadas.

Cuando finalizó el recorrido de los yerbales, las viviendas obreras, la iglesia, los

Vista parcial de los grandes secaderos mecánicos de yerba mate, con que contaba el establecimiento Santa Inés, cerca de Posadas.

depósitos y los barbacuás, nos dirigimos a la casa particular de los propietarios, donde nos presentaron a don Pedro Núñez, un anciano alto y delgado, que pasaba de los ochenta años de edad.

Antes de penetrar al salón donde aquél se encontraba, el señor Luis Núñez nos anticipó que su padre había perdido la vista en los últimos años, pero que estaba en el total disfrute de sus facultades mentales, y que, enterado de nuestra visita, quería cambiar algunas impresiones con nosotros.

Tan pronto como penetramos a la habitación, el anciano, que estaba en compañía de su esposa, se puso de pie, con movimientos bastante firmes, y al pedirle nosotros que no se molestara, respondió, sonriendo, mientras nos estrechaba la mano:

—No es ninguna molestia. Las piernas están firmes y el cuerpo aún anda bastante bien. Lo único malo es que ya no puedo ver nada.

Don Pedro Núñez volvió a sentarse, a nuestro requerimiento, y lentamente, como si sintiera nostalgias al hilvanar tantos recuerdos, nos habló de sus comienzos en el territorio de Misiones.

—Aquéllos eran otros tiempos, y yo no estaba tan viejo —empezó diciendo—. Llegué a Misiones siendo muy joven, y aquí hice todo lo que tengo. No para mí, ya que nada se lleva el hombre cuando termina sutránsito por este mundo, sino para los míos y también para esta tierra, a la que quiero tanto como a España, mi patria de origen.

—¿Cuáles fueron sus anteriores actividades aquí, señor Núñez?

—Trabajé en todo, pero especialmente en la producción, la industrialización y el comercio de la yerba mate. Hace muchos años, cuando todos creían que esa planta sólo podía crecer en la zona de bosques, que está en el centro y en el norte del territorio, inicié las plantaciones que ustedes acaban de recorrer en una zona que, como ésta, es totalmente de campos. No faltó quien se burlara de mi optimismo, pero, ya lo han visto ustedes, los yerbales son maravillosos, y en las inmediaciones, también en zona de campos, hay millares de colonos que tienen grandes plantaciones.

Después nos habló de lo que era Misiones en la época del "mensú", y de los abusos que se cometieron con ese paria de los yerbales.

—Los abusos eran muchos y quienes vean las condiciones actuales en que viven los trabajadores de Misiones, no pueden siquiera imaginarlo. Yo nunca quise aceptar esa forma de contratación de trabajadores golondrinas. Preferí radicar familias y si ustedes hablan con muchos de los trabajadores que me acompañan hoy, les dirán que son hijos de quienes trabajaban aquí hace treinta o cuarenta años.

Preguntamos si no se había sentido tentado por la colonización, tan en boga en Misiones durante los últimos años, y respondió:

—Yo estoy retirado de los negocios, porque aparte de haber pasado los ochenta años, no veo. Pero mis hijos, Luis, que es quien los acompaña, y su hermano Julio, que es ingeniero agrónomo, tienen a su cargo la organización de dos colonias, "El Alcázar" y "2 de Mayo", que se encuentran situadas en la zona del Alto Paraná. Las colonias andan bien, y no puede ser de otro modo, dada la fertilidad de las tierras de Misiones.

Don Pedro Núñez vuelve una y otra vez sobre episodios pasados, a medida que enumera hechos presentes, y frecuentemente repite que "tierras como las de Misiones no las hay en ninguna parte".

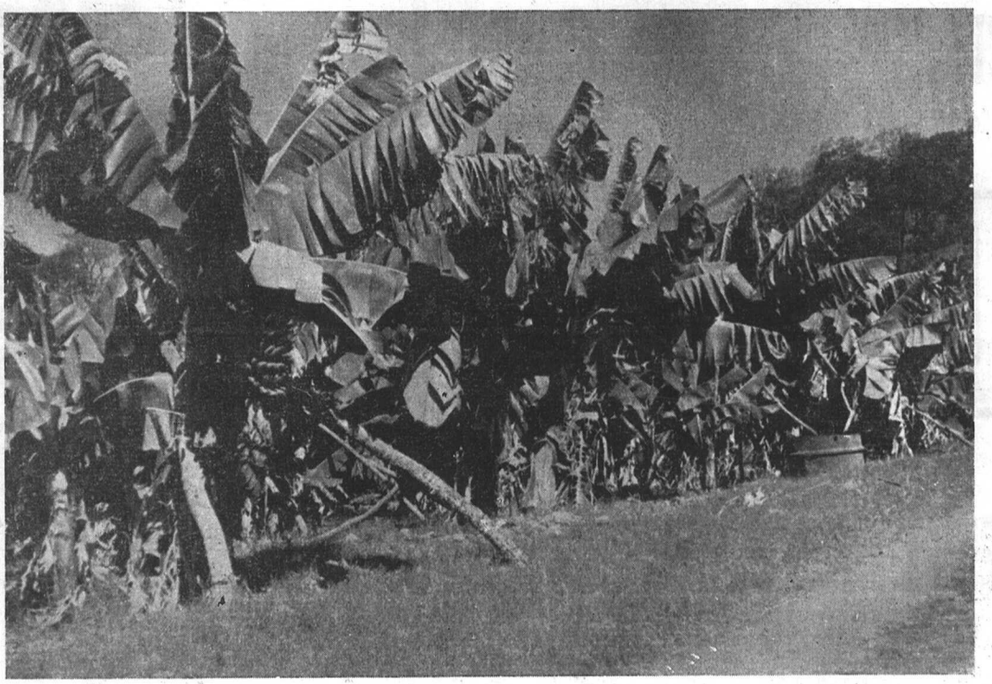
Dejamos de formular preguntas, y lo escuchamos con verdadero deleite, pensando, a nuestra vez, en que estábamos ante uno de los más grandes realizadores del territorio, hombre bondadoso y sencillo, que después de haber luchado toda su existencia en Misiones, se disponía a terminar sus días allí, con la serena majestad de quienes llegan a los últimos años de su vida con el convencimiento de que ésa es una vida realizada.

Caía ya la tarde de aquel último día de andanzas por "la región del oro verde y la tierra colorada", cuando nos despedimos de don Pedro Núñez, de la esposa, que había escuchado emocionada los relatos del anciano, y de don Luis Núñez, continua-

La iglesia que encontramos en Santa Inés había sido totalmente construída con materiales obtenidos en dicha propiedad.

dor de la obra de su padre, con su hermano Julio.

Volvimos a cruzar los tupidos yerbales en busca de la Ruta 110, y luego viajamos por ésta, hasta el lugar en



Llegábamos ya al término del viaje, admirando la exuberante producción misionera, rodeados siempre por "oro verde".

que entroncaba con la Ruta 12. Estábamos entonces sobre el ancho y firme camino comprendido dentro de la jurisdicción municipal de la capital del territorio, y a poco más de diez kilómetros de la misma.

El cielo estaba límpido y sereno. El sol, puesto a pique sobre la línea del horizonte, semejaba un círculo de fuego, que empezaba a adquirir raras tonalidades broncíneas, mientras amenazaba opacarlo algo que podía ser una lejana polvareda, una rara neblina o un conjunto de esas nubes semejantes al halo que se forma algunas veces sobre la línea del horizonte, en las regiones del subtrópico.

—Regresamos a tiempo —dijo el chófer, acelerando la marcha del automóvil.

—¿Por qué? —preguntamos.

—¿No ven cómo se ha puesto el horizonte? Cuando el sol se pone envuelto por ese color bronce, que unas veces tiene un poco de brillo y que otras veces se muestra un poco opaco, es porque vamos a tener agua. Y cuando, además, se levanta frente al sol que se pone esa especie de niebla, entonces sí que llueve seguro. No hay vuelta que darle.

Dicho lo cual, el hombre guardó silencio, mientras aceleraba más y más la marcha del vehículo, y nosotros evocábamos el espectáculo de una lluvia en plena selva.

El sol se hundía detrás del horizonte, y la zona de campos del sur de Misiones quedó envuelta en una luminosidad impresionante.

A lo lejos, sobre una hermosa barranca situada frente al Paraná, empezaba a dibujarse algo que parecía un caprichoso y lento escalonamiento de casas rodeadas por verdes prados y abiertas a la penetración de un ancho camino de tierra colorada. Era la ciudad de Posadas, punto de partida y de llegada de una maravillosa andanza.

☆

REFLEXIONES AL TERMINO DE UN VIAJE

IAS después de haber regresado a la ciudad de Posadas, al término de un viaje inolvidable que abarcara la totalidad del territorio, abandonamos Misiones; pero, ya en Buenos Aires, entregados a la tarea de realizar esta obra, la maravillosa región de "el oro verde y la tierra colorada" ocupó nuestro pensamiento durante varios meses, y nos hizo reflexionar frecuentemente sobre lo que allí habíamos visto. Ahora, terminado el viaje y realizada la obra que motivara el mismo, sólo nos resta sintetizar algunos puntos de vista, como consecuencia de aquellas reflexiones. No tenemos el propósito de marcar rumbos, ni pretendemos convertirnos en orientadores de gentes que están perfectamente orientadas. Ni siquiera nos atrevemos a dar consejos, ya que sólo nos guía el deseo de sumar una opinión más, a las muchas que ya se han divulgado sobre la realidad misionera.

Ante todo, queremos decir algo sobre un problema económicosocial de vastas proyecciones: el que surge de las relaciones entre el capital y el trabajo, entre la producción y el comercio, entre la propiedad y su renta.

Nuestro país es Justicialista, porque el Justicialismo constituye en la actualidad su forma de gobierno, y porque esa forma de gobierno es la que quiso para sí el Pueblo Argentino, al expresar su voluntad libremente. El Justicialismo es una doctrina que tiende a la creación de una posición intermedia, con relación al capitalismo y al comunismo. Hablando en términos populares, que son los más exactos y los que mejor entienden los pueblos, esa posición intermedia, Tercera Posición Justicialista, propugna la tesis de que el equilibrio social de los pueblos sólo puede lograrse mediante la disminución de la capacidad económica de los muy ricos, y el aumento de la capacidad económica de los muy pobres. Nosotros creemos que la única forma de limitar la capacidad económica de los muy ricos consiste en moderar los beneficios que logran al comerciar con lo que producen los pobres y en impedir la acumulación de propiedades particulares destinadas a la obtención de rentas. Al tratarse del factor inverso, es decir, de los pobres, no creemos que sea posible limitar su número ni liberarlos de esa pobreza, a menos que se les facilite cierta forma de participación y control en los beneficios procedentee de la comercialización de lo que ellos producen, juntamente con una progresiva adquisición de las propiedades —viviendas, fábricas, elementos de transporte, establecimientos comerciales, etc.—, que el capital utiliza para obtener rentas.

El Plan Quinquenal del Gobierno del General Perón contiene una importante iniciativa, relacionada con uno de los medios que corresponde desarrollar, para el logro de las finalidades antes aludidas. Se trata del Accionado Obrero, en nuestra opinión, una de las reformas más positivas entre las que se conocen en nuestro país. Además, no es un secreto que el general Perón propugna la organización de sociedades cooperativas que, por una parte, supriman al intermediario que comercia con la producción del pueblo, y que, por otra, adquieran, en forma colectiva, las propiedades que producen las mayores rentas de los muy ricos.

Este complejo problema económico social, causante de casi todos los conflictos que surgen entre el capital y el trabajo, ha sido superado en muchos lugares del territorio de Misiones, mediante la organización de cooperativas, que convirtieron a miles de trabajadores pobres en propietarios colectivos de grandes establecimientos industriales y en comercializadores de lo que ellos producen, suprimiendo así los beneficios que, unas veces por la especulación en el comercio, y otras debido a la percepción de rentas, obtenían los capitalistas.

El cooperativismo es, sin duda alguna, un movimiento que tiende a nivelar las

desigualdades económicas y a impedir la explotación de las mayorías productoras, por las minorías especuladoras o parasitarias. Es, por lo menos en este sentido, una tendencia perfectamente encuadrada dentro de los principios económicos del Justicialismo, y convendría, no sólo que fuese estudiado a fondo este aspecto de la vida misionera, sino inclusive que se le estimulara, y que se tratase de divulgar en forma amplia el proceso de esa transformación, pues, merced a la acción cooperativista, los trabajadores rurales de ese lugar tienen cuarenta millones de pesos más que antes de organizarse, amén de muchas fábricas, talleres y establecimientos comerciales, que de otro modo pertenecerían a los capitalistas como les pertenecían antes.

También es necesario decir unas palabras sobre la colonización y la Inmigración. En el primer caso, creemos que aunque la casi totalidad de las empresas colonizadoras son particulares, el hecho de que la propiedad haya sido muy subdividida y los nuevos colonos, se encuentren convertidos en propietarios de las tierras que trabajan, permitirá que ellos se organizasen rápidamente por el sistema cooperativo, privando al capitalismo de la renta de la propiedad y de los beneficios de la comercialización del producto de las colonias. En cuanto a los inmigrantes, conviene no olvidar que los hay de dos distintas clases. Los que proceden de países limítrofes, que casi siempre son inmigrantes golondrinas, que se preocupan poco por lo que ocurre en el territorio, y los de procedencia europea, que se radican allí, donde forman hogares argentinos, y que no pueden ser indiferentes a la situación del territorio.

Si Misiones pudiera contar con otras diez o veinte mil familias europeas, integradas por trabajadores de la tierra, que se afincaran allí para organizarse mediante el sistema de cooperativas, estaría en condiciones de producir, en el término de pocos años: toda la fruta cítrica que consume el país, de tan buena o mejor calidad que la importada; una cantidad mayor que la equivalente al consumo nacional de té; dos o tres mil toneladas más por año de aceite de tung; todo el tabaco, inclusive el de las especies llamadas *exóticas*, que reclama el mercado nacional; azúcar y aguardiente de caña de azúcar por millares de toneladas y grandes cantidades de productos destinados a nuestras industrias. Todo lo anteriormente dicho, sin entrar a considerar lo que representa Misiones como centro de turismo, ya que a ello nos hemos referido ampliamente en las páginas de esta obra.

Para finalizar, reiteramos que estas palabras finales no pretenden marcar normas, y que ni siquiera deben tomarse como consejos. Son, tan sólo, el producto de algunas reflexiones, que nos hicimos al término de un viaje.

☆